Prismas

Revista de historia intelectual

28 2024 Artículos y reseñas. Argumentos: La historia de la Escuela de Frankfurt en campos expandidos, por Martin Jay. Dossier: Para una historia intelectual de *Las venas abiertas de América Latina*. Lecturas: Cuatro libros fundamentales de José Murilo de Carvalho y 40° aniversario de *La ciudad letrada*.

Universidad Nacional de Quilmes

Prismas

Revista de historia intelectual

28

2024

Anuario del grupo Prismas
Centro de Historia Intelectual
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Quilmes

Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 28 / 2024

Universidad Nacional de Quilmes
Rector: Mg. Alfredo Alfonso
Vicerrectora: Dra. María Alejandra Zinni

Departamento de Ciencias Sociales
Director: Mg. Néstor Daniel González
Vicedirectora: Lic. Cecilia Elizondo

Centro de Historia Intelectual
Director: Jorge Myers

Prismas
Revista de historia intelectual
Buenos Aires, año 28, número 28, 2024

Consejo de dirección
Carlos Altamirano, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Anahi Ballent, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Martín Bergel, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Alejandro Blanco, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Laura Ehrlich, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Gabriel Entin, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Ximena Espeche, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Flavia Fiorucci, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Martina Garategaray, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Adrián Gorelik, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Ricardo Martínez Mazzola, Universidad Nacional de San Martín / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Jorge Myers, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Elías Palti, Universidad Nacional de Quilmes / Universidad de Buenos Aires / CONICET

In memoriam
Oscar Terán (1938-2008)

Editor: Gabriel Entin
Secretaría de redacción: Anahi Ballent, Laura Ehrlich y Flavia Fiorucci
Editores de Reseñas y Fichas: Ximena Espeche, Andrés G. Freijomil y Martina Garategaray
Corresponsalías de Reseñas: Pablo Blitstein

Comité Asesor
Peter Burke, University of Cambridge
José Emilio Burucúa, Universidad Nacional de San Martín
Lila Caimari, Universidad de San Andrés / CONICET
Roger Chartier, Collège de France
Stefan Collini, University of Cambridge
Fernando Devoto, Universidad Nacional de San Martín
Iván Jaksic, Stanford University
Martin Jay, University of California at Berkeley
Claudio Lomnitz, University of Columbia
Sergio Miceli, Universidade de São Paulo
Maria Alice Rezende de Carvalho, Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro
Pierre Rosanvallon, Collège de France
Lilia Moritz Schwarcz, Universidade de São Paulo / Princeton University

In memoriam
François-Xavier Guerra (1942-2002)
Charles Hale (1930-2008)
Tulio Halperin Donghi (1926-2014)
Jose Murilo de Carvalho (1939-2023)
Adolfo Prieto (1928-2016)
José Sazbón (1937-2008)
Gregorio Weinberg (1919-2006)

Prismas se publica en versión electrónica en el portal de revistas de la UNQ: https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas. Forma parte del Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas y se encuentra indexada en Scopus, Erih Plus, Scielo, Latindex, Redalyc y Directorio de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ). En 2004 *Prismas* obtuvo una Mención en el Concurso "Revistas de investigación en Historia y Ciencias Sociales", Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Maqueta original: Pablo Barragán
Diseño de interiores y tapa: Silvana Ferraro
Corrección de originales: María Nochteff
Administración de OJS: Ana M. Viñas

La revista *Prismas* recibe propuestas de artículos en: <https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas>.
Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, provincia de Buenos Aires. Tel.: (01) 4365 7100 int. 5737.
Correo electrónico: <prismas@unq.edu.ar> / página web del Centro de Historia Intelectual: <www.historiaintelectual.com.ar>.
Sobre las características que deben reunir los artículos, véase la última página y las "Instrucciones para autores/as" en la página editorial de *Prismas* en el portal web.

Índice

Artículos

11 *Historia, recepción y mundo antiguo. Un balance crítico sobre los estudios de la recepción del antiguo cercano Oriente*, Matías Alderete y Florencia Jakubowicz

29 *Cambiar el spleen en carcajadas. La risa como cura para la melancolía en la Inglaterra del siglo XVIII*, Andrés Gattinoni

47 *Los hilos de una narración histórica. La edición de la obra de Bartolomé de las Casas hecha por Juan Antonio Llorente*, Mariana Rosetti y Pablo Martínez Gramuglia

67 *El concepto de lo político en* Raíces del Brasil, Luiz Feldman

87 Camila O' Gorman *sin escena. Las tramas de la censura teatral en Buenos Aires y Montevideo, 1856-1857*, Alejandro Eujanian y Luz Pignatta

109 *Repensando el 17 de Octubre y la forja del lazo político peronista*, Roy Hora

Argumentos

131 *La historia de la Escuela de Frankfurt en campos expandidos*, Martin Jay

Dossier

Aportes a una historia intelectual de Las venas abiertas de América Latina

143 *Introducción. Pensar* Las venas abiertas de América Latina *desde la historia intelectual*, Marcela Echeverri, Vania Markarian y Pablo Messina

157 *¿El premio más revolucionario?* Las venas abiertas de América Latina *y el Premio Casa de las Américas de 1971*, Carlos Aguirre

169 *Galeano y sus historiadores*, Rafael Rojas

181 *La tesis de la "herencia colonial" y los historiadores latinoamericanos. Del liberalismo romántico a la nueva economía institucional*, María Inés Moraes

193 *Sobre el aburrimiento: una lectura de* Las venas abiertas de América Latina, Ximena Espeche

205 *Un fantasma recorre Latinoamérica. El indio como objeto y sujeto en la obra de Eduardo Galeano*, Sinclair Thomson

217 *Breves reflexiones sobre la recepción de* Las venas abiertas *en el Brasil. De la lucha contra la dictadura al contexto bolsonarista*, Rodrigo Patto Sá Motta

Lecturas

233 *José Murilo de Carvalho: cuatro libros fundamentales*

234 A construção da ordem*: la construcción, exitosa, del Estado brasileño*, Christian Edward Cyril Lynch

239 *La seducción de un clásico:* Os bestializados*,* Hilda Sabato

244 *El largo camino de la ciudadanía*, Arno Wehling

247 *La República tutelada*, Lilia M. Schwarcz y Heloisa M. Starling

251 La ciudad letrada*: nuevas miradas sobre un clásico*

252 *Un ensayo después de las catástrofes*, Facundo Gómez

257 *Ángel Rama y las seducciones del antiintelectualismo*, Gonzalo Aguilar

Reseñas

265 Joan W. Scott, *La fantasía de la historia feminista*, por Silvana A. Palermo

269 Mark Thurner y Jorge Cañizares-Esguerra (editores), *The Invention of Humboldt: On the Geopolitics of Knowledge*, por Susana V. García

273 Nathalie Goldwaser Yankelevich, *La moda, revolución efímera*, por María Luz Mango

276 Eugen Weber, *De campesinos a franceses. La modernización del mundo rural (1870-1914)*, por Andrés G. Freijomil

280 George Steinmetz, *The Colonial Origins of Modern Social Thought. French Sociology and the Overseas Empire*, por Andrés G. Freijomil

284 Martin Jay, *Immanent Critiques. The Frankfurt School under Pressure*, por Ezequiel Grisendi

287 José Carlos Mariátegui, *Aventura y revolución mundial. Escritos alrededor del viaje*, Selección y prólogo de Martín Bergel, por Beatriz Colombi

290 Adrián Gorelik, *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo XX*, por Ramiro Segura

294 Vanni Pettinà (editor), *La Guerra Fría latinoamericana y sus historiografías*, Ximena Espeche

297 Lila Caimari y Diego Galeano (editores), *Policía y sociedad en la Argentina (siglos XIX y XX)*, por Jeremías Silva

300 Magdalena Broquetas, Gerardo Caetano (coordinadores), *Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay*, tres tomos, por Martín Vicente

303 Camila Gatica Mizala, *Modernity at the Movies. Cinema-going in Buenos Aires and Santiago, 1915-1945*, por Mariana Amieva

306 Andrés Bisso, *Política y frivolidad en la Argentina de la primera mitad del siglo XX*, por María Bjerg

309 Guido Herzovich, *Kant en el kiosco. La masificación del libro en la Argentina con un posfacio sobre su fin*, Magdalena Cámpora

312 Sandra Gayol, *Una pérdida eterna. La muerte de Eva Perón y la creación de una comunidad emocional peronista*, por Laura Ehrlich

315 David Viñas, *Trastornos en la sobremesa literaria. Textos críticos dispersos* (selección y prólogo de Marcos Zagrandi) y *Literatura argentina y política*

(2 vols. Edición crítico-genética, estudio preliminar y notas de Juan Pablo Canala), por Claudia Roman
319 Mariano Zarowsky, *Allende en la Argentina. Intelectuales, prensa y edición entre lo local y lo global (1970-1976)*, por Marcelo Casals
322 Daniela Slipak, *Discutir Montoneros desde adentro. Cómo se procesaron las críticas en una organización que exigía pasión y obediencia*, por Franco Morosoli Sevi

Otras voces, otros ámbitos

325 *Presentación*
327 Xu Jilin, *Jia guo tianxia: xiandai Zhongguo de geren, guojia yu shijie rentong* [Familia, Estado y tianxia: identidades individuales, nacionales y mundiales de la China moderna], por Joachim Boittout
330 Matsuda Koichiro, *Gisei no ronri jiyū no fuan — kindai Nihon seiji shisō-ron* [La lógica de la ficción Inquietud de la libertad — Teoría del pensamiento político japonés moderno], por Ōkubo Takeharu

Fichas

333 Libros fichados: Lucien Febvre, *Histoire et sciences. Recueil inédit* (edición de Éric Brian) / Henri Pirenne, *Histoires de l'Europe. Œuvres choisies* (edición de Geneviève Warland y Alain Marchandisse; prefacio de Philippe Sénac) / Omar Acha, *Marxismo e historia. Deconstrucción y reconstrucción del materialismo histórico* / Andrew Pearmain, *Antonio Gramsci. Una biografía* / Diego Bentivegna y Lucía Faienza (eds.), *Pier Paolo Pasolini y el tercer mundo* / Martín Baña, *Quien no extraña al comunismo no tiene corazón. De la disolución de la Unión Soviética a la Rusia de Putin* / Fernando J. Devoto, *Historiadores en el tiempo. Bosquejos y retratos. Textos reunidos 1989-2022* / Martín Cortés y Diego García (editores), *Redescubriendo a Mariátegui. El coloquio de México (1980). Textos, discusiones y documentos* / Ángel Rama, *América Latina: un pueblo en marcha* (editado por Facundo Gómez) / Laura Fernández Cordero (editora), *Hacer cosas con revistas. Publicaciones políticas y culturales del Anarquismo a la Nueva Izquierda* / Pablo Marín Castro, *Imaginémonos el caos. Cine, cultura y revolución en Chile, 1967-1973* / Facundo Roca, *Morir en Buenos Aires. Sensibilidades y actitudes ante la muerte en el Río de la Plata (1770-1822)* / Paula Laguarda y Anabela Abbona (editoras), *Diálogos sobre cultura y región: políticas, identidades y mediación cultural en La Pampa y Patagonia Central (siglos XX y XXI)*

Obituarios

347 Natalie Zemon Davis (1928-2023), por Andrés G. Freijomil
353 Emmanuel Le Roy Ladurie (1929-2023), por Andrés G. Freijomil
359 J. G. A. Pocock (1924-2023), por Jorge E. Myers
369 José Carlos Chiaramonte (1931-2024), por Marcela Ternavasio
375 David A. Brading (1936-2024), por Gabriel Torres Puga

Artículos

Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 28 / 2024

Historia, recepción y mundo antiguo

Un balance crítico sobre los estudios de la recepción del Antiguo Cercano Oriente

Matías Alderete* y Florencia Jakubowicz**

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Introducción

En noviembre de 2022, la plataforma de *streaming* Netflix estrenó la *docuserie* titulada *Los apocalipsis del pasado*, de Graham Hancock. En ella, este periodista devenido arqueólogo buceaba por mundos perdidos del pasado, asegurando que existió una cultura madre que colapsó hace más de 12.000 años, y cuyos sobrevivientes fundaron diferentes civilizaciones antiguas en África, Asia y América. El modelo sugestivo de mundos y conocimientos perdidos, altamente especulativo, cautiva a los televidentes a través de ocho episodios en los cuales Hancock asegura que los arqueólogos tradicionales no quieren discutir con él la abrumadora evidencia que existe para comprobar su hipótesis.

La existencia de este tipo de producciones audiovisuales invita a reflexionar sobre la fascinación e interés que los mundos antiguos despiertan en las sociedades modernas, como la magia del tarot egipcio o los libros que desentrañan la "sabiduría oculta" oriental. Si ideas o producciones de "seudohistoria", tomando la expresión de Ronald Fritze, pueden despertar rechazo entre quienes estudiamos la disciplina histórica, no debemos perder de vista que son, aparte de ficciones anticientíficas, fenómenos sociales que hacen presentes esos mundos antiguos en el mundo moderno.[1]

Mario Liverani ha señalado que el espacio geográfico conocido como Oriente Antiguo es un "laboratorio privilegiado para el estudio de ciertos fenómenos de notable interés para la reconstrucción histórica de las sociedades humanas",[2] lo que ha permitido experiencias de todo tipo. Cincuenta años después, la afirmación del historiador italiano sigue teniendo cierta vigencia. Es así que abordaremos teórica e historiográficamente la construcción del campo conocido actualmente como "estudios de la recepción del Antiguo Oriente", explorando sus supuestos y antecedentes. Nos centraremos en la recepción del antiguo Egipto y el antiguo Iraq (común-

* matialderete@outlook.com. ORCID: https://orcid.org/0000-0002-1099-6345.

** Prismas informa con mucho dolor que la co-autora Florencia Jakubowicz falleció el 18 de abril de 2024 a los 38 años de edad.

[1] Ronald Fritze, *Invented Knowledge. False History, Fake Science and Pseudo-Religions*, Londres, Reaktion Books, 2009.

[2] Mario Liverani, *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 24.

Prismas, Revista de historia intelectual, Nº 28, 2024, pp. 11-28
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1460

mente llamada Mesopotamia),[3] elaborando un estado de la cuestión crítico que buscará principalmente dar cuenta de tres aspectos. En primer lugar, explorar las influencias teóricas de las producciones intelectuales más allá de las delimitaciones propias de la Historia antigua; en segunda instancia, elaborar un recorrido en el cual situaremos las producciones y las vincularemos con el proceso histórico disciplinar; finalmente, abordar algunas de las diferencias entre distintos enfoques y fenómenos indagados en relación con las representaciones de la antigua Mesopotamia y el antiguo Egipto.

El trabajo aborda la recepción de las sociedades de los antiguos Iraq y Egipto entre los siglos XIX y XX, adentrándonos más específicamente en los desarrollos realizados durante la segunda mitad del último siglo. Abocarnos a la recepción de estas sin incluir a otras sociedades "orientales" obedece principalmente a dos factores. En primera instancia, la Asiriología y la Egiptología han sido las disciplinas que más temprano han logrado institucionalizarse al conformar campos de trabajo, y que han sido rectoras en cuanto al desarrollo científico e intelectual de la Historia antigua oriental. En segunda instancia, esto ha permitido la constitución y circulación de una imaginería sobre sociedades como Egipto, Asiria o Babilonia mucho más amplia que otras: como será analizado, este será un factor que incidirá en los estudios sobre la recepción de la Antigüedad oriental.[4] Con respecto a la periodización propuesta, si bien el trabajo reconstruye algunos trazos de la historia intelectual del siglo XIX y principios del XX en relación con las construcciones disciplinarias, el campo de estudios de la recepción de la Historia antigua cobra densidad epistémica a partir de la década de 1980, motivo por el cual decidimos enfocarnos en la segunda mitad del siglo XX para explorar los diálogos, ausencias, influencias y derroteros que ha tomado el campo.

Historia, recepción y Antigüedad

Los estudios de recepción aplicados a la historia constituyen un campo de investigación relativamente nuevo que se vio influido por los postulados de los estudiosos de la Teoría de la Recepción, como Robert Jauss, que se desarrollaron durante las décadas de 1960 y 1970 dentro de los estudios literarios. Discutiendo con una perspectiva que privilegia el análisis inmanente del artefacto cultural, Jauss propone analizar la brecha entre el horizonte de expectativa (otorgado por el autor) y el horizonte de experiencia, que involucra de manera activa los usos y

[3] Utilizaremos las expresiones antiguo Iraq o Asia Occidental para designar lo que conocemos generalmente como Mesopotamia y Cercano Oriente. Hablar de Mesopotamia como la "tierra entre dos ríos" o "medialuna fértil", expresiones popularizadas, funciona como herramientas que generan una diferencia colonial y epistémica. Sobre el vocablo "Mesopotamia", Susana Murphy lo ha señalado como una "construcción intelectual del Occidente moderno y colonial europeo del siglo XIX que responde al poder y autoridad de la política del imperialismo", pues enmascara "numerosas implicaciones políticas [...]". Véase Susana Murphy, "Sobre cómo imaginar comunidades y hacer sugerir estados: entre las formas cerámicas, las construcciones geométricas y las avanzadas intrusivas", *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, FFyL-Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 19 al 21 de septiembre de 2007, p. 1.

[4] Esto no significa que no haya estudios sobre la recepción acerca de otras sociedades del Antiguo Oriente. Como veremos, contamos con un corpus bibliográfico estable que ha construido un campo de referencia con relación a las sociedades del antiguo Iraq y del antiguo Egipto, a diferencia de lo que sucede con otras sociedades, como los hititas. Con respecto a la recepción del Antiguo Testamento, el tema escapa ampliamente los recorridos propuestos debido al rol central que tuvo desde los inicios la problemática de la llamada Crítica Bíblica.

respuestas de los receptores,[5] otorgándoles un rol central a las audiencias en cuanto agentes activos y creativos, y cuestionando la idea de consumidores como meros apropiadores.[6]

Una de las formas de acercarnos a este aporte desde la historiografía a los estudios sobre recepción llega durante los años setenta del siglo XX, especialmente a partir de propuestas ancladas en las ideas de Michel De Certeau. Este último pensó las prácticas y operaciones de los individuos con artefactos, productos y representaciones. Una de sus contribuciones más sólidas se vincula con pensar los procedimientos, que no son otra cosa que "las prácticas cotidianas" de difícil delimitación. De Certeau sugiere "poner la lupa" en aquellos elementos perecederos, indagar acerca de la "proliferación de creaciones anónimas" en cuanto operaciones culturales que producen sentidos a partir de los objetos. Las "maneras de hacer constituyen las mil prácticas" a partir de las cuales los sujetos manipulan, crean, recrean y se reapropian de las producciones socioculturales.[7]

Se ha sostenido que el concepto de *recepción* es algo más antiguo de lo que generalmente se piensa, aunque se lo ha denominado de otras formas, como "legado" o "herencia" histórica. Esta visión resulta problemática, pues supone la pervivencia de estructuras o ideas sin explicar el rol que tienen los sujetos en ese fenómeno de larga duración. La noción de recepción elaborada en las últimas décadas del siglo XX "ofrece perspectivas y oportunidades a la historia intelectual", pues permite enriquecer la historiografía al alentar a los académicos del campo a no limitarse a la reconstrucción de las intenciones de los principales pensadores, sino a formular una gama mucho más amplia de interrogantes sobre recontextualizaciones, usos y apropiaciones del pasado.[8] En este sentido, incluir la recepción del pasado como un aspecto necesario para problematizar la disciplina histórica permite dar cuenta de las operaciones historiográficas que delimitan arbitrariamente periodizaciones: la idea de un "mundo antiguo" se presenta como una interpretación y clasificación del pasado, un fenómeno abierto y dinámico.

La preocupación por los usos o la "herencia" del mundo antiguo ha sido señalada tempranamente desde la Historia clásica. En efecto, desde inicios del siglo XX se afirmaba la existencia de una "tradición clásica" en el mundo occidental, que privilegiaba la continuidad histórica de las sociedades grecorromanas y su pervivencia moderna.[9] Desde los años setenta, fue Moses Finley quien intentó vincular los Estudios Clásicos con fenómenos modernos: así, se preocupó por explicar el funcionamiento de la esclavitud en la Grecia e Italia antiguas, a la vez que daba cuenta de la imposibilidad de pensar el vocablo por fuera de la experiencia histórica del comercio esclavista en el período de la América colonial. Finley también realizó sugestivas reflexiones historiográficas que invitaban a indagar las formas en que hacemos historia y la importan-

[5] Robert Jauss, "Historia de la literatura como una provocación a la ciencia literaria" y "Cambio de paradigma en la ciencia literaria", en Dietrich Rall (comp.), *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria,* México, UNAM, 1987. Resulta importante mencionar a Hans Gadamer, para quien el encuentro entre el lector y el texto presenta una ausencia de sentidos, al no condecirse este último con las expectativas del primero, en vez de ver como un problema o un obstáculo epistemológico la historicidad del sujeto que analiza e interpreta el texto. Véase Hans Gadamer, "Fundamentos para una teoría de la experiencia hermenéutica", en Rall, *En busca del texto*.

[6] Peter Burke, "Historia y teoría de la recepción", *Políticas de la memoria*, n° 19, 2019, p. 93.

[7] Michel de Certeau*, La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1996, p. XLIV.

[8] Burke, "Recepción", p. 96.

[9] Felix Budelmann y Johannes Haubold, "Reception and Tradition", en L. Hardwick y Ch. Stray (eds.), *A Companion to Classical Receptions*, Sussex, Blackweell, 2008.

cia del lugar de enunciación del historiador, al mismo tiempo que problematiza sobre el uso de determinados vocablos o procederes epistemológicos.[10]

No fue hasta los años noventa que el vocablo *recepción* cobró densidad historiográfica para indagar el vínculo que se establecía con las sociedades antiguas. La obra de Charles Martindale propone retomar las perspectivas de Jauss y Gadamer para analizar la recepción de la literatura latina clásica. Así, realiza un aporte central: la historia no es el progreso lineal y evolutivo del desarrollo social, sino que es una práctica impregnada en la sociedad, en continua negociación y construcción de sentidos.[11]

El desarrollo de la obra de Martindale ha causado un importante impacto en los Estudios Clásicos. No obstante, se han subrayado ciertas limitaciones a la "historia de la recepción". La supervivencia de la documentación es un aspecto que ha sido señalado: desde los Estudios Clásicos ha habido un interés primario en la recepción de textos escritos, jerarquizándolos por sobre otros vestigios del pasado. La accidentalidad de la disponibilidad de la evidencia material no hace posible, en este sentido, unificar un método o un acercamiento estandarizados, lo que promueve diversas metodologías y abordajes. La misma noción de recepción implica, por otro lado, la existencia de un artefacto original u originario, que la perspectiva adoptada por Martindale minimiza al promover una lectura excesivamente contextualista. En este sentido, al no existir una jerarquía o una distinción entre el artefacto original y la elaboración de la recepción, todo el tiempo se está haciendo historia de la recepción.[12]

En definitiva, los estudios sobre recepción proponen un análisis sobre la lectura, interpretación, apropiación, traducción, representación, uso y abuso de diferentes textos o artefactos culturales llevado a cabo por agentes históricos posteriores, priorizando el triángulo escritor-texto-lector para las "recepciones".[13] Si bien el significado último se lo da, en gran medida, el agente que lo recibe, es necesario identificar las relaciones de poder al interior de ese diálogo y los intereses en juego.

El antiguo Iraq entre la reflexión historiográfica, el orientalismo y la recepción

El interés de Occidente por el Antiguo Oriente fue desarrollándose desde la Edad Moderna, acelerándose significativamente con la Ilustración desde el siglo XVIII, en el contexto de los grandes cambios culturales e historiográficos que marcaron el comienzo de la "modernidad". No obstante, fue el siglo XIX el que motorizó y materializó la existencia –en el tiempo y en el espacio– de mundos distintos del nuestro, mostrando que su conocimiento (ya sea "redescubri-

[10] Moses Finley, *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, Crítica, 1977; y *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Barcelona, Crítica, 1980.
[11] Charles Martindale, *Redeeming the text. Latin poetry and the hermeneutics of reception*, Cambridge University Press, 1993; Charles Martindale y Lorna Hardwick, "Reception", en S. Hornblower, A. Spawforth y E. Eidinow (eds.), *Oxford Classical Dictionary*, Oxford, Oxford University Press, 2012.
[12] William Lyons, "Some Thoughts on Defining Reception History and the Future of Biblical Studies", *Bible and Interpretation*, n° 8, 2015.
[13] Helena Lopes, Isabel Gomes de Almeida y Maria de Fátima Rosa, "The Importance of Reception Studies for Ancient History", en H. Lopes, I. Gomes Almeida y M. de Fátima Rosa, *Antiquity and Its Reception - Modern Expressions of the Past*, IntechOpen, 2020, DOI:10.5772/intechopen.90441.

miento" o reconstrucción) enriquece nuestra propia visión del mundo y puede ayudarnos a controlarlo mejor.[14]

En este contexto de desarrollo científico, los investigadores dedicados al antiguo Iraq trabajan a partir de un esquema de prioridades establecido, que para Mario Liverani consta de tres fases sucesivas: en primer lugar, adquirir y publicar nueva documentación, ya sea arqueológica o textual; en segunda instancia, la utilización e interpretación histórica de esa documentación; y, finalmente, la reflexión historiográfica (historia de los estudios o de la conformación disciplinaria). Desde su punto de vista, no obstante, en las disciplinas que estudian el Antiguo Oriente todavía no se ha alcanzado de forma satisfactoria esa tercera fase, en la que podríamos incluir los estudios de la recepción.[15]

La afirmación de Liverani es una verdad parcial. La reflexión sobre la disciplina es, efectivamente, den relación con toda la producción realizada sobre el análisis de fuentes de primera mano. Pero existen importantes contribuciones que abordan sus supuestos teóricos y metodológicos, incluso desde la primera mitad del siglo XX. En las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, Ephraim Speiser se quejaba del escaso progreso de la Asiriología por lo menos desde la Primera Guerra Mundial, observando las dificultades que traía la hiperespecialización y la falta de integración en los estudios, que raramente cohesionaban la historia con la religión, la filología, la historia o la jurisprudencia; y el estancamiento de inversiones para proyectos de excavaciones en la región.[16] Años más tarde, Leo Oppenheim señaló que la historia como disciplina posee determinados cánones científicos vinculados al mundo occidental que son poco valiosos y fructíferos para estudiar las sociedades del Antiguo Cercano Oriente, instando a los asiriólogos a emparentar su campo de trabajo con la Antropología.[17]

La aparición de la obra capital *Orientalismo*, de Edward Said, en 1978, impacta poderosamente en la teoría social y la crítica cultural. Si bien metodológicamente seguía ciertos procederes propios de la crítica literaria, su argumento principal llevaba a la problematización sobre el Oriente en cuanto espacio, a la vez que cuestionaba el rol de disciplinas como la Filología o la Arqueología en el estudio de los pueblos orientales para legitimar a un Occidente superior y colonizador. Así se construyó un aparato discursivo que funcionaba como un supuesto implícito de cualquier acercamiento hacia las sociedades orientales.[18]

El impacto de la obra de Said en la Asiriología fue mínimo al principio, robusteciendo y complejizando la reflexión historiográfica progresivamente. Así, brindó herramientas que permitieron adentrarse en la historia disciplinar con relación al imperialismo y al colonialismo. Las metrópolis occidentales, en efecto, se apropiaron de los monumentos y vestigios arqueológicos de Oriente, bajo una mirada orientalista en la que el mundo oriental decadente es incapaz de comprender su propio pasado, buscando reafirmar su superioridad frente a territorios que serán colonizados.

Una obra que tuvo importante resonancia académica fue *Black Athena*, de Martin Bernal. Publicada en 1987 e influido por Said, Bernal discutía con la historiografía de los Estudios Clásicos que, según su argumento, había invisibilizado la influencia oriental y egipcia en

[14] Mario Liverani, *Imaginar Babel. Dos siglos de estudios sobre la ciudad oriental antigua*, Madrid, Bellaterra, 2014.
[15] *Ibid*., p. 11.
[16] Ephraim Speiser, "Oriental Studies and Society", *Journal of the American Oriental Society*, vol. 66, n° 3, 1946.
[17] Leo Oppenheim, "Assyriology- Why and How?", *Current Anthropology*, vol. 1, n° 5-6, 1960.
[18] Edward Said, *Orientalismo*, Barcelona, De Bolsillo, 2002.

los orígenes de la civilización griega. Entre 1790 y 1860, la "helenomanía" de la alta cultura europea hace triunfar las hipótesis del origen "ario" de la antigua Grecia. Bernal vincula este borramiento al imperialismo, el darwinismo social y las ideas de superioridad racial occidental imperantes de la época.[19] Ese mismo año Mogens Trolle Larsen publicó un trabajo que analiza la influencia del orientalismo en la Asiriología. Haciendo énfasis en la situación de expansión imperial británica de mediados del siglo XIX, su estudio expone ciertos supuestos y procedimientos teóricos y metodológicos de la disciplina que se vinculan con ideas orientalistas. Desde perspectivas que consideraban a las sociedades del Antiguo Oriente como "sociedades muertas", la utilización del concepto "modo de producción asiático" como un contrapunto a las libertades democráticas de la Grecia clásica o la búsqueda de los "orígenes de la civilización", Larsen logra dar cuenta de las nociones orientalistas que circulaban en la producción asiriológica.[20]

La introspección historiográfica continuó durante la década de 1990 y los primeros años del nuevo siglo. Los especialistas en sociedades del Antiguo Oriente continuaron preguntándose por los orígenes intelectuales de la disciplina y reflexionaban sobre la influencia de la expansión imperial europea, el colonialismo y el surgimiento de los Estados nacionales en el contexto de las primeras excavaciones arqueológicas. Así lo dejaba claro Matthew Stolper, cuando sugería que el efecto del imperialismo decimonónico había dejado una huella importante en la disciplina y sus prácticas, algo difícil de discutir entre colegas, transformándola en un serio obstáculo de investigación.[21]

La influencia de la crítica saidiana va a resultar clave para la aparición de los primeros trabajos que indagan en la recepción de las sociedades del antiguo Iraq. En este contexto resultan nodales los aportes de Frederick Bohrer, un historiador del arte cuyos primeros trabajos se adentraron en la circulación de representaciones sobre Asiria en diferentes medios. A diferencia de Martindale, Bohrer no solamente toma el núcleo de la teoría de la recepción de Jauss, sino que la mixtura con las propuestas de Walter Benjamin. Esto se debe a que sus investigaciones exploran tanto el texto escrito como la cultura visual. De esta forma, la obra de Austen Henry Layard, el pionero arqueólogo inglés que descubrió los restos materiales de Nínive y Kalku a mediados del siglo XIX, es analizada en cuanto a su narrativa y uso de imágenes que exaltaron la alteridad de aquella sociedad antigua. Al historizar aquel descubrimiento y vincular su circulación y presencia social con valores y sentidos de aquella Inglaterra victoriana, en la cual la modernización, la cultura impresa, la influencia del Romanticismo y la naciente democratización del consumo le otorgan entidad a Asiria como parte de la imaginación orientalista, Bohrer sistematiza aquellas bases para pensar la recepción de las sociedades del antiguo Iraq.[22]

[19] Martin Bernal, *Black Athena. The Afroasiatic Roots of Classical Civilization. Volume I. The Fabrication of Ancient, Greece 1795-1985*, Nueva Jersey, Rutgers University Press, 1987.
[20] Mogen Trolle Larsen, "Orientalism and the Ancient Near East", *Culture and History*, vol. 2, 1987.
[21] Matthew Stolper, "On Why and How", *Culture and History*, vol. 11, 1992.
[22] Frederick Bohrer, "The Printed Orient: The Production of A. H. Layard's Earliest Works", *Culture and History,* vol. 11, 1992; "Eastern Medi(t)ations: Exoticism and the Mobility of Difference", *History and Anthropology,* n° 9, 1996; "Inventing Assyria: Exoticism and Reception in Nineteenth-Century England and France", *Art Bulletin*, n°. 80, 1998. Comparando las recepciones en Inglaterra, Francia y Alemania, su obra se sistematiza en *Orientalism and Visual Culture. Imagining Mesopotamia in Nineteenth-Century Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

Un aspecto llamativo es el fuerte cruce interdisciplinario, que ha permitido enriquecer los enfoques estrictamente vinculados a la reflexión historiográfica y los orígenes disciplinarios. Zainab Bahrani ha realizado investigaciones que profundizaron las perspectivas teóricas y metodológicas saidianas, al mismo tiempo que promovía reflexiones sobre la representación arqueológica, la cultura visual y, muy especialmente, la perspectiva de género. Así, la evidencia histórica tuvo un modelo de interpretación imaginativo que la precedía, produciéndose una "arqueología en reversa" que permitía modelizar las sociedades del Antiguo Oriente.[23] El análisis feminista es otro de los aportes teóricos introducidos por Bahrani, dando cuenta de los cánones occidentales que priman en las interpretaciones de la cultura visual asirio-babilónica y la influencia del orientalismo: la figura de la mujer oriental tuvo un rol nodal como construcción colonial para el disfrute del espectador masculino y occidental.[24]

El atentado de septiembre de 2001 a las Torres Gemelas en Nueva York reactiva y profundiza la dicotomía entre Oriente y Occidente, al mismo tiempo que exacerba la islamofobia global al establecer al mundo árabe como un enemigo de la paz mundial. Imágenes sobre el saqueo del Museo de Bagdad por parte de los mismos iraquíes circularon globalmente, funcionando como una confirmación imaginaria de la imposibilidad de los orientales de tomar conciencia de su herencia histórica. No resulta sorprendente, en este orden de cosas, que el Cercano Oriente moderno haya sido noticia en las últimas décadas debido a las invasiones, ocupaciones, guerras y terrorismo, que han tenido un impacto devastador en la vida de sus habitantes. La prensa occidental, no obstante, ha reaccionado con especial horror ante la destrucción, a menudo selectiva, del rico patrimonio cultural de la región, especialmente sus yacimientos arqueológicos, edificios religiosos, museos y archivos.[25]

El cuidado del patrimonio global compartido se transforma en una obligación occidental, derivada de la idea popular de que el Próximo Oriente Antiguo se encuentra en la raíz de las actuales sociedades occidentales urbanas y alfabetizadas.[26] Quizá no deba sorprendernos que las construcciones dominantes dentro de la cultura popular hayan contribuido a explicar su importancia, como en 2016, cuando el entonces ministro de Transporte iraquí describió el zigurat de Ur como un aeropuerto para lanzar naves espaciales de hace cinco mil años.[27]

Desde el Departamento de Defensa de los Estados Unidos se buscó sensibilizar a las fuerzas de ocupación para que tomaran conciencia de proteger la "herencia cultural", tomando recaudos en relación con la movilización de maquinaria de guerra, posibles enfrentamientos y

[23] Zainab Bahrani, "Conjuring Mesopotamia: imaginative geography and a world past", en L. Meskell (ed.), *Archaeology under fire: Nationalism, politics and heritage in the Eastern Mediterranean and Middle East*, Nueva York/Londres, Routledge, 1998; y "History in Reverse: archaeological illustration and the reconstruction of Mesopotamia," en T. Abusch *et al*. (eds.), *Historiography in the Cuneiform World. Part 1*, CDL Press, 2001.

[24] Zainab Bahrani, *Women of Babylon. Gender and Representation in Mesopotamia*, Nueva York/Londres, Routledge, 2001.

[25] Susana Murphy, "La imagen demonizada del Islam: ayer y hoy", *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Universidad Nacional del Rosario/Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005; y Katharyn Hanson, "Why Does Archaeological Context Matter?", en G. Embering y K. Hanson (eds.), *Catastrophe! The Looting and Destruction of Iraq's Past*, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2008.

[26] Sobre la ficción del "patrimonio universal" y la importancia de la herencia cultural de Iraq, véase Zainab Bahrani, "Iraq's Cultural Heritage: Monuments, History, and Loss", *Art Journal*, vol. 62, n° 4, 2003; y McGuire Gibson, "The Looting of the Iraq Museum in Context", en Emberling y Hanson, *Catastrophe*.

[27] Paul Collins, "Receptions of the Ancient Near East in Popular Culture and Beyond", en L. Verderame y A. García-Ventura (eds.), *Receptions of the Ancient Near East in Popular Culture and Beyond*, Atlanta, Lockwood Press, 2020, p. x.

hasta el control del transporte de artefactos saqueados y vendidos de forma ilegal.[28] Sin embargo, la falta de interés en la protección de restos materiales es previa al 2003, año en el que hubo un aumento sostenido de saqueos de yacimientos arqueológicos y también al Museo de Bagdad. En el mercado ilegal de artefactos arqueológicos, los objetos de origen islámico despertaron poco interés, pues siguen siendo muy importantes las tablillas cuneiformes, imposibles de falsificar debido a sus características materiales, algo que Elizabeth Stone señala al mencionar que los yacimientos más saqueados pertenecen al período Ur III (2100 a. C) y al período Isin-Larsa (*c*. 1900 a. C).[29]

Los trabajos desarrollados en los años noventa, la sistematización de los estudios de la recepción de la historia clásica que influyeron en el campo de la historia antigua del Oriente y el delicado contexto geopolítico en la región sirvieron como catalizadores para que se multiplicaran los trabajos que ya no se preguntaban solamente por los orígenes del estudio científico de estas civilizaciones o el contexto colonial, sino que se interesaron en los múltiples usos que se dieron a aquellos restos arqueológicos en diferentes contextos modernos.

De esta forma, los estudios de la recepción se adentran en la relación que establecen los sujetos con aquellos pasados tan alejados, relacionando o hasta iluminando fenómenos históricos desde otras perspectivas. Hay múltiples investigaciones que ejemplifican este desarrollo. Eckart Frahm ha analizado la importancia de la pintura orientalista para imaginar las antiguas civilizaciones, indagando en la importancia del Romanticismo inglés y francés para vincular las ciudades mesopotámicas con episodios bíblicos. Shawn Malley, por su parte, ha logrado dar cuenta del rol que jugó la llegada de los *lamassu* neoasirios en la década de 1850 al British Museum, generando una "asiriomanía" en Londres, visible en la cultura impresa. La construcción de nociones de buen gusto, la capacidad de admirar y jerarquizar el arte antiguo o la democratización de un nacionalismo imperial histórico fueron algunos aspectos que fueron de la mano con la apropiación inglesa de Asiria. Billie Melman, por otro lado, indagó en la importancia de ciertos descubrimientos realizados en Ur en los años veinte, especialmente el de la reina sumeria Puabi (*c.* 2600 a. C), que se transformó en un prototipo de feminidad moderna y tuvo una asidua aparición en la cultura impresa europea como la "primera *flapper*" de la historia. Un último ejemplo: profundizando aquel análisis propuesto por Bahrani y la "arqueología en reversa", David Nadali indaga en bocetos utilizados en óperas y obras de teatro que tomaban como referencia no tanto la evidencia arqueológica como la pintura romántica, construyendo obras enteras con personajes prototípicos como reyes y reinas orientales en majestuosos espacios, brindando una representación exótica y desbordante de lujos.[30]

[28] Shawn Malley, *From Archaeology to Spectacle in Victorian Britain. The Case of Assyria, 1845-1854*, Londres/Nueva York, Routledge, 2016.

[29] Elizabeth Stone, "An Update on the Looting of the Archaeological Sites in Iraq", *Near Eastern Archaeology*, vol 78, n° 3, 2015.

[30] Eckart Frahm, "Images of Assyria in 19th and 20th Century Scholarship", en S. Holloway, *Assyriology, Orientalism and The Bible*, Phoenix, Sheffield Phoenix Press, 2006; Shawn Malley, *Archaeology and Spectacle*; Billie Melman, *Empires of Antiquities Modernity and the Rediscovery of the Ancient Near East, 1914-1950*, Oxford, Oxford University Press, 2020; David Nadali, "Invented Spaces. Discovering Near Eastern Architecture through Imaginary Representations and Constructions", en L. Feliu *et al.* (eds.), *Time and History in the Ancient Near East. Proceedings of the 56th Rencontre Assyriologique Internationale at Barcelona, 26-30 July 2010*, Indiana, Eisenbrauns, 2013.

La aparición de estas investigaciones enriqueció el campo de la recepción de la historia antigua, un derrotero que continúa hasta la actualidad consolidándose con aproximaciones metodológicas heterogéneas. Tal vez el aspecto más significativo de los últimos años sea la aparición de obras colectivas o sistemáticas, que abordan en su totalidad la recepción. El primer trabajo que sistematizó un estudio de referencia sobre recepción del antiguo Iraq data de 2001 y es el de Bohrer, quien se propuso realizar una historia de la recepción del Antiguo Cercano Oriente durante el siglo XIX en Inglaterra, Francia y Alemania, indagando las particularidades que tuvo cada nación para apropiarse de Asiria y su Antigüedad. Para la siguiente década, esfuerzos individuales y colectivos vieron la luz.[31] Mario Liverani realizó una historia de la historiografía sobre la urbanidad del Oriente Antiguo, mixturando un acercamiento historiográfico y analítico con estudios de la recepción, resituando los avances disciplinares. Jordi Vidal y Rocio Da Riva coordinaron una obra cuyos capítulos se mueven entre la historia disciplinar y los usos y recepciones de diferentes hitos arqueológicos, como el descubrimiento de Ugarit o las excavaciones alemanas en Babilonia. Una compilación reciente realizada por Agnes Garcia Ventura y Lorenzo Verderame exploran la utilización de referencias mesopotámicas en distintos artefactos culturales que circularon ampliamente a nivel global, desde tiras cómicas, libros baratos y hasta exitosos films de terror como *The Exorcist* (1976) y *Evil Dead* (1981).

El antiguo Egipto, entre la egiptomanía y la memoria cultural

A diferencia de lo que sucede con las sociedades del antiguo Iraq, el antiguo Egipto ha tenido una presencia recurrente y sostenida en la historia occidental. Desde la Grecia antigua existió una especie de fascinación e interés sobre el mundo faraónico, que llegó hasta los tiempos romanos. Jan Assmann sugiere que existe una imagen construida de Egipto que compone una suerte de "historia de la memoria" de Occidente, una *Gedächtnisgeschichte*. En ese sentido, la Egiptología se construye como disciplina científica durante el siglo XIX "para corregir, enderezar y suprimir a través de las fuentes las prolíferas representaciones frecuentemente fantásticas de la antigua cultura egipcia".[32]

El transcurso de la historia de la relación de Occidente con el antiguo Egipto tiene distintas etapas. Después de una primera etapa relacionada con el mundo grecorromano, la tradición medieval con respecto a Egipto se encontró signada por la concepción adversa del Antiguo Testamento. Pese a esto, podríamos decir que el antiguo Egipto ocupa un lugar marginal en esa *Gedächtnisgeschichte* hasta después del Renacimiento europeo.[33]

La historia de la memoria de Egipto en Occidente es un ejercicio extraordinariamente complejo, en tanto Egipto nunca "desaparece" de Occidente y por ende nunca fue redescubierto. El puntapié de la *egiptosofía*, término usado para hacer referencia a la preservación del

[31] Bohrer, *Orientalism and Visual Culture*; Liverani, *Imaginar Babel*; Rocio Da Riva y Jordi Vidal (eds.), *Descubriendo el Antiguo Oriente. Pioneros y arqueólogos de Mesopotamia y Egipto a finales del siglo XIX y principios del siglo XX*, Barcelona Bellaterra, 2015; Verderame y García-Ventura, *Receptions of Ancient Near East*.
[32] Jan Assmann, "El lugar de Egipto en la historia de la memoria de Occidente", en G. Schröder y H. Breuninger (comps.), *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, FCE, 2005.
[33] *Ibid.*, pp. 58-59; James Curl, *The Egyptian Revival. Ancient Egypt as the Inspiration for Design Motifs in the West,* Londres/Nueva York, Routledge, 2005, pp. 60-62.

conocimiento egipcio, es la aparición en 1463 de la traducción del *Corpus Hermeticum* de Hermes Trismegisto por parte de Cosimo de Medici y Marsilio Ficino, que interesó a los humanistas renacentistas dado que contenía elementos que ponían en tensión el discurso científico y religioso preconcebido. Muchos humanistas se consideraban admiradores del conocimiento ancestral egipcio, como Pico della Mirandola, Giordano Bruno y Athanasius Kircher, para quienes los textos herméticos contenían elementos de la teología y la filosofía egipcia.[34] En paralelo al *Corpus Hermeticum*, en 1419 el viajante Cristoforo Buondelmonti llevó a Europa un manuscrito griego que contenía dos libros del sacerdote pagano Horapolo sobre jeroglíficos egipcios. A pesar de su nivel de especulación religiosa, *Hieroglyphica* de Horapolo resultó el punto de partida del discurso gramatológico. De hecho, Kircher en el siglo XVII publicó una de sus obras nodales, *Oedipus Aegyptiacus*, en tres volúmenes que fueron editados entre 1652 y 1654. En su mirada, la *Mensa Isiaca*, un mobiliario elaborado por artesanos romanos hacia el siglo I d. C. con motivos egipcianizantes y encontrado en Roma en 1527, representaba un orden cósmico oculto que permitiría ayudar a revelar los orígenes de las religiones, proclamando incluso haber descifrado la escritura jeroglífica gracias a la obra de Horapolo, a pesar de que eventualmente se descubrió que los signos grabados en la placa no eran otra cosa que motivos decorativos. Junto con esta fascinación sobre el antiguo Egipto, convivió una imagen persistente en cuanto un mundo de la tiranía que "esclaviza" a los hebreos al mismo tiempo que un espacio de ciencia y "sensata conducción del Estado".[35]

Es así que el factor que distancia la recepción de la sociedad egipcia con respecto a las del antiguo Iraq es la egiptomanía en cuanto fenómeno histórico, definida como una fantasía de fascinación y obsesión con el mundo faraónico. Si bien los orígenes del vocablo son difíciles de identificar, la palabra apareció por primera vez en una carta escrita en francés por el obispo Frederick Augustus Hervey a Guillermina Enke, condesa de Lichtenau, hacia 1797, en la cual el religioso la invitaba a realizar una estancia en Egipto. Hervey se consideraba preso de una egiptomanía que "antes de ser una enfermedad, es una medicina", porque lo acercaba al conocimiento verdadero. Una década más tarde, el arquitecto John Soane se quejaba de la influencia egipcianizante en la arquitectura inglesa y sus fracasados intentos de emular el estilo faraónico: la "egipciomanía" estaba llegando muy lejos.[36]

El interés sobre el antiguo Egipto durante el siglo XIX cobra un nuevo vigor luego de la invasión napoleónica al país en 1798. La circulación de artefactos faraónicos en los espacios públicos; la edición de *Description de l´Égypte*, una obra monumental que contaba con ilustraciones e información sobre los monumentos egipcios que fue serializada en veintitrés volúmenes entre 1809 y 1829; y el desciframiento de la escritura jeroglífica gracias a Jean-François Champollion en 1822 y la posterior consolidación disciplinaria de la Egiptología convivieron con un interés profano.[37] Así, diferentes tipos de exhibiciones públicas transformaron el mundo egipcio en un tópico de espectáculo desde las primeras décadas del siglo XIX. Desenrollados de momia y actos de linternas mágicas, que proyectaban figuras fantasmagóricas en salas oscuras y que

[34] Assman, "El lugar de Egipto", p. 59.
[35] Daniel Stolzenberg, *Egyptian Oedipus. Athanasius Kircher and the Secrets of Antiquity*, Chicago, The University of Chicago Press, 2013.
[36] Noreen Doyle, "The Earliest Known Uses of 'l' égyptomanie' / 'Egyptomania' in French and English", *Journal of Ancient Egyptian Interconnections*, vol. 8, n° 1, 2016.
[37] Lynn Parramore, *Ancient Egypt in Nineteenth-Century Literary Culture*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008.

parecían que cobraban vida, fueron dos importantes tipos de exhibiciones que ponían a disposición del público artefactos e imágenes del mundo faraónico, buscando asombrar y divertir.[38]

La convergencia de esta exhibición cientifizante ligada con el interés por el mundo de ultratumba terminó de dar cierta forma y espesura a una tradición intelectual que pregonaba el abandono del materialismo empírico y proponía emprender la investigación de los fenómenos producidos por las fuerzas invisibles. Egipto quedó estrechamente asociado a doctrinas esotéricas, siendo visto como la cuna de la magia y los rituales. Helena Blavatsky, una de las figuras centrales de la teosofía, publicó *Isis Unveiled* (1877), en donde hizo confluir los principios inmateriales que guiaban los fenómenos y la importancia de la sabiduría antigua para desentrañarlos. Efectivamente, los límites entre la Egiptología y la egiptomanía no estuvieron bien delimitados durante el siglo XIX: la traducción de los jeroglíficos convivió con las ensoñaciones sepulcrales y el supuesto afán mágico de la cultura faraónica.[39]

La fascinación ejercida por el antiguo Egipto se transforma, a principios del siglo XX, con el descubrimiento de la tumba de Tutankamón, en un tópico global y masivo. La popularidad del faraón, las fantasías que despertó sobre las maldiciones antiguas luego de la muerte de lord Carnarvon, quien financió la excavación, y las modas urbanas se mixturaron con el estudio e inventario realizado por Howard Carter, el arqueólogo que descubrió la tumba. Este faraón ejerció una importante influencia en los años de entreguerras. Incluso con el estreno de la película *La Momia* (1932), dirigida por Karl Freund y protagonizada por Boris Karloff y Zita Johann, se inserta una figura nodal en el cine de terror del siglo XX: Tutankamón fue un tópico de "encantamiento de la modernidad", en palabras de Allegra Fryxell.[40]

En cuanto fenómeno histórico, la egiptomanía fue tratada como un tema menor. Los mismos egiptólogos la veían como un obstáculo para la investigación científica: hacia 1900, el historiador George Goodspeed afirmaba que uno de sus colegas, el egiptólogo Marsham Adams, se encontraba "afectado con una dolencia que por momentos ataca a ciertas personas". Los principales "síntomas" de la egiptomanía "hacen creer a quien la posee que todo el conocimiento y la sabiduría" proviene de los antiguos egipcios. Los fetiches de estos "egiptomaníacos" son los templos, las pirámides y especialmente los conjuros mortuorios, que eran vinculados con los secretos de las pirámides.[41]

El estudio académico de la egiptomanía recién tomó cierto ímpetu hacia los años sesenta y setenta, cuando ven la luz múltiples trabajos que se adentraron en la influencia egipcianizante de la arquitectura de diferentes períodos, vinculándola estrictamente con la emulación de estilos arquitectónicos y estilísticos egipcios.[42] Esta perspectiva ha generado uno de los

[38] Sobre los espectáculos de linternas mágicas y el desenrollado de momias, Barbara Stattford, *Devices of Wonder: From the World in a Box to Images on a Screen*, Los Ángeles, Getty Research Institute, 2001; y Gabriel Moshenska, "Unrolling Egyptian mummies in nineteenth-century Britain", *The British Journal for the History of Science*, vol. 47, n° 3, 2014.

[39] Eleanor Dobson, *Victorian Alchemy. Science, Magic and Ancient Egypt*, Londres, UCL Press, 2022.

[40] Allegra Fryxell, "Tutankhamen, Egyptomania, and Temporal Enchantment in Interwar Britain", *Twentieth Century British History*, vol. 28, n° 4, 2017. Sobre Tutankhamón como un tópico de la cultura masiva, véase Ronald Fritze, *Egyptomania. A History of Fascination, Obsession and Fantasy*, Londres, Reaktion Books, 2016.

[41] George Goodspeed, "A Hand-book of Comparative Religion, by Rev. S. H. Kellogg", *The American Journal of Theology*, vol. 4, n° 1, 1900, p. 241.

[42] Véanse, entre otros, Louis Richard, "Recherches récentes sur le culte d'Isis en Bretagne", *Revue de l'histoire des religions*, vol. 176, n° 2, 1969; Regina Witt, *Isis in the Graeco-Roman World*, Londres, Thames and Hudson, 1971; y Anne Roullet, *The Egyptian and Egyptianizing Monuments of Imperial Rome*, Leiden, Brill, 1972; y Robert

consensos historiográficos más fuertes en torno a la problemática: la egiptomanía surge en la Grecia antigua, al encontrar los griegos en la tierra de los faraones un espacio de obsesión y exotismo. Este supuesto sigue siendo, hasta la actualidad, parte del canon muy bien establecido en cada obra que explora el fenómeno, transformando la egiptomanía en un proceso de larga duración, ahistórico, que recorre toda la historia europea. Así, el interés con el mundo egipcio se transforma en un tema universal, especialmente de la alta cultura occidental. No en vano James Curl ha afirmado que la egiptomanía es un motivo recurrente en la historia del buen gusto europeo.[43]

El cambio de siglo trae consigo algunas modificaciones en las lecturas predominantes de los años setenta y ochenta sobre la egiptomanía y la recepción del mundo faraónico. A fines del siglo xx, la falta de voluntad de los "egiptólogos ortodoxos" para participar de la divulgación histórica genera la formación de dos bandos opuestos: los académicos, por un lado, y los arqueólogos "prohibidos" o "egiptólogos alternativos", por el otro. No es difícil comprender la exasperación con la que los profesionales del tema ven los intentos de enseñarles su oficio a los amateurs. Ambos grupos se acusan mutuamente de ofuscación deliberada y supresión de pruebas, de desechar su formación y experiencia y de aceptar la única fe verdadera. Es menos fácil entender por qué la Egiptología no se enfrenta al reto que suponen estas afirmaciones que, por inconformistas o maníacas que sean, ofrecen un área de proyección disciplinar. [44]

Esta situación motorizó a distintos especialistas a indagar en profundidad la egiptomanía como fenómeno. Por un lado, la producción de obras sistemáticas invitó a su complejización, estudiando las diferentes formas que adquiere durante la historia. La llegada del capitalismo, la industrialización, los sistemas democráticos y la cultura masiva operaron en los dispositivos que "expresaban" la egiptomanía. Si el interés de los historiadores del arte y arqueólogos se vinculaba con adentrarse en la egipcianización de la arquitectura grecorromana o renacentista, múltiples estudios invitaron a adentrarse en la recepción del mundo faraónico posterior a la llegada de Napoleón a Egipto hacia 1798. El siglo xix se ha mostrado nodal en este proceso; sus investigaciones se centraron en el rol de las fantasías egipcianizantes en los desarrollos científicos, los espectáculos o la cultura impresa, aspectos que se acentúan y masifican para el siglo xx, puntualmente gracias a la apertura del sepulcro de Tutankamón.[45]

Son también los años noventa cuando Assmann fija las bases de su propuesta de recepción relacionada con la "memoria cultural". En su visión, las raíces de la egiptomanía se encuentran en la Antigüedad clásica, pero no debido a que es un fenómeno perenne, sino a su peso en la memoria cultural europea. Diferenciándose de las perspectivas de historia de la recepción contextualistas influidas por Jauss, la egiptomanía es un fenómeno de "cambio lento,

---

Bianchi, "Augustus in Egypt: The Temple of Dendur is Rebuilt at the Metropolitan Museum of Art", *Archaeology*, vol 31, n° 5, 1978.

[43] Curl, *Egyptian Revival*. Otras obras que piensan en la egiptomanía como fenómeno de larga duración son François Hartog, "Les Grecs égyptologues", *Annales. Économies, Societés, Civilisations*, año 41, n° 5, 1986; Francisco Gómez Espelosín y Antonio Pérez Largacha, *Egiptomanía*, Madrid, Alianza, 1997; y Fritze, *Egyptomania*.

[44] Ian Shaw, *Ancient Egypt. A very short introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 2004, pp. 138-144; Sally Michel Rice y Sally MacDonald, "Introduction - Tea with a Mummy: The Consumer's View of Egypt Immemorial Appeal", en M. Rice y S. MacDonald (eds.), *Consuming Ancient Egypt*, California, Routledge, 2003, p.16.

[45] Jasmine Day, *The Mummy's Curse. Mummymania in the English-speaking world*, Londres/Nueva York, Routledge, 2006; Roger Luckhurst, *The Mummy's Curse: The True History of a Dark Fantasy*, Oxford, Oxford University Press, 2012; y David Gange, *Dialogues with the Dead: Egyptology in British Culture and Religion, 1822-1922,* Oxford, Oxford University Press, 2013.

de larga duración", en el que "los procesos inapreciables que quedan ocultos [....] y solamente se revelan a la mirada analítica del investigador".[46] Así, se mantuvo una imagen persistente del mundo egipcio y que no puede reducirse a la idea orientalista estereotipada. Desde esta perspectiva, la "egiptomanía" es un proceso de construcción identitaria de Europa, hasta que el inicio de la profesionalización de la Egiptología marca la "victoria del anticuarismo" por sobre la memoria cultural y el recuerdo, "que fue arrojado por la borda como un cúmulo de errores".[47]

La empresa de Assmann ha sido importante al fomentar la exploración de los "sentidos", "mensajes" y "fantasmas" egipcios que pervivieron en la cultura occidental. No obstante, al pensar en términos de un tiempo histórico de larga duración, Assmann no hace hincapié en la actitud activa de los receptores y en su capacidad de resituar aquellas imágenes. No hay apropiaciones del antiguo Egipto, sino encuentros y reencuentros, que juegan "un papel muy pequeño en comparación con el significado de las imágenes del recuerdo […]".[48] Esta perspectiva, empero, ha sido nodal para reconstruir esta historia del antiguo Egipto en el pensamiento occidental, a pesar de que las investigaciones de las últimas décadas que se adentran en la recepción del mundo faraónico toman parcialmente la propuesta de Assmann en favor de los postulados de la recepción de Jauss. Esto es indicativo de que el campo de estudios de la recepción se encuentra en una fase de experimentación metodológica, epistémica y teórica.

A diferencia de los estudios de la recepción sobre Mesopotamia, el orientalismo como categoría ha tenido una presencia más bien periférica, tal vez debido a que para el antiguo Egipto ya se contaba con una categoría discursiva que refería a las representaciones de la imaginación occidental.[49] Aun así, la apropiación imperial del estudio científico del Egipto faraónico ya había sido denunciado a mediados del siglo XX en academias africanas, que señalaban la "falsificación de la historia" occidental y la intrumentalización colonial al negar sus orígenes negroafricanos. El pionero fue Cheikh Anta Diop, que en 1955 se preguntaba sobre la posibilidad de pensar la historia antigua del Oriente con otra mirada.[50] Con cierta razón, esta tradición egiptológica ha sido criticada por su carácter a menudo hermético. La metodología y conclusiones a las que arribaron han ignorado estudios arqueológicos, mixturando operaciones falaces con ideologías políticas antirracistas y anticoloniales, dando resultados con características similares a los que posteriormente arribaron los egiptólogos alternativos.

[46] Jan Assmann, *Egipto. Historia de un sentido*, Madrid, Abada Editores, 2005, p. 10.
[47] *Ibid.*, p. 556.
[48] *Ibid.*, p. 542.
[49] Adolfo Domínguez Monedero, "El viaje a Egipto, entre el discurso orientalista y el conocimiento científico", *Isimu*, serie II, vol. I, 2001; Fredrick Thomasson, *The life of J. D. Åkerblad: Egyptian decipherment and Orientalism in revolutionary times*, Leiden, Brill, 2013; y Juan Carlos Moreno García, "Un mito tenaz: el Egipto antiguo o el paraíso perdido en la obra de los egiptólogos de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX", en Da Riva y Vidal, *Descubriendo el antiguo Oriente*. Las limitaciones del marco teórico saidiano han sido señaladas por Assmann, *Historia de un sentido*, p. 542.
[50] Cheik Anta Diop, *The African Origin of Civilization. Myth or Reality*, Nueva York, Lawrence Hill and Co., 1974. Señalamientos a esta perspectiva los encontramos en Josep Cervelló, "Introducción", en J. Cervelló, *África antigua. El antiguo Egipto, una civilización africana. Actas de la IX Semana de Estudios Africanos del Centre d'Estudis Africans de Barcelona (18-22 de marzo de 1996)*, Barcelona, 2001.

Epílogo

A partir de un recorrido histórico e historiográfico de las representaciones y la recepción de las sociedades del antiguo Iraq y el antiguo Egipto, hemos explorado los usos y apropiaciones de estas sociedades, a la vez que delineamos algunas tendencias en cuanto a la reflexión historiográfica disciplinar y la emergencia y desarrollo de los estudios de la recepción. La Antigüedad se utilizó como analogía, metáfora, parábola o antítesis para contrastar y/o equiparar situaciones del contexto sociopolítico contemporáneo occidental. En este sentido, la Antigüedad y su recepción sirven a las sociedades modernas para preguntarse acerca de ellas mismas, al iluminar fenómenos históricos desde otra perspectiva y que nos permiten enriquecer nuestro conocimiento sobre el pasado. Al indagar sobre los contextos disciplinares, pudimos dar cuenta de la aparición de ciertas investigaciones que permitieron repensar el vínculo entre modernidad y sociedades antiguas. Una reflexión crítica sobre el origen y el papel de los estudios sobre Oriente Próximo conduciría a una toma de conciencia madura sobre estas disciplinas.

En esta línea, ha quedado pendiente la profundización de dos aspectos: el primero, la recepción en general por fuera de academias europeas y estadounidenses; el segundo, el campo de la recepción en la historiografía argentina. En cuanto al primer aspecto, queda por realizar un análisis dialogado sobre cómo perciben su propio pasado los pueblos modernos de Oriente Próximo, en especial si se considera que las disciplinas "orientalistas" son creaciones de estudiosos occidentales.

El segundo aspecto mencionado nos invita a tener en cuenta la incipiente producción local, resultando necesario preguntarse qué tipo de aportes relevantes pueden realizarse desde la historiografía argentina para comprender la globalidad de la recepción de la "Antigüedad oriental". La reflexión historiográfica sobre el Oriente Antiguo no es una novedad en las investigaciones locales, aunque estas han sido fragmentarias y dispersas durante varias décadas. Los últimos años, no obstante, han sido testigos de la producción de investigaciones que buscaron indagar de forma novedosa fenómenos locales previamente visitados, o incluso la formulación de nuevos tópicos de interés para la disciplina. La lejanía de los centros de investigación con un pasado imperial puede ser tanto un desafío como un factor que invite a la novedad metodológica y epistémica, elaborando problemas históricos que permitan adentrarnos, desde nuevos focos, a distintos momentos de la historia argentina. No obstante, es temprano para saber cuáles serán los términos de ese diálogo entre la historia antigua y la historia de la Argentina moderna.[51] Creemos que el recorrido puede ser fructífero y brindar resultados interesantes, pero solo el tiempo lo dirá. □

[51] El desarrollo en la historiografía local es mínimo y reciente. Hay antecedentes desde mediados del siglo XX sobre la reflexión de lo que es el "Antiguo Oriente", pero recién con la llegada del nuevo milenio se sistematizaron algunas aproximaciones. Es necesario mencionar los aportes de Susana Murphy, quien ha sido la primera historiadora en el contexto local que abordó el modelo teórico saidiano para reflexionar sobre la importancia de la empresa imperial de las metrópolis europeas en la conformación de las disciplinas orientalistas. Más aún, Murphy ha profundizado en lo que ha denominado como "construcción intelectual Oriente-Occidente", que implica dar cuenta de la dicotomía artificiosa que permea la cultura occidental que, amparada en los discursos científicos, legitima la superioridad occidental por sobre las civilizaciones "semíticas, orientales y africanas", que habrían quedado "rezagadas frente al avance del progreso y del colonialismo". Durante los últimos años, han aparecido algunos trabajos que se adentran a la recepción de la Antigüedad oriental desde la cultura nacional, indagando diferentes fenómenos históricos. Véanse Ricardo Orta Nadal, "En torno a la historia antigua del Oriente", *Estudios Orientales*, n° 1, 1954; Susana Murphy, *Repensando Oriente-Occidente*, Buenos Aires, OPFYL, 2005. Sobre trabajos que se adentran en la historia argentina, véanse Leila Salem, "El orientalismo en

Bibliografía

Alderete, Matías "El encanto de Tutankhamón. La egiptomanía en la prensa porteña (1923-1925)", *Anuario de la Escuela de Historia*, n° 33, 2020, https://doi.org/10.35305/aeh.vi33.299.

——, "El antiguo Egipto como artefacto histórico: fantasías y distinción social en los avisos publicitarios de la prensa porteña de inicios del siglo xx", *Fronteiras. Revista Catarinense de História*, n° 40, 2022, pp. 206-239, https://doi.org/10.36661/2238-9717.2022n40.12910.

Assmann, Jan, "El lugar de Egipto en la historia de la memoria de Occidente", en G. Schröder y H. Breuninger, *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 55-74.

Assmann, Jan, *Egipto. Historia de un sentido*, Madrid, Abada Editores, 2005.

Bahrani, Zainab, "Conjuring Mesopotamia: imaginative geography and a world past", en L. Meskell (ed.), *Archaeology under fire: Nationalism, politics and heritage in the Eastern Mediterranean and Middle East*, Nueva York/Londres, Routledge, 1998, pp. 159-174.

——, "History in Reverse: archaeological illustration and the reconstruction of Mesopotamia," en T. Abusch *et al*. (eds.), *Historiography in the Cuneiform World.* Part i, cdl press, 2001, pp. 15-28.

——, "Iraq's Cultural Heritage: Monuments, History, and Loss", *Art Journal*, vol. 62, n° 4, 2003.

——, *Women of Babylon. Gender and Representation in Mesopotamia*, Nueva York/Londres, Routledge, 2001.

Bernal, Martin, *Black Athena. The Afroasiatic Roots of Classical Civilization. Volume i. The Fabrication of Ancient Greece 1795-1985,* Nueva Jersey, Rutgers University Press, 1987.

Bianchi, Robert, "Augustus in Egypt: The Temple of Dendur is Rebuilt at the Metropolitan Museum of Art", *Archaeology*, vol. 31, n° 5, 1978, pp. 4-11.

Bohrer, Frederick, "The Printed Orient: The Production of A. H.Layard's Earliest Works", *Culture and History*, vol. 11, 1992, pp. 85-105.

——, "Eastern Medi(t)ations: Exoticism and the Mobility of Difference", *History and Anthropology*, n° 9, 1996, pp. 293-307.

——, "Inventing Assyria: Exoticism and Reception in Nineteenth-Century England and France", *Art Bulletin*, n° 80, 1998, pp. 336-356.

——, *Orientalism and Visual Culture. Imagining Mesopotamia in Nineteenth-Century Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

Budelmann, Felix y Haubold, Johannes, "Reception and Tradition", en L. Hardwick y Ch. Stray (eds.), *A Companion to Classical Receptions*, Sussex, Blackweell, 2008, pp. 13-25.

Burke, Peter, "Historia y teoría de la recepción", en *Políticas de la Memoria*, n° 19, 2019, pp. 91-102.

Cervelló, Josep, *África antigua. El antiguo Egipto, una civilización africana. Actas de la ix Semana de Estudios Africanos del Centre d'Estudis Africans de Barcelona (18-22 de marzo de 1996)*, Barcelona, 2001.

Collins, Paul, "Receptions of the Ancient Near East in Popular Culture and Beyond", en L. Verderame y A. García-Ventura (eds.), *Receptions of the Ancient Near East in Popular Culture and Beyond*, Atlanta, Lockwood Press, 2020, i-xii.

———

tensión. Lecturas sobre Egipto en los relatos de viaje a finales del siglo xix en Argentina", *Revista de Historia Americana y Argentina*, vol. 53, n° 2, 2018; y Leila Salem, "Más allá de Tutankhamón: orientalismo en los márgenes de la Egiptología", *Cuadernos de Histori*a, n° 56, 2022, http://dx.doi.org/10.5354/0719-1243.2022.67223; Matías Alderete, "El encanto de Tutankhamón. La egiptomanía en la prensa porteña (1923-1925)", *Anuario de la Escuela de Historia*, n° 33, 2020, https://doi.org/10.35305/aeh.vi33.299; y "El antiguo Egipto como artefacto histórico: fantasías y distinción social en los avisos publicitarios de la prensa porteña de inicios del siglo xx", *Fronteiras. Revista Catarinense de História*, n° 40, 2022, https://doi.org/10.36661/2238-9717.2022n40.12910; y Sergio Cubilla, "Eurocentrismo y orientalismo en los libros de texto de historia antigua de las escuelas secundarias de la Argentina (1890-1950)", *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental*, n° 21, 2020, https://doi.org/10.34096/rihao.n21.8656.

Cubilla, Sergio, "Eurocentrismo y orientalismo en los libros de texto de historia antigua de las escuelas secundarias de la Argentina (1890-1950)", *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental*, n° 21, 2020, pp. 153-179, https://doi.org/10.34096/rihao.n21.8656.

Curl, James, *The Egyptian Revival. Ancient Egypt as the Inspiration for Design Motifs in the West,* Londres/Nueva York, Routledge, 2005.

Da Riva, Rocío y Jordi Vidal (eds.), *Descubriendo el Antiguo Oriente. Pioneros y arqueólogos de Mesopotamia y Egipto a finales del siglo XIX y principios del siglo XX*, Barcelona, Bellaterra, 2015.

Day, Jasmine, *The Mummy's Curse. Mummymania in the English-speaking world*, Londres/Nueva York, Routledge, 2006.

De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1996.

Diop, Cheik Anta, *The African Origin of Civilization. Myth or Reality*, Nueva York, Lawrence Hill and Co., 1974.

Dobson, Eleanor, *Victorian Alchemy. Science, Magic and Ancient Egypt*, Londres, UCL Press, 2022.

Domínguez Monedero, Adolfo, "El viaje a Egipto, entre el discurso orientalista y el conocimiento científico", *Isimu*, serie II, vol. I, 2001, pp. 183-196.

Doyle, Noreen "The Earliest Known Uses of 'l' égyptomanie'/'Egyptomania' in French and English", *Journal of Ancient Egyptian Interconnections*, vol. 8, 2016, pp. 122-125.

Finley, Moses, *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, Crítica, 1977.

——, E*sclavitud antigua e ideología moderna*, Barcelona, Crítica, 1980

Frahm, Eckart, "Images of Assyria in 19th and 20th Century Scholarship", en S. Holloway, *Assyriology, Orientalism and The Bible*, Phoenix, Sheffield Phoenix Press, 2006, pp. 74-94.

Fritze, Ronald, *Egyptomania. A History of Fascination, Obsession and Fantasy*, Londres, Reaktion Books, 2016.

——, *Invented Knowledge. False History, Fake Science and Pseudo-Religions*, Londres, Reaktion Books, 2009.

Fryxell, Allegra, "Tutankhamen, Egyptomania, and Temporal Enchantment in Interwar Britain", *Twentieth Century British History*, vol. 28, n° 4, 2017, pp. 516-542.

Gadamer, Hans, "Fundamentos para una teoría de la experiencia hermenéutica", en D. Rall (comp.), *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*, México, UNAM, 1987, pp. 19-30.

Gange, David. *Dialogues with the Dead: Egyptology in British Culture and Religion*, *1822-1922,* Oxford, Oxford University Press, 2013.

Gómez Espelosín, Francisco y Antonio Pérez Largacha, *Egiptomanía*, Madrid, Alianza, 1997.

Goodspeed, George, "A Hand-book of Comparative Religion, by Rev. S. H. Kellogg", *The American Journal of Theology*, vol. 4, n° 1, 1900, pp. 240-244.

Hanson, Katharyn, "Why Does Archaeological Context Matter?", en G. Embering y K. Hanson (eds.), *Catastrophe! The Looting and Destruction of Iraq's Past*, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2008, pp. 45-50.

Hartog, François, "Les Grecs égyptologues", *Annales. Économies, Societés, Civilisations*, año 41, n° 5, 1986, pp. 953-967.

Jauss, Robert, "Historia de la literatura como una provocación a la ciencia literaria" y "Cambio de paradigma en la ciencia literaria", en D. Rall (comp.), *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*, México, UNAM, 1987, pp. 55-88

Larsen, Mogen Trolle. "Orientalism and the Ancient Near East", *Culture and History*, vol. 2, 1987.

Liverani, Mario, *El antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*, Barcelona, Crítica, 1995.

——, *Imaginar Babel. Dos siglos de estudios sobre la ciudad oriental antigua*, Madrid, Bellaterra, 2014.

Lopes, Helena, Isabel Gomes de Almeida y Maria de Fátima Rosa, "The Importance of Reception Studies for Ancient History", en H. Lopes, I. Gomes de Almeida y M. de Fátima Rosa, *Antiquity and Its Reception - Modern Expressions of the Past*, IntechOpen, 2020, doi:10.5772/intechopen.90441.

Luckhurst, Roger, *The Mummy's Curse: The True History of a Dark Fantasy*, Oxford, Oxford University Press, 2012.

Lyons, William, “Some Thoughts on Defining Reception History and the Future of Biblical Studies”, *Bible and Interpretation*, n° 8, 2015, pp. 1-11.

Malley, Shawn, *From Archaeology to Spectacle in Victorian Britain The Case of Assyria*, 1845-1854, Londres/Nueva York, Routledge, 2016.

Martindale, Charles, *Redeeming the text. Latin poetry and the hermeneutics of reception*, Cambridge University Press, 1993.

Martindale, Charles y Lorna Hardwick, “Reception”, en S. Hornblower, A. Spawforth y E. Eidinow (eds.), *Oxford Classical Dictionary*, Oxford, Oxford University Press, 2012, pp. 1256-1257.

McGuire, Gibson, “The Looting of the Iraq Museum in Context”, en G. Embering y K. Hanson (eds.), *Catastrophe! The Looting and Destruction of Iraq’s Past*, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2008, pp. 13-19.

Melman, Billie, *Empires of Antiquities. Modernity and the Rediscovery of the Ancient Near East, 1914-1950*, Oxford, Oxford University Press, 2020.

Moreno García, Juan Carlos, “Un mito tenaz: el Egipto antiguo o el paraíso perdido en la obra de los egiptólogos de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX”, en R. Da Riva y J. Vidal (eds.), *Descubriendo el antiguo Oriente. Pioneros y arqueólogos de Mesopotamia y Egipto a finales del siglo XIX y principios del siglo XX,* Barcelona, Bellaterra, 2015*,* pp. 103-122.

Moshenska, Gabriel, “Unrolling Egyptian mummies in nineteenth-century Britain”, *The British Journal for the History of Science*, vol. 47, n° 3, 2014, pp. 451-477.

Murphy, Susana, “La imagen demonizada del Islam: ayer y hoy”, *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Universidad Nacional del Rosario/Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

——, “Sobre cómo imaginar comunidades y hacer sugerir estados: entre las formas cerámicas, las construcciones geométricas y las avanzadas intrusivas”, *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, FFyL-Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 19 al 21 de septiembre de 2007.

——, *Repensando Oriente-Occidente*, Buenos Aires, OPFYL, 2005

Nadali, David, “Invented Spaces. Discovering Near Eastern Architecture through Imaginary Representations and Constructions”, en L. Feliu *et al.* (eds.), *Time and History in the Ancient Near East. Proceedings of the 56th Rencontre Assyriologique Internationale at Barcelona, 26-30 July 2010*, Indiana, Eisenbrauns, 2013, pp. 391-404.

Oppenheim, Leo, “Assyriology- Why and How?”, *Current Anthropology*, vol. 1, n° 5-6, pp. 409-422.

Orta Nadal, Ricardo, “En torno a la historia antigua del Oriente”, *Estudios Orientales*, n° 1, 1954, pp. 113-165l.

Parramore, Lynn, *Ancient Egypt in Nineteenth-Century Literary Culture*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008

Rice, Michael y Sally MacDonald, “Introduction - Tea whith a Mummy: the Consumer’s View of Egypt Immemorial Appeal”, en M. Rice y S. MacDonald (eds.), *Consuming Ancient Egypt*, California, Routledge, pp. 1-22.

Richard, Louis, “Recherches récentes sur le culte d’Isis en Bretagne”, *Revue de l’histoire des religions*, vol. 176, n° 2, 1969, pp. 121-151.

Roullet, Anne, *The Egyptian and Egyptianizing Monuments of Imperial Rome*, Leiden, Brill, 1972.

Said, Edward, *Orientalismo*, Barcelona, De Bolsillo, 2002.

Salem, Leila, “El orientalismo en tensión. Lecturas sobre Egipto en los relatos de viaje a finales del siglo XIX en Argentina”, *Revista de Historia Americana y Argentina*, vol. 53, n° 2, 2018.

——, “Más allá de Tutankhamón: orientalismo en los márgenes de la Egiptología”, *Cuadernos de Historia*, n° 56, 2022, pp. 9-37.

Shaw, Ian, *Ancient Egypt. A very short introduction,* Nueva York, Oxford University Press, 2004.

Speiser, Ephraim, “Oriental Studies and Society”, *Journal of the American Oriental Society*, vol. 66, n° 3, 1946, pp. 193-197.

Stattford, Barbara, *Devices of Wonder: From the World in a Box to Images on a Screen*, Los Ángeles, Getty Research Institute, 2001.

Stolper, Matthew, “On Why and How”, *Culture and History*, vol. 11, 1992, pp. 13-22.

Stolzenberg, Daniel, *Aegyptian Oedipus. Athanasius Kircher and the secrets of Antiquity*, Chicago, The University of Chicago Press, 2013.

Stone, Elizabeth, “An update on the Looting of the Archaeological Sites in Iraq”, *Near Eastern Archaeology*, vol. 78, n° 3, 2015, pp. 178-189.

Thomasson, Fredrick, *The life of J. D. Åkerblad: Egyptian decipherment and Orientalism in revolutionary times*, Leiden, Brill, 2013.

Verderame, Lorenzo y Agnés García-Ventura (eds.), *Receptions of the Ancient Near East in Popular Culture and Beyond*, Atlanta, Lockwood Press, 2020

Witt, Regina, *Isis in the Graeco-Roman World*, Londres, Thames and Hudson, 1971.

Resumen / Abstract

Historia, recepción y mundo antiguo. Un balance crítico sobre los estudios de la recepción del Antiguo Cercano Oriente

El presente trabajo se propone realizar un balance historiográfico del campo de estudio conocido como recepción de la Antigüedad, haciendo énfasis en la recepción de las sociedades antiguas de “Mesopotamia” y Egipto. Su desarrollo es relativamente reciente, pero cuenta con una importante proyección desde hace aproximadamente una década. Estos estudios han permitido indagar no solamente el contexto de descubrimientos arqueológicos significativos, sino también su circulación en la sociedad, la elaboración de imaginarios sobre mundos pasados y su vínculo con los valores, ansiedades y expectativas que generaron en las audiencias receptoras. De esta forma, la noción de Antigüedad cobra un valor heurístico no ya como un período histórico delimitado y determinado por especialistas, sino como un concepto que permite desentrañar fenómenos históricos y relaciones opacas o escurridizas; y también revisar las diferencias entre las investigaciones de diferentes tradiciones.

El artículo explora ciertos lineamientos generales en relación con la reflexión historiográfica, las historias disciplinares y el surgimiento de los estudios de recepción de la Antigüedad oriental, concluyendo con algunos interrogantes y proyecciones.

Palabras claves: Historia - Recepción - Mundo antiguo - Orientalismo - Egiptomanía

History, Reception Studies and Ancient World. A Critical Essay on the Studies of the Reception of the Ancient Near East.

This paper aims to provide a historiographical assessment of the field of study known as the Reception of Antiquity, with emphasis on the reception of the ancient societies of “Mesopotamia” and Egypt. Its development is relatively recent, but has expanded considerably during, approximately, the last decade. These research studies have made it possible to investigate not only the context of significant archaeological discoveries, but also their circulation in society, the elaboration of imaginaries about past worlds and their link with the values, anxieties and expectations that they generated in the receiving audiences. In this way, the notion of “Antiquity” takes on a heuristic significance as no longer a delimited historical period determined by specialists, but as a concept that allows us to understand historical phenomena and relations that are opaque or elusive; and that also allows us to review the differences between research projects from different traditions.

The article explores certain general outlines in relation to historiographical reflection and disciplinary histories and also the emergence of reception studies of oriental antiquity, and concludes with certain questions and prognoses.

Keywords: History - Reception - Ancient World - Orientalism - Egyptomania

Fecha de recepción del original: 6/2/2023
Fecha de aceptación del original: 21/9/2023

Cambiar el spleen *en carcajadas*

*La risa como cura para la melancolía en la Inglaterra del siglo XVIII**

Andrés Gattinoni**

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Víctimas del spleen*, los altos lores*
En sus noches más negras y pesadas,
Iban á ver al rey de los actores,
Y cambiaban su spleen *en carcajadas.*
Juan de Dios Peza, "Reír llorando"[1]

Con estos versos, Juan de Dios Peza describía el efecto sanador de la actuación de David Garrick (1717-1779). En seguida, lo contraponía a la situación trágica del histrión que no podía recurrir al mismo remedio para su propio dolor:

> ¡Cuántos hay que, cansados de la vida,
> Enfermos de pesar, muertos de tedio,
> Hacen reír como el actor suicida,
> Sin encontrar para su mal remedio!
>
> ¡Ay! ¡Cuántas veces al reír se llora![2]

A través de Garrick, el poeta mexicano ponía de relieve una contradicción que habitaba en la Inglaterra del siglo XVIII que, según sus contemporáneos, se caracterizaba por una melancolía y una comicidad extraordinarias. En 1690, por ejemplo, el diplomático William Temple había dicho que su país, a causa de su geografía, la variabilidad de su clima, la diversidad de su población y la libertad extraordinaria que ofrecía su forma de gobierno, se había convertido en "la

* Agradezco a Nicolás Kwiatkowski, José Emilio Burucúa y los evaluadores anónimos de la revista por sus comentarios a versiones anteriores de este trabajo.
** agattinoni@unsam.edu.ar. Orcid: 0000-0001-6741-6746.
[1] Juan de Dios Peza, *Poesías completas*, edición de M. G. A. Revilla, París, Garnier Hermanos, 1892, p. 22.
[2] *Ibid.,* p. 24.

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1462

región del *spleen*":[3] un trastorno asociado con la melancolía que, en 1733, el médico George Cheyne bautizaría "el mal inglés".[4] Diversos testimonios, dentro y fuera del país, coincidían con ellos en que el *spleen* era una enfermedad extremadamente difundida en Inglaterra. La asociaban, entre otras cosas, con prácticas e instituciones que se habían desarrollado a partir de la Restauración de la monarquía, luego de dos décadas de revolución y guerras civiles, y que a ojos de muchos contemporáneos convertían a ese país en una nación moderna.[5] Al mismo tiempo, para Temple esas características excepcionales de la isla explicaban el humor de los ingleses y la superioridad de su teatro.[6] A principios del siglo XIX, el crítico escocés Hugh Blair –contemporáneo de Garrick– emplearía argumentos similares para afirmar que, desde la Restauración, "el humor es, en una gran medida, la provincia peculiar de la nación inglesa".[7]

Este artículo explora la relación paradójica entre risa y melancolía. Lo hace desde un punto de vista particular que busca comprender ambos fenómenos históricamente. Para ello parte de una discusión acerca de la existencia y las características de una risa moderna, y se pregunta por la persistencia en ella de una dimensión regeneradora. Esto lleva a abordar el debate que se dio en Inglaterra a principios del siglo XVIII acerca de la naturaleza de la risa moderna y su relación con la cura de la melancolía. A partir de un conjunto heterogéneo de documentos, se exploran tres aspectos terapéuticos de la hilaridad: la diversión, el absurdo y la purgación. Si bien el universo de fuentes abordadas es temporal y geográficamente amplio, el énfasis está puesto en la cultura inglesa del siglo XVIII, pues allí el potencial curativo de un humor que se juzgaba peculiar de la isla podía, acaso, ser el antídoto para el mal inglés.

La risa y la melancolía, por cierto, nunca estuvieron muy lejos. A fines del siglo XVI, diversos tratados médicos hacían referencia al hecho de que la melancolía podía causar tanto llanto como risa.[8] Como se verá más adelante, varios anatomistas desde la Antigüedad creían que el bazo participaba en la regulación de los humores corporales y era sede de la risa. Los tipos de vínculos entre melancolía e hilaridad podían ser diversos. En ocasiones, la risa del melancólico fue un dispositivo estético y filosófico fértil para la contemplación extrañada de la irracionalidad del mundo. Otras veces, la enfermedad mental, real o atribuida, fue objeto de

[3] "[…] the region of *spleen* […]", William Temple, "Of Poetry", en *The Works of Sir William Temple, Bart.*, vol. 3 1690; repr., Londres, J. Brotherton, 1770, p. 426. Salvo indicación contraria, todas las traducciones son mías. Sobre Temple y el *spleen*, véase Andrés Gattinoni, "Saberes antiguos para problemas modernos: melancolía y filosofía moral en los ensayos de William Temple", *Magallánica. Revista de Historia Moderna*, vol. 3, n° 6, 2017.

[4] George Cheyne, *The English Malady: or, A Treatise of Nervous Diseases of All Kinds*, Londres, George Strahan, 1733.

[5] De la abundante bibliografía sobre el mal inglés, véanse especialmente Oswald Doughty, "The English Malady of the Eighteenth Century", *The Review of English Studies*, vol. 2, n° 7, 1926; Cecil Albert Moore, *Backgrounds of English Literature: 1700-1760*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 1953, cap. 5; Roy Porter, *Mind-Forg'd Manacles: A History of Madness in England from the Restoration to the Regency*, Londres, Penguin, 1990, pp. 81-89; Glen Colburn (ed.), *The English Malady: Enabling and Disabling Fictions*, Newcastle, Cambridge Scholars Publishing, 2008; Andrés Gattinoni, "El mal inglés: melancolía y modernidad en Gran Bretaña, 1660-1750", Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires, 2021.

[6] Temple, "Of Poetry", p. 425.

[7] "Humour is, in a great measure, the peculiar province of the English nation", Hugh Blair, *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres*, vol. 2, Boston, I. Thomas and E. T. Andrews, 1802, pp. 360-361.

[8] Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios, para las sciencias*, Baeça, Juan Baptista de Montoya, 1575, pp. 91v–92v; Laurent Joubert, *Traité du ris contenant son essance, ses causes et mervelheus effais*, París, Nicolas Chesneau, 1579, p. 273; Andrés Velásquez, *Libro de la melancholia*, Sevilla, Hernando Díaz, 1585, cap. IV; Timothie Bright, *A Treatise of Melancholie*, Londres, Thomas Vautrollier, 1586, cap. XXVIII y XXV.

ridiculización y burla, como medio de reafirmar la superioridad de la razón.[9] Aquí, sin embargo, me interesa detenerme en instancias en las que la risa aparecía como una cura para la melancolía. Para apreciar la relevancia de esta perspectiva, conviene comenzar con una referencia al vínculo entre risa y modernidad.

1. La risa moderna y la melancolía

En su estudio clásico sobre la época de François Rabelais, Mijaíl Bajtín describió las características de la cultura popular carnavalesca en la Edad Media y el Renacimiento. Según el crítico ruso, allí predominaba una forma de risa grotesca, festiva, universal y ambivalente, que se caracterizaba por una dinámica permanente de degradación y regeneración. Eso habría cambiado hacia el siglo XVII con el surgimiento de una risa moderna, satírica, negativa, individualista y destructiva que buscaba subordinar al objeto de burla.[10] Por cierto, para el autor, durante los siglos XVII y XVIII, el grotesco no desapareció del todo –basta pensar en Molière o Jonathan Swift– pero fue marginado progresivamente en el canon literario y cuando resurgió en la segunda mitad del XVIII –notablemente con *Tristram Shandy* de Laurence Sterne– lo hizo completamente transformado, como la expresión de una perspectiva del mundo subjetiva e individualista.[11]

El trabajo de Bajtín fue clave para convertir la risa en un objeto de análisis histórico. En su concepción del grotesco, la noción de "regeneración" tenía un sentido amplio. Remitía, por ejemplo, al renacimiento, la renovación de la vida, la restauración de la salud, los ciclos de la naturaleza, el cambio de las vestimentas y la imagen social (a través del disfraz) y la inversión de las jerarquías con la paradójica función de reafirmar el orden social y, a la vez, proyectar un futuro de mayor felicidad, justicia y equidad.[12] Se ha sugerido que esta teoría estaba basada en una concepción orgánica de la sociedad –inspirada probablemente en la célebre obra de James Frazer, *La rama dorada*– que hoy parece poco apropiada para comprender la Francia de Rabelais.[13] Y, aunque sin duda no era la intención de Bajtín, vale la pena señalar que esa concepción orgánica sería aún más ajena a una nación dividida por la guerra civil y sus consecuencias, como la inglesa a partir de mediados del siglo XVII. Por eso, Mark Jenner afirmó que, durante la Restauración, la sátira escatológica que producían los realistas no era regeneradora, sino que buscaba comunicar su horror ante el regicidio y la socavación de la Iglesia emprendidos por los republicanos.[14] Por su parte, en los textos de Jonathan Swift, los elementos grotescos no celebraban la fertilidad y la abundancia de los cuerpos, sino que eran mani-

[9] Exploré estas otras dimensiones en mi tesis doctoral, Andrés Gattinoni, "El mal inglés: melancolía y modernidad en Gran Bretaña, 1660-1750" (Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires, 2021), cap. 5.
[10] Mikhail Bakhtin, *Rabelais and His World*, trad. De Helene Iswolsky, 1965; repr., Bloomington, Indiana University Press, 1984, pp. 18-22.
[11] *Ibid.* pp. 33-38; véase José Emilio Burucúa, *Corderos y elefantes. La sacralidad y la risa en la modernidad clásica –siglos XV a XVII–*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2001, pp. 368-370.
[12] Bakhtin, *Rabelais and His World*, cap. 1.
[13] Simon Dentith, *Bakhtinian Thought. An Introductory Reader*, 1995; repr., Londres/Nueva York, Routledge, 2005, p. 75.
[14] Mark S. R. Jenner, "The Roasting of the Rump: Scatology and the Body Politic in Restoration England", *Past & Present*, n° 177, 2002.

festaciones de la corrupción moral y la decrepitud de los modernos que buscaban provocar disgusto[15]. Cabe preguntarse, entonces, qué era la risa moderna y si quedaba en ella algún lugar para la regeneración.

A principios del siglo XVIII, en Inglaterra había una discusión acerca de la naturaleza de la sátira y de las implicancias morales y sociales de la risa.[16] Por entonces, circulaban especialmente dos concepciones contrapuestas. De un lado estaba la definición que había dado Thomas Hobbes en 1649 de la risa como efecto de la "gloria repentina" (*sudden glory*), una pasión súbita, a menudo pusilánime, de quien se imagina superior al contemplar los defectos de los otros o los suyos del pasado que ya no suponen un deshonor en el presente.[17] Del otro, estaba la noción más optimista del tercer conde de Shaftesbury, quien en 1709, aunque no desconocía los abusos antisociales de la sátira, consideraba la risa moderada como constitutiva del "buen humor" (*good-humour*): una disposición necesaria para cualquier conversación racional y civil (*polite*).[18]

Se trataba de una discusión acerca de las características y la legitimidad de la risa moderna. En 1711, Richard Steele decía que la opinión de Hobbes se sostenía en la mayoría de los casos, pues "la parte más egoísta de la humanidad es muy adicta a esta pasión". Luego, agregaba que los modernos superaban a los antiguos en "todas las artes triviales del ridículo" y que, por eso, "nos encontramos con más burla entre los modernos, pero con más juicio entre los antiguos".[19] Dos años más tarde, su *alter ego* Nestor Ironside en el *Guardian* databa el inicio de la degeneración de la risa en el reinado de Carlos II.[20] En 1751, Samuel Johnson se lamentaría de que las tragedias del último siglo estuvieran contaminadas con bufonerías e infamias y recomendaría que, por lo menos, se cuidaran de no provocar risa.[21] Para el propio Shaftesbury,

[15] Véanse Thomas B. Gilmore, "The Comedy of Swift's Scatological Poems", *PMLA*, vol. 91, n° 1, 1976; Dentith, *Bakhtinian Thought*, p. 79; Peter J. Smith, *Between Two Stools: Scatology and its Representations in English Literature, Chaucer to Swift*, Mánchester, Manchester University Press, 2012, caps. 5 y 6.

[16] Aquí sigo de cerca a Allan Ingram, *Intricate Laughter in the Satire of Swift and Pope*, Basingstoke, Macmillan, 1986, cap. 1. Véanse también Peter Kingsley Elkin, *The Augustan Defence of Satire*, Oxford, Clarendon Press, 1973; Mark Storey, *Poetry and Humour from Cowper to Clough*, Londres/Basingstoke, Macmillan Press, 1979, cap. 1.

[17] Thomas Hobbes, *The Elements of Law: Natural and Politic*, edición de F. Tönnies, 1649; repr., Londres, Frank Cass, 1969, pp. 41-42; Thomas Hobbes, *Leviathan*, edición de J. C. A. Gaskin, 1651; repr., Oxford, Oxford University Press, 1998, p. 38. Podría plantearse que la concepción de la risa de Hobbes no es enteramente negativa si admite la mirada crítica sobre uno mismo, pero es una crítica limitada a aquellos defectos que ya no lo afectan a uno. En ese sentido, Michael Billig la ha considerado la mayor de las teorías misogelásticas; *Laughter and Ridicule. Towards a Social Critique of Humour*, Londres/Thousand Oaks/Nueva Delhi/Singapore, Sage, 2005, pp. 37-38 y 50-56. En cualquier caso, lo que interesa para este análisis es que los contemporáneos de Hobbes enfatizaban ese aspecto negativo. Al respecto, véase Ingram, *Intricate Laughter*, pp. 10-15.

[18] Véase Anthony Ashley Cooper 3rd Earl of Shaftesbury, *Characteristics of Men, Manners, Opinions, Times, etc.*, edición de J. M. Robertson, vol. 1, Londres, Grant Richards, 1900, pp. 43-99. Aunque Shaftesbury no lo hace, es posible vincular esta noción con la de *eutrapelia* en Aristóteles, *Ethica Nicomachea*, II, 7, 1108a y IV, 8, 1128a-b. Véase Burucúa, *Corderos y elefantes*, pp. 130-131.

[19] "This seems to hold in most cases, and we may observe that the vainest part of mankind are the most addicted to this passion. […] we exceed them [the Ancients] as much in doggrel, humour, burlesque, and all the trivial arts of ridicule. We meet with more raillery among the moderns, but more good sense among the ancients", *The Spectator* nº 249, 15 de diciembre de 1711, Joseph Addison y Richard Steele, *The Spectator*, edición de A. Chalmers, vol. 3 Londres, J. Johnson *et al*., 1806, pp. 447 y 449.

[20] *The Guardian*, nº 72, 3 de junio de 1713, Richard Steele, *The Guardian*, 6ª ed., vol. 1, Londres, J. Tonson, 1734, p. 306.

[21] *The Rambler*, nº 125, 28 de mayo de 1751, Samuel Johnson, *The Rambler*, vol. 3, Edimburgo, Bell & Bradfute, James McClinsh and William Blackwood, 1806, p. 139.

antes que todos ellos, el buen humor y el ridículo bien entendido eran el fundamento de un ideal de sociabilidad nuevo que evitaría el regreso a los excesos de fervor y violencia de las décadas revolucionarias.[22] En su *Letter Concerning Enthusiasm*, publicada originalmente en 1708, decía que "el buen humor no solo es el mejor seguro contra el entusiasmo, sino el mejor fundamento de la piedad y la religión verdadera".[23] Se trataba de una disposición humana que debía pulirse en la interacción libre entre las personas:[24] "Requiere realmente un estudio serio aprender a templar y regular ese humor que la naturaleza nos ha dado como un remedio más lenitivo contra el vicio, y como un tipo de medicina específica contra la superstición y el delirio melancólico".[25]

Las de Hobbes y Shaftesbury eran concepciones modernas de la risa, surgidas en una época en que la cultura política inglesa estaba estructurada en buena medida por la memoria de la revolución y las guerras civiles de mediados del siglo XVII. En ese contexto, el entusiasmo al que se refería el conde era un concepto clave, que remitía a la inspiración divina que se adjudicaban los profetas y revolucionarios. Para sus detractores, el entusiasmo no era otra cosa que un delirio ocasionado por la melancolía hipocondríaca, pero tenía un peligroso efecto político pues la pretensión de contacto directo con la divinidad suponía una amenaza para la autoridad eclesiástica y el orden social. En ese sentido, el concepto pronto amplió su significado hasta convertirse en una de las formas de difamación más habituales en el siglo XVIII.[26] De hecho, John Pocock ha llegado a decir que la Ilustración, como movimiento orientado a liquidar las guerras de religión, se construyó por oposición al entusiasmo.[27]

A pesar de sus diferencias, Hobbes y Shaftesbury coincidían en que, sin límites, la risa era una pasión destructiva. Lejos estaban de la exuberancia festiva de la hilaridad carnavalesca. Y, sin embargo, en la última cita del conde, mezclada en el lenguaje de la moderación, asomaba la dimensión regeneradora de la risa: una medicina capaz de curar la melancolía.

Por cierto, esta noción no era nueva. En 1621, Robert Burton había publicado *The Anatomy of Melancholy*, acaso el tratado sobre la melancolía más importante de todos los tiempos. El clérigo de Oxford dedicó una subsección a la alegría como cura de la melancolía (II, 2, 6, IV). Pero además, la obra comenzaba con un extenso prólogo satírico firmado con el seudónimo Demócrito Junior.[28] El nombre establecía una filiación con el filósofo griego de la ciudad

[22] Lawrence Eliot Klein, *Shaftesbury and the Culture of Politeness. Moral Discourse and Cultural Politics in Early Eighteenth-Century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
[23] "Good-humour is not only the best security against enthusiasm, but the best foundation of piety and true religion", Shaftesbury, *Characteristics*, vol. I, p. 17.
[24] *Ibid.*, vol. I, p. 46.
[25] "Tis in reality a serious study to learn to temper and regulate that humour which nature has given us as a more lenitive remedy against vice, and a kind of specific against superstition and melancholy delusion", *ibid.*, vol. I, p. 85.
[26] Sobre la historia del concepto de entusiasmo en Inglaterra, véanse especialmente Michael Heyd, *"Be Sober and Reasonable". The Critique of Enthusiasm in the Seventeenth and Early Eighteenth Centuries*, Leiden/Nueva York/Colonia, Brill, 1995; Lionel Laborie, *Enlightening Enthusiasm: Prophecy and Religious Experience in Early Eighteenth-Century England*, Oxford, Oxford University Press, 2015.
[27] John G. A. Pocock, "Enthusiasm: The Antiself of Enlightenment", *Huntington Library Quarterly*, vol. 60, n° 1/2, 1997.
[28] Robert Burton, *The Anatomy of Melancholy*, 1621; repr., Nueva York, New York Review of Books, 2001, tit. "Democritus to the Reader". La bibliografía sobre Burton es muy extensa. Sobre la risa como cura, véase Mary Ann Lund, *Melancholy, Medicine and Religion in Early Modern England. Reading the Anatomy of Melancholy*, Nueva York, Cambridge University Press, 2010, pp. 157-158.

de Abdera quien, según una historia apócrifa muy conocida, había enseñado a Hipócrates el poder sanador de la risa.[29] Para Bajtín, este relato seudohipocrático era una de las tres principales fuentes antiguas de la filosofía de la risa de Rabelais, junto con la afirmación aristotélica de que el hombre es el único animal que ríe y los *Diálogos de los muertos* de Luciano de Samósata. Ellas, decía el crítico literario, "definen a la risa como un principio filosófico universal que sana y regenera".[30]

En el siglo XVIII, argumentaré, la confianza en esa capacidad terapéutica en general y en su utilidad para combatir la melancolía en particular tenía plena vigencia. Esa confianza, que en buena medida perdura hasta la actualidad, se puede pensar como una supervivencia de aquella cualidad regeneradora en la risa moderna. Por cierto, no implica la certidumbre dichosa de la renovación de la naturaleza y el cuerpo social que imaginaba Bajtín. Podría decirse, incluso, que se trata de una regeneración puramente individual y subjetiva, tal como el crítico juzgaba el grotesco de *Tristram Shandy*. Sin embargo, como se advierte en Shaftesbury, la risa moderna no estaba del todo exenta de una dimensión colectiva ni –se podría agregar– de una concepción holística del ser humano. Pues aquella conducía al buen humor necesario para la conversación civil, conjuraba el aislamiento melancólico, pero también permitía recomponer el equilibrio fisiológico que hacía todo ello posible.

A continuación, el análisis se concentrará en tres formas a través de las cuales la risa podía prevenir o curar la melancolía: la diversión, el absurdo y la purgación. En todos los casos, los antecedentes para estas ideas son muy anteriores al siglo XVIII, por lo que se procurará ver su particular supervivencia o resignificación en este período.

2. Diversión

Una de las formas en que la risa podía prevenir o curar la melancolía era la diversión, en el sentido pleno de la palabra, es decir, entretener, causar gracia, pero también recrear (*recreare*, restituir la salud física y mental necesaria para volver a actividades más trascendentes) y desviar la atención.[31] Es que, tal como señalaba el médico y poeta Richard Blackmore en 1725, una de las características de la melancolía era producir "un continuo e ininterrumpido flujo o hilo de pensamientos sobre un objeto triste, del cual el paciente es incapaz de apartarlos y transferirlos a otro".[32] No había nada nuevo en reconocer la importancia de la diversión para la preservación de la salud. En la tradición galénica, era una forma de rectificar las perturbaciones del alma, una de las seis cosas no naturales que afectaban la salud del cuerpo.[33] A principios del siglo XVII, en una época en la que el uso del tiempo libre era un objeto de disputas confesiona-

[29] El relato del encuentro está en Hipócrates, *Epistulae*, 10-21. Existe abundante bibliografía sobre el tema, pero el mejor estudio sobre la circulación de la figura de Demócrito es Thomas Rütten, *Demokrit, lachender Philosoph und sanguinischer Melancholiker: eine pseudohippokratische Geschichte*, Leiden, Brill, 1992.
[30] Bakhtin, *Rabelais and His World*, p. 70.
[31] Sobre la noción de recreación, véase Glending Olson, *Literature as Recreation in the Later Middle Ages*, 1982; repr., Ithaca/Londres, Cornell University Press, 2019, esp. p. 102.
[32] "[…] a continued and uniterrumpted Flux or Train of Thoughts fixed upon one sad Object, from which the Patient is unable to call them off, and transfer them to another […]", Richard Blackmore, *A Treatise of the Spleen and Vapours: Or, Hypochondriacal and Hysterical Affections*, Londres, J. Pemberton, 1725, pp. 155-156.
[33] Olson, *Literature as Recreation in the Later Middle Ages*, cap. 2.

les, Robert Burton recomendaba todo tipo de ejercicios físicos y mentales agradables para contrarrestar el exceso de soledad e inactividad.[34] Matthew Green, en un poema publicado póstumamente en 1737, reivindicaba el carácter terapéutico de la risa e invitaba al lector a buscar solaz en ella, al igual que en la música y el teatro:

> Laugh and be well; monkeys have been
> Extreme good doctors for the spleen;
> And kitten, if the humour hit,
> Has harlequin'd away the fit.
>
> Since mirth is good on this behalf,
> At some partic'lars let us laugh[35].

Laurence Sterne probablemente estuviera de acuerdo. En la dedicatoria de *Tristram Shandy* a William Pitt aseguraba: "vivo en un esfuerzo constante por defenderme de las dolencias de la mala salud y otros males de la vida mediante la alegría; pues estoy firmemente convencido de que cada vez que un hombre sonríe, pero mucho más, cuando se ríe, le agrega algo a este fragmento de vida".[36] Esta idea era afín a la noción de *shandeismo* que aparecía en la novela y que Michael DePorte ha descripto como una forma de necedad benigna y saludable.[37] En una carta de junio de 1761, Sterne decía que si Dios no lo hubiera inundado del espíritu del shandeismo "que no me permite pensar dos instantes sobre ningún problema serio, de otro modo me moriría –me moriría– aquí mismo".[38]

Esta noción de la diversión como forma de combatir la melancolía aparecía también en otro tipo de textos no canónicos y con una circulación social más amplia. Desde fines del siglo XVI y hasta, al menos, fines del XVIII, se publicaron en Inglaterra decenas de compilaciones misceláneas de baladas, canciones, poesías y textos cómicos destinadas a un público amplio, que se promocionaban como curas, antídotos o purgas para la melancolía. Llevaban títulos como *A Pill to Purge Melancholy*, *An Antidote Against Melancholy*, y variaciones de ellos, como *Wit and Mirth: Or Pills to Purge Melancholy*, *A Tory Pill to Purge Melancholy*, *Laugh and Be Fat: Or, An Antidote Against Melancholy*, y, a partir del siglo XVIII, también incorporaban otras formas de la melancolía, como *The Merry Musician: Or, A Cure for the*

[34] Burton, *The Anatomy of Melancholy*, p. 69 (II, 2, IV); véase Stephanie Shirilan, *Robert Burton and the Transformative Powers of Melancholy*, Farnham, Ashgate, 2015, cap. 3.
[35] "Ríe y está bien; los monos han sido / Doctores extremadamente buenos para el *spleen*; / Y un gatito, si el humor ha golpeado, / Aleja el ataque como un arlequín. / Ya que la alegría es buena para esto, / De algunas cosas riámonos", Matthew Green, *The Spleen. An Epistle. Inscribed to his particular Friend Mr. C. J.*, 2ª ed., Londres, A. Dodd, 1737, p. 6, ls. 93-98.
[36] "[…] I live in a constant endeavour to fence against the infirmities of ill health, and other evils of life, by mirth; being firmly persuaded that every time a man smiles—but much more so, when he laughs, that it adds something to this Fragment of Life", Laurence Sterne, *The Life and Opinions of Tristram Shandy, Gentleman*, edición de I. Campbell Ross, Oxford, Oxford University Press, 2009, p. 3.
[37] Michael V. DePorte, *Nightmares and Hobbyhorses. Swift, Sterne, and Augustan Ideas of Madness*, San Marino, The Huntington Library, 1974, caps. 3 y 4.
[38] "If God […] had not poured forth the spirit of Shandeism into me, which will not suffer me to think two moments upon any grave subject, I would else, just now lay down and die—die—[…]", Laurence Sterne, *Letters of Laurence Sterne*, Oxford, Clarendon Press, 1935, p. 139.

Spleen o *A Collection of Merry Poems […] Proposed as a Pleasant Cure for the Hyp- and Spleen.*[39]

Estos libros compilaban textos de diversos autores, a menudo a expensas del plagio y la piratería editorial. Eran relativamente económicos: se vendían por entre uno y tres chelines, y eran de bolsillo, impresos en octavo o en duodécimo.[40] En la mayoría de los casos, la selección estaba a cargo del impresor-editor. Los tipos de textos que integraban estas colecciones eran diversos: baladas, canciones, poemas, bromas, cuentos, prólogos o epílogos de obras de teatro. La mayoría incluía piezas musicales, pero otras no, y abordaban un espectro amplio de temas. En algunas compilaciones, la política, las controversias religiosas y la historia reciente tenían un espacio relevante. Así, los volúmenes que editaron John Playford y luego su hijo Henry a fines del siglo XVII tenían un marcado contenido realista y antipuritano.[41] En otros casos, el posicionamiento era claro desde el título, como en *A Tory Pill to Purge Whig Melancholy*. También era habitual la inclusión de poemas y brindis en honor de reyes, reinas y miembros de la nobleza o para festejar hazañas militares. Por otro lado, una proporción significativa de estas obras la ocupaban los versos jocosos sobre el amor, el matrimonio, el sexo o la bebida, y tampoco faltaban las burlas a los médicos y otras profesiones.[42]

Más allá de los títulos, había poco en el contenido de las compilaciones que aludiera explícitamente a la melancolía o el *spleen*. Puede pensarse que presentar las obras de ese modo era, mayormente, una estrategia publicitaria. Por cierto, los editores no escondían el motivo económico de sus publicaciones. Uno de ellos decía a sus lectores: "les ofrezco (quiero decir, a cambio de su dinero) una píldora".[43] El poema introductorio de *An Antidote Against Melancholy* era casi un *jingle* publicitario:

> Cures the spleene, revives the blood,
> Puts thee in a merry mood:
> Who can deny such physick good?
>
> […]

[39] Angus Gowland, "The Problem of Early Modern Melancholy", *Past & Present*, vol. 191, n° 1, mayo de 2006. Para un relevamiento más exhaustivo y un análisis más detallado de estas compilaciones, véase Gattinoni, "El mal inglés", pp. 338-344. La descripción que sigue es una síntesis de lo allí desarrollado. Estas obras eran parte de un género más amplio de misceláneas; al respecto véase Adam Smyth, "Printed Miscellanies in England, 1640-1682: 'store-house[s] of wit.'", *Criticism*, vol. 42, n° 2, 2000.

[40] Para un estudio sobre los costos y el acceso a bienes culturales en la época, véase Robert D. Hume, "The Value of Money in Eighteenth-Century England: Incomes, Prices, Buying Power—and Some Problems in Cultural Economics", *Huntington Library Quarterly*, vol. 77, n° 4, 2014, https://doi.org/10.1525/hlq.2014.77.4.373.

[41] Véanse, por ejemplo, las canciones "Hot-headed Zealot", "The Distracted Puritan" o "The Character of a Whigg" en *Wit and Mirth, An Antidote Against Melancholy. Compounded of witty Ballads, Songs, and Catches, and other Pleasant and Merry Poems,* Londres, Henry Playford, 1684. Sobre las baladas realistas y antipuritanas de la Restauración, véanse Jenner, "The Roasting of the Rump"; Angela McShane, "'Rime and Reason'. The Political World of the English Broadside Ballad, 1640-1689", Tesis doctoral, University of Warwick, 2004.

[42] Cf. el análisis de Smyth sobre un *corpus* diferente en "Printed Miscellanies in England", p. 152. Sobre el uso de metáforas sexuales en este tipo de textos, véase Darby Lewes, "Utopian Sexual Landscapes: An Annotated Checklist of British Somatopias", *Utopian Studies*, vol. 7, n° 2, 1996.

[43] "[…] I present you (I mean for your Money) a Pill […]", Anónimo, *Wit and Mirth: Or Pills to Purge Melancholy; Being A Collection of the Best and Merry Ballads and Songs*, Londres, Henry Playford, 1699, "To All the Honest and Merry Souls in City or Country".

> Then be wise, and buy, not borrow;
> Keep an ounce still for to-morrow
> Better then a pound of sorrow[44].

Es que, precisamente, la concepción terapéutica detrás de estas "píldoras" y "purgas" era divertir, desviar al melancólico de sus penas. Por lo tanto, no es extraño que las obras no hablaran de eso. El mismo poema comenzaba diciendo: "There's no Purge 'gainst Melancholly; / But with Bacchus to be Jolly".[45] En la portada de un diálogo de 1654 que prometía ayudar a pasar "las tediosas noches melancólicas", Laurence Prince advertía que "no hay daño alguno en él sino alegría y gozo".[46] Eran obras para leer o ejecutar en las "horas libres y alegres".[47] Eran como una píldora que, si se la tomaba "dos veces a la semana, [agilizaría] sus espíritus, impulsará sus negocios justos y lo elevará por encima de los pensamientos sórdidos demasiado preocupantes".[48] Proveían un tipo de remedio distinto del que ofrecían los médicos:

> […] no hay duda de que la lectura de esta colección será una cura agradable para la *hyp* o el *spleen*. No, no desprecies esta receta porque es barata: podrías ir más lejos y encontrar menos. Pues ya creo oír a Fama decir que si los venerables bardos aquí reunidos no tienen ingenio suficiente para curarte, una *quantum sufficit* será difícil de obtener del tribunal de esculapios de la calle Warwick.[49]

No es que estas colecciones fueran una medicina alternativa, más económica y accesible. En todo caso, eran una impugnación a la corporación médica, a la patologización del más mínimo malestar y a la moda del *spleen* entre las clases altas que se alimentaba de eso. Este era un tópico habitual en la época.[50] Sin embargo, el modo y la posición desde la cual estas misceláneas llevaban eso adelante era particular. Ellas no buscaban satirizar al melancólico, sino que celebraban un tipo de risa purificadora; por momentos controversial, escandalosa, obscena y hasta codiciosa

[44] "Cura el *spleen*, revive la sangre / Lo pone de buen humor: / ¿quién puede negar que esta medicina es buena? / […] Entonces sea sabio y compre, no tome prestado; / Guarde una onza para mañana / Mejor que una libra de tristeza", Anónimo, *An Antidote Against Melancholy: Made Up in Pills*, Londres/Westminster, Mer. Melancholicus [John Playford], 1661, "To the Reader".
[45] "No hay otra purga contra la melancolía / que con Baco estar contento", *ibid.*, "To the Reader".
[46] "[…] the tedious melancholy nights […] No Harm at All is in't but Mirth and Joy […]", Laurence Prince, *A New Dialogue Between Dick of Kent, and Wat the Welch-man. Filled up with Many Pretty Conceits, Written and Printed on Purpose to Make Folks Merry in Time of Sadnesse*, Londres, John Andrews, 1654, Portada.
[47] "[…] merry and vacant Hours […]", Thomas D'Urfey (ed.), *Wit and Mirth, Or Pills to Purge Melancholy*, Londres, W. Pearson and J. Tonson, 1719, "Dedication".
[48] "[…] twice a week, it will quicken your Spirits, drive forwards to your just business, and raise you above the sordid thoughts of too much Care", Anónimo, *Wit and Mirth: Or Pills to Purge Melancholy*, "To All the Honest and Merry Souls in City or Country".
[49] "But besides obliging the formention'd Class of Readers, 'tis not doubted but the Perusal of this Collection will prove a pleasant Cure in the Hyp or Spleen.---Nay, don't slight the Prescription because 'tis a cheap one; you may go farther, and fare worse; for me thinks I already hear Fame say, that if the venerable Bards we have here assembled have not Wit enough to cure ye, a quantum sufficit will hardly be obtained from the Court of Æsculapius in Warwick-lane", Anónimo, *A Collection of Merry Poems: Consisting of Facetious Tales, Epigrams, &c. From Oldham, Brown, Prior, Swif, and Other Eminent Poets; With some of the Weekly Papers and Miscellanies. Proposed as a pleasant cure for the Hyp- and Spleen*, Londres, T. Boreman, 1735, "To the Reader". En Warwick Lane estaba la sede del Royal College of Physicians.
[50] Gattinoni, "Saberes antiguos para problemas modernos", pp. 206-220.

pero, en última instancia, convencida de que la jovialidad, el entretenimiento, la música y la compañía eran capaces de expurgar las tristezas, los malos pensamientos y las angustias.

3. Absurdo

La melancolía era considerada una enfermedad de la imaginación que afectaba el ejercicio de la razón. Por ese motivo, otro tipo de risa terapéutica era la que resultaba del ridículo: de la reducción al absurdo de las fantasías de los pacientes. Esta noción aparecía especialmente bien representada en lo que se podría llamar –mediante una analogía con las *Wunderkammern* que se multiplicaron por Europa en la temprana modernidad– el "gabinete de monstruosidades". Con este nombre me refiero a un catálogo de fantasías delirantes que aparecían desde la antigüedad en los tratados médicos sobre la melancolía y que distintos autores fueron repitiendo y ampliando a lo largo del tiempo. Se trataba de anécdotas que ejemplificaban las ideas extravagantes de los melancólicos sobre sí mismos: algunos creían ser animales, otros ser grandes dignatarios, algunos creían que su cuerpo estaba hecho de materiales cotidianos, otros que estaban infestados por alguna plaga. No eran casos clínicos, con referencias concretas de las personas que sufrían ese mal, la fecha o el lugar, pero tampoco eran definiciones abstractas de los delirios, sino que remitían siempre a individuos particulares. No estaban clasificadas, sino que aparecían la mayoría de las veces juntas, como en una vitrina de las creaciones estrafalarias de las mentes enfermas.

La cantidad de autores que reprodujeron o extendieron este gabinete es muy amplia y los contextos y las intenciones con las que lo incorporaron es muy diversa.[51] Además de los libros de medicina, en los que el catálogo de monstruosidades se reproducía con mayor detalle, es posible encontrar alusiones a él en obras de géneros tan diversos como las *Meditationes de prima philosophia* (1641) de René Descartes, el *Treatise Upon Christian Perfection* (1726) de William Law o la *Encylopédie* (1751-1772) de Denis Diderot y Jean le Rond D'Alembert.[52]

En varios de los relatos que aparecían en textos renacentistas, el engaño desempeñaba un papel fundamental en la cura. Tal es el caso de una de las historias más cómicas, narrada por André Du Laurens:

> La fantasía más graciosa que yo haya leído jamás es la de un gentilhombre sienés que había resuelto no pillar, sino morir, porque imaginaba que cuando lo hiciera inundaría todo el pueblo. Los médicos, mostrándole que todo su cuerpo y cien mil como él no eran capaces de inundar

[51] De los numerosos estudios que se han referido a estas fantasías, los más completos son Gill Speak, "An Odd Kind of Melancholy: Reflections on the Glass Delusion in Europe (1440-1680)", *History of Psychiatry*, vol. 1, n° 2, 1° de junio de 1990, https://doi.org/10.1177/0957154X9000100203; Shirilan, *Robert Burton and the Transformative Powers of Melancholy*, cap. 2; Mary Ann Lund, *A User's Guide to Melancholy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2021, cap. 4. Para un análisis más detallado, véase Gattinoni, "El mal inglés", pp. 328-338.

[52] René Descartes, *Meditationes de prima philosophia. Oeuvres de Descartes*, edición de Ch. Adam y P. Tannery, vol. VII, París, Léopold Cerf, 1904, pp. 18-19; William Law, *A Practical Treatise Upon Christian Perfection*, Londres, William and John Innys, 1726, cap. XIX; Denis Diderot y Jean le Rond D'Alembert, *Encyclopédie, ou Dictionnaire Raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers*, París, Briasson, David, Le Breton et Durand, 1751-1772, p. "Melancholie, s/f (Médecine)".

> la casa más pequeña del pueblo, no pudieron desviarlo de esta loca imaginación. Al final, al ver su obstinación y el peligro para su vida, encontraron una solución graciosa. Incendiaron la casa más cercana, hicieron sonar todas las campanas del pueblo, llamaron a varios sirvientes que gritaron el fuego, el fuego, y enviaron a las personas más notables del pueblo a que le pidieran ayuda y le mostraran al gentilhombre que el único medio para salvarla era que meara rápidamente para extinguir el fuego. Luego de que este pobre melancólico que se aguantaba de pillar por miedo a perder su pueblo creyera que estaba en peligro, pilló y vació todo lo que tenía en su vejiga, y de este modo fue salvado.[53]

Varios autores ingleses, como Thomas Walkington, Robert Burton, Richard Blackmore, reprodujeron esta historia.[54] Lo que interesa aquí es especialmente el modo en que el engaño permitió curar la melancolía del sienés cuya causa era, aparentemente, la continencia. Era una terapia casi teatral.[55] El mismo expediente era empleado en otros casos. Du Laurens reproducía el relato de un hombre que estaba convencido de que le habían cortado la cabeza por tirano. Un médico llamado Filotimo lo curó poniéndole un sombrero de hierro pesado, lo cual provocó quejas de dolor al paciente y que los presentes respondieran: "así que sí tienes una cabeza".[56] Era una *reductio ad absurdum* de la fantasía. En otras ocasiones, el engaño consistía en emplear objetos similares a los que obsesionaban al enfermo: una serpiente que se arrojaba al piso luego de hacer vomitar a una mujer que creía tener una adentro;[57] sapos en las heces de un hombre que creía que los tenía en su estómago por haber tragado agua con renacuajos;[58] o un trozo de carne que simulaba ser la nariz extirpada del rostro del estudioso que creía tenerla inflamada en una dimensión prodigiosa.[59] También había casos de personas melancólicas que se negaban a alimentarse porque creían estar muertas, frente a lo cual el artificio de los doctores era que alguien fingiera la muerte y luego comiera para que los pacientes siguieran el ejemplo.[60] Burton citaba a Du Laurens, pero agregaba en seguida

[53] "La plus plaisante resuerie que i'aye iamais leu est d'vn gentilhomme Sineois, qui s'estoit resolu de ne pisser point & de mourir plutost, pource qu'il s'estoit imaginé qu'aussi tost qu'il pisseroit toute sa ville seroit inondee. Les Medecins lui representás que tout son corps & cent mille comme le sien n'estoyent capables de noyer la moindre maison de la ville, ne le pouuoyent diuertir de ceste folle imaginatió. En fin voyans son opinastreté & le dáger de la sa vie trouuent vne plaisante inuention. Ils font meitre le feu à la plus proche maison, sont sonner toutes les cloches de la villes; attirrent plusieurs valets qui crient au feu, au feu, & enuoyent les plus apparens de la ville qui demandent secours, & remonstrent au gentilhomme qu'il n'y a qu'vn moyen de fauuer sa ville, qu'illl faut que promptement il pisse pour estaindre le feu. Lors ce pauure melancholique qui se retenoit de pisser de peur de perder sa ville, la croyant en ce peril, pissa & vuida tout ce qu'il auoit dans sa vescie, & fut par ce moyen sauué", André Du Laurens, *Discours de la conservation de la veuë: des maladies mélancoliques des catarrhes, & de la vieillesse*, París, Theodore Samson, 1598, pp. 269-270.

[54] Thomas Walkington, *The Optick Glasse of Humors; or The Touchstone of a Golden Temperature, or the Philosophers Stone to Make a Golden Temper*, Londres, Martin Clerke, 1607, p. 72; Burton, *The Anatomy of Melancholy*, p. I. 3. I. 3, 400; Blackmore, *Treatise of the Spleen and Vapours*, p. 162.

[55] Lund, *A User's Guide to Melancholy*, p. 90.

[56] "[…] Vous auez donc vne teste […]", Du Laurens, *Discours de la conservation de la veuë*, p. 265. El caso aparece en Trallianus, *Therapeutica*, I, XVII; Sicamus Aëtius, *De melancholia*, c. 1; Walkington, *The Optick Glasse of Humors*, pp. 69-70.

[57] Trallianus, *Therapeutica*, I, XVII; Du Laurens, *Discours de la conservation de la veuë*, p. 265.

[58] Burton, *The Anatomy of Melancholy*, pp. 412-413 (I. 3. II. 3).

[59] Du Laurens, *Discours de la conservation de la veuë*, pp. 265-266; Walkington, *The Optick Glasse of Humors*, pp. 70-71.

[60] Du Laurens, *Discours de la conservation de la veuë*, pp. 266-267; Walkington, *The Optick Glasse of Humors*, p. 71.

otro caso similar que, de paso, ilustra la prolongación de estas historias fantásticas al mundo de la literatura:

> *Anno 1550*, un abogado de París cayó en un ataque de melancolía tal que creía que verdaderamente estaba muerto y no se lo podía convencer de otra cosa, ni de que comiera o bebiera, hasta que un pariente de él, un erudito de Bourges comió frente a él vestido como un cadáver. Esta historia, dice Serres, fue representada en una comedia frente a Carlos IX.[61]

De hecho, esta fantasía también había sido representada en *El príncipe melancólico* (1588-1595), una comedia atribuida a Lope de Vega, en la que el protagonista simulaba estar melancólico para atraer el amor de la duquesa Rosilena. La solución era otra simulación: dos criados debían aparentar estar muertos, ir amortajados a ver al príncipe y pedirle algo de comida para convencerlo de que en el más allá también se come. Según el conde Marcelo, "con aquestos disparates / los melancólicos curan".[62]

El énfasis en el engaño como cura de los delirios melancólicos aparecía especialmente en los textos renacentistas. Richard Blackmore en su reproducción del relato del sienés en 1725 no mencionaba ese aspecto, quizás porque, para él, la melancolía derivaba de una constitución corporal particular que afectaba el vigor de los espíritus animales y, por lo tanto, no podía modificarse con ardides.[63] Sin embargo, el recurso aparecía en otros textos del siglo XVIII. Por ejemplo, en las *Observations on the Spleen and Vapours*, un texto satírico publicado en 1721, se describían una serie de casos médicos ficticios de personas afectadas por trastornos melancólicos luego del estallido de la burbuja financiera de la Compañía del Mar del Sur el año anterior.[64] En varios de ellos, la cura estaba asociada con un engaño. Así sucedía con la esposa de un mercero arruinado por meterse en la Compañía, a quien el médico convencía de tranquilizarse para no contraer una peligrosa enfermedad que circulaba por la ciudad.[65] Un caballero valetudinario se reponía temporalmente de su afección cuando un peletero le hacía creer que debía vestirse con una piel de oso para curarse de su mal.[66] Finalmente, una señorita afligida con los vapores cambiaba de ánimo cuando una adivina le leía en la borra del café que las acciones de la Compañía subirían el año siguiente.[67]

[61] "*Anno 1550*, an advocate of Paris fell into such a melancholy fit, that he believed verily he was dead; he could not be persuaded otherwise, or to eat or drink, till a kinsman of him, a scholar of Bourges, did eat before him dressed like a corse. The story, saith Serres, was acted in a comedy before Charles the Ninth", Burton, *The Anatomy of Melancholy*, p. 402 (I. 3. I. 3).
[62] Lope de Vega, "Comedia del príncipe melancólico", en *Obras de Lope de Vega*, vol. I, Madrid, Real Academia Española, 1916, p. 349.
[63] "The essential Notion of Melancholy consists in a weak, poor, and degenerate Constitution or Temperament of the animal Spirits, by which they are unable to expedite their reciprocal Flights to and from the Brain with due Vigour and Velocity […]", Blackmore, *Treatise of the Spleen and Vapours*, p. 154.
[64] John Midriff, *Observations on the Spleen and Vapours*, Londres, J. Roberts, 1721. Sobre la burbuja financiera, véase especialmente Helen Paul, *The South Sea Bubble: An Economic History of Its Origins and Consequences*, Londres, Routledge, 2011.
[65] Midriff, *Observations on the Spleen and Vapours*, pp. 4-6.
[66] *Ibid.*, pp. 7-15.
[67] *Ibid.*, pp. 16-19.

La farsa también era el modo de resolver el conflicto en *Le malade imaginaire* (1673) de Molière, que se conoció en Inglaterra en el siglo XVIII como *The Hypochondriack.*[68] En el tercer acto, la criada Toinette se disfrazaba de doctor y le sugería a Argan amputarle un brazo y un ojo. Esto lograba, finalmente, quebrar la confianza ciega del paciente en los médicos y abría el paso para que, en el carnaval final, el enfermo fuera admitido a la profesión.

4. Purgación

La diversión y el absurdo eran aspectos terapéuticos de la hilaridad que remitían, sobre todo, a su dimensión mental. El tercer aspecto tenía que ver, en cambio, con sus efectos sobre el cuerpo que ríe. En particular, con su capacidad de expurgar las sustancias nocivas que causaban la melancolía. Este era un rasgo al que aludían los títulos de varias de las misceláneas estudiadas más arriba. Las evacuaciones eran una técnica habitual en el repertorio de la medicina hipocrático-galénica para restaurar el equilibrio de los humores, que persistió hasta muy avanzado el siglo XIX.[69] Habitualmente esto se hacía a través de métodos farmacológicos, a los que Burton les dedicó varias páginas en la *Anatomy.*[70] Pero, acaso por analogía, diversos autores hablaban también de los efectos purgativos de la risa. Juan Luis Vives, por ejemplo, decía que "la alegría moderada, o hilaridad, y el gozo con su calor purga la sangre, fortalece la salud, induce un colorido brillante, hermoso, agradable".[71]

En el siglo XVIII, cuando la medicina académica ya había abandonado en gran medida el sistema humoral, la concepción purgativa de la risa persistía. En 1723, el médico y anticuario William Stukeley publicó una lección sobre la anatomía del bazo en la que proponía una interpretación acerca de la función de ese órgano que recuperaba explicaciones clásicas a la luz de las ideas y el vocabulario científico modernos. Stukeley sostenía que el bazo funcionaba como un "auxiliar del corazón", que absorbía sangre del sistema circulatorio y luego la expulsaba. A diferencia de otros autores que aseguraban que era un órgano inútil o accesorio, él lo veía como un elemento fundamental en la conservación del equilibrio del microcosmos. Desde ese punto de vista, el *spleen*, que los antiguos llamaban melancolía, era resultado del desequilibrio general que producía el mal funcionamiento del bazo.[72] Era una explicación similar a la de Galeno, quien había dicho que el órgano debía absorber el exceso de bilis negra en el cuerpo y cuando

[68] Molière, "The Hypochodriack, A Comedy", en *Select Comedies of Mr. De Moliere. In French and English*, vol. VIII Londres, John Watts, 1732; Molière, "The Hypochondriack", en *The Works of Moliere, French and English*, vol. X, Londres, D. Browne and A. Millar, 1755; véase también Jeremy Schmidt, *Melancholy and the Care of the Soul. Religion, Moral Philosophy and Madness in Early Modern England*, Hampshire, Ashgate, 2007, p. 153. Sobre la melancolía en Molière, véase Patrick Dandrey, *Les tréteaux de Saturne. Scènes de la mélancolie à l'époque baroque*, París, Klincksieck, 2003, caps. II y VIII.

[69] Jean Starobinski, *La tinta de la melancolía*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017, pp. 24-31.

[70] Burton, *The Anatomy of Melancholy*, pt. II, 4, 2.

[71] "Laetitia moderata, seu hilaritas, & gaudium, calore suo purgat sanguinem, valetudinem confirmat, calorem inducit florentem, nitidum, gratum", Juan Luis Vives, *De anima & vita libri tres*, Lyon, Antonium Vicentium, 1555, lib. III, p. 200.

[72] "[…] the seat of laughter, of mirth, and pleasure", William Stukeley, *Of the Spleen. Its Description and History, Uses and Diseases, Particularly the Vapors, with their Remedy. Being a Lecture read at the Royal College of Physicians, London, 1722*, Londres, impreso para el autor, 1723. Sobre este ensayo, véase Andrés Gattinoni, "Curiosa melancolía: spleen y tradición clásica según William Stukeley", *Figura: Studies on the Classical Tradition*, vol. 6, n° 2, 2018, https://doi.org/10.20396/figura.v6i2.9951.

no lo lograba producía melancolía, pero que prescindía del sistema humoral y era compatible con los descubrimientos recientes de la anatomía.[73]

Stukeley recordaba que, para los antiguos, el bazo era "la sede de la risa, de la alegría y el placer".[74] En efecto, numerosos autores habían sostenido esta idea, como Plinio el Viejo, Isidoro de Sevilla, Rabano Mauro, Serlo de Wilton y Roger de Hoveden.[75] En 1523, Giacomo Berengario da Carpi decía que el bazo ayudaba a expurgar la sangre y provocaba risa.[76] La misma idea aparecía en un texto apócrifo atribuido a Aristóteles, escrito en latín en el siglo XV, que se tradujo al inglés como *The Problems of Aristotle* y, a partir de 1710, se adjuntaría al popular manual de sexualidad *Aristotle's Masterpiece*.[77] Stukeley retomaba esa noción y ofrecía una explicación a partir de su teoría sobre el bazo. Estaba convencido de que "los antiguos tenían una razón más que metafórica para asignarle a este órgano el honor de la alegría y la jovialidad, la salud y el amor, &c.". De hecho, afirmaba que

> un ataque de risa a menudo ha curado un ataque de *spleen*. La risa es una pasión característica de la raza humana, y ciertamente es asistida por el bazo; pues en esa convulsión las ramas diafragmáticas y frénicas le dan y reciben sangre inmediatamente. El bazo solo en los cuerpos humanos está atado al diafragma y sus sacudidas asisten recíprocamente al bazo […].[78]

El ensayo de Stukeley *aggiornaba* una idea antigua a partir de sus propias observaciones empíricas y el conocimiento anatómico más reciente. Una concepción similar del carácter purificador de la risa y su acción terapéutica contra el *spleen* aparecía en *Tristram Shandy*. Allí, el protagonista explicaba que

> Si [mi libro] está escrito contra algo –está escrito, si les place a sus señorías, contra el *spleen*; para que, mediante una más frecuente y más convulsiva elevación y depresión del diafragma, y las sacudidas de los músculos intercostales y abdominales en la risa, expulsen los súbditos de su majestad la bilis y otros líquidos amargos de la vesícula, el hígado y las mollejas, con todas las pasiones perjudiciales que les pertenecen, por el duodeno.[79]

[73] Galeno, *De facultatibus naturalibus*, II, IX, 135-138.
[74] Stukeley, *Of the Spleen*, p. 2.
[75] Plinio, *Naturalis historia*, XI, 205; Isidoro de Sevilla, *Etymologiae*, XI, 127; Peter J. A. Jones, *Laughter and Power in the Twelfth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2019, p. 51.
[76] Giacomo Berengario da Carpi, *Isagoge Breves. Perlucide ac uberime, in Anatomiam humani corporis*, 1523; repr., Venecia, 1535, p. 13b.
[77] Pseudo Aristotle, *The Problems of Aristotle: With Other Philosophers and Physicians*, Londres, Richard Chiswell, M. Wotton and G. Conyers, 1689, sec. "Of the Spleen". Sobre esta obra, véase Ann Blair, "Authorship in the Popular 'Problemata Aristotelis'", *Early Science and Medicine*, vol. 4, n° 3, 1999.
[78] "[…] the ancients had a more than metaphorical reason to assign this part the honor of mirth and jollity, health and love, &c. […] A fit of laughter has often cur'd a fit of the spleen. Laughter is a passion proper to the human race, and certainly is assisted by the spleen; as in that convulsion, the diaphragmatic and phrenic branches give and receive blood readily to it. The spleen in human bodies is fastened to the diaphragm, and its concussions reciprocally assist the spleen […]", Stukeley, *Of the Spleen*, p. 72.
[79] "If [my book] 'tis wrote against any thing,—'tis wrote, an' please your worships, against the spleen; in order, by a more frequent and a more convulsive elevation and depression of the diaphragm, and the succussations of the intercostal and abdominal muscles in laughter, to drive the *gall* and other *bitter juices* from the gall bladder, liver, and sweet-bread of his majesty's subjects, with all the inimicitious passions which belong to them, down into their duodenums", Sterne, *Tristram Shandy*, vol. IV, XXII.

Un poco más adelante, esta dimensión depurativa aparecía en referencia al concepto de shandeismo:

> El verdadero *shandeismo*, piense lo que piense en su contra, abre el corazón y los pulmones, y como todos esos afectos que participan en su naturaleza, fuerza a la sangre y otros fluidos vitales del cuerpo a correr libremente por sus canales, y hace que la rueda de la vida gire larga y alegremente.[80]

En estos pasajes, la alusión a los órganos y fluidos corporales tenía en sí misma un efecto cómico grotesco. Pero, al mismo tiempo, sirve como recordatorio de que la acción higiénica de la risa no era concebida como un hecho puramente intelectual, sino que actuaba a través de la mecánica interna del organismo.

5. Conclusión

Cambiar el *spleen* en carcajadas, según la expresión de Peza, es un acto de regeneración. Supone que una experiencia estética, como ver a Garrick actuar, puede transformar a las personas que la atraviesan y devolverles algo perdido o, mejor, restaurarlas a un estado anterior (la salud). En buena medida, se trata de una regeneración individual: del cuerpo y la mente singulares de quien se expone al ejercicio de la hilaridad; una experiencia tan privada como leer *Tristram Shandy*, y no un hecho colectivo, como la risa en el carnaval. Sin embargo, habría que dudar de ese carácter individual. Los historiadores de la lectura han advertido ya acerca de que, en la era de la novela, esa práctica, representada tan a menudo en el siglo XVIII como una actividad íntima, convivía con numerosas formas colectivas de acceso, uso y disfrute de los libros.[81] Desde luego, ir al teatro a ver a Garrick era una actividad pública y social. Las baladas y canciones cómicas de los "antídotos contra la melancolía" también se prestaban a la jovialidad compartida. Para Shaftesbury, la risa era buena si ayudaba a desarrollar y perfeccionar la naturaleza gregaria del ser humano. Su acción terapéutica contra la melancolía era valiosa en cuanto contribuía a ese fin. Según Richard Steele, quien se burla de sí mismo "es un gran promotor de esta agitación saludable [la risa] y está generalmente abastecido de suficiente buen humor como para encajar con la alegría de la conversación".[82]

Desde este punto de vista, la confianza en la capacidad de la risa para curar la melancolía implicaba una supervivencia en el siglo XVIII de aquella dimensión regeneradora que, según Bajtín, había tenido la hilaridad medieval y renacentista. Con esto no quiero decir que toda risa moderna fuera considerada regeneradora ni que fuera el mismo tipo de regeneración en que pensaba el crítico ruso. Con este énfasis en la permanencia pretendo mostrar que, en una socie-

[80] "True *Shandeism*, think what you will against it, opens the heart and lungs, and like all those affections which partake of its nature, it forces the blood and other vital fluids of the body to run freely thro' its channels, and makes the wheel of life run long and chearfully round", *ibid.* vol. IV, XXXII.

[81] Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 160-175.

[82] "[…] is a great Promoter of this healthful Agitation, and is generally stocked with so much Good-humour, as to strike in with the Gaiety of Conversation […]" (*Guardian*, nº 29, 14 de abril de 1713), Steele, *The Guardian*, vol. I, p. 122.

dad atravesada por el rencor y los recuerdos dolorosos de la guerra civil, la risa no era vista solo como un arma del *bellum omnium contra omnes*, sino también como un fundamento posible para la comunidad política. Esto no implica, sin embargo, repetir el argumento de Shaftesbury, pues la risa terapéutica de los "antídotos contra la melancolía", del gabinete de monstruosidades o de Sterne era bastante más grotesca y menos *polite* que la que describía el conde.

Las vías de esta supervivencia fueron múltiples y la selección de fuentes empleada aquí permite ver algunas de ellas; en particular, los tratados médicos, tanto en sus ideas acerca de la risa como en la tradición particular del gabinete, y la literatura en todo su espectro, desde las obras eruditas de Rabelais o Sterne hasta las compilaciones cómicas misceláneas de consumo popular. En estas obras es posible rastrear permanencias –como la de presentar colecciones de canciones y bromas como curas para la melancolía–, reelaboraciones –como en las múltiples versiones de los relatos de las fantasías del gabinete– y resignificaciones –como en la teoría de Stukeley sobre el bazo–. En ese proceso, la capacidad de la risa para divertir, para poner en ridículo las perversiones de la imaginación y para purificar el cuerpo fueron aspectos fundamentales de la idea de que aquella podía ser un antídoto para la melancolía.

La búsqueda de este remedio era especialmente urgente en una época en que la melancolía se veía como un mal inglés. Los motivos a los que se atribuía este arraigo de la enfermedad en la isla eran múltiples. Como se vio, Temple mencionaba la geografía, el clima, la diversidad de su población, pero también la libertad extraordinaria que garantizaba el nuevo régimen político establecido en 1688. Esta última hacía que no hubiera en ningún otro lugar como Inglaterra "tantos polemistas sobre religión, tantos razonadores sobre el gobierno, tantos refinadores de la política, tantos inquisidores curiosos, tantos aspirantes a negocios y cargos estatales, mayores escrutiñadores de libros, ni arrastrados tras riquezas".[83] En ese contexto, garantizar la paz y el orden requería construir una nueva sociabilidad política que conjurara el peligro del entusiasmo. En el siglo XVIII, la tradición de la risa terapéutica ofrecía un remedio para la irracionalidad melancólica y una vía para la regeneración de la nación. □

Bibliografía

Bakhtin, Mikhail, *Rabelais and His World* [1965], traducción de Helene Iswolsky, Bloomington, Indiana University Press, 1984.

Billig, Michael, *Laughter and Ridicule. Towards a Social Critique of Humour*, Londres/ Thousand Oaks/Nueva Delhi/Singapore, Sage, 2005.

Blair, Ann, "Authorship in the Popular 'Problemata Aristotelis'", *Early Science and Medicine*, vol. 4, n° 3, 1999, pp. 189-227.

Burucúa, José Emilio, *Corderos y elefantes. La sacralidad y la risa en la modernidad clásica –siglos XV a XVII–,* Buenos Aires, Miño y Dávila, 2001.

Chartier, Roger, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993.

Colburn, Glen (ed.), *The English Malady: Enabling and Disabling Fiction*, Newcastle, Cambridge Scholars Publishing, 2008.

[83] "There are no where so many disputers upon religion, so many reasoners upon goverment, so many refiners in politics, so many curious inquisitives, so many pretenders to business and state-employments, greater porers upon books, nor plodders after wealth […]", Temple, "Of Poetry", p. 427.

Dandrey, Patrick, *Les tréteaux de Saturne. Scènes de la mélancolie à l'époque baroque*, París, Klincksieck, 2003.

Dentith, Simon, *Bakhtinian Thought. An Introductory Reader* [1995], Londres/New York, Routledge, 2005.

DePorte, Michael V., *Nightmares and Hobbyhorses. Swift, Sterne, and Augustan Ideas of Madness*, San Marino, The Huntington Library, 1974.

Doughty, Oswald, "The English Malady of the Eighteenth Century", *The Review of English Studies*, vol. 2, n° 7, 1926, pp. 257-269.

Elkin, Peter Kingsley, *The Augustan Defence of Satire*, Oxford, Clarendon Press, 1973.

Gattinoni, Andrés, "Saberes antiguos para problemas modernos: melancolía y filosofía moral en los ensayos de William Temple", *Magallánica. Revista de Historia Moderna*, vol. 3, n° 6, 2017, pp, 199-225.

——, "Curiosa melancolía: spleen y tradición clásica según William Stukeley", *Figura: Studies on the Classical Tradition*, vol. 6, n° 2, 2018, pp. 31-65, https://doi.org/10.20396/figura.v6i2.9951.

——, "El mal inglés: melancolía y modernidad en Gran Bretaña, 1660-1750", Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires, 2021.

Gilmore, Thomas B., "The Comedy of Swift's Scatological Poems", *PMLA*, vol. 91, n° 1, 1976, pp. 33-43.

Gowland, Angus, "The Problem of Early Modern Melancholy", *Past & Present,* vol. 191, n° 1, mayo de 2006, pp. 77-120.

Heyd, Michael, *"Be Sober and Reasonable". The Critique of Enthusiasm in the Seventeenth and Early Eighteenth Centuries,* Leiden/Nueva York/Colonia, Brill, 1995.

Hume, Robert D., "The Value of Money in Eighteenth-Century England: Incomes, Prices, Buying Power–and Some Problems in Cultural Economics", *Huntington Library Quarterly,* vol.77, n° 4, 2014, pp. 373-416, https://doi.org/10.1525/hlq.2014.77.4.373.

Ingram, Allan, *Intricate Laughter in the Satire of Swift and Pope*, Basingstoke, Macmillan, 1986.

Jenner, Mark S. R., "The Roasting of the Rump: Scatology and the Body Politic in Restoration England", *Past & Present*, n° 177, 2002, pp. 84-120.

Jones, Peter J. A., *Laughter and Power in the Twelfth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2019.

Klein, Lawrence Eliot, *Shaftesbury and the Culture of Politeness. Moral Discourse and Cultural Politics in Early Eighteenth-Century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

Laborie, Lionel, *Enlightening Enthusiasm: Prophecy and Religious Experience in Early Eighteenth-Century England*, Oxford, Oxford University Press, 2015.

Lewes, Darby, "Utopian Sexual Landscapes: An Annotated Checklist of British Somatopias", *Utopian Studies*, vol.7, n° 2, 1996, pp. 167–95.

Lund, Mary Ann, *A User's Guide to Melancholy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2021.

——, *Melancholy, Medicine and Religion in Early Modern England. Reading the Anatomy of Melancholy*, Nueva York, Cambridge University Press, 2010.

McShane, Angela, "'Rime and Reason'. The Political World of the English Broadside Ballad, 1640-1689", Tesis doctoral, University of Warwick, 2004.

Moore, Cecil Albert, *Backgrounds of English Literature: 1700-1760*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 1953.

Olson, Glending, *Literature as Recreation in the Later Middle Ages* [1982], Ithaca/Londres, Cornell University Press, 2019.

Paul, Helen, *The South Sea Bubble: An Economic History of Its Origins and Consequences*, Londres, Routledge, 2011.

Pocock, John G. A., "Enthusiasm: The Antiself of Enlightenment", *Huntington Library Quarterly*, vol. 60, n° 1/2, 1997, pp. 7-28.

Porter, Roy, *Mind-Forg'd Manacles: A History of Madness in England from the Restoration to the Regency*, Londres, Penguin, 1990.

Rütten, Thomas, *Demokrit, lachender Philosoph und sanguinischer Melancholiker: eine pseudohippokratische Geschichte*, Leiden, Brill, 1992.

Schmidt, Jeremy, *Melancholy and the Care of the Soul. Religion, Moral Philosophy and Madness in Early Modern England*, Hampshire, Ashgate, 2007.

Shirilan, Stephanie, *Robert Burton and the Transformative Powers of Melancholy*, Farnham, Ashgate, 2015.

Smith, Peter J., *Between Two Stools: Scatology and its Representations in English Literature, Chaucer to Swift*, Mánchester, Manchester University Press, 2012.

Smyth, Adam, "Printed Miscellanies in England, 1640-1682: 'store-house[s] of wit'", *Criticism*, vol. 42, n° 2, 2000, pp. 151-184.

Speak, Gill, "An Odd Kind of Melancholy: Reflections on the Glass Delusion in Europe (1440-1680)", *History of Psychiatry*, vol. 1, n° 2, junio de 1990, pp. 191-206, https://doi.org/10.1177/0957154X9000100203.

Starobinski, Jean, *La tinta de la melancolía*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017.

Storey, Mark, *Poetry and Humour from Cowper to Clough*, Londres/Basingstoke, Macmillan Press, 1979.

Resumen / Abstract

Cambiar el *spleen* en carcajadas. La risa como cura para la melancolía en la Inglaterra del siglo XVIII

Este artículo aborda algunas representaciones que circulaban en Inglaterra durante el siglo XVIII acerca de la capacidad de la risa para curar la melancolía. Por entonces, diversos testimonios aseguraban que ese país se caracterizaba por su inclinación al *spleen*, una variedad de la melancolía, y por una comicidad extraordinaria. En un contexto de grandes transformaciones políticas y sociales, marcado por la memoria de la revolución y las guerras civiles, la risa y la melancolía eran objeto de debate. El artículo repone brevemente esas discusiones y, a partir del análisis de un conjunto heterogéneo de fuentes, se concentra en tres aspectos terapéuticos de la risa: la diversión, el absurdo y la purgación. Esto permite, por un lado, reconsiderar críticamente la concepción de Mijaíl Bajtín acerca de la risa moderna y, por otro, destacar la relevancia social y política de esa risa en la Inglaterra del *settecento*.

Palabras clave: Melancolía - S*pleen* - Risa - Inglaterra - Siglo XVIII

Turning the* Spleen *into Guffaws: Laughter as a Cure for Melancholy in Eighteenth-Century England

This article deals with some representations of the ability of laughter to cure melancholy that circulated in England during the 18th century. At that time, several testimonies claimed that England was particularly prone to the spleen, a form of melancholy, and that it was also endowed with an extraordinary sense of humour. In a context of great social and political change, marked by the memory of revolution and civil war, laughter and melancholy were objects of debate. This paper briefly outlines these debates. Then, through the analysis of a wide range of primary sources, it focuses on three therapeutic aspects of laughter: amusement, absurdity, and purgation. This approach allows, on the one hand, for a critical reconsideration of Mikhail Bakhtin's conception of modern laughter. On the other hand, it helps to highlight the social and political significance of this laughter in eighteenth-century England.

Keywords: Melancholy - Spleen - Laughter - England - Eighteenth Century

Fecha de presentación del original: 13/4/2023
Fecha de aceptación del original: 7/6/2023

Los hilos de una narración histórica

La edición de la obra de Bartolomé de las Casas hecha por Juan Antonio Llorente

Mariana Rosetti* y Pablo Martínez Gramuglia**

Universidad de Buenos Aires / CONICET

La historia de las versiones de la obra de Fray Bartolomé de las Casas, tanto de reediciones en un sentido estricto como de traducciones, antologías, transposiciones, plagios y alteraciones, es un ejemplo de cómo los libros pueden tener usos variados e incluso inesperados en contextos nuevos.[1] De hecho, si quisiéramos construir una serie de "reversionadores" del fraile dominico, él mismo debería ser incluido en primer lugar, dados los cambios que en distintos momentos de su vida produjo o autorizó en sus obras, entre ellas la más conocida, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Redactada entre 1541 y 1542 probablemente como soporte de un discurso de denuncia en el que el énfasis prevalece sobre la exactitud histórica, Las Casas revisó el texto en 1546 para su circulación manuscrita y finalmente lo mandó a imprimir en 1552, de manera independiente pero casi en simultáneo con otros ocho textos.[2] Casi un siglo después, en 1646, vería la luz la segunda edición en castellano, en Barcelona; pese a las múltiples traducciones y reediciones en neerlandés, francés, inglés, alemán, latín e italiano, que daban pábulo a los ataques contra España y el papado en el marco de rivalidades imperiales, en ocasiones atravesadas también por las disputas entre protestantes y católicos, la de 1646 sería la última en castellano hasta la segunda década del siglo XIX.[3]

* marurosetti@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0164-1224>
** pmgram@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2849-6055>

[1] Véanse, entre otros, Rómulo Carbia, *Historia de la leyenda negra hispano-americana*, Madrid, Consejo de la Hispanidad, 1944; José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski, "El Padre las Casas, de Bry y la representación de las masacres americanas", *Eadem Utraque Europa*, vol. 6, nº 10-11, 2010. Recuperado a partir de https://utraqueuropa.com.ar/index.php/eadem/article/view/85; Roger Chartier, "Textos sin fronteras", *La mano del autor y el espíritu del impresor. Siglos XVI-XVIII*, Buenos Aires, Katz, 2016; y Consuelo Varela, "Introducción", en Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Madrid, Castalia, 1999.

[2] Trinidad Barrera, "La ´Brevísima´ lascasiana, proceso de un texto", en A. Baraibar *et al.* (eds.), *Hombres de a pie y de a caballo: conquistadores, cronistas, misioneros en la América colonial de los siglos XVI y XVII*, Nueva York, IDEA (Instituto de Estudios Auriseculares), 2013. Se conservan ejemplares de los nueve textos encuadernados en un mismo volumen, aunque ocho de ellos tienen su propia portada y colofón con lugar y fecha de impresión y nombre del impresor (Barrera, "La ´Brevísima´ lascasiana", p. 191). En muchas ediciones posteriores se publican juntos, o al menos la *Brevísima…* y un texto curioso en el que Las Casas utiliza el recurso del "manuscrito encontrado" para darle verosimilitud, titulado "Lo que sigue es un pedazo de una carta y relación que escribió cierto hombre de los mismos que andaban en estas estaciones, refiriendo las obras que hacía y consentía hacer el capitán por la tierra que andaba".

[3] Chartier relaciona la edición barcelonesa con la sublevación catalana de 1640-1652 (Guerra dels Segadors, en la tradición catalana), en la que parte de Cataluña se declaró autónoma del rey de España con el apoyo de Francia

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1463

Entonces, comenzados los procesos de independencia que se llevaban a cabo en los dominios españoles en América, varios letrados americanos usaron la obra de Las Casas, y en particular la *Brevísima…*, como un modo de atacar a España por los pasados abusos y legitimar política y jurídicamente la emancipación en curso. Así, en esos años se multiplicaron las ediciones: Londres (1812), Bogotá (1813), Cádiz (1821), Puebla (1821), Filadelfia (1821), México (1822), Guadalajara (1822), París (1822) y, nuevamente, México (1826).[4] Las ediciones de Londres y de Filadelfia, de hecho, tenían como destinatario al público americano; en castellano, su editor fue el novohispano fray Servando Teresa de Mier, quien agregó una presentación dirigida a sus contemporáneos. La de París, en cambio, parece apuntar a otro tipo de público: el letrado peninsular Juan Antonio Llorente elabora dos ediciones distintas, una en castellano y otra en francés, de dos volúmenes cada una, que, si bien pueden entenderse en el marco de esa serie de versiones independentistas, americanistas, proliberales, se proponen a la vez como una producción intelectual erudita, que con un criterio filológico más estricto, aunque no del todo incuestionable, y un aparato crítico moderno termina sustrayendo el texto de Las Casas de esas disputas, para aligerar su uso como instrumento de combate político y convertirlo en monumento literario.[5]

Esta edición lleva el título de *Colección de las obras del venerable obispo de Chiapa, don Bartolomé de las Casas, Defensor de la libertad de los americanos*, e incluye un "Prólogo del editor" en el que se indican con bastante precisión las intervenciones realizadas sobre los textos originales. Además de la mera antología, según Llorente, para que las obras de Las Casas "puedan leerse con gusto y con utilidad", según el viejo tópico horaciano, ha realizado cuatro intervenciones importantes, aunque procure disimularlas: 1) suprimir repeticiones superfluas y convertir oraciones largas en otras más breves, "diciendo lo mismo mismísimo que el autor, sin apartarme jamás de sus proposiciones, pero expresándolo en una forma que no desdiga del estilo moderno"; 2) quitar las citas en latín de las Escrituras y de autores clásicos, "cortando el hilo de las narraciones conforme al mal gusto escolástico"; 3) dividir los párrafos en otros más breves; y 4) eliminar los corolarios en latín originales de *Sobre la Libertad de los indios…*[6] La selección de Las Casas era: 1) la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, acortada,

---

(Chartier, *La mano del autor*, pp. 108-111). Que era un modo de atacar al poder central lo muestra claramente el agregado de un agente al título original, convirtiéndose en *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* ***por los castellanos*** (énfasis nuestro).

[4] En Puebla de los Ángeles, además, en el mismo 1821 se publicó *El indio esclavo* (una versión del habitualmente titulado *Tratado sobre los indios que se han hecho esclavos*).

[5] Parece exagerada la idea de Marcelino Menéndez y Pelayo de que el único motivo para la publicación haya sido congraciarse con el movimiento revolucionario americano, más allá de que de seguro constituyó un "halago" la inclusión de los textos interpretativos de dos de sus representantes o voceros, fray Servando Teresa de Mier y el padre Gregorio Funes, sobre la que volveremos. Escribe en su filípica contra los heterodoxos: "El desdén con que en España fueron acogidas estas revesadas y mal zurcidas simplezas [sus obras previas] indujo a Llorente a probar fortuna por otro lado, es decir, a tantear la rica vena del filibusterismo americano: y después de haber halagado las malas pasiones de los insurrectos con una nueva edición de las diatribas de Fr. Bartolomé de las Casas contra los conquistadores de Indias, publicó cierto proyecto de Constitución religiosa con la diabólica idea de que le tomasen por modelo los legisladores de aquellas nacientes y desconcertadas repúblicas" (Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, t. 3, Madrid, Librería Católica de San José, 1880-1882, p. 782). Gérard Dufour sostiene que "…no hay ninguna relación entre denunciar los crímenes de los conquistadores y afirmar el derecho de América a la emancipación" (Gérard Dufour, *Juan Antonio Llorente en France (1813-1822). Contribution à l'étude du Libéralisme chrétien en France et en Espagne au début du XIX siècle*, Genève, Librairie Droz, 1982, p. 326).

[6] Juan Antonio Llorente (ed.), *Colección de las obras del venerable obispo de Chiapa, don Bartolomé de las Casas, defensor de la libertad de los americanos*, t. 1, París, Rosa, 1822, pp. iv-viii.

con notas y una "necrología" en la que se apunta la muerte de los principales protagonistas españoles, no nombrados directamente por el autor; lleva el título *Historia de las crueldades de los conquistadores en América*;[7] 2) *Remedio contra la despoblación de las Indias-Occidentales*, una carta a Carlos V de 1542 acompañada de un apéndice explicativo (aludida por lo general como *Octavo remedio*); 3) las conocidas como *Treinta proposiciones muy jurídicas* presentadas por Las Casas en la Controversia de Valladolid, que Llorente titula *Treinta proposiciones del autor, presentadas al consejo de Indias sobre la doctrina que había recomendado à los confesores del obispado de Chiapa*, agregándole una discurso explicativo; 4) un texto titulado C*ontroversia sobre los derechos del rey de España relativos a la conquista de las Indias*, traducido del latín e inédito en español (había sido publicado originalmente en Frankfurt en 1571), con algunos de los argumentos expuestos para rebatir la *Apología* de Juan Ginés de Sepúlveda; 5) *Sobre la libertad de los Indios, que se hallaban reducidos a la clase de esclavos*; 6) una carta a fray Bartolomé Carranza de Miranda sobre la encomienda (inédita hasta entonces); y 7) *Respuesta del autor a la consulta que se le hizo año 1564, sobre los sucesos de la conquista del Perú y modos de resarcir los daños al país y a los habitantes* (también inédita hasta ese momento, se lo edita hoy como *Tratado de las doce dudas*).[8] Además, el libro trae una "Vida del autor, escrita por el editor don Juan Antonio Llorente" e incorpora la "Memoria apologética del señor Gregoire, antiguo obispo de Blois, en que se procuró persuadir que el venerable Casas no tuvo parte en la introducción del comercio de negros en América", la "Disertación del doctor don Gregorio de Funes dean de Córdoba de Tucumán en forma de carta escrita al señor obispo Gregoire sobre el mismo asunto" y la "Memoria del doctor Mier, natural de México, confirmando la apología del obispo Casas, escrita por el reverendo obispo de Blois, monseñor Henrique Gregoire, en carta escrita a este, año 1806", junto con un "Apéndice del editor a las Memorias de los señores Grégoire, Mier y Funes" realizado por el propio Llorente.[9]

La intención del editor va más allá de usar la obra de Las Casas como ariete en la disputa discursiva en torno de la legitimidad de los nuevos gobiernos americanos, todavía cuestionada en la Europa de la Santa Alianza; se trata de un trabajo erudito que recupera inéditos, interviene en los textos ya publicados, traduce, anota y pone a discutir a algunos comentadores recientes en el marco de dos volúmenes que se proponen como organizadores, si no de unas obras completas o "definitivas" de Las Casas, al menos como una consolidación de la obra

[7] Es posible que en este título haya influido la primera traducción al francés, de 1579, publicada en Amberes con el título *Tyrannies et Cruautez des Espagnols, perpetreés en Indes Occidentales, qu'on dit Le Nouveau Monde*. En su prólogo, Llorente menciona la edición de 1642 realizada por Jean Caffin y F. Plaignard, que llevaba el título *Les cruautez Tyranniques des Espagnols*, precedida de la *Histoire des Indes Occidentales*. En la traducción que él publica, el texto se llama *Relation des cruautés commises par les Espagnols conquérans de l'Amerique*.

[8] La versión en francés se titula *Ouvres de don Barthlélemi de las Casas, Défenseur de la liberté des naturels de l'Amérique* y la selección de textos es la misma. Incorpora una dedicatoria al historiador y político Emmanuel-Auguste-Dieudonné, conde de Las Cases, descendiente de la familia de Bartolomé de las Casas y "modèle des vertus héréditaires", famoso por haber acompañado a Napoleón en la isla Santa Elena, mencionado también en la "Vida del autor…". Para este trabajo hemos utilizado únicamente la edición en castellano.

[9] Según Francisco Castilla Urbano, "…la biografía de las Casas por Llorente, aunque no estaba exenta de errores, representaba un trabajo de síntesis meritorio. El riojano [Llorente] no pretendió ser imparcial y rechazó cuatros cargos que se habían formulado contra su biografiado: poco fidedigno, imprudente, inconsecuente al defender la libertad de los indios y procurar la de los negros, y ambicioso. Tampoco se privó de considerar a las Casas más como un teórico político decimonónico que como un autor del siglo XVI…"; véase Francisco Castilla Urbano, "Bartolomé de las Casas y la independencia de la América española: la edición de sus escritos por Juan Antonio Llorente", *Revista de Hispanismo Filosófico*, nº 23, 2018, pp. 43-44.

legible y estudiable del dominico en el contexto actual. Como señala Enrique de la Lama Cereceda, es "la primera edición crítica moderna del controvertido autor dominico", sin que por ello haya carecido de una carga política que su editor no podía desconocer. [10]

¿Quién era el que se presentaba como "Doctor don Juan Antonio Llorente, presbítero, abogado de los tribunales nacionales, autor de varias obras, individuo de muchas academias y sociedades literarias españolas y extranjeras" en la portada del libro, en una tipografía apenas menor que la utilizada para Las Casas? Nacido en 1756 en Rincón del Soto (La Rioja), recibió su doctorado en derecho canónico en la Universidad de Valencia en 1779, el mismo año en que fue ordenado sacerdote. Este joven prelado tuvo una carrera más que promisoria en la Iglesia, que lo llevó a ser comisario del Santo Oficio de Navarra en 1785 y, a partir de sus contactos con la Corte en 1788, gozar de rentas y cargos diversos, que lo hacían un potencial obispo a fines de siglo. En paralelo, su formación intelectual fue virando de la escolástica y el ultramontanismo a posturas ilustradas, racionalistas y jansenistas, y con una pluma siempre dispuesta a servir al poder llegó a ser canónigo de Toledo en 1805. Claro que su carrera como eclesiástico y como letrado se vio alterada por la invasión napoleónica y la formación de un gobierno dependiente del emperador, a cuyo servicio Llorente se puso sin reservas: parte del partido afrancesado, redactó proyectos de reforma religiosa, fue diputado en la convención de Bayona que dio una pátina de legalidad a la corona de José Bonaparte en 1808 y sirvió en distintos puestos administrativos, a la vez que fue uno de sus "propagandistas más prolíficos".[11] Consecuencia de esta actividad, en 1813 hubo de exiliarse en Francia, acompañando al séquito del "rey intruso", y allí apostó a una tarea más intelectual que funcionarial (aunque siempre política). En París, como letrado, produjo la obra que habría de convertirlo en una figura pública importante: la *Histoire Critique de l'Inquisition d'Espagne*, publicada en tres tomos en 1817, a los que se le agregaría luego un cuarto; con una segunda edición en 1818 y una traducción al español en 1820, el libro implicó la consagración de un historiador despiadadamente crítico con la institución de la que había formado parte, lo que le permitió un acercamiento a los letrados del liberalismo español. El mismo año lo encontró ya trabajando en la edición de Las Casas, que completaría en 1822, apenas un año antes de su forzada vuelta a España –fue expulsado de París por tener contactos con grupos carbonarios–, donde moriría.[12]

Cuando publicó la *Colección…*, entonces, Llorente era ya un letrado prestigioso, escandaloso también (la *Historia crítica…* le valió tantos admiradores como detractores, y es cierto que,

[10] Enrique de la Lama Cereceda, *J. A. Llorente, un ideal de burguesía. Su vida y obra hasta el exilio en Francia (1756-1813)*, Pamplona, EUNSA, 1991, p. 201.

[11] Gérard Dufour, "Juan Antonio Llorente: de corifeo del afrancesamiento a mártir del liberalismo", *Ayer*, vol. 95, n° 3, 2014, p. 31

[12] Hemos leído los datos biográficos de Llorente en Dufour, y Gérard Dufour y François Magne, *Los últimos años de la vida de Juan Antonio Llorente. Nuevas aportaciones*, Alicante, Universitat d'Alacant, 2021 (para la etapa francesa) y de la Lama Cereceda, *J. A. Llorente* (para su actuación en España). Dufour, *Juan Antonio Llorente*, da una excelente síntesis de su recorrido político. Agradecemos las sugerencias y observaciones del profesor Dufour sobre la injerencia de Llorente en el mapa cultural parisino.
Sobre la situación de los desterrados españoles en París, retomamos el trabajo de Jean René Aymes *Españoles en París en la época romántica (1898-1848)*, quien recupera de forma precisa el contexto fluctuante y dinámico de los grupos de afrancesados, liberales y demás españoles que sobreviven en esa ciudad a base de vínculos y redes comerciales, culturales y políticas. "Entre 1814-1815 llegan a Francia unas 10.000 familias de españoles llamados 'afancesados' por haberse puesto al servicio de los invasores napoleónicos o de José Bonaparte, 'el rey intruso' […], van a compartir su nueva existencia de desterrados con los liberales" (2008, p. 23).

como otros de sus trabajos, junta errores históricos con prejuicios ideológicos), con buenos contactos en la intelectualidad parisina pero vigilado de cerca por la policía, viviendo ajustadamente de una pensión del gobierno francés, entusiasta crítico del poder del papado en la organización de la Iglesia y con una amante con la que tuvo una hija en 1820, pero conservando la fe católica y apostando al diálogo ecuménico con iglesias protestantes, y que reivindicaba el pasado napoleónico y adhería a las ideas liberales para la reorganización de España. [13] Admiración sincera, oportunidad pecunaria, provocación política, ambición intelectual; un poco de cada una debió conjugarse para llevar a cabo un trabajo arduo que volvía a poner en circulación un corpus textual polémico y casi desconocido junto con la muy vigente *Brevísima…*[14]

La *Colección…* como relectura del legado lascasiano

La edición de 1822 incluye diversos escritos de Las Casas, varios ya publicados y conocidos y otros inéditos. Los dos volúmenes retoman las discusiones sobre el rol del religioso dominico con respecto a la esclavitud de negros africanos, cuestión de cierta vigencia en el contexto francés de 1822.[15] Pero la colección muestra también los hilos problemáticos de la narración

[13] En relación con sus ingresos económicos, el estudio de Dufour y Magne analiza el testamento de Llorente, que permite reconstruir en parte sus relaciones intelectuales y económicas con pares o funcionarios de distintas latitudes. Dufour y Magne incluyen en el apéndice de su estudio también la carta que Llorente le escribe en diciembre de 1822 a la Junta de la Literary Fund Society de Londres, en la que este letrado les agradece el envío de 500 francos a través de "mi compatriota el señor don Juan [sic] Blanco White" ("Juan Antonio Llorente", p. 238). Ya en 1816 había tenido contactos con la editorial Longman and Co. para intentar publicar nada menos que su *magnum opus*, la *Historia de la Inquisición en España*; al parecer, sus exigencias fueron demasiadas y solo en 1826 una traducción al inglés apareció en los Estados Unidos; véanse Dufour y Magne, "Juan Antonio Llorente", pp. 57-58, y Nancy Vogeley, "Llorente's Readers in the Americas", *Proceedings of the American Antiquarian Society*, vol. 116, parte 2, 2006. Los vínculos con Blanco White y otros agentes británicos fueron tal vez fluidos en el momento en que Llorente, como otros exiliados españoles, podía perjudicar la imagen de su país natal en Francia y América, como han mostrado para el caso de José María Blanco White José Goytisolo (*Obra Inglesa de D. José María Blanco White*, Buenos Aires, Formentor, 1972), Vicente Llorens ("Prólogo", en *José María Blanco White. Antología de obras en español*, Barcelona, Labor, 1971), Martin Murphy (*El ensueño de la razón. La vida de Blanco White,* Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2011) y Alejandra Pasino ("El periodismo político de Blanco White en el Río de la Plata. Un nexo entre la revolución española, la política británica y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1814", Tesis de doctorado defendida en la Universidad de Buenos Aires-Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 2022). Aymes lo destaca a la cabeza de los más prolíficos en el campo literario, con una cantidad variada de publicaciones con gran éxito de ventas en la ciudad de París, entre las que se incluye la de 1815, *Mémoires pour servir a l´histoire de la révolution d'Espagne*, "obra que, so capa de ser el simple y neutral narrador de los hechos entre 1808 y 1814, expone en realidad el contenido y la finalidad de los afrancesados" (*Españoles en París*, p. 52).

[14] Como escribe Castilla Urbano, "a pesar de los defectos o prejuicios que podamos advertir en los criterios seguidos por Llorente en su edición, hay que reconocerle el mérito de querer acercar a sus lectores una versión de la obra de las Casas mucho más amplia que la difundida durante siglos, casi reducida en lo que se refiere a las obras completas a la *Brevísima* y al *De regia potestate*" ("Bartolomé de las Casas", p. 48).

[15] El abolicionismo como movimiento había ganado fuerza en Inglaterra y sus excolonias norteamericanas sobre todo luego de la separación de estas, guiados por expresiones rigurosas del cristianismo, centralmente los cuáqueros. Véase Roger Anstey *et al*., *Anti-Slavery, Religion, and Reform*, Hamden, Dwason, 1980, en particular pp. 20-24. Si bien en los recién nacidos Estados Unidos la discusión duraría casi un siglo, ya en 1807 el parlamento británico aprobó la Slave Trade Act, que prohibía la trata y planeaba una abolición gradual de la esclavitud (Anstey *et al*., *Anti-Slavery*, pp. 46-47). En Francia, en cambio, el proceso fue motorizado por la difusión de ideas liberales y revolucionarias, aunque también existió una Societé des Amis des Noirs, fundada en 1788 por católicos y protestantes (Daniel P. Resnick, "The Societé des Amis des Noirs and the Abolition of Slavery", *French Historical Studies* vol. 7, n° 4, 1972). Fue el gobierno revolucionario de 1794 el que abolió de manera total la esclavitud, pero la violencia de

histórica de la Conquista española en América en diálogo con el contexto de revoluciones hispanoamericanas de las primeras décadas del siglo XIX. Es decir, la edición de Llorente de las obras de Las Casas en el siglo XIX crea un tiempo pendular entre el asentamiento de los españoles y el período de emancipaciones hispanoamericanas de las primeras décadas de 1800. Este particular proceso de edición organiza los textos de Las Casas, los jerarquiza, los comenta y los utiliza con fines político-culturales determinados. Su labor de edición está minuciosamente ejecutada y concibe esta práctica letrada como prolegómeno o puente necesario para criticar la autoridad del papa Alejandro VI y de su bula de 1493 a favor de los reyes de Castilla como sustento legal de la Conquista:

> Los Reyes católicos Fernando quinto e Isabel, su esposa, carecieron de título justo suficiente para despojar de la soberanía de las Indias-occidentales a los Emperadores que Reyes y Caciques, las poseían; pues el Papa no era dueño del país y disponía de lo ajeno sin potestad alguna para ello, respecto de que Jesucristo no se la dio, antes bien le prohibió mezclarse en tales asuntos por no ser su reino de este mundo y no querer que la luz se pudiese mezclar con las tinieblas […] El título verdadero de aquellos reyes fue el de la fuerza, título propio de los ladrones […] nuestro amor propio nos inspira el deseo de justificar el hecho.[16]

Para Llorente, la justificación legal de la Conquista no fue otorgada por la autorización papal, sino el proceder de los reyes después, es decir, lo que la Conquista implicó en un nivel civilizatorio y cultural, dando a su dominio una legitimidad de ejercicio en vez de una de origen. Para validar esta postura recurre a la fuerza del transcurso del tiempo y el consentimiento de los habitantes; la edición de Llorente se distancia de la perspectiva de Las Casas y de los independentistas americanos que participan de esa edición de 1822 (Mier, Funes e incluso el francés Grégoire). Así como para otros letrados peninsulares del momento (Pedro Estala, Juan López Cancelada), los verdaderos patriotas no eran los indios, sino los españoles y sus descendientes: "los habitantes principales de América no son aquellos indios de que habló nuestro Casas, sino los emigrados de España domiciliados allí, o sus descendientes. El consentimiento de estos equivale hoy al que pudieron dar aquellos en el año 1492, en que hizo Colón su primer viaje".[17] En otras palabras, en este viaje pendular entre Conquista y revoluciones, Llorente rescata la obra de Las Casas para repensar la situación de la monarquía española durante el trienio liberal (1821-1823) y las consecuencias del despoblamiento no ya de los nativos americanos, sino de valiosos españoles en la propia península durante el período de conquistas:

---

la revolución en Saint Domingue (Haití) y el colapso económico del sistema de plantaciones hizo que Napoleón la reestableciese en 1802. En ese sentido, la propia Revolución haitiana impulsó la abolición en los territorios ingleses (Marc Ferro, "Sobre la trata y la esclavitud", en M. Ferro (dir.), *El libro negro del colonialismo*, Madrid, La Esfera, 2005, p. 137). Las discusiones en Francia se prolongaron durante las cuatro primeras décadas del siglo XIX. También tuvieron un tímido lugar en las Cortes de Cádiz y con el retorno de Fernando VII se tomaron algunas medidas contra la trata, surgidas de los compromisos del Congreso de Viena (José Antonio Piqueras, *La esclavitud en las Españas*, Madrid, Catarata, 2011, pp. 222-225). Los nuevos gobiernos americanos, en cambio, en mayor o menor medida procuraron eliminar la trata y la propia institución esclavista con medidas graduales, como la famosa "libertad de vientres" o la libertad a cambio de servicio en los ejércitos independentistas, conjugando humanismo cristiano e ideales liberales, incluso en un sentido económico, lo que incluía el respeto de la "propiedad" sobre esos esclavos.

[16] Llorente, *Colección de las obras*, t. I, p. 408.

[17] *Ibid*., p. 409.

> este gran regalo [en alusión a la bula papal de Alejandro VI] costó a la España más de un millón de familias emigradas que ahora pasan de diez millones, y hacen falta en la población de la Península […] seríamos nación industriosa, manufacturera, fabricante, comerciante y rica; pero en su compensación el regalo pontificial nos produjo mucho oro, y más plata para convertir a los españoles en holgazanes, perezosos, indolentes, descuidados y orgullosos, y por consiguiente, pobres […] efectos del sistema romano cuya corte inventó en el siglo octavo su ambicioso proyecto de dominar en todas partes para enriquecerse a costa de las naciones católicas […] ¿De cuántas guerras no fueron causa los mismos Papas que debían ser ángeles de paz como jefes del cristianismo por efecto de la opinión que combatimos?[18]

El esfuerzo de Llorente por mostrar otra versión del relato histórico desde el lado español se focalizó en la despoblación causada por los españoles que se embarcaron en proyectos de codicia y pereza. Esta perspectiva ataca el papado (el *sistema romano*, como lo denomina) por considerarlo caduco en el siglo XIX y, principalmente, le adjudica haber sido nocivo ya que al justificar la usurpación de soberanías prehispánicas dio aliento a la Conquista. El armazón conceptual (soberanía, desarrollo manufacturero, gobierno laico) remite a discusiones más dieciochescas y decimonónicas que las propias del siglo XVI. Criticar a los católicos para preservar la imagen de los españoles es la idea inversa a la de Las Casas, quien condena siempre a los españoles pero rescata la labor de los buenos cristianos. Así, Llorente da forma a una especie de Las Casas ilustrado, que solo ve en la religión más una guía moral que una institución y un régimen social.

El legado ilustrado en el que Llorente quiere inscribir su historia de la Conquista española aparece también en el modo en que recurre a la búsqueda de la verdad en los documentos, verdad que requiere no solo de fuentes fidedignas, sino también de lectores intérpretes capacitados para reconstruirla y configurarla a través de una narración histórica legítima, es decir, que esta escritura tuviera carácter jurídico: "[…] habiendo crecido la ilustración de los hombres desde el siglo décimo sexto hasta hoy en sumo grado, ha prevalecido el buen gusto literario de consultar las fuentes originales de los poderes espiritual y temporal, porque no hay otro modo de hallar la verdad histórica de la cual debe nacer la jurídica".[19] La reflexión crítica sobre el material editado, considerando las motivaciones y los efectos que este tuvo, aparece como imprescindible complemento de la puesta en circulación de las fuentes, como comenta sobre el opúsculo "Treinta proposiciones escritas para declarar la doctrina de un libro intitulado Confesionario":

[18] *Ibid.*, pp. 404-405.

[19] *Ibid.*, p. 395. Distintos letrados peninsulares del momento confiaron en este procedimiento de rastreo de documentos originales con el objetivo de construir una historia verdadera con carácter legal, entre ellos Juan Bautista Muñoz, quien funda y organiza el Archivo de Indias (1785) y que publica el primer tomo de su *Historia del Nuevo Mundo* (1793). Llorente critica de forma continua el proceder de Muñoz, aunque coincide en la metodología de rastreo de documentos y de escritura (narrativa) de la historia de la Conquista. Al respecto, véanse Nicolás Bas Martin, *Juan Bautista Muñoz y la fundación del Archivo General de Indias (1745-1799)*, Valencia, Biblioteca Valenciana-Colección Historia, 2000; Santa Arias, "Recovering Imperial Space in Juan Bautista Muñoz's Historia del Nuevo Mundo (1793)", *Revista Hispánica Moderna*, vol. 60, n° 2, 2007; y Jorge Cañizares-Esguerra, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

> todas estas reflexiones convencen de que el *tratadito* antecedente del señor obispo Casas debe ser considerado únicamente como *monumento histórico* de las controversias del tiempo de Carlos quinto y de las opiniones que prevalecían. Para entenderlo bien en este concepto, conviene saber el motivo con mayor especificación que la dada por el autor [Las Casas] en su prólogo.[20]

Ahora bien, ¿qué hace un letrado ilustrado peninsular, afrancesado y exiliado en Francia con un *monumento histórico* como ya es la obra de Las Casas? Es decir, ¿cómo recupera, analiza y vuelve valiosos estos escritos para que sean tenidos en cuenta como documentos históricos? En pocas palabras: los edita según el criterio del siglo XIX, es decir, los aleja del contexto histórico contemporáneo para completarlos de reflexiones y de datos propios de la monarquía española de un período considerado oscuro (el siglo XVI), no tanto por su accionar legal, sino por la poca ejecución certera de justicia en los espacios conquistados americanos:

> [He] aquí la legislación que rigió en América sobre tratamiento de los indios en el primer siglo de la conquista. Las ordenanzas reales que se han citado fueron renovadas infinitas veces porque la ejecución jamás llegó a ser completa. En vano el obispo de Chiapa y muchos otros escribían libros y clamaban en la Corte. Los mismos que daban las leyes eran los primeros que contribuían a la inobservancia […] ¡Cuánto tiempo fue necesario correr, y cuantas circunstancias intervenir para llegar a tal punto de moderación! […] En fin, la justicia tuvo muy poca parte en el alivio de la suerte infeliz de los que habían sido dueños del país.[21]

Este criterio completa el prólogo inicial en el que sostiene que desea traer a la luz algunos escritos de Las Casas con el objetivo de ensalzar su figura y presentarlo como un defensor de la libertad humana. Como anota Castilla Urbano, "desde el inicio de su prólogo lo presenta como un apóstol de la libertad que, si en su época batalló por la de los indios, supone que haría lo mismo en cualquier otro período por quienes se vieran privados de aquella".[22]

La fuerza argumentativa de la edición

Desligar la obra de Las Casas de la libertad de los americanos *per se* para ampliarla a todos los hombres es clave, ya que uno de los convocados a participar de esta colección fue Servando Teresa de Mier, letrado novohispano y fraile de la orden dominica, que realizó dos ediciones políticas de la *Brevísima destrucción de las Indias*, en 1812 y 1821. Mier publica la de 1812 en Londres con el apoyo económico y político del Foreign Office y de varios sectores de criollos americanos; la segunda, en Filadelfia, en diálogo con su *Memoria político-instructiva*, ambos escritos dirigidos a los jefes independientes o líderes de los movimientos emancipatorios americanos.[23] La edición de 1812 no solo fue apoyada por un sector político de peso, sino que

[20] Llorente, *Colección de las obras*, t. I, p. 411, énfasis nuestro.
[21] Llorente, *Colección de las obras*, t. I, p. 368.
[22] Castilla Urbano, "Bartolomé de las Casas", p. 52.
[23] Recordemos que Mier formaba parte de la Sociedad de Caballeros Racionales, conformada en Europa por distintos criollos que buscaban la emancipación político-económica de América de la monarquía española. Emancipación que luego de la invasión napoleónica a España devino en lucha independentista. En palabras de André Pons: "Miranda

también fue impulsada por Henri Grégoire, obispo "constitucional" francés, quien había escrito una "Apología de don Bartolomé de Las Casas".[24] Grégoire, además, fue uno de los firmantes del decreto de emancipación de los esclavos negros en los dominios franceses en 1794 y autor de varios ensayos abolicionistas a partir de entonces.[25] La unidad del género humano, que el fraile español había afirmado para defender a los indígenas americanos (al considerarlos "hijos de Adán"), podía extenderse con facilidad a los negros africanos en el discurso del obispo francés.

En su "Carta latina de Mier a Grégoire" (París, 22 de abril de 1802), el dominico novohispano, a petición del obispo de Blois, le dio su opinión y le hizo comentarios puntuales sobre ciertos párrafos de la apología. Allí, Mier informaba a Grégoire que no se sentía capacitado para hacer la biografía de Las Casas, pero que colaboraría con sus comentarios a la obra que el francés había hecho. Diez años después, y por pedido de Grégoire, Mier volvió a la *Brevísima…*, pero realizó su edición con un seudónimo, "un caraqueño republicano", el mismo que utilizó para escribir sus dos famosas "Cartas de un americano a El Español" que le escribió a José Blanco White en noviembre de 1811 y octubre de 1812. Ya en la primera carta Mier anuncia la llegada próxima de la obra de Las Casas:

> Bartolomé de las Casas, el verdadero apóstol, el abogado infatigable, el padre tiernísimo de los americanos, sevillano como usted e hijo de extranjeros cuyo apellido españolizo, nos dejó por testamento que Dios no tardaría en castigar a la España como ella había destruido las Américas; y parece que la justicia divina aceptó el albaceazgo del santo obispo de Chiapa. Porque sin hablar de otra región que la que él regó con sus sudores, todo ha ido sucediendo en España idéntico a la conquista de México. Napoleón es otro Carlos V, hasta en tener preso al Papa que le coronó emperador. Carlos IV es el cándido Motechuhzoma, María Luisa aquella Marina […] Murat es Cortés, y Fernando VII, el joven monarca Cuauhtemoczin. Las mismas

---

había fundado en Londres, en 1797, la *Gran Logia Americana*, amplia sociedad secreta de patriotas hispanoamericanos, unidos por el ideal de la emancipación –conocida más tarde como Logia de Lautaro, la cual tenía ramificaciones en Cádiz con el nombre de *Sociedad de Lautaro* o *Caballeros Racionales*" ("Introducción" a Fray Servando Teresa de Mier, *Historia de la Revolución de Nueva España antiguamente Anáhuac*, París, La Sorbonne, 1990, p. XXVIII). En febrero de 1811 se crea en Cádiz la Logia de Caballeros Racionales, impulsada por Diego de Alvear, quien había sido testigo de las Cortes de Cádiz desde su instalación; dato extraído de Marie-Laure Rieu Millán, "Fray Servando de Mier en Londres, Miguel Ramos de Arispe en Cádiz (su actividad propagandística según una carta inédita de Mier, 1812)", Madrid, *Suplemento de Anuario de Estudios Americanos, Sección de Historiografía y Bibliografía*, vol. 46, n° 2.

[24] Son fundamentales los vínculos político-económicos que sostiene Mier con el gobierno revolucionario rioplatense, que le manda ayuda monetaria y sostiene su rol como propagandista tanto en Cádiz como en Londres. Existe un vínculo estrecho entre Mier y Diego de Alvear, Tomas Guido y Luis de Iturribarría, quien, si bien era mexicano natural de Oaxaca, cumple un rol fundamental de vehículo de noticias y de cartas en la triangulación entre los diputados de Cádiz, los letrados rioplatenses y los letrados tanto criollos como peninsulares (como Blanco White) en Londres durante los años de 1812 a 1813. Iturribarría tuvo en Cádiz el rol de intendente del ejército. La carta que Mier le envía a Iturribarría el 14 de abril de 1812 "confirma la existencia de esta red de comunicación clandestina entre Londres, Cádiz, Gibraltar y América" (Rieu-Millán, "Fray Servando de Mier en Londres", p. 9, nota 23). No existen pruebas fehacientes de la entera financiación o del pedido expreso de la gobernación rioplatense de la edición que Mier hace de la obra de Las Casas, solo aproximaciones que hacen tanto Ávila en 2002 y Domínguez Michael en 2004.

[25] Jean-Daniel Piquet, "Controverses sur l'Apologie de las Casas lue par l'abbe Grégoire", *Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses*, vol. 82, nº 3, 2002, p. 284. Según Piquet, Grégoire recurrió en sus escritos a los de Las Casas para criticar el racismo napoleónico y Danton mismo refería al "virtuoso las Casas" en el mencionado decreto.

> renuncias sobre iguales engaños, felonías y violencias: igual invasión con el mismo derecho: la misma protección y felicidad prometidas por los tiranos destructores: pretextos de religión para quitar abusos […] la misma ayuda a los extranjeros de una gran parte de los naturales seducidos contra sus compatriotas: y la misma obstinación en defenderse hasta el exterminio contra táctica y malicia superior…[26]

En este extenso fragmento de la primera carta de Mier a Blanco White, por un lado, Mier estipula un momento análogo entre el tiempo de la Conquista y el tiempo de las independencias americanas aunque con otros actores y opresores; por el otro, concibe el proceso independentista como accionar necesario para salir de la esclavitud de los americanos con respecto al sistema político español; por último, toma a la figura de Las Casas como un oráculo capaz de denunciar la nulidad de la Conquista debido al accionar atroz de sus ejecutores. La reivindicación de Las Casas le permite a Mier considerarlo tanto en su edición de 1812 como en la de 1821 como el "defensor de la libertad" (de América). En la edición de 1821, el letrado novohispano sostiene que es necesario erigir un monumento o estatua a este hombre glorioso: "¡americanos! La estatua de este santo falta entre nosotros. Si sois libres, como ya no lo dudo, la primera estatua debe erigirse al primero y más antiguo defensor de la libertad de América. Alrededor de ella formad vuestros pactos y entonad a la libertad vuestros cánticos; ningún incienso puede serle más grato".[27] Pero si esa era la libertad defendida en 1821, cuando las potencias europeas seguían sin reconocer las independencias americanas, la carta del 12 en cambio igualaba la Conquista española de América con la francesa de España, que aparecía entonces como víctima de una guerra injusta. El rey Carlos IV era el príncipe Moctezuma y el mariscal francés Murat, el conquistador español Cortés; más que un Las Casas americanista, Mier imaginaba un Las Casas "liberal" y parecía considerar unidos los destinos de los dominios peninsulares y americanos del nuevo Cuautemotzin, Fernando VII.

En respuesta a las ediciones de Mier, Llorente propone una en la cual la *Brevísima* no es el escrito epítome del dominico español, sino el primer peldaño de una figura gloriosa, pero que se encuentra distante de los conflictos políticos del siglo XIX y que debe, por tal motivo, ser recontextualizado, explicado y acercado a los lectores modernos. Los tiempos entre la Conquista y las revoluciones hispanoamericanas no son análogos, sino pendulares: el hecho de recurrir al pasado a través de la escritura de Las Casas le permite a Llorente repensar el presente y establecer la distancia crítica necesaria a través de la narración histórica. Este letrado peninsular no aboga por la monumentalización de la figura del dominico español, sino por su lectura crítica y necesaria a través del foco ilustrado. Y, a diferencia de Mier, que veía en el autor del siglo XVI un modelo de valores e ideas para un proyecto presente para el cual se auguraba un triunfo futuro, sobre Llorente pesan dos derrotas (el imperio español en América, el gobierno josefino en España) que se saben, o al menos se presumen, ya irreversibles. En ese sentido, el sacerdote riojano hace una lectura más estrictamente lascasiana de la historia, al retomar y dar por buenas –casi tres siglos más tarde– las furiosas profecías del dominico, quien temía la destrucción de España como castigo divino por las iniquidades de la Conquista, según

[26] Fray Servando Teresa de Mier, *Cartas de un americano 1811-1812*, edición de Manuel Calvillo, México, Editorial CIEN de México, 1987, p. 91.
[27] Fray Servando Teresa de Mier, "Discurso preliminar", en Las Casas, fray Bartolomé, *Breve relación de la destrucción de las Indias Occidentales*, Filadelfia, Juan F. Hurtel impresor, 1821.

la oración inserta casi al final de la *Brevísima…*: "por la misericordia de Dios ando en esta corte de España procurando echar el infierno de las Indias, y que aquellas infinitas muchedumbres de ánimas redimidas por la sangre de Jesucristo no perezcan sin remedio para siempre, sino que conozcan a su criador y se salven, y por compasión que he de mi patria, que es Castilla, no la destruya Dios por tan grandes pecados contra su fe y honra cometidos".[28]

¿En qué consiste la edición moderna que plantea Llorente? Lo que a primera vista parece una agrupación azarosa de los escritos tiene una razón de ser en la totalidad de la colección como objeto compacto y preciso. La edición que plantea Llorente no es solo un monumento histórico, sino una colección hecha de un proceso de jerarquización de textos ordenados de forma estratégica en relación con el tipo de diálogo que propone con sus pares letrados o lectores intérpretes (en particular, con la república de las letras trasatlántica de peninsulares y americanos), tomando el criterio de la ampliación como modelo a seguir. Es decir, su objetivo es enriquecer los textos de Las Casas a través de estudios introductorios y apéndices que recontextualicen los escritos del dominico español, que dejen asentado (cual testamento o legado) todo aquello que el religioso no dijo, "lo cual aumenta mucho el valor de la obra del señor obispo".[29] Estas intervenciones le otorgan nuevas lecturas a la obra de Las Casas: transforman de manera algo burda los escritos polémicos del dominico español en una narrativa histórica que se separa de la violencia de la Conquista española para reflexionar sobre ella y ligarla a un proceder del sistema católico (papal) y no a uno político de los reyes españoles, a la inversa, ahora sí, del autor original. Llorente intenta la refutación de la leyenda negra que circulaba en Europa sobre el accionar español en América (sostenida por los estudios de Cornelius de Pauw, el abate Buffon, William Robertson y otros) con el recurso de adicionar cronologías precisas del primer tiempo de la Conquista y de una necrología de sus líderes militares de ese período. Como bitácora burocrática de la práctica de conquista, Llorente amplía la escritura de Las Casas a través de una recuperación de espacios, actores, leyes; es decir, reconstruye el esqueleto o trasfondo del poder español en América con el objetivo de tomar distancia de ese momento supuestamente inaugural de la gloria española, leída ahora como una sangría de recursos humanos y materiales de la península. En este sentido, su edición consiste en una intervención ilustrada de cómo debe interpretarse ese período y, para ello, qué mejor que comenzar en el primer tomo de la colección por la "Historia de las crueldades o brevísima destrucción", para luego trabajar con los remedios contra la despoblación de las Indias "para que los lectores imparciales puedan sentenciar el proceso histórico […] esto ayudará infinito a los lectores para conocer la verdadera historia del asunto".[30]

La ampliación, especialmente en los dos primeros textos de esta colección (en la *Brevísima* y en su *Remedios…*), desarticula la retórica polémica entre entendidos, es decir, la narración focalizada en las acciones o el modelo de conquista sin nombrar a los actores que ejercie-

[28] Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Sevilla, Imprenta de Sebastián Trujillo, 1552, pp. 101-102. Como anota Jorge Luis Camacho, el modelo historiográfico de Las Casas es Flavio Josefo, el autor de las *Antigüedades judaicas* (véase "Meta-historia y ficción en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de Fray Bartolomé de las Casas", *Hispanófila*, nº 134, 2002); en el culmen de la Conquista española, como Josefo en el de la romana, el dominico ve el comienzo de la decadencia de un imperio.
[29] Llorente, *Colección de las obras*, t. I, p. IX.
[30] Llorente, *Colección de las obras*, t. I, pp. VIII-IX.

ron la violencia y en los efectos destructivos de ese proceder.[31] Para lograrlo, Llorente recurre a la precisión de los datos con el objetivo de transformar los escritos polémicos en relatos históricos: "Yo he suplido esta falta añadiendo al fin de la *Relación*, diez y siete *Notas críticas* a otros tantos artículos críticos del autor […] expresando los nombres de los conquistadores a que pertenecen aquellas".[32] Del mismo modo, interviene los *Remedios* de Las Casas: "he considerado conveniente añadir por vía de apéndice una noticia por orden cronológico de las diferentes providencias del gobierno español expedidas desde los principios hasta el año de 1572 para el modo en que se debía tratar a los indios".[33]

Este procedimiento de ampliación a través de apéndices y notas actúa de forma contraria al sentido original del texto lascasiano. Es decir, mientras que los escritos de Las Casas generalizan el procedimiento violento de la Conquista, así como los efectos devastadores de la sistematización de la encomienda y la esclavitud de los indios, Llorente contextualiza la lectura del dominico para contraer la fuerza argumentativa sistemática de sus escritos, acotando cualquier posible corolario a los sucesos específicos narrados. En su edición, la barbarie conquistadora se ve cercada y analizada como átomos dentro del sistema burocrático y protector de los reyes (no por nada Llorente se detiene de forma reiterada en el testamento de la reina Isabel, retrato de la bondad y justeza de una buena gobernante). Para él, no fracasó la monarquía, sino la ejecución de la justicia y el ejercicio de la libertad en los dominios americanos conquistados.

Un debate trasatlántico letrado

Así como la colección parece una respuesta indirecta a las ediciones de la *Brevísima…* de Mier, Llorente dialoga con su amigo Grégoire y los letrados americanos Funes y Teresa de Mier en los textos que están al final del segundo tomo de esta colección. Ellos reflexionan sobre el legado de Las Casas como protector de los indios y hacen uso de las fuentes documentales y la narrativa histórica para vincular o desligar al dominico español del impulso a la esclavitud de negros africanos en América; como ya hemos mencionado, este era un tema vigente en las nacientes repúblicas de América y en Europa, donde se cruzaban argumentos a favor y en contra de la esclavitud. Esta tríada de escritos, junto con la respuesta que a ellos da el editor Llorente, muestra las tensiones de una república de las letras internacional en relación con el modelo idealizado de Las Casas y representa la fuerza argumental que tiene la edición y la narrativa históricas a la hora de postular lecturas sobre la Conquista española en América. Esta

[31] Sobre las características retóricas de la *Brevísima destrucción de las Indias* de Las Casas, véanse David Brading, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la República criolla 1492-1867, México, Fondo de Cultura Económica, 1998; Barrera,* "La ´Brevísima´ lascasiana"; Carolina Sancholuz, "La *Brevíssima destruycion de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas: del alegato a la retórica de la crueldad", *Latinoamérica*, nº 57, 2013; Beatriz Colombi, "La *Brevísima destrucción de la relación de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas en el eje de las controversias", *Zama*, n° 5, 2013; Juan Manuel Forte Monge, "La *Brevísima* de Bartolomé de las Casas: destrucción de Indias y construcción de lo inaudito", en F. Castilla Urbano (ed.), *Visiones de la conquista y la colonización de las Américas*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2015; Vanina Teglia y Guillermo Vitali, "Introducción" a *Bartolomé de las Casas. Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Buenos Aires, Corregidor, 2017; Vanina Teglia, "*Brevísima* lascasiana: cómo reeditar un clásico colonial hispanoamerico", *América Sin Nombre*, n° 23, 2018.
[32] Llorente, *Colección de las obras*, t. I, p. VIII.
[33] Llorente, *Colección de las obras*, t. I, p. IX.

lucha discursiva excede a la figura y el accionar del dominico español y sobrepasa también la temática de la esclavitud negra en América. El diálogo trasatlántico entre letrados del siglo XIX nos muestra la búsqueda del dominio del relato de los hechos pasados en la respuesta a cómo leer las fuentes y los silencios de los historiadores o referentes previos, tanto de tiempos de la Conquista como del período ilustrado de mediados y fines del siglo XVIII.

El intercambio se inicia con la *Apología* de Grégoire de 1801, que leyó en la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Instituto Francés, del cual es miembro. El obispo de Blois busca acreditar el relato histórico y no repetirlo sin basamento. Su objetivo es claro: desligar la introducción de la esclavitud negra en América de las propuestas o sugerencias de Las Casas, uniéndola, en su lugar, al tipo de comercio y al trabajo en las minas impulsado veinte años antes por portugueses. Para ello, indaga en las fuentes y llega hasta el referente que considera más minucioso del siglo XVI para relevar la relación entre Las Casas y la esclavitud, Antonio de Herrera, cronista mayor del rey, y su obra *Descripción de las Indias Occidentales* de ocho volúmenes (1559-1625): "como todos los autores copiaron a Herrera, la autoridad de este será la única que merezca ser examinada".[34]

El argumento de Grégoire gira en torno a los silencios y el forzamiento de la evidencia del historiador Herrera para ligar a Las Casas con la introducción de la esclavitud de negros africanos en las Indias occidentales. Para ello, esgrime cinco postulaciones sobre los errores de Herrera, que incluyen la falta de cita de las fuentes, la veracidad de su información que recibe *a posteriori* por historiadores como Solís, Laet y Torquemada y, sobre todo, cómo en ningún momento Herrera menciona la esclavitud y reconoce la existencia de este sistema de trabajo económico previo a la figura del religioso dominico. Grégoire insiste en que ha tenido acceso a la obra inédita de Las Casas (a través de Mier) en la que el religioso se defiende de las críticas que ha recibido sobre la esclavitud africana:

> Las Casas dejó inédita una historia general de las Indias, de la cual Herrera se aprovechó mucho. Un sabio americano, doctor de la universidad de México, me asegura haber leído los tres tomos que vio Solís, manuscritos por el mismo obispo, sin hallar en ellos cosa alguna que le acrimina relativamente a los negros. Además, se apoya en la opinión de Muñoz, quien en el prefacio de su Historia del Nuevo Mundo (después de haber hecho al talento de Herrera) le acusa de haber carecido de crítica, de haber dado tradiciones sospechosas por verdades, de haber trabajado con precipitación, añadiendo y omitiendo a su fantasía […] Herrera, su único acusador, escritor reconocido por poco verídico […] no da ningún garante de su aserción.[35]

Luego de cuestionar el aporte de Herrera como fuente principal de la asociación entre esclavismo y Las Casas, Grégoire critica a historiadores del siglo XVI, como Fernández de Oviedo y López de Gómara, por desconocer lo que efectivamente sucedía en el teatro de los hechos americanos. Esta misma perspectiva crítica les señala a historiadores ilustrados contemporáneos como Nuix, Campomanes y el mismo Muñoz, así como a de Pauw y al francés Marmontel (a estos últimos en particular por asociar la crueldad de la Conquista con el fanatismo reli-

[34] Llorente, *Colección de las obras*, t. I, p. 338. Citamos los textos incluidos en la *Colección de obras...* como "Llorente", más allá de la autoría individual (indicada en la redacción).
[35] *Ibid.*, t. II, p. 341.

gioso, hecho que Grégoire desmiente categóricamente). Todos prestigiosos letrados, carentes de certezas en relación con el vínculo entre Las Casas y la esclavitud.

En segundo lugar, en esta tríada letrada trasatlántica encontramos la carta que el deán Gregorio Funes le escribe a Grégoire en abril de 1819.[36] Esta epístola se trata de un verdadero ejercicio de argumentación sobre la correcta forma en que un historiador debe ejercer su labor. El motivo por el cual despliega sus conocimientos y razones va de la mano de no estar "perfectamente convencido" de la postura de Grégoire en su apología sobre la inocencia de Las Casas con respecto a su rol como propagador de la esclavitud africana en América.[37] A su vez, considera a Herrera como la fuente principal e incuestionable sobre el tema, motivo por el cual esgrime distintas razones basadas todas en un principal motivo:

> una duda incidente se presenta aquí, y es preciso disolverla antes de dar más curso a la pluma. Saber cómo pueden conciliarse estos conceptos: existir según Herrera este comercio trece años antes del de 1517, y ser Las Casas (según él mismo) quien lo inspiró a la Corte en el propio año. La solución de esta dificultad debe tomarse de no atribuir nunca a Herrera a Las Casas la *iniciativa* de este comercio, sino su *propagación*. Así lo confiesa U(sted), mi señor, y yo lo encuentro más detallado en el contexto de la historia.[38]

La defensa de Herrera como fuente principal a la cual recurrir le permite a Funes cuestionar la parcialidad de Grégoire a la hora de defender a Las Casas y realizar una precisa disquisición sobre los pasos a seguir para construir una historia verdadera de los hechos acaecidos en el período de la Conquista, criticando veladamente la excesiva simpatía de Grégoire con su objeto de estudio:

> Usted sabe que la primera ley de la historia (como dice Cicerón) es evitar toda sospecha de favor, o de odio: que no es menor falsedad suponer lo que ha pasado, que decir lo que no ha sucedido; en fin, que el historiador es como un testigo que depone los hechos bajo de juramento. Esta es la obligación que desempeñó fielmente Herrera, presentando a las Casas, no como era, sino como salía del pincel de sus enemigos.[39]

El cuestionamiento no cesa ahí ya que Funes apunta al recurso que tuvo Grégoire de apelar a la obra inédita de la *Historia de las Indias* de Las Casas a través de la memoria de "un sabio mexicano" que fue ayudado por Juan Bautista Muñoz. Al respecto, Funes no puede entender cómo Grégoire critica la investigación detallada de Herrera y, sin embargo, apela a la memoria subjetiva e "infiel" de un conocido.[40] Párrafo aparte se lleva Muñoz, desprestigiado por el je-

[36] En relación con los motivos por los cuales Funes le escribe a Grégoire y el vínculo que existía entre ambos, véase Pablo Martínez Gramuglia, "Entre Dios y Rivadavia: El deán Funes lee a las Casas", *Actas de las XXX Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana*, 2018. Recuperado de http://ilh.institutos.filo.uba.ar/publicacion/xxx-jornadas-de-investigaci%C3%B3n-del-ilh-2018.
[37] Llorente, t. II, p. 366.
[38] *Ibid.*, t. II, p. 369, énfasis nuestro.
[39] *Ibid.*, t. II, p. 375.
[40] Piquet especula, a partir de las respetuosas correcciones que Funes le hace a Grégoire, que era improbable que Mier, fabulador comprobado en otras ocasiones, hubiese leído "los tres tomos que vio Solís" ("Controverses sur l'Apologie", pp. 292-293).

suita Francisco Javier Iturri, quien publicó en España su *Carta crítica* mostrando las fallas del cosmógrafo real como historiador oficial.[41] La conclusión sobre la falaz interpretación de Grégoire y su acérrima apología del dominico español es contundente: "Es preciso dar otra inteligencia a las expresiones de Las Casas y no tomarlas en aquel sentido literal que se presentan".[42]

En tercer lugar, encontramos en la edición de Llorente el discurso de Servando Teresa de Mier, fechado en 1806, pero escrito probablemente luego del año de 1813.[43] Este texto busca confirmar la apología sobre Las Casas realizada por Grégoire y defenderla de las críticas recibidas (sin conocer, claro está, el futuro texto del deán cordobés). Ahora bien, Mier apela al desvío y hace uso del legado de Grégoire para estipular una suerte de accionar noble o valioso en relación con la lectura de América por parte de letrados ilustrados europeos frente a un accionar desleal y sumamente criticable de defectuosos intérpretes de lo americano, como han sido el "fabulista Pauw, y su acólito Robertson".[44] Para este letrado novohispano, son estos dos ilustrados los que se ensañan contra el abogado y padre de los americanos (Las Casas). Con respecto a Herrera, Mier no puede seguir la postura asumida por Grégoire y decide ensalzar su figura con ciertas reservas: "quien hace mal es Robertson quien no hace sino copiar a su maestro Pauw, al mismo tiempo que finge apoyar su relación, en el acreditado Herrera".[45]

El final del discurso de Mier coincide con Gégoire y Funes en contextualizar la obra de Las Casas y tratar de entender los motivos del comercio de la esclavitud en ese tiempo: "¿es asunto este para declamar tanto y acriminar a este santo hombre como autor del comercio de negros que ya existía y nunca se prohibió? […] esto es querer que en el siglo XVI se razonase como las luces del XIX".[46] Este esfuerzo intelectual por situar a la figura de Las Casas en su espacio y tiempo y en las vicisitudes de su entorno político-social y cultural será la tarea final

[41] "El santafesino Francisco Javier Iturri fue uno de sus primeros y más ardientes críticos. El jesuita redactó su *Carta Crítica* en 1797 con el objetivo de desprestigiar la investigación del valenciano señalando con algunos pocos, pero claros ejemplos sus fallas estructurales. Iturri buscaba frenar la difusión de la *Historia* de Muñoz y evitar la publicación de los nuevos volúmenes de esta" (Nicolás Perrone, "Redes familiares, políticas y religiosas filo-jesuíticas en el Río de la Plata después de la expulsión: Córdoba, Tucumán, Buenos Aires (1767-1836)", Tesis doctoral defendida en la Universidad de Buenos Aires-Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 2020, p. 260). Funes, que no era jesuita pero se había formado en la universidad jesuita de Córdoba (actual Argentina) y mantenido una espiritualidad afín luego de la expulsión de la Compañía, entraba tal vez en la "competencia" entre jesuitas y dominicos por la evangelización de América y, más aún, por su memoria.

[42] Llorente, *Colección de las obras*, t. II, p. 400.

[43] No es la primera vez que Mier fragua las fechas de sus publicaciones para ajustar sus escritos al teatro de situaciones (este ejercicio lo hemos visto con la correspondencia que le escribe a Juan Bautista Muñoz de 1817 y que fecha en 1797, momento en el cual el novohispano se encontraba en Madrid). Sobre la posible fecha en la que escribe este discurso a Grégoire, contamos con el dato de que Mier recomienda la lectura de su *Historia de la revolución de Nueva España*, publicada en Londres recién en 1813, por lo que su escritura es posterior a este hecho (por más que Mier sostenga que se trata de una adición a la carta de 1806). Al respecto, véanse Christopher Domínguez Michael, *Vida de Fray Servando*, México, Conaculta, 2004; y Begoña Pulido Herráez, "Fray Bartolomé de Las Casas en la obra y el pensamiento de fray Servando Teresa de Mier", *Historia Mexicana*, vol. 61, n° 2, 2001.

[44] Llorente, *Colección de las obras*, t. II, p. 404.

[45] *Ibid.*, p. 421. Sobre estos y otros autores que criticaban la naturaleza y la historia americanas, puede verse el clásico de Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica*, 1750-1900, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, que abrió una larga serie de discusiones al respecto. Las dejamos de lado por no ser el eje de este artículo.

[46] *Ibid.*, t. II, p. 428. Paradójicamente, como anota Piquet, el propio Grégoire había citado una fuente que desmentía que discutir la esclavitud negra del siglo XVI fuese anacrónico: las actas del Concilio de Lima de 1582, apenas treinta años después de la *Brevísima…*, cuando se prohibió la esclavitud de negros a los clérigos y se consideró crimen y pecado apropiarse de los frutos de su trabajo aun para un laico ("Controverses sur l'Apologie", pp. 293-294).

de Llorente, quien en su apéndice busca desarmar la lectura de Funes al presentar una conjunción de fuentes documentales de distintos historiadores que dialogan con Herrera en pos de construir una verdad histórica sólida.[47] El estudio de Llorente es extenso y conjuga una cronología de las distintas medidas que se han tomado desde la Corte española y el Consejo de Indias para defender la vida de los indios y para evaluar el sistema de encomiendas y beneficios económicos para los conquistadores y sus descendientes. En este arduo trabajo, el editor español lucha por tener el podio de historiador calificado para configurar y sostener la verdad histórica más allá de las controversias.

Llorente frente a la historia

Si, como sostienen Dufour y Magne, en su exilio parisino Llorente se constituyó en historiador y pasó de servir a los poseedores del poder político a procurar el favor de un público lector lo más amplio posible, en busca de obtener un rédito económico, solo logró ganancias significativas con su famosa *Historia crítica de la Inquisición en España*, tanto en francés como en español.[48] A su muerte en 1823, por ejemplo, formaban parte de su legado seiscientos ejemplares de *Observations critiques sur le roman de Gil Blas de Santillane* (un trabajo filológico sobre la novela de Lesage que apuntaba a demostrar que era una copia de una fuente española) y más de 2100 tomos de las *Memoirs sur la révolution d'Espagne*;[49] es cierto que la primera se había publicado apenas un año antes, pero los tres tomos de las *Memoirs…* databan de 1814-1816 y, aunque tenían un contenido político más importante, no dejaban de ser una apuesta fuerte al interés lector por un testimonio "de primera mano" de un proceso histórico muy reciente.

Y aun así es posible especular que para Llorente Las Casas fue el camino para acceder a su reconocimiento como historiador profesional –en el sentido de plantear la escritura histórica *pane lucrando*– y un salvoconducto acaso para regresar a su patria de origen, a la que no había dejado de servir en un sentido ilustrado, es decir, para la que había buscado el progreso económico y social dejando como discusión secundaria el afán de grandeza nacional o incluso de soberanía. Es posible porque, aun editando las acérrimas críticas del dominico a la Conquista española, que tan útiles habían resultado tanto a los difusores de la "leyenda negra" en la Europa protestante como a los revolucionarios del otro lado del Atlántico, Llorente reivindicaba el proceso de colonización español y legitimaba el dominio de los monarcas sobre los territorios conquistados. Para ello no recurre (galicano como era, no podía recurrir) a las decisiones papales del siglo XVI ni a los derechos de conquista en los que había basado la neoescolástica española, sino al ejercicio continuo y asentado en el tiempo de la dominación española:

[47] *Ibid.*, p. 438.
[48] Dufour y Magne, *Los últimos años.*, pp. 55-65. Dufour y Magne señalan también que "pese a la inmensa notoriedad de la que gozaba, Llorente tan solo consiguió una vez que un librero-editor aceptara un manuscrito suyo" (p. 60), es decir, que un editor (en un sentido moderno) corriera el riesgo de la inversión; en los otros casos, las obras publicadas en París fueron costeadas por Llorente o por una suscripción (venta previa a la impresión del libro). Solo el librero-editor Alexis Eymery invirtió en las *Ouvres…* de Las Casas, y, si bien hizo un buen negocio, se aseguró de levantar él también una suscripción previa.
[49] *Ibid.*, p. 147.

> Los Europeos que ocupan el suelo americano desde más de tres siglos a esta parte, han sucedido en los derechos de los antiguos habitantes, así como los españoles de hoy tenemos los de los Godos […]. La injusticia que se verificase aquella novedad, está ya purificada en el derecho de gentes por el transcurso de tres siglos y más de un tercio de otro, y por la imposibilidad de restituirse las cosas al ser y estado que tenían antes de la posesión europea […] manda la suprema ley del bien común de la humanidad respetar la posesión como legítima cuando los tiempos de su goce son ya tantos que no se pueda retrogradar sin guerras, confusión, desorden y convulsiones políticas las cuales de positivo producen graves males (acaso irreparables) y cuya esperanza de bienes no solo es falible y contingente, sino carísima por los primeros efectos de tales causas.[50]

Que "los Europeos que ocupan el suelo americano" pueda referir ambiguamente a los españoles peninsulares o a los criollos americanos (en una lectura "étnica" del concepto de europeo) dejaba abierta la posibilidad de distintos "usos" ya no solo para el corpus lascasiano sino también para la intervención de Llorente. La lectura de su obra, significativamente vigente en Francia y los Estados Unidos durante el siglo XIX, la destaca también de las ediciones "americanistas" a las que referíamos al comienzo, con las que sería erróneo asociar sin más.

La injusticia de la Conquista española *purificada* por el derecho de gentes y por el paso de los trescientos años transformaron a los españoles (europeos y americanos) en herederos legítimos de las riquezas del continente. Más allá de los procedimientos discursivos de Llorente de mostrar las heridas de la Conquista en sus prólogos, estudios introductorios, notas o apéndices, coloca el lente en los surcos de la violencia de la monarquía hispánica para luego profundizar en las suturas, en los caminos civilizatorios avalados a pesar de su incursión ilegal en América. Esta labor de Llorente es efectiva tanto en un nivel político como en uno cultural: recopila, organiza, publica e interpreta obras de Las Casas, referente esencial para los independentistas americanos, junto con apologías sobre la labor del sevillano escritas por letrados centrales en el pasaje de reinos absolutos a repúblicas liberales (Grégoire, Mier y Funes). En su edición, Llorente no responde solo al pedido que le hizo en su momento Grégoire al encargarle esta publicación, y que tenía que ver con la refutación de la versión circulante sobre la responsabilidad de Las Casas en la esclavitud africana a América. Todo lo contrario: con organizados aportes en su proceso editorial, transforma una apología en un debate sobre cómo escribir la historia del Nuevo Mundo en el particular año de 1822, durante el trienio liberal y con los procesos independentistas americanos todavía cuestionados. Para el caso, la carta que Funes le escribe a Grégoire y que figura en la edición evidencia el objetivo que sigue el letrado peninsular a lo largo de los dos tomos de la recuperación de Las Casas: mostrar los hilos de la narración histórica en diálogo directo con las polémicas letradas. En otras palabras, a lo largo de toda la recuperación y compilación lascasiana, Llorente nos hace partícipes del laboratorio de la escritura histórica (tal como lo hizo Mier en su *Historia de la revolución de la Nueva España* en 1813). Esta escritura se concibe como un entramado de documentos probatorios y polémicas letradas que forman el sustrato de validación. Llorente le otorga un carácter fundacional a la labor editorial para la escritura histórica, funcionamiento diferente del panfletario que tuvo para los independentistas americanos (por ejemplo, la publicación del *Contrato so-*

[50] Llorente, *Colección de las obras*, t. I, pp. ii-iii.

cial de Rousseau por Mariano Moreno o la misma edición de la *Brevísima…* por fray Servando). El proceso editorial aparece entonces como una ventana que hace visibles los hilos de la narración histórica y expone las relaciones intelectuales que sostienen esos entramados, complejos y en constante reconfiguración. □

Bibliografía

Anstey, Roger *et al*., *Anti-Slavery, Religion, and Reform*, Hamden, Dwason, 1980.

Arias, Santa, "Recovering Imperial Space in Juan Bautista Muñoz's *Historia del Nuevo Mundo* (1793)", *Revista Hispánica Moderna*, vol. 60, n° 2, 2007, pp. 125-142.

Ávila, Alfredo, *En nombre de la nación. La formación del gobierno representativo en México (1808-1824)*, México, Taurus, 2002.

Aymes, Jean René, *Españoles en París en la época romántica (1808-1848)*, Madrid, Alianza Editorial, 2008.

Bas Martin, Nicolás, *Juan Bautista Muñoz y la fundación del Archivo General de Indias (1745-1799)*, Valencia, Biblioteca Valenciana-Colección Historia, 2000.

Barrera, Trinidad, "La ´Brevísima´ lascasiana, proceso de un texto. *Hombres de a pie y de a caballo: conquistadores, cronistas, misioneros en la América colonial de los siglos XVI y XVII*", IDEA (Instituto de Estudios Auriseculares), 2013, pp. 179-193.

Brading, David, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la República criolla 1492-1867*, traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Burucúa, José Emilio y Nicolás Kwiatkowski, "El Padre las Casas, de Bry y la representación de las masacres americanas", *Eadem Utraque Europa*, vol. 6, n° 10-11, 2010, pp. 147-180. Recuperado a partir de https://utraqueuropa.com.ar/index.php/eadem/article/view/85.

Camacho, José Luis, "Meta-historia y ficción en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas", *Hispanófila*, nº 134, 2002, pp. 37-48.

Cañizares-Esguerra, Jorge, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, traducción de Susana Moreno Parada revisada por Jorge Cañizares-Esguerra, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Casas, Bartolomé de las, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Sevilla, Imprenta de Sebastián Trujillo, 1552.

Castilla Urbano, Francisco, "Bartolomé de las Casas y la independencia de la América española: la edición de sus escritos por Juan Antonio Llorente", *Revista de Hispanismo Filosófico*, nº 23, 2018, pp. 43-44.

Colombi, Beatriz, "La *Brevísima destrucción de la relación de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas en el eje de las controversias", *Zama*, n° 5, 2013, pp. 91-102.

Chartier, Roger, "Textos sin fronteras", en R. Chartier, *La mano del autor y el espíritu del impresor. Siglos XVI-XVIII*, Buenos Aires, Katz, 2016, pp. 89-122.

Domínguez Michael, Christopher, *Vida de Fray Servando*, México, Conaculta, 2004.

Dufour, Gérard, *Juan Antonio Llorente en France (1813-1822). Contribution à l'étude du Libéralisme chrétien en France et en Espagne au début du XIX siècle*, Ginebra, Librairie Droz, 1982.

Dufour, Gérard, "Juan Antonio Llorente: de corifeo del afrancesamiento a mártir del liberalismo", *Ayer*, vol. 95, n° 3, 2014, pp. 23-49.

Dufour, Gérard y François Magne, *Los últimos años de la vida de Juan Antonio Llorente. Nuevas aportaciones*, Alicante, Universitat d'Alacant, 2021.

Ferro, Marc, "Sobre la trata y la esclavitud", en M. Ferro (dir.), *El libro negro del colonialismo*, Madrid, La Esfera, 2005, pp. 125-145.

Forte Monge, Juan Manuel, "La *Brevísima* de Bartolomé de las Casas: destrucción de Indias y construcción de lo inaudito", en F. Castilla Urbano (ed.), *Visiones de la conquista y la colonización de las Américas*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2015, pp. 25-40.

Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

Goytisolo, José, *Obra Inglesa de D. José María Blanco White*, Buenos Aires, Formentor, 1972.

Jiménez Codinach, Guadalupe, *La Gran Bretaña y la independencia de México*, 1808-1821, Fondo de Cultura Económica, México, 1991, pp. 53-87.

Jiménez Codinach, Guadalupe, "Un diputado novohispano por las callejuelas del Cádiz de las Cortes: José Miguel Guridi y Alcocer (1763-1828)", en O´Ph. Godoy Scarlett y L. Georges (eds.), *Voces americanas en las Cortes de Cádiz: 1810-1814*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA)/Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014, pp. 39-51.

Lama Cereceda, Enrique de la, *J. A. Llorente, un ideal de burguesía. Su vida y obra hasta el exilio en Francia (1756-1813)*, Pamplona, EUNSA, 1991.

Llorens, Vicente, "Prólogo", *José María Blanco White. Antología de obras en español*, Barcelona, Labor, 1971.

Llorente, Juan Antonio (ed.), *Colección de las obras del venerable obispo de Chiapa, don Bartolomé de las Casas, defensor de la libertad de los americanos*, París, Rosa, 2 volúmenes.

Llorente, Juan Antonio (ed.), *Ouvres de don Barthlélemi de las Casas, Défenseur de la liberté des naturels de l'Amérique*, París, Alexis Eymery, 1822, 2 volúmenes.

Martínez Gramuglia, Pablo, "Entre Dios y Rivadavia: El deán Funes lee a las Casas", *Actas de las XXX Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana,* 2018. Recuperado de http://ilh.institutos.filo.uba.ar/publicacion/xxx-jornadas-de-investigaci%C3%B3n-del-ilh-2018.

Menéndez y Pelayo, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, Librería Católica de San José, 1880-1882.

Mier, fray Servando Teresa de, "Discurso preliminar", en B. de Las Casas, *Breve relación de la destrucción de las Indias Occidentales*, Filadelfia, Juan F. Hurtel Impresor, 1821, pp. IX-XXXV.

Mier, fray Servando Teresa de, *Cartas de un americano 1811-1812*, edición de Manuel Calvillo, México, Editorial CIEN de México, Secretaría de Educación Pública, 1987.

Murphy, Martin, *El ensueño de la razón. La vida de Blanco White,* Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2011.

Paniagua, Jesús (ed.), *Juan López Cancelada, editor. El Telégrafo Americano (10 de octubre de 1811-31 de marzo de 1812)*, León, Junta de Castilla y León/Universidad de León, 2008.

Pasino, Alejandra, "El periodismo político de Blanco White en el Río de la Plata. Un nexo entre la revolución española, la política británica y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1814", Tesis de doctorado defendida en la Universidad de Buenos Aires-Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 2022.

Perrone, Nicolás, "Redes familiares, políticas y religiosas filo-jesuíticas en el Río de la Plata después de la expulsión: Córdoba, Tucumán, Buenos Aires (1767-1836)", Tesis de doctorado defendida en la Universidad de Buenos Aires-Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 2020.

Piqueras, José Antonio, *La esclavitud en las Españas*, Madrid, Catarata, 2011.

Piquet, Jean-Daniel, "Controverses sur l'Apologie de las Casas lue par l'abbe Grégoire", *Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses*, vol. 82, nº 3, 2002, p. 283-306.

Pons, André, "Introducción" a *Fray Servando Teresa de Mier, Historia de la revolución de la Nueva España. Antiguamente llamada Anáhuac o verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*, París, Publications De La Sorbonne, 1990.

Pulido Herráez, Begoña, "Fray Bartolomé de Las Casas en la obra y el pensamiento de fray Servando Teresa de Mier", *Historia mexicana* vol. 61, n° 2, 2011, pp. 429-475.

Resnick, Daniel P., "The Societé des Amis des Noirs and the Abolition of Slavery", *French Historical Studies* vol. 7, nº 4, 1972, pp. 558-569.

Rieu Millán, Marie-Laure, "Fray Servando de Mier en Londres, Miguel Ramos de Arispe en Cádiz (su actividad propagandística según una carta inédita de Mier, 1812", Madrid, *Suplemento de Anuario de Estudios Americanos, Sección de Historiografía y Bibliografía*, vol. 46, n° 2, pp. 55-73.

Rosetti, Mariana, "Entre la opinión pública y la patria: lecturas cruzadas de la prensa afrancesada y de las intervenciones de las voces patrióticas americanas en la prensa peninsular (1808-1812)", *Anexos-II Coloquio Siglo XIX. Nuevas perspectivas y herramientas críticas*, *Estudios de Teoría Literaria. Artes, Letras y Humanidades*, vol. 9, n° 20, 2020, pp. 349-358.

Sancholuz, Carolina, "La *Brevíssima destruycion de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas: del alegato a la retórica de la crueldad", *Latinoamérica*, nº 57, 2013, pp. 189-212.

Suárez de la Torre, Laura, "Prólogo", en L. Suárez de la Torre (coord.), *Creación de estados de opinión en el proceso de independencia mexicano (1808-1823)*, México, Instituto Mora, 2010, pp. 7-18.

Teglia, Vanina y Guillermo Vitali "Introducción" a Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Buenos Aires, Editorial Corregidor, 2017.

Teglia, Vanina, "*Brevísima* lascasiana: cómo reeeditar un clásico colonial hispanoamericano", *América Sin Nombre*, n° 23, 2018, pp. 269-279.

Vogeley, Nancy, "Llorente's Readers in the Americas", *Proceedings of the American Antiquarian Society*, vol. 116, parte 2, 2016, pp. 375-393.

Resumen / Abstract

Los hilos de una narración histórica. La edición de la obra de Bartolomé de las Casas hecha por Juan Antonio Llorente

Analizamos la labor editorial de Juan Antonio Llorente, un afrancesado español que, en París, en 1822, edita una *Colección de las obras del venerable obispo de Chiapa, don Bartolomé de las Casas.* Contó con la ayuda del obispo francés Henri Grégoire, e incluyó textos de este y de los religiosos americanos Servando Teresa de Mier y Gregorio Funes. En el marco de la serie de reediciones de Las Casas que encaran letrados americanos a favor de la independencia, la de Llorente se diferencia por afirmar simultáneamente la ilegitimidad de la Conquista y el derecho de España al dominio de América. Además, avanza en un estudio más completo de la obra de Las Casas, universalizando su legado y ampliando el corpus de obras en circulación, e instala un ámbito atlántico de discusión entre los países de América y Europa.

Palabras clave: Edición - Narración histórica - Bartolomé de las Casas - Juan Antonio Llorente

The Threads of a History: The Edition of Bartolomé de las Casas's Works by Juan Antonio Llorente

We analyse the editorial activity of Juan Antonio Llorente, a Spanish *afrancesado*, who published a selection of Bartolomé de las Casas's works in Paris, 1822. He had the aid of bishop Henri Grégoire and included texts by him and by Hispanic American priests Servando Teresa de Mier and Gregorio Funes. Within the general framework of re-editions of Las Casas's work that Hispanic American men of letters would produce to support independence, Llorente's edition stands apart because it simultaneously presents the idea of an illegitimate conquest of America by Spain and defends the right of contemporary Spain to its American dominions. Moreover, he contributed to a more complete study of the works of Las Casas, presenting his legacy as universal and at the same time enlarging the available textual corpus, thereby establishing a field of Atlantic scholarly discussion between European and Hispanic American countries.

Keywords: Publishing - Historical narrative - Bartolomé de las Casas - Juan Antonio Llorente

Fecha de recepción del original: 13/12/2022
Fecha de aceptación del original: 9/1/2024

El concepto de lo político en Raíces del Brasil*

Luiz Feldman**

El Colegio de México

En la historia de *Raíces del Brasil* hay algo así como una ascensión y caída de la identidad nacional. En la edición príncipe, de fines de 1936, Sérgio Buarque de Holanda (1902-1982) identifica una singularidad eminentemente positiva del carácter brasileño: la cordialidad, un deseo de intimidad que infunde una nota bondadosa a las relaciones sociales. A partir de la segunda edición, publicada a principios de 1948, ese peculiar rasgo nacional se desdibuja en una similitud fundamental con otras experiencias humanas: el hombre cordial se define tanto por sentimientos de amistad como de enemistad. A esta ocurrente variación de un ensayista, por decirlo parafraseando a Borges, debemos infinita polémica.

Según se entienda que el autor quiso hacer la crítica o la apología de la cordialidad, se derivan conclusiones encontradas sobre el mensaje político de *Raíces del Brasil*. La fobia a la identidad de orígenes coloniales situaría el libro como un exponente del rechazo al autoritarismo de fondo ibérico, destacado por un impacto tardío, aunque indeleble, en el repertorio intelectual del campo progresista desde fines de los años 1940. La filia al pasado, a su vez, lo teñiría de una coloración tradicionalista y permitiría buscar su repercusión inmediata en el ambiente ideológico que rodeó al Estado Novo, régimen de excepción establecido por Getúlio Vargas en noviembre de 1937.

Estas dos líneas generales de interpretación tuvieron una culminación en el vivo debate en torno a los ochenta años de *Raíces del Brasil*, en 2016. En esa fecha, la publicación de una edición crítica del libro explicitó por vez primera, en la propia obra, las distintas variantes del texto. La visión convencional de Buarque de Holanda como crítico radical del pasado y pionero en el planteamiento de una democracia popular había sido establecida entre el prólogo de Antonio Candido a la quinta edición (1969) y su *post-scriptum* en la décimoctava edición (1986).[1] Tal visión fue puesta en entredicho por trabajos que subrayaron las ambivalencias del

* El autor registra sus agradecimientos a Leopoldo Waizbort y a Pablo Yankelevich por el diálogo sobre el tema de este artículo, y a dos evaluadores de *Prismas* por sus reacciones al texto, del cual es el único responsable. El texto no busca representar las visiones del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil, donde el autor es diplomático de carrera.

** otfcgs@gmail.com. ORCID: orcid.org/0000-0001-8514-270X.

[1] Antonio Candido, "O significado de *Raízes do Brasil*", en S. Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, ed. crítica, en L. Schwarcz y P. M. Monteiro (coords.), San Pablo, Companhia das Letras, 2016. Sobre el influyente encuadra-

autor frente a la herencia colonial y su orientación política entre conservadora y autoritaria en la versión original del célebre libro.[2]

El énfasis sobre la edición príncipe, un abordaje que se pretendía más bien restauracionista que revisionista, generó tres tipos principales de reacción. Una afirmó lisa y llanamente la preeminencia del texto modificado, es decir, el significado histórico progresista de *Raíces del Brasil*.[3] Otra sostuvo que, desde la primera edición, el libro contenía una matriz crítica al pensamiento conservador.[4] Más recientemente, las dificultades en reiterar la interpretación progresista del libro condujeron a declarar que la problemática alrededor del razonamiento de la edición original sobre las instituciones políticas brasileñas era bizantina, optándose por priorizar las reflexiones del libro sobre el cambio civilizatorio, en Brasil, de Iberia a América.[5]

Disiento de estas interpretaciones: la afirmación de la preeminencia de una edición sobre otra, la atribución de un progresismo congénito del autor o el resorte a un culturalismo enigmático, que vuelve indescifrable la dimensión política del libro original. No pongo en duda, por cierto, ni la filiación de Buarque de Holanda en el universo conservador en los años 1930 ni su reorientación progresista en la década de 1940. Ambas son verificables. Pero es posible ir más allá de la clasificación ideológica y plantear una cuestión distinta: ¿cómo se estructuró el mensaje político de *Raíces del Brasil* en cada momento a partir de ciertas nociones de la identidad nacional?

El vínculo entre identidad nacional y doctrina política fue postulado por Buarque de Holanda a través de su lectura de *El concepto de lo político*, de Carl Schmitt. Discutirlo es discutir el diálogo del ensayista brasileño con la obra del jurista alemán. Mi propósito en estas páginas es analizar cómo, a partir de ese diálogo (aunque sin limitarse a él), el autor formuló y refor-

---

miento de *Raíces del Brasil* por el prólogo de Antonio Candido, los coordinadores de la edición crítica dicen lo siguiente: "La lectura radicalizadora marcaría el libro de tal manera que, en tono provocador, Wanderley Guilherme dos Santos llegó a decir que el Sérgio Buarque de Holanda de *Raíces del Brasil* era 'una invención de Antonio Candido'. Descontando los 'radicalismos', esta vez tal vez del propio Guilherme dos Santos, [...] el hecho es que el prefacio quedó adherido a la obra como una cicatriz: durante mucho tiempo no hubo forma de citarlo sin mencionar la presentación de Antonio Candido como la forma natural de entenderlo. No en vano, a partir de la novena edición, en 1976, la frase de Candido, 'Un libro que se convirtió en clásico desde su nacimiento', apareció en la tapa de *Raíces del Brasil*, y más tarde se trasladó a la contratapa". Véase Lilia Schwarcz y Pedro M. Monteiro, "Uma edição crítica de *Raízes do Brasil*: o historiador lê a si mesmo", en Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, ed. crítica, pp. 16-17. [N. de los E.: hay varias traducciones al castellano del clásico libro de Sérgio Buarque de Holanda; en el curso del artículo, el autor utiliza la edición de Fondo de Cultura Económica de 1955, realizada sobre la segunda edición brasileña de 1948, con traducción de Ernestina de Champourcin; puede verse también la edición realizada recientemente en Buenos Aires sobre la quinta edición de 1969 (considerada la "edición definitiva" porque fue la última corregida por su autor), con estudio crítico de Pedro Meira Monteiro y traducción de Álvaro Fernández Bravo: *Raíces del Brasil*, Buenos Aires, Corregidor, 2016.]

[2] Véanse, en la edición crítica de 2016 citada: João Kennedy Eugenio, "Entre totem e tabu: o processo de *Raízes do Brasil*"; Luiz Feldman, "Contraponto e revolução em *Raízes do Brasil*"; Alfredo César Melo, "Mudanças em ritmo próprio"; Leopoldo Waizbort, "*Raízes do Brasil*: inércia e transformação lenta". Véanse, también, Sérgio da Mata, "Tentativas de desmitologia: a revolução conservadora em *Raízes do Brasil*", *Revista Brasileira de História*, vol. 36, n° 73, 2016; y Rogerio Schlegel, "*Raízes do Brasil*, 1936: o estatismo orgânico como contribuição original", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 32, n° 93, 2017.

[3] Fernando Henrique Cardoso, "Raízes democráticas de Sérgio Buarque", *Folha de S. Paulo* (Ilustríssima), 7 de julio de 2016, p. 3.

[4] Pedro M. Monteiro, *Signo e desterro: Sérgio Buarque de Holanda e a imaginação do Brasil*, Campinas, Hucitec, 2015.

[5] André J. Martins, "O espírito e o lugar: sobre o significado da 'Nossa revolução' em *Raízes do Brasil* (1936)", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 37, n° 108, 2022, pp. 1-25.

muló la noción de cordialidad y el mensaje político de *Raíces del Brasil*. Estimulado por la indagación de un experto sobre si Buarque de Holanda vislumbró "otro concepto de lo político", examino cómo el autor más bien puso el concepto schmittiano de lo político en distintas relaciones con su noción de cordialidad.[6]

El argumento es el siguiente. En los años 1930, Buarque de Holanda adopta la premisa de Schmitt sobre el vínculo entre antropología y doctrina de Estado, pero afirma que Brasil es un caso singular en que excepcionalmente no tiene vigencia la política schmittiana como distinción entre amigos y enemigos: predomina la amistad o la bondad.[7] La política es restringida a un Estado grandioso que no necesita ser ni debe ser violento. En los años 1940 y 1950, Buarque de Holanda revisa su anterior acuerdo con la premisa del vínculo antropología/doctrina de Estado y redefine la cordialidad, un término cada vez más evanescente, por la similitud con la experiencia de lo político descrita por Schmitt: amistad y enemistad. La política se abre al antagonismo, se vuelve obra de la sociedad y apunta hacia un horizonte, común a toda América Latina, de superación del legado colonial. En otras palabras, la identidad cordial, singularmente brasileña, y la historia progresista, ampliamente latinoamericana, son acentos sucesivos e incompatibles en la trayectoria de *Raíces del Brasil*.

El texto se divide en dos apartados: el primero aborda la edición original de 1936 y artículos de 1935 que anticipan el libro; el segundo se ocupa de la edición revisada de 1948, en que el texto se acerca a su forma definitiva, y de escritos subsecuentes publicados como artículos de prensa en 1948 y como apéndice del libro en su tercera edición, de 1956.

***

En marzo de 1935, Buarque de Holanda publica "Corpo e alma do Brasil: ensaio de psicologia social" en la revista *Espelho*, de Río de Janeiro. El siguiente 18 de junio, *Folha da Manhã*, un periódico de San Pablo, publica su reseña "O Estado totalitário", sobre *El concepto de lo político*. *Raíces del Brasil* es publicado el 20 de octubre de 1936 por la editorial carioca Livraria José Olympio Editora. Esas tres obras, junto con los ejemplares subrayados de libros de Schmitt que se conservan en la biblioteca del autor en la Universidad de Campinas, condensan la problemática schmittiana en la reflexión de Buarque de Holanda en los años 1930.

"Corpo e alma do Brasil" traza las líneas fundamentales de la cuestión al afirmar la "extraordinaria importancia del examen de los fundamentos antropológicos de las sociedades para la comprensión de las teorías del Estado".[8] Es evidente, desde luego, el eco de Schmitt, que en *El concepto de lo político* señalaba la necesidad de discernir los "supuestos 'antropológicos' que subyacen a cada ámbito del pensamiento humano".[9]

[6] Véase Monteiro, *Signo e desterro*, p. 175.

[7] Esa línea de razonamiento sobre el diálogo de la edición príncipe de *Raíces del Brasil* con Carl Schmitt retoma y desarrolla lo que se esbozó en Luiz Feldman, *Clássico por amadurecimento: estudos sobre* Raízes do Brasil, Río de Janeiro, Topbooks, 2016.

[8] Sérgio Buarque de Holanda, "Corpo e alma do Brasil", *Espelho*, n° 1, marzo 1935, p. 52. La última expresión será cambiada por "doctrinas de Estado" en la edición príncipe de *Raízes do Brasil*, Río de Janeiro, Livraria José Olympio Editora, 1936, p. 155.

[9] Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza Editorial, 2014, p. 94. El pasaje fue marcado lateralmente en Sérgio Buarque de Holanda, *Marginalia a Carl Schmitt, Der Begriff des Politischen*, Hamburgo, Hanseatische

La búsqueda de esa vinculación fundamental entre supuesto antropológico y doctrina política es el procedimiento que orienta el ensayo buarquino de 1935. Considérese la progresión temática de sus apartados iniciales: mientras que los dos primeros se titulan "Tendencia a la proximidad y reverencia" y "Ausencia de ritualismo, horror a las distancias", el tercero y el cuarto son designados "El aparato del Estado brasileño" y "La democracia en Brasil es un malentendido".[10] Veamos el argumento en cada una de esas vertientes.

La cordialidad se presenta, de modo cercano a la etimología, como un tipo de sociabilidad marcado por la prevalencia de los sentimientos oriundos del corazón. La emotividad desbordante moldea las relaciones sociales y establece una aversión generalizada a todo ritualismo. La cordialidad no es lo mismo que la cortesía, en que los individuos mantienen una medida de distancia entre sí. Todo lo contrario: el "hombre cordial" se caracteriza por un irreprimible deseo de intimidad con sus pares. Como la índole cordial es más bien afable y dócil que tempestuosa y violenta, no resulta de eso una sociedad entrópica, sino potencialmente fraterna.

En ese argumento sobre el acortamiento de las distancias sociales, Buarque de Holanda recuperaba, a medias, el libro *Casa-grande & senzala*, lanzado en diciembre de 1933.[11] Para Gilberto Freyre, la proclividad al acercamiento social, herencia de la colonización portuguesa, abría el camino hacia la intimidad y también hacia la dominación. Ilustraba esa idea con un análisis del lingüista João Ribeiro sobre el uso pronominal en el portugués de Brasil: el empleo de la proclisis y la enclisis reflejaría las necesidades de familiaridad y de mando, propiciando modos afectuosos ("me dê") y jerárquicos ("dê-me") de hablar, en contraste con Portugal, donde predominaba la enclisis.

"Corpo e alma do Brasil" encuadraba la cordialidad a partir de ese sentido doble de la docilidad: inclinación a la familiaridad y posibilidad de obediencia. Pero no insistía tanto en la violencia como contrapartida de la intimidad como Freyre, para quien la exaltación de la autoridad disfrazaba en Brasil un "sadismo del mando".[12] El foco de "Corpo e alma do Brasil" está en cómo el deseo generalizado de intimidad conlleva una sociedad poco ritualista en que, justamente por ello, sobresale la nota humana.

Buarque de Holanda también ilustra su discusión con ejemplos lingüísticos. Uno es el uso del diminutivo para nombres propios. Otro, el reemplazo del uso lusitano del "tú" y del "usted", en Brasil, por un único pronombre de tratamiento, el "você". En el portugués hablado en las regiones de colonización esclavista de Brasil, el "você" había perdido toda connotación de reverencia, que conservaba en la metrópoli: "no acaso por una simple casualidad hubo una

---

Verlagsanstalt A.-G., 1933, p. 44. El valor hermenéutico de esos subrayados de Schmitt por Buarque de Holanda es presentado en Mata, "Tentativas de desmitologia".

[10] Los títulos en el original português: "Proximismo e reverência"; "Ausência de ritualismo, horror às distâncias"; "O aparato do Estado brasileiro"; y "A democracia no Brasil é um mal entendido". Buarque de Holanda, "Corpo e alma do Brasil". Cabe observar que, en tres reproducciones del artículo de 1935, los títulos de los apartados fueron alterados: consúltese "Corpo e alma do Brasil", *Revista do Brasil*, n° 6, 1987; "Corpo e alma do Brasil", en Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, ed. Crítica; y "Corpo e alma do Brasil", en M. Costa (coord.), *Sérgio Buarque de Holanda: escritos coligidos: Livro 1: 1920-1949*, San Pablo, Editora da Unesp y Fundação Perseu Abramo, 2011.

[11] Consúltese Gilberto Freyre, *Casa-grande & senzala: formação da família brasileira sob o regime da economia patriarcal*, Río de Janeiro, Maia e Schmidt, 1933, pp. 376 y 377. [Hay varias traducciones al castellano, por ejemplo: *Casa-Grande y Senzala*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, con prólogo y cronología de Darcy Ribeiro].

[12] *Ibid.*, p. 81.

coincidencia entre la extensión geográfica de esa forma de tratamiento y la parte del territorio brasileño en que la esclavitud africana tuvo más fuerza; el extremo norte y sobre todo el extremo sur la emplearon menos que el centro".[13]

El origen freyreano de tal argumentación queda claro, por si hubiera dudas, pocos párrafos adelante, cuando, todavía reflexionando sobre el deseo de intimidad, "Corpo e alma do Brasil" reconoce explícitamente a *Casa-grande & senzala* como el principal ensayo de introspección nacional sobre el país. Más importante, sin embargo, es notar cómo Buarque de Holanda usa el caso de los pronombres de tratamiento para exaltar la singularidad de aquel "centro" de Brasil. En Portugal, la conservación del tratamiento en la segunda persona señalaba el vigor de las fórmulas de reverencia; no así el "você" brasileño. El "horror a las distancias" constituía "el rasgo más distinto del carácter brasileño".[14]

Conviene puntualizar que, diecinueve meses más tarde, cuando toda esa discusión de la cordialidad resurge transpuesta al quinto capítulo de *Raíces del Brasil*, Buarque de Holanda añade muy significativamente una nota en que –repitiendo a Freyre– menciona la problemática de la colocación pronominal. Dice que el uso proclítico, tal como lo analizó Ribeiro, era una de las formas sintácticas "más típicas de nuestra gente" y se fundaba "en los mismos motivos psicológicos de los que se trata aquí", es decir, la creación de intimidad.[15] El mismo Ribeiro decía, en su muy citado libro, que las novedades lingüísticas brasileñas revelaban "matices creados bajo la luz y el cielo americano".[16]

Al elevar el uso pronominal –tratamiento y colocación– a característica singularmente brasileña, el Buarque de Holanda de "Corpo e alma do Brasil" y de *Raíces del Brasil* lograba lo que Theodor Adorno estipularía como propio de la forma ensayística: "que en un rasgo parcial escogido o hallado brille la totalidad".[17] Esa intuición generalizadora, que va de la parcialidad pronominal a la totalidad antropológica, podía no ser altamente original, en el sentido de que ya había sido desarrollada en Ribeiro y sobre todo en Freyre, pero sí era personal, en el sentido de la huella autoral en el ensayo.

Es significativo que el texto de 1935 se iniciase exaltando la cordialidad como una excepcionalidad brasileña y la caracterizase a partir de atributos favorables:

> Don Ribeiro Couto dijo, con feliz fórmula, que la aportación brasileña a la civilización va a ser la cordialidad –le daremos al mundo el "hombre cordial"–. La llaneza en el trato, la hospitalidad, la generosidad, virtudes tan ponderadas por los extranjeros que nos visitan, constituyen un aspecto bien definido del carácter nacional.[18]

Con alteraciones mínimas de escritura, esas frases se trasladarían al capítulo cinco de *Raíces del Brasil*. Y no por ello el libro perdería aquella nota de excepcionalidad en su apertura. El párrafo inicial del libro, en el capítulo uno, dice que "Sobre un territorio que, si se poblase con la misma densidad de Bélgica, podría albergar un número de habitantes equiparable al de la

[13] Buarque de Holanda, "Corpo e alma do Brasil", p. 14.
[14] *Ibid*., p. 15.
[15] Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 1ª ed., p. 104.
[16] João Ribeiro, *A língua nacional: notas aproveitáveis*, San Pablo, Companhia Editora Nacional, 1933, p. 12.
[17] Theodor W. Adorno, "El ensayo como forma", en T. W. Adorno, *Notas sobre literatura*, Madrid, Akal, 2013, p. 26.
[18] Buarque de Holanda, "Corpo e alma do Brasil", p. 14.

actual población del globo, vivimos una experiencia sin igual".[19] La peculiaridad de Brasil, que lucía como ejemplo en el mundo cada vez más conflictivo de fines de 1936, era justamente el potencial de una convivencia fraterna a gran escala: no una civilidad alejada y fría, sino una cordialidad acogedora y tropical.

En ese punto podemos pasar a la segunda vertiente de la cuestión, la "doctrina de Estado" que correspondería a los "fundamentos antropológicos" (sinónimos, en el autor, de los "psicológicos"). En el ensayo de 1935, el segundo apartado ("Horror a las distancias") hace un *pendant* con el tercero ("El aparato del Estado brasileño"); en el libro de 1936, los capítulos seis ("Nuevos tiempos") y siete ("Nuestra revolución") lo hacen con el quinto ("El hombre cordial"), a su vez una especie de síntesis de los cuatro primeros. Esa consistencia entre la estructuración de "Corpo e alma do Brasil" y la de *Raíces del Brasil* es una razón de fondo para considerar a aquel un preludio de este.

La reflexión de Buarque de Holanda en 1935-1936 sobre la contrapartida política a la cordialidad me parece fuertemente condicionada por su lectura de Schmitt en ediciones poco anteriores de *Teología política*, que tenía en la versión de 1934, y sobre todo de *El concepto de lo político*, que probablemente leyó en la versión de 1933.[20] Un extracto de *Teología política*

[19] Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 1ª ed., p. 3.

[20] La cuestión acerca de cuándo Buarque de Holanda leyó por primera vez *El concepto de lo político* se volvió, hace unos años, objeto de ocurrencias peregrinas. El caso tiene que ver con las distintas referencias bibliográficas del libro de Schmitt que figuran en distintos momentos de *Raíces del Brasil*. En la edición príncipe de 1936, el capítulo siete (p. 155n) incluye una referencia a cierta versión de 1935 del libro de Schmitt: "V. Prof. Carl Schmitt – *Der Begriff des Politischen*, Hanseatische Verlaganstalt [*sic*], Hamburgo, 1935, pgs. 42 e 43". En 1948 (segunda edición), la cita a *El concepto de lo político* figura en el capítulo cinco, aunque sin mencionarse la referencia bibliográfica, situación todavía no remediada en 1956 (tercera edición). En 1963 (cuarta edición), se añade finalmente a la cita del capítulo cinco (p. 137) una referencia a la edición de 1933 del libro de Schmitt: "Carl Schmitt, *Der Begriff des Politischen*, Hamburgo, s. d. [1933], pág. 11, nota", corchetes originales; nótese que el sistema de referencias adoptado en toda la edición de 1963 excluía casas editoriales, indicando solamente ciudad y año. Así, como el *Raíces del Brasil* de 1936 cita *El concepto de lo político* de 1935, y el de 1963 al de 1933, se adujo la hipótesis de que el ensayista brasileño habría leído al jurista alemán "poco antes de entregar los originales [de la edición príncipe de 1936] para su publicación", concluyéndose que los elementos schmittianos en la concepción política del ensayo todavía debían esperar evolucionar hasta la "configuración definitiva" a partir de 1948, prueba de que, "por hablar a la manera del *Ulysses*, a través de los cambios efectuados hasta la versión definitiva, Sérgio Buarque luchó 'por libertar su mente de la servidumbre de su mente'" (Luiz Costa Lima, "A pouco cordial cordialidade", *Revista USP*, n° 110, 2016, p. 108n). Ahora bien, la historia editorial de *El concepto de lo político* no es enteramente nítida en lo que atañe a la trayectoria de la tercera edición. Marco Walter señala que, publicada en los inicios de 1933 por Hanseatische Verlagsanstalt, la tercera edición fue reimpresa a fines del mismo año y en los inicios de 1938; registra, además, que hubo anuncios, en la Deutsche Nationalbibliothek, de nuevas ediciones de Hanseatische Verlagsanstalt en los años de 1935 y 1938 (consúltese Marco Walter, "Einführung", en C. Schmitt, *Der Begriff des Politischen: Synoptische Darstellung der Texte*, Berlín, Duncker & Humblot, 2018; y Santiago M. Zarria, Günter Maschke, "El concepto de lo político de Carl Schmitt. Versión de 1927", *Res Publica*, vol. 22, n° 1). El catálogo online de la Deutsche Nationalbibliothek fecha la edición de la Hanseatische Verlagsanstalt solo en 1933. Consultada, la Deutsche Nationalbibliothek identificó en otras bibliotecas alemanas, a través del mecanismo de búsqueda Karlsruher Virtueller Katalog, ejemplares de la edición Hanseatische Verlagsanstalt de 1938, no de 1935. Esos datos sugieren una nueva mirada al caso. Primero, no es claro que haya existido una reimpresión (menos aún una edición) de 1935 de *El concepto de lo político*. Segundo, sabemos que Buarque de Holanda tenía un ejemplar de *El concepto de lo político* de 1933, conservado hasta el día de hoy, con sus subrayados, en la Universidad de Campinas. Tercero, cuando cita extractos del libro de Schmitt en 1936, informa números de página de *El concepto de lo político* que corresponden perfectamente a las páginas donde se ubican esos extractos en la edición de 1933 que todavía se puede consultar en su biblioteca (compárese Buarque de Holanda, *Raíces del Brasil*, 1ª ed, p. 155n con Buarque de Holanda, *Marginalia a Carl Schmitt, Der Begriff des Politischen*, pp. 42 y 43). En pocas palabras, la edición príncipe de *Raíces del Brasil* podría estar simplemente equivocada al dar el año de "1935" en la referencia bibliográfica y Buarque de Holanda podría haber utilizado siempre la edición de 1933 de *El concepto de lo político*. Desde luego, eso significaría que el autor

subrayado por Buarque da la clave para su enfoque: "Toda idea política toma una posición, de una u otra manera, sobre la 'naturaleza' del hombre y presupone que él es 'bueno por naturaleza' o 'malo por naturaleza'".[21]

Buarque de Holanda admitió la legitimidad de esa disyuntiva. Siguiendo *El concepto de lo político*, identificó el autoritarismo con la antropología negativa (el hombre malo) y el liberalismo con la positiva (el hombre bueno). "Corpo e alma do Brasil" y *Raíces del Brasil* criticarán los programas autoritarios y liberales para el país a partir de la compatibilidad de sus presupuestos antropológicos con la cordialidad.

El liberalismo tenía en común con la cordialidad, en un nivel superficial, la presuposición de la bondad del hombre: "La tesis de una humanidad mala por naturaleza y de un combate de todos contra todos ha de parecernos sumamente antipática y desconcertante".[22] Tanto los preceptos liberales como los cordiales coincidían en el rechazo al Estado autoritario, basado en dicha tesis. Pero un examen más atento ponía de manifiesto las diferencias de cada caso.

De acuerdo con Buarque de Holanda, la teoría liberal tenía más afinidades con la urbanidad que con la cordialidad, por concebir los lazos entre los individuos a partir de una valoración impersonal, basada en derechos, y no emotiva, basada en afectos. La neutralidad de cuño jurídico contrastaba acentuadamente con la parcialidad inherente al hombre cordial.

De ahí que (por decirlo así) la bondad natural era sustantiva en la cordialidad, pero meramente formal en el liberalismo: "En efecto, en el liberalismo la idea de la bondad natural es un simple argumento".[23] Aquí la redacción es, por un momento, casi una repetición de una frase de *El concepto de lo político* en una página muy subrayada por Buarque de Holanda: "Para los liberales [...] la bondad del hombre no es otra cosa que un argumento con cuya ayuda se pone el Estado al servicio de la 'sociedad'".[24]

Libre de lazos cualitativos entre los individuos, el liberalismo podía depositar sus esperanzas en la cantidad y afirmar la superioridad de la forma política democrática, lógica que el autor describía con palabras despectivas: "'el pueblo no se equivoca', pretenden los declamadores liberales".[25] Eso no lo llevaba a un patriotismo fácil en que la cordialidad significase mejores sistemas de gobierno: "Con la cordialidad, la bondad, no se crean los buenos principios".[26]

---

podría haber estado en contacto con *El concepto de lo político* a partir de mediados de 1933, tomándose en cuenta el tiempo para que la impresión de comienzos de 1933 llegara de Hamburgo a Río de Janeiro. Eso le daría bastante antelación reflexiva –si hemos de usar ese criterio– para concebir "Corpo e alma do Brasil", publicado en marzo de 1935; escribir la reseña "O Estado totalitário", del 18 de junio de 1935, y preparar *Raíces del Brasil*, publicado en 20 de octubre de 1936. Pero eso también implicaría enfatizar la ausencia de documentación con que se hacen interpretaciones aventuradas que presentan los cambios de visión de *Raíces del Brasil* como fases de una heroica y hasta joyceana progresión mental. Antes que arrogarnos la capacidad de graduar la madurez del autor en 1936, en 1948 o cuando sea, nos toca reconstruir el complejo proceso por el cual el historiador se volvió contra el ensayista, proceso en que los muy diversos usos que fue haciendo de Schmitt tienen un interés que va mucho más allá de la erudición.

[21] Carl Schmitt, *Teología política*, Madrid, Editorial Trotta, 2009, p. 56, y Sérgio Buarque de Holanda, *Marginalia a Carl Schmitt, Politische Theologie: Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität*, Múnich/Leipzig, Verlag von Duncker & Humblot, 1934, p. 72.

[22] Buarque de Holanda, "Corpo e alma do Brasil", p. 52.

[23] *Ibid*., p. 52.

[24] Schmitt, *El concepto de lo político*, p. 91; y Buarque de Holanda, *Marginalia a Carl Schmitt, Der Begriff des Politischen*, p. 42.

[25] Buarque de Holanda, "Corpo e alma do Brasil", p. 52.

[26] *Ibid*., p. 52.

El problema, desde una perspectiva histórica, era la adopción a ultranza, por los pueblos iberoamericanos, del liberalismo, sistema impersonal que "contrasta absolutamente con lo que tienen de más positivo en su temperamento […] La formación de élites gobernantes en torno de personalidades prestigiosas ha sido, al menos hasta la fecha, el principio político más fecundo en nuestra América".[27]

El liberalismo no podía estructurar una sociabilidad y una política nuevas, pero sí podía destruir la política y la sociabilidad viejas. El personalismo, común a toda Latinoamérica, y la cordialidad, peculiar a Brasil (donde funcionaba moderando la violencia del personalismo), eran el legado puesto en peligro. Podían no generar por sí solos un orden estable, pero eran la tradición que no podía ser ignorada por la política, so pena de la caída en la entropía. Vaticinaba "Corpo e alma do Brasil" y reiteraba célebremente *Raíces del Brasil*: "La democracia en Brasil siempre fue un lamentable malentendido".[28]

No era necesario leer a Carl Schmitt para criticar el liberalismo, observaba Buarque de Holanda en su reseña en *Folha da Manhã*. (Su interlocución, en *Raíces del Brasil*, con el gran crítico brasileño del liberalismo, Francisco José de Oliveira Vianna, muestra, en efecto, que sus fuentes para ello no eran todas extranjeras). Pero la verdad, continuaba, era que la aportación del jurista alemán había adquirido "una excepcional relevancia para nuestro tiempo".[29] Era un tiempo de "crepúsculo" del liberalismo y de búsqueda de una "nueva ordenación de las sociedades".[30]

El autor sabía que el autoritarismo, ascendente en ese escenario, se asentaba "fatalmente" en la presuposición del hombre malo.[31] No negaba cierta legitimidad del empleo de métodos violentos: "La tesis de que los métodos tiránicos no realizan nada duradero es solo una de las muchas invenciones falaces de la mitología liberal, que la historia jamás ha confirmado".[32]

La cuestión era que cualquier (teoría de) Estado orientado(a) al empleo de la fuerza no era adecuado(a) a un país con los fundamentos antropológicos de Brasil: "el despotismo condice mal con la dulzura del nuestro genio".[33] Ni había triunfado en el país el caudillismo en el siglo XIX ni triunfaría el fascismo en el XX, doctrinas en que los fines justifican los medios: "solución tan nítidamente inhumana".[34]

Buarque de Holanda aceptaba de buen grado en Schmitt, pues, la sentencia condenatoria del liberalismo y la antropología negativa como premisa del autoritarismo. Sus reservas empezaban cuando, usando el criterio schmittiano de verificación de la compatibilidad entre antropología y doctrina de Estado, afirmaba la inaplicabilidad del autoritarismo al país; y se profundizaban delante de la proposición de que aquella antropología negativa fuese la base de toda teoría de lo político. Aquí, justamente, venía la referencia directa a *El concepto de lo político* en *Raíces del Brasil*.

[27] *Ibid*., p. 16 y p. 53 respectivamente.
[28] *Ibid*., p. 15; y Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 1ª ed., p. 122.
[29] Sérgio Buarque de Holanda, "O Estado totalitário", en F. de Assis Barbosa (coord.), *Raízes de Sérgio Buarque de Holanda*, Río de Janeiro, Rocco, 1988, p. 299.
[30] Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 1ª ed., p. 170.
[31] Buarque de Holanda, "Corpo e alma do Brasil", p. 52.
[32] *Idem*.
[33] *Idem*.
[34] Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 1ª ed., p. 179.

En una nota a pie añadida en 1936 al extracto de 1935 que discurría sobre el vínculo antropología/teoría de Estado, surge un alejamiento sutil pero significativo frente a la posición del "ilustre" autor de *El concepto de lo político*: "Carl Schmitt, el conocido teórico del Estado totalitario, va aún más lejos al pretender que todas las teorías políticas puras deben presuponer, por fuerza, al hombre como un ente 'malo' por naturaleza, es decir problemático, 'peligroso' y 'dinámico'".[35]

Como notó Leo Strauss, en *El concepto de lo político* "la afirmación de lo político es la afirmación de la peligrosidad del hombre".[36] La cordialidad, en cambio, era una afirmación de la docilidad del hombre: llaneza, hospitalidad y generosidad. En ese sentido, la cordialidad es más que incompatible con los fundamentos del autoritarismo: es una excepción a la idea de la política determinada por la enemistad –"negación óntica de un ser distinto"– y por la lucha –"posibilidad real de matar físicamente"–.[37]

Ahora bien, Buarque de Holanda está escribiendo un ensayo de interpretación nacional, no un tratado de política. En vez de sublevarse contra el pensamiento conservador, creo que le fascinó encontrar, a través del diálogo con Schmitt en el campo conservador, una excepcionalidad en la historia de su país: la política como distinción intensa entre amigos y enemigos se desvanecía y quizás perdía vigencia en el trópico. Puede que Buarque de Holanda imaginara un concepto de lo político diferente; lo cierto es que concibe la cordialidad como excepción al postulado schmittiano. La cordialidad era el fundamento antropológico que suspendía la aplicación de la política tal y como la conceptualizara, con validez universal, el jurista alemán. Contra la pureza de la teoría política, la impureza del ensayo histórico.

Lo dijo bien Sérgio da Mata: "Como el hombre cordial supuestamente no tiene –o no quiere tener– enemigos, implica decir que en Brasil no existe la política".[38] Hay sobradas evidencias de esa visión en los escritos de Buarque de Holanda en los años 1930. En su reseña de *El concepto de lo político*, de junio de 1935, había indicado que en Schmitt la situación-límite de la política era "la agrupación en amigo-enemigo (que se exterioriza en la guerra y en la revolución)".[39] "Corpo e alma do Brasil" y *Raíces del Brasil* cuentan –con las mismas palabras– una misma historia: la historia de un Brasil de conflictos civiles y guerras externas inexistentes o de bajísima intensidad.

Buarque de Holanda menciona que, en sus *Meditaciones suramericanas*, el conde de Keyserling había notado grandes semejanzas entre el Brasil imperial y la Rusia zarista. "Con una diferencia nada más", enfatiza, "que la estructura del Estado, en Brasil, le parece sensiblemente más perfeccionada y fundada en bases más seguras, menos vulnerables y sobre todo menos ásperas. Esa impresión fue de tal magnitud, que Keyserling se permitió imaginar que, si Rusia fuera gobernada como el Brasil, jamás su pueblo se hubiese rebelado".[40]

[35] *Ibid*., p. 155.
[36] Leo Strauss, "Notes on Carl Schmitt, 'The concept of the political'", en C. Schmitt, *The concept of the political*, Chicago, Chicago University Press, 2007, p. 112.
[37] Ambas citas en Schmitt, *El concepto de lo político*, p. 65.
[38] Sérgio da Mata, "Todos os caminhos levam a Plettenberg? Reflexões a partir da edição crítica de *O conceito do político*", *Anos 90 – Revista do Programa de Pós-Graduação em História (UFRGS)*, vol. 27, 2020, p. 2, cursivas eliminadas.
[39] Buarque de Holanda, "O Estado totalitário", p. 299.
[40] Buarque de Holanda, "Corpo e alma do Brasil", p. 15; y, con pequeñas alteraciones, Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 1ª ed., p. 142.

A renglón seguido, pasa a las relaciones exteriores:

> la idea que con preferencia formamos para nuestro prestigio en el extranjero es la de un gigante lleno de bonhomía superior frente a todas las naciones del mundo. Aquí, principalmente, el Segundo Imperio [*sic*] anticipó cuanto pudo tal idea, y su política entre los países platenses apuntó insistentemente en esa dirección. Quería imponerse nada más por la grandeza de la imagen que había creado de sí mismo, y solo recurrió a la guerra para hacerse respetar, no por ambición de conquista. Si le sobraba, a veces, cierto espíritu combativo, faltábale espíritu militar.[41]

Instituciones políticas poco ásperas hacia afuera, donde no hay voluntad de guerrear, y hacia adentro, donde no hay opresión que incite a las revoluciones: he aquí la fisonomía histórica del Estado brasileño, cuyo ideal de respetabilidad era considerado, en clave ibérica, "virtud suprema entre todas".[42]

Ya estará claro, a esta altura, que la trayectoria de Brasil había sido y debía continuar siendo singular. De la crítica antropológica e histórica al liberalismo y al autoritarismo, la discusión evoluciona al mensaje político sobre el presente.

La actitud del autor es postular un ideal de organicidad entre esencia cordial y aparato político: la idea de un país que se forme "por sus propias fuerzas naturales", como una raíz.[43] No debe sorprender que el joven Antonio Candido, comentando la primera edición de *Raíces del Brasil* en un artículo hoy olvidado (y si no me equivoco ausente de sus antologías), sitúe el libro como "la principal obra hasta aquí escrita sobre la nuestra caracterología".[44] En "Corpo e alma do Brasil", esa discusión sobre el carácter nacional todavía podía resolverse en un tradicionalismo político: el autor aplaudía el Imperio, "monarquía tutelar" en buena medida armónica con el "régimen agrario y patriarcal", es decir, más cerca del "*substratum*" nacional que la República, que según él creyó demasiado en los valores liberales que profesaba y se dejó entrampar con la forma democrática.[45]

En 1936, la ecuación se complejiza un poco. *Raíces del Brasil* identifica en la urbanización progresiva una ruptura del orden rural, colonial e ibérico, en que se había gestado la cordialidad. El retorno a un pasado que se desintegra no podía ser una solución permanente; pero tampoco había otra. Al menos por ahora, se decía, el personalismo –un personalismo cordial– era el principio políticamente fecundo. La transformación inexorable que se procesaba en el país debía atender a una lógica de flujo y reflujo: el énfasis del título del último capítulo, *nuestra* revolución, enfatizaba que el fenómeno urbanizador general debía seguir un ritmo nacional singular, que modulaba no solo el liberalismo sino también los autoritarismos.[46]

El párrafo final del libro indicaba que "Las formas exteriores de la sociedad deben ser como un contorno congénito de ella y de ella inseparable: surgen continuamente de sus nece-

[41] Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 1ª ed., p. 143; el extracto es un poco más sucinto en Buarque de Holanda, "Corpo e alma do Brasil", p. 15.
[42] Buarque de Holanda, "Corpo e alma do Brasil", p. 15.
[43] Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 1ª ed., p. 131.
[44] Antonio Candido, "Sérgio Buarque de Holanda – Cobra de vidro – Martins – 1944", *Clima*, n° 13, agosto de 1944, p. 71.
[45] Buarque de Holanda, "Corpo e alma do Brasil", p. 53.
[46] Aquí expando el alcance de una observación de André J. Martins, "O espírito e o lugar", p. 3.

sidades específicas y jamás de caprichosas elecciones".[47] Eso ya no era un tradicionalismo político estricto, la nostalgia del Imperio, pero sí sonaba como una defensa amplia de la cordialidad: la apología de la amistad. Es lícito suponer que la principal de aquellas "necesidades específicas" fuese esta –evitar la lucha, suspender la enemistad–. Ese el sentido a retener en la vida pública y en las instituciones políticas brasileñas.

***

Avancemos a la segunda edición de *Raíces del Brasil*. "Revisada y ampliada", como se anuncia en la página del título, fue publicada por Livraria José Olympio Editora en enero de 1948. Nueve meses más tarde un artículo de Buarque de Holanda en la prensa de Río de Janeiro, "Novos rumos da sociologia", aborda la revisión del ensayo. En agosto de 1956, sale la tercera edición del libro, que contiene un "Apéndice" con nuevas consideraciones sobre el sentido de la revisión de 1948. El presente apartado se dedicará a la segunda edición de *Raíces del Brasil*, que concentra los cambios decisivos, y aquellas dos reflexiones ulteriores sobre esos cambios, que terminan de reencuadrar a Schmitt en el libro.

El prólogo a la segunda edición, fechado en junio de 1947, es sucinto e indica insatisfacción con algunas visiones del texto original lo mismo que reticencia con revisiones excesivas del libro. Quizás no sea demasiado proponer, en cambio, que el artículo de octubre de 1948 en *Diário de Notícias* es una especie de verdadero prólogo de la edición revisada de *Raíces del Brasil*.

"Novos rumos da sociologia" aborda, en tono de distanciamiento crítico, el ensayismo de identidad nacional de los años 1920 y 1930 en Brasil. El éxito de los "estudios de Historia Social" en esas décadas, dice, se debió al empeño de intelectuales como Oliveira Vianna y Gilberto Freyre en "discernir y cultivar" la personalidad "singular y única" del pueblo.[48] El alza del ensayismo de identidad nacional correspondió y hasta cierto punto contribuyó a la mitificación de comunidades políticas basadas en un vínculo estrecho entre pueblo y Estado.

Si las versiones radicales de ese afán organicista desembocaron en variados fascismos, pondera Buarque de Holanda, la búsqueda de identidad también tuvo expresiones menos ostensivas o inmediatamente políticas. Entre ellas estarían el "patético de lo tradicional" y el "sentido de continuidad con el pasado", perspectivas que inspirarían nociones particularmente solemnes del deber en países que, como los de América Latina, necesitaban idealizar el pasado para imaginar con más confianza el futuro.[49]

Mientras Oliveira Vianna y Freyre eran los "miembros más respetables" de esa familia ensayística, Buarque de Holanda se identificaba a sí mismo como "cierto pariente pobre", que no obstante había compartido el vicio común: la pretensión de "investigar nada menos que nuestra personalidad nacional a través de sus raíces históricas".[50] La nueva versión de *Raíces del Brasil* resultaría de un ablandamiento, pero no supresión, de la lógica original: "Habiendo

[47] Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 1ª ed., p. 161.
[48] Sérgio Buarque de Holanda, "Novos rumos da sociologia", en M. Costa (coord.), *Sérgio Buarque de Holanda: escritos coligidos: Livro 1: 1920-1949*, San Pablo, Editora da Unesp/Fundação Perseu Abramo, 2011, p. 513.
[49] *Ibid*., p. 514.
[50] *Idem.*

intentado, en segunda edición, corregir lo que hubiese de muy ambicioso en el proyecto, [el autor] renunció a apagar completamente la huella de origen".[51] La sociología universitaria, concluía, se presentaba como el mejor antídoto de un ensayismo en cuyo horizonte último yacía la tentación conservadora, aunque no necesariamente la totalitaria.[52]

El punto neurálgico por el que empezar nuestro recorrido de la edición de 1948 es la desaparición de todo el extracto del séptimo capítulo, que discurría sobre la importancia del examen de los fundamentos antropológicos en su enlace con teorías de Estado y concluía con la nota sobre *El concepto de lo político*. No desaparece, es cierto, la lógica subyacente, plasmada en la contrapartida entre el quinto capítulo, dedicado a la cordialidad, y los capítulos sexto y séptimo, dedicados al proceso político. Pero los cambios en esos capítulos fueron lo bastante profundos para alterar el equilibrio original entre identidad nacional y mensaje político.

En el capítulo cinco, lo que antes era singular en el "hombre cordial" o bien se disuelve en la similitud con otras experiencias, o bien se desvanece por medio del progreso. En el primer caso están las consideraciones sobre lingüística. Se tachan los argumentos sobre la coincidencia entre el uso del pronombre de tratamiento "você" y el área de colonización esclavista descripta por Freyre (quien prácticamente ya no es citado). Desaparece también la colocación pronominal citada por João Ribeiro como ejemplo de un deseo de intimidad típicamente brasileño.

Resta la discusión de los nombres en diminutivo, ahora elevada a prueba de lo contrario: su uso en la América hispánica y en España, además de en Brasil, indicaría como abusiva la interpretación de los diminutivos como particularidad nacional o regional. Es más: el uso del diminutivo en contextos urbanos era un arcaísmo oriundo del mundo rural, "una supervivencia […] cuyas huellas no consiguió borrar aún el cosmopolitismo de nuestros días".[53]

Los orígenes específicamente rurales del hombre cordial son realzados en toda línea. El progreso es, más que nada, la urbanización, o sea, la difusión de la sociabilidad impersonal de las ciudades. En el pasaje en que se caracterizaba la cordialidad –corazón del quinto capítulo de 1936 y abertura del ensayo de 1935– pasa a sentirse en 1948 la presencia de la "revolución" discutida en el capítulo final, toda vez que el carácter nacional ahora es una función de un mundo arcaico que se desmaterializa:

> Ya se ha dicho, con feliz expresión, que la aportación brasileña a la civilización va a ser la cordialidad –le daremos al mundo el hombre cordial–. La llaneza en el trato, la hospitalidad, la generosidad, virtudes tan ponderadas por los extranjeros que nos visitan, constituyen, en efecto, un rasgo definido del carácter brasileño, al menos en la medida en que se conserva activa y fecunda la influencia ancestral de los patrones de convivencia humana formados en el ambiente rural y patriarcal.[54]

[51] *Idem.*
[52] Para las subsecuentes ambivalencias del autor con la sociología universitaria, consúltese Dalton Sanches, "Sérgio Buarque de Holanda e o mal-estar da profissionalização: entre o ensaio e a diferença (1948-1959)", *Revista História*, n° 181, 2022.
[53] Sérgio Buarque de Holanda, *Raíces del Brasil*, traducción de Ernestina de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 134. Original en Sérgio Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 2ª ed., Río de Janeiro/San Pablo, Livraria José Olympio Editora, 1948, p. 217.
[54] *Ibid*., pp. 131-132.

La tercera edición del libro daría el golpe de gracia en el hombre cordial: ya no pasaba de un "pobre difunto" en un mundo que se urbanizaba exponencialmente.[55]

La cúspide de la evanescencia y disolución de la singularidad cordial es el añadido de una nota al pie en el quinto capítulo, justo después de la frase sobre la "contribución brasileña a la civilización". El motivo ostensivo de la nota es una polémica de Buarque de Holanda con el escritor Cassiano Ricardo, quien había discrepado marginalmente con el autor de *Raíces del Brasil*, en 1940, al sugerir que la verdadera singularidad nacional sería la "bondad", no la "cordialidad".[56]

Buarque de Holanda –que en esa ocasión aclara que la expresión "hombre cordial" había surgido en una carta de Ribeiro Couto a Alfonso Reyes publicada por este en *Monterrey*– reacciona afirmando que existe una total incompatibilidad entre cordialidad y bondad, presuntamente ya implícita en 1936. En un par de frases capitales de la revisión de *Raíces del Brasil*, el autor redefine la cordialidad como enemistad y amistad a la vez:

> debe añadirse que esa cordialidad, extraña por un lado a todo formalismo y a toda convención social, no abarca, por otro, como no sea obligadamente, sentimientos positivos y de *concordia*. La enemistad bien puede ser tan *cordial* como la amistad, puesto que una y otra nacen del *corazón*, y proceden así de la esfera de lo íntimo, lo familiar, lo privado.[57]

En seguida, el autor despliega la nueva cita, todavía sin referencia bibliográfica, de *El concepto de lo político*:

> La amistad, desde que abandona el ámbito circunscrito por los sentimientos privados o íntimos, pasa a ser, cuando mucho, benevolencia, puesto que la vaguedad del vocablo admite una mayor extensión del concepto. Así como la enemistad, siendo pública o política, no *cordial*, se llamará con más precisión hostilidad. La distinción entre enemistad y hostilidad fue formulada de modo claro por Karl [*sic*] Schmitt recurriendo al léxico latino: "*Hostis* is est cum quo publice bellum habemus [...] in quo ab*inimico* differt, qui est is, quocum habemus privata odia".[58]

No solo se diluía la singularidad nacional; también se relegaba expresamente la cordialidad a la esfera privada. Brasil ya no era excepcional, como se admitiría –¿o aclararía?– en el "Apéndice" de la tercera edición: "No pretendo que seamos mejores, o peores, que otros pueblos".[59] Las "necesidades específicas" de la sociedad, a las cuales el Estado debía dar forma (expresión

[55] Sérgio Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 3ª ed., Río de Janeiro/San Pablo, Livraria José Olympio Editora, 1956, p. 31.
[56] Consúltese Cassiano Ricardo, *Marcha para Oeste: a influência da "bandeira" na formação social e política do Brasil*, Río de Janeiro, Livraria José Olympio Editora, 1940, p. 213.
[57] Buarque de Holanda, *Raíces del Brasil*, p. 132. El original, en el que se dice correctamente "Carl Schmitt", en Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 2ª ed., p. 214.
[58] *Ibid*., p. 214; consúltese Buarque de Holanda, *Marginalia a Carl Schmitt*, *Der Begriff des Politischen*, p. 11.
[59] Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 3ª ed., p. 313. En una entrevista al fin de su vida, Buarque de Holanda observaría que "he sido muy criticado" por la "cuestión del hombre cordial", añadiendo que la exclusión del mencionado "Apéndice", ya a partir de la cuarta edición (1963), había atendido a una sugerencia de Antonio Candido en el sentido de reducir la visibilidad de la polémica con Cassiano Ricardo. Sérgio Buarque de Holanda, "Corpo e alma do Brasil: entrevista de Sérgio Buarque de Holanda" (Laura de Mello e Souza *et al*.), *Novos Estudos CEBRAP*, n° 69, julio de 2004 [1981], p. 10.

nunca extinguida en el párrafo final), evidentemente ya no podían ser una política de baja intensidad predicada en la amistad.

Octavio Paz observó en *El ogro filantrópico* que, en un Estado patrimonial, el cuerpo de funcionarios forma "una gran familia política ligada por vínculos de [...] amistad".[60] Esas palabras nos acercan al problema político del *Raíces del Brasil* revisado. Desde 1936 el libro afirmaba, con Max Weber, que Brasil tenía un Estado patrimonial regido por relaciones personales y no por reglas impersonales. En 1948, no obstante, ese diagnóstico adquiere otro alcance con la alteración de sentido de la cordialidad.

El Estado cordial ya no era una solución, por no ser violento; resultaba el problema, por ser patrimonialista. La democracia era un antiguo malentendido en Brasil (otra expresión preservada que adquiere nuevo sentido) no por una insistencia en el liberalismo que destruyó el todavía fecundo personalismo, sino porque el Estado usaba el liberalismo y otras doctrinas para conservar, vía patrimonialismo, el legado rural y cordial.

No por otra razón la revolución urbanizadora, tratada en el libro de 1936 a través de referencias en participio pasado, en 1948 es reactivada y abordada en tiempo presente. Antes se procedía de las raíces ibéricas al discernimiento y cultivo de una personalidad cordial; ahora se iba, a la inversa, de la deformidad cordial a la urgente reforma de las raíces ibéricas. En una nueva frase de inmenso valor metafórico, el autor indicaba: "La sociedad estuvo mal formada, en esta tierra, desde sus raíces".[61]

El sentido de la crítica radical –etimológicamente, una crítica de las raíces– era una revolución definida como vertical. Se tacha ahora todo el pasaje del séptimo capítulo que remitía al conde de Keyserling y la no proclividad brasileña a la rebelión. Son citadas, en cambio, las palabras de Herbert Smith, un naturalista estadunidense que viajó por Brasil en el siglo XIX. Su razonamiento es altamente propicio para las expandidas metáforas botánicas de la segunda edición de *Raíces del Brasil*: "El ideal sería una revolución buena y honrada. Una revolución vertical que sacara a flote elementos más vigorosos, destruyendo para siempre a los viejos e incapaces".[62]

Buarque de Holanda indica que esa transformación debía hacerse bajo el liderazgo de las clases trabajadoras y sin demasiada intensidad de oposición entre amigos y enemigos: "vendrá plácidamente y tendrá como remate la amalgama, no la expurgación, de las capas superiores".[63] Si en 1936 la nota dominante de "Nuestra revolución" era una transformación social centrada en la urbanización que no superaba –o no superaba de una vez– la vieja política, en 1948 el proceso se reencamina hacia una expresión política nueva, con el ascenso de las clases populares.

Al destacar en 1948 el no empleo de la violencia en ese proceso revolucionario, el autor podía estar siendo, él mismo, cordial a la vieja usanza del predominio de la amistad. Además de eso, no resuelve una cuestión especialmente intrigante: las ediciones de 1948 y 1956 registran la aceleración de la urbanización y afirman que la cordialidad (expresada tanto por la

[60] Octavio Paz, *El ogro filantrópico: historia y política (1971-1978)*, México, Joaquín Mortiz, 1979, p. 91.
[61] Smith *apud* Buarque de Holanda, *Raíces del Brasil*, p. 165. Nótese cómo esta frase, procedente de un libro de Herbert Smith, adquiere densidad en la traducción de Buarque de Holanda: "Society here was wrongly constituted in the outset", decía el original. Herbert H. Smith, *Brazil: The Amazons and the coast*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1879, p. 476.
[62] Smith *apud ibid*., p. 165.
[63] Smith *apud ibid*., *loc. cit*.

enemistad como por la amistad) tiende a desaparecer con ese proceso. ¿Querría Buarque de Holanda decir que el concepto normal –schmittiano– de lo político desaparecería con la urbanización? Quizás la política progresista del Buarque de Holanda de 1948 apuntara hacia una nueva primacía de la amistad.

Más importante que plantear paradojas es reconocer que esa política estaba marcada por un mayor grado de antagonismo. En el *Raíces del Brasil* de 1948, y en adelante, la historia progresista se abre al antagonismo, reemplazando la tónica de 1936 en la identidad cordial, que privilegiaba la amistad.[64] Nunca hay, con todo, aquella posibilidad de intensificación de la enemistad hasta el conflicto civil, de la definición schmittiana.[65]

Desde luego, esa política progresista no era para nada limitada al Estado. Al revés: suponía una toma del Estado por las masas con vistas a la instauración de una democracia popular. A partir del viraje progresista de *Raíces del Brasil* se puede decir que la política sale de la esfera del Estado.

Schmitt, precisamente, había notado (en un extracto de *El concepto de lo político* ausente de la edición llamada "nazi", de 1933, leída por Buarque de Holanda) que "la ecuación estatal = político se vuelve incorrecta e induce a error en la precisa medida en la que Estado y sociedad se interpenetran recíprocamente".[66] No era otro el sentido de la revolución vertical que libertaba el país del patrimonialismo, llevaba el pueblo al poder, instituía una democracia efectiva e imbuía al Estado de un programa afín a la realidad nacional. La idea de que "el pueblo no se equivoca" ya no podía ser una pretensión limitada a los "declamadores liberales", y no por otra razón ese extracto de 1936 es tachado en 1948.

Todo ese proceso nada tenía de singularmente brasileño. La superación de las supervivencias coloniales por revoluciones populares era una tendencia general en Latinoamérica. Esto reza un extracto añadido en 1948:

> Es inevitable pensar que los acontecimientos de los últimos decenios, en varios países de América Latina, se orientan francamente en ese sentido. Más patente en aquellos donde prevaleció una mayor estratificación social –en México pese a vacilaciones e intermitencias, desde 1917; en Chile desde 1925– parece cierto, con todo, que el movimiento no es puramente circunstancial o local, sino que se desarrolla, al contrario, con la coherencia propia de un programa previamente trazado.[67]

La existencia de peculiaridades nacionales se explicaba únicamente por los distintos grados de avance a lo largo del camino común desde el conservadurismo apegado al legado colonial

[64] Retomo aquí los términos contrapuestos en José Ortega y Gasset, "Historia como sistema", en J. Ortega y Gasset, *Obras completas: tomo VI (1941-1955)* [1935], Fundación José Ortega y Gasset (ed.), Barcelona, Penguin Random House, 2017.

[65] El que Schmitt definiera la política como distinción amigo-enemigo no significa que hubiese sido automáticamente entusiasta de las formas exacerbadas de esa distinción. En ese sentido, la mitigación del antagonismo en Buarque de Holanda no es necesariamente incompatible con *El concepto de lo político*. Consúltese, al respecto, Luiz Feldman, "Recensión de Miguel Saralegui: The politics of time: introduction to Carl Schmitt's political thought", *Revista de Estudios Políticos*, n° 200, abril-junio de 2023; y Miguel Saralegui, *The politics of time: introduction to Carl Schmitt's political thought*, Santander, Cantabria University Press, 2021.

[66] Schmitt, *El concepto de lo político*, p. 55.

[67] Buarque de Holanda, *Raíces del Brasil*, pp. 165-166. Original en Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 2ª ed., p. 272.

hasta el progresismo defensor de la emancipación popular. Si México y Chile estaban más adelante, Perón y Vargas estorbaban la carrera de sus países por la sobrevida que el totalitarismo había permitido al viejo personalismo. Dice el autor en 1948:

> No es otro, sin duda, el significado de las victorias electorales últimamente alcanzadas, en Brasil y en Argentina, por las masas de trabajadores, aunque su articulación haya sido aprovechada y en gran parte alimentada por fuerzas retrógradas, representativas del viejo caudillismo platense. Fuerzas que, a su vez, pudieron manifestarse sin gran inconveniente gracias al estímulo y a las posibilidades que les proporcionaron los modelos totalitarios de Europa.[68]

Ya no cabe ensalzar la modulación por el posesivo, sino por el sustantivo: nuestra *revolución.* (Alternativamente, el "nuestra" se vuelve un colectivo regional). La historia brasileña podía haber sido más o menos peculiar, pero el mensaje político de *Raíces del Brasil* apunta hacia un desafío progresista común.

***

En el *Raíces del Brasil* de los años 1930, la excepcionalidad cordial dictaba un Estado y una sociedad adversos a la enemistad; en los años 1940 y 1950, la cordialidad, desdibujada en la experiencia nada inusual de amistad y enemistad, debía ceder el paso a la forma política de una democracia popular, modo de religar, bajo el signo del progreso, al Estado con la sociedad. Ese fue el cambio en la ecuación siempre postulada por Sérgio Buarque de Holanda, lector de Carl Schmitt, entre identidad nacional y mensaje político, antropología y doctrina de Estado. A lo largo de la historia de *Raíces del Brasil*, incluidos preludios y apéndices, cordialidad brasileña y progresismo latinoamericano fueron términos incompatibles: aquella volvía inaplicable el concepto schmittiano de lo político; este lo ponía de relieve, aunque con baja intensidad, es decir, Buarque de Holanda admitía los beneficios de los antagonismos sociales y políticos sin creer inevitable ni deseable el corolario de la exacerbación de la enemistad hasta el conflicto civil. La "peligrosidad" del hombre, neutralizada en la cordialidad, al fin se mantendría en niveles tolerables en la democracia popular. Así, el concepto de lo político en *Raíces del Brasil* admite, siempre, alguna medida de acomodación, aun (o especialmente) cuando se manifieste la enemistad.

Raíces del Brasil fue hijo de su tiempo y la marca de origen no enorgullecía al autor, quien pretendió evadirse, en su fase de madurez, de la expresión ensayística.[69] Ese cambio se asocia a factores como el uso de su primer libro como materia prima de la ideología del Estado Novo varguista y a su nueva perspectiva institucional con el desplazamiento de Río de Janeiro a San Pablo en 1946.[70] Tales razones externas, por decirlo así, pueden arrojar luz sobre los cambios en el texto; contrastan con cierta visión heroica de la biografía del autor que encuadró largamente

[68] *Ibid*., p. 166. Original en Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, 2ª ed., p. 272.
[69] Tomo la expresión de Francisco Gil Villegas, *Los profetas y el mesías: Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el* Zeitgeist *de la modernidad (1900-1929)*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 401.
[70] Esos factores se discuten, respectivamente, en: Luiz Feldman, *Clássico por amadurecimento*; y Robert Wegner, "A montanha e os caminhos: Sérgio Buarque de Holanda entre Rio de Janeiro e São Paulo", *Revista Brasileira de História*, vol. 36, 2016.

la comprensión de su obra a partir de la idea de una coherente defensa de ideales progresistas. Aquí he privilegiado, empero, la comprensión de los cambios en el texto en sí: ojalá iluminen algo sobre los cambios de perspectiva del autor. En sus revisiones, el autor de *Raíces del Brasil* tachó algunas referencias, como a Freyre, buscó invertir el sentido de otras, como en el caso de Schmitt –y quedó rehén del espectro de todas–. La verdad es que, en lugar de revisar, era necesario tomar distancia del ensayo. Pese a lo que sugirió en "Novos rumos da sociologia", su insatisfacción no lo condujo a la sociología. Se desplazaría más bien a la historia.

Ahí, en el tema de la formación territorial sudamericana hasta el siglo XVIII, Buarque de Holanda encontraría un campo de estudios propicio para su interés en resaltar la dinámica del conflicto. Grandes obras de madurez, como *Monções*, de 1945, *Caminhos y fronteiras*, de 1957, y *O extremo Oeste*, de mediados de los años 1960, compondrán un cuadro de emergencia de aptitudes guerreras y expansivas de los paulistas, es decir, americanas, en oposición al sedentarismo de fondo ibérico de los luso-brasileños de la costa.[71] En su último gran libro de investigación, *Do Império à República*, de 1972, subrayará la inestabilidad política del régimen monárquico contra la línea predominante en la historiografía, asentada en la imagen de una excepcional placidez de la historia brasileña frente a Hispanoamérica. Atribuirá una incidencia de conflictos civiles comparativamente baja en Brasil a un interés conciliatorio entre élites que controlan patrimonialmente la vida política. Solo "optimistas", dice en su ya antiguo tono de distancia crítica, encontrarían la explicación de la aversión al conflicto "en la bondad y en la templanza cordial que distinguirían el carácter nacional brasileño".[72] Para Buarque de Holanda, dejar de lado el ensayismo no involucró solo el reemplazo de la búsqueda de identidad cordial por la de una historia progresista, sino también una profundización de la noción antagónica de lo político a través de la misma narrativa histórica. Pero esa es otra historia. □

Bibliografía

Adorno, Theodor W., "El ensayo como forma", en T. W. Adorno, *Notas sobre literatura*. Madrid, Akal, 2013, pp. 11-34.

Buarque de Holanda, Sérgio, "Corpo e alma do Brasil", Espelho, n° 1, marzo de 1935, pp. 14-53.

——, "Corpo e alma do Brasil", en M. Costa (coord.), Sérgio Buarque de Holanda: escritos coligidos: Livro 1: 1920-1949, San Pablo, Editora da Unesp/Fundação Perseu Abramo, 2011, pp. 59-78.

——, "Corpo e alma do Brasil", en S. Buarque de Holanda, Raízes do Brasil, L. M. Schwarcz y R. B. de Araújo (coords.), San Pablo, Companhia das Letras, 2006, pp. 480-493.

——, "Corpo e alma do Brasil", Revista do Brasil, 3, n° 6, 1987, pp. 32-42.

——, "Corpo e alma do Brasil: entrevista de Sérgio Buarque de Holanda" (Laura de Mello e Souza et al.), Novos Estudos CEBRAP, n° 69, julio de2004 [1981], pp. 3-14.

——, Do Império à República, San Pablo, Difusão Europeia do Livro, 1972 (História Geral da Civilização Brasileira, tomo II, volumen V).

[71] Consúltese Luiz Feldman, *Mar e sertão: ensaio sobre o espaço no pensamento brasileiro*, Río de Janeiro, Topbooks, 2023.
[72] Sérgio Buarque de Holanda, *Do Império à República*, San Pablo, Difusão Europeia do Livro, 1972, p. 326 (História Geral da Civilização Brasileira, tomo II, volumen V).

——, Marginalia a Carl Schmitt, Der Begriff des Politischen, Hamburgo, Hanseatische Verlagsanstalt A.-G., 1933.

——, Marginalia a Carl Schmitt, Politische Theologie: Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität, Múnich/Leipzig, Verlag von Duncker & Humblot, 1934.

——, "Novos rumos da sociologia", en M. Costa (coord.), Sérgio Buarque de Holanda: escritos coligidos: Livro 1: 1920-1949, San Pablo, Editora da Unesp/Fundação Perseu Abramo, 2011, pp. 513-517.

——, "O Estado totalitário", en F. de Assis Barbosa (coord.), S. Buarque de Holanda, Raízes de Sérgio Buarque de Holanda, Río de Janeiro, Rocco, 1988, pp. 298-301.

——, Raíces del Brasil, traducción de Ernestina de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.

——, Raízes do Brasil, Río de Janeiro, Livraria José Olympio Editora, 1936.

——, Raízes do Brasil, Río de Janeiro/San Pablo, Livraria José Olympio Editora, 1948.

——, Raízes do Brasil, Río de Janeiro/San Pablo, Livraria José Olympio Editora, 1956.

——, Raízes do Brasil, Brasilia, Editora Universidade de Brasília, 1963.

——, Raízes do Brasil, ed. crítica, L. Schwarcz y P. M. Monteiro (coords.), San Pablo, Companhia das Letras, 2016, pp. 431-438.

Candido, Antonio, "Sérgio Buarque de Holanda – Cobra de vidro – Martins – 1944", *Clima*, n. 13, agosto de 1944, p. 71.

——, "O significado de *Raízes do Brasil*", en S. Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, ed. crítica, L. Schwarcz y P. M. Monteiro (coords.), San Pablo, Companhia das Letras, 2016, pp. 355-370.

Cardoso, Fernando Henrique, "Raízes democráticas de Sérgio Buarque", *Folha de S. Paulo* (Ilustríssima), 7 de julio de 2016, p. 3.

Costa Lima, Luiz, "A pouco cordial cordialidade", *Revista USP*, n° 110, 2016, pp. 107-114.

Eugenio, João Kennedy, "Entre totem e tabu: o processo de *Raízes do Brasil*", en S. Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil,* ed. crítica, L. Schwarcz y P. M. Monteiro (coords.), San Pablo, Companhia das Letras, 2016, pp. 431-437.

Feldman, Luiz, *Clássico por amadurecimento: estudos sobre* Raízes do Brasil, Río de Janeiro, Topbooks, 2016.

——, "Contraponto e revolução em *Raízes do Brasil*", en S. Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, ed. crítica, L. Schwarcz y P. M. Monteiro (coords.), San Pablo, Companhia das Letras, 2016, pp. 439-448.

——, *Mar e sertão: ensaio sobre o espaço no pensamento brasileiro*, Río de Janeiro, Topbooks, 2023.

——, "Recensión de Miguel Saralegui: The politics of time: introduction to Carl Schmitt's political thought", *Revista de Estudios Políticos*, n° 200, abril-junio de 2023, pp. 312-316.

Freyre, Gilberto, *Casa-grande & senzala: formação da família brasileira sob o regime da economia patriarcal*, Río de Janeiro, Maia e Schmidt, 1933.

Martins, André Jobim, "O espírito e o lugar: sobre o significado da 'Nossa revolução' em *Raízes do Brasil* (1936)", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 37, n° 108, 2022, pp. 1-25.

Mata, Sérgio da, "Tentativas de desmitologia: a revolução conservadora em *Raízes do Brasil*", *Revista Brasileira de História*, vol. 36, n° 73, 2016, pp. 63-87.

——, "Todos os caminhos levam a Plettenberg? Reflexões a partir da edição crítica de *O conceito do político*", *Anos 90 – Revista do Programa de Pós-Graduação em História (UFRGS)*, vol. 27, 2020, pp. 1-4.

Monteiro, Pedro Meira, *Signo e desterro: Sérgio Buarque de Holanda e a imaginação do Brasil*, Campinas, Hucitec, 2015.

Ortega y Gasset, José, "Historia como sistema", en J. Ortega y Gasset, *Obras completas: tomo VI (1941-1955)*, Fundación José Ortega y Gasset (ed.), Barcelona, Penguin Random House, 2017 [1935].

Paz, Octavio, *El ogro filantrópico: historia y política (1971-1978)*, México, Joaquín Mortiz, 1979.

Ribeiro, João, *A língua nacional: notas aproveitáveis*, San Pablo, Companhia Editora Nacional, 1933.

Ricardo, Cassiano, *Marcha para Oeste: a influência da "bandeira" na formação social e política do Brasil*, Río de Janeiro, Livraria José Olympio Editora, 1940.

Saralegui, Miguel, *The politics of time: introduction to Carl Schmitt's political thought*, Santander, Cantabria University Press, 2021.

Sanches, Dalton, "Sérgio Buarque de Holanda e o mal-estar da profissionalização: entre o ensaio e a diferença (1948-1959)", *Revista História*, n° 181, 2022, pp. 1-30.

Schlegel, Rogerio, "*Raízes do Brasil*, 1936: o estatismo orgânico como contribuição original", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 32, n° 93, 2017, pp. 1-37.

Schmitt, Carl, *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.

——, *Teología política*, Madrid, Editorial Trotta, 2009.

Schwarcz, Lilia y Pedro Meira Monteiro, "Uma edição crítica de *Raízes do Brasil*: o historiador lê a si mesmo", en S. Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, ed. crítica, L. Schwarcz y P. M. Monteiro (coords.), San Pablo, Companhia das Letras, 2016, pp. 11-26.

Smith, Herbert H., *Brazil: The Amazons and the coast*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1879.

Strauss, Leo, "Notes on Carl Schmitt, 'The concept of the political'", en C. Schmitt, *The concept of the political*, Chicago, Chicago University Press, 2007, pp. 97-122.

Villegas M., Francisco Gil, *Los profetas y el mesías: Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el* Zeitgeist *de la modernidad (1900-1929)*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1996.

Waizbort, Leopoldo, "*Raízes do Brasil*: inércia e transformação lenta", en S. Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, ed. crítica, L. Schwarcz y P. M. Monteiro (coords.), San Pablo, Companhia das Letras, 2016, pp. 465-470.

Walter, Marco, "Einführung", en C. Schmitt, *Der Begriff des Politischen: Synoptische Darstellung der Texte*, Berlín, Duncker & Humblot, 2018, pp. 7-33.

Wegner, Robert, "A montanha e os caminhos: Sérgio Buarque de Holanda entre Rio de Janeiro e São Paulo", *Revista Brasileira de História*, vol. 36, 2016, pp. 111-133.

Zarria, Santiago M., Günter Maschke, "El concepto de lo político de Carl Schmitt. Versión de 1927", *Res Publica*, vol. 22, n° 1, 2019, pp. 259-289.

Resumen / Abstract

El concepto de lo político en *Raíces del Brasil*
El artículo aborda los cambios del ensayo clásico de Sérgio Buarque de Holanda, *Raíces del Brasil*, desde la perspectiva de su diálogo crítico con la obra del jurista alemán Carl Schmitt, y en particular con *El concepto de lo político*. Argumenta que, en su primera edición (1936), el libro adopta la premisa schmittiana de un vínculo entre antropología y doctrina política a la vez que afirma que Brasil es un caso peculiar en que la política schmittiana de amigo vs. enemigo no se aplica, debido a la marca cordial del carácter nacional. De la segunda edición (1948) en adelante, Buarque de Holanda redefine la cordialidad abarcando tanto enemistad como amistad, de modo que ya no se aplica la excepcionalidad y el antagonismo social puede generar una política progresiva. En la historia de *Raíces del Brasil*, identidad cordial e historia progresista son acentos sucesivos e incompatibles.

Palabras clave: Sérgio Buarque de Holanda - Carl Schmitt - *Raíces del Brasil* - *El concepto de lo político* - Cordialidad

The concept of the political in *Roots of Brazil*
This article approaches changes to *Roots of Brazil*, the classic essay by Sérgio Buarque de Holanda, from the perspective of its critical dialogue with the work of German jurist Carl Schmitt, especially with *The Concept of the Political*. It argues that, in its first edition (1936), the book adopts Schmitt's premise of a link between anthropology and political doctrine while affirming that Brazil is a peculiar case in which the Schmittian politics of friend vs. enemy does not hold due to the cordial pattern of national character. From the second edition (1948) onward, cordiality is redefined by Buarque de Holanda as both amity and enmity, whereby that exceptionalism no longer applies, and social antagonism can generate progressive politics. In the history of *Roots of Brazil*, cordial identity and progressive history are successive and incompatible emphases.

Keywords: Sérgio Buarque de Holanda - Carl Schmitt - *Roots of Brasil* - *The concept of the political* - Cordiality

Fecha de presentación del original: 26/06/2023
Fecha de aceptación del original: 21/10/2023

Camila O' Gorman *sin escena*

*Las tramas de la censura teatral en Buenos Aires y Montevideo, 1856-1857**

Alejandro Eujanian** y Luz Pignatta***

Universidad Nacional de Rosario

La historia es conocida. El 12 de diciembre de 1847 dos jóvenes que se habían involucrado en una relación de amor prohibido huyeron de Buenos Aires con destino desconocido. Ella pertenecía a una familia de la élite porteña. Él era un sacerdote nacido en Tucumán y sobrino del gobernador de esa provincia, que había llegado a la ciudad como párroco de la iglesia del Socorro. Unos días después, el provisor de la diócesis y el obispo creyeron conveniente informar de la fuga de Camila O'Gorman y Uladislao Gutiérrez al gobernador Juan Manuel de Rosas. Adolfo O'Gorman, el padre de Camila, hizo lo mismo. Los tres justificaban su demora en la notificación y reclamaban, en nombre de la familia y de la Iglesia, la búsqueda de los amantes y su castigo ejemplar por haber cometido el "acto más atroz y nunca oído en el país".[1] También los opositores del gobernador, desde su exilio en Montevideo y en Chile, reclamaban castigo por un acto que a su juicio era testimonio de la degradación moral que se había producido en Buenos Aires. Entre ellos Valentín Alsina, que denunciaba "el crimen escandaloso" y se preguntaba "¿Hay en la tierra castigo bastante severo para el hombre que así procede?".[2] Rosas dispuso entonces la búsqueda de los amantes para que fueran remitidos a Buenos Aires.

El 16 de junio de 1848, un sacerdote cercano a la familia O'Gorman, Miguel Ganón, los reconoció en una fiesta celebrada en la ciudad de Goya, en la provincia de Corrientes. Fueron delatados, detenidos y trasladados al campamento militar de Santos Lugares, en las afueras de la ciudad de Buenos Aires. El gobernador utilizó la suma del poder público que le había otorgado la legislatura para ordenar su fusilamiento. Se le habría comunicado que Camila estaba embarazada. Fue en vano. Ambos jóvenes fueron ejecutados el 12 de agosto de 1848. Según

* Agradecemos los aportes, comentarios y sugerencias de Ana Clarisa Agüero, Elsa Caula, Alejandra Laera e Ignacio Martínez, y también las observaciones realizadas por los evaluadores anónimos en el proceso de publicación de este artículo.

** aeuja@live.com.ar. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6162-1781>

*** luzpignatta@gmail.com

[1] Adolfo O'Gorman al gobernador de la provincia de Buenos Aires, "Documento sobre la desaparición de C. O'Gorman con el clérigo Gutiérrez", 21 de diciembre de 1847, Buenos Aires, en *Compilación de leyes, decretos y demás deposiciones de carácter público dictadas en la provincia de Córdoba*, t. VII, Córdoba, Imprenta Rivas, 1881, p. 833.

[2] Valentín Alsina, *El Comercio del Plata*, 5 de enero de 1848, en M. Bilbao, *Vindicación y memorias de don Antonino Reyes*, t. I, Buenos Aires, Imprenta del Porvenir, 1883, pp. 355-356.

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1465

testigos, Camila murió después de dos descargas del pelotón de fusilamiento. Los opositores al régimen acusaron a Rosas de haber "engrosado la lista de los grandes crímenes" con un acto "sangriento y atroz": la ejecución de "una niña cumplida, un clérigo, un niñito".[3] Camila se fue convirtiendo así en una víctima del terror rosista, y el crimen fue interpretado como el comienzo del fin de la tiranía.[4]

Desde la derrota de Rosas en 1852, la historia de Camila ha perdurado en la memoria social como testimonio de la barbarie del régimen rosista, a través de su frecuente representación en la literatura, el teatro y el cine.[5] Por ello, llama la atención el caso de *Camila O'Gorman*, una obra de teatro de 1856 a la que la censura impidió su estreno en diversas ocasiones ¿Cuáles fueron los motivos por los que una historia en la que se acusaba al exgobernador de haber cometido un crimen infame que todos repudiaban fuera prohibida primero en Buenos Aires y luego en Montevideo?

La obra se basó en la novela escrita en 1856 por Felisberto Pelissot, un francés que había llegado a la ciudad pocos años antes.[6] Dicha novela fue traducida al español y adaptada para el teatro por Heraclio Fajardo, un joven periodista uruguayo filiado al Partido Colorado que había emigrado a Buenos Aires en 1855 por cuestiones políticas.[7] Se trataba de una versión polémica de la historia que no logró ser estrenada en el teatro, pero que circuló a través de su publicación como libro ese mismo año y de su reedición en 1862.[8] En este artículo nos detenemos en las diversas circunstancias que confluyeron en el fallido estreno de la obra de teatro en 1856 en Buenos Aires y en 1857 en Montevideo.

[3] Las citas entrecomilladas provienen, respectivamente, de: Domingo F. Sarmiento, "Camila O'Gorman (crónica del 26 de agosto de 1849)", en D. F. Sarmiento, *Obras Completas*, t. VI, Buenos Aires, Lajouane, 1887, p. 208; Hilario Ascasubi, "Lamentos de Donato Jurao á la bárbara fusilacion de la joven Camila OGorman y su seductor" (sic), fechado el 20 de agosto de 1848, en H. Ascasubi, *Trovas de Paulino Lucero, o colección de poesías campestres desde 1833 hasta el presente*, t. II, Buenos Aires, Imprenta de la Revista, 1853; y Sarmiento, "Camila", p. 212.

[4] Para un análisis sobre los relatos del caso en el contexto de los acontecimientos, Leila Area, *Una biblioteca para leer la nación. Lecturas de la figura Juan Manuel de Rosas*, Rosario, Beatríz Viterbo, 2007.

[5] Si bien la historia tuvo diversas adaptaciones durante los siglos XIX y XX, fue la película *Camila* de María Luisa Bemberg en 1984 la que la revitalizó al ponerla en diálogo con el contexto posdictatorial y con las lecturas feministas del personaje.

[6] Su nombre original era Philibert Adrien Pélissot, nacido, probablemente, en Salón-de-Provence el 21 de agosto de 1801. Conjeturalmente, le corresponden algunas intervenciones en la prensa marsellesa de la década de 1840. Por una solicitud de subsidio de 1848, sabemos que se define como "écrivain, feuilletoniste dramatique et muscial". En 1853 está en Buenos Aires, donde publica las tres obras de las que hay registro. En 1857, participa en Tucumán de la fundación del colegio de San Miguel junto con Labougle y Laurindo Lapuente, y al poco tiempo vuelve a Francia. Muere en Marsella en 1879. Agradecemos a Vicente Tuset Mayoral (IECH-UNR-CONICET) por recuperar la escasa información disponible sobre el autor.

[7] Heraclio Fajardo nació en Villa de San Carlos en la República Oriental del Uruguay el 30 de octubre de 1833. Durante los años de la guerra civil rioplatense su familia emigró a Brasil. Producida la derrota de Oribe, aliado de J. M. de Rosas, regresó a Montevideo donde fue redactor de periódicos filiados al opositor Partido Colorado. Los conflictos políticos de 1855 en Uruguay lo llevaron a migrar a Buenos Aires donde fundó el periódico literario *El Recuerdo*. Retornó a su país en 1857 y dirigió *El Eco Uruguayo*. En los años siguientes, además de artículos en la prensa, publicó *Arenas del Uruguay* (poemas), la leyenda *Cruz de Azabache* y el drama *La indígena*. Falleció en Chivilcoy el 1° de enero de 1868. José María Torres Caicedo, "Heraclio Fajardo" (1863), en J. M. Torres Caicedo, *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales publicistas, historiadores, poetas y literatos de la América Latina*, París, Braudry Librería Europea, 1868.

[8] La única representación de la que tenemos noticia se produjo en Córdoba el 12 de julio de 1873 y, dado el éxito, se repitió la función el día 20. Efraín Bischoff, *Tres siglos de teatro en Córdoba (1600-1900)*, Córdoba, Imprenta de la UNC, 1961, p. 193.

En el contexto político en el que Buenos Aires se constituía como un Estado liberal soberano, que buscaba tanto distanciarse de la tiranía de Juan Manuel de Rosas como diferenciarse del gobierno de la Confederación Argentina, Fajardo acusó a los herederos del rosismo como responsables de la prohibición. Sin embargo, un significado menos evidente surge de un corpus que recoge las voces de una diversidad de actores involucrados en el debate sobre la obra, que deriva en el de las normas e instituciones que debían regular la actividad teatral: autoridades eclesiásticas y municipales, familiares, escritores y prensa. A través del análisis del acontecimiento, pretendemos reconstruir los contextos pertinentes e interactuantes de una particular trama compuesta de tensiones preexistentes: entre clericalismo y anticlericalismo, libertad y orden, gobierno e Iglesia, presente y pasado reciente, lo público y lo privado.[9]

De la novela al teatro: los enigmas de Camila O'Gorman

En 1856 Felisberto Pelissot publicó la novela *Camila O´Gorman,* traducida y prologada por Heraclio Fajardo, director del periódico *El recuerdo*, en el que comenzó a salir como folletín. A fines de 1857, su autor lanzó una nueva edición, pero ya sin Fajardo, con el que había tenido un conflicto con motivo de la comercialización de la primera edición.[10] Después de la publicación de *Buenos Aires ante la Europa; su actualidad, sus cosas y sus hombres* en 1858, poco se sabe de Pelissot y su nombre se hubiera perdido definitivamente para la literatura argentina o francesa si no fuera por las reediciones de su *Camila* hasta mediados del siglo XX.[11] Fue con esa historia de amor trágico con la que alcanzó un efímero reconocimiento, que lo instaló brevemente en un primer canon de la novela argentina: la *Antología* que escribió su amigo Juan E. Labougle en 1856. Su autor consideraba que *Camila O'Gorman* de Pelissot*, La novia del hereje* de V. F. López, *Amalia* de José Mármol y *Soledad* de Mitre alcanzaban la forma más moderna de la literatura, cuya función era producir "instrucción, moralización y placer".[12]

La novela se inscribe así en un registro de lectura de la época orientado a lectoras que se inclinaban por "historias de heroínas crepusculares asediadas por aristócratas, en castillos me-

[9] La idea de que los significados de un acontecimiento no son transparentes, sino que, más allá de lo que afirmen los protagonistas, deben ser descifrados a través de sus contextos pertinentes e interactuantes, surge de la lectura de Carlo Ginzburg *Historias nocturnas*, Barcelona, Muchnik, 1991, p. 188; y Dominick LaCapra, "Repensar la historia intelectual y leer textos", en E. J. Palti, *"Giro lingüístico" e historia intelectual*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

[10] Se trató de una edición con notables modificaciones que incorporó "el folleto histórico del Comercio del Plata" que había escrito en 1848 Valentín Alsina, gobernador de Buenos Aires desde mayo de 1857; el apéndice titulado "Capricho retrospectivo", que agrega nuevas páginas al falso diario que Camilla habría escrito en Goya y las "filiaciones" de los prófugos. Por otra parte, no hay referencia a Francisco López, coautor en la primera edición, ni a Heraclio Fajardo como traductor. Felisberto Pelissot, *Camila O'Gorman*, Buenos Aires, Imprenta de las Artes, 1857. En este trabajo utilizaremos la primera edición de 1856: Felisberto Pelissot, *Camila O'Gorman*, Buenos Aires, Imp. Americana, 1856. Sobre el conflicto con Fajardo, véase: Hebe Molina, *Cómo crecen los hongos. La novela argentina entre 1838 y 1872*, Buenos Aires, Teseo, 2011, pp. 414-416.

[11] Sobre la base de la segunda edición de 1857, fue reeditada en 1883, 1885 y 1898 por la Librería e Imprenta del Progreso de Barcelona en su colección Obras Selectas; posteriormente la editorial Tor, a través de "J. C. Rovira", la publicó en 1933 como tomo XXVI de la "Biblioteca Tradición Argentina".

[12] Juan Eugenio Labougle, *Ensayo sobre la literatura de los principales pueblos y especialmente del Río de la Plata*, Buenos Aires, Imp. y Librería de J. A. Berheim, 1856, pp. 236 y 237.

dievales que bosquejan oscuros escenarios del terror".[13] Graciela Batticuore señala que sobre esas lecturas se cernía una censura más o menos velada que alertaba contra los peligros de las novelas sentimentales para los sensibles espíritus de las niñas. Para evitarlos, se solía apelar a la descalificación como mala literatura o a "adaptaciones" por parte de traductores y editores, que promovían giros moralizantes ausentes en las versiones originales.[14]

Sin embargo, no es esto lo que se observa en la adaptación teatral de Fajardo que, por el contrario, exacerbó los rasgos moralmente más polémicos de la novela. Esa amplitud de registros era posible porque la historia de Camila contenía ya, de acuerdo con cómo había sido interpretada hasta ese momento, tanto los rasgos para la elaboración de una novela histórica reducida a fines políticos, moralizantes e instructivos, como también para la construcción de un relato que celebraba en nombre del amor la desobediencia al *pater familias*, la violación de los sacramentos y la acusación al clero por su inmoralidad e hipocresía.

La versión de Pelissot enmarcaba la historia luego de la batalla de Caseros de 1852, cuando dos jóvenes acceden por intermedio de Lázaro Torrecillas, el amigo íntimo de Camila O'Gorman, a un manuscrito apócrifo que la protagonista había escrito en sus últimos meses de vida. A través de esas memorias, de los recuerdos de Lázaro y de la crónica que escribió Valentín Alsina en *El Comercio del Plata*, Pelissot elaboró una trama que enlazaba historia y novela, estableciendo entre ellas una relación de complementariedad y, al mismo tiempo, de posibilidad. Era novela porque ya era historia. Era historia a través de la crónica de Alsina, que funcionaba como umbral de lectura.[15] A partir de ella se desplegaba la novela, como el género que podía responder dos interrogantes que la historia rehuía por pudor, por intereses políticos o por la ausencia de documentos: por qué los jóvenes habían huido de Buenos Aires y por qué el gobernador ordenó su fusilamiento una vez que arribaron a Santos Lugares.[16] Con los recursos de "la imaginación y la verosimilitud romanesca", el autor proponía una solución cuyas razones se hallaban menos en los datos históricos que en las reglas del género literario.[17] El drama romántico tornaba verosímil la historia de Camila como víctima del deseo y la pasión de Rosas, ofreciendo una solución alternativa a la que había elaborado Valentín Alsina y retomado Sarmiento en 1849 al afirmar que el fusilamiento tuvo por objeto revivir el terror rosista y reforzar el control social en un momento en el que se había relajado el respeto a su autoridad.[18]

De este modo, las memorias apócrifas de Camila O'Gorman cumplían en la novela cuatro funciones. En primer lugar, producían en el lector un efecto de autenticidad.[19] En segundo lugar, revelaban las causas de la huida y del fusilamiento de los amantes y, al hacerlo, orientaban al lector respecto del sentido que debía otorgarle al pasado reciente en la sociedad posro-

[13] Graciela Batticuore, "Lectoras de novela en el siglo XIX", *Caiana. Revista de Historia del Arte y Cultura Visual del Centro Argentino de Investigadores de Arte*, n° 9, 2016, p. 7. Disponible en: http://caiana.caia.org.ar/template/caiana.php?pag=articles/article_2.php&obj=250&vol=9.
[14] *Ibid.*, p. 8.
[15] Si bien en la segunda edición esta relación cobró mayor relevancia con la inclusión del folleto completo; en la primera, se utilizaba un fragmento como epígrafe que funcionaba como punto de partida. Pelissot, *Camila*, p. V.
[16] *Ibid.*
[17] *Ibid.* Sobre la expansión del romanticismo en el Río de la Plata desde mediados de la década del treinta, véase: Graciela Batticuore, Klaus Gallo y Jorge Myers (comps.), *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, 2005.
[18] Sarmiento, "Camila".
[19] Alberto Giordano, "Notas sobre diarios de escritores", *Alea*, vol. 19, n° 3, 2017.

sista, atravesada por el uso político de su olvido y de su recuerdo. En tercer lugar, las memorias de Camila cumplían una tercera función: enmendar su falta y reconciliarse consigo misma al ofrecer una reflexión moral destinada a evitar que otras jóvenes cometan sus mismos errores.[20] De ese modo, creía, su culpa podría ser redimida: "Dios que vé las intenciones, me absolverá tal vez con la condición de confesar humildemente mi falta, mi grandísima falta, á fin de evitar á las jóvenes que se hallaran en una situación análoga á la mia, de incurrir en otra semejante".[21] Finalmente, antes de ser fusilada, Camila le entregó a Lázaro su manuscrito "destinado á vengarme un dia y á castigar á mi asesino".[22] Así, sus últimas palabras le hacían cumplir al manuscrito una cuarta función: las memorias que había escrito para encontrar la paz se transformaron en un instrumento para su venganza en el futuro.

La adaptación de la novela que realizó Fajardo redujo el manuscrito apócrifo a una única función: rehabilitar la memoria de dos seres desgraciados.[23] En la obra de teatro, solo se hace referencia a las memorias de Camila en la escena en la que la joven revela el sentido político, moral y pedagógico que el espectador debe otorgarle a su historia: "He aquí por fin terminadas mis memorias hasta el día. Ellas serán, me prometo, la solución del enigma que ignora la sociedad con mi conducta ofendida. Huir con un sacerdote, abandonar su familia por un amor insensato, por una pasión ilícita que la sociedad reprueba y la iglesia estigmatiza".[24]

Es esta una escena fundamental de la obra de Fajardo, porque a través de ella el enigma principal se desplaza de la pregunta por los motivos que llevaron a Rosas a decidir el fusilamiento de los amantes a la pregunta acerca de por qué Camila y Uladislao decidieron huir de Buenos Aires. Responder a esa pregunta era el móvil principal de la adaptación realizada por Fajardo y, para él, el gran hallazgo de la novela de Pellisot, porque justificaba a Camila y la redimía de culpa. Por ello, Fajardo respetó la concatenación de los sucesos narrados en la novela, a la vez que hizo uso literal del texto para la construcción de algunos diálogos y monólogos. En cambio, dejó de lado aquellos aspectos moralizantes e instructivos respecto del rol de la mujer y el control de las pasiones que se introducían a través del manuscrito. Así, el erotismo que en la novela antecede al acto de la violación es suprimido en la obra de teatro para privilegiar la violencia explícita con la cual Rosas somete a su víctima impotente.

De todos modos, ¿fueron esos cambios introducidos por Fajardo en su adaptación los que explican las operaciones de la familia, la prensa, el gobierno y la Iglesia para evitar su estreno en Buenos Aires y Montevideo? Todo se orienta hacia una respuesta negativa, ya que cuando se publicó el drama a fines de 1856 y en 1862 no generó mayores objeciones públicas. Esto nos lleva a considerar no tanto la obra en sí misma sino su inminente representación teatral como la causa que provocó el conflicto que involucró al autor, a la familia O'Gorman, a los empresarios del Teatro de la Victoria, al gobierno municipal, al provisor eclesiástico y al obispo de Buenos Aires.

Hay motivos para pensar que Fajardo se inspiró para adaptar la novela en la representación que presenció pocos meses antes de la obra *Locura de amor* de Manuel Tamayo y Baus,

[20] Pelissot, *Camila*, p. 15.
[21] *Ibid.*, p. 154.
[22] *Ibid.*, p. 193.
[23] Heraclio Fajardo, *Camila O'Gorman. Drama histórico en seis actos y en verso*, Buenos Aires, Imprenta Argentina del "Nacional", 1862, pp. xxx-xxxii.
[24] *Ibid*., p. 80.

que narraba la historia de Juana I de Castilla, la joven que por amor perdió su cordura y también su reino. Allí descubrió en su protagonista, Matilde Duclós, la actriz que debía interpretar a Camila.[25] A su vez, en el drama español halló el modelo para delinear el personaje y las condiciones que debía reunir un drama histórico para emocionar al público: "¿Quién no sintió desgarrado el corazón ante la aflicción de aquella esposa amante que se creía despojada del amor de su idolatrado Felipe? ¿Quién no sintió humedecer su mejilla con las lágrimas de ternura que arrancaba aquella voz apasionada?".[26]

Junto con las similitudes que encontraba entre los dramas de Camila y Juana, Fajardo recuperaba los resortes que en *Locura de amor* movían a los personajes a realizar las acciones más innobles: los celos; el amor que "raya en el más alto grado de sublimidad";[27] las emociones exaltadas; las intrigas de la corte y los caprichos de Felipe, que se asemejaban al círculo de Palermo; la ambición de quienes rodeaban al rey –los flamencos–, opuestos a la fidelidad del pueblo español que, en el contexto rosista, estaría representado por opositores y víctimas de Rosas; y, finalmente, la compasión que Juana inspiraba en el espectador, que esperaba también provocara en Buenos Aires el sino trágico de Camila.[28]

Esos elementos bien combinados debían satisfacer el gusto del público porteño por el drama de amor romántico. De hecho, pocos meses antes había sido muy bien recibido el estreno del drama *La dama de las camelias* de Víctor Hugo en El Argentino. Sin embargo, más allá de las analogías, la obra de Fajardo nunca se estrenó, mientras que la historia de Juana I de Castilla se convirtió en un inmediato éxito en España, en gran parte porque alimentaba el orgullo nacional español a través de una historia en la que podía verse el enfrentamiento entre una reina identificada con su pueblo y una nobleza extranjera que conspiraba contra ellos, llevándolos a la ruina moral y económica. Si Fajardo buscó sintonizar del mismo modo con el público de Buenos Aires, ello se debe a que entendía que también allí la sociedad había construido ya sus representaciones del pasado reciente sobre la base de un sentimiento de rechazo absoluto a la tiranía de Rosas. Estaba convencido de que solo rencor y odio había dejado su recuerdo, en contraste con el amor incondicional a quienes habrían sido sus víctimas, entre ellas, ninguna más que Camila. Pero la reacción que generó el anuncio del estreno en la prensa porteña mostraba que las controversias en torno a ese pasado no habían cesado, así como las heridas no habían cerrado. En ese sentido, a diferencia de *La dama de las camelias*, la historia de Camila era un hecho histórico reciente y, a diferencia de *Locura de amor*, no era aún el recuerdo de un pasado distante, sino que se trataba de un hecho del presente; su fusilamiento, pero también su culpa; la injusticia, pero también la vergüenza familiar; el odio a Rosas, pero también la responsabilidad de quienes lo apoyaron y les confirieron legitimidad a sus actos.

[25] Actriz y empresaria teatral con una prestigiosa trayectoria en España, había arribado a Buenos Aires en 1856 con veintitrés años. Desde muy joven fueron destacadas sus "Bellísimas cualidades… elegancia…, figura esbelta y simpática, escogidos ademanes, voz clara y sonora, y sobre todo genio, sensibilidad e inteligencia, […]". "Apuntes biográficos. Doña Matilde Duclós", *El fénix*, Valencia, n° 143, t. 4, 25 de junio de 1848, pp. 370-371. Emilio R. Casares "Matilde Duclós", en E. R. Casares, *Diccionario de la Zarzuela en España e Hispanoamérica*, vol. 1, Madrid, Instituto Complutense de Ciencias Musicales, 2002, p. 679.

[26] *El Eco Uruguayo*, n° 1, Montevideo, 6 de enero de 1857, pp. 5 y 6.

[27] *Ibid*.

[28] Sobre las características del melodrama español y el gusto popular: Jesús Rubio Jiménez, "Melodrama y teatro político en el siglo XIX. El escenario como tribuna política", *Castilla: Estudios de literatura*, nº 14, 1989. Disponible en: http://uvadoc.uva.es/handle/10324/15404.

Al momento de su fallido estreno, las disputas políticas en Buenos Aires y el enfrentamiento con el gobierno de la Confederación Argentina presidida por Urquiza activaron el debate sobre el gobierno de Rosas y los responsables de sus crímenes, entre ellos, exfuncionarios civiles y militares, hombres del clero y de la justicia que seguían ocupando altos cargos en ambos gobiernos. En particular, durante los debates legislativos en torno a la ley de enjuiciamiento a Rosas en 1856 y 1857, la tragedia de Camila O'Gorman fue evocada reiteradamente tanto por quienes estaban a favor de la sanción como por quienes se oponían argumentando que el juicio se podría extender no solo a los colaboradores directos de Rosas sino al pueblo que había consentido sus excesos.[29] En ese contexto, la obra tenía para Fajardo la función política de reactualizar un pasado que suponía concluido y, al mismo tiempo, revivirlo a través de una pieza moralizante que recordaría al pueblo de Buenos Aires: "lo que fue y lo que hizo Rosas; así, renovándose las impresiones de horror que el tiempo ha moderado, colocará en su verdadero punto de vista a los que, aprovechándose del olvido de un pueblo generoso, ¡quieran hacer renacer ese gobierno de salvajes!".[30]

Se trataba del mismo sentido que Sarmiento le otorgaba al fusilamiento de Camila en la prensa y en la legislatura, como un modo de presionar a los senadores para votar la ley que promovía el juicio a Rosas en 1857.[31] En ese campo de producción y confrontación de interpretaciones sobre el pasado reciente irrumpía el drama de Fajardo. No como reflejo de un pasado ya ido sino como el medio que lo produce y lo proyecta al futuro, en el sentido que le atribuyó Sarmiento a la novela de Pelissot y a la literatura antirosista: "Nuestra literatura comienza por *Camila O'Gorman*, por el *Prisionero de Santos Lugares*, por la *Amalia*, como nuestra pintura se ensayará en reproducir escenas horrorosas de la tiranía, para calentar el corazón de nuestros *retores* a la manera antigua…".[32]

Por todo ello, el éxito que había tenido en Buenos Aires el estreno de *Locura de amor* y la actriz Matilde Duclós, junto con lo oportuno de una obra que en ese clima político podía alcanzar un reconocimiento que solía ser esquivo para los autores locales, contribuyeron a elevar las expectativas por el anunciado estreno de *Camila O'Gorman* a cargo de la Compañía Duclós en el Teatro de la Victoria de la ciudad de Buenos Aires.

Episodios de censura teatral en dos repúblicas liberales

Los mismos motivos que para Fajardo garantizaban el éxito de la obra fueron los que preocuparon a los empresarios del Teatro de la Victoria, Colodro y Rañal, que temían que la representación "pudiera rozar las susceptibilidades políticas de un número de sus abonados".[33] José Colodro era un empresario de origen español, que en 1854 manejaba el café y confitería que se hallaba frente al teatro, a quien Benito Hortelano denunció como hábil y dispuesto a

[29] Alejandro Eujanian, *El pasado en el péndulo de la política. Rosas, la Provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.
[30] "Crónica teatral", *La Tribuna*, 17 de septiembre de 1856, citado como epígrafe en Fajardo, *Camila.*
[31] Domingo F. Sarmiento, "El suplicio de Camila O'Gorman", *El nacional*, 18 de julio de 1857, en D. F. Sarmiento, *Obras completas*, t. 13, Buenos Aires, Imp. y Lit. Mariano Moreno, 1896.
[32] *Ibid.*, pp. 383-384.
[33] Fajardo*, Camila*, p. VIII.

utilizar todos los recursos a su alcance, legales e ilegales, para imponerse a socios y actores.[34] En 1856, se había hecho cargo de dos teatros de Buenos Aires, El Argentino y el Principal de la Victoria. Pero ese año, a raíz de un conflicto con la Compañía de Francisco Torres que reclamaba mayores beneficios por sus presentaciones, decidió clausurar El Argentino con el fin de presionar a los actores cerrándoles los espacios para sus actuaciones. Mientras tanto, en el Teatro de la Victoria la compañía Duclós exhibía con éxito obras de autores europeos.[35] De este modo, la puesta en escena de la obra de Fajardo se inscribía en un doble conflicto. Con el autor de la novela, que finalmente decidió publicar una segunda edición sin Fajardo; y con los empresarios, que buscaban presionar a los actores y socios con el fin de monopolizar la escena teatral porteña.[36]

Según Fajardo, ante las dudas de los empresarios de que la obra pudiera generar descontentos, sugirió consultar a tres reconocidas figuras del ámbito intelectual y político rioplatense: José Mármol, Alejandro Magariños Cervantes y Héctor Florencio Varela. Todos fueron favorables al estreno y sus opiniones se publicaron como aval ante posibles reclamos.[37] Por su parte, los empresarios decidieron consultar a dos miembros de la Comisión de Educación, Domingo F. Sarmiento y Gabriel Fuentes, y por sugerencia de este último, al provisor eclesiástico Martín Boneo.[38] Todos se inclinaron por no aprobar su estreno.[39]

Es probable que los empresarios hayan solicitado sus opiniones porque pocos meses antes habían sido advertidos por la Comisión Municipal de Educación con motivo de la obra *Jerónima la castañera*, cuestionada por los "abusos de palabras" y por las "acciones descomedidas y quizás inmorales con que se ofende la decencia y honestidad moral". Se trató solo de una advertencia, ya que la comisión no había definido aún "el modo y la forma que deben pasar las obras teatrales antes de exhibirse".[40] De este manera, se explica por qué el autor y los empresarios solicitaron opiniones a quienes consideraban cada uno de ellos autoridades para dirimir si la obra podía ser estrenada, ante la incertidumbre respecto de cómo proceder en el caso de una solicitud de censura y quiénes, eventualmente, debían tomar esa decisión: ¿un grupo de intelectuales elegidos *ad hoc*, como supuso Fajardo; una asociación civil, como durante el período rivadaviano; la policía, como en la etapa posrevolucionaria; una comisión revisora de comedias, como durante el gobierno de Rosas; la Municipalidad, a quien el her-

[34] Respecto de la crítica de Hortelano a Colodro, véase: Benito Hortelano, *Memorias*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936, pp. 248 y ss.

[35] La Compañía puso en escena los drama*s Catalina Howard* y *Juan sin tierra*; las comedias *Álbum de Señoritas*, *La Escuela del Matrimonio*, *Las ilusiones perdidas*, *Trompas inocentes*, *Un clavo saca otro clavo*; y las zarzuelas *Buenos Noches D. Simón* y *el Marido de la Mujer de D. Blas*. *El eco uruguayo. Periódico político, literario, crítico y noticioso*, Montevideo, 12 de marzo de 1857, n° 13, p. 94.

[36] J. A. de Diego, "Diez años de teatro (1852-1862)", *Investigaciones y ensayos*, 18 enero de 1975**.**

[37] *La Tribuna*, 26 de octubre de 1856, p. 3. Las respuestas llegaron el 15 y el 16 de octubre de 1856. Fajardo, *Camila*, pp. IX a XII.

[38] La Comisión de Educación era una de las cinco comisiones creadas por la ley de municipalidades de 1854, cada una de ellas integrada por tres miembros del Concejo Municipal. En 1856, estuvo conformada por D. F. Sarmiento, Emilio Agrelo y Gabriel Fuentes. Entre sus funciones, se encontraba la de "impedir todo lo que pueda ofender la moral pública y corromper las costumbres" (capítulo III, artículo 33), Ley N° 35 "Organización Municipal". Buenos Aires, 10 de octubre de 1854.

[39] *La Tribuna*, 26 y 27 de octubre de 1856.

[40] Nota de la Comisión de Municipal de Educación a los empresarios del Teatro de la Victoria, Buenos Aires, 4 de junio de 1856. Citada por Mariano Bosch, *Historia del teatro en Buenos Aires*, Buenos Aires, El Comercio, 1910, pp. 254-255.

mano de Camila dirigió su reclamo; o la autoridad eclesiástica, a la que recurrieron los empresarios?[41]

Según Fajardo, fue en ese momento que comenzaron a surgir en la prensa: "Las 'infamaciones anónimas' y 'amenazas personales', [que] tenían la intención de evitar la exhibición del drama al que denunciaban por 'su alta inmoralidad…atentatorio a la religión y bochornoso para la familia de la víctima".[42] Se refería al periódico *La Constitución*, que asociaba a antiguos partidarios de Rosas,[43] pero evitaba mencionar periódicos claramente antirrosistas, como el oficialista *El Nacional*, que publicó la nota presentada al gobierno por Eduardo O'Gorman, hermano de Camila y cura de la Villa de Mercedes, en la que reclamaba a las autoridades que impidieran su estreno, "que ofende a las buenas costumbres, y lastima a una familia viviente".[44] Tampoco mencionaba al diario conservador *El Orden*, que protestaba haciéndose eco de la carta del hermano: "Como si no fueran bastantes, añade, los tormentos que han desgarrado nuestro corazón, se pretende prolongarlos dándole una forma odiosa de publicidad".[45] Fajardo prefería elegir como antagonistas a los que consideraba como resabios de la tiranía, antes que a la prensa que respondía a grupos que sentía políticamente afines.

Por su parte, también las autoridades eclesiásticas comenzaron a ejercer presión sobre los empresarios. Gabriel Fuentes, párroco de la iglesia de San Miguel Arcángel y miembro de la Comisión Municipal de Educación, les sugirió que la sometieran a la censura de la Iglesia: "desde que [en] el drama aparecía un sacerdote y una joven encinta, circunstancia que, como Empresarios, no podíamos pasar desapercibida". De todos modos, les anticipaba que a su juicio no debía ser puesta en escena "por inmoral, por ofensivo al decoro del pueblo de Buenos Aires y á la distinguida familia del Sr. O'Gorman". [46]

Para Fuentes, el problema principal no era la obra, sino que ese suceso fuese exhibido en el teatro, cuya misión era "corregir, ilustrar, moralizar las costumbres, y todo lo que no sea esto es faltar a la esencia del drama […]".[47] . Estos argumentos de tradición ilustrada no eran novedosos.[48] En el caso de esta pieza teatral se centraban en dos hechos que Funes denunciaba por falsos e inverosímiles: la violación o el intento de violación por parte de Rosas y la su-

[41] Sobre las prácticas de la censura teatral durante la primera década revolucionaria y el período rivadaviano, Guillermina Guilamon, "La cultura teatral porteña y la sociedad del buen gusto: una aproximación desde los escritos de fray Camilo Henríquez en *El Censor*", *Coordenadas. Revista de Historia local y regional*, n° 1, enero-junio, 2015, disponible en: http://ppct.caicyt.gov.ar/coordenadas; Klaus Gallo, "¿Una sociedad volteriana?: Política, religión y teatro en Buenos Aires, 1821-1827", *Entrepasados*, n° 27, 2005; Eugenia Molina, "Pedagogía cívica y disciplinamiento social: representaciones sobre el teatro entre 1810 y 1825", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, UNQ, n° 8, 2004. Respecto del gobierno de Rosas, la Comisión revisadora de comedias y sainetes estaba formada por el Fiscal del Estado, el Discreto Provisor y el Jefe de Policía y dos ciudadanos renovados anualmente, según lo establecido en el decreto de 23 de agosto de 1837. *Leyes y decretos promulgados en la Provincia de Buenos Aires (1810-1876)*, t. IV, Buenos Aires, Imprenta del Mercurio, 1878. p. 304.

[42] Fajardo, *Camila*, p. XII.

[43] Heraclio Fajardo, "El drama Camila O'Gorman. Conducta de la Empresa del Teatro de la Victoria", *La Tribuna*, 26 de octubre de 1856, p. 3.

[44] *El Nacional*, 7 de noviembre de 1856, p. 2.

[45] *El Orden*, 6 y 7 de noviembre de 1856, p. 3.

[46] *La Tribuna*, 27 y 28 de octubre de 1856, p. 2.

[47] *Ibid*.

[48] Roberto Di Stefano, "El púlpito anticlerical. Ilustración, deísmo y blasfemia en el teatro porteño postrevolucionario (1814-1824)", *Itinerarios*, Anuario del CEEMI, Universidad Nacional de Rosario, Año 1, nº 1, 2007.

puesta bendición de su amor por un sacerdote: "Qué nos diga en qué creencia puede suponerse que Dios bendice en el cielo una unión, que su divina ley prohíbe en la tierra?".[49]

De este modo, las soluciones sugeridas por *El Nacional*, cambiar el nombre de los personajes públicos evocados o suprimir escenas polémicas, difícilmente podían modificar aquello que el mismo diario consideraba el problema de fondo: la inmoralidad del hecho en sí mismo, que por medio de una imprudente representación retornaba al presente. Esa solución era también inaceptable para Fajardo ya que las escenas cuestionadas explicaban, justificaban e inducían al perdón de los amantes y a la bendición de su amor. Era ese el único modo en el que podrían considerarse como víctimas inocentes del deseo de un tirano, antes que como dos jóvenes que cedieron a la pasión y realizaron un acto imperdonable, que no solo debió ser condenado en el pasado sino, sobre todo, debía ser olvidado en el presente.

Por otro lado, un sector de la prensa liberal buscó confrontar la idea inicial de que se trataba de una censura por motivos puramente morales y religiosos. *El Nacional* ponía en cuestión el carácter dramático del acontecimiento histórico que se hallaba en su base. Un episodio digno de la historia, la política y la crítica legal, pero no del drama. No era más que un amor ilícito, como tantos otros, que no hubiera tenido repercusión sin la ejecución de los amantes: "solo por su muerte es que aquellos desgraciados amores viven en la memoria". Sin embargo, rápidamente abandonaba el laico camino de la crítica teatral, cuando irrumpían en sus argumentos juicios morales que distinguían este ilícito, al que definía como una "estraña violación de todas las leyes divinas y humanas".[50]

Con el debate instalado en la prensa y conforme a la recomendación de Gabriel Fuentes, los empresarios solicitaron la opinión al provisor eclesiástico Martín Boneo, que respondió al día siguiente como si ejerciera funciones formales de censor teatral: "[...] no puedo absolutamente dar licencia para representar el drama *Camila O'Gorman*, en beneficio de la moral pública, que se vería afectada por la exposición de las debilidades humanas, constituyendo un nuevo incentivo a los muchos que por desgracia se arrastra hacia la corrupción al pueblo".[51] Fue esa nota la que según Fajardo convenció a los empresarios de cancelar su estreno.[52]

De modo que ya todo estaba resuelto cuando la Municipalidad tomó conocimiento oficial de la solicitud de prohibición elevada al ministro de gobierno por Eduardo O'Gorman. Solo se limitó a "recomendar" a la Comisión de Educación, a cargo del mantenimiento y vigilancia de la instrucción pública, que "haga saber a las empresas teatrales no pongan en escena 'Camila O'Gorman', hasta tanto que ella lo examine".[53] De este modo, ni el Consejo Municipal ni la Comisión de Educación debieron expedirse en un tema que podía afectar el frágil equilibrio interno de un Consejo heterogéneo. Entre sus miembros se encontraban Gabriel Fuentes y el progresista o "pandillero" Domingo F. Sarmiento, que ya habían anticipado su opinión desfavorable; y el conservador o "chupandino" José Mármol, que había avalado el estreno pocos días antes.[54] Tam-

[49] *La Tribuna*, 27 y 28 de octubre de 1856, p. 3.
[50] *El Nacional*, 7 de noviembre de 1856, p. 2.
[51] *La Tribuna*, 27 y 28 de octubre de 1856, p. 2; *El Orden*, 27 y 28 de octubre, p. 2.
[52] *La Tribuna*, 26 de octubre de 1856.
[53] Acta de la 49 sesión ordinaria celebrada por el Consejo Municipal el día 4 de noviembre de 1856 y de la 50 sesión ordinaria celebrada el 7 de noviembre de 1856, *Actas del Consejo Municipal de la ciudad de Buenos Aires correspondientes al año 1856*, Buenos Aires, Talleres gráficos "Optimus", 1911, pp. 318-326.
[54] Con respecto al debate político porteño en 1856, véanse: Mariano Aramburu, "'La República del Río de la Plata': El Estado de Buenos Aires y la nación en 1856", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emi-*

bién ocupaban bancas el ex rosista Lorenzo Torres, al que la acusación como responsable de los crímenes del antiguo gobernador se renovaba en los momentos de mayor conflictividad política; y Emilio Agrelo, fiscal en el juicio contra Rosas, que se debatió en 1856 y habilitó la legislatura en 1857. En ese debate participaron varios miembros de la legislatura porteña, entre ellos Sarmiento, uno de los impulsores de la solución política sobre el pasado reciente según la cual Rosas debía ser considerado el único culpable de los crímenes de los que se lo acusaba, con el fin de evitar la exposición pública de quienes habían constituido sus indispensables apoyos civiles, políticos, religiosos y militares.[55]

Lo cierto es que la Municipalidad postergó la discusión acerca de a quién correspondía censurar o dar licencia a la exhibición de una obra teatral. ¿Era la autoridad eclesiástica el tribunal de censura teatral del Estado de Buenos Aires? Gabriel Funes opinaba que sí. Pero ¿estaban de acuerdo los otros miembros de la Comisión Municipal? Por otro lado, tampoco se había fijado posición con respecto al derecho de los familiares para reclamar contra la exhibición de una obra que afectaba su buen nombre y honor. Veremos que ambas cuestiones se retomarán en 1860 y 1861, con motivo de la censura de dos obras, una de temática religiosa y la otra histórica. La obra de Fajardo no necesitó ser estrenada para poner en evidencia tanto los débiles acuerdos políticos que existían en la provincia de Buenos Aires enfrentada a la Confederación, como el conflicto de jurisdicciones entre la Iglesia y el gobierno municipal en el mismo momento en que se estaban creando las instituciones del Estado de Buenos Aires, con base en la Constitución jurada en 1854.

De todos modos, Fajardo decidió publicar el drama, que el 12 de noviembre de 1856 ya estaba a la venta.[56] En el prefacio explicaba los obstáculos que impidieron el estreno, pero eludía como motivo de la censura la presión ejercida por la Iglesia e insistía, en cambio, en que sus detractores tenían intenciones políticas, "rezagos de la célebre mashorca", que se cobijaban con el manto de la religión y la moral.[57] En forma de libro, la obra careció de los opositores que tuvo al intentar llevarla al teatro, lo que fue interpretado por su autor no como indiferencia sino como testimonio del triunfo de su causa.[58] Lo cierto, en cualquier caso, es que la censura era más tolerante con un libro cuya circulación era restringida que ante una obra de teatro cuyo impacto en la opinión pública era menos previsible, en la medida que era representada en un espacio al que asistía un público más numeroso, social y políticamente heterogéneo.[59] En torno al pasado reciente, pocos meses antes se había producido un escándalo en El

---

lio Ravignani", n° 49, 2018; Ignacio Zubizarreta, "*Whistle-stop* en carruaje: Los viajes de los gobernadores a los pueblos bonaerenses, 1854-1858", *Población y sociedad*, vol. 26, n° 1, 2019, disponible en: https://dx.doi.org/10.19137/pys-2019-260106.

[55] Los municipales Sarmiento Mármol, Azcuénaga y Torres participaron activamente en los debates del Senado del Estado de Buenos Aires cuando se discutió la ley de enjuiciamiento a Juan Manuel de Rosas, en 1856 y 1857. Eujanian, *El pasado en el péndulo.*

[56] De hecho, la publicación fue anunciada por el mismo periódico que reclamaba la censura. *El Nacional*, 12 de noviembre de 1856, p. 3.

[57] Se trata del Prefacio Inédito de 1857 que publicó en la edición de 1862. Fajardo, *Camila O'Gorman*, pp. XIII-XIV.

[58] "Era el triunfo más elocuente que jamás pude obtener contra la torpe difamación y la ruin maledicencia", *ibid.*, p. XIV.

[59] Respecto del desarrollo de la actividad teatral y el rol del teatro en un proceso de mayor duración, véanse: Eugenia Molina, *El poder de la opinión pública. Trayectos y avatares de una nueva cultura política en el Río de la Plata, 1800-1852*, Universidad Nacional del Litoral, 2009; Guillermina Guillamon, "Una modernidad en la periferia. La conformación de un circuito de espectáculos en el siglo XIX porteño", *Claves,* vol. 7, n° 13, julio-diciembre, 2021, disponible en: https://doi.org/10.25032/crh.v7i13.10.

Argentino, cuando el joven Lucio V. Mansilla retó a duelo a José Mármol por considerar que su obra *Amália* ofendía a su familia, especialmente a su madre, hermana de Juan Manuel de Rosas.[60] Por otro lado, los teatros eran ámbitos no solo destinados al entretenimiento, sino que también se realizaban mítines organizados por los clubes políticos en los que se dividía la dirigencia porteña en esos años convulsionados.[61]

"Camila O'Gorman delante de la inquisición" o la censura en Montevideo

Ante los obstáculos que encontró en Buenos Aires, su autor tomó la decisión de exhibirla en su Montevideo natal. En marzo de 1857 todo se hallaba dispuesto para su estreno con Matilde Duclós como primera actriz. El lunes 9 se realizó una lectura pública del drama *Camila O'Gorman*.[62] Pero la opinión con respecto a su estreno inminente cambió abruptamente a los pocos días. *El Eco Uruguayo* publicó en primera plana la noticia de que el Vicario Apostólico de Uruguay había presentado al gobierno una nota en la que señalaba los inconvenientes de estrenar una obra en la que "*aparecen dos sacerdotes delincuentes de seducción y delación*". Nuevamente un representante de la Iglesia exigía la prohibición. Sin embargo, como en el episodio porteño, Fajardo insistía en que no eran esas las "verdaderas causas", ya que detrás de la censura se hallaban personas que fueron cercanas a Rosas y su gobierno: "que se empeñan en que el más nefando crimen de Rosas permanezca en las tinieblas del olvido".[63]

Sin nombrarlos, se refería a ex rosistas que habían huido a Montevideo después de la derrota de Rosas o tras el levantamiento del sitio de Lagos sobre la ciudad de Buenos Aires y del juicio que condenó a la horca a un conjunto de hombres acusados de haber pertenecido a la mazorca en 1853. Entre ellos Antonino Reyes, la máxima autoridad en Santos Lugares al momento de los fusilamientos.[64]

Con el título "Camila O'Gorman delante de la inquisición", *El Eco* publicaba un artículo firmado por El bachiller, en el que se retomaba el argumento que denunciaba la falsa apelación a la moral y la religión de quienes solo procuraban la defensa de Rosas.[65] El foco se puso sobre el grupo al que Magariños Cervantes denominó "un círculo de odiosa memoria", el mismo que había intrigado por la prohibición en Buenos Aires, al que le preocupaba menos la supuesta inmoralidad de la obra que la condena "elocuente y enérgica de la tiranía" que en ella se realizaba.[66]

[60] Domingo F. Sarmiento, "Escenas populares. El rey de los Luchadores. El reto y la máscara negra", en D. F. Sarmiento, *Obras Completas*, t. XLII, Buenos Aires, Imprenta y Litografía Mariano Moreno, 1900. Sobre la dimensión histórica compleja y cambiante de lo construido como escandaloso y su relación con la imagen pública del poder, Pol Dalmau y Isabek Burdiel, "La imagen pública del poder. Escándalos y causas célebres en Europa (siglos XIX-XX)", *Historia y Política*, n° 39, 2018, disponible en: https://doi.org/10.18042/hp.39.01.

[61] Pilar González Bernaldo, "Espacios y formas de sociabilidad", en M. Ternavasio (dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires: de la organización federal a la federalización de Buenos Aires: 1821-1880*, Buenos Aires, Edhasa/ Gonnet, UNIPE: Editorial Universitaria, 2013, pp. 369-370.

[62] *El Eco Uruguayo,* 15 de marzo de 1857, pp. 2-3.

[63] "Camila O'Gorman", *El Eco Uruguayo*, 19 de marzo de 1857, pp. 1-2. Las cursivas pertenecen al original.

[64] Eujanian, *El pasado en el péndulo*, pp. 127-139.

[65] *El Eco Uruguayo*, 29 de marzo de 1857, p. 129.

[66] "De Alejandro Magariños Cervantes a una de las personas más conspicuas de esta capital", 30 de marzo de 1857, en Fajardo, *Camila*, pp. XIX-XXI.

Por otro lado, también en Montevideo correspondía preguntarse ¿cuál era la legalidad que respaldaba la solicitud de censura previa por parte de la Iglesia oriental? De acuerdo con la ley, decía Fajardo, solo después de su estreno un juez podía ordenar la censura de las obras.[67] A diferencia de lo que sucedió en Buenos Aires, en Uruguay el gobierno decidió nombrar una comisión censora *ad hoc*, que no se expidió debido a la epidemia que azotó Montevideo. Pero en primavera, con el retorno de la compañía Duclós a la ciudad, el debate en la prensa se reactivó. Juan Eugenio Horne acusó a Fajardo en *La República* de haber escrito un drama "con un objeto político y de circunstancias", que se revelaba en su título.[68] Es decir, independientemente de su trama, la mención del personaje ya era considerado un asunto político e inmoral.

Finalmente, la comisión censora emitió un dictamen en el que proponía como condición para su exhibición una serie de correcciones, cambios de palabras y supresiones, que responden a dos motivaciones.[69] La primera se refiere a expresiones que denotaban cierto erotismo en las emociones femeninas producto de un estado de relajamiento moral provocado por la pasión. Por ejemplo, la supresión de la referencia sobre la voz de Uladislao: "¡Capaz sería de volverse loca la más fría mujer en su presencia!"; o de la estrofa en la que Camila acusaba a Rosas "que sin conciencia abusa de mi femenil flaqueza, y por saciar su vileza ni mi condición escusa". Por otra parte, la palabra hechizo, asociada a la mujer, fue reemplazada por hermosura y, en el mismo verso, se suprimió la referencia a la provocación que ejercía en los hombres "su seno blanco y rollizo". Mientras que el "fluido", que ligaba a los amantes, fue sustituido por el más casto "afecto". En el mismo sentido, la expresión al amor por el que me "embriago" (que podría sugerir pérdida del sentido y del juicio moral) fue reemplazada por un amor que "embelesa". Finalmente, la escena en la que se insinuaba la tentativa de violación por parte de Rosas fue modificada, para dejar claro que no se había consumado.

En segundo lugar, fueron suprimidas y sustituidas un conjunto de locuciones que podían considerarse blasfemas por evocar referencias a los sacramentos o a imágenes y valores asociados a la fe católica. En ese sentido, se eliminó la definición del sacerdote como "modelo de hombre", un gesto favorable a los reformadores ultramontanos que buscaban erradicar la figura de sacerdotes corrompidos por las pasiones de la carne o negligentes en sus funciones.

Desde el punto de vista religioso, era muy importante el cambio sugerido para la escena en la que Camila escribía en su manuscrito que un anciano sacerdote de Goya "bendijo nuestras nupcias", ya que podía ser considerada como herejía la consagración de un amor sacrílego. Por ello, propusieron reemplazar la bendición por "prestome su protección. -sabia y benigna". El fin era mostrar a una Iglesia que la protegía en lugar de una que la entregaba o, incluso, que violaba el sacramento del matrimonio consagrando la unión de dos personas que mantenían una relación ilícita. Por eso, Gutiérrez no podía ser nombrado como "mi esposo" sino simplemente como "Gutiérrez"; en tanto que el hijo, ya no era "nuestro" sino solo "tu hijo". Finalmente, los censores resolvieron la escena en la que Fajardo había apelado a la muerte como un

[67] Según Fajardo, el artículo 141 de la Constitución prohibía explícitamente la censura previa. *El Eco uruguayo*, 19 de marzo de 1857, p. 1.
[68] Citado por Fajardo, *Camila*, pp. xxi-xxiii.
[69] "La Comisión cree indispensable que V. E. se sirva enviar al susodicho autor este mismo adjunto ejemplar con las correcciones y anotaciones marcadas; para que al pasarlo á los actores *dramáticos*, para el reparto de papeles, *tengan muy presentes, y observen. exactamente las variantes señaladas*, salvando así su responsabilidad". El dictamen estaba fechado el 12 de septiembre, fue confirmado por el ministro el 26 y recibido por la secretaría para comunicar a su autor el 27 de septiembre de 1857. *Ibid.*, pp. xxiv-xxv.

medio para redimir la culpa. Para ello, no era ya justa sino resultado de la "fuerza" del destino. Tampoco era la oportunidad para que "el Eterno bendiga nuestra unión", sino para que "nos bendiga a los dos", como individuos.[70]

De los 2497 versos que componían la obra se habían corregido tan solo 29 y se suprimieron 16, quedando así habilitada para subir a escena. De todos modos, no fue estrenada tampoco en Montevideo. El motivo era que las correcciones propuestas no resolvían el problema de fondo: traer al presente para su representación teatral un hecho inmoral. Las correcciones afectaban a frases o palabras que podían considerarse ofensivas para la fe y la moral, así como contrarias a la imagen de Iglesia y sacerdocio que buscaba construirse, pero no aquello que llevado a escena hacía emerger cuestiones más terrenales: el deseo como móvil de las acciones femeninas, la desobediencia al padre, la hipocresía de la sociedad y las instituciones, la corrupción moral del clero.

Anticlericales, masones y "extranjeros disidentes del catolicismo"

En febrero de 1862 la obra fue reeditada por Cosme Martín, propietario de la Librería El Nacional, que imprimió mil ejemplares y le dio a su autor un adelanto de regalías. Probablemente se trataba de un nuevo intento de presentarla en Buenos Aires, en un contexto diferente al de su prohibición en 1856. De hecho, en el marco de las celebraciones oficiales del 25 de mayo de 1860 se había estrenado sin inconvenientes en el Teatro de la Victoria la obra *Rosas* de Pedro Echagüe. En ella, Rosas se veía envuelto en tramas amorosas que incluían su intervención para separar a dos amantes, el cautiverio de una joven que rechazaba sus deseos amorosos y el rencor de una amante que amenazaba su vida antes de la partida del exgobernador a Inglaterra.[71]

De todos modos, sus expectativas resultaban excesivas si consideramos dos nuevos casos de censura de obras teatrales. El primero de ellos se produjo ante el inminente estreno de la obra *La América libre*, a fines de 1860. Un descendiente de Manuel Belgrano presentó una moción de censura porque entendía que en ella se exponían aspectos de la vida privada del héroe que ponían en cuestión su moral. Se retomaba así un tema que se había tratado en el caso de *Camila O'Gorman*: el derecho de los familiares para reclamar por la imagen pública de alguno de sus antepasados. ¿Cuál era el límite entre lo público y lo privado en asuntos que afectaban la memoria de personajes históricos? En este caso se nombró una comisión para determinar si la obra debía ser censurada, que recomendó suprimir el nombre de Belgrano en la representación teatral. Pero, al mismo tiempo, recordó el conflicto en torno al drama de Fajardo en 1856. Retrospectivamente, juzgaba que el municipio debía haberla censurado, no por solicitud de un familiar sino porque correspondía ejercer una vigilancia tutelar en lugares a los que concurren "el niño y el anciano, la casta madre de familia y la púdica doncella". [72]

[70] "Correcciones y supresiones practicadas por la comisión censora en el drama *Camila O'Gorman*", en Fajardo, *Camila*, pp. XXVI-XXVIII.
[71] Pedro Echagüe, *Rosas. Drama en dos actos y en verso* (representado el 25 de mayo de 1860, en el antiguo teatro de la Victoria en Buenos Aires, con asistencia de Mitre y de Sarmiento). En P. Echage, *Teatro*, Buenos Aires, Vaccaro, 1922.
[72] "Censura en el teatro", *Memoria de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires correspondiente al año de 1861*, Buenos Aires, Imprenta Argentina de El Nacional, 1862, pp. 79-86.

El segundo caso se produjo con la obra *La pasión* en 1861. En esta ocasión, se renovó la disputa entre el gobierno municipal y la Iglesia sobre cuál era la autoridad encargada de censurar obras teatrales. Para el poder civil, la competencia era de la Comisión de Educación, ya que el teatro era una escuela de costumbres y uno de los ramos de la instrucción pública. De todos modos, era evidente que las autoridades municipales no habían logrado fijar reglas claras ni designar una comisión encargada de aplicarlas. En caso de obras que podían ser polémicas, los empresarios no tenían más alternativa que solicitar un permiso antes del estreno. Un procedimiento mediante el cual pretendían protegerse de prácticas municipales que, a la vez que afirmaban que imperaba en Buenos Aires el reino de la libertad, dejaban un resquicio para la aplicación de la censura previa.[73]

Por su parte, para el provisor Martín Boneo, el fiscal eclesiástico Ildefonso García y el obispo Mariano de Escalada solo la Iglesia tenía autoridad delegada por Dios para intervenir en cuestiones relativas a la moral pública. A su juicio, ninguna ley reconocía a las autoridades civiles como jueces de moral sino solo protectores de ella, mientras que "[…] la iglesia ha recibido no de los hombres, sino de nuestro señor Jesucristo la misión de enseñar la fe y la moral y ha sido constituida por el mismo Señor Juez para decidir en las cosas de fe y costumbres".[74]

Lo destacable es que ambas instituciones consideraban que la escena teatral debía ser sometida a una censura que no afectaba a otros géneros literarios. Coincidían en la conveniencia de prohibir la exhibición de determinadas obras teatrales que pusieran en riesgo la moral pública, las buenas costumbres y el orden social. Incluso, los motivos podían ser similares. Por ello, tanto la Iglesia como la comisión censora municipal suscribieron los argumentos que utilizó Pedro Gómez de La Serna para resolver en España la solicitud de censura sobre *La pasión*.[75] Sin embargo, más allá de las coincidencias, se ponía de manifiesto un conflicto en torno a la autoridad de aplicación de la censura, que, si bien se resolvió formalmente a favor de la Municipalidad, siguió siendo en los años siguientes un tema de disputa.

Ello es así porque para la Iglesia no se trataba solo de la defensa de la moral pública. El control de la censura de obras teatrales se inscribía en un contexto más amplio, el del enfrentamiento contra un Estado que se proponía garantizar la tolerancia religiosa y la libertad de culto, bajo la dirección de una élite política y cultural que en ocasiones consideraba a la Iglesia como una institución intolerante y atrasada.[76] Por este motivo, las autoridades eclesiásticas interpretaban las manifestaciones culturales y las publicaciones de la prensa liberal en el marco de una batalla contra el anticlericalismo y la masonería. Eso precisamente era lo que leían en uno de los párrafos del dictamen de Pedro Gómez de La Serna, en el que advertía que era ne-

[73] La Comisión Municipal sostuvo "la competencia exclusiva de la Corporación para estatuir lo que estime conveniente acerca de la censura de las obras que hayan de representarse en los teatros". El dictamen fue adoptado por la Municipalidad en reunión del Consejo Municipal del 16 de febrero de 1861, y en la sesión del 19 de febrero se creó la Comisión censora de obras dramáticas. En *ibid.*, pp. 94-99.

[74] Obispo de Buenos Aires al Sr. Vicepresidente de la Municipalidad Dr. D. Mariano Bosch, 27 de febrero de 1861, en *ibid.*, pp. 90-92.

[75] El dictamen de Pedro Gómez de La Serna del 14 de junio de 1855 se publicó en el tomo VIII de la *Revista general de Legislación y Jurisprudencia Española*. Los argumentos fueron recuperados en el "Dictamen de la Comisión Especial sobre el drama *La Pasión*", firmado por Esteves Saguí y José Mármol, el 13 de febrero de 1861, y por el obispo en su protesta por haber sido creada una comisión oficial para un caso en el que ya había fallado el fiscal eclesiástico, en *ibid*.

[76] Roberto Di Stéfano analizó argumentos similares durante el período rivadaviano en R. Di Stéfano, "El púlpito anticlerical".

cesario tomar precauciones contra las aberraciones que en los teatros exhibían obras de "*extranjeros disidentes del catolicismo*", que ofendían la moral y afectaban la razón de los padres de familia.[77]

De este modo, el episodio desatado en torno a la prohibición de *La pasión* en 1861 nos sirve para recuperar un contexto eludido por los protagonistas de la polémica generada por la puesta en escena de *Camila O'Gorman* en 1856 y 1857, el de los llamados "disidentes del catolicismo". Roberto Di Stefano observa que durante la década de 1850 se fue radicalizando el anticlericalismo de los liberales románticos, que veían al clero católico como una institución intolerante y atrasada, por lo que no debía permitirse su intervención "en nada de las cosas de este mundo, porque su reino está en el otro".[78] Su terreno de acción debía ser exclusivamente espiritual, siempre y cuando su influencia se restringiera a la moral individual de la comunidad de creyentes y no a la moral pública. Esa aspiración se vio limitada en el plano institucional por un ordenamiento jurídico que mantenía el control del Estado sobre la Iglesia, tanto en la Constitución de la Confederación Argentina de 1853 como en la del Estado de Buenos Aires de 1854, lo que explica muchas de las tensiones que observamos en el período.[79] Por otro lado, si bien los liberales anticlericales sostenían su aspiración de liberar las conciencias del influjo de una Iglesia que consideraban contraria a su programa civilizatorio, en el plano espiritual compartían creencias en lo que respecta a la moral pública, las buenas costumbres y el orden social.

Las tensiones se intensificaron entre 1856 y 1857, para agudizarse ese último año con la carta pastoral del obispo de Buenos Aires Mariano Escalada en la que condenaba a las sociedades secretas. Unos meses más tarde, en septiembre, la prohibición del obispo de realizar un servicio fúnebre en nombre de Juan Musso, reconocido masón, profundizó las divisiones y los ataques cruzados en la prensa.[80] De un lado se encontraban los católicos liderados por Mariano Escalada, un sacerdote decidido a romanizar y clericalizar la Iglesia de Buenos Aires, disciplinando tanto al clero como a los católicos, mientras que sus opositores denunciaban su intolerancia religiosa. Entre ellos, las logias masónicas que desde 1856 se habían comenzado a organizar en Buenos Aires y en la Confederación, siguiendo un impulso que se había iniciado en Montevideo años antes, donde habían pasado su exilio muchos de los que ahora ocupaban posiciones de privilegio en la prensa, la política y el ejército de Buenos Aires.

Es en ese contexto de conflictividad con la Iglesia católica y de expansión de las sociedades masónicas en el que, según Pilar González Bernaldo, la Orden se preocupó por "difundir sus principios, hacer conocer su historia con el objetivo de consolidar su naciente organización". Para ello, promovió la publicación de obras doctrinarias que, "[...] son el comienzo de la construcción de una historia-memoria que tiende a fijar y transmitir valores destinados a

[77] "Dictamen de la Comisión Especial sobre el drama *La Pasión*", 13 de febrero de 1861, en *Memoria de la Municipalidad*, p. 97.
[78] Roberto Di Stefano, *Ovejas negras. Historia de los anticlericales argentino*s, Buenos Aires, Sudamericana, 2010, pp. 191 y ss.
[79] Ignacio Martínez, *Una nación para la iglesia argentina. Construcción del Estado y jurisdicciones eclesiásticas en el siglo XIX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2013.
[80] *Ibid.*, pp. 200-201. En los años siguientes otros episodios similares enfrentaron a masones y católicos, por motivos relacionados con los rituales religiosos, la competencia en temas de beneficencia y "la conquista de la opinión pública", *ibid.*, pp. 206 y ss.

consolidar el vínculo de identidad masónica".[81] Entre los principales publicistas de la masonería rioplatense la autora reconoce a Heraclio Fajardo, Justo Maeso y Adolphe Vaillant.[82] En 1857, el mismo año en que se frustraba en Montevideo la exhibición de *Camila O'Gorman*, Fajardo publicaba una de esas obras doctrinarias. En ella retrataba la tragedia provocada por la epidemia, así como la capacidad operativa y los recursos que los masones habían destinado para hacer frente a la enfermedad a través de la Sociedad Filantrópica.[83]

En 1856 Alejandro Magariños Cervantes publicó el libro *La iglesia y el estado. Considerados en sus relaciones religiosas, políticas y civiles*, en el cual criticaba el poder temporal de la Iglesia. El libro fue dedicado a Fajardo e incluía un poema de su autoría. Por su parte, cuatro días antes de que aparecieran los pedidos de censura en Montevideo, Fajardo publicaba en *El Eco de Montevideo* un artículo de tapa en el que también condenaba duramente el poder temporal de la Iglesia católica.[84] Sin embargo, a pesar de ese conflicto manifiesto contra una Iglesia en plena batalla contra el anticlericalismo, su autor prefería denunciar como responsables de la censura a los viejos secuaces de Rosas que con argumentos falaces se escondían detrás de la moral y la religión. Probablemente, optaba por elegir como contrincante a un enemigo más débil que la Iglesia para poner obstáculos reales tanto a la exhibición de su *Camila* como a la acción de los masones en ambas orillas del Río de la Plata. Por otro lado, privilegiando a un fantasma como su enemigo oculto, podía identificar la obra con su protagonista y la censura que recayó sobre su ópera prima con la persecución que sufrió la generación romántica por parte de la "tiranía". De esa manera, lograba asimilar el pasado reciente en el que se desarrollaron los sucesos con las circunstancias políticas que rodearon los fallidos estrenos en 1856 y 1857. El personaje histórico y su frustrada representación dramática formaban una comunidad de experiencia y destino.[85]

Reflexiones finales

Hasta aquí hemos analizado algunos de los hilos que componen la compleja trama elaborada en torno a la censura de la puesta en escena de *Camila O'Gorman* de Heraclio Fajardo. Un hecho singular, si consideramos que fue la única prohibida y sometida a la censura desde la caída de Rosas en 1852, hasta que surgieron los casos de *La América libre* y *La pasión*, en

[81] Pilar González Bernaldo "Masonería y revolución de independencia en el Río de la Plata: 130 años de historiografía", en J. A. Ferrer Benimeli (coord.), *Masonería, revolución y reacción*, vol. 2, 1990, p. 1038.
[82] Heraclio Fajardo tradujo en 1858 la obra de Kauffmann y Cherpin, *Historia filosófica de la Franmasonería. Sus principios, sus actos, sus tendencias*, Buenos Aires, Imp. y Litografía de A. J. Berheim, 1858. Además, publicó las *Obras Completas de Mamerto Cuenca* y las vidas célebres de reconocidos masones como "Magariños Cervantes" y "Héctor Varela" en *Notoriedades del Plata*, Buenos Aires, 1862. Por último, Fajardo habría publicado en Buenos Aires la primera revista masónica, *El iris masónico. Instructor general de la orden*, en marzo de 1858. P. González Bernaldo, "Masonería y revolución".
[83] Heraclio C. Fajardo, *Montevideo bajo el azote epidémico*, Montevideo, Imprenta del Sr. Rosete, 1857.
[84] *El Eco de Montevideo*, 15 de marzo de 1857, pp. 1 y 2.
[85] En el epílogo a la primera edición de 1856, sostenía que "por una rara coincidencia" había sido concluida el 18 de agosto, el mismo día de la muerte de Camila O'Gorman y, a la vez, el mismo día en que, por "casualidad providencial", el Senado de Buenos Aires condenaba a Juan Manuel de Rosas, el responsable de su fusilamiento, "traidor de lesa patria". Heraclio Fajardo, *Camila O'Gorman. Drama histórico en seis cuadros y en verso*, Buenos Aires, Imprenta Americana, 1856, p. 117.

1860 y 1861. Su autor privilegió el contexto político como motivación excluyente de sus impugnadores en Buenos Aires y en Montevideo, en los que el pasado reciente fue utilizado en la prensa y en la legislatura para acusar a quienes habrían tenido responsabilidades en los crímenes imputados al exgobernador de Buenos Aires Juan Manuel de Rosas. Sin embargo, después de esa particular coyuntura la obra tampoco pudo ser estrenada. En cambio, *Rosas* de Pedro Echagüe se estrenó en el marco oficial de las celebraciones mayas de 1860 con la presencia de las máximas autoridades de la provincia de Buenos Aires. También en ella se incluía una escena en la que Rosas intentaba someter a sus deseos a una joven que tenía cautiva en Palermo. Se repetía la figura de la violación –como voluntad, o más aún como potencia– como metáfora de la violencia política que ya había explorado Echeverría en *El matadero* para representar una violencia que se realizaba en los cuerpos, los espacios y las costumbres y escenificar así el conflicto de clases, razas y géneros.[86] Pero en *Camila O'Gorman* la violación perdía su potencia metafórica en la realidad del hecho y de los personajes involucrados, que en el momento del fallido estreno seguían habitando la escena social y política porteña.

En ese contexto, la censura puso en escena cuestiones relativas tanto al conflicto de jurisdicciones entre Iglesia y Estado, como a las disputas entre Iglesia y cristianos anticlericales en el momento de construcción del Estado liberal en Buenos Aires y la Confederación Argentina. Pero ¿por qué todo este proceso de debate y censura no involucró a la novela de Pelissot? Más aún, ¿por qué el conflicto tampoco involucró a la publicación de la obra de teatro, unos días después de que su exhibición fuera prohibida? La respuesta a esta pregunta nos condujo a identificar una clave específicamente teatral del conflicto: la preocupación por controlar un espacio al que asistía un público social y políticamente heterogéneo, potencialmente cuestionador del orden social, en el cual se privilegiaba su función pedagógica, como escuela de moral y costumbres. Es en esa instancia que quienes se opusieron al estreno desde la Iglesia y el Estado coincidieron en sus reparos morales, que referían tanto al hecho en sí mismo como a la forma en que la historia era narrada.

Efectivamente, de la novela al drama, la historia de Camila O'Gorman perdía aquellos rasgos moralizantes y disciplinadores que la obra de Pelissot desplegaba a través del manuscrito. Pero era, justamente, en su puesta en escena cuando emergía una Camila deseada y también deseante, encarnada en el cuerpo de una actriz que había ya revelado su capacidad de seducción entre los espectadores de Buenos Aires y de Montevideo. En ese encuentro entre el público y los intérpretes que habilita el hecho teatral, la historia de Camila revelaba su potencia cuestionadora del orden social establecido por imperio del *pater familias*, la Iglesia, el Estado y la prensa. Esa potencia crítica fue la que pretendieron anular quienes se opusieron a la representación de la obra. En cambio, para Fajardo resultaban inaceptables las propuestas de algunos de los censores de eliminar la escena de la violación, o de sustituir el nombre por uno ficticio, o de suprimir la figura de Ganón de la historia o la bendición del amor por un viejo sacerdote de provincia, porque eran esas las condiciones que permitían justificar la huida de Camila y expiar su culpa, cumpliendo así la misión de su obra.

[86] David Viñas, *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1974, p. 15. Una reflexión sobre el carácter fundacional de la metáfora de la violación en Viñas, en Alejandra Laera, "Para una historia de la literatura argentina: orígenes, repeticiones, revanchas", *Prismas*, n° 14, 2010.

De ese modo, Camila adquiriría una nueva visibilidad en la escena pública porteña en el momento en que Matilde Duclós representara, trayendo nuevamente al presente, su pasión amorosa y su castigo. En ese contexto teatral, político, cultural y religioso, exhibir el drama de Fajardo implicaba poner en escena ante el público porteño una tragedia del pasado reciente de una prestigiosa familia, revivir la llamada tiranía y las complicidades que la hicieron posible, denunciar la intolerancia religiosa, así como también representar a Camila O'Gorman, una joven cuyo recuerdo seguía vivo en la memoria de los porteños, como mujer deseada por hombres del gobierno y el clero, víctima de sus pasiones terrenales y mártir resignada a morir antes que claudicar sus deseos. □

Bibliografía

Aramburu, Mariano, "La República del Río de la Plata': El Estado de Buenos Aires y la nación en 1856", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani",* 3ra serie, n° 49, 2018, pp. 47-80.

Area, Leila, *Una biblioteca para leer la nación. Lecturas de la figura de Juan Manuel de Rosas*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007.

Arfuch, Leonor, *El espacio autobiográfico*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Batticuore, Graciela, Klaus Gallo y Jorge Myers (comps.) *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, 2005.

Batticuore, Graciela, "Lectoras de novela en el siglo XIX", *Caiana. Revista de Historia del Arte y Cultura Visual del Centro Argentino de Investigadores de Arte* (CAIA), N° 9, 2do semestre 2016, pp. 1-11. Disponible en: http://caiana.caia.org.ar/template/caiana.php?pag=articles/article_2.php&obj=250&vol=9.

Bischoff, Efraín, *Tres siglos de teatro en Córdoba (1600-1900)*, Córdoba, Imprenta de la Universidad Nacional de Córdoba, 1961.

Casares, Rodicio E., "Matilde Duclós", en R. E. Casares. (dir.), *Diccionario de la Zarzuela en España e Hispanoamérica*, vol. 1, Madrid, Instituto Complutense de Ciencias Musicales, 2002.

Dalmau, Pol y Isabek Burdiel, "La imagen pública del poder. Escándalos y causas célebres en Europa (siglos XIX-XX)", *Historia y Política*, n° 39, 2018, pp. 17-22. Doi: https://doi.org/10.18042/hp.39.01.

De Diego, Juan A., "Diez años de teatro (1852-1862)", *Investigaciones y Ensayos*, n° 18, enero de 1975, pp. 335-385**.**

Di Stefano, Roberto "El púlpito anticlerical. Ilustración, deísmo y blasfemia en el teatro porteño postrevolucionario (1814-1824)", *Itinerarios*, Anuario del Centro de Estudios "Espacio, Memoria e Identidad" (CEEMI), Universidad Nacional de Rosario, Año 1, nº 1, 2007, pp. 183-227.

Di Stefano, Roberto, *Ovejas negras. Historia de los anticlericales argentino*s, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

Eujanian, Alejandro, *El pasado en el péndulo de la política. Rosas, la provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

Gallo, Klaus, "¿Una sociedad volteriana?: Política, religión y teatro en Buenos Aires, 1821-1827", en *Entrepasados*, n° 27, 2005, pp. 117-131.

Ginzburg, Carlo, *Historias nocturnas*, Barcelona, Muchnik, 1991.

Giordano, Alberto, "Notas Sobre Diarios De Escritores", *Alea*, Universidad de Federal do Rio de Janeiro. Faculdade de Letras. Programa de Pós-Graduação em Letras Neolatinas, vol. 19/3, 2017, pp. 703-713.

——, *La contraseña de los solitarios. Diarios de escritores*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2011.

González Bernaldo, Pilar, "Masonería y revolución de independencia en el Río de la Plata: 130 años de historiografía", en J. A. Ferrer Benimeli (coord.), *Masonería, revolución y reacción*, vol. 2, 1990, pp. 1035-1054.

——, "Espacios y formas de sociabilidad", en Marcela Ternavasio (dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires. De la organización federal a la federalización de Buenos Aires: 1821-1880*, Buenos Aires, Edhasa/ Gonnet, UNIPE: Editorial Universitaria, 2013, pp. 369-370.

Guilamon, Guillermina, "La cultura teatral porteña y la sociedad del buen gusto: una aproximación desde los escritos de fray Camilo Henríquez en *El Censor*", *Coordenadas. Revista de Historia Local y Regional*, Año II, n° 1, enero-junio 2015, pp. 30-51.

——, "Una modernidad en la periferia. La conformación de un circuito de espectáculos en el siglo XIX porteño", *Claves. Revista de historia*, vol. 7, n° 13, Montevideo, julio-diciembre 2021, pp. 241-263. DOI: https://doi.org/10.25032/crh.v7i13.10.

LaCapra, Dominick, "Repensar la historia intelectual y leer textos", en E. J. Palti, *"Giro lingüístico" e historia intelectual*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, pp. 237-293.

Laera, Alejandra, "Para una historia de la literatura argentina: orígenes, repeticiones, revanchas", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n°14, 2010, pp. 163-167.

Martínez, Ignacio, *Una nación para la Iglesia argentina. Construcción del Estado y jurisdicciones eclesiásticas en el siglo XIX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2013.

Molina, Eugenia, "Pedagogía cívica y disciplinamiento social: representaciones sobre el teatro entre 1810 y 1825", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, n° 8, 2004, pp. 33-58.

Molina, Eugenia, *El poder de la opinión pública. Trayectos y avatares de una nueva cultura política en el Río de la Plata*, 1800-1852, Santa Fe, Universidad Nacional de Litoral, 2009.

Molina, Hebe, *Como crecen los hongos. La novela argentina entre 1838 y 1872*, Buenos Aires, Teseo, 2011.

Rubio Jiménez, Jesús, "Melodrama y teatro político en el siglo XIX. El escenario como tribuna política", Castilla: *Estudios de Literatura*, nº 14, 1989, pp. 129-149. Disponible en: http://uvadoc.uva.es/handle/10324/15404.

Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1974.

Zubizarreta, Ignacio, "*Whistle-stop* en carruaje: Los viajes de los gobernadores a los pueblos bonaerenses, 1854-1858", *Población y sociedad*, vol. 26, n° 1, 2019, pp. 120-143. DOI: https://dx.doi.org/10.19137/pys-2019-260106.

Resumen / Abstract

***Camila O' Gorman* sin escena. Las tramas de la censura teatral en Buenos Aires y Montevideo, 1856-1857**

En este artículo exploramos las circunstancias que rodearon el fallido estreno de la obra de teatro *Camila O'Gorman* de Heraclio Fajardo en 1856 en Buenos Aires y en 1857 en Montevideo. En el contexto político en el que Buenos Aires buscaba diferenciarse tanto de la tiranía de Juan Manuel de Rosas como del gobierno de la Confederación Argentina, su autor acusó a los herederos del rosismo como responsables de operar a favor de la censura. Sin embargo, un conjunto de intereses menos evidentes surge de un corpus que recoge las voces de una diversidad de actores involucrados en el debate sobre la obra, que deriva en el de las normas e instituciones que debían regular la actividad teatral: autoridades eclesiásticas y municipales, familiares, escritores y prensa. A través del análisis del acontecimiento, pretendemos reconstruir los contextos pertinentes e interactuantes de una particular trama compuesta de tensiones preexistentes: entre clericalismo y anticlericalismo, libertad y orden, gobierno e Iglesia, presente y pasado reciente, lo público y lo privado.

Palabras claves: Teatro - Censura - Relación Iglesia-Estado - Camila O'Gorman - Juan Manuel de Rosas

***Camila O'Gorman* driven off stage. The mechanisms of censorship in Buenos Aires and Montevideo, 1856-1857**

This article explores the circumstances surrounding the unsuccessful attempts to stage the play *Camila O'Gorman* by Heraclio Fajardo in Buenos Aires in 1856 and in Montevideo in 1857. In the political context in which Buenos Aires sought to differentiate itself from both the tyranny of Juan Manuel de Rosas and the government of the Argentine Confederation, the author accused the heirs of "rosismo" of operating in favor of censorship. However, a set of less evident interests emerge from a corpus that gathers the voices of a diversity of actors involved in the debate about the play, (and which projected themselves onto the norms and institutions that were supposed to regulate theatrical activity): ecclesiastical and municipal authorities, family members, writers and the press. Through the study of this event, we intend to reconstruct the relevant and interacting contexts of a particular mechanism composed of pre-existing tensions: between clericalism and anticlericalism, liberty and order, the government and the Catholic Church, the present and the recent past, public and private.

Keywords: Theatre - Censorship - Church-state relation - Camila O'Gorman - Juan Manuel de Rosas

Fecha de presentación del original: 29/3/23
Fecha de aceptación del original: 9/9/23

*Repensando el 17 de Octubre y la forja del lazo político peronista**

Roy Hora**

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

El 17 de Octubre de 1945 ocupa un lugar de relieve en todos los estudios sobre el siglo XX argentino. Constituye el principal mojón de una historia narrada muchas veces: el ascenso del coronel Juan Perón en el seno de una dictadura nacida reaccionaria que busca sobrevivir abrazando la causa de la reforma laboral, la caída en desgracia del carismático jefe militar tras la Marcha de la Constitución y la Libertad, la movilización obrera que lo rescata del ostracismo y lo confirma como líder de los trabajadores. Menos obvia, sin embargo, es la manera de evaluar la relevancia de una jornada que, en sintonía con lo que propone el mito de origen del peronismo, ha sido descripta muchas veces como el momento en que esta fuerza política entró de lleno en la vida pública y, sobre todo, como la instancia de consagración del vínculo entre Perón y los trabajadores de un país sediento de justicia social. Estos argumentos ya se advierten en trabajos como el clásico *El 45*, de Félix Luna, que ofrece una detallada reconstrucción de los sucesos de ese año.[1] Pero mientras Luna, por muy buenas razones, llevó su narrativa hasta las elecciones de febrero de 1946, estudios posteriores tendieron a enfocarse en la crisis de septiembre-octubre de 1945 y, en particular, en el 17 de Octubre, al que le asignaron un papel central en la forja del peronismo como movimiento popular. De hecho, el argumento de que el Día de la Lealtad constituye un hito mayor en la construcción del lazo entre Perón y los trabajadores –"el acto de liberación por el cual los sectores obreros rompen los antiguos lazos que caucionaban sus lealtades" y hacen plenamente suya una nueva identidad política, según una elocuente formulación de Juan Carlos Torre– informa los estudios analíticamente más ricos y ambiciosos que, de las contribuciones pioneras de Gino Germani a las más recientes de Mariano Plotkin, sentaron los parámetros a partir de los cuales todavía hoy los analistas del peronismo se vuelven sobre el origen de la fuerza política más importante de la historia argentina contemporánea.[2]

* Algunos argumentos de este ensayo fueron adelantados en mi "17 de Octubre: la promesa, la apuesta y la lealtad", La Vanguardia, 17/10/2020. Agradezco a Lila Caimari y Pablo Gerchunoff por sus sugerencias y comentarios.
** rhora@unq.edu.ar. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7303-4936>
[1] Félix Luna, *El 45. Crónica de un año decisivo*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984.
[2] Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 257.
Las principales contribuciones están reunidas en Juan Carlos Torre (comp.), *El 17 de Octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, 2023. Véanse, también, Mariano Plotkin, *El día que se inventó el peronismo. La construcción del 17 de Octu-*

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1466

Un rasgo común de estas aproximaciones es que los factores invocados para explicar los sucesos del 17 de Octubre remiten, casi invariablemente, al escenario surgido tras el golpe de septiembre de 1930 y el comienzo de la Gran Depresión. Allí nació lo que terminó de madurar en 1945. Ya sea que enfaticen la crisis económica y las migraciones internas, ya sea que subrayen el crecimiento manufacturero sin distribución del ingreso, ya sea que coloquen el acento sobre el fraude y el carácter excluyente del orden político nacido tras el derrocamiento de Yrigoyen, ya sea que destaquen la emergencia de un nuevo clima ideológico y la creciente gravitación de ejército e Iglesia, el año 1930 constituye el punto de arranque de las narrativas que ven el 17 de Octubre como el evento que, sobre el telón de fondo de una Argentina en la que ya no era posible reconocer a la nación liberal erigida al calor de la expansión de la economía exportadora, expuso a la luz del día el vínculo inquebrantable entre Perón y sus partidarios. Por cierto, en las últimas décadas nuevas aproximaciones a la conformación del peronismo aportan matices a este cuadro –enfocando la atención en nuevos espacios, como las provincias del interior, o dando mayor relieve a otros actores, como la clase dirigente que gobernó el país en la década de 1930– pero rara vez impugnan los trazos maestros de esta narrativa.[3] Dicho de otra manera: nuestra historiografía suele concebir los orígenes del peronismo en cuanto fuerza popular como la saga del país que comenzó a caminar sus primeros pasos bajo el impacto de la Gran Depresión, la dictadura de Uriburu y el régimen del fraude y que, quince años más tarde, en la Plaza de Mayo, asistió a la presentación en sociedad de la nueva configuración sociopolítica que iba a marcar su futuro por largas décadas.

Este artículo toma distancia de esta aproximación con el fin de explorar otras dimensiones del problema de la constitución del peronismo como fuerza popular. Sugiere que los estudios sobre el 17 de Octubre y el origen del peronismo no han prestado suficiente atención a la historia previa de participación de las mayorías en la calle y en la plaza. Argumenta, por otra parte, que situar al 17 de Octubre en una perspectiva de más largo plazo pone de relieve las limitaciones de las explicaciones, muchas veces simplistas, que conciben la construcción del lazo político entre Perón y sus seguidores como un fenómeno que, desplazando las identidades políticas de izquierda que predominaban en el mundo del trabajo, cobró forma madura en el breve lapso que corre entre el desembarco del coronel en la Secretaría de Trabajo y Previsión a fines de 1943 y el 17 de octubre de 1945. Sostiene, en cambio, que una comprensión más acabada de la forja del vínculo político entre Perón y sus partidarios debe enfocarse también en la etapa posterior a octubre de 1945. Esta modificación de la escala temporal permite comprender mejor tanto el diseño inicial como las transformaciones posteriores de la política económica justicialista. En concreto, las preguntas que organizan este ensayo son: ¿cómo se vincula lo sucedido en la Plaza de Mayo en octubre de 1945 con movilizaciones obreras y populares anteriores y qué nos revela esta exploración sobre la cultura política de las mayorías?; ¿hasta qué punto el 17 de Octubre debe ser entendido como el hito crucial en la forja del vínculo entre Perón y sus seguidores?

---

bre, Buenos Aires, Sudamericana, 2008; Silvia Sigal, "Del peronismo como promesa", *Desarrollo Económico*, vol. 48, n° 190/191, 2008.

[3] Véanse, entre otros, Oscar Aelo (comp.), *Las configuraciones provinciales del peronismo. Actores y prácticas políticas, 1945-1955*, Buenos Aires, Archivo Histórico de la Pcia. de Buenos Aires, 2010; y Darío Macor y César Tcach (eds.), *La invención del peronismo en el interior del país II*, Santa Fe, Ediciones UNL, 2013.

Los trabajadores en la Plaza de Mayo y en el espacio público

Los estudios sobre los orígenes del peronismo suelen enfatizar el carácter novedoso de la movilización del 17 de Octubre. Un influyente ensayo de Daniel James que aborda el problema desde el mirador que ofrecen las localidades de Berisso y La Plata constituye el ejemplo más logrado de esta aproximación. James concibió al Día de la Lealtad como el momento en el que súbitamente se hizo visible una cultura popular nueva, que las fuerzas de izquierda desconocían o no habrían sabido interpretar. De impronta plebeya e irreverente, a la vez que hostil al ideario ilustrado que imperaba en la vida cívica, esa movilización supuso "un apartamiento radical respecto de los cánones de la época sobre el comportamiento público aceptable de los obreros", que importaba un "quebrantamiento de los repertorios de conducta" conocidos y tenidos por legítimos.[4]

Por supuesto, estos argumentos confluyen en varios puntos con el relato que los propios protagonistas de esa jornada hicieron suyo, y que desde entonces alimentó la narrativa nacional-popular de los sucesos del 17 de Octubre. Desde este punto de vista, esa movilización nacida al margen y en tensión con las formas de ocupación del espacio público cultivadas por socialistas, anarquistas y comunistas, a la vez que portadora de otros significados y valores, mostró, para quien quisiera verlo –y para decirlo con la conocida metáfora del nacionalista Raúl Scalabrini Ortiz– "el subsuelo de la patria sublevado". Finalmente, agreguemos que estas aproximaciones suelen subrayar que la emergencia de esta nueva cultura obrera forjada a espaldas de las agrupaciones políticas de izquierda supuso el ocaso definitivo de ese sector del espectro político como vocero e intérprete de las demandas de los trabajadores. También en este punto, pues, octubre de 1945 marcó un antes y un después en la historia nacional.

Esta manera de ver el problema ignora el hecho de que la relación entre los obreros y la Plaza de Mayo no comenzó en 1945. No fue Perón, sino Roca, el primer presidente en dirigirse a una audiencia proletaria desde los balcones de la Casa Rosada.[5] El relato del periódico anarquista *La Protesta Humana* de la movilización obrera del 12 de agosto de 1901, que llegó a la plaza con sus reclamos, es reveladora. El semanario libertario condenó tanto "la mansedumbre" de los manifestantes como "la desfachatez de los gobernantes, que desde los balcones, peroran a los descamisados como empedernidos demagogos".[6] El hecho nos recuerda que mucho antes de que Perón se lanzara a la conquista de apoyos obreros, la izquierda retrataba las expresiones de la cultura política popular con calificativos e impugnaciones que muchos autores suelen identificar como una novedad de 1945.

Más relevante todavía es que los estudios que analizan los orígenes populares del peronismo suelen prestar poca atención al ciclo de movilización política abierto con la reforma electoral de 1912. El período de casi dos décadas de intensa competencia partidaria abierto por la instauración del sufragio obligatorio, que llevó las campañas electorales a todos los rincones del país y que dio lugar a comicios en los que alcanzó a participar el 80% del padrón, parece no haber dejado legado alguno. Por supuesto, la idea de que hasta 1945 las clases trabajadores estaban poco integradas en la vida pública hubiese sorprendido a los testigos del abrupto proceso

[4] Daniel James, "17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina", *Desarrollo Económico*, vol. 27, n° 107, 1987, p. 454.
[5] Estos episodios son analizados en Hora, "17 de octubre".
[6] *La Protesta Humana*, 17 de agosto de 1901.

de expansión de la frontera política que siguió a la sanción de la Ley Saénz Peña, que subrayaron, y con frecuencia lamentaron, las dimensiones plebeyas que estaba adquiriendo la vida cívica al calor de la incorporación masiva de la población masculina a la competencia electoral.

En esos años, los motivos antielitistas que ya estaban presentes en la vida pública en el cambio de siglo adquirieron mayor relieve.[7] El punto a subrayar es que el ingreso de la Argentina en la era del sufragio obligatorio acrecentó la significación y visibilidad de una cultura política popular que fue objeto de crítica recurrente tanto en la derecha como en la izquierda. El ofensivo retrato con que *La Vanguardia* describió la manifestación con la que los seguidores de Yrigoyen –algunos de los cuales desfilaron con vestimentas gauchas– celebraron la consagración de José C. Crotto como gobernador de la provincia de Buenos Aires en abril de 1918 ofrece un ejemplo de este tipo de retórica. Según la descripción del diario socialista, la manifestación radical "asustaba, porque aquello era la horda avanzando, el malón en perspectiva y los gauchos malos de Güemes llenando, no la llanura, sino la ciudad y amenazando arrasar todo con sus desmanes y brutalidades".[8] Vale la pena notar que, al igual que los eventos analizados por James en su estudio sobre el 17 de Octubre, el festejo en cuestión tuvo lugar en las calles del centro de La Plata.

En esos años, en la ciudad de Buenos Aires, también hubo demostraciones antielitistas que tienen un parecido de familia con las que los estudios sobre los orígenes del peronismo ven como novedades de 1945. En enero de 1922 un grupo de simpatizantes yrigoyenistas que desfilaba ruidosamente por la calle Florida aminoró el ritmo de su marcha al pasar frente al Jockey Club, al que agredió con gritos, insultos y burlas. Este desafío simbólico a la institución que mejor representaba la riqueza y el prestigio social en el país bien podría colocarse dentro de la categoría de "iconoclasia laica" que James señaló como uno de los aspectos más originales del comportamiento de los manifestantes que, más de dos décadas más tarde, salieron a la calle a reclamar la libertad de Perón. De hecho, al relatar el suceso, el conservador *El Diario* concluyó que el comportamiento de los manifestantes expresaba "los odios, las incomprensiones, la falta de cultura y el arrabal", exhibidos a la luz del día al "pasear sobre el asfalto su guaranguería y su incultura".[9]

Horda, malón, gauchos malos, campo y ciudad, arrabal que celebra su victoria sobre el centro, guarangos contra clases educadas, incluso descamisados y demagogos: todos estos tópicos asociados a la idea de un pueblo carente de cultura cívica, o de invasión de la ciudad culta y refinada por parte de la periferia pobre, tosca y altanera, en fin, los motivos que giran en torno al conflicto entre dos Argentinas, formaban parte de una grilla de interpretación de las movilizaciones populares que, lejos de ser una novedad de 1945, ya era perceptible hacia el cambio de siglo y estaba bien arraigada, tanto en la izquierda como en la derecha, en la era radical.

La renuencia a situar el 17 de Octubre en una historia más larga de la protesta popular suele venir acompañada de una segunda limitación. Los relatos tradicionales sobre los orígenes populares del peronismo enfocan su atención en las organizaciones políticas y gremiales de izquierda, a las que usualmente describen como los grandes articuladores de las demandas obreras y como los principales voceros de los intereses de las mayorías. Sin embargo, esta elección es problemática por cuanto ya en la era oligárquica, y de manera más evidente luego de 1912,

[7] Inés Rojkind, "Campañas periodísticas, movilizaciones callejeras y críticas al gobierno. La participación política en el orden conservador", *Investigaciones y Ensayos*, vol. 65, 2017.
[8] *La Vanguardia*, 9 de abril de 1918, p. 1.
[9] *El Diario,* 9 de enero de 1922, p. 3.

los propagandistas de la política de clase y los animadores de proyectos políticos radicales nunca lograron concitar adhesiones masivas entre la población trabajadora. Por una parte, porque también los católicos, los radicales y los conservadores incidieron sobre las organizaciones obreras, muchas de las cuales, además, se movieron en el terreno de un laborismo muy pragmático, desprovisto de grandes lealtades político-ideológicas.[10] Pero también porque, y esto es más relevante, los indudables pero acotados logros de las fuerzas de la izquierda en el terreno sindical contrastan con las notorias dificultades que éstas encontraron al momento de forjar una cultura y una política de clase, que tuvieron su correlato en la muy acotada capacidad de este sector de la vida pública para incidir sobre las preferencias electorales de las mayorías. De allí que hablar de política popular antes de 1945 supone, por sobre todo, hablar de trabajadores que, al momento de ir a las urnas, se encolumnaban tras las banderas radicales y conservadoras.

Tanto es así que las organizaciones partidarias ubicadas en el centro y el centro-derecha del espacio político conquistaron más del 80% de los sufragios en todas las elecciones nacionales libres y competitivas que tuvieron lugar entre 1912 y 1943. Por supuesto, esto vale también para los distritos más industriales y obreros del país, como el municipio de Avellaneda, principal fortaleza electoral del conservadurismo bonaerense.[11] Esto significa que, a lo largo de medio siglo, el grueso de los trabajadores se identificó con organizaciones gremiales muy frecuentemente moldeadas por el sindicalismo de negociación y, a la vez, con un proyecto de nación que tenía por referentes a figuras como Mitre, Roca e Yrigoyen. Es indudable que, en la década de 1930, el desasosiego que produjeron el retroceso económico –cuya expresión más evidente fue un prolongado e inédito estancamiento de los salarios– y el régimen del fraude introdujeron nuevas tensiones en la relación entre los votantes y la oferta partidaria pero, aun así, el radicalismo se mantuvo como la opción preferida por las mayorías, seguido por el conservadurismo. Pese a contar con un entorno favorable para la crítica al orden establecido, el avance político de la izquierda fue muy acotado, tal como se advierte al observar su modesto influjo electoral.[12] Integrar estos factores a la explicación de los problemas históricos que plantea el 17 de Octubre es fundamental para entender cómo era el escenario en el que se desplegó ese drama, y qué expectativas movían a sus protagonistas populares. Pero antes de volver sobre estas cuestiones, conviene presentar un cuadro más completo del significado político de la participación popular en la plaza y en la calle.

El pueblo en la calle y en la vida pública

Durante largos años, la idea de que la historia popular de la Plaza de Mayo había comenzado en 1945, además de formar parte de la memoria ideológica del peronismo, ejerció un considerable influjo sobre los estudios académicos. Esa estación ha quedado atrás. En las últimas tres

[10] Roy Hora, "Socialistas, anarquistas, católicos y liberales: trabajadores y política en la Buenos Aires del Novecientos", *Estudios Sociales*, vol. 61, n° 2, 2021; Miranda Lida, "La caja de Pandora del catolicismo social: una historia inacabada", *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, vol. VII, 2018; Francisco Reyes, *Los orígenes de la identidad política del radicalismo (1890-1916)*, Rosario, Prohistoria, 2022.

[11] Pablo Fernández Irusta, "Políticas públicas y caudillismo conservador en Avellaneda, 1909-1930", Tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de Quilmes, 2011.

[12] Roy Hora, "Izquierda y clases populares en Argentina, 1880-1945", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, vol. 23, 2019.

décadas, la investigación histórica reveló que, ya a comienzos de la era liberal, la disputa cívica se caracterizó por su naturaleza inclusiva y participativa, y por el vigor de la cultura de la movilización.[13] El pueblo en la calle, más que una rareza, pasó a ser concebido como un dato central de la vida pública, cuyos orígenes pueden remontarse a los días de la Revolución. En relación con el tema que nos ocupa, Silvia Sigal sentó un mojón en nuestra comprensión de este fenómeno. Su libro *La Plaza de Mayo. Una Crónica* muestra que, en tiempos de Roca, Yrigoyen o Justo, una miríada de agrupaciones, y decenas de miles de personas, una y otra vez ocuparon la Plaza de Mayo para interpelar al poder, fortalecer su personalidad pública y darles relieve a sus demandas.[14]

Los trabajadores no fueron ni los únicos ni los principales animadores de esas acciones. Durante casi un siglo, consumidores, asociaciones étnicas, partidos políticos, la Iglesia católica, entre muchos otros actores, superaron a las congregaciones de trabajadores en poder de convocatoria y capacidad de movilización. Ni siquiera los conservadores se privaron de luchar por el dominio del espacio público, como hicieron el 13 de octubre de 1935, cuando Manuel Fresco ingresó a la Plaza de Mayo al frente de una imponente columna de cerca de cien mil bonaerenses en la que, según *La Nación*, no faltaron los "jinetes con magnífica caballada y estampa netamente gaucha" ni los "viejos criollos marchando con juvenil vigor a pesar de las botas o las alpargatas"[15] y que, de acuerdo con *La Vanguardia* –declaradamente hostil a esa invasión de la urbe culta y orgullosa por los toscos conservadores provincianos–, dejó la vía pública "alfombrada con cáscaras de naranjas y bananas" y demandó mucho trabajo de "los encargados de la limpieza de nuestras calles".[16]

A la luz de nuestro conocimiento sobre esta vigorosa cultura de la movilización cívica se hace evidente que supuestas anomalías como que la Marcha de la Constitución y la Libertad congregase un número mayor de participantes que el Día de la Lealtad pierden su condición de tales. Sin embargo, ni el 19 de septiembre ni el 17 de octubre de 1945 fueron un rayo en cielo sereno, sino eslabones de una cadena que hunde sus raíces en el siglo XIX. En todo caso, la relevancia de estas dos manifestaciones resulta, en gran medida, de su condición de eventos que remataron en una inflexión decisiva del orden político. Por sobre todas las cosas, fue ese desenlace el que las recortó como hitos singulares y el que las hizo ingresar en letras de molde en la gran narrativa de la historia nacional.

Para completar este razonamiento hay que enfatizar que, en las décadas previas a 1945, las mayorías no eran solo número o cantidad. La cultura popular, o de masas, también estaba conquistando un lugar de relieve en la vida pública. Las visiones que describen el 17 de Octubre como el momento de emergencia de una cultura popular hasta entonces acallada o reprimida, a la vez que enemiga de instituciones elitistas como la universidad o los grandes diarios, resultan problemáticas. Y no solo porque un lema como "¡Alpargatas sí, libros no!", coreado el 17 de Octubre, ya tenía un lugar en el lenguaje político desde dos décadas antes, al que había ingresado merced a la acción de una fuerza política tan popular y populista como el lencinismo mendocino. O porque, como ya señalamos, esa no fue la primera vez que santuarios de la clase

[13] Hilda Sabato, *La política en las calles: entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
[14] Silvia Sigal, *La Plaza de Mayo. Una crónica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
[15] *La Nación*, 14 de octubre de 1935, p. 12; *El Mundo*, 14 de octubre de 1935, p. 14.
[16] *La Vanguardia*, 14 de octubre de 1935, p. 1.

alta como el Jockey Club fueron hostilizados. Más importante es que, mucho antes de 1945, la arena pública ya estaba impregnada de fuertes tonalidades plebeyas, y que ese clima ejercía una considerable influencia sobre las interacciones sociales y políticas en las grandes urbes de la región litoral.

El capítulo más relevante de ese ascenso popular tuvo lugar en el primer tercio del siglo XX, y recibió impulso de tres fenómenos paralelos: el proceso de expansión económica que ensanchó las avenidas de movilidad social y erosionó las jerarquías construidas en el siglo XIX, la forja de un régimen de sufragio amplio y libre que movió el centro de gravedad de la vida pública hacia abajo, y la expansión del sistema educativo y de las industrias culturales, que amplió los horizontes políticos y culturales de las mayorías y democratizó la vida social. Estos fenómenos, combinados, acotaron el papel de las élites decimonónicas como centro de la vida cultural de la nación, y abrieron espacios para la expansión de una cultura de acusados rasgos igualitaristas.

En esos años, al calor del veloz ascenso sociocultural de las clases medias, la vida pública acrecentó su impronta antielitista. No es preciso suscribir las visiones que, como Karush, proponen que las narrativas de conflicto entre ricos y pobres que propagaban la radio y la pantalla cinematográfica expresaban el vigor de una cultura popular contestataria que contribuyó a moldear al peronismo para coincidir en que, en los años de entreguerras, gracias al fútbol y al turf, al tango y al folclore, los rasgos plebeyos de la cultura urbana cobraron singular relieve.[17] Hijo de una sociedad dominada por el ideal del ascenso social, y por tanto tan hostil al elitismo como indiferente al clasismo, ese ambiente desafiaba las prerrogativas de las clases altas pero también los llamados a transformar el orden social provenientes tanto de la izquierda como de la derecha. En esos años, ídolos populares de orígenes sociales bajos, como Irineo Leguisamo, Bernabé Ferreyra, Carlos Gardel o Libertad Lamarque, se volvieron personajes más importantes para el gran público que cualquier figura representativa de la alta cultura o de la élite social del Centenario. Agreguemos que, tanto por la fuerte incidencia de los grandes medios de comunicación en la forja de esa cultura como por sus implicancias políticas, ni la izquierda ni la derecha celebraron esas novedades. De hecho, socialistas y comunistas se convirtieron en críticos tan implacables del magisterio de las industrias culturales y el deporte profesional sobre las mayorías como la propia Iglesia católica.[18]

No solo la prensa, la radio y el cine reflejaron el impacto de una sociedad en veloz proceso de democratización social que avanzaba por caminos distintos a los imaginados por quienes, a derecha o izquierda, deseaban convertirse en guías de la elevación cultural del pueblo cristiano o del pueblo trabajador. El mundo del hipódromo y el deporte, del espectáculo, e incluso la lengua, fueron terrenos donde las mayorías dejaron marcas indelebles en los patrones de interacción social. En las grandes ciudades, y en particular en Buenos Aires, el habla pone de relieve cuánto se había democratizado el trato en la esfera pública en las décadas previas a la llegada de Perón. Lo señaló, consternado, Amado Alonso en su *El problema de la lengua en América*. En ese conocido estudio aparecido en 1935, el filólogo español observó que como consecuencia de cierta "inundación de plebeyismo […] la minoría de ha-

[17] Matthew B. Karush, *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*, Buenos Aires, Ariel, 2013.
[18] Roy Hora, *Historia del turf argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

blar correcto tiene sobre la masa de conciudadanos un influjo menor que el esperable y necesario, pues no son para los más ese punto obligado de referencia por el cual la mayoría orienta su conducta social".[19]

Alonso nos recuerda que, diez años antes de que el nombre de Perón se volviera conocido, y más que en cualquier otro lugar de América Latina, las clases más educadas ya habían perdido la batalla por el dominio de la corrección en el uso del lenguaje. Y la habían perdido no contra las deformaciones que la lengua culta había experimentado como resultado del arribo de millones de inmigrantes que no hablaban el idioma nativo sino como producto de la emergencia de una lengua popular nueva –de la que el lunfardo era pieza central–, cuyas expresiones tenían carta de ciudadanía no solo en la calle sino también en los medios de comunicación. El testimonio más evidente de la significación de este fenómeno nos lo ofrece el rechazo de la Revolución de Junio a esa "degradación" de la lengua que, en 1944, dio lugar a una agresiva campaña dirigida a adecentar el habla popular sanitizando, entre otros objetos, las letras de tango y los modismos y expresiones coloquiales que propalaba la radio. Por supuesto, un combate contra los gustos de las mayorías era una batalla que no podía ganarse, por lo que, al cabo de un tiempo, estos censores de la cultura popular debieron reconocer su derrota. Al fin y al cabo, hasta el propio presidente Farrell –cuya infancia transcurrió en un distrito tan popular como Lanús– era un apenas secreto amante del tango.

A la luz de este panorama, que revela la intensidad de lo que Lila Caimari describe como el "aire de insolencia democrática" imperante en la Buenos Aires de entreguerras, resulta discutible que el comportamiento de los protagonistas del 17 de Octubre deba verse como expresión de un pueblo hasta entonces ignorado o reprimido o de una iconoclasia secular que pretendía desafiar a las élites del poder y del prestigio.[20] En esa sociedad que ya no puede pensarse en términos polares, las demandas de reconocimiento en el plano cultural no corrían por el mismo andarivel ni tenían la misma intensidad que los reclamos –inevitablemente más potentes tras esa larga década perdida para la mejora popular que fue la "Década Infame"– de inclusión y mejora socioeconómica. Es significativo que los manifestantes que ganaron la calle el 17 de Octubre mostraran mayor encono contra el edificio del diario *Crítica*, emblema y decano de la prensa amarilla, que venía haciendo una virulenta campaña contra Perón, que contra medios más asociados al alto mundo social y cultural como *La Prensa* o *La Nación*. La impugnación política y moral a los que tomaron parte en las protestas de ese día que puede leerse en la prensa de izquierda no debe confundirnos. Descamisados, hordas, turbas, lumpen-proletarios, alpargatas contra libros, centro contra suburbio: esas figuras retóricas no fueron un invento de 1945, ni expresaron la emergencia de una nueva conciencia popular. Basta mirar hacia atrás para advertir que, al margen del (previsible) modo en que fue tratada por socialistas y comunistas, la cultura popular que se expresó ese día en la Plaza de Mayo o en La Plata había venido ganando terreno y cobrando entidad en la vida pública por, al menos, un tercio de siglo.

[19] Amado Alonso, *El problema de la lengua en América,* Madrid, Espasa Calpe, 1935, p. 169.
[20] Lila Caimari, "Mezclas puras: lunfardo y cultura urbana (años 1920 y 1930)", en A. Gorelik y F. Areas Peixoto (comps.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016, p. 163.

Promesa y apuesta

Encuadrar la movilización del 17 de Octubre en una historia más larga no supone, por cierto, ignorar todo lo que esta jornada tuvo de singular. Como recuerda James, un aspecto novedoso radica en el hecho de que los manifestantes que ese día concurrieron a la Plaza fueron interpelados por Perón en cuanto trabajadores, y en cuanto trabajadores que eran elevados a la condición de alma de una nueva nación.[21] El pueblo tanto como el ciudadano indiferenciado de otros tiempos habían sido desplazados por una nueva figura que poseía un perfil de clase más nítido, y a la que el coronel reformista convocaba a movilizarse con el fin de inaugurar una era de justicia social y afirmación nacional que debía apoyarse sobre un nuevo patrón de crecimiento orientado por el Estado y centrado en la cada vez más gravitante actividad manufacturera volcada sobre el mercado interno. Al calor de la acentuación de la polarización social y política que acompañó el ascenso de Perón, el componente clasista de la disputa por el poder alcanzó un inédito relieve. En un plano más inmediato, y sobre el telón de fondo de un país dividido, quizá lo más importante fue que los sucesos de esa jornada se ganaron un lugar en la historia porque impusieron un giro drástico a la crisis política que, tras la marcha de la oposición civil del 19 de septiembre, parecía haber sellado la suerte de Perón y de la dictadura militar.

Más que revelar una verdad esencial sobre el pueblo, más que inaugurar un nuevo tiempo de participación popular, esa sorpresiva movilización repuso a Perón en el centro del escenario y le abrió el camino para consagrarse como el candidato oficialista a la presidencia en las elecciones convocadas para el 24 de febrero de 1946. Es muy importante tener presente que el resultado de esos comicios decisivos no estaba contenido en los eventos del 17 de Octubre, ni era el reflejo del avance del todavía modesto poder sindical. De hecho, por entonces muy pocos imaginaban que el candidato de la Revolución de Junio sería capaz de imponerse a una coalición electoral que reunía a casi todo el arco político. Como es sabido, muchos observadores desestimaron la relevancia de la movilización del 17, convencidos de que los comicios de febrero la condenarían, como a otras protestas del pasado, al basurero de la historia.

Las elecciones de 1946, sin embargo, contaron otra historia. Para entender qué hizo posible la victoria de Perón, una fértil intuición de Silvia Sigal nos ayuda a expandir nuestro horizonte cognitivo. Sigal afirma que, prisioneros de la idea de que la emergencia del peronismo debe concebirse como una reacción directa al panorama de explotación económica y marginación política que signaba la condición obrera en la época, los estudios sobre el tema no han prestado suficiente atención al poder movilizador de la promesa peronista. Al enfocarse en el contexto del que surgió la nueva fuerza política –esto es, en el peronismo como un movimiento de rechazo a un pasado de explotación y miseria–, los analistas del fenómeno dejaron en un segundo plano lo referido a las expectativas y esperanzas que el coronel supo concitar.[22]

Esta línea de indagación permite integrar mejor en la explicación de la constitución del lazo político y afectivo entre Perón y sus seguidores el hecho de que, en la primavera de 1945, este recién llegado a la lucha por el poder hablaba en nombre de un proyecto cuyos apoyos populares todavía eran endebles e inciertos, en parte porque sus logros aún eran modestos. En

[21] Daniel James, "Los orígenes del peronismo y la tarea del historiador", *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, vol. 3, 2013, p. 138.
[22] Sigal, "Del peronismo".

cuanto al primer punto, recordemos que apenas habían pasado tres meses desde ese 12 de junio en el que la CGT, por primera vez, se pronunció abiertamente en favor de Perón (fue la primera ocasión en que los participantes de un acto público se definieron como "peronistas"). Sin embargo, mientras la cúpula cegetista tomaba ese camino, muchos dirigentes sindicales seguían dudando de la conveniencia de atar su suerte a la del Secretario de Trabajo y Previsión de la dictadura. Tanto es así que, en septiembre, La Fraternidad, institución decana del sindicalismo, abandonó la central obrera, y su salida fue imitada por otros gremios de relieve (comercio, textil, calzado). Aún si estas divisiones no hubieran tenido lugar, insistir en la importancia del universo sindical como base de apoyo de Perón es exagerar la relevancia de ese actor. Conviene recordar que, aunque sin duda más activo y movilizado por efecto de las nuevas circunstancias creadas por la activa interpelación oficial, el universo sindicalizado seguía teniendo una envergadura similar a la que poseía antes de la llegada de los militares al poder. A fines de 1945, el total de afiliados, que en 1941 rondaba los 440.000, solo había crecido un modesto 20%, hasta los 528.000. Incluso en el sector manufacturero, tan cortejado por Perón, en ese quinquenio el número de trabajadores creció más rápido que la tasa de sindicalización.[23] La gran expansión de la organización gremial, que para 1950 había llevado el número de asalariados sindicalizados por encima de los dos millones, aún estaba fuera del horizonte. Agreguemos que ese medio millón de afiliados de 1945 representaba menos del 20% de los votantes que concurrieron a las urnas en las elecciones en las que Perón se consagró presidente. No está de más recordar, finalmente, que tanto Perón como los dirigentes sindicales sabían bien que toda la historia previa enseñaba que, en el cuarto oscuro, el voto popular nunca se había mostrado (ni se mostraría luego) demasiado fiel a las insinuaciones o las directivas de la dirigencia gremial.

Desplazar la atención desde el plano de la organización sindical al de la regulación de las relaciones laborales y las remuneraciones al trabajo nos permite constatar que, para octubre de 1945, el conjunto de iniciativas desplegadas desde la Secretaría de Trabajo y Previsión no había alterado de forma sustantiva la condición del conjunto de la población asalariada. Para entonces, la justicia del trabajo solo había comenzado a actuar en la capital federal; su acción era desconocida en el resto del país.[24] En lo referido al tema crucial del nivel de las remuneraciones, los estudios existentes indican que, al cabo de casi dos años de intensa actividad de la Secretaría de Trabajo y Previsión, los salarios reales de 1945 eran similares a los de 1943. Ni siquiera en el sector industrial, de fuerte expansión en esos años, se habían producido aumentos significativos.[25] La información oficial sobre distribución del ingreso cuenta esta misma historia desde otro ángulo. En 1945, la porción correspondiente a remuneraciones al trabajo (46,7) no fue muy distinta a la existente en la segunda mitad de la "Década Infame" (en 1939 y 1940 fue de 46,0 y 46,4, respectivamente).[26] Medidas como la concesión del sueldo extraor-

[23] Louise Doyon, *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2006, pp. 119-121.
[24] Juan Manuel Palacio, *La justicia peronista. La construcción de un nuevo orden legal en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, pp. 107-112.
[25] Osvaldo Ferreres (dir.), *Dos siglos de economía argentina (1810-2004)*, Buenos Aires, Norte y Sur, 2005, p. 461; Carlos Newland y Martín E. Cuesta, "Peronismo y salarios reales: otra mirada al período 1939-1956", *Investigaciones y Ensayos*, n° 64, 2017.
[26] Poder Ejecutivo Nacional, Secretaría de Asuntos Económicos, "Producto e ingreso de la República Argentina en el período 1935/1954", 1955, pp. 51-52.

dinario (el aguinaldo) estaban en el futuro, y serían motivo de grandes disputas en diciembre de 1945 y agitadas discusiones durante la campaña electoral. La expansión del régimen previsional era, también, un proyecto todavía sin forma. En síntesis, para los manifestantes que concurrieron a la Plaza de Mayo el 17 de octubre, en términos de realizaciones materiales, lo más importante estaba en el porvenir. Muchos eran los indicios de que Perón estaba comprometido con una ambiciosa agenda reformista. Su figura evocaba una promesa sin duda muy atractiva pero, por distintas razones, de concreción todavía incipiente, cuando no incierta.

Con este cuadro en mente podemos avanzar un paso más allá que Sigal para enfatizar que la idea misma del 17 de Octubre como el momento de cristalización del lazo entre Perón y los trabajadores peca de simplista, toda vez que concibe la forja de una relación política tan perdurable como la que unió al coronel con sus seguidores como una suerte de designio providencial que se realiza en un instante. El concepto de experiencia, tan valioso para abordar los siempre complejos procesos de construcción de identidades, debería prevenirnos contra la tentación de suscribir razonamientos que son más propios de la memoria ideológica de una fuerza política que del análisis histórico. Visto desde este ángulo, queda claro que, no ya en octubre, sino todavía a fines de ese año, la consagración de ese lazo era una posibilidad entre muchas. Su concreción dependía más de lo que Perón realizaría en el futuro que de lo que hasta entonces había hecho. En 1945, el coronel Kolynos, ese sonriente militar recién llegado a la vida pública, era pura promesa.

De hecho, el argumento más poderoso invocado por Perón para seducir a la ciudadanía no eran sus realizaciones sino sus propuestas. A lo largo de 1945, y con mayor fuerza en el curso de la campaña electoral que se extendió entre fines de octubre y los comicios del 24 de febrero de 1946, el candidato oficialista derrochó ofrecimientos. De allí que, más que como el beneficiario de una lealtad ya probada y refrendada, resulta más productivo concebir al Perón de esos meses como un dirigente político que, a fuerza de invocar su compromiso con la causa de la justicia social y la construcción de un nuevo país, estaba contrayendo una enorme deuda con sus votantes. En definitiva, el triunfador del 17 de Octubre no era el portador de un cheque en blanco sino, por el contrario, el deudor de un oneroso pagaré. De un pagaré que, en caso de ser aceptado en los comicios del 24 de febrero, debía redimirse a la mayor brevedad posible.

Todo esto sugiere que el 17 de Octubre, más que lealtad, identidad o interés, hubo apuesta. Y es importante tener en cuenta que, por el carácter todavía precario del vínculo que Perón había tejido con quienes ese día lo rescataron del ostracismo, y de aquellos que el 24 de febrero otra vez apostaron por él, no tenía más opción que honrar con creces ese exigente compromiso. Enfrentado a una poderosa coalición opositora que comprendía casi todo el arco político, sin un pasado capaz de legitimar su palabra y fortalecer su personalidad pública, carente de una fuerza política estructurada sobre la que apoyarse, acechado por rivales en el propio seno del ejército, ese era el único camino que podía fortalecer su posición ante las mayorías. Al fin y al cabo, si la apuesta por Perón –un personaje salido de la nada, una figura a quien tres años antes nadie conocía y, quizá para peor, un militar– defraudaba las expectativas que había logrado concitar, sus ocasionales votantes tenían el camino despejado para retornar a las agrupaciones políticas a las que habían acompañado en el pasado. El peronismo ya era parte del paisaje político, pero su destino mayoritario no estaba escrito en piedra.

En este punto, es importante volver a recordar que en 1946 no había nada parecido a masas en disponibilidad y, mucho menos, votantes políticamente vírgenes. Este es uno de los puntos donde los estudios que hacen comenzar la historia del ascenso del peronismo en los años treinta

muestran una de sus mayores debilidades. Para 1945, el país ya contaba no solo con una larga historia de participación cívica sino también con partidos políticos de considerable arraigo, que habían animado la vida pública por más de un tercio de siglo. Aún si el régimen del fraude había lesionado el vínculo entre votantes y oferta partidaria, la UCR permanecía como la primera opción de las mayorías, y el conservadurismo también se había mostrado capaz de suscitar duraderas adhesiones populares en varios distritos, entre los que se contaban los suburbios industriales de Buenos Aires. Las similitudes en los resultados de las elecciones bonaerenses de 1931 y 1940 ponen de manifiesto que, aun cuando la "Década Infame" fue un tiempo de dificultades y frustración, el malestar acumulado en esos años no introdujo ninguna inflexión decisiva en las preferencias de los votantes del mayor distrito electoral del país. La impotencia electoral no solo de la extrema derecha sino también de la izquierda ofrece una prueba adicional de esa estabilidad.

Considerando este panorama no resulta fortuito que Perón buscara reforzar su atractivo electoral sumando un dirigente radical de primer nivel a su fórmula presidencial y, mucho menos, que su requisitoria se estrellara contra un muro de indiferencia. Perón tenía claro que allí, entre los seguidores del radicalismo, estaban los votos populares que necesitaba para convertirse en un candidato competitivo.[27] Convencidos de que su partido se impondría cuando llegara el momento de ir a las urnas, ningún dirigente radical de relieve y proyección nacional quiso acompañarlo (Amadeo Sabattini, por ejemplo, rechazó la candidatura a vicepresidente que tenía servida en bandeja). Solo unos pocos radicales de segundo rango, como Armando Antille y Juan Ignacio Cooke, así como varios jóvenes dirigentes que veían bloqueado su avance dentro de la estructura partidaria, se mostraron dispuestos a saltar el cerco. De allí que Perón tuviese que conformarse con ungir como candidato a vicepresidente a un dirigente de muy escaso porte, el correntino Hortensio Quijano, que siempre había sido un perdedor en su distrito y que, además, había hecho toda su carrera en las filas del antiyrigoyenismo. Que Perón terminara eligiendo a este gris político alvearista habla a las claras de la importancia de atraer a los votantes con una fórmula presidencial con alguna coloración radical, y de las dificultades que debió enfrentar para lograrlo.

En síntesis, la reticencia de los dirigentes radicales ante las generosas ofertas de Perón nos dice mucho sobre cómo era visto el panorama electoral en el seno del partido dominante del sistema político. Una imagen similar se alcanza al comprobar que la cúpula radical tampoco tomó en serio a los dirigentes gremiales que, como Luis Gay, decidieron acercársele: convencidos de que tenían el voto popular de su lado, no creyeron necesario hacer concesiones ni buscar nuevos aliados.[28]

De todos modos, el punto más relevante a considerar al momento de situar al 17 de Octubre en un contexto más amplio no fue lo que sucedió en la campaña electoral o en las urnas el último domingo de febrero de 1946, sino el hecho de que, en el curso del trienio posterior, se produjera una profunda transferencia de lealtades que dejó al radicalismo y al conservadurismo huérfanos de apoyos populares. Ese movimiento tectónico forzó a la UCR a reinventarse como partido de clases medias y, además, hundió al conservadurismo en la insignificancia. Por supuesto, el factor determinante de esta drástica reformulación del mapa electoral fue la política de mejora del ingreso y de incremento del bienestar popular más ambiciosa de la historia

[27] Samuel Amaral, *Perón presidente. Las elecciones del 24 de febrero de 1946*, Buenos Aires, Eduntref, 2018.
[28] Al respecto, véase el testimonio de Luis Gay, Archivo de Historia Oral, Instituto Di Tella.

nacional (retomo este punto más abajo). En varias ocasiones, Perón justificó este programa señalando que su objetivo era contener el avance del comunismo. Es evidente, sin embargo, que ese argumento no era más que un artificio retórico calculado para hacer menos amarga la medicina, hecha a base de altas dosis de justicia social que, muy a su pesar, debieron tragar capitalistas y empleadores.

El hecho de que en las elecciones de 1946 los representantes del capital decidieran inclinarse abiertamente por una alianza en la que participaban el Partido Socialista y el Partido Comunista –la Unión Democrática– no deja dudas sobre qué relevancia le asignaban a la amenaza roja. Al margen de algunas iniciativas dirigidas a extirpar a la izquierda de las organizaciones sindicales, las acciones del propio Perón revelan una visión similar del desafío político que tenía por delante. Este no consistía en combatir el ascenso de una izquierda que, en rigor, solo ejercía cierto influjo sobre el mundo gremial, todavía un actor de escaso relieve en el campo del poder y que, por sobre todas las cosas, era incapaz de moldear las preferencias políticas de las mayorías. Consistía, en rigor, en impedir que los trabajadores que lo habían acompañado en octubre de 1945 y febrero de 1946 llegaran a la conclusión de que ese ambicioso coronel no estaba a la altura de sus promesas y, por tanto, que volvieran sobre sus pasos y nuevamente cedieran su voto a las agrupaciones partidarias con las que se habían identificado por más de tres décadas. En síntesis, Perón debía convertir una adhesión que todavía tenía mucho de superficial en un compromiso estable y duradero.

A la luz de lo que sabemos sobre el universo de creencias políticas de la ciudadanía, solicitar el voto y reclamar apoyo para el heredero reformista de la Revolución de Junio era una tarea que no suponía grandes obstáculos en el plano ideológico. Es sabido que la idea de justicia social ya tenía un lugar visible en la discusión pública, y que las mayorías abrigaban sentimientos nacionalistas y reformistas que eran compatibles con el programa de Perón. Por otra parte, la escasa gravitación electoral de la izquierda constituye un indicador elocuente de que la identificación popular con ideas reformistas y antielitistas no se asentaba sobre una sensibilidad anticapitalista.[29] A ello hay que agregar que la amplia adhesión que en su momento concitó el yrigoyenismo, lo mismo que vertientes del conservadurismo popular como la encarnada por Alberto Barceló, sugieren que la retórica que describía al campo político como un espacio dividido en dos hemisferios en tensión, en el que solo uno de ellos encarnaba los valores positivos de la nación, resultaba menos ajeno al sentido común de las mayorías que los argumentos que se apoyaban en visiones liberales o pluralistas de la comunidad política.

Agreguemos, finalmente, que el catolicismo social invocado por Perón conectaba mejor con el ideario popular que el laicismo militante de la dirigencia política y sindical de izquierda y, quizá también, que el laicismo moderado exhibido por una parte considerable de la dirigencia radical y conservadora. El 17 de Octubre tuvo algo del clima irreverente propio de las concentraciones populares, pero testimonios como los de Delfina Bunge, incluso si parciales o sesgados, nos recuerdan que el catolicismo popular no era ajeno al universo cultural de los manifestantes ("la multitud se muestra respetuosa. Hasta se vio una columna en la que parte de sus componentes hacían la señal de la cruz al enfrentarse con la Iglesia").[30] Al margen de las

[29] Roy Hora, "The impact of the Depression on Argentine society", en P. Drinot y A. Knight (eds.), *The Great Depression in the Americas and its Legacies*, Durham/Londres, Duke University Press, 2014.
[30] *El Pueblo*, 20 de octubre de 1945.

derivas de la discusión en curso sobre la verdadera envergadura de las iniciativas católicas en el mundo del trabajo, no cabe duda de que los motivos católicos que tanta visibilidad y gravitación alcanzaron en el mundo gremial a partir de los años peronistas, todavía hoy muy visibles, lograron imponerse porque sintonizaban mucho mejor con el sentimiento popular que el enfático anticlericalismo del gremialismo de izquierda.[31] También en este plano, pues, la distancia entre el universo de ideas con el que Perón se identificaba y el que primaba entre las clases populares era considerablemente menor de lo que proclamaban sus opositores, que describían al heredero de la Revolución de Junio como un nazi o un enemigo de la democracia.

La construcción del lazo de lealtad

En síntesis, estos elementos nos sugieren que, para conquistar y asegurar adhesiones populares, y al margen de lo que su extraordinario talento político podía aportar a esa tarea, el mayor desafío que Perón tenía por delante era de naturaleza eminentemente práctica, y su piedra de toque era su capacidad para elevar a las mayorías, sin demora, a un umbral superior de bienestar. Era la gran asignatura pendiente en una nación que, en la década y media previa, tras la Gran Depresión, había visto opacarse el sueño del progreso individual y familiar que tan central había sido, como discurso público y como experiencia popular, en la era del crecimiento exportador. Podemos tomar idea de la magnitud de la inversión que Perón realizó en este proyecto al observar el extraordinario sesgo protrabajo de la política económica que signó los tres primeros años de su presidencia. Fue precisamente la precariedad de sus apoyos populares, no su solidez, lo que obligó a Perón, que juró la presidencia en junio de 1946, a conceder tanto en tan poco tiempo. La necesidad de librar una onerosa batalla por el corazón y las mentes de los argentinos de a pie –una respuesta perentoria a las demandas de quienes "aspiraban a alcanzar sus justas reivindicaciones de un día para el otro"–[32] constituye el principal determinante político de la revolución distributiva de 1946-1948, sin duda el aspecto más original y distintivo de ese primer peronismo (mucho más notable que su industrialismo, su estatismo o su nacionalismo). Y que, por añadidura, también explica los profundos desequilibrios macroeconómicos en que incurrió la política económica durante ese trienio. Bien mirados, esos desajustes no fueron más que la contracara y la consecuencia inevitable de la imperiosa necesidad de avanzar a marcha forzada en busca del apoyo popular.

Entre 1946 y 1948, las mayorías experimentaron una mejora aún más formidable que la que habían vivido en la década de 1920, hasta entonces lo más parecido a un paraíso popular que los trabajadores pudieran recordar. En los años veinte, las remuneraciones crecieron algo más del 50%; además, las condiciones laborales mejoraron y la duración de la jornada laboral se acortó.[33] El arraigo popular del radicalismo se afirmó sobre este enorme avance en la condición popular. Cuando llegó su turno, Perón empujó un alza de los salarios de proporciones similares. Pero lo

[31] Jessica Blanco, *Historia de una relación impensada. El catolicismo en los sindicatos durante el primer peronismo*, Buenos Aires, Eudem-GEU, 2021; Lida, "La caja de Pandora".
[32] Alfredo Gómez Morales, en A. Cafiero, *Cinco años después…*, edición del autor, 1964, p. 405.
[33] Fernando Rocchi, "Una expansión desigual. Los cambios en el consumo argentino, desde principios del siglo XX hasta la década de 1940", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 53, 2021, p. 237.

hizo en apenas tres años y, a diferencia del que tuvo lugar un cuarto de siglo antes, ese incremento dependió mucho más del impulso estatal que de lo que podía ofrecer el mercado (un Estado cuyo acrecido aparato de difusión, además, invirtió gran energía para narrarlo y celebrarlo).

Fue el incremento del bienestar popular más importante de toda la historia nacional. Cuando Perón ganó la presidencia, los salarios reales casi no habían aumentado. Desde entonces, subieron muy por encima de los beneficios y la productividad, creciendo a casi el 12% anual entre 1946 y 1948, hasta acumular un alza de cerca del 40% entre 1946 y 1949.[34] Otras estimaciones sugieren que el poder de compra de los salarios medios industriales creció un 51% entre 1946 y 1949.[35] En 1948, los haberes previsionales eran un 51% más altos que al comienzo de la Revolución de Junio.[36] Los estudios sobre consumo cuentan una historia paralela, de acrecentada prosperidad popular.

La comparación internacional pone de relieve cuán excepcional fue esa revolución distributiva. Nada similar sucedió en esas décadas en América Latina, ni tampoco en el hemisferio norte. Quienes como Pedro Conde Magdaleno contrastaron la calidad de vida de los trabajadores en la Nueva Argentina y la Rusia soviética percibieron inmediatamente que, tanto en términos de libertad como de bienestar material, el país de Perón opacaba al de Stalin.[37] Es difícil imaginar una vara más exigente para medir el sesgo protrabajo de la economía política justicialista que la que ofrece la Europa gobernada por la izquierda y, sin embargo, como observó Perry Anderson, "Perón consagró una redistribución del ingreso desde el capital al trabajo mayor que la de cualquier gobierno socialdemócrata de la Europa de posguerra".[38] Por supuesto, esta política de seducción material vino acompañada de una ambiciosa legislación laboral, muy sensible a los reclamos de los trabajadores sindicalizados y, en términos más generales, de numerosas iniciativas en el plano de las políticas culturales, que contribuyeron a forjar una idea más amplia e inclusiva de ciudadanía social. Eva, que desde 1946 fue ocupando un lugar cada vez más central en la arquitectura del poder peronista, también hizo lo suyo, llevando el mensaje peronista a los sectores menos organizados del mundo del trabajo. Todo esto ayuda a explicar las amplias victorias oficialistas en las elecciones legislativas de marzo de 1948 (56,4%) y en las convocadas el 5 diciembre de ese mismo año para reformar la Constitución (66,7%), que elevaron su caudal electoral bien por encima de los resultados de febrero de 1946 (52,8 %).

Es sabido que, con las espaldas mejor cubiertas, Perón se dispuso a disciplinar a los actores más díscolos de su propia coalición. En 1947 disolvió el Partido Laborista y la Unión Cívica Radical Junta Renovadora. Al año siguiente puso tras las rejas a Cipriano Reyes, cerrando la puerta a cualquier atisbo de autonomía sindical. Pero quizá lo más importante es que el trienio 1946-48 fue decisivo para dotar de un nuevo estatus político a ese Primer Trabajador

[34] Pablo Gerchunoff y Damián Antúnez, "De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo, 1946-55", en J. C. Torre (comp.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, p. 146.
[35] Claudio Belini, "Inflación, recesión y desequilibrio externo. La crisis de 1952, el plan de estabilización de Gómez Morales y los dilemas de la economía peronista", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 40, 2014, p. 144.
[36] José Luis Bour, "La política provisional", en R. Cortés Conde, J. Ortiz Batalla, L. D'Amato y G. Della Paolera (eds.), *La economía de Perón*, Buenos Aires, Edhasa, 2020, p. 222.
[37] Ernesto Semán, *Ambassadors of the Working Class: Argentina´s International Labor Activists and Cold War Democracy in the Americas*, Durham, Duke University Press, 2017.
[38] Perry Anderson, "Jottings on the Conjuncture", *New Left Review* II/48, 2007, disponible en: https://newleftreview.org/issues/ii48/articles/perry-anderson-jottings-on-the-conjuncture.

que no tenía otro pasado que la vida de cuartel y, sobre todo, para transformar a los simpatizantes que había comenzado a atraer en los años de la Revolución de Junio en un conjunto de seguidores no solo más nutrido sino también más devoto. El nuevo umbral de bienestar alcanzado en esos años, que dio verdadera carnadura a la promesa formulada en 1945/6, fue crucial para erigir al líder justicialista en la estrella polar de la política popular. No es casual que la consigna "Perón cumple", reproducida de mil maneras y verdadero mantra de la comunicación oficial, se volviera omnipresente hacia 1948-1949.

Quizá la evidencia más clara de que, al cabo de algunos años, Perón había conquistado ese lugar de privilegio en la consideración popular es que recién en 1949, por primera vez, el primer mandatario se sintió lo suficientemente seguro de la solidez de sus respaldos como para dar un golpe de timón y proponer una política económica menos concesiva hacia los trabajadores. Los primeros indicios de este giro –un movimiento que suponía un desafío mayor que disciplinar a los aliados de 1946– comenzaron a advertirse en 1949, cuando los síntomas de los desarreglos macroeconómicos provocados por la expansiva política económica llevada adelante en los años previos ya eran inocultables. De hecho, 1949 fue un año plagado de sinsabores: déficit en la balanza comercial, contracción de la producción industrial y un salto de los precios que llevó la tasa de inflación a cifras que no se conocían desde los años de la formación del Estado. A la luz de este panorama, es comprensible que, superada exitosamente la prueba electoral de 1948, y confiado en que la fidelidad al nuevo orden parecía arraigada, Perón inaugurara una nueva fase de su gobierno, en el que las cuestiones vinculadas al equilibrio fiscal, el control de la emisión monetaria y el crecimiento sustentable pasaran a primer plano.

A comienzos de 1949 Perón despidió a Miguel Miranda, el osado arquitecto de la primera economía justicialista, y lo remplazó por el más cauto y competente Alfredo Gómez Morales, que ensayó una política económica más ortodoxa. Lo que siguió es conocido: tres años de estancamiento, retroceso de los salarios reales y, como respuesta, malestar e incluso algunas huelgas. Esa etapa sin muchos logros que celebrar en términos de mejora popular y progreso social fue la antesala de la crucial elección del 11 de noviembre de 1951 en la que, gracias a la reforma de la Constitución, Perón volvía a competir por la presidencia.

Los comicios de 1951 no solo constituyeron una suerte de plebiscito sobre la reelección o sobre cuestiones más abstractas como la adhesión a la nueva Constitución de impronta estatista y nacionalista. Tal vez más importante, las urnas se pronunciaron sobre la valoración popular de un justicialismo más austero, que combinaba democratización social con autoritarismo político en una fase más madura y estabilizada, en donde había menos de lo primero y más de lo segundo. Ante ese panorama, que ya no era el de las promesas de 1945/6 o el de la exuberancia de 1947/8, el veredicto popular fue inequívoco e inapelable: casi dos tercios (63,4%) de un electorado muy ampliado por la presencia femenina proclamó que, pese a todo, quería mantenerse junto al gobierno nacido en 1946.

El contundente respaldo que Perón obtuvo en las urnas sugiere que, luego del envión inicial que le habían dado tres años formidables, otros tres mucho más grises no habían dañado su ascendiente, ni provocado fugas hacia el campo opositor. Este panorama permite comprender por qué fue recién entonces cuando, fortalecido por esa rotunda victoria, el gobierno decidió que había llegado el momento de lanzar un plan de ajuste que pronto se reveló más ambicioso, coherente y sistemático que todo lo hecho en ese plano en los tres años previos. Anunciado por el propio Perón el 18 de febrero de 1952, el Plan de Emergencia Económica restringió el crédito y contrajo el gasto público y la emisión monetaria. En una decisión que un

tiempo antes hubiera sido considerada anatema, también impuso un congelamiento salarial destinado a extenderse por dos años. Todo esto fue acompañado por concesiones al capital agrario, cuyos representantes escucharon de boca del presidente que la hasta entonces vilipendiada oligarquía terrateniente y el latifundio ya no representaban un obstáculo para el progreso del país.[39] El nuevo rumbo también promovió la apertura al capital extranjero y la reconciliación con los Estados Unidos. El trato deferente que Milton Eisenhower recibió en su visita de julio de 1953 podría haber hecho pensar a un distraído que la consigna Braden o Perón nunca había existido, o que pocos años antes el país no había sancionado una Constitución nacionalista. En síntesis, tras el espaldarazo que significaron las elecciones de noviembre de 1951 comenzó un nuevo capítulo en la historia justicialista que, en aspectos sustantivos, fue mucho más que una pausa en el camino. Y emergía otro Perón, convencido de que ya resultaba políticamente posible tomar mayor distancia de las demandas de sus bases de apoyo, por fin dispuesto a enfatizar la acumulación por sobre la distribución.[40]

¿Por qué esta inflexión, visible tanto en el plano de la política económica como en el del discurso oficial, se produjo apenas conocido el resultado de la elección del 11 de noviembre de 1951? Seguramente porque el contundente mensaje de las urnas mostró que el ciclo político que había tenido sus hitos fundantes el 17 de Octubre y el 24 de febrero de 1946 estaba clausurado. Además de asegurarle otros seis años en la presidencia, noviembre de 1951 mostró que el ascendiente de Perón no había sido erosionado por las frustraciones y dificultades que sus partidarios experimentaron tras el fin de la revolución distributiva de 1946-1948 –el estancamiento del salario, el ascenso de la inflación, la mayor dureza en el trato con huelguistas y disidentes– y que, por tanto, su lugar eminente en el campo del poder ya no era tributario de la realización de una promesa sobre el futuro. Es indudable que en el transcurso de esos seis años se habían consolidado poderosas organizaciones sindicales que, si por una parte le dieron al justicialismo un mayor arraigo social, a la vez acotaron el margen de maniobra de la Casa Rosada para encarar políticas de austeridad. Pero el momento del lanzamiento del Plan de Emergencia Económica sugiere que la preocupación principal del gobierno no estaba en el frente sindical sino en el electoral y que, en este punto, las enormes restricciones políticas que habían acompañado al justicialismo en sus primeros años de vida se habían desvanecido.

El 11 de noviembre le dio a Perón una renovada confianza en que sus seguidores ya no abrigaban dudas sobre el valor diferencial del justicialismo. La UCR había perdido definitivamente su condición de partido mayoritario y las agrupaciones conservadoras y de izquierda, despojadas de sus séquitos populares, contaban todavía menos. Para entonces, pues, estaba claro que el vínculo entre Perón y sus partidarios había perdido la naturaleza precaria, y en alguna medida también instrumental, que había signado su encuentro en 1945-1946. Perón ya estaba en condiciones de explotar, sin mayor riesgo, ese mayor margen de maniobra con el fin de devolverle orden a las finanzas públicas y dinamismo al tejido productivo. De allí que, si esa jornada electoral de fines de 1951 tiene algún significado para una historia del peronismo, tal vez sea este: mucho más que el 17 de Octubre de 1945, que en estas páginas hemos concebido como el día de la apuesta por Perón, el 11 de noviembre de 1951 puede ser imaginado como el auténtico

[39] Roy Hora, *¿Cómo pensaron el campo los argentinos? Y cómo pensarlo hoy, cuando ese campo ya no existe*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, pp. 130-131.
[40] Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Políticas económicas argentinas de 1880 a nuestros días*, Buenos Aires, Crítica, 2018; Belini, "Inflación, recesión y desequilibrio externo".

Día de la Lealtad. El momento en que, por fin, Perón pudo corroborar que el pueblo trabajador, pese a que nunca se avendría a aceptar de buen grado los sacrificios que imponía un peronismo más austero, había renunciado a imaginar soluciones políticas fuera del marco justicialista.[41]

Mirar el 17 de Octubre desde otro ángulo, y colocarlo en una serie que lo integra en una historia más larga de la participación popular en la vida pública, y que incluye también una jornada mucho menos dramática como el 11 de noviembre, puede resultar un ejercicio polémico. Sin embargo, interrogar críticamente los mitos que refuerzan la identidad de las comunidades políticas es una tarea indelegable del historiador. La constitución de un vínculo político tan intenso y perdurable como el que unió a Perón con sus partidarios debe someterse a un examen que ponga entre paréntesis la manera en que el peronismo eligió contar su historia y celebrarse a sí mismo. Por cierto, el momento actual es especialmente propicio para ampliar el horizonte de esta exploración, llevándola más allá de lo que propone este ensayo. El búho de Minerva, sugiere un dicho famoso, levanta vuelo al atardecer. Ahora que el lazo entre peronismo y clases populares está siendo sometido a enormes tensiones, y exhibe a la luz del día sus fracturas y sus heridas, tal vez haya llegado la ocasión de hacernos nuevas preguntas sobre la naturaleza de esa relación y sobre los procesos históricos que le dieron forma. Ello puede resultar de utilidad para entender mejor no solo el 17 de Octubre sino también para enriquecer nuestra visión de la experiencia peronista y de la política popular de la Argentina del siglo XX. □

Bibliografía

Aelo, Oscar (comp.), *Las configuraciones provinciales del peronismo. Actores y prácticas políticas, 1945-1955*, Buenos Aires, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 2010.

Anderson, Perry, "Jottings on the Conjuncture", *New Left Review* II/48, 2007. Disponible en: https://newleftreview.org/issues/ii48/articles/perry-anderson-jottings-on-the-conjuncture.

Amaral, Samuel, *Perón presidente. Las elecciones del 24 de febrero de 1946*, Buenos Aires, Eduntref, 2018.

Belini, Claudio, "Inflación, recesión y desequilibrio externo. La crisis de 1952, el plan de estabilización de Gómez Morales y los dilemas de la economía peronista", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 40, 2014, pp. 105-148.

Blanco, Jessica, *Historia de una relación impensada. El catolicismo en los sindicatos durante el primer peronismo*, Buenos Aires, Eudem-GEU, 2021.

Bour, José Luis, "La política provisional", en R. Cortés Conde, J. Ortiz Batalla, L. D'Amato y G. Della Paolera (eds.), *La economía de Perón*, Buenos Aires, Edhasa, 2020, pp. 207-223.

Caimari, Lila, "Mezclas puras: lunfardo y cultura urbana (años 1920 y 1930)", en A. Gorelik y F. Areas Peixoto (comps.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016, pp. 154-173.

Doyon, Louise, *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista,* 1943-1955, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2006.

Fernández Irusta, Pablo, "Políticas públicas y caudillismo conservador en Avellaneda, 1909-1930", Tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de Quilmes, 2011.

Ferreres, Osvaldo (dir.), *Dos siglos de economía argentina (1810-2004)*, Buenos Aires, Norte y Sur, 2005.

Gerchunoff, Pablo y Damián Antúnez, "De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo, 1946-55", en J. C. Torre (comp.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, pp. 125-201.

[41] Doyon, *Perón y los trabajadores*.

Gerchunoff, Pablo y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Políticas económicas argentinas de 1880 a nuestros días*, Buenos Aires, Crítica, 2018.

Hora, Roy, "Socialistas, anarquistas, católicos y liberales: trabajadores y política en la Buenos Aires del Novecientos", *Estudios Sociales*, vol. 61, n° 2, 2021, pp. 1-17.

——, "17 de octubre: la promesa, la apuesta y la lealtad", *La Vanguardia*, 17 de octubre de 2020. Disponible en: http://www.lavanguardiadigital.com.ar/index.php/2020/10/17/17-de-octubre-la-promesa-la-apuesta-y-la-lealtad/

——, "Izquierda y clases populares en Argentina, 1880-1945", *Prismas. Revista de historia intelectual*, vol. 23, 2019, pp. 53-75.

——, *¿Cómo pensaron el campo los argentinos? Y cómo pensarlo hoy, cuando ese campo ya no existe*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

— *Historia del turf argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

——, "The impact of the Depression on Argentine society", en P. Drinot y A. Knight (eds.), *The Great Depression in the Americas and its Legacies*, Durham/Londres, Duke University Press, 2014, pp. 22-49.

James, Daniel, "Los orígenes del peronismo y la tarea del historiador", *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, vol. 3, 2013, pp. 131-147.

——, "17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina", *Desarrollo Económico*, vol. 27, n° 107, 1987, pp. 445-461.

Karush, Matthew B., *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*, Buenos Aires, Ariel, 2013.

Lida, Miranda, "La caja de Pandora del catolicismo social: una historia inacabada", *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, vol. VII, 2018, pp. 13-31.

Luna, Félix, *El 45. Crónica de un año decisivo*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984.

Macor, Darío y César Tcach (eds.), *La invención del peronismo en el interior del país II*, Santa Fe, Ediciones UNL, 2013.

Palacio, Juan Manuel, *La justicia peronista. La construcción de un nuevo orden legal en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

Newland, Carlos y Martín E. Cuesta, "Peronismo y salarios reales: otra mirada al período 1939-1956", *Investigaciones y Ensayos*, n° 64, 2017, pp. 75-98.

Plotkin, Mariano, *El día que se inventó el peronismo. La construcción del 17 de Octubre*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

Reyes, Francisco, *Los orígenes de la identidad política del radicalismo (1890-1916)*, Rosario, Prohistoria, 2022.

Rocchi, Fernando, "Una expansión desigual. Los cambios en el consumo argentino, desde principios del siglo XX hasta la década de 1940", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 53, 2021, pp. 228-254.

Rojkind, Inés, "Campañas periodísticas, movilizaciones callejeras y críticas al gobierno. La participación política en el orden conservador", *Investigaciones y Ensayos*, vol. 65, 2017, pp. 113-134.

Sabato, Hilda, *La política en las calles: entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880,* Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Semán, Ernesto, *Ambassadors of the Working Class: Argentina´s International Labor Activists and Cold War Democracy in the Americas*, Durham, Duke University Press, 2017.

Sigal, Silvia, "Del peronismo como promesa", *Desarrollo Económico*, vol. 48, n° 190/191, 2008, pp. 269-286.

——, *La Plaza de Mayo. Una crónica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

Torre, Juan Carlos, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

—— (comp.), *El 17 de Octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, 2023.

Resumen / Abstract

Repensando el 17 de Octubre y la forja del lazo político peronista

Este ensayo sostiene que la comprensión de la relevancia histórica del 17 de Octubre, mito de origen del peronismo, gana en profundidad cuando el análisis es colocado en un marco temporal más amplio que el que predomina en las reconstrucciones habituales de ese evento. En particular, discute la muy extendida idea de que esa jornada crucial en la historia política argentina supuso una novedad radical en las formas de expresión política popular. Sugiere que ese modo de aproximación ignora una larga historia previa de participación de las clases subalternas en la esfera pública y, además, no hace plena justicia a la complejidad del fenómeno de construcción del lazo político entre Perón y sus seguidores, que debe ser explorado con una perspectiva de más largo plazo.

Palabras clave: 17 de Octubre - Perón - Historiografía - Lazo político

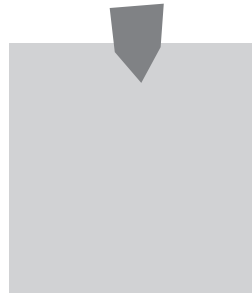
17 October 1945: rethinking the making of the Peronist political bond

This essay argues that a deeper understanding of the historical significance of 17 October, the day which represents the myth of origin of Peronism, can only be achieved if we place the analysis of this popular demonstration in a wide temporal framework. In doing so, it challenges the prevailing notion that this pivotal event represents a complete departure from earlier forms of popular political expression. It contends that traditional ways of depicting the *17 de Octubre* often overlook a pre-existing, potent history of popular engagement in the public arena. Moreover, it emphasizes the need to extend the analysis of the making of the political bond between Perón and his supporters to encompass the period up to 1952.

Keywords: 17 October 1945 - Perón - Historiography - Political bond

Fecha de presentación del original: 24/10/2023
Fecha de aceptación del original: 17/02/2024

Argumentos



Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 28 / 2024

La historia de la Escuela de Frankfurt en campos expandidos

Martin Jay

Universidad de California en Berkeley

El presente texto fue leído por Martin Jay como conferencia de apertura del I Congreso Nacional de Teoría Crítica "La Argentina y el centenario del Instituto de Investigación Social", celebrado en la ciudad de Buenos Aires durante los días 1, 2 y 3 de noviembre de 2023, con el apoyo de la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación, la Alexander von Humboldt-Stiftung, la Universidad de Buenos Aires y, en particular, la Facultad de Ciencias Sociales de dicha universidad, el Instituto de Investigaciones Gino Germani y el Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas perteneciente a la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín. La conferencia contó con los comentarios de Elías J. Palti. *Prismas* agradece a Santiago M. Roggerone, coordinador del Grupo de Estudios de Teoría Crítica Contemporánea (IIGG-FSOC-UBA), que estuvo entre los organizadores del Congreso y se ocupó de la traducción al castellano del texto de Jay.

Conmemorar el primer siglo del Instituto de Investigación Social centra inevitablemente nuestra atención en el arco narrativo de su desarrollo, institucional y teórico, desde 1923.[1] Nos inclina a modelar esa narrativa en términos de la formulación y la concreción (o no) de diferentes proyectos, los desplazamientos geográficos del personal del Instituto a través de la emigración y el retorno parcial a Frankfurt, y la sucesión de diferentes generaciones surgidas a partir de sus principales figuras. Podemos tramar esa narrativa diacrónica de diversas maneras: un desafortunado declive del período heroico de la primera generación, un reajuste necesario a las nuevas realidades de un mundo cambiante por parte de la segunda, una lucha por mantener la cuota de mercado de una "teoría crítica" definida de forma más amplia por parte de la tercera. Puede elegirse la opción que sea, pero, en cada caso, la estructura de la historia sigue siendo cronológica, y su protagonista, ya sea el Instituto, la Escuela de Frankfurt o la teoría crítica, se solapa o es esencialmente la misma. El resultado es una narrativa de desarrollo

[1] Fundado en 1923 e inaugurado en 1924, el Instituto de Investigación Social reunió a académicos marxistas con un perfil interdisciplinario que desarrollaron la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt. Sobre la historia y la actualidad del Instituto: https://www.ifs.uni-frankfurt.de/instituto.html

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1476

inmanente que respeta la tradicional predilección historicista por la individualidad, la continuidad y la evolución.

El historicismo, sin embargo, es precisamente lo que la Escuela de Frankfurt, especialmente a través de Benjamin y Adorno, rechazó como forma de dar sentido a la compleja relación entre pasado y presente, sobre todo cuando el objetivo era posibilitar un futuro mejor. Quizás el intento más ambicioso de diseñar una alternativa fue el proyecto inacabado de Benjamin sobre los *Pasajes*, basado en la sugerente idea de las "imágenes dialécticas" y que yuxtaponía los escombros dejados por la destrucción de las narrativas convencionales en una nueva constelación que sugería anticipaciones de un futuro alternativo. Aunque aplicar un método semejante a la historia centenaria del Instituto sería, cuando menos, un proyecto abrumador, permítaseme al menos especular sobre cómo tal aplicación podría llegar a ser.

Una ponencia que escribí para una conferencia en Frankfurt organizada por Rainer Forst con motivo del cincuenta aniversario de los acontecimientos de 1968 ofrece un posible enfoque. Ha aparecido en mi reciente colección de ensayos titulada *Immanent Critiques*.[2] Para dar sentido a ese año talismánico en la historia de la teoría crítica era necesario, argumenté, yuxtaponerlo tanto con 1967 como con 1945. El primero implicó la guerra de los Seis Días en Oriente Medio, el segundo el final de la Segunda Guerra Mundial y la revelación de todos los horrores del genocidio nazi. Ambos acontecimientos fueron de gran importancia para los profundamente traumatizados judíos alemanes, que habían sobrevivido al Holocausto y temían que se repitiera en el presente. El resultado, para resumir un argumento mucho más complicado, fue su reticencia a compartir la romantización de los movimientos de liberación del Tercer Mundo por parte de la Nueva Izquierda alemana, especialmente cuando el apoyo a la causa palestina se convertía en antisemitismo explícito.

Hay muchos otros candidatos a campos expandidos que irían más allá de una narrativa historicista de desarrollo inmanente directa y proporcionarían nuevas constelaciones en las que resituar momentos o acontecimientos cuyos significados inesperados podrían revelarse bajo una nueva luz. No todos ellos dependerían de la yuxtaposición inesperada de fechas significativas. Podríamos comparar, por ejemplo, la lucha de la teoría crítica por integrar a Freud y a Marx con los esfuerzos paralelos por aplicar las lecciones del psicoanálisis más allá de los límites de la terapia personal. Podríamos centrarnos en sus contribuciones al giro lingüístico en las humanidades o en su relación con variantes alternativas de la filosofía continental. Podríamos explorar su reacción ante el pensamiento postsecular y los desafíos de la teología política o revisitar sus ideas sobre el autoritarismo y la sociedad chantajista a la luz de la actual crisis de la democracia. La lista podría ampliarse fácilmente y, por supuesto, se basaría en muchos ejemplos anteriores de estudios que han tratado de abordar estas cuestiones. Pero la cuestión más importante es que las futuras historias de la Escuela de Frankfurt tendrán que reconocer que estos campos de fuerza expandidos implican una historia polifocal y temporalmente no lineal, que no puede armonizarse fácilmente en una metanarrativa unificada y coherente entendida en términos historicistas.

Quiero ofrecer rápidamente dos ejemplos de cómo podría llegar a ser la expansión del campo, uno procedente de los primeros días del Instituto y el otro más cercano al presente. El

[2] Martin Jay, "1968 in an Expanded Field: The Frankfurt School and the Uneven Course of History", en M. Jay, *Immanent Critiques: The Frankfurt School under Pressure*, Londres, Verso, 2023.

primero se refiere a la relación de la Escuela de Frankfurt tanto con el marxismo como con la investigación social; el segundo, a su relación con otras tradiciones académicas de crítica, como las que informan a los estudios poscoloniales o *queer*. Cada una de ellas puede abordarse fructíferamente prestando atención a lo que, a primera vista, podría considerarse como una elección trivial de nombres en la autopresentación del Instituto. Al hacerlo, recuperaremos uno de los significados originales de la palabra griega *eúphēmos,* que significa tanto "auspicioso" como "que suena bien".

Como es bien sabido, el campo de fuerzas más amplio del que surgió el Instituto era el resultado líquido e inestable de la exitosa Revolución rusa y del recuerdo aún fresco de las revoluciones fracasadas de Europa Central. Aunque, en retrospectiva, 1923 puede considerarse el año en que en la República de Weimar comenzó media década de relativa estabilidad, no estaba en absoluto claro que el momento revolucionario hubiera pasado, o que la lucha de clases proletaria fuera una fuerza agotada. Tampoco era todavía seguro que la Unión Soviética se movería un año después de la muerte de Lenin en una dirección estalinista y que un Partido Comunista Alemán (KPD), completamente bolchevizado, se subordinaría a la Komintern. Era todavía también posible teorizar e incluso planificar la transición del capitalismo al socialismo basándose en el modelo soviético. Lo que los observadores posteriores llamarían marxismo occidental –un término que Maurice Merleau-Ponty no introdujo hasta 1955 en *Las aventuras de la dialéctica* para distinguir varias alternativas heterodoxas a la ortodoxia comunista– no se vislumbraba aún en el horizonte.

La historia del Instituto se escribe a menudo en términos teleológicos como un ejemplo temprano de la retirada marxista occidental del análisis económico y la praxis radical en favor de cuestiones culturales y estéticas entendidas en términos cada vez más pesimistas. Es sin embargo importante reconocer el contexto marxista militante, en ocasiones incluso utópico, del que el Instituto surgió, para evocar así su potencial de desarrollo diferencial. Como se desprende de recientes investigaciones basadas en una gran cantidad de nuevas fuentes sobre los papeles centrales de Félix Weil y Friedrich Pollock en los primeros años del Instituto, y otros de menor importancia como los de Julien Gumperz y Karl Schmückle, a menudo su personal incluía figuras directa o indirectamente implicadas con el KPD y la Komintern. Entre ellos había no solo colaboradores marginales como Richard Sorge, cuya extraordinaria carrera como espía soviético se conoció mucho más tarde, sino también otros como Eduard Fuchs, quien dirigió un efímero esfuerzo por establecer en Berlín un archivo de materiales, predominantemente de fuentes del KPD, bajo los auspicios del Instituto. Aunque fracasó, la colaboración más conocida con el Instituto Marx-Engels de Moscú de David Riazánov en la primera gran edición de textos de Marx y Engels da cuenta de la esperanza en que el experimento soviético todavía podía tener éxito.

Weil, por su parte, no parece haber abandonado esa esperanza hasta bien entrada la década de 1930, como indica el que siguiera informando a la Komintern durante sus diversas estancias en la Argentina. En otras palabras, por mucho que en último término se apartara de sus orígenes, el crisol del Instituto era el de un marxismo militante, envalentonado por el éxito de la revolución bolchevique e inspirado por la esperanza de que su trabajo pudiera contribuir a una revolución socialista en otros lugares y en un futuro previsible.

El reconocimiento de estos hechos puede proveer munición a los ahora omnipresentes críticos de extrema derecha del "marxismo cultural", los cuales quieren reducir todo el siglo de historia del Instituto a unos orígenes siniestros, incluso a veces afirmando ridículamente que

era una fachada del frente comunista, organizada por Willi Münzenberg.[3] Pero solo cobran sentido cuando se yuxtaponen con los indicios de que desde el principio algo novedoso e inquietante también estuvo presente en el ADN del Instituto, incluso antes de que Max Horkheimer asumiera su dirección en 1930. A pesar de la frecuente interpretación de la decisión de Weil de no llamarlo "Instituto de Marxismo", en favor del más anodino "Instituto de Investigación Social", como una treta esópica destinada a ocultar su verdadera agenda, el nuevo nombre indicaba de hecho una innovación en la historia del marxismo: una empresa académica afiliada a una universidad cuyo objetivo era algo llamado "Sozialforschung". El nombre no solo aludía a la investigación histórica del movimiento obrero, que había sido un interés especial del primer director del Instituto, el austromarxista Carl Grünberg, o la recolección de materiales de archivo, sino también la integración de técnicas científicas sociales de vanguardia, tanto cuantitativas como cualitativas, en el programa del Instituto en su conjunto.

Incluso cuando el filósofo Horkheimer asumió la dirección y tuvo lugar el giro hacia lo que, tras su ensayo seminal de 1937 aparecido en la *Zeitschrift für Sozialforschung* del Instituto, pasó a denominarse teoría crítica, el compromiso con la investigación social siguió siendo firme. La forma de conseguirlo, por supuesto, fue siempre un problema en la historia del Instituto, que trataba de distinguir su trabajo de la sociología convencional *–wertfrei–*, con su fe en la investigación desinteresada y a menudo cuantitativa. Se iniciaron varios proyectos que fueron abandonados, completados solo en parte o cuya publicación se retrasó. Las relaciones con científicos sociales de formación tradicional, sobre todo con Paul Lazarsfeld en su exilio en Nueva York, fueron a menudo tensas, ya que Horkheimer y sus colegas intentaban distinguir la investigación "crítica" de la "administrativa". Y como demostró la llamada "disputa del positivismo" de los años sesenta, que enfrentó a Adorno y Habermas con los racionalistas críticos Karl Popper y Hans Albert, el Instituto siempre se distanció de lo que consideraba una afirmación positivista del *statu quo* de las ciencias sociales supuestamente libres de valores.[4] Sus miembros esperaban que un enfoque colaborativo e interdisciplinar, guiado por una agenda filosófico-crítica, superaría el estéril aislamiento de las disciplinas individuales, pero a menudo luchaban por integrar armoniosamente los distintos enfoques.

A pesar de estos desafíos, lo que es crucial destacar es la tenaz negativa del Instituto a desvincular sus preocupaciones teóricas de algún tipo de investigación empírica, que puede haber estado guiada por la teoría crítica pero que al mismo tiempo también estaba diseñada para dar forma y poner a prueba los supuestos de dicha teoría. En las décadas posteriores a la muerte de Adorno y anteriores al mandato de Axel Honneth como director, y bajo la dirección de Gerhard Brandt y Ludwig von Friedeburg, la investigación empírica sobre cuestiones industriales, laborales, militares y educativas pudo incluso haber eclipsado el desarrollo de la teoría crítica como tal. Todo esto es bien conocido, pero solo podremos captar más claramente su importancia si ampliamos el campo desde la historia inmanente del Instituto y su intento de integrar la teoría con la investigación hasta los contextos políticos más vastos en los que aquella se sitúa.

A menudo se afirma que la teoría crítica compartió con Georg Lukács, Karl Korsch y Antonio Gramsci una nueva apreciación de las raíces hegelianas de la teoría marxista, anticipán-

[3] Para un examen de estas afirmaciones, véase Martin Jay, "The Dialectic of Counter-Enlightenment: The Frankfurt School as Scapegoat of the Lunatic Fringe", en M. Jay, *Splinters in Your Eye: Frankfurt School Provocations*, Londres, Verso, 2020.
[4] Theodor W. Adorno *et al*., *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, México, Grijalbo, 1973.

dose al descubrimiento de los Manuscritos de París de 1844 en la década de 1930. Si obras como *Razón y revolución* (1941) de Marcuse y *Tres estudios sobre Hegel* (1963) de Adorno sirven de indicación, no cabe duda de que el idealista alemán desempeñó un papel vital en los orígenes y el desarrollo de la teoría crítica. Y la dialéctica hegeliana ha conservado claramente su impacto en la filosofía del reconocimiento y la libertad social de Axel Honneth. Pero lo que sus exponentes no compartían con los marxistas hegelianos más consecuentes como Lukács era la actitud bien encapsulada en el dicho, a menudo atribuido, aunque con pocas pruebas, al propio Hegel, de que si la teoría es contradicha por hechos inconvenientes, "tanto peor para los hechos" (*umso schlimmer für die Tatsachen*). O dicho en términos dialécticos, si el nivel fenoménico de las meras apariencias contradice las expectativas teóricas, debe ser negado en nombre de un nivel más profundo y esencial que demuestre que la teoría es correcta. La famosa distinción presente en *Historia y conciencia de clase* (1923) de Lukács entre conciencia de clase "empírica" y "adscrita" o "imputada" se basa en esta desconfianza hacia el nivel de la facticidad aparente.

Ahora bien, ya sea que esta interpretación de Hegel sea correcta o no –después de todo, su método fenomenológico esperaba a su manera "salvar las apariencias" como parcialmente ciertas en lugar de descartarlas como totalmente falsas–, es claro que la "investigación social" se tomó en serio la posibilidad de que revelar realmente lo que había en la superficie podría poner en tela de juicio el nivel supuestamente más profundo atribuido a la teoría. La investigación patrocinada por el Instituto sobre la conciencia de los trabajadores alemanes, llevada a cabo en gran parte por Erich Fromm a finales de los años veinte y publicada más de cuarenta años después, condujo precisamente a esta conclusión.[5] O para ser un poco más precisos, demostró que el activismo revolucionario de la clase obrera, ideológicamente llevado a cabo de la boca para afuera, era en realidad incoherente con sus predisposiciones psicológicas más ambivalentes, las cuales evidenciaban que sus miembros no estaban preparados para asumir el papel militante en la lucha de clases asignado por la teoría marxista. O, para ser aún más precisos, la investigación se basó en una teoría –el psicoanálisis freudiano– para interpretar las pruebas indirectamente reveladas por la investigación empírica mediante encuestas, con el fin de impugnar los supuestos de otra teoría, el marxismo hegeliano defendido por Lukács. El poder predictivo de la investigación del Instituto interpretada a la luz de categorías psicoanalíticas resultó ser más fuerte que el de la teoría marxista hegeliana con su desdén por los hechos, ya que el proletariado alemán era demasiado débil para frustrar el ascenso del nazismo, por no hablar de derrocar al capitalismo.

Si, en este caso, la función de la investigación empírica era cuestionar el papel redentor que la teoría marxista atribuía dogmáticamente a la clase obrera, en un caso posterior su blanco era un tipo muy diferente de ceguera ideológica. Cuando Adorno y Horkheimer regresaron a Frankfurt tras su exilio estadounidense, llevaron consigo un nuevo respeto por las técnicas de investigación empírica que habían perfeccionado en la serie *Studies in Prejudice*, organizada en los años cuarenta y entre la cual destacaban los libros *La personalidad autoritaria* (1959) y *Prophets of Deceit* (1949), de Leo Lowenthal y Norbert Guterman. En realidad, como sabemos por su correspondencia, Adorno y Horkheimer nunca estuvieron del todo satisfechos con la incorporación de esas técnicas al programa más amplio de la teoría crítica, especialmente

[5] Erich Fromm, *Obreros y empleados en vísperas del Tercer Reich: Un análisis psicológico-social*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.

cuando parecían implicar la hegemonía de las explicaciones psicológicas por sobre las sociológicas respecto de los fenómenos que intentaban comprender. Las ambiciones mucho más radicales de una obra como *Dialéctica de la Ilustración* (1944), de Horkheimer y Adorno, eran difíciles de conciliar con las conclusiones de base empírica de los *Studies in Prejudice*.

Y, sin embargo, a pesar de sus reservas privadas, cuando restablecieron el Instituto en la Alemania posnazi, Horkheimer y sus colegas reconocieron que la investigación empírica proporcionaba un recurso absolutamente necesario en la batalla por superar doce años de pernicioso adoctrinamiento ideológico en el que la autoridad de la evidencia fáctica había sido totalmente socavada. En 1952, Adorno contribuyó a un importante congreso de sociólogos celebrado en Colonia con una ponencia titulada "Sobre el estado actual de la investigación empírica", en la cual instaba a su audiencia a aprender las técnicas que la ciencia social estadounidense había desarrollado para comprender el mundo rápidamente cambiante en el que vivían.[6] En lugar de volver a la tradición humanista de las *Geisteswissenschaften*, que de hecho eran poco adecuadas para captar las reificaciones de la sociedad moderna, resultaba más apropiado utilizar métodos de encuesta cuantitativos para calibrar los patrones sociales a gran escala y "mostrar, con rigor y sin ensalzamientos, la objetividad de lo que es el caso socialmente".[7] Aunque más tarde Adorno y sus colegas, como quedó patente en su disputa con Popper y Albert, dejaron en claro su cautela ante los límites de un enfoque positivista de la investigación, en el contexto inmediato de la posguerra estaban convencidos de que los métodos empíricos cumplían una función progresiva, y se mostraban ansiosos por tender puentes con sociólogos cuantitativos como René König en Colonia. Cabe destacar que uno de los primeros proyectos que intentaron tras su regreso fue el llamado *Grupo experimental*, dirigido por Friedrich Pollock y publicado en 1955, que iba más allá de los sondeos de opinión individuales para estudiar las actitudes políticas colectivas de grupos focales.[8]

Tal como evidencia este rápido vistazo al interés permanente del Instituto por la investigación social crítica, ampliar el campo de nuestra mirada partiendo de una historia inmanente para incluir los contextos políticos más vastos en los que resonó el trabajo del Instituto permite que captemos la complicada dialéctica negativa que involucra no solo a la teoría crítica y la praxis militante, sino también a la teoría crítica y la investigación empírica. O, mejor dicho, podemos empezar a entender la constelación o campo de fuerzas dinámico que pone a las tres en juego de formas que siguen teniendo relevancia hoy en día, cuando el ataque a los hechos y la desconfianza en la ciencia, tanto natural como social, rápidamente ganan poder.

Tal vez puede encontrarse aún más relevancia para las preocupaciones actuales en el segundo ejemplo que quiero destacar sobre el valor que tiene ampliar el campo al abordar la historia del Instituto y la Escuela de Frankfurt. También aquí resulta reveladora otra decisión terminológica aparentemente improvisada. Cuando Horkheimer introdujo "teoría crítica" como eufemismo tácito del marxismo para evitar controversias en su frágil exilio norteamericano, no podía saber que se convertiría en una marca para la singular orientación teórica de la Escuela de Frankfurt.

[6] Theodor W. Adorno, "Sobre la situación actual de la investigación social empírica en Alemania", en T. W. Adorno, *Escritos sociológicos I: Obra completa,* tomo 8, Madrid, Akal, 2004.
[7] *Ibid*., p. 450.
[8] Friedrich Pollock y Theodor W. Adorno, *Group Experiment and Other Writings: The Frankfurt School on Public Opinion in Postwar Germany*, Cambridge MA, Harvard University Press, 2011.

En retrospectiva, la nueva etiqueta funcionó de dos maneras muy diferentes. La primera consistió en desviar deliberadamente la atención de la poderosa deuda con el análisis marxista del capitalismo y la todavía ardiente esperanza en el sucesor socialista de aquel. Pero también hubo una función menos intencionada. *Mutatis mutandis*, podemos decir que la etiqueta servía de forma paralela a lo que la eminente académica polaca de estudios judíos Agata Bielik-Robson ha argumentado que era el caso respecto de la deuda encubierta con el judaísmo. Citando la admisión tardía de Horkheimer de que la Escuela de Frankfurt era "judaísmo encubierto", la autora sitúa a él y a los demás en una tradición cripto-teológica de filósofos marranos que se extiende desde Spinoza hasta Derrida. El marranismo, por supuesto, refiere a aquellos judíos españoles que fueron obligados a convertirse al cristianismo, pero que a menudo practicaban su fe original en secreto. Aunque este no es el lugar para sopesar los méritos de esta afirmación específica, el paralelismo de la relación con los orígenes marxistas puede permitirnos adaptar su argumento con cierta licencia para decir que la teoría crítica también puede entenderse como expresión de una especie de "marxismo marrano", en el que las apariencias superficiales, al menos a primera vista, sirven como una cubierta engañosa de recursos perdurables.

Pero como en el caso del eufemismo anterior de la "investigación social", el término aparentemente inocuo "teoría crítica" tuvo una vida propia que complica esta simplista suposición. Bielik-Robson ha demostrado que en el caso de sus marranos filosóficos cripto-teológicos, la jerarquía putativa de esencia y apariencia fue puesta en tela de juicio por sí misma, tal como demuestra claramente el caso de Derrida.[9] Es decir, vino a expresar una indecidibilidad entre lo exterior y lo interior, la superficie y la profundidad, el antes y el después, en lugar de sugerir que una cosa es verdadera y la otra falsa. En términos de Adorno, podríamos decir que hay una no-identidad paratáctica entre ambas que evita subordinar una a la otra o colapsarlas en lo mismo. Reconocer una ambigüedad comparable en la función de la teoría crítica como indicador del marxismo marrano nos permite así apreciar el trabajo realizado por el eufemismo al situar a la Escuela de Frankfurt en un campo expandido, lo que resulta especialmente útil al considerar su historia más reciente.

En particular, nos ayuda a hacer frente a la frecuente crítica formulada a la teoría crítica –por ejemplo, por Amy Allen en su reciente *The End of Progress*– debido a su supuesto eurocentrismo.[10] A pesar de la presencia de un experto en China como Karl August Wittfogel entre los primeros colaboradores del Instituto, y del continuo interés de Félix Weil por los asuntos de la Argentina, el centro de gravedad intelectual del mismo ha sido siempre la Europa de la que procedían sus miembros originales y a la que regresó tras la guerra. Tal y como la desarrollaron las generaciones posteriores encabezadas por Habermas y Honneth, la teoría crítica ha sido reacia a centrarse en lo que ahora se denomina el "Sur Global" o a inspirarse en teóricos no occidentales. Los legados del imperialismo y las luchas para derrocarlo nunca se han explorado ampliamente en su obra.

Y, sin embargo, también hay que reconocer que, debido a su emigración forzosa de la Alemania nazi y a la decisión de algunos de los principales miembros del Instituto –Marcuse, Löwenthal, Neumann, Fromm y Kirchheimer– de permanecer en los Estados Unidos, el des-

[9] Agata Bielik-Robson, *Derrida's Marrano Passover: Exile, Survival, Betrayal and the Metaphysics of Non-Identity*, Nueva York, Bloomsbury, 2023.
[10] Amy Allen, *The End of Progress: Decolonizing the Normative Foundations of Critical Theory*, Nueva York, Columbia University Press, 2016.

plazamiento de la teoría crítica de sus orígenes europeos definió su desarrollo casi desde el principio. Asimismo, no sería erróneo decir que, incluso cuando Horkheimer, Adorno y Pollock regresaron a Frankfurt, siempre tuvieron las valijas preparadas. De hecho, cuando se jubilaron a finales de la década de 1950 y antes de marcharse de Frankfurt a Montagnola (Suiza), Horkheimer y Pollock consideraron seriamente la posibilidad de regresar a Estados Unidos porque estaban preocupados por el resurgimiento del nazismo en Alemania. Habían permanecido, en cierto modo, como exiliados permanentes, y la teoría crítica fue desde el principio, para utilizar la famosa frase de Edward Said, una teoría viajera más que sedentaria.

Ahora bien, podría decirse que viajar solo a través del Atlántico Norte de ida y vuelta sigue claramente constituyendo un signo de provincialismo que queda corto ante el tipo de análisis de la globalización poscolonial que ya no piensa en términos de centros y periferias. Hay algo de verdad en esta crítica. Pero la decisión de adoptar la etiqueta eufemística de "teoría crítica", estableciendo lo que podríamos llamar las ambigüedades creativas del marxismo marrano, ha abierto la puerta a un futuro más amplio para la tradición. Después de todo, puede decirse que, a pesar de su impacto azaroso en otras partes del mundo, el marxismo alberga un sesgo inherentemente primermundista. Es decir, postulaba un modelo de desarrollo que situaba el auge del capitalismo y la Revolución Industrial, con la lucha de clases que acompañaba a una y la otra, en el primer plano de la historia mundial y menospreciaba al supuesto "modo de producción asiático". Debido a que la teoría crítica ha sido puesta menos en juego en las grandes narrativas progresistas que tienen a Europa como protagonista heroico, incluso advirtiendo contra la importación al por mayor de una Ilustración que necesitaba ser entendida dialécticamente en lugar de forma normativa, ha tenido la capacidad de sobrevivir al declive del marxismo entendido de manera tradicional como una fuerza teórica.

Me enteré de la vigorosa recepción internacional de la Escuela de Frankfurt hace poco, cuando me pidieron que escribiera un prefacio para la próxima traducción al turco de mi libro de 2016 *La razón después de su eclipse*.[11] En internet, encontré un ensayo de 2021 de Hasan Aksakal titulado "The Reception of the Frankfurt School in Turkey: Past and Present", el cual comienza afirmando que "[h]a habido una 'locura por Adorno y Benjamin' en Turquía desde hace algún tiempo".[12] El ensayo es la crónica de un debate notablemente vigoroso sobre la primera generación de la Escuela de Frankfurt que comenzó en la década de 1990 a través de voluminosas traducciones, comentarios e intentos de aplicar la teoría crítica a cuestiones turcas. Aunque el caso turco puede ser algo inusual debido a los millones de residentes de ascendencia turca en Alemania que han actuado como intermediarios, no me cabe duda de que se pueden escribir, y en muchos casos se han escrito, ensayos comparables en todo el mundo. Si los más de treinta ensayos de la colección de casi novecientas páginas titulada *Habermas Global*, publicada por Suhrkamp en 2019, sirven de alguna indicación, lo mismo podría decirse de la no menos vigorosa recepción de la segunda generación de la Escuela.[13]

La reciente creación de un Consorcio Internacional de Programas de Teoría Crítica, impulsado por Judith Butler y ejecutado a través del Programa de Teoría Crítica de Berkeley,

[11] Martin Jay, *La razón después de su eclipse. Sobre la Teoría Crítica tardía*, México, Universidad Iberoamericana, 2023.
[12] Hasan Aksakal, "The Reception of the Frankfurt School in Turkey: Past and Present", *Comparativ: Zeitschrift für Globalgeschichte*, vol. 31, nº 5, 2021, p. 632.
[13] Luca Corchia, L., Stefan Müller-Doohm y William Outhwaite (eds.), *Habermas Global: Wirkungeschichte eines Werks*, Frankfurt, Suhrkamp, 2019.

también da testimonio de un notable estallido de influencias. Cuenta, literalmente, con cientos de centros, programas, cursos y proyectos afiliados en los cinco continentes, publica una revista llamada *Critical Times*, tiene una serie de libros y patrocina *workshops* en diversos lugares. Pero lo que es particularmente significativo para el argumento que estoy tratando de desarrollar es que define a la teoría crítica de una forma lo suficientemente amplia como para evitar confinarla a una Escuela de Frankfurt entendida de forma estrecha y convencional. O para decirlo en términos más positivos, su propia apertura a variantes nuevas e inesperadas de teoría crítica se basa en las ambigüedades creativas del marxismo marrano, que se benefició de la adopción de un eufemismo aparentemente inocuo para distinguirse de la teoría tradicional. Al hacerlo, ha fomentado un fructífero diálogo con otras teorías críticas, como las desarrolladas a través de los lenguajes de la crítica literaria, la teoría de género y *queer*, y los estudios poscoloniales. Tras una reacción alérgica inicial a la procedencia putativamente heideggeriana y nietzscheana del posestructuralismo, incluso ha sido posible aprender de ideas teóricas no generadas explícitamente por una noción dialéctica de la crítica.

Expandir el campo sincrónico de la Escuela de Frankfurt, descentrar e incluso fragmentar la narración, reorganizar su cronología, constelarla con fragmentos de otras narraciones y atender a sus propias ambigüedades internas puede proporcionar una visión de su primer siglo que niega un enfoque historicista convencional. Pero, como sostenía Walter Benjamin, también es necesario incluir el presente y el futuro potencial en cualquier relato histórico que espere tener algo más que un mero interés anticuario. Así, la importancia de la inversión del Instituto en la investigación social antes que en la teoría pura, que lo protegió contra las esperanzas infundadas del marxismo lukácsiano y los residuos antiempiristas de la ideología nazi, recobra especial urgencia en nuestra propia era de "hechos alternativos", campañas deliberadas de desinformación y teorías conspirativas infundadas.

Asimismo, la ampliación del campo, ayudada por el marxismo marrano que reconoce el impacto inesperado de un término esópico que se convirtió en algo más que un mero código de un significado más profundo, nos impulsa a tomarnos seriamente las lecciones de sus continuos viajes más allá de Europa y Estados Unidos. O más bien lo hará, no solo si la teoría viaja y es recibida, interpretada e incluso aplicada en nuevos contextos, sino también si regresa enriquecida y transformada por la experiencia. Es decir, cualquiera que intente comprender el segundo siglo del Instituto, la Escuela de Frankfurt y la teoría crítica tendrá que contar con las innovaciones e iniciativas procedentes de su comunidad diaspórica global, que abordan los problemas urgentes a los que sin duda todos nos enfrentaremos en los próximos años. En lugar de otro relato de una "locura por Adorno y Benjamin" en algún país lejano o un estudio de la recepción global de Habermas, el próximo capítulo probablemente será escrito por teóricos críticos e investigadores sociales que se basarán en experiencias imprevistas y preguntas no planteadas por aquellos de nosotros que hemos estado más implicados en el primer siglo del notable viaje del Instituto. Si, como dijo Habermas en una ocasión, todos participamos por igual en el proceso de la Ilustración, la historia de la Escuela de Frankfurt la escribirán aquellos que, en todo el mundo, deseen reimaginarla para el próximo siglo. Y cuando se celebre su bicentenario, la mejor manera de contarlo será de forma no historicista y no lineal, reconociendo la expansión del campo de fuerza dinámico en el que puede situarse de forma más productiva. □

Dossier

Aportes a una historia intelectual de
Las venas abiertas de América Latina

Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 28 / 2024

El dossier “Aportes a una historia intelectual de *Las venas de América Latina*” ha sido organizado para esta edición de *Prismas* por Marcela Echeverri, Vania Markarian y Pablo Messina.

Introducción: *Pensar* Las venas abiertas de América Latina *desde la historia intelectual*

Marcela Echeverri, Vania Markarian y Pablo Messina

Yale University | Universidad de la República | Universidad de la República

Evocar a Eduardo Galeano (1940-2015) nos lleva a hablar de periodismo, literatura, política, historia y ciencias sociales. Representante de una generación criada al calor de la crisis, nos legó un repertorio de obras de diverso calibre y tenor. En 2021, coincidiendo con los cincuenta años de la publicación de su más reconocido libro, *Las venas abiertas de América Latina* (1971), decidimos revisitar esta obra. Desde el convencimiento de que la producción intelectual de Galeano permite dar cuenta de debates latinoamericanos fundamentales durante las décadas de los sesenta y setenta, como son los problemas del subdesarrollo, la conciencia histórica de América Latina, el *boom* literario latinoamericano, el periodismo testimonial de fines de los sesenta y las distintas formas de hacer política de aquel entonces, pensamos que la realización de un seminario internacional era una buena oportunidad para llevar estos tópicos a debate y convidar a la reflexión colectiva.[1] El presente dossier recoge algunas de las tantas exposiciones que enriquecieron durante tres días, en junio de 2021, nuestra mirada sobre Galeano y su obra, así como sobre América Latina como realidad y problema a estudiar.

Las venas abiertas fue una apuesta muy particular de Galeano. Él, que desde los 14 años estuvo vinculado a la prensa y desde muy joven también se dedicó a la literatura, abandonó los géneros cuento y novela durante cuatro años, entre 1967 y 1970, para dedicarse a escribir un libro de "economía política". Lejos de su discurso antiacademicista, antes de que el libro viera la luz, Galeano contaba en el semanario *Marcha* que había pasado esos cuatro años "metido hasta las orejas, estudiando economía e historia". Poco antes de la publicación de *Las venas abiertas*, le había dedicado tiempo también a la producción de una versión de divulgación del libro *El proceso económico del Uruguay* (1969), un texto de elaboración colectiva del Instituto de Economía de la Universidad de la República (Udelar), reconocido como una suerte de "manifiesto dependentista" en dicho país. Esto indica que *Las venas abiertas de América Latina* surgió de un proceso en el que Galeano tuvo un serio acercamiento a las ciencias sociales y la divulgación científica. En rigor, se trata de un libro que contiene más de trescientas citas bibliográficas, además de referencias a informes, documentos y datos estadísticos. Por eso, en

[1] El comité académico del seminario "*Las venas abiertas de América Latina* cincuenta años después" estuvo integrado por Jimena Alonso, Marcela Echeverri, Aldo Marchesi, Vania Markarian y Pablo Messina. El programa y los videos de las mesas se encuentran en: udelar.edu.uy/portal/2021/05/jornadas-las-venas-abiertas-de-america-latina-50-anos-despues/.

Prismas, Revista de historia intelectual, Nº 28, 2024, pp. 143-155
DOI: https://doi.org/ 10.48160/18520499prismas28.1477

esa misma entrevista, Galeano afirmaba que "los académicos no tienen de qué quejarse".[2] Aunque, como apreciaremos más adelante, tal vez sí tuvieron de qué.

El libro tenía un objetivo político explícito en las intenciones del autor: "poner la economía política al alcance del lector medio", y para esto debía "bajar de las cumbres inaccesibles muchos de los secretos que los técnicos manejan en código". Precisamente en ese sentido, el éxito editorial del libro a lo largo del tiempo ha sido innegable. *Las venas abiertas de América Latina* tiene más de 77 ediciones y lleva comercializadas más de un millón de copias, constituyéndose así como el libro más vendido de la editorial Siglo XXI. Además, ha sido traducido a más de veinte idiomas. Y, más allá de lo cuantitativo, los ejemplos de su impacto son notorios en canciones, ensayos, su uso por las distintas izquierdas y, también, vale señalarlo, el rechazo que las múltiples expresiones de la derecha continental le han profesado. En esta línea, suele destacarse el *Manual del perfecto idiota latinoamericano* de Apuleyo Mendoza, Montaner y Vargas Llosa,[3] pero la crítica tuvo otras manifestaciones similares a lo largo y ancho de América Latina.

A pesar del gran impacto del libro, su integración en el ámbito académico ha sido, hasta ahora, relativamente modesta. El historiador Aldo Marchesi ofrece como explicación posible que el libro se presenta como un ensayo "tardío", ya que emerge en un contexto de fuerte profesionalización de las ciencias sociales en el Cono Sur, en el que la renovación implicaba una apuesta intelectual contra el ensayismo.[4] El propio Galeano parece habilitar esta interpretación cuando afirma: "Cuando yo publiqué *Las venas abiertas*, mis amigos más queridos me trataron con indulgencia. Me dijeron: está bien, no está mal, pero esto no es algo que pueda ser tomado en serio".[5] Sin embargo, como podrá apreciarse en este dossier, y como fue ejemplificado con varias vivencias personales en el seminario, la recepción inicial del libro por parte de la academia estuvo más marcada por la apertura y el interés de lo que el propio Galeano pareció reconocer.

Es probable que haya más explicaciones para entender el escaso tratamiento que a la postre tuvo el libro por las ciencias sociales. Si bien alejarse del género ensayo pudo haber sido una de ellas, otra de las razones, más allá de su estilo, pudo tener que ver con el marco teórico que lo inspiró. De punta a punta, quien haya leído *Las venas abiertas* puede constatar que se trata de un libro con una clara interpretación dependentista sobre el problema del subdesarrollo latinoamericano. Comienza con una denuncia de la división internacional del trabajo, en la que "unos se especializan en ganar y otros se especializan en perder". O sea, si el género ensayístico lo alejaba de las ciencias sociales, el marco teórico que inspiraba los argumentos y esquemas narrativos sobre el subdesarrollo lo acercaba. Pero también por eso es razonable pensar que, conforme el dependentismo fue perdiendo peso y ganando detractores en la academia, el interés por esta obra de Galeano haya menguado.

Lo cierto es que el derrotero del dependentismo no se explica solo por sus debilidades y fortalezas teóricas, sino también por lo que

[2] Jorge Ruffinelli, "El escritor en el proceso americano. Entrevista con Eduardo Galeano", *Marcha*, nº 1555, 6 de agosto de 1971, pp. 30-31.
[3] Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa, *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, Barcelona, Plaza y Janes, 1996.
[4] Aldo Marchesi, "Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta", *EIAL - Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe*, vol. 17, nº 1, 2006, p. 149.
[5] Eduardo Galeano, cit. en Diana Palaversich, *Silencio, voz y escritura en Eduardo Galeano*, Madrid, Iberoamericana, 1995, p. 142.

aconteció con los movimientos sociales, políticos e intelectuales que sostenían como proyecto parte sustancial de las propuestas dependentistas. No es casual que el Chile de Salvador Allende fuera el principal lugar de producción de estas ideas; tanto porque allí existían desde hacía mucho tiempo instituciones como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), el Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES) y Escolatina, como porque el ensayo socialista chileno se nutrió de y contribuyó también al desarrollo de estos cientistas sociales. Por lo tanto, el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, junto con la persecución, censura, represión y desaparición de muchos académicos, implicó cierto declive de la teoría de la dependencia como marco inspirador de preguntas para indagar y comprender la realidad.[6] Ese marco continuó parcialmente y bajo censura en los centros privados de investigación que se desarrollaron en el contexto represivo y también en el exilio académico que se concentró en México.[7]

En medio del avance autoritario, el dependentismo y *Las venas abiertas* fueron perdiendo adhesiones en el Cono Sur, a la vez que empezaron su recorrido por otras partes del mundo. El consumo de las ideas dependentistas fue creciendo en Norteamérica y Europa, mientras que el libro de Galeano ganaba lectores gracias a su casi inmediata traducción al inglés.[8] En el propio seminario de 2021 contamos con el testimonio de Jeremy Adelman, quien narró cómo en Canadá –país que se debatía a sí mismo como parte integrante del imperialismo norteamericano o como una suerte de zona dependiente de los Estados Unidos– *Las venas abiertas* pasó a ser una referencia en las universidades. Peter Winn afirmó también que, en su época, fue uno de los libros más leídos y discutidos en cualquier café universitario de los Estados Unidos.

Pero a partir de esa coyuntura tan significativa, tanto dentro como fuera de la academia, nada fue lo mismo. Las condiciones de investigación y de trabajo intelectual, más centradas en proyectos de corto plazo, fueron alejando a quienes ejercían la investigación de las preocupaciones más teóricas. Categorías analíticas como imperialismo, plusvalía y excedente fueron cayendo paulatinamente en desuso. La falta de democracia y las violaciones a los derechos humanos más elementales hicieron que los problemas del capitalismo global y del desarrollo desigual y combinado tuvieran menos protagonismo con respecto a la necesidad de la transición política y la recuperación de los derechos civiles más básicos. Asimismo, ciertas lecturas fatalistas sobre la imposibilidad del desarrollo del capitalismo en la periferia se vieron disputadas con la emergencia del Sudeste Asiático, cuestionando en parte algunos postulados de la teoría de la dependencia.

De esta forma, en los ochenta y noventa el dependentismo fue marginado de la academia y tal vez esto ayude a explicar el poco tratamiento de *Las venas abiertas* en las ciencias sociales. Pero, según dijo Diego Giller, como

[6] Fernanda Beigel, "Vida, muerte y resurrección de las 'teorías de la dependencia'", en CLACSO (ed.), *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO, 2006; Juan Cristóbal Cárdenas, "Una historia sepultada: el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile, 1965-1973 (a 50 años de su fundación)", *De Raíz Diversa*, vol. 2, nº 3, 2015; Diego Giller, *Espectros dependentistas. Variaciones sobre la teoría de la dependencia y los marxismos latinoamericanos*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2021.

[7] En instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Universidad Autónoma de Metropolitana (UAM), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), el Instituto Latinoamericano de Enseñanza Técnica y Superior (ILET) y el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

[8] Eduardo Galeano, *Open Veins of Latin America: Five Centuries of the Pillage of a Continent*, traducción de Cedric Belfrage, Nueva York, Monthly Review Press, 1973.

escuela de pensamiento estuvo mal sepultada y, por lo tanto, todavía hoy sus "espectros" siguen entre nosotros. El seminario contó con la participación del economista argentino Claudio Katz, quien, además de analizar el contexto de elaboración y las tesis del libro de Galeano, también dio cuenta de la producción intelectual dependentista contemporánea, de la que él mismo forma parte. Incluso, en una larga intervención, el economista uruguayo Daniel Olesker –exministro de Salud y exministro de Desarrollo Social en Uruguay durante los gobiernos del Frente Amplio– se manifestó como dependentista y justificó la vigencia de dicha escuela en la actualidad.[9]

Con todos estos elementos en consideración pensamos que era necesario no dejar pasar inadvertidos los cincuenta años de la publicación del libro de Galeano. Y no es casual que la iniciativa haya surgido de la Universidad de la República Oriental del Uruguay, institución que publicó la primera edición de *Las venas abiertas* y donde Galeano trabajó como director del Departamento de Publicaciones desde 1965 hasta su exilio en Buenos Aires en 1973.

Coincidió además con que Helena Villagra, la compañera de vida de Galeano, había resuelto donar su archivo privado al Archivo General de la Universidad de la República. Y la puesta en servicio público de un material tan valioso nos pareció otro motivo para la realización de un seminario internacional. La pandemia de covid-19, que tantas restricciones nos impuso y tantas secuelas ha dejado, también posibilitó como nunca antes el uso de plataformas virtuales para la realización de encuentros académicos. Esto permitió contar con la presencia de profesoras y profesores de los Estados Unidos, Europa y América Latina que seguramente en un formato presencial nos hubiera sido imposible financiar.

La Universidad de la República y la Yale University, nuestras instituciones de pertenencia, respondieron de inmediato y favorablemente a la propuesta del seminario. También la casi totalidad de académicos y académicas que convocamos.[10] Vale también recordar que, durante la realización del evento, asistimos con preocupación a la descalificación del ministro de Educación y Cultura de Uruguay, Pablo da Silveira, sobre Eduardo Galeano y el libro que estaba cumpliendo cincuenta años. Su rechazo no sorprende, porque en la moda neoliberal de los noventa, Da Silveira había escrito contra Galeano en tanto lo consideraba un intelectual irresponsable. Para quienes no conocen ese texto, se trata de un ensayo corto de lectura menos entretenida que la del *Manual del perfecto idiota latinoamericano*.[11]

El intercambio y debate que desplegamos desde la realización del seminario nos permite

[9] Véase el libro de Claudio Katz *La teoría de la dependencia, cincuenta años después*, Buenos Aires, Batalla de Ideas Ediciones, 2018. El creciente interés en la teoría de la dependencia por parte de los historiadores intelectuales es evidente, por ejemplo, en Margarita Fajardo, *The World that Latin America Created: The United Nations Economic Commission for Latin America in the Development Era*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2022; y Sofía Mercader, "Popularising dependency theory in Latin America: *Hour of the Furnaces* and *Open Veins of Latin America* revisited", *Global Intellectual History*, vol. 9, nº 1-2, 2024.

[10] Cabe mencionar dos trabajos de participantes del seminario que no integran este dossier, sino que aparecieron en otros medios como parte del mismo contexto de renovado interés por la obra de Galeano: sobre el libro de Galeano *Guatemala, clave de Latinoamérica* (Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1967), véase Roberto García, "'Aquella señal en la frente': Guatemala y la izquierda latinoamericana en la Guerra Fría", en E. Galeano, *Guatemala. Ensayo general de la violencia política en América* Latina, Buenos Aires, Siglo XXI, 2020; sobre las dimensiones literarias y políticas de *Las venas abiertas*, véase Patricia Funes, "Ensaio, literatura e Ciências Sociais entre *Las venas abiertas de América Latina*", en E. de Freitas Dutra y J. Myers (orgs.), *Continente por definir: As ideias de América no século XX*, Belo Horizonte, Editora da UFMG, 2022.

[11] Véase Pablo da Silveira, "Eduardo y Marilyn", *El Estante*, año IV, nº 43, 1999, p. 10.

en esta introducción sugerir algunas líneas de análisis del libro de Galeano en el marco de una renovada historia intelectual de América Latina que viene dando valiosos frutos en varios países del continente. Se trata de una empresa incipiente y exploratoria porque, como se podrá apreciar más adelante, ni el autor ni su obra han ocupado un lugar importante en la historiografía de la región, más allá de su persistente gravitación entre las lecturas de muchos latinoamericanos sobre su historia.

Las contribuciones que presentamos en este dossier, pues, ofrecen miradas originales a *Las venas abiertas de América Latina* de Galeano y tienen en común el interés por contextualizar la obra en la historia intelectual latinoamericana. Los seis trabajos dan cuenta de las raíces del libro en las preocupaciones políticas implícitas a la producción literaria y al debate cultural de mediados del siglo xx. Hemos estructurado el dossier teniendo en cuenta los vínculos temáticos entre los artículos, aunque, a su vez, cada autor enfatiza una problemática distinta. Todos los trabajos se basan en investigaciones originales; algunos anclados en –y en diálogo con– los temas de estudio particulares de los autores, y otros diseccionan las fuentes de la obra en cuestión y miran la intersección de sus ideas centrales, y más trascendentes, con debates políticos y con corrientes específicas del conocimiento sobre América Latina de mediados del siglo pasado.

Abre el dossier el estudio de Carlos Aguirre, que reconstruye la historia del libro de Galeano en Cuba, específicamente en relación con el Premio Casa de las Américas en 1971, año de publicación de *Las venas abiertas* y de enorme importancia tanto para la Revolución como para la cultura latinoamericana. Aguirre aborda una interesante pregunta sobre por qué *Las venas abiertas*, que se convirtió posteriormente en gran éxito literario dentro y fuera de América Latina, no ganó el premio en Cuba. Revisando el contexto marcado por importantes cambios político-culturales, como el llamado "quinquenio gris", el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, el "caso Padilla" y el cierre de la revista *Pensamiento Crítico*, Aguirre ofrece pistas para entender ese aparente desacierto del jurado, visto desde la popularidad del libro solo un lustro más tarde hasta nuestro presente. El artículo invita a pensar el momento histórico específico que contribuyó a darle un lugar singular en la literatura política del momento y a entender el denso entramado político dentro del cual se produjo esa obra.

De la misma manera, en el trabajo de Rafael Rojas vemos un aporte para desentrañar el andamiaje intelectual sobre el cual se basó Galeano al escribir *Las venas abiertas*. El autor brinda herramientas muy valiosas para descifrar tanto las fuentes del autor como su posicionamiento en relación con la disciplina de la historia. Rojas reflexiona sobre la naturaleza del texto, al que denomina "uno de los ensayos medulares del latinoamericanismo intelectual de la Guerra Fría". Al mismo tiempo, el artículo revela interesantes intersecciones y contradicciones de Galeano –y de *Las venas abiertas*– con textos fundamentales, contemporáneos, y también con la izquierda latinoamericana. Mirando el diálogo de Galeano con sus fuentes historiográficas, a la vez que posicionando sus interpretaciones en un marco político concreto, Rojas ofrece una lectura muy rica del libro, que se adentra en la propuesta narrativa de Galeano y permite reflexionar sobre los ejes temáticos y las representaciones del pasado que han sido su principal legado en la imaginación latinoamericana.

El artículo de Inés Moraes tiene en común con el de Rojas el interés por la relación de *Las venas abiertas* con la producción intelectual y académica del momento, en este caso específicamente con la teoría de la dependencia. Mientras que Rojas relaciona la obra con la historiografía más amplia que en América Latina reinterpreta algunos hitos de la historia moderna de América Latina –Revolución hai-

tiana, independencias, guerras civiles, liberalismos y positivismos del siglo XIX, revoluciones, populismos y dictaduras del siglo XX–, Moraes se centra en el tema fundamental del origen colonial, que atraviesa todas las épocas. La autora pone en perspectiva el dependentismo que tanto impacta a Galeano y su escritura en *Las venas abiertas*, evidenciando la forma transversal en que marcos historiográficos y teóricos dentro de la disciplina económica han visto el estudio del origen colonial como la fuente del problema central latinoamericano. Esta rica discusión sobre la persistencia del "atraso" o "subdesarrollo" en América Latina como tema vinculado a la identidad de la producción académica en la región aporta elementos analíticos para ubicar *Las venas abiertas* en un momento que le dio sentido y al cual el mismo libro marcó.

Ximena Espeche nos lleva también a un análisis de contexto, forma y contenido, con especial atención a la escritura. Como en el caso de Rojas, Espeche está interesada en el género ensayo y enfatiza en la trayectoria de Galeano como periodista para explicar la calidad literaria del texto. Además, nos muestra cómo la preocupación de Galeano por la circulación y la recepción de su libro estuvo marcada por su compromiso político. Para esta autora, es necesario reconocer y rescatar el problema del "aburrimiento", que era relevante para los autores que, como Galeano, escribían para entrar en contacto con los públicos más amplios –las "masas"– y cuyo fin era, precisamente, afinar sus intervenciones culturales para facilitar la difusión y la comprensión de sus obras e ideas. En este sentido, el texto de Espeche aporta una interesante discusión sobre la relación entre la "guerra informacional" y la Guerra Fría, poniendo *Las venas abiertas* en el centro de la literatura latinoamericanista de la época.

El artículo de Sinclair Thomson tiene como objeto la representación de los indígenas en *Las venas abiertas*. Thomson muestra a través de un análisis de la obra de Galeano anterior a este libro –en particular, las crónicas periodísticas de Guatemala– que el autor tenía una perspectiva indigenista que marcó su narrativa sustancialmente. En el proyecto literario indigenista, como en los escritos de Galeano, la representación de la América indígena tendía a enmarcarse entre los extremos de la romantización y la victimización. Thomson, además, estudia el contraste entre este enfoque indigenista –difundido entre los intelectuales de izquierda latinoamericanos– y la manera en que un intelectual indígena boliviano como Fausto Reinaga escribió sobre el pasado indígena en un libro –contemporáneo a *Las venas abiertas*– titulado *La revolución india* (1970). Aquí volvemos al tema de la relación del libro de Galeano con la historia, específicamente con la historia social. También vemos en este artículo el contexto desde otro ángulo, al resaltar la relación de Galeano con las ideas políticas de la izquierda y sus repercusiones para la construcción de la memoria del continente en clave social.

Finalmente, Rodrigo Patto aporta un trabajo sobre la recepción de *Las venas abiertas* en un contexto nacional específico, el de Brasil, a lo largo de varias décadas que vieron cambiar su significado y sus lecturas. El libro fue publicado en portugués en 1978 y a partir de entonces se convirtió en una referencia obligada en la izquierda que se oponía a la dictadura instalada en 1964. Patto estudia la manera en que el libro encajó con los valores de la izquierda brasileña y cómo, a su vez, contribuyó a forjar una noción en ese país sobre la historia latinoamericana y a pensar a Brasil en América Latina. El artículo también examina la contraparte de este proceso, es decir, cómo el libro de Galeano se convirtió en objeto de los ataques sostenidos y vigorosos de la derecha radical brasileña, que lo vio como uno de los símbolos centrales de la cultura de izquierda en el país.

Estos interesantes artículos nos motivan a hacer el ejercicio de enumerar las implicaciones historiográficas de este dossier, a señalar algunas zonas de vacancia y a sugerir posibles desarrollos a futuro para el estudio de la obra de Galeano. Al ubicar en ese marco los posibles aportes del conjunto de artículos que ahora presentamos, es necesario reconocer que la historia intelectual es hoy un campo amplio y en expansión, cuyos límites imprecisos se definen en intensos contactos e intercambios con otras formas de practicar la disciplina.

Desde ese reconocimiento, empecemos por la afirmación obvia de que los estudios de historia del libro y la edición, con crecimiento expansivo hacia periódicos y otros impresos en proliferación casi infinita, se despliegan como el marco casi natural de estos esfuerzos. Este posicionamiento implica varias operaciones simultáneas, no todas cubiertas en este dossier por razones evidentes que hacen a la diversidad de su origen y a los motivos de la convocatoria. Es preciso reconocer que este conjunto de artículos se concentra en los contenidos y contextos de escritura y lectura de *Las venas abiertas* y dice poco sobre la historia del libro como tal (sus aspectos materiales, su diseño, producción y modos de difusión). Tampoco se problematiza el papel de su autor como agente central del campo editorial en el Uruguay de los sesenta. Esto se vincula a la escasa atención que recibió la expansión de la industria editorial en el pequeño país sudamericano en esa época.[12] Esta carencia funciona aquí como exhortación: resulta a esta altura imprescindible emprender esa tarea para entender mejor los procesos de modernización cultural y politización de amplios sectores de la sociedad uruguaya, en paralelo con la renovación del pensamiento sobre lo social, asuntos sobre los que existen enjundiosos estudios para otros países del continente.[13] Al pensar la edición de libros como modo de intervención política, también sería interesante pensar el éxito de *Las venas abiertas* como el de un tipo particular de "*best seller* político" que tuvo la pericia de ensamblar coyuntura y perspectiva histórica de un modo particularmente potente.[14] ¿Quiénes participaron de esta hazaña, además de su autor y primer editor? ¿Hasta qué punto sirven los indicadores de tirajes y ventas para entender su impacto en un mundo intelectual y político en efervescencia editorial?

En relación con Galeano, sus múltiples funciones de editor, cronista, ilustrador y corresponsal en periódicos centrales de las izquierdas de ese entonces, como *El Sol*, *Época* y *Marcha*, deben tenerse en cuenta al considerar su experiencia al frente de la editorial universitaria en su fase de mayor auge y alcance, entre 1965 y el golpe de Estado de 1973 (mo-

[12] Sobre el período del que estamos hablando, véase Alejandra Torres Torres, *Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca*, Montevideo, Yagurú, 2012; Leonardo Guedes Marrero, Carmen Luna Sellés, Alejandra Torres Torres y Néstor Gutiérrez Yanotti, *Una aproximación a la historia de la edición en Uruguay*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2022.

[13] Para una mirada comprensiva, véase Gustavo Sorá, *A History of Book Publishing in Contemporary Latin America*, Nueva York, Routledge, 2021.

[14] Véase Ezequiel Saferstein, *¿Cómo se fabrica un* best seller *político? La trastienda de los éxitos editoriales y su capacidad de intervenir en la agenda pública*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021. Sobre edición política argentina, véanse también, entre otros, Gustavo Sorá, *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017; Horacio Tarcus, *La Biblia del proletariado. Traductores y editores de* El Capital *en el mundo hispanohablante*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018; Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017. Dentro de la historia del libro, el estudio de Carlos Aguirre, *La ciudad y los perros. Biografía de una novela*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015, que reconstruye (entre otros aspectos) circuitos de consagración y las ediciones simultáneas de un libro clave del *boom*, es un trabajo ejemplar para futuras aproximaciones a *Las venas abiertas*.

mento en que decidió publicar allí *Las venas abiertas*, inmediato *best seller* a escala nacional). Y esta labor, a su vez, debe ponerse en juego al calibrar su más conocido trabajo como impulsor principal de la famosa revista *Crisis* del otro lado del Plata, entre 1973 y 1976. En todo este derrotero, es necesario sopesar los determinantes nacionales de un campo editorial todavía bastante indiferenciado en cuanto a las funciones de sus agentes, pero también las circulaciones transnacionales de saberes, personas y bienes culturales, de las que Galeano y su obra fueron ejemplos relevantes. Sus documentados intercambios con Eudeba al tomar las riendas de las ediciones de la Universidad de la República, y el triple contrato de edición de *Las venas abiertas* en Cuba (Casa de las Américas), Uruguay (Udelar) y el resto del mundo hispanohablante (Siglo XXI), son evidencias adicionales (y previas a las peripecias del exilio) de esos contactos que todavía esperan estudio profundo.

Como dijimos, los artículos de nuestro dossier no se detienen demasiado en esos aspectos de la trayectoria de Galeano y su libro. Algunos los eluden por resultarles marginales desde sus enfoques o temas de interés y otros los dan por descontados para avanzar de modo más atento en un abanico de asuntos estrechamente relacionados con el mundo de la edición: la recepción y circulación de objetos culturales, en este caso impresos y particularmente libros. En efecto, los textos de Espeche, Aguirre y Patto, desde perspectivas muy diferentes, coinciden en su interés por las diversas, cambiantes y muchas veces paradójicas claves de lectura que fueron haciendo de *Las venas abiertas* un éxito de ventas en los lustros siguientes a su primera edición. Las formas de imaginar públicos y lectores a la hora de elegir ciertos modos narrativos (Espeche), los posibles equívocos de su presentación en espacios especializados de premiación y legitimación (Aguirre), las razones de sus múltiples apropiaciones, rechazos y censuras (Patto) son algunas entradas para entender las muchas vidas de este libro en las cinco décadas que median entre nuestro presente y su aparición en 1971. Pero se trata solo de apuntes sugerentes para el desafío todavía abierto de examinar cabalmente su lugar en los complejos procesos de circulación comercial de bienes simbólicos, las estrategias de promoción, la diversidad de agentes implicados y las razones contingentes de su progresiva expansión y extraordinaria supervivencia en los mercados editoriales nacionales, regionales y globales.

Esta última observación pone de relieve la necesidad de tener en cuenta la historicidad y la espacialidad de la génesis y la difusión del libro que nos ocupa, y nos lleva de lleno al campo historiográfico más amplio en que queremos ubicar el conjunto de estos aportes. Se trata del estudio de la Guerra Fría, el conflicto global que en las últimas décadas ha venido a redefinir cronológica, geográfica y conceptualmente la historiografía de la segunda mitad del siglo XX en el subcontinente. En especial, el examen de las dimensiones culturales del enfrentamiento entre las dos potencias ha repuesto la importancia de la región en esta cronología que sitúa a la Revolución cubana en una secuencia más larga de resistencias más o menos frontales al imperialismo de los Estados Unidos. En ese sentido, el de la especificidad del subcontinente, sería interesante articular con más precisión cuál ha sido el aporte de las diversas etiquetas y giros que han subdividido el tramo y redefinido el espacio mediante rótulos como "*long sixties*", "*global sixties*" y aun "*global South*". En términos generales, parecería que se trata de incentivar miradas globales, regionales y locales, junto con análisis comparativos y transnacionales.[15]

[15] Sobre el lugar de América Latina en estos asuntos, véanse, por ejemplo, Aldo Marchesi, "Escribiendo la Guerra Fría latinoamericana: entre el Sur 'local' y el Norte 'global'", *Estudos históricos*, vol. 30, nº 60, 2017;

Sin embargo, como también han señalado diversos analistas, estas supuestas innovaciones (en general emanadas de los centros académicos de Europa y los Estados Unidos) han tendido a considerar local lo ocurrido en el sur del planeta y global lo que proviene del norte. Suelen pecar, además, de cierto desconocimiento de lo producido en otros espacios académicos, lo que refuerza su indiferencia hacia la historicidad, la contingencia y las disparidades intrínsecas de esos mismos movimientos y desplazamientos escalares.

En cualquier caso, todos los estudios del libro de Galeano que ahora presentamos expresan la productividad de pensar desde América Latina esos asuntos. Plantean la necesidad de tomarse en serio la articulación de escalas en un derrotero intelectual que puede estudiarse desde las declinaciones de una cultura política nacional (las del tercerismo uruguayo) hacia la articulación de una corriente política regional (la de las izquierdas castristas latinoamericanas) e incluso la formulación de un movimiento de alcance verdaderamente global (las nuevas izquierdas al sur y al norte del planeta). Y afirman, a su vez, la importancia de considerar las particularidades de unos circuitos comerciales donde las limitaciones del mercado local se vieron compensadas por extensas redes políticas e intelectuales sostenidas también a través de la circulación de bienes simbólicos. En esa compleja combinación de niveles y escalas de análisis es posible dibujar una geografía que se fue ampliando año a año: de Montevideo a Cuba, del Río de la Plata hacia toda América Latina y, en sucesivas ediciones, también a España y, traducciones mediante, a los Estados Unidos, el resto de Europa y más allá. Ese estudio, que todavía nadie ha emprendido a cabalidad, combinando la historia del libro, de su recepción y circulación, puede convertirse también en una forma de entender la paradoja del declive dramático de los proyectos revolucionarios y antiimperialistas, que *Las venas abiertas* expresó, en primer lugar, mientras aumentaban el prestigio y el atractivo del libro, como forma de resistencia o combate a los proyectos abiertamente autoritarios que los derrotaron. Algo de eso puede ayudar a comprender el trasfondo de los planteos de Aguirre y Espeche, que equilibran sus preguntas en esa contradicción solo perceptible desde el tamiz de estas cinco décadas.

De este modo, el dossier despliega también el potencial de volver a pensar la historia política de los años sesenta y setenta en América Latina en una clave diferente a la que dio forma inicial al campo de estudios de lo que en el Cono Sur seguimos llamando "pasado reciente", incluyendo los conflictos entre "nuevas" y "viejas" izquierdas en la región. Este campo ha cambiado mucho en las últimas décadas. Se ha fortalecido en particular el examen de la dimensión cultural de unos cismas y reagrupamientos que no pueden re-

---

Stephan Scheuzger, "La historia contemporánea de México y la historia global: Reflexiones acerca de los 'sesenta globales'", *Historia Mexicana*, vol. LXVIII, nº 1, 2018; Pablo Palomino, "On the disadvantages of 'Global South' for Latin American Studies", *Journal of World Philosophies*, vol. 4, nº 2, 2019. Para una mirada del campo de estudios, véase Thomas Field, Stella Krepp y Vanni Pettinà (eds.), *Latin America and the Global Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2020. Algunos ejemplos de estos enfoques que incluyen los países del subcontinente en diferentes escalas: Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005; Vania Markarian, *Left in Transformation: Uruguayan Exiles and the Latin American Human Rights Networks, 1967-1984*, Nueva York, Routledge, 2005; Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011; Valeria Manzano, *The Age of Youth in Argentina: Culture, Politics & Sexuality from Perón to Videla*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2014; Aldo Marchesi, *Latin America's Radical Left: Rebellion and Cold War in the Global 1960s*, Nueva York, Cambridge University Press, 2018; Laura Ehrlich y Ximena Espeche (eds.), "Dossier: Guerra fría cultural en América Latina", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, vol. 23, nº 2, 2019; Eric Zolov, *The Last Good Neighbor: Mexico in the Global Sixties*, Durham, Duke University Press, 2020.

ducirse a la clave ideológica, y se ha hecho foco en los debates intelectuales que dieron espesor a los enfrentamientos por asuntos como "las vías" de la revolución, el papel de Cuba, la opción por las armas y las formas de plantarse ante el avance de los "nuevos autoritarismos" y las derechas vernáculas. *Las venas abiertas*, tal como aparece en los textos de este dossier, ofrece un prisma múltiple para repensar esos debates en dimensiones que se articularon de modo complejo con el devenir de las organizaciones políticas, viejas y nuevas, armadas o no.

Como apuntamos antes, resulta especialmente atractivo pensar el impacto del libro en esas renovaciones desde los estudios de historia de las ciencias sociales en América Latina, de creciente importancia en la región. Se trata de entender las imbricaciones e influencias mutuas entre la elaboración de proyectos políticos de cambio radical y la producción de nuevos saberes sobre la sociedad en espacios académicos y con pretensiones de institucionalización disciplinar. Nuevamente, varios de los artículos del dossier, sobre todo los de Moraes y Rojas, ofrecen pistas para ubicar a *Las venas abiertas* y sus avatares en esas transiciones entre formas de pensar a las sociedades latinoamericanas y propugnar su transformación. Mientras que la primera autora repone la historicidad de esos temas en la historiografía económica de y sobre América Latina, el segundo se permite hacer dialogar la obra de Galeano con la historia de la historiografía del continente. Este gesto, que no tiene pretensiones de exhaustividad, deviene audaz porque se trata de una disciplina que ha ignorado tanto su impacto en los públicos lectores (e incluso en el despertar vocacional de muchos historiadores) como sus diálogos con la historiografía de su tiempo.

En este sentido, los nuevos trabajos sobre la capacidad del dependentismo para hegemonizar las diferentes ciencias sociales con sede universitaria, desde las llamadas ciencias económicas hasta la historia, pasando por la sociología, resultan centrales para reponer el contexto de producción del libro en estrecha relación con el medio académico uruguayo y latinoamericano.[16] Según señalamos al comienzo de esta introducción, este punto ha quedado casi tan oculto como el asiento universitario de la primera edición del libro, que se presentó y difundió de modo premeditado como una alternativa contundente a cualquier enfoque académico del problema de la dependencia en la historia latinoamericana. Sin embargo, se trata de datos fundamentales para entender las influencias teóricas de la obra, las lecturas concretas de su autor, sus redes de sociabilidad intelectual y también la decisión de difundir en clave ensayística los principales asuntos de esa corriente académica que permeó el pensamiento político de amplios sectores de la izquierda. Efectivamente, este asunto, el de la ubicación de *Las venas abiertas* en unos circuitos institucionales de producción del conocimiento y unos contextos intelectuales precisos, ayuda a calibrar el papel de esos espacios y las personas que los animaron en la formulación de proyectos revolucionarios de gran impacto en la región.

En ese sentido, lo que la obra moviliza desde su credo dependentista y su énfasis en la casi inmanente condición colonial del continente es también una forma específica de identificación en clave latinoamericana que, con frecuencia, fue sustantiva a esos proyectos.[17] Textos como el de Galeano fueron centrales en un desplazamiento de sentidos que,

[16] Fajardo, *The World that Latin America Created*; Marchesi, "Imaginación política del antiimperialismo"; Pablo Messina, "Capítulo 2. De la CIDE al Iecon: surgimiento y auge de la generación dependentista (1960-1973)", en Instituto de Economía, *Miradas sobre la investigación en economía en Uruguay. Setenta años del Instituto de Economía*, Montevideo, IECON-FCEA-Udelar, AGU-Udelar y Doble clic Editoras, 2022.

[17] Véase Marchesi, "Imaginación política del antiimperialismo".

desde el tercermundismo en boga, erosionó de modo más o menos radical el orgulloso internacionalismo y también cierto cosmopolitismo de la mayor parte de las izquierdas del continente. Todo esto se procesó en medio de disputas, recuperaciones y formas nuevas de pensar la temporalidad de sus sociedades en la historia y el presente del capitalismo.[18] En ese contexto, la ambigua definición de los ahora llamados "pueblos originarios" más como víctimas esenciales de la historia que como agentes de los cambios que se postulaban necesarios para torcer su curso, según el aporte de Thomson, apunta con precisión a las dificultades de la época para articular esa dimensión identitaria, tanto en este libro como en muchas otras producciones culturales contemporáneas. La exploración de estas contenciosas articulaciones de pasados útiles para la promoción del cambio social, es decir, de las formas de construir el régimen de historicidad de los proyectos políticos, es otro camino que queda abierto para tratar de entender mejor a las izquierdas latinoamericanas de los sesenta.

Esto nos lleva de nuevo de lleno al tema central de esta introducción: la posibilidad de hacer dialogar este dossier sobre *Las venas abiertas de América Latina* con las diferentes vertientes de una historia intelectual renovada en América Latina. Su inclusión en *Prismas* refuerza el intento de colocar la obra de Galeano en esa renovación historiográfica. Esto tiene que ver con el lugar del Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes como promotor y baliza de este campo de estudios a escala regional, asumiendo el desafío de propiciar la reflexión sobre sus límites analíticos y ayudar a conceptualizar la multiplicación de sus prácticas concretas.[19] Los textos incluidos en este número pueden leerse en ese doble registro de pluralidad y ductilidad, abriendo así un espacio para volver sobre algunos rasgos de ese amplio paraguas historiográfico.

También cabe señalar que, como en los análisis de *Las venas abiertas* que ofrecemos en el dossier, convergen en la historia intelectual disímiles acumulaciones y múltiples tradiciones con balances variables en los diversos contextos geográficos donde se la cultiva. Se trata no solo de pensar qué puede aportar esa perspectiva para ahondar en la obra y la trayectoria de Galeano, sino también qué podemos decir de ese campo de estudios desde la navegación en un libro como *Las venas abiertas*. Construida en gran medida en tensión y concibiéndose a menudo como superación de la vieja historia de las ideas, la historia intelectual se ha apartado de algunas preguntas que animaron largamente esa tradición de corte ensayístico y filosófico en diversos países de América Latina. Se dejó de lado, en particular, la propia pregunta sobre la singularidad del continente, su lugar en el mundo y la posibilidad de producir desde allí (desde acá) un pensamiento que contribuyera a su autonomía, en general entendida como afirmación de su independencia con respecto a los centros mundiales de poder. Este interrogante solía adquirir un tono esencialista que opacaba la preocupación por la historicidad y la contingencia de las ideas, y desplazaba el interés por los contextos de producción y circulación del conocimiento, temas centrales de la nueva historia intelectual que venimos reseñando. Más recientemente, la cuestión ha vuelto a

[18] Véanse, por ejemplo, Martín Bergel, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina,* Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2015; Gyan Prakash y Jeremy Adelman (eds.), *Inventing the Third World: In Search of Freedom for the Postwar Global South*, Nueva York, Bloomsbury, 2023.

[19] Véase Carlos Altamirano, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005.

aparecer desde una preocupación erudita que constata la recurrente "imaginación identitaria" del subcontinente, en palabras de Carlos Altamirano, y reconoce la importancia de seguir pensándola en clave plural.[20]

¿Qué puede decirnos de todo esto *Las venas abiertas de América Latina*, con su insistencia en la perdurable condición colonial de América Latina y su obstinación por volver a señalar a los culpables y determinar el tamaño del ultraje y el sufrimiento de las víctimas? De la crispación que produjo dan cuenta una y otra vez los textos que ahora presentamos. Sin embargo, vale la pena hacerse la pregunta por la condición de dependencia del continente, incluyendo el llamado a evaluar críticamente las restricciones de su producción intelectual en perspectiva histórica. Sin perder de vista los marcos contingentes de escritura y lectura, *Las venas abiertas* puede pensarse en una voluntad de interpelación a la identidad latinoamericana que va desde los cultores de aquella historia de las ideas, como Leopoldo Zea y Arturo Ardao, hace escala en defensores de una epistemología alternativa, como Aníbal Quijano y Enrique Dussel, y llega hasta los promotores de la teoría decolonial, como Walter Mignolo. Este trazado no implica un linaje (en el que no se reconocerían autores tan disímiles); no pretende tampoco exaltar ninguna de estas respuestas, por lo demás tan alejadas de nuestra concepción de la historiografía. Busca simplemente, inspirándose en varios trabajos de reciente aparición, recuperar la densidad de esas inquietudes en unos contextos académicos, los nuestros, con frecuencia más preocupados por sus dinámicas internas que deseosos de aceptar el desafío de los grandes interrogantes.[21] A esa tarea también se abisma este *dossier*. □

[20] Carlos Altamirano, *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, p. 17.

[21] Véanse, por ejemplo, Hilda Sabato, *Las repúblicas del nuevo mundo. El experimento político latinoamericano del siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2021; Adrián Gorelik, *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2022. Vale reconocer el antecedente de José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.

Bibliografía

Aguirre, Carlos, *La ciudad y los perros. Biografía de una novela*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015.

Altamirano, Carlos, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005.

—, *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.

Apuleyo Mendoza, Plinio, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa, *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, Barcelona, Plaza y Janes, 1996.

Beigel, Fernanda, "Vida, muerte y resurrección de las 'teorías de la dependencia'", en CLACSO (ed.), *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO, 2006, pp. 287-326.

Bergel, Martín, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

Cárdenas, Juan Cristóbal, "Una historia sepultada: el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile, 1965-1973 (a 50 años de su fundación)", *De Raíz Diversa*, vol. 2, nº 3, 2015, pp. 121-140.

Da Silveira, Pablo, "Eduardo y Marilyn", *El Estante*, año IV, nº 43, 1999, p. 10.

Ehrlich, Laura y Ximena Espeche (eds.), "Dossier: Guerra fría cultural en América Latina", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, vol. 23, nº 2, 2019.

Fajardo, Margarita, *The World that Latin America Created: The United Nations Economic Commission for Latin America in the Development Era*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2022.

Field, Thomas, Stella Krepp y Vanni Pettinà, *Latin America and the Global Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2020.

Funes, Patricia, "Ensaio, literatura e Ciências Sociais entre *Las venas abiertas de América Latina*", en E. de Freitas Dutra y J. Myers (orgs.), *Continente por definir: As ideias de América no século XX*, Belo Horizonte, Editora da UFMG, 2022, pp. 209-252.

Galeano, Eduardo, *Open veins of Latin America: Five centuries of the pillage of a continent*, traducción de Ce-

dric Belfrage, Nueva York, Monthly Review Press, 1973.

García, Roberto, "'Aquella señal en la frente': Guatemala y la izquierda latinoamericana en la Guerra Fría", en E. Galeano, *Guatemala. Ensayo general de la violencia política en América* Latina, Buenos Aires, Siglo XXI, 2020, pp. 207-221.

Giller, Diego, *Espectros dependentistas. Variaciones sobre la teoría de la dependencia y los marxismos latinoamericanos*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2021.

Gorelik, Adrián, *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2022.

Guedes Marrero, Leonardo, Carmen Luna Sellés, Alejandra Torres Torres y Néstor Gutiérrez Yanotti, *Una aproximación a la historia de la edición en Uruguay*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2022.

Harmer, Tanya, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011.

Katz, Claudio, *La teoría de la dependencia, cincuenta años después*, Buenos Aires, Batalla de Ideas Ediciones, 2018.

Manzano, Valeria, *The Age of Youth in Argentina: Culture, Politics, & Sexuality from Perón to Videla*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2014.

Marchesi, Aldo, "Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta", *EIAL - Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe*, vol. 17, nº 1, 2006, pp 135-159.

—, "Escribiendo la Guerra Fría latinoamericana: entre el Sur 'local' y el Norte 'global'", *Estudos históricos*, vol. 30, nº 60, 2017, pp. 187-202.

—, *Latin America's Radical Left: Rebellion and Cold War in the Global 1960s*, Nueva York, Cambridge University Press, 2018.

Markarian, Vania, *Left in Transformation: Uruguayan Exiles and the Latin American Human Rights Networks, 1967-1984*, Nueva York, Routledge, 2005.

Mercader, Sofía, "Popularising dependency theory in Latin America: *Hour of the Furnaces* and *Open Veins of Latin America* revisited", *Global Intellectual History*, vol. 9, nº 1-2, 2024, pp. 198-217.

Messina, Pablo, "Capítulo 2. De la CIDE al Iecon: surgimiento y auge de la generación dependentista (1960-1973)", en Instituto de Economía, *Miradas sobre la investigación en economía en Uruguay. Setenta años del Instituto de Economía*, Montevideo, IECON-FCEA-Udelar, AGU-Udelar y Doble clic Editoras, 2022, pp. 71-101.

Palaversich, Diana, *Silencio, voz y escritura en Eduardo Galeano,* Frankfurt/Vervuert/Madrid, Iberoamericana, 1995.

Palomino, Pablo, "On the disadvantages of 'Global South' for Latin American Studies", *Journal of World Philosophies*, vol. 4, nº 2, 2019, pp. 22-39.

Petra, Adriana, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.

Prakash, Gyan y Jeremy Adelman (eds.), *Inventing the Third World: In Search of Freedom for the Postwar Global South*, Nueva York, Bloomsbury, 2023.

Romero, José Luis, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.

Ruffinelli, Jorge, "El escritor en el proceso americano. Entrevista con Eduardo Galeano", *Marcha*, nº 1555, 6 de agosto de 1971, pp. 30-31.

Sabato, Hilda, *Las repúblicas del nuevo mundo. El experimento político latinoamericano del siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2021.

Saferstein, Ezequiel, *¿Cómo se fabrica un* best seller *político? La trastienda de los éxitos editoriales y su capacidad de intervenir en la agenda pública*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.

Scheuzger, Stephan, "La historia contemporánea de México y la historia global: Reflexiones acerca de los 'sesenta globales'", *Historia Mexicana*, vol. LXVIII, nº 1, 2018, pp. 313-358.

Sorá, Gustavo, *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

—, *A History of Book Publishing in Contemporary Latin America*, Nueva York, Routledge, 2021.

Tarcus, Horacio, *La Biblia del proletariado. Traductores y editores de* El Capital *en el mundo hispanohablante*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

Torres Torres, Alejandra, *Lectura y sociedad en los sesenta. A propósito de Alfa y Arca*, Montevideo, Yagurú, 2012.

Westad, Odd Arne, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005.

Zolov, Eric, *The Last Good Neighbor: Mexico in the Global Sixties*, Durham, Duke University Press, 2020.

¿El premio más revolucionario?

Las venas abiertas de América Latina *y el Premio Casa de las Américas de 1971*[*]

Carlos Aguirre

Universidad de Oregon

Eduardo Galeano terminó de escribir *Las venas abiertas de América Latina* durante los meses finales de 1970 para poder presentarlo al Premio Casa de las Américas de 1971, en la categoría de ensayo, cuyo plazo vencía el 31 de diciembre.[1] Al revelarse el veredicto del jurado, el 12 de febrero de 1971, se anunció como ganador al peruano Manuel Espinoza García, con un trabajo titulado *La política económica de los Estados Unidos entre 1945 y 1961*, mientras que el ensayo de Galeano apenas obtuvo una mención, es decir, fue valorado por el jurado, pero no lo suficiente como para obtener el prestigioso premio de la institución cultural más importante de la Revolución cubana. Este hecho, aparentemente anecdótico, adquiere un sentido más integral si se lo analiza, como intento hacer en este artículo, en el interior de una época plagada de acontecimientos y debates en torno a la Revolución cubana, que tuvieron su punto culminante, precisamente, en 1971, ese año decisivo cuya "anatomía" ha reconstruido Jorge Fornet en un libro fundamental.[2] Las circunstancias que rodeaban los premios literarios en Cuba venían siendo objeto de intensos debates y escrutinio desde al menos 1968, a raíz de las polémicas causadas por los premios de la Unión Nacional de Escritores y Artistas (UNEAC) a Heberto Padilla y Antón Arrufat, y el Premio Casa de las Américas a Norberto Fuentes.[3] En 1970, por ejemplo, se dejó de lado la invocación a los jurados a premiar la excelencia de los trabajos, no las posiciones políticas de los autores ni la sintonía de los textos con la Revolución cubana, y se optó por una formulación bastante más restrictiva, que buscaba convertir el Premio Casa de las Américas en "el premio más revolucionario",

* Este artículo es una versión abreviada y revisada de mi artículo "Apuntes sobre la 'guerrillerización' de la cultura: *Las venas abiertas de América Latina*, el Premio Casa de las Américas y los debates sobre los intelectuales y la revolución", *Histórica*, vol. XLVI, nº 1, 2022. Reitero aquí mi agradecimiento a Pedro Guibovich, exdirector de *Histórica*, por su atenta lectura del texto original; al Centro de Estudios Latinos y Latinoamericanos (CLLAS), al Fund for Faculty Excellence y al Departamento de Historia de la Universidad de Oregón, que facilitaron mi trabajo en varios archivos; a Vania Markarian y Marcela Echeverri, por la invitación a presentar una versión preliminar en el seminario que ha dado lugar a este dossier de *Prismas*; y a Jorge Coronado y Jorge Fornet, por su apoyo y comentarios.

[1] Más tarde se extendió el plazo hasta el 20 de enero de 1971.

[2] Jorge Fornet, *El 71. Anatomía de una crisis*, Raleigh, A Contracorriente, 2022.

[3] Los libros premiados por la UNEAC fueron *Fuera del juego*, de Padilla, y *Los siete contra Tebas*, de Arrufat. El de Fuentes fue *Condenados de condado*. Sobre esto, véase Aguirre, "Apuntes sobre la 'guerrillerización'", pp. 143-147.

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1478

como expresó Haydée Santamaría, presidenta de Casa de las Américas, en la instalación del jurado correspondiente a ese año.[4]

Tanto la trayectoria intelectual y política de Galeano –quien fue miembro de ese jurado en 1970– como el tema de *Las venas abiertas de América Latina* sintonizaban con la mirada crítica a la historia latinoamericana y las perspectivas de un futuro socialista para la región que promovía la Revolución cubana. Dejando de lado juicios rotundos sobre la calidad de los trabajos de Espinoza García y de Galeano, no ha dejado de llamar la atención a historiadores y otros estudiosos que el jurado optara por el primero y no por un ensayo que, con el tiempo, probaría ser tan influyente y representativo de esa tradición intelectual revolucionaria y antiimperialista que invocaba Santamaría. Este artículo se propone explicar el hecho (aparentemente) anecdótico de que el libro de Galeano no fuera premiado en 1971, situándolo en el contexto de los debates y dilemas de la Revolución, así como en la difícil coyuntura que se vivía en Cuba en 1971.

Galeano y Cuba

Nacido en Montevideo en 1940, Eduardo Galeano se identificó desde la adolescencia con los ideales socialistas, al tiempo que iniciaba su prolífica trayectoria como periodista, escritor y animador de diarios y revistas de izquierda. A comienzos de la década de 1960, fue jefe de redacción del semanario *Marcha*, escribió su primera novela y viajó a la Unión Soviética y a China.[5] Fue un entusiasta defensor de la Revolución cubana desde su inicio y visitó la isla por primera vez en 1964, oportunidad en la que entrevistó al Che Guevara.[6] Luego escribiría un breve artículo resaltando los logros de la Revolución, la ausencia de sectarismo, la fortaleza y los sacrificios de los cubanos, y la espontaneidad con la que se llevaba a cabo el proceso de transformación.[7] En 1967, pasó varios meses en Guatemala investigando las acciones de las guerrillas y escribió artículos y reportajes, luego reelaborados y reunidos en un libro que se puede considerar, temática y estilísticamente, un claro antecedente de *Las venas abiertas*.[8]

Galeano visitó Cuba por segunda vez en enero de 1968, para participar en el Congreso Cultural de La Habana, una reunión de intelectuales de todo el mundo convocada por el Gobierno cubano con el tema general "Colonialismo y neocolonialismo en el desarrollo cultural de los pueblos".[9] La resolución final del Congreso enfatizó la necesidad de que los intelectuales asumieran un compromiso efectivo con la Revolución, tanto en Cuba como en el resto del mundo colonial y neocolonial, y reafirmó la tesis, ya enunciada en la Conferencia Tricontinental de 1966, de que la única vía hacia la liberación nacional era la lucha armada. Ga-

[4] Anónimo, "La Revolución cubana es de todo aquel que la defienda; de todo aquel que la ame", *Juventud Rebelde*, 24 de junio de 1970. En 1968, Santamaría había invocado a los jurados a "premiar lo que consideren mejor, no importa si refleje o no a la Revolución, porque esto es un premio de literatura y no un premio de obras que hablen solamente de la Revolución. La medida debe ser la calidad" (Anónimo, "Deben premiar lo mejor, no importa si refleje o no la revolución", *Juventud Rebelde*, 16 de enero de 1968). En estos y otros textos periodísticos citados en este artículo no se registra el número de página. Los materiales fueron consultados en el Archivo Vertical de Casa de las Américas y no incluyen esa información.

[5] Sobre sus impresiones de China, véase Eduardo Galeano, *China 1964. Crónica de un desafío*, Buenos Aires, Jorge Álvarez editor, 1964. Su primera novela fue *Los días siguientes*, Montevideo, Alfa, 1963.

[6] Eduardo Galeano, "Cuba como vitrina o catapulta", en E. Galeano, *Reportajes*, Montevideo, Ediciones Tauro, 1967.

[7] Eduardo Galeano, "Che, Cuba", en E. Galeano, *Reportajes*.

[8] Eduardo Galeano, *Guatemala, país ocupado*, Buenos Aires, Editorial Nuestro Tiempo, 1967.

[9] Valeria González Lage, "Objetivos, discursos y protagonistas del Congreso Cultural de La Habana (1968)", *Sémata*, nº 31, 2019.

leano volvería a Cuba para participar como jurado del Premio Casa de las Américas de 1970 en la categoría cuento. El jurado del Premio, cuya primera edición tuvo lugar en 1960, se reunía habitualmente en el mes de enero, pero en 1970 se postergó hasta junio, pues el personal de Casa de las Américas debía participar en el "esfuerzo decisivo" para alcanzar la zafra de diez millones de toneladas de azúcar, objetivo fijado por el gobierno revolucionario para promover la participación ciudadana, recuperar el entusiasmo popular y aliviar la economía golpeada por el embargo estadounidense. El objetivo, sin embargo, no se cumplió. Cuando se reunió el jurado en La Habana, la situación en Cuba era de desasosiego e incertidumbre. Según Galeano, "la Revolución vivía su hora más difícil. La zafra de los diez millones había fracasado. La concentración de esfuerzos en la caña de azúcar había dejado chueca la economía del país".[10]

Las venas abiertas de América Latina

La ficha biográfica de Eduardo Galeano preparada por Casa de las Américas en ocasión de su incorporación como jurado en el Premio de 1970 y fechada en enero de ese año indicaba: "En la actualidad, se encuentra trabajando en un libro sobre los diversos modelos imperialistas de explotación de América Latina".[11] Ese libro, que luego sería *Las venas abiertas*, fue concebido y escrito bajo el influjo de tres procesos político-intelectuales que marcaron decisivamente la década de 1960. Primero, la Revolución cubana y el sismo político e ideológico que generó en América Latina. Para muchos intelectuales, incluyendo al joven Galeano, la Revolución cubana inauguraba un camino hacia la liberación nacional y el socialismo por el que el resto de América Latina tendría que transitar. Segundo, los debates en torno al imperialismo y la dominación que, aunque se remontaban a los años finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX con autores como José Martí, Julio Antonio Mella, José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre, Alfredo Palacios y otros, se reavivaron bajo nuevas premisas en la década de 1960 a través de las interpretaciones dependentistas, una variante del pensamiento crítico que ponía el énfasis en los procesos externos de dominación. Autores como Sergio Bagú, Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Theotonio dos Santos, Aníbal Quijano y André Gunder Frank se convirtieron en referencias clave para entender el subdesarrollo latinoamericano.[12] Tercero, los debates en torno al rol de los intelectuales en los procesos de cambio revolucionario y liberación nacional sirvieron de catalizador para muchos escritores que, como Galeano, buscaban poner su trabajo al servicio de la revolución y el cambio social. Como ha discutido ampliamente Claudia Gilman en un libro esencial para entender ese período, los escritores latinoamericanos identificados con la izquierda debatían arduamente las relaciones entre arte y compromiso, es decir, entre la fidelidad a su libertad creativa y la necesidad de contribuir a los proyectos colectivos de transformación social.[13] Galeano concibió *Las venas abiertas* no como un producto artístico o una monografía académica, sino como un "ensayo militante", es decir, una interpretación del pasado latinoamericano que fuera, a la vez, una contribución a las luchas sociales y políticas en favor de la justicia y la soberanía.

[10] Eduardo Galeano, *Días y noches de amor y de guerra*, La Habana, Casa de las Américas, 1978, p. 198.
[11] Archivo Vertical, Casa de las Américas.

[12] Gunder Frank y Bagú aparecen citados varias veces en *Las venas abiertas*, y son mencionados en los agradecimientos.
[13] Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

Intentaba así responder al "dilema" del intelectual revolucionario, mostrando que era posible ejercer el oficio de escritor y, al mismo tiempo, contribuir de manera efectiva al cambio social: "La literatura es un arma. Somos responsables de lo que hacemos de esa arma […] se puede hacer una literatura cómplice, pero también se puede hacer una literatura que nos ayude, a todos, a cambiar".[14]

Cuando Galeano viajó a Cuba en junio de 1970, llevaba, según su propia versión, cuatro años trabajando "en un libro de economía política […] metido hasta las orejas estudiando economía e historia, una tarea de investigación que resultó larga y penosa". No solo consultó libros y documentos ("los académicos no tienen de qué quejarse: hay trescientas cincuenta fuentes documentales", diría después), sino que también visitó diversos países de América Latina para documentar la dolorosa realidad en que vivían las poblaciones menos favorecidas.[15] Durante su estadía como jurado en el Premio Casa de las Américas, tuvo conversaciones con otros intelectuales con relación a su proyecto,[16] pero también sobre los desafíos que enfrentaba la Revolución cubana y las tensiones dentro del campo intelectual cubano y latinoamericano, que inevitablemente permeaban el trabajo, los debates y las decisiones de los jurados.[17]

Esos contactos y diálogos lo llevaron al convencimiento no solo de la importancia y la pertinencia de su trabajo, sino también de la utilidad que este podía tener como aporte a los debates, dentro de los distintos sectores revolucionarios en Cuba y en América Latina, en torno al tipo de socialismo que se buscaba construir. Galeano no era ajeno a las pugnas que existían en Cuba entre posiciones ortodoxas e incluso autoritarias defendidas por publicaciones como *Verde Olivo* o funcionarios intelectuales como Leopoldo Ávila (seudónimo de Luis Pavón) y otras posturas, menos rígidas y más dialogantes con distintas corrientes del pensamiento crítico y la creación literaria. Regresó a Montevideo con una sensación de urgencia por concluir su libro y presentarlo al Premio Casa de 1971: "Escribí el libro para poder llegar a tiempo al concurso Casa. Recoge cuatro años de viajes y andares, que cristalizaron en ese libro escrito en noventa noches".[18] Aunque Galeano repetiría muchas veces que escribió el libro en tres meses, lo cierto es que ya tenía escritas algunas secciones antes de su visita a Cuba.[19]

Galeano terminó de escribir el libro a finales de diciembre de 1970. El 30 de ese mes publicó un fragmento en *El Oriental* de Montevideo con el título "La Revolución cubana ante la estructura de la impotencia".[20] Unos días antes, en carta desde Montevideo a sus colegas de Casa de las Américas, Mario Benedetti les hizo saber, con evidente entusiasmo, que había hablado con Galeano y "parece que se presenta al concurso (género: ensayo), con un libro de

[14] Anónimo, "Definiciones de Eduardo Galeano sobre *Las venas abiertas de América Latina*", *La Opinión*, 8 de mayo de 1973.
[15] Jorge Ruffinelli, "El escritor en el proceso americano. Entrevista con Eduardo Galeano", *Marcha*, nº 1555, 1971, p. 30.
[16] "Galeano ya en julio de 1970 anunciaba en La Habana cómo su labor narrativa había pasado a un segundo término dando entrada a la actividad científica de desmitificar nuestra compleja y nunca bien ponderada realidad e historia" (Alberto Díaz Méndez, "*Las venas abiertas de América Latina*", *El Caimán Barbudo*, nº 55, 1972, p. 27).
[17] Sobre los entretelones del Premio Casa de las Américas de 1970, véase Roque Dalton, "Carta a la Dirección del Partido Comunista de Cuba", 7 de agosto de 1970, disponible en: https://rdarchivo.net/roque-dalton-archivo/letras-rd/ renuncia-de-roque-dalton-a-casa-de-las-americas/.
[18] Paquita Armas Fonseca, "La Mafalda de Eduardo Galeano", *La Jiribilla*, nº 559, 2012.
[19] Véase, por ejemplo, Eduardo Galeano, "Bolivia desde la plata hasta el estaño. El ascenso y la caída en cuatro siglos", *Casa de las Américas*, nº 67, 1971, un conjunto de textos fechados en marzo de 1970 y que, con ligeras variantes, se incorporaron en la versión final del libro.
[20] Eduardo Galeano, "La Revolución cubana ante la estructura de la impotencia", *El Oriental*, 30 de diciembre de 1970.

envergadura (cerca de 400 páginas)".[21] No resulta difícil imaginar que tanto Benedetti como el personal de Casa de las Américas veían con buenos ojos la candidatura de Galeano: la trayectoria del autor, su probada fidelidad a la Revolución y el tema del ensayo lo convertían en un serio aspirante al Premio. La decisión final, sin embargo, estaba en manos del jurado.

En busca del premio más revolucionario

Las actividades del Premio Casa de las Américas de 1971 se iniciaron en La Habana el 1° de febrero y las deliberaciones tuvieron lugar en la ciudad de Trinidad. El jurado en la categoría ensayo estuvo conformado por José Luciano Franco, historiador cubano, autodidacta, especialista en esclavitud y con cierta influencia marxista; Jaime Mejía Duque, crítico literario colombiano de izquierda; y el filósofo peruano Augusto Salazar Bondy, adscrito a la corriente conocida como "filosofía de la liberación", exmilitante del Movimiento Social Progresista y, desde 1970, asesor en materia educativa del gobierno nacionalista militar presidido por Juan Velasco Alvarado. El libro ganador, escogido por unanimidad entre los veintitrés concursantes, resultó ser el ya mencionado *La política económica de los Estados Unidos hacia América Latina entre 1945 y 1961*, del abogado peruano Manuel Espinoza García, sobre quien los anuncios oficiales y periodísticos de la época no ofrecen datos biográficos.[22] El informe del jurado justificó así el premio:

> Tema de alcance continental que responde a la necesidad del público latinoamericano de tomar conciencia del proceso del imperialismo en la etapa estudiada. Sólida base teórica y científica con consecuente aplicación del método marxista. Documentación amplia y selecta con uso de una bibliografía debidamente actualizada.[23]

Dos criterios parecen haber inclinado la balanza a favor del libro de Espinoza García: el supuesto carácter "científico" del análisis y la "aplicación del método marxista". Sin embargo, más que sobre una "sólida base teórica y científica", el libro reposa sobre un marco conceptual bastante convencional, tributario de algunos discursos simplistas al uso por esos años. Según el autor, por ejemplo, se estaba produciendo una "cada vez mayor participación de las mayorías latinoamericanas en el proceso político de la región", y eso se explicaba por el "agudizamiento de las contradicciones que en el interior del mundo capitalista existen entre los países de economía dominante y los de economía dominada". Las "ciencias sociales burguesas", afirmaba, son culpables de ocultar el hecho de que "la situación imperante en el mundo 'subdesarrollado' está íntimamente vinculada a las relaciones político-económicas que lo unen con el mundo 'desarrollado'". El sustento teórico del libro es, en el mejor de los casos, elemental. El autor incluye solamente quince referencias bibliográficas, entre las que destacan autores norteamericanos cercanos al marxismo como los economistas Paul Baran, Paul Sweezy y Harry Magdoff (todos ellos vinculados a la impor-

[21] Carta de Mario Benedetti a "Querida gente", Montevideo, 24 de diciembre de 1970, Archivo Casa de las Américas.

[22] En la solapa del libro se informa que estudió leyes en la Universidad de San Marcos de Lima y que "ha escrito ensayos, una novela, cuentos dispersos" (Manuel Espinoza García, *La política económica de los Estados Unidos hacia América Latina entre 1945 y 1961*, La Habana, Casa de las Américas, 1971).

[23] Inés Casañas y Jorge Fornet, *Premio Casa de las Américas. Memoria, 1960-2020*, La Habana, Casa de las Américas, 2021, p. 83. Jaime Mejía Duque escribió el texto de la solapa del libro de Espinoza García, en el que sostuvo que "los integrantes del jurado pronto advertimos que se trataba, en su caso, de un investigador maduro, diestro en el método dialéctico".

tante revista *Monthly Review*) y el sociólogo C. Wright Mills. Ninguno de los autores clásicos del marxismo aparece citado. La documentación empírica tampoco es demasiado abundante: algunos materiales de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), otros del Departamento de Comercio de Estados Unidos y unos cuantos más.

En la estimación del jurado, el libro de Espinoza García reflejaba las "necesidades" de las masas latinoamericanas y ofrecía una visión científica y pretendidamente "marxista" que, supuestamente, serviría mejor la causa de la revolución. Los libros ganadores en otras categorías merecieron valoraciones similares. El jurado de cuento seleccionó *Ojo por diente*, del paraguayo Rubén Bareiro Saguier:

> El libro articula con sostenida calidad estética, no exenta de originalidad, poesía y aciertos formales, una temática vigorosa y hondamente humana que expresa con valor documental *las luchas liberadoras de los pueblos de la América Latina*, así como otros aspectos de su problemática actual.

En la categoría novela se premió al cubano Manuel Cofiño por *La última mujer y el próximo combate*: "Excelente calidad literaria, muy bien construida, con elementos formales de interés, con un hondo contenido humano y social. *Su temática enfoca un momento actual de la Revolución Cubana*, mirándola con espíritu creador". En teatro, el ganador fue el cubano Raúl Macías Pascual por *Girón. Historia verdadera de la Brigada 2506*, en el que "logró desenmascarar la verdad íntima de un hecho histórico reciente y *de profunda significación política y revolucionaria*".[24] La reiteración de los méritos "revolucionarios" de los libros ganadores resulta más que reveladora del clima político en que se produjeron las deliberaciones de los jurados.

Las venas abiertas de América Latina obtuvo una mención, es decir, una especie de segundo lugar, compartido con el libro del sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva *El proceso de dominación política en Ecuador.*[25] Si comparamos la envergadura del esfuerzo de investigación e interpretación del libro de Galeano con la del de Espinoza García, la diferencia es notable: este último estudiaba un período de dieciséis años de política económica de los Estados Unidos en América Latina, mientras que *Las venas abiertas* abarcaba quinientos años de historia del continente. Esa diferencia quedaba reflejada también en el aparato documental y bibliográfico, bastante más exhaustivo en el libro de Galeano que en el libro ganador.

Las decisiones de los jurados son difíciles de explicar sin tener acceso a las deliberaciones, pero la lectura de los textos justificativos deja en claro que se buscó premiar libros que, a criterio de los jurados, reflejaban una clara identificación con las necesidades de la Revolución cubana y de los proyectos revolucionarios latinoamericanos en general. En el caso del premio de ensayo, además, se enfatizaban las credenciales "marxistas" del libro seleccionado como ganador. Al lado de los supuestos méritos del libro de Espinoza García habría que considerar los "defectos" que, es lícito especular, el jurado habría identificado en *Las venas abiertas*. Muchos años después, en 1994, Galeano le dijo a Jorge Ruffinelli que "el jurado la descalificó porque *no era una obra que se ajustara a las reglas del género ensayo* y sin embargo es lo más parecido a un ensayo que yo he escrito desde que escribo".[26]

[24] Las frases citadas, con énfasis míos, han sido tomadas de Casañas y Fornet, *Premio Casa de las Américas*, pp. 81-82.

[25] Agustín Cueva, *El proceso de dominación política en Ecuador*, Quito, Ediciones Crítica, 1972. La edición de Casa de las Américas recién se publicaría en 1979.

[26] Jorge Ruffinelli, "Eduardo Galeano: el hombre que rechazaba las certezas y las definiciones", *Casa de las Américas*, nº 281, 2015, p. 134. Énfasis mío.

En otra entrevista, esta vez de 2012, diría que "aquel jurado de prestigiosas figuras de la izquierda, *según supe después*, consideró que *el libro no era lo suficientemente serio* como para recibir el Premio. Era un período en el que todavía la izquierda confundía la seriedad con el aburrimiento".[27] Es imposible saber si estas "explicaciones" a la decisión del jurado son verídicas, si las inventó Galeano o alguien cercano a él, o si simplemente se dedujeron por oposición a la justificación esgrimida para premiar el libro de Espinoza García. Lo que sí es innegable es que el estilo narrativo creativo y abierto de Galeano no calzaba con la tendencia predominante en la ensayística de corte histórico y, especialmente, en aquella influida por el marxismo, en la que se ponían por delante el análisis de las estructuras y las explicaciones supuestamente "científicas" (con las citas de rigor que le daban autoridad) y se veían con cierto desdén la descripción de episodios y las experiencias individuales de los actores sociales, supuestamente más cercanas a la narrativa de tipo literaria que a la disciplina histórica. Por otro lado, como han subrayado tanto Jorge Fornet como Rafael Rojas, Galeano citaba en su libro a autores como K. S. Karol y René Dumont, críticos de algunos aspectos de la Revolución cubana y que fueron mencionados por Roque Dalton, en su carta de 1970, como parte del "cerco ideológico" contra la Revolución.[28] La heterodoxia estilística de Galeano iba acompañada de una apertura a autores y corrientes que, en la visión de algunos, pertenecían al campo "enemigo". Pese a todo, el jurado no podía ignorar el valor del libro de Galeano y decidió reconocerlo con una mención.

Recibir dicha mención en el Premio Casa de las Américas no representaba ningún demérito, por supuesto, pero la noticia debió ser recibida con decepción no solo por Galeano, sino también por sus amigos y colegas en dicha institución. Una reseña de *Las venas abiertas* publicada en su revista puede ser leída como una reivindicación de Galeano y un abierto cuestionamiento a la decisión del jurado.[29] Para el autor de la reseña, el historiador cubano Omar Díaz de Arce, el libro de Galeano era "*merecedor quizá más de un premio que de una mención* en el concurso Casa de las Américas", pues, al lado de "la brillantez y amenidad del estilo", ofrecía una "lograda conjugación de *análisis científico* y encendida denuncia". Más aún, "a diferencia de algunos economistas estructuralistas, de los que Galeano toma lo mejor, el autor […] enfoca con más objetividad *la dialéctica de las relaciones de producción* en el continente".[30] Díaz de Arce parece estar defendiendo no solo la calidad literaria del libro de Galeano, sino también sus credenciales marxistas, aparentemente inadvertidas por el jurado. Y para que no quedara ninguna duda de sus méritos, termina conectándolo con las luchas revolucionarias del presente: "Las fuerzas del cambio social, cuyo estudio escapa naturalmente al libro de Galeano, están como presentes detrás de este drama, se asoman por las rendijas de esta antología del despojo, *anunciando sin palabras una revolución incontenible*".[31]

El Caimán Barbudo, órgano de la Unión de Juventudes Comunistas, publicó en abril de

[27] Armas Fonseca, "La Mafalda de Eduardo Galeano". Énfasis mío.

[28] Fornet, *El 71*, p. 47; Rafael Rojas, "Eduardo Galeano: historia y revisionismo", presentación en el seminario "*Las venas abiertas de América Latina.* 50 años después", Montevideo, Universidad de la República, 2021. Según Rojas, fueron Mejía Duque y Salazar Bondy quienes más resistencia pusieron al libro de Galeano, mientras que José Luciano Franco lo defendió. No he podido verificar la fuente de esta afirmación.

[29] Reveladoramente, el libro de Espinoza García no fue reseñado en *Casa de las Américas*.

[30] Omar Díaz de Arce, "Con las venas abiertas de América Latina o la antología del despojo", *Casa de las Américas*, nº 72, 1972, p. 151 (énfasis mío).

[31] *Ibid.*, p. 153 (énfasis mío).

1972 otra reseña de *Las venas abiertas*, escrita por el cubano Alberto Díaz Méndez. Los elogios son superlativos:

> La interpretación de la información es brillante; no hay otro calificativo. Nuestro atraso, subdesarrollo y dependencia –estadío engendrado por el desarrollo del capitalismo como sistema mundial– quedan al desnudo, en su osamenta, en la mesa de disección de Eduardo Galeano.[32]

Las venas abiertas, dice el autor, "busca la génesis misma de nuestro atraso y dependencia actual con *una convicción científica* de que esto es necesario", y conlleva "*la actividad científica* de desmitificar nuestra compleja y nunca bien ponderada realidad e historia".[33] Al igual que en la reseña publicada en *Casa de las Américas*, aquí también se enfatiza el carácter supuestamente *científico* de *Las venas abiertas*, que en el lenguaje de la época equivalía a reivindicar su raigambre marxista.

Las venas abiertas fue leído y evaluado dentro de un debate más amplio en torno a las credenciales revolucionarias y el rigor marxista de la producción ensayística latinoamericana. Si bien es cierto que, por su objeto de estudio, la ambición interpretativa que lo animaba y el inequívoco compromiso del autor con la Revolución, el libro de Galeano satisfacía mejor que casi cualquier otro ese reclamo por "revolucionar" los Premios que había formulado Haydée Santamaría, también lo es que la falta de ubicación precisa en el esquema disciplinario convencional (¿historia, ensayo, testimonio, literatura?) y la sospechosa inclinación por la heterodoxia estilística de *Las venas abiertas* llevaron al jurado a inclinarse por el libro de Espinoza García, que se parecía mucho, de hecho, a aquellos que Galeano criticaba e intentaba reemplazar: un ensayo de economía política cargado de estadísticas y escrito con una jerga académica pretendidamente marxista.

El Premio Casa de las Américas de 1971, además, tuvo lugar en un contexto de agudos debates y conflictos que venían arrastrándose desde por lo menos 1968, y que impactaron sobre la organización de los Premios de 1969 y 1970 y derivaron en un endurecimiento de la política cultural cubana. En enero de 1971 se reunió por última vez el comité de colaboración de la revista *Casa de las Américas*, un encuentro que puso de manifiesto las diferencias, cada vez más visibles y públicas, entre un sector "liberal" y crítico de ciertos aspectos de la Revolución y otro alineado claramente con ella.[34] Poco después, el 20 de marzo, se desencadenó el "caso Padilla" –es decir, la encarcelación del poeta Heberto Padilla y su esposa Belkis Cuza Malé, acusados de contrarrevolucionarios, su posterior liberación y la "confesión" de Padilla–, que tanto revuelo causara y que generaría una honda división en el campo intelectual latinoamericano; y en abril se reunió el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, que estableció parámetros rígidos para la política cultural de la Revolución y en cuya clausura Fidel Castro pronunciara un discurso particularmente duro contra los intelectuales que habían firmado una carta sobre Padilla, a quienes llamó "pseudoizquierdistas descarados" y "libelistas burgueses y agentes de la CIA y de las inteligencias del imperialismo".[35]

[32] Díaz Méndez, "*Las venas abiertas de América Latina*", p. 28.
[33] *Ibid.*, p. 27 (énfasis mío).

[34] En esa reunión se acordó reestructurar y ampliar dicho comité, pero luego del caso Padilla se optó por desmantelarlo. Julio Cortázar diría que durante esa reunión "me agarré fraternalmente a patadas con los compañeros cubanos" ("Carta a Ángel Rama", 23 de marzo de 1971, en Julio Cortázar, *Cartas 4, 1969-1976*, Buenos Aires, Alfaguara, 2012, p. 198).
[35] Fidel Castro, "Discurso en la clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura", 30 de abril de

El año 1971 marcó también el comienzo del llamado "quinquenio gris", un período de endurecimiento de la política cultural cubana no solo contra los disidentes, sino también contra intelectuales marxistas heterodoxos, como fue el caso de la revista *Pensamiento Crítico*, que dirigía Fernando Martínez Heredia.[36] Ese mismo año se escribió y publicó la primera versión de "Calibán", el importante ensayo de Roberto Fernández Retamar concebido al ardor de los debates en torno al caso Padilla y que, en la estela del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, postulaba el trabajo activo en favor de la Revolución como la condición *sine qua non* para la legitimación de los intelectuales: "Nuestra cultura es –y solo puede ser– hija de la revolución, de nuestro multisecular rechazo a todos los colonialismos".[37] Una postura a la que varios estudiosos se han referido como "antiintelectualismo", es decir, la idea de que el trabajo intelectual debía subordinarse a las necesidades de la Revolución y que la noción del intelectual "libre" era una entelequia burguesa, había terminado por imponerse en Cuba.[38] El libro de Galeano se leyó, publicó y discutió por primera vez dentro de esa convulsa coyuntura. Si para algunos, incluyendo a los miembros del jurado del premio de ensayo de 1971, sus credenciales revolucionarias y académicas eran dudosas, para otros, como los autores de las reseñas antes citadas, *Las venas abiertas* era un trabajo de primer nivel y decididamente comprometido con el cambio revolucionario. Los debates y dilemas que atravesaban a la izquierda y, más específicamente, a los intelectuales adscritos a la Revolución cubana se vieron también reflejados en la recepción que tuvo el libro de Galeano.

Las venas abiertas de América Latina se publicó en 1971 en tres países: México (Siglo XXI, 20 de agosto, tres mil ejemplares), Cuba (Casa de las Américas, noviembre, nueve mil ejemplares) y Uruguay (Universidad de la República, 7 de diciembre, cinco mil ejemplares). La edición mexicana tuvo al comienzo ventas más bien irrisorias y tardó casi dos años en agotarse;[39] la cubana, publicada por la principal institución cultural de la Revolución, que circuló solamente en la isla, tuvo un tiraje importante aunque muy por debajo del libro de Espinoza García, del cual se imprimieron veinte mil copias; la edición uruguaya, publicada por la editorial universitaria (de la que Galeano, dicho sea de paso, era director), fue un éxito de ventas y en diciembre de 1972 se publicaría una segunda edición de seis mil ejemplares.

Si la crítica académica no le prestó demasiada atención al libro, el "boca a boca" de los

1971, consultado en: http://www.cuba. cu/gobierno/discursos/1971/esp/f300471e.html.

[36] Ambrosio Fornet, "El quinquenio gris: revisitando el término", *Casa de las Américas*, n.º 246, 2007.

[37] Roberto Fernández Retamar, "Calibán", *Casa de las Américas*, nº 68, 1971, p. 147.

[38] Sobre el antiintelectualismo, véase Gilman, *Entre la pluma y el fusil*, capítulo 5, "Cuba, patria del antiintelectual latinoamericano".

[39] Una carta de Arnaldo Orfila, director de Siglo XXI, a Galeano muestra la decepción por las escasas ventas de esa primera edición mexicana: "Querido Eduardo, aquí te envío la liquidación del libro. Como verás, el monto es poco, ya que en América Latina no existe una sólida cultura de la lectura. Confiemos que el libro tenga mejor difusión" (Anónimo, "El último "round" de Eduardo Galeano", *El Espectador*, 10 de abril de 2016). Siglo XXI recién publicaría la segunda edición, "corregida y aumentada", el 4 de marzo de 1973, con un tiraje de tres mil ejemplares. Orfila estaba casado con la arqueóloga franco-mexicana Laurette Séjourné y, según Gustavo Sorá, ambos trabajaban intensamente en la selección de autores para el catálogo de la editorial (Gustavo Sorá, *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017, p. 188). Séjourné fue también jurado del Premio Casa de las Américas en 1970 y pasó tres meses en Cuba. Orfila lo hizo durante el mes de julio. Con seguridad, ambos se conocieron con Galeano. Al año siguiente, luego del resultado del Premio de 1971, y cuando ya estaba programada la edición uruguaya, Galeano le envió el manuscrito a Orfila, quien de inmediato lo aprobó (Mario Casasús, "Entrevista a Eduardo Galeano", *El Clarín de Chile*, 26 de marzo de 2009). De hecho, el libro apareció en México antes que en Uruguay.

lectores lo convirtió en un éxito masivo de ventas.[40] En una posdata redactada en 1978, Galeano diría que "la respuesta más estimulante" a su libro no vino de los especialistas sino de los lectores de a pie:

> […] la muchacha que iba leyendo este libro para su compañera de asiento y terminó parándose y leyéndolo en voz alta para todos los pasajeros mientras el ómnibus atravesaba las calles de Bogotá; o la mujer que huyó de Santiago de Chile, en los días de la matanza, con este libro envuelto entre los pañales del bebé; o el estudiante que durante una semana recorrió las librerías de la calle Corrientes, en Buenos Aires, y lo fue leyendo de a pedacitos, de librería en librería, porque no tenía dinero para comprarlo.[41]

Sin detenernos a considerar la estricta veracidad de estas anécdotas, lo que sí es innegable es que, con el paso de los años, *Las venas abiertas* se abrió paso como uno de los libros más vendidos (y probablemente leídos) en la historia editorial de América Latina.

Del otro lado del espectro político, *Las venas abiertas* y su autor recibieron el indeseado homenaje de las dictaduras militares que llenaron de sangre y dolor buena parte del territorio latinoamericano: el libro fue censurado y su autor, detenido en su país a comienzos de 1973, tuvo luego que partir al exilio en la Argentina y España. El libro siguió su camino y se convirtió en una suerte de estandarte para decenas de miles de lectores que abrigaban la esperanza de que, algún día, América Latina dejara de sangrar. Galeano escribió en 1983: "Yo quise explorar la historia para impulsar a hacerla, para ayudar a abrir los espacios de libertad en los que las víctimas del pasado se hacen protagonistas del presente".[42] Uno de esos protagonistas fue un guerrillero salvadoreño de veinte años que, en 1984, murió en un enfrentamiento con efectivos militares. El oficial a cargo de las tropas revisó la mochila del joven combatiente y encontró un ejemplar de *Las venas abiertas de América Latina* atravesado por una bala.[43] □

Bibliografía

Aguirre, Carlos, "Apuntes sobre la 'guerrillerización' de la cultura: *Las venas abiertas de América Latina*, el Premio Casa de las Américas y los debates sobre los intelectuales y la revolución", *Histórica*, vol. XLVI, nº 1, 2022, pp. 133-176.

Anónimo, "Deben premiar lo mejor, no importa si refleje o no la revolución", *Juventud Rebelde*, 16 de enero de 1968.

Anónimo, "La Revolución cubana es de todo aquel que la defienda; de todo aquel que la ame", *Juventud Rebelde*, 24 de junio de 1970.

Anónimo, "Definiciones de Eduardo Galeano sobre *Las venas abiertas de América Latina*", *La Opinión*, 8 de mayo de 1973.

Anónimo, "El último 'round' de Eduardo Galeano", *El Espectador*, 10 de abril de 2016.

Armas Fonseca, Paquita, "La Mafalda de Eduardo Galeano", *La Jiribilla*, nº 559, 2012.

Casañas, Inés y Jorge Fornet, *Premio Casa de las Américas. Memoria, 1960-2020*, La Habana, Casa de las Américas, 2021.

Casasús, Mario, "Entrevista a Eduardo Galeano", *El Clarín de Chile*, 26 de marzo de 2009.

[40] Dos de las primeras reseñas académicas se publicaron en revistas de economía y sociología respectivamente: Irma Manrique Campos, "América Latina. Dialéctica del despojo", *Problemas del Desarrollo*, vol. 3, nº 11, 1972; y J. M. N. de C., "Eduardo Galeano: *Las venas abiertas de América Latina*", *Revista Española de la Opinión Pública*, nº 28, 1972.

[41] Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, edición conmemorativa del 50 aniversario, p. 291.

[42] Eduardo Galeano, "Apuntes para un auto-retrato", *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, nº 43, 1984, p. 154.

[43] El mencionado capitán guardó el ejemplar y, años después, se lo entregó al futbolista uruguayo James Cantero, amigo suyo, quien en 2009 lo puso en manos del propio Galeano. Véase Eduardo Galeano, *El cazador de historias*, Madrid, Siglo XXI, 2016, pp. 218-219.

Castro, Fidel, "Discurso en la clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura", 30 de abril de 1971, disponible en: http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f300471e.html.

Cortázar, Julio, *Cartas 4, 1969-1976*, Buenos Aires, Alfaguara, 2012.

Cueva, Agustín, *El proceso de dominación política en Ecuador*, Quito, Ediciones Crítica, 1972.

—, *El proceso de dominación política en Ecuador*, La Habana, Casa de las Américas, 1979.

Dalton, Roque, "Carta a la Dirección del Partido Comunista de Cuba", 7 de agosto de 1970, disponible en: https://rdarchivo.net/roque-dalton-archivo/letras-rd/renuncia-de-roque-dalton-a-casa-de-las-americas/.

Díaz de Arce, Omar, "Con las venas abiertas de América Latina o la antología del despojo", *Casa de las Américas*, nº 72, 1972, pp. 151-153.

Díaz Méndez, Alberto, "*Las venas abiertas de América Latina*", *El Caimán Barbudo*, nº 55, 1972, pp. 27-28.

Espinoza García, Manuel, *La política económica de los Estados Unidos hacia América Latina entre 1945 y 1961*, La Habana, Casa de las Américas, 1971.

Fernández Retamar, Roberto, "Calibán", *Casa de las Américas*, nº 68, 1971, pp. 124-151.

Fornet, Ambrosio, "El quinquenio gris: revisitando el término", *Casa de las Américas*, nº 246, 2007, pp. 3-16.

Fornet, Jorge, *El 71. Anatomía de una crisis*, Raleigh, A Contracorriente, 2022.

Galeano, Eduardo, *Los días siguientes*, Montevideo, Alfa, 1963.

—, *China 1964. Crónica de un desafío,* Buenos Aires, Jorge Álvarez Editor, 1965.

—, *Reportajes,* Montevideo, Ediciones Tauro, 1967.

—, "Che Cuba", en E. Galeano, *Reportajes*, Montevideo, Ediciones Tauro, 1967, pp. 105-112.

—, "Cuba como vitrina o catapulta", en Eduardo Galeano, *Reportajes*, Montevideo, Ediciones Tauro, 1967, pp. 14-26.

—, *Guatemala, país ocupado*, Buenos Aires, Nuestro Tiempo, 1967.

—, "La Revolución cubana ante la estructura de la impotencia", *El Oriental*, 30 de diciembre de 1970, pp. 15 y 22.

—, "Bolivia desde la plata hasta el estaño. El ascenso y la caída en cuatro siglos", *Casa de las Américas*, nº 67, 1971, 129-137.

—, *Las venas abiertas de América Latina*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1971.

—, *Las venas abiertas de América Latina*, La Habana, Casa de las Américas, 1971.

—, *Las venas abiertas de América Latina*, Montevideo, Universidad de la República, 1971.

—, *Días y noches de amor y de guerra*, La Habana, Casa de las Américas, 1978.

—, "Apuntes para un auto-retrato", *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, nº 43, 1984, pp. 153-155.

—, *El cazador de historias*, Madrid, Siglo XXI, 2016.

—, *Las venas abiertas de América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, edición conmemorativa del 50 aniversario.

Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

González Lage, Valeria, "Objetivos, discursos y protagonistas del Congreso Cultural de La Habana (1968)", *Sémata*, nº 31, 2019, pp. 273-276.

J. M. N. de C., "Eduardo Galeano: *Las venas abiertas de América Latina*", *Revista Española de la Opinión Pública*, nº 28, 1972, pp. 495-498.

Manrique Campos, Irma, "América Latina. Dialéctica del despojo", *Problemas del Desarrollo*, vol. 3, nº 11, 1972, pp. 143-145.

Rojas, Rafael, "Eduardo Galeano: historia y revisionismo", presentación en el seminario "*Las venas abiertas de América Latina.* 50 años después", Montevideo, Universidad de la República, 2021.

Ruffinelli, Jorge, "El escritor en el proceso americano. Entrevista con Eduardo Galeano", *Marcha*, nº 1555, 1971, pp. 30-31.

Ruffinelli, Jorge, "Eduardo Galeano: el hombre que rechazaba las certezas y las definiciones", *Casa de las Américas*, nº 281, 2015, pp. 128-137.

Sorá, Gustavo, *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

Resumen/Abstract

¿El premio más revolucionario? *Las venas abiertas de América Latina* y el Premio Casa de las Américas de 1971

En 1971, Eduardo Galeano envió el manuscrito de *Las venas abiertas de América Latina* al Premio Casa de las Américas en la categoría ensayo, en el que no obtuvo el primer premio sino solo una mención. Este artículo ensaya una interpretación del hecho anecdótico de que Galeano no ganara el prestigioso premio de la institución cultural más importante de Cuba. Para ello, reconstruye la relación entre Galeano y la Revolución cubana, los entretelones que rodearon la convocatoria del Premio Casa de las Américas en un año tan complejo como 1971 y la recepción que tuvo el texto de Galeano en Cuba.

Palabras clave: Eduardo Galeano - *Las venas abiertas de América Latina* - Revolución cubana - intelectuales - Premio Casa de las Américas

The Most Revolutionary Prize? *Las venas abiertas de América Latina* and the 1971 Casa de las Américas Prize

In 1971, Eduardo Galeano submitted the manuscript of *Las venas abiertas de América Latina* to the Casa de las Américas Prize in the essay category. He only received an honorary mention, failing to win the first prize. This article considers the anecdotal circumstances that caused Galeano not to win this prestigious award from Cuba's foremost cultural institution. To do so, the piece reconstructs the relationship between Galeano and the Cuban Revolution, the complex political scenario in which the 1971 Casa de las Américas Prize took place, and the reception that Galeano's book had in Cuba.

Keywords: Eduardo Galeano - *Las venas abiertas de América Latina* - Cuban Revolution - Intellectuals - Casa de las Américas Prize

Galeano y sus historiadores

Rafael Rojas

El Colegio de México

Las venas abiertas de América Latina (1971) de Eduardo Galeano es uno de los ensayos medulares del latinoamericanismo intelectual de la Guerra Fría. Ensayo en sentido genérico del término, como pieza textual que recurre al lenguaje y el estilo de la literatura para proponer y debatir ideas afincadas en las ciencias sociales o las humanidades, y ensayo como prueba o escenificación de una serie de hipótesis sobre la historia del continente desde el arranque de la colonización europea a fines del siglo XV. Liliana Weinberg, que ha pensado y repensado la trayectoria de ese género literario en América Latina, insiste en que el ensayo está caracterizado por la "impureza, la mixtura y la marginalidad" que se derivan de una transacción con otros saberes.[1]

En las páginas que siguen intentaré explorar el intercambio de ideas que el ensayo de Galeano estableció con la historiografía latinoamericanista de mediados del siglo XX. Se ha insistido en que *Las venas abiertas* expone un campo referencial del escritor uruguayo, endeudado con las ciencias sociales cepalinas, dependentistas o marxistas, pero, tal vez, no lo suficiente en las lecturas que Galeano hizo de historiadores latinoamericanos profesionales para construir su texto. El propósito de esta intervención sería, justamente, dotar de visibilidad el trasfondo historiográfico de aquel libro central en la biblioteca de la izquierda latinoamericana de la Guerra Fría. Un trasfondo que implica, a la vez, apropiación y distanciamiento del corpus leído.

Es interesante observar que el libro de Galeano tiene varias firmas. Las más conocidas son la de la página anterior al índice y la final, que dicen "Montevideo, fines de 1970".[2] En la primera de ellas, Eduardo Galeano agradece a Sergio Bagú, André Gunder Frank, Samuel Lichtensztejn, Darcy Ribeiro, Julio Rosiello, Daniel Vidart y otros académicos de las ciencias sociales latinoamericanas, más o menos afincados en el horizonte teórico del ala izquierda de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y de la teoría de la dependencia.[3]

Pero hay otras firmas en el interior del texto, sin las que difícilmente podría dibujarse el campo referencial de ese influyente ensayo. Una de ellas es el pasaje, en la larga sección dedicada al latifundio y la reforma

[1] Liliana Weinberg, *Pensar el ensayo*, México, Siglo XXI, 2007, p. 14.

[2] Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina* [1971], México, Siglo XXI, 2020, p. 337.

[3] Un buen mapa de aquellas teorías se encuentra en Francisco Zapata, *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 1990, pp. 137-167.

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1479

agraria, en que luego de criticar severamente la política agropecuaria del peronismo, elogia la estrategia agrarista de Víctor Paz Estenssoro y la Revolución boliviana de 1952, asegura que el reformismo agrario del régimen militar progresista de Juan Velasco Alvarado, en Perú, "está asomando como una experiencia de cambio a profundidad", y cierra con esta frase: "en cuanto a la expropiación de algunos latifundios chilenos por parte del gobierno de Eduardo Frei es justicia reconocer que abrió el cauce a la reforma agraria radical que el nuevo presidente, Salvador Allende, anuncia mientras escribo estas páginas".[4]

El marco historiográfico de Galeano se desprende de aquel momento preciso de la izquierda latinoamericana en la Guerra Fría: el momento inmediatamente posterior a la ejecución del Che Guevara en Bolivia y el avance del marxismo regional hacia tesis dependentistas y estructuralistas que predominaron en los años setenta.[5] Aquel fue un posicionamiento teórico de Galeano de la mayor sofisticación y actualización en las ciencias sociales latinoamericanas, que distinguió rápidamente su ensayo de otros ejercicios similares, más cercanos al marxismo-leninismo de corte soviético o al nacionalismo revolucionario tradicional.

Para su libro, Galeano leyó, fundamentalmente, a historiadores marxistas o dependentistas, como Manuel Moreno Fraginals, Tulio Halperin Donghi, Eric Williams, Celso Furtado, Sergio Bagú o Darcy Ribeiro.[6] Es cierto que también citó a historiadores tradicionales del medio siglo, como los mexicanos Luis Chávez Orozco, Jesús Silva Herzog o Miguel León Portilla, el estadounidense Lewis Hanke, el británico John Elliot, el italiano Antonello Gerbi o el valenciano José María Ots Capdequí. Pero fueron aquellos primeros autores los que decidieron las coordenadas historiográficas del texto.

Si se leen, paralelamente, *Las venas abiertas* (1971) y otros ensayos latinoamericanistas de los setenta, como *Calibán* (1971), del cubano Roberto Fernández Retamar; *Marx y Lenin en América Latina* (1974), del chileno Alejandro Lipschütz; o *Bolívar: pensamiento precursor del antimperialismo* (1977), de Francisco Pividal –estos dos últimos premios Casa de las Américas–, se constatará que el campo referencial de Galeano era ajeno a la línea de las izquierdas comunistas más autorizadas. De hecho, en varios pasajes dedicados a Cuba en su libro, Galeano citaba ampliamente a dos autores que, desde fines de los sesenta, eran acusados de "revisionistas": René Dumont y K. S. Karol.[7] Es sabido que *Las venas abiertas* se presentó al concurso Casa de las Américas en 1971 y no ganó, aunque le fue conferida una mención honorífica. Un jurado al que pertenecían el historiador cubano José Luciano Franco, el filósofo peruano Augusto Salazar Bondy y el escritor colombiano Jaime Mejía Duque concedió el galardón al peruano Manuel Espinoza García, por su libro *La política económica de Estados Unidos hacia América Latina entre 1945 y 1961* (1971), texto sumamente crítico con el *new deal* rooseveltiano y el liberalismo estadounidense de la posguerra.[8] Ga-

[4] *Ibid.*, p. 170.
[5] Véanse Barry Carr y Steve Ellner, *The Latin American Left. From the Fall of Allende to Perestroika*, Londres, Latin America Bureau, 1993, pp. 1-22; y Adrián Sotelo Valencia, *América Latina: de crisis y paradigmas. La teoría de la dependencia en el siglo xxi*, México, Plaza y Valdés, 2005, pp. 87-92.
[6] Galeano, *Las venas abiertas*, pp. 49-50, 67, 79-80, 92-95 y 109-110.
[7] *Ibid.*, pp. 96, 99 y 100. Sobre la relación de Galeano con Casa de las Américas, véase Carlos Aguirre, "Apuntes sobre la 'guerrillerización' de la cultura. Eduardo Galeano y el Premio Casa de las Américas", *Histórica*, vol. 46, nº 1, 2022.
[8] Walter Mignolo, "Manuel Espinoza García, *La política económica de Estados Unidos*", *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, nº 17, 1971, pp. 241-242.

leano ganaría el Premio Casa en 1978 con *Días y noches de amor y de guerra*, en el género testimonio.

Las referencias a Karol y Dumont en relación con Cuba, en 1971, año del *affaire* Padilla, demostraban cierta desconexión entre Galeano y los círculos de la burocracia cultural cubana. Los dos autores habían sido cuestionados públicamente en medios oficiales de la isla, desde antes del arresto del poeta Heberto Padilla y su famosa confesión ante los miembros de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).[9] El ensayista uruguayo no firmó las cartas a Fidel Castro de decenas de escritores occidentales, en abril y mayo de 1971, contra el encarcelamiento y la "autocrítica" de Padilla, pero tampoco firmó la "Declaración de intelectuales uruguayos" del 24 de mayo de 1971, en apoyo al gobierno cubano, que rubricaron, entre otros, Mario Benedetti, Juan Carlos Onetti, Cristina Peri Rossi, Idea Vilariño, Hugo Achúgar y Daniel Viglietti.[10] Sin embargo, Galeano, después de una gira de promoción de *Las venas abiertas* por Cuba, México, Venezuela y Chile, fue entrevistado en *Marcha* por Jorge Rufinelli y cuestionó abiertamente a Padilla, que había sido obligado a una inculpación pública por contribuir a presentar a Cuba como un "campo de concentración".[11]

A pesar de aquel clarísimo posicionamiento, el marco analítico de Galeano compartía enfoques de las ciencias sociales y el pensamiento latinoamericano que en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura de 1971, en La Habana, serían catalogados de "revisionistas" y "pseudoizquierdistas".[12] Esa desconexión queda expuesta con mayor transparencia si se explora el repertorio de fuentes historiográficas del ensayista. Más allá de sus constantes reproches a los científicos sociales académicos, debido a esas lecturas su libro no ocultó distancias con la izquierda ortodoxa de la Guerra Fría latinoamericana y trasmitió algunos desencuentros con la historia académica, que vale la pena glosar.

La tesis central de *Las venas abiertas*, esto es, que América Latina y el Caribe conformaban una región históricamente productora y exportadora de materias primas, impedida de desarrollarse por desequilibrios anclados en una condición o "pacto colonial", estaba en sintonía con clásicos de la misma generación, como la célebre *Historia contemporánea de América Latina* de Halperin Donghi, editada en 1969.[13] Algunos de los aciertos del libro de Galeano, como la crítica de la industrialización y el desarrollismo, respaldados tanto por las izquierdas populistas como por las comunistas, tienen que ver con aquella plataforma de marxismo heterodoxo. Pero ciertos errores fácticos o analíticos, como asegurar que en 1953 la producción azucarera cubana cayó de siete a cuatro millones porque Estados Unidos se lo impuso al dictador Fulgencio Batista, se originan en una aplicación desmesurada del enfoque dependentista a fenómenos concretos.[14]

En realidad, como prueban los estudios de Manuel Moreno Fraginals y Oscar Zanetti, la caída fue de siete a cinco millones y medio en 1953, por una zafra excepcionalmente grande

[9] Heberto Padilla, *Fuera del juego*, Miami, Ediciones Universal, 1998, p. 137; Jorge Fornet, *El 71. Anatomía de una crisis*, La Habana, Letras Cubanas, 2013, p. 44; Abel Prieto y Jaime Gómez Triana (eds.), *Fuera (y dentro) del juego. Una relectura del "caso Padilla" cincuenta años después*, La Habana, Casa de las Américas, 2021, pp. 75-76.

[10] Prieto y Gómez Triana (eds.), *Fuera (y dentro) del juego*, p. 94.

[11] *Ibid.*, p. 185.

[12] Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, Declaración, *Casa de las Américas*, año XI, nº 65-66, 1971, pp. 4-19.

[13] Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* [1969], La Habana, Edición Revolucionaria, 1990, pp. 13-20.

[14] Galeano, *Las venas abiertas*, p. 97.

en 1952.[15] La producción de azúcar por hectárea, sin embargo, fue mayor en 1953 que en 1952 y así se mantuvo, en alrededor de los cinco millones, hasta el triunfo de la Revolución. La mejor prueba de que el volumen de la zafra no se regía, necesariamente, por la dependencia de los Estados Unidos es que en los años sesenta, cuando Cuba comenzó a vender su azúcar al campo socialista, las zafras cayeron a menos de cuatro millones y a veces sobrepasaron cómodamente los seis millones.

Otra virtud de *Las venas abiertas* sería inexplicable sin aquellos referentes marxistas y estructuralistas: la idea de que la verdadera integración solo sería posible luego de un cambio social profundo en cada uno de los países. Esta visión no identitaria del latinoamericanismo, expuesta en las últimas páginas del libro, establecía un evidente contrapunto con *Calibán* (1971), de Fernández Retamar, donde sí se proponía una suerte de ontología cultural a partir de la inversión de los arquetipos del *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó, ya adelantada por otros pensadores caribeños como Aimé Césaire y Kamau Brathwaite. Luego de afirmar que "el actual proceso de integración no nos reencuentra con nuestro origen ni nos aproxima a nuestras metas", concluía Galeano:

> La causa nacional latinoamericana es, ante todo, una causa social: para que América Latina pueda nacer de nuevo, habrá que empezar a derribar sus dueños, país por país. Se abren tiempos de rebelión y de cambio. Hay quienes creen que el destino descansa en las rodillas de los dioses, pero la verdad es que trabaja, como un desafío candente, sobre las conciencias de los hombres.[16]

En una localización discursiva divergente, Fernández Retamar señalaba en una de las primeras páginas de *Calibán*:

> Pero existe en el mundo colonial, en el planeta, un caso especial: una vasta zona para la cual el mestizaje no es el accidente, sino la esencia, la línea central: nosotros, "nuestra América mestiza". Martí, que tan admirablemente conocía el idioma, empleó este adjetivo como una señal distintiva de nuestra cultura, una cultura de descendientes de aborígenes, europeos y africanos, étnica y culturalmente hablando.[17]

No solo era ajeno este esencialismo mestizo a *Las venas abiertas*, sino que era perceptible en el ensayo de Galeano un neoindigenismo, heredero de José Carlos Mariátegui, reñido en buena medida con la mestizofilia.[18] El ensayista uruguayo no recurría a su compatriota José Enrique Rodó ni a José Vasconcelos, Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña, todos con apelaciones cardinales al discurso de la identidad que rearticulaba Fernández Retamar. Sí citaba, por supuesto, a José Martí, como crítico del imperialismo estadounidense y fuente ideológica de la Revolución de 1959.[19] Pero incluso sus menciones a Simón Bolívar, a diferencia de las de Fernández Retamar, se inclinaban más por el lado pesimista y sombrío del libertador, que en sus últimos años decía "nunca seremos dichosos, nunca", que por el de la pastoral identitaria de la *Carta de Jamaica*.[20]

A pesar de no compartir los llamados de vuelta a los orígenes o de evitar el énfasis te-

[15] Manuel Moreno Fraginals, *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 539.
[16] Galeano, *Las venas abiertas*, p. 337.
[17] Roberto Fernández Retamar, *Todo Calibán*, Buenos Aires, CLACSO, 2004, p. 21.
[18] Galeano, *Las venas abiertas*, pp. 28-29, 68-71, 158-160 y 182-184. Para una crítica del discurso mestizo, véase Joshua Lund, *El Estado mestizo. Literatura y raza en México*, México, Malpaso, 2012, pp. 7-21.
[19] Galeano, *Las venas abiertas*, pp. 96-97.
[20] *Ibid.*, p. 334.

leológico del nuevo latinoamericanismo de la Guerra Fría, el ensayo de Galeano suscribía la genealogía tradicional de próceres continentales. Desde el inicio hasta el final de su libro, pensaba América Latina y el Caribe como una "causa nacional" –lo dice textualmente en la última página– y su historia como el devenir de un sujeto unívoco.[21] De ahí que desde Artigas, San Martín y Bolívar hasta Fidel Castro, el Che Guevara y Salvador Allende, a su juicio, se describiera el trabajoso avance de un mismo programa. Esa premisa genealógica chocaba con el propio campo referencial marxista y dependentista, que alentaba una visión diacrónica de la historia regional.

Tanto en los diversos flancos o generaciones de la teoría de la dependencia como en la historiografía marxista latinoamericana de mediados del siglo XX, se difundió, sin los tópicos del manualismo soviético, una idea discontinua del desarrollo del capitalismo en la región. En los mismos años en que Galeano escribía y publicaba su libro tenía lugar un acalorado debate sobre los modos de producción, especialmente el feudalismo, el capitalismo y el así llamado "modo de producción asiático", entre estudiosos como Fernando Henrique Cardoso, André Gunder Frank, Ernesto Laclau, Carlos Sempat Assadourian y Juan Carlos Garavaglia.[22] Fueran monistas, dualistas o pluralistas, en lo que todos coincidían es en que el capitalismo latinoamericano cambiaba aceleradamente desde fines del siglo XVIII.

Algunos de los autores citados por Galeano, como Ribeiro, Cardoso, Halperin Donghi o Moreno Fraginals, fueron enfáticos en la naturaleza discontinua y diferenciada del proceso civilizatorio latinoamericano. Es raro encontrar en cualquiera de ellos alguna especulación sobre la vigencia, en plena Guerra Fría, de las ideas de los próceres liberales y republicanos de las independencias latinoamericanas del siglo XIX o, incluso, de los revolucionarios y populistas de la primera mitad del XX, como es habitual en *Las venas abiertas*. Ese desencuentro no solo estaba determinado por las diferencias entre ensayo literario e historia profesional, sino también por distintas intelecciones del pasado y el presente de la región.

Bagú y Halperin Donghi, por ejemplo, eran críticos del revisionismo histórico argentino (Palacio, Ramos, Puiggrós, Scalabrini Ortiz), anterior y posterior a Perón, que revaloraba la figura de Juan Manuel de Rosas y su política proteccionista.[23] Frente a Rosas o frente a Gaspar Rodríguez de Francia, Galeano coincidía con el revisionismo peronista y, a partir de un estudio del socialista uruguayo Vivian Trías, los colocaba como continuadores de una tradición nacional y popular, surgida en el Río de la Plata con Artigas.[24] El nacionalismo continental de Galeano lo hacía suscribir al revisionismo argentino peronista, a pesar de que no pocos referentes marxistas o estructuralistas de su libro apuntaban a un antiliberalismo de muy distinta índole. Con todo, pareciera que la visión de Galeano sobre Perón y el peronismo estaba más críticamente marcada que la de Trías.[25]

[21] *Ibid.*, p. 337.

[22] Carlos S. Assadourian, Ciro F. S. Cardoso, Horacio Ciafardini, Juan C. Garavaglia y Ernesto Laclau, *Modos de producción en América Latina*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1973, pp. 7-16. Para una actualización de aquellos debates, véase Juan Marchena, Manuel Chust y Mariano Schlez (eds.), *El debate permanente. Modos de producción y revolución en América Latina*, Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2021.

[23] Tulio Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 7-12; Sergio Bagú, "Los unitarios. El partido de la unidad nacional", en AA.VV., *Unitarios y federales*, Buenos Aires, Granica, 1974.

[24] Vivian Trías, *Juan Manuel de Rosas*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1987, pp. 8-9. Sobre el personaje fascinante de Vivian Trías, véase Aldo Marchesi y Vania Markarian, "Solari y Trías, dos trayectorias intelectuales en la Guerra Fría", *Prismas*, nº 23, 2019.

[25] Galeano, *Las venas abiertas*, pp. 169-170; Fernando López D'Alessandro, *Vivian Trías, el hombre que fue*

Galeano sostenía, por ejemplo, que Perón "había desafiado los intereses de la oligarquía terrateniente en la Argentina", refiriéndose a sus primeras reivindicaciones de los peones y el establecimiento de un salario mínimo rural.[26] Sin embargo, a partir de un discurso del líder argentino en el Teatro Colón, en 1952, bien recibido por la Sociedad Rural, el escritor uruguayo concluyó que el peronismo había abandonado el ideal de la reforma agraria. Más adelante se refería a los tres grandes experimentos populistas de mediados del siglo XX, el varguista, el peronista y el cardenista, aunque, en vez de populistas, los llamaba "gobiernos de signo nacionalista y de amplia proyección popular".[27] Concluía que, más allá de que Cárdenas "rompiera lanzas contra los terratenientes", aquellos "gobiernos industrializadores dejaron intacta la estructura latifundista, que continuó estrangulando el desarrollo del mercado interno y de la producción agropecuaria".[28]

Perón, según Galeano, "no arañó siquiera el régimen de propiedad de la tierra, ni nacionalizó los grandes frigoríficos norteamericanos y británicos, ni a los exportadores de lana".[29] Tampoco dio verdadero impulso a la industria pesada ni fomentó el desarrollo de una tecnología propia, por lo que su "política nacionalista echaría a volar con las alas cortadas".[30] Esa "necesidad de asociación" con "las corporaciones imperialistas" llevaría al político argentino, que comenzó enfrentado en los años cuarenta al embajador Spruille Braden, a recibir elogiosamente, en 1953, a Milton S. Eisenhower, hermano del presidente y asesor de su gobierno en temas económicos.[31]

Trías, en cambio, en ensayos de los años setenta, se apoyaría en los estudios de Gino Germani, Celso Furtado y Fernando Henrique Cardoso, para defender el carácter "revolucionario" de populismos como los de Vargas en Brasil, Perón en la Argentina e, incluso, Luis Batlle Berres en Uruguay.[32] Tampoco simpatizaba Trías con la atribución del concepto de "bonapartismo", utilizado por Trotski en sus escritos sobre el cardenismo mexicano, para caracterizar los populismos latinoamericanos de mediados del siglo XX, como harían Jorge Abelardo Ramos y Theotônio dos Santos. Pero claramente descartaba la valoración de los populismos como nacionalismos "burgueses" o "reformistas" que predominaba en la crítica socialista, de la que Galeano se hizo eco en su libro.

Moreno Fraginals, otro historiador muy citado en *Las venas abiertas*, proponía en *El Ingenio* una crítica radical al procerato criollo reformista o separatista del siglo XIX en la isla (Caballero, Arango, Calvo y O'Farrill, Saco), por considerarlo cómplice de la esclavitud y, en el caso de los abolicionistas, defensor del racismo.[33] La crítica de Moreno a los "padres fundadores" del XIX, que en otros autores marxistas cubanos de los sesenta, como Walterio Carbonell, alcanzó también a pensadores como Luz y Caballero o Domingo del Monte, entraba en contradicción con la narrativa de Galeano, que proponía un arco de continuidad entre el liberalismo y el republicanismo del siglo XIX y las revoluciones del siglo XX.[34]

Aquella fricción entre nacionalismo y marxismo se plasma en su idealización de la reforma agraria de Artigas, a la que presenta

---

ríos. La inteligencia checoslovaca y la izquierda nacional (1956-1977), Montevideo, Debate, 2019, pp. 4-5.

[26] Galeano, *Las venas abiertas*, p. 169.

[27] *Ibid.*, p. 273.

[28] *Ibid.*, p. 274.

[29] *Ibid.*, p. 275.

[30] *Idem*.

[31] *Idem*.

[32] Vivian Trías, "Getulio Vargas, Juan Domingo Perón y Luis Batlle Berres-Herrera. Tres rostros del populismo", *Nueva Sociedad*, nº 34, enero-febrero, 1978, pp. 28-39.

[33] Moreno Fraginals, *El Ingenio*, pp. 108-115.

[34] Walterio Carbonell, *Cómo surgió la cultura nacional*, La Habana, Ediciones Yaka, 1961, pp. 38, 70 y 74.

como fundadora de todo el agrarismo latinoamericano moderno, obviando la más radical, antiesclavista y antirracista expropiación de Toussaint Louverture y los jacobinos negros en Haití, como ha recordado el historiador mexicano Luis Fernando Granados.[35] Llega a sostener Galeano, incluso, que la reforma agraria de Artigas fue antecedente del gran proyecto de propiedad comunal de Emiliano Zapata y el Plan de Ayala en México.[36] Pero, como admite el corpus historiográfico más especializado, el núcleo doctrinal del agrarismo mexicano, del que el zapatismo es una manifestación, está ligado a la teoría del "derecho de reversión" de los bienes comunales legítimos de los pueblos originarios de México, que no es legible en la reforma de Artigas.[37]

Historiadores como Emilio Kouri han llevado estas matizaciones más allá y establecen una diferencia entre el comunalismo agrario zapatista del Plan de Ayala (1911) y la reforma agraria, basada en la restitución y dotación de ejidos, emprendida por los gobiernos revolucionarios mexicanos, fundamentalmente los de Álvaro Obregón y Lázaro Cárdenas.[38] La distinción entre esos reformismos agrarios sería fundamental para revoluciones de la Guerra Fría como la guatemalteca y la boliviana en los años cincuenta y la cubana en los años sesenta e, incluso, para las respuestas que estas provocarían desde los Estados Unidos y la Organización de los Estados Americanos (OEA), como la Alianza del Progreso en 1961.[39]

Despojado de su genealogismo retórico, el relato de Galeano muestra una mayor hospitalidad ideológica con la tradición republicana, liberal y conservadora del siglo XIX latinoamericano y caribeño, que otras variantes del latinoamericanismo de la Guerra Fría. Su uso de fuentes historiográficas de esa tradición, como Alberdi, Mitre e, incluso, el conservador Lucas Alamán, al que reconoce su apuesta por el desarrollo de la industria nacional, la creación del Banco de Avío y sus reparos al liberalismo manchesteriano, es muy revelador.[40] En años recientes, algunos historiadores como Hilda Sabato y Eric Van Young han realizado lecturas sofisticadas de aquellas tradiciones políticas del siglo XIX, con algunos puntos de contacto.[41] Otros historiadores académicos, como Jean Claude Monod y David A. Bell, han hecho exploraciones sobre el carisma en el republicanismo del siglo XIX que recuerdan a los apuntes de Galeano sobre Rosas o Francia.[42]

En su visión de la Revolución mexicana, vuelve a manifestarse la tensión antes mencionada, ya que algunas de sus afirmaciones, como la del "terror indiscriminado" en las tropas zapatistas y villistas, provenían de la historiografía tradicional tipo Chávez Orozco y Silva Herzog, mientras que la descripción del zapatismo como núcleo ideológico de un cambio revolucionario, basado en la propiedad comunal, debía mucho al libro de John Womack.[43] Sin embargo, a pesar de sus citas

[35] Luis Fernando Granados, *En el espejo haitiano. Los indios del Bajío y el colapso del orden colonial en América Latina*, México, Era, 2016, pp. 110-138.
[36] Galeano, *Las venas abiertas*, p. 158.
[37] Andrés Molina Enríquez, *La revolución agraria de México. 1910-1920*, México, Porrúa, 1932, tomo v, pp. 176-177.
[38] Emilio Kouri, "Zapatismo y agrarismo", *Nexos*, 1° de septiembre de 2019.
[39] Rafael Rojas, *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*, Madrid, Turner, 2021, pp. 195-205.
[40] Galeano, *Las venas abiertas*, pp. 235-236.
[41] Hilda Sabato, *Republics of the New World. The Revolutionary Political Experiment in 19 Century Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 2018, pp. 168-198; Eric Van Young, *A Life Together. Lucas Alamán and México. 1792-1853*, New Haven, Yale University Press, 2021, pp. 442-464.
[42] Jean-Claude Monod, *Qu'est-ce q'un chef en démocratie? Politiques du charisme*, París, Seuil, 2012, pp. 157-168; David A. Bell, *Men on Horseback. The Power of Charisma in the Age of Revolution*, Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux, 2020, pp. 211-231.
[43] Galeano, *Las venas abiertas*, pp. 160-164.

tanto de Silva Herzog como de Womack, la valoración de Galeano del cardenismo se quedaba, como en el caso del peronismo, en la crítica a su incapacidad para dar el salto al socialismo. En los pasajes finales de su viñeta sobre la Revolución mexicana, Galeano suscribía las tesis de Carlos Fuentes, lo mismo en su novela *La muerte de Artemio Cruz* (1962) que en sus ensayos del período del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) cardenista, sobre el congelamiento de la energía revolucionaria en México.[44]

Un buen contraste a establecer, en cuanto a visiones de la revolución popular en México, sería entre esas páginas de Galeano y las que otro intelectual de la izquierda latinoamericana, el trotskista argentino-mexicano Adolfo Gilly, dedicó a Zapata, Villa y Cárdenas, en un libro también publicado en 1971: *La revolución interrumpida*. Escrito en la cárcel de Lecumberri, donde Gilly fue encarcelado entre 1966 y 1972 por los gobiernos de Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría, el historiador encontraba en el cardenismo de los años treinta la primera concreción política de las causas de la revolución popular de Zapata y Villa.[45] Luego, en su gran ensayo sobre la experiencia de gobierno de Lázaro Cárdenas, *El cardenismo. Una utopía mexicana* (1994), desarrollaría más ese enfoque.[46]

Aunque era evidente que Galeano simpatizaba más con las revoluciones que con los populismos, fue parco sobre las revoluciones de Augusto César Sandino en Nicaragua, Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz en Guatemala y Paz Estenssoro y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en Bolivia. Las alusiones al Che Guevara en *Las venas abiertas* son escasas pero muy elocuentes: se recordaba el famoso discurso en Punta del Este en 1961, se citaban sus tesis sobre el subdesarrollo y se evocaba su ejecución a los 39 años, la misma edad de Zapata al morir. Pero una de aquellas alusiones remitía a un encuentro entre Galeano y Guevara, en la oficina de este en el Ministerio de Industrias, en 1964, cuando el guerrillero argentino intentó explicar al intelectual uruguayo que "la Cuba de Batista no era solo de azúcar", en referencia al aumento de la producción de níquel y manganeso en la isla durante los años cincuenta.[47] Sin embargo, el análisis de la Revolución cubana en *Las venas abiertas* debe muy poco a los textos del propio Guevara y de pensadores marxistas cubanos, como Carlos Rafael Rodríguez. A pesar de las muchas citas de Moreno Fraginals, los pasajes que dedicó Galeano a la Revolución cubana eran, en realidad, una extrapolación de las tesis erróneas de Jean Paul Sartre en su ensayo *Huracán sobre el azúcar* (1960).[48]

En síntesis, lo que decía Galeano es que la cubana había sido una revolución de campesinos del oriente de la isla, en su mayoría trabajadores del azúcar. Eso es insostenible historiográficamente, lo mismo desde los viejos estudios de Leví Marrero que desde los más recientes de Oscar Zanetti, ya que el campesino de la Sierra Maestra no era, mayoritariamente, un trabajador azucarero.[49] La producción cañera estaba concentrada en las provincias centrales, entre Camagüey y Matanzas. Las bases campesinas de la Sierra Maestra, como probara el historiador argentino Marco Winocur en un estudio clásico, estaban conformadas de aparceros, precaristas, arrendatarios y guajiros que trabajaban pequeñas parcelas de grandes latifundios,

[44] *Ibid.*, p. 164. Véase Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1971.
[45] Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, México, Era, 1994, pp. 147, 260, 279 y 360-365.
[46] Adolfo Gilly, *El cardenismo. Una utopía mexicana*, México, Era, 2001, pp. 304-315.
[47] Galeano, *Las venas abiertas*, p. 178.
[48] *Ibid.*, p. 101.
[49] Oscar Zanetti, *Historia mínima de Cuba*, México, El Colegio de México, 2013, pp. 255-263.

como los que se describen en *La historia me absolverá* (1954) de Fidel Castro.[50]

Galeano no pudo advertir que, precisamente, entre los años cuarenta y cincuenta, la economía cubana comenzó a cambiar aceleradamente y a perder su centralidad en el azúcar. Cuando triunfó la Revolución solo un 15% de la superficie total de la isla era tierra cultivable y de las más de 150.000 fincas existentes, solo treinta estaban dedicadas al cultivo de la caña. El resto eran tierras ocupadas en la producción de tabaco, café, frutos, hortalizas, viandas y ganadería. Desde luego, la producción azucarera representaba más de la mitad de la extensión territorial no ociosa y cerca del 80% del valor total de las exportaciones. Pero, poco antes del triunfo de la Revolución, solo el 68% de esas exportaciones iba a los Estados Unidos y el resto a nuevos compradores, como la Unión Soviética, que comenzó a importar azúcar cubana antes de la llegada de Fidel Castro al poder.

Otra de las marcas que dejó la mejor historiografía marxista caribeña y brasileña en *Las venas abiertas* y que sigue mostrando una resuelta vigencia es el énfasis en la desforestación y el trastorno ecológico que introdujo la plantación azucarera esclavista, continuada por diversos proyectos desarrollistas y modernizadores en el siglo XX. Aquellas páginas iniciales de "El Rey Azúcar y otros monarcas agrícolas" siguen leyéndose hoy como un llamado a colocar la cuestión ambiental en el centro del debate historiográfico, un camino por el que actualmente avanza una nueva generación de historiadoras e historiadores, que porta una idea del cambio social afincado en la inclusión y la diversidad.[51]

Junto con el enfoque ambientalista o ecológico, sigue sorprendiendo, por su actualidad, la temprana crítica de Galeano al extractivismo y al desarrollismo. El petróleo es, en buena medida, un factor diabólico en la narrativa histórica de *Las venas abiertas*, cuya apropiación por parte de los Estados de la región es presentada de manera ambivalente: por un lado, afirma las soberanías nacionales frente a los imperios y potencias occidentales, pero, por el otro, reproduce la misma estructura colonial y subdesarrollada que se busca dejar atrás.[52] En este punto se hace difícil localizar con precisión el campo historiográfico académico de Galeano, ya que todo el espectro de la izquierda de la Guerra Fría, desde el cepalismo más reformista hasta al socialismo más revolucionario –desde Raúl Prebisch hasta el Che Guevara–, se movía entre diversas opciones de desarrollismo e industrialización.[53]

Habrá que esperar a la aparición de estudios como *The Magical State* (1997), del antropólogo venezolano Fernando Coronil, para constatar la proyección académica de una crítica orgánica al extractivismo en la historiografía latinoamericanista.[54] Si en el campo académico e intelectual esa crítica avanzó muy lentamente, en la izquierda política latinoamericana, luego de una recuperación inicial con la rebelión de Chiapas, el neoindigenismo y los movimientos sociales antineoliberales de los noventa, su estancamiento fue evidente a partir del primer ciclo progresista del siglo

[50] Marcos Winocur, *Las clases olvidadas de la Revolución cubana*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 105-110.
[51] Galeano, *Las venas abiertas*, pp. 83-92. Véase, por ejemplo, Reinaldo Funes Monzote, *De bosque a sabana. Azúcar, deforestación y medio ambiente en Cuba (1492-1926)*, México, Siglo XXI, 2004, pp. 21-30.

[52] Galeano, *Las venas abiertas*, p. 269.
[53] Véanse los capítulos de Alejandro Blanco, Luiz Carlos Jackson y Jeremy Adelman en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II. Avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010, pp. 606-684.
[54] Fernando Coronil, *The Magical state. Nature, Money, and Modernity in Venezuela*, Chicago, University of Chicago Press, 1997, pp. 339-345 [trad. esp.: *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, Caracas, Nueva Sociedad, 2002].

XXI, que coincidió con el *boom* de los *commodities*.[55] Valga la paradoja de que algunos de los proyectos hegemónicos de aquella izquierda, como el chavista en Venezuela, reclamaron para sí la herencia de *Las venas abiertas* desde una apuesta abierta por el neoextractivismo. Al cabo de una década, sin embargo, aquella crítica precursora de Galeano al desarrollismo puede encontrar ecos en los nuevos proyectos del progresismo latinoamericano que se articulan desde las sociedades civiles, comunidades y formaciones políticas de la región. □

Bibliografía

Aguirre, Carlos, "Apuntes sobre la guerrillerización de la cultura. Eduardo Galeano y el Premio Casa de las Américas", *Histórica*, vol. 46, nº 1, 2022, pp. 133-172.

Altamirano, Carlos (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II. Avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.

Assadourian, Carlos S., Ciro F. S. Cardoso, Horacio Ciafardini, Juan C. Garavaglia y Ernesto Laclau, *Modos de producción en América Latina*, México, Siglo XXI, 1973.

Bagú, Sergio, "Los unitarios. El partido de la unidad nacional", en AA.VV., *Unitarios y federales*, Buenos Aires, Granica, 1974, pp. 35-49.

Bell, David A., *Men on Horseback. The Power of Charisma in the Age of Revolution*, Nueva York, Farrar, Strauss, and Giroux, 2020.

Carbonell, Walterio, *Cómo surgió la cultura nacional*, La Habana, Ediciones Yaka, 1961.

Carr, Barry y Steve Ellner, *The Latin American Left. From the Fall of Allende to Perestroika*, Londres, Latin America Bureau, 1993.

Coronil, Fernando, *The Magical state. Nature, Money, and Modernity in Venezuela*, Chicago, University of Chicago Press, 1997 [trad. esp.: *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, Caracas, Nueva Sociedad, 2002].

Fernández Retamar, Roberto, *Todo Calibán*, Buenos Aires, CLACSO, 2004.

Fornet, Jorge, *El 71. Anatomía de una crisis*, La Habana, Letras Cubanas, 2013.

Fuentes, Carlos, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1971.

Funes Monzote, Reinaldo, *De bosque a sabana. Azúcar, deforestación y medio ambiente en Cuba (1492-1926)*, México, Siglo XXI, 2004.

Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI, 2020.

Gilly, Adolfo, *La revolución interrumpida*, México, Era, 1994.

—, *El cardenismo. Una utopía mexicana*, México, Era, 2001.

Granados, Luis Fernando, *En el espejo haitiano. Los indios del Bajío y el colapso del orden colonial en América Latina*, México, Era, 2016.

Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, La Habana, Edición Revolucionaria, 1990.

—, *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

Kouri, Emilio, "Zapatismo y agrarismo", *Nexos*, 1° de septiembre de 2019.

López D'Alessandro, Fernando, *Vivian Trías, el hombre que fue ríos. La inteligencia checoslovaca y la izquierda nacional (1956-1977)*, Montevideo, Debate, 2019.

Lund, Joshua, *El Estado mestizo. Literatura y raza en México*, México, Malpaso, 2012.

Marchena, Juan, Manuel Chust y Mariano Schlez (eds.), *El debate permanente. Modos de producción y revolución en América Latina*, Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2021.

Marchesi, Aldo, y Vania Markarian, "Solari y Trías, dos trayectorias intelectuales en la Guerra Fría", *Prismas*, nº 23, 2019, pp. 227-233.

Mignolo, Walter, "Manuel Espinoza García, *La política económica de Estados Unidos*", *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, nº 17, 1971, pp. 241-242.

Monod, Jean-Claude, *Qu'est-ce q'un chef en démoctratie? Politiques du charisme*, París, Seuil, 2012.

Molina Enríquez, Andrés, *La revolución agraria de México. 1910-1920*, México, Porrúa, 1932 (5 tomos).

Moreno Fraginals, Manuel, *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, Barcelona, Crítica, 2001.

[55] Maristella Svampa, "'Consenso de los commodities' y lenguajes de valoración en América Latina", *Nueva Sociedad*, nº 244, 2013.

Padilla, Heberto, *Fuera del juego*, Miami, Ediciones Universal, 1998.

Prieto, Abel y Jaime Gómez Triana (eds.), *Fuera (y dentro) del juego. Una relectura del "caso Padilla" cincuenta años después*, La Habana, Casa de las Américas, 2021.

Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, Declaración, *Casa de las Américas*, año XI, nº 65-66, 1971, pp. 4-19.

Rojas, Rafael, *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*, Madrid, Turner, 2021.

Sabato, Hilda, *Republics of the New World. The Revolutionary Political Experiment in 19 Century Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 2018.

Sotelo Valencia, Adrián, *América Latina: de crisis y paradigmas. La teoría de la dependencia en el siglo XXI*, México, Plaza y Valdés, 2005.

Svampa, Maristella, "'Consenso de los commodities' y lenguajes de valoración en América Latina", *Nueva Sociedad,* nº 244, 2013, pp. 30-46.

Trías, Vivian, "Getulio Vargas, Juan Domingo Perón y Luis Batlle Berres-Herrera. Tres rostros del populismo", *Nueva Sociedad*, nº 34, 1978, pp. 28-39.

—, *Juan Manuel de Rosas*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1987.

Van Young, Eric, *A Life Together. Lucas Alamán and México. 1792-1853*, New Haven, Yale University Press, 2021.

Winocur, Marcos, *Las clases olvidadas de la Revolución cubana*, Barcelona, Crítica, 1979.

Zanetti, Oscar, *Historia mínima de Cuba*, México, El Colegio de México, 2013.

Zapata, Francisco, *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 1990.

Resumen/Abstract

Galeano y sus historiadores
Este artículo intenta reconstruir el campo referencial historiográfico de *Las venas abiertas de América Latina* (1971), ensayo emblemático de la izquierda latinoamericana y caribeña en la Guerra Fría. El texto del escritor uruguayo Eduardo Galeano, autodefinido como ensayo, fue resultado de un intenso proceso de lecturas de académicos de las ciencias sociales latinoamericanas, en un momento de renovación de los enfoques marxistas y estructuralistas a través de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y la teoría de la dependencia. Aquí se concentra la atención en las lecturas que Galeano hizo de los historiadores latinoamericanos. En algunos casos se trató de historiadores marxistas, pero en otros de historiadores liberales y nacionalistas con un peso considerable en las historiografías nacionales de varios países de la región. El artículo explora la deuda de *Las venas abiertas* con esa producción académica e intelectual.

Palabras clave: Dependencia - Historiografía - Guerra Fría - Nueva izquierda - Marxismo - Revolución

Galeano and the Historians
This article digs up and synthesizes the historiographical references that fed into *Las venas abiertas de América Latina* (1971), an emblematic essay for the Latin American and Caribbean left during the Cold War. The Uruguayan writer Eduardo Galeano's book, which he describes as an essay, was the result of an intense engagement with the scholarly output of Latin American social scientists at a time of renewal for Marxist and structuralist approaches, then under the influence of the *cepalino* and dependency theory schools. Here, I direct my attention to Galeano's readings of Latin American historians. In some cases, they were Marxist historians, but in others they were liberal or nationalist historians with considerable weight in the national historiographies of several countries in the region. The article explores the debt that *Las venas abiertas* owes to such academic and intellectual production.

Keywords: Dependency - Historiography - Cold War - New Left - Marxism - Revolution

La tesis de la "herencia colonial" y los historiadores latinoamericanos

Del liberalismo romántico a la nueva economía institucional

María Inés Moraes

FCEA-Universidad de la República

Introducción

Es muy antigua y conocida la idea de que el pasado colonial de América Latina constituye una suerte de herencia maldita, un legado pernicioso que ha condicionado y sigue condicionando el destino de los pueblos de la región. Nacida en la ensayística política de los inicios del siglo XIX, la tesis pasó tempranamente al ámbito de la historiografía desde los orígenes de la profesión en América Latina y ha viajado en el tiempo, por así decirlo, con diversos avatares historiográficos hasta el presente. Por fuera del campo profesional de los historiadores, *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, configura posiblemente la más intensa y difundida versión de esa tesis.

Este artículo propone una reflexión desde el campo de la historiografía. Hilvana un conjunto de observaciones sobre la forma en que la tesis de la "herencia colonial" se ha manifestado desde el temprano siglo XIX hasta el temprano siglo XXI, analizando tres momentos específicos de su viaje en el tiempo: el momento *fundacional*, situado en las décadas de 1830-1840; el momento *dependentista*, situado entre 1960-1980; y el momento *neoinstitucionalista*, desde el año 2000 hasta el presente. El artículo concluye con una reflexión y un balance sobre la herencia historiográfica de la tesis de la "herencia colonial" al cabo de dos siglos.

El momento fundacional

En un ensayo en el que pasa revista a diversas reflexiones sobre el subdesarrollo latinoamericano, Carlos Real de Azúa (1975) destacó tres argumentos, o tres núcleos interpretativos recurrentes, en la historia del pensamiento sobre las desdichas regionales desde el siglo XIX hasta el presente, que respectivamente identificó como las tesis de "la rémora", "la culpa" y "la conjura".[1]

El argumento de la rémora alude a la existencia de un factor, o complejo de factores, que impide el movimiento hacia adelante de las sociedades latinoamericanas; evoca la imagen de una suerte de pecado original que viene del pasado y permanece adherido al presente lastrando su progreso. En la visión de Real de Azúa, la tesis de la "herencia colonial" configura la primera manifestación del argumento de la rémora, cuya filiación remite a los tormentosos años de 1830-1850, en la pluma del grupo de intelectuales argentinos, chilenos y uruguayos formado en la región

[1] Carlos Real de Azúa, "Los males latinoamericanos y su clave. Etapas de una reflexión", en C. Real de Azúa, *Historia invisible e historia esotérica. Personajes y claves del debate latinoamericano*, Montevideo, Arca, 1975. Se trata de una versión actualizada del artículo "Los males de América y su causa", publicado en *Marcha*, nº 1211, 24 de junio de 1964.

Prismas, Revista de historia intelectual, Nº 28, 2024, pp. 181-192
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1481

más austral de América del Sur a raíz del exilio, primero en Montevideo y luego en Chile, de un conjunto de escritores argentinos adversarios de Juan Manuel de Rosas: Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre y Domingo Sarmiento. Tras fundar la sociedad civil a la que llamaron Asociación de Mayo e iniciar una intensa actividad proselitista y literaria, se vieron empujados al exilio por su enemistad con el régimen de Rosas en 1838. Durante la sostenida actividad política y periodística que desplegaron durante los siguientes casi tres lustros, primero en Montevideo y luego en Santiago de Chile, los argentinos interactuaron con figuras locales como el uruguayo Andrés Lamas y los chilenos José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao. Aunque después de la derrota del rosismo en 1852 los contornos de aquella original comunidad de ideas se volvieron completamente difusos, hasta entonces formaron una enérgica red de liberales del Cono Sur por donde circularon versiones más o menos contradictorias de liberalismo doctrinario, romanticismo y socialismo saintsimoniano. Ya en el texto que ofició de manifiesto inaugural del núcleo argentino en 1837 aparecía el pasado colonial como una monstruosa estructura oscurantista:

> La revolución americana, como todas las grandes revoluciones del mundo, ocupada exclusivamente en derribar el edificio gótico labrado en siglos de ignorancia por la tiranía y la fuerza, no tuvo tiempo ni reposo bastante para reedificar otro nuevo…[2]

La condena del pasado colonial cobró en la pluma de estos actores la forma de una argumentada condena general a la cultura española. En 1838, Juan Bautista Alberdi afirmaba que "es evidente que aún conservamos infinitos restos del régimen colonial" y que "los españoles nos habían dado el despotismo en sus costumbres obscuras y miserables". En un contraste que sería luego repetido muchas veces, sostenía que "la libertad de la Inglaterra vive en sus costumbres, como la esclavitud española vive en las costumbres de los españoles".[3]

En 1844, José Victorino Lastarria presentó en la Universidad de Chile su memoria *Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, donde, tras caracterizar los aspectos singulares de la conquista española en esa región andina, enumeró a lo largo de ciento cuarenta páginas un implacable inventario de defectos del sistema colonial. Concluyó que "el pueblo de Chile bajo la influencia del sistema administrativo colonial estaba profundamente envilecido, reducido a una completa anonadación, sin poseer una sola virtud social […] porque sus instituciones políticas estaban calculadas para formar esclavos".[4]

Ese mismo año, Francisco Bilbao publicó en Santiago de Chile un texto que habría de provocar un sonado episodio de censura y requisa, que se iniciaba con la siguiente frase: "Nuestro pasado es la España. La España es la Edad Media. La Edad Media se componía en alma y cuerpo del catolicismo y la feudalidad".[5] Años después y ya convertido

[2] Esteban Echeverría, "Dogma socialista", en J. M. Gutiérrez (ed.), *Obras completas de D. Esteban Echeverría*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1873, tomo IV, pp. 153-154.

[3] Juan Bautista Alberdi, "Reacción contra el españolismo", en J. B. Alberdi, *Obras completas*, Buenos Aires, La Tribuna Nacional Bolívar, 1886, tomo 1, p. 355. Publicado originalmente en *La Moda*, 14 de abril de 1838.

[4] José Victorino Lastarria, *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile*, Santiago de Chile, Imprenta del Siglo, 1844, p. 61.

[5] Francisco Bilbao, *Sociabilidad chilena*, Santiago de Chile, El Crepúsculo, 1844, p. 59. Sobre la palabra *feudal* y cuál era su campo de significaciones en la coyuntura ideológica y política de la "generación del 37", véase José Carlos Chiaramonte, *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*, México, Grijalbo, 1984, pp. 30-47.

en una figura legendaria, desarrolló su propia narrativa sobre la herencia colonial en *El evangelio americano*, de 1864, donde afirma:

> La España conquistó la América. Los ingleses colonizaron el norte. Con la España vino el catolicismo, la monarquía, la feudalidad, la inquisición, el aislamiento, el silencio, la depravación, y el genio de la intolerancia exterminadora, la sociabilidad de la obediencia ciega. Con los ingleses vino la corriente liberal de la reforma: la ley del individualismo soberano, pensador y trabajador en completa libertad. ¿Cuál ha sido el resultado? Al norte, los Estados Unidos, la primera de las naciones antiguas y modernas. Al sur, los Estados Des-Unidos, cuyo progreso consiste en desespañolizarse.[6]

La representación que elaboró este grupo de intelectuales rioplatenses y chilenos de lo que había sido el imperio español en América no hizo sino recoger la tradición antiespañola sentada originalmente por la "leyenda negra", el relato construido por las potencias europeas rivales de la corona española a partir de la Reforma. Aunque nacida de una operación de propaganda política del siglo XVII, en su tránsito temporal la leyenda negra maridó muy bien con el racionalismo y el secularismo de la Ilustración del siglo XVIII y se convirtió en un tópico de amplia circulación en Europa y en América. Consistía en un argumento simplista que contrastaba los horrores de la colonización española con las bondades de la colonización inglesa en América, mediante una serie de relatos que presentaban a las colonias hispanoamericanas como regidas por el oscurantismo religioso, el analfabetismo y la explotación salvaje de los indígenas, en contraste con la experiencia impulsada por Inglaterra en sus colonias americanas, que eran presentadas como un modelo de libertad religiosa, convivencia pacífica (sin mencionar a los nativos americanos ni a los africanos esclavizados) y autogobierno.[7]

Los jóvenes del 37 se sumaban así a una importante y fundacional tarea intelectual emprendida por las élites letradas de las diversas repúblicas hispanoamericanas (en marcado contraste con sus pares de Brasil en la misma época), consistente en establecer una discontinuidad definitiva entre un pasado colonial que se consideró nefasto y un presente nacido de la revolución emancipadora, concebida como el punto de partida de una nueva era. Construir esa discontinuidad implicó mecanismos de selección y olvido, en un proceso de verdadera reinvención del pasado que está siendo minuciosamente documentado por estudios recientes.[8]

Esta primera formulación del argumento de la rémora ciertamente no interactuó propiamente con una comunidad de historiadores profesionales, que todavía no había nacido.[9] De hecho, correspondió a destacados exintegrantes del grupo romántico-liberal, como José V. Lastarria, Andrés Lamas, Vicente Fidel López, Domingo Sarmiento y, célebremente, Bartolomé Mitre, fundar en sus respectivos países después de 1850 las primeras instituciones de-

[6] Francisco Bilbao, *El evangelio americano*, Buenos Aires, Imprenta de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, 1864, p. 38.

[7] Jeremy Adelman, "Introduction", en J. Adelman, *Colonial Legacies: The Problem of Persistence in Latin American History*, Nueva York, Routledge, 1999.

[8] Lina del Castillo, *Crafting a Republic for the World: Scientific, Geographic, and Historiographic Inventions of Colombia*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2018. Sobre el contraste con el caso de la América portuguesa, véase Jorge Cañizares-Esguerra y Neil Safier, "Natural histories of remembrance and forgetting: Science and independence in the Spanish and Portuguese Americas", en M. Echeverri y C. Soriano (eds.), *The Cambridge Companion to Latin American Independence*, Cambridge, Cambridge University Press, 2023.

[9] Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

dicadas al estudio de la historia y escribir las primeras obras de historiografía moderna, con el objetivo de dotar a los nuevos Estados nacionales emergentes de un pasado en el que fundar sus contornos identitarios. Nacida con el objetivo principal de narrar el pasado de esas comunidades todavía no del todo imaginadas que eran sus naciones, la tradición historiográfica que se desarrolló a partir de 1860 tuvo como tema central la revolución emancipadora, reconocida como episodio religante por encima de los enfrentamientos políticos y militares posteriores. En el marco de ese programa, el pasado colonial estaba llamado a ocupar un lugar diferente del que había ocupado en los textos de los románticos-liberales.

Como señaló Fernando Devoto al analizar los casos de la Argentina y Uruguay, el pasado colonial fue rescatado como el escenario donde se manifestaron de manera prefigurada los caracteres esenciales de cada nación a través de una geografía de contornos precisos (que anticipaba el futuro territorio nacional), unas comunidades indígenas autóctonas, valientes y aguerridas (que anticipaban la figura de unos ciudadanos amantes de la libertad y la independencia) y unos estilos de vida sencillos pero honrados (que anticipaban la condición laboriosa de los trabajadores del país). Los historiadores argentinos y uruguayos de la segunda mitad del siglo XIX presentaron un cuadro en el que, por debajo de las estructuras administrativas coloniales y como un dibujo con líneas punteadas, podía avizorarse el territorio, la población y la identidad de unas naciones tan inmanentes como luminosas, pujando por despertar a la luz de la modernidad.[10]

El momento dependentista

En el texto de Real de Azúa ya citado el autor sostiene que en el pensamiento sobre los problemas de América Latina ha existido otro núcleo argumental al que llamó la tesis de "la conjura". Mientras que la tesis de la rémora hipotetiza la noción de una carga genética negativa que sobrevive en la sociedad latinoamericana, el argumento de la conjura externaliza la causa de los males latinoamericanos y la quita del cuerpo propio, depositándola en fuerzas o poderes externos a la región que, como en las teorías conspirativas, operan de manera oculta para frenar su desarrollo.[11] El autor sostiene que si bien este argumento tiene antecedentes en los escritos del mexicano Lucas Alamán, se desarrolló extensamente a partir de la literatura antiimperialista de fines del siglo XIX y la historiografía "revisionista" rioplatense, que denunció la injerencia imperialista de Gran Bretaña en los asuntos latinoamericanos durante el siglo XIX, y encontró su momento más radical en la teoría de la dependencia: "Poderosos vínculos unen, sin duda, dependencia y conjura: su voga [sic] es bastante simultánea y suelen, a menudo sostenerse en conjunto".[12]

Aunque en el cuerpo central del texto (igual al publicado en 1964) esa afirmación no se acompaña de menciones a autores concretos de esta corriente, en la versión publicada en 1975 Real de Azúa puso en las notas al pie como ejemplo de la tendencia a exagerar el peso de los factores externos la obra de André Gunder Frank (nota 31), mientras que absolvió de ese cargo a la obra de Fernando Henrique Cardoso (nota 16).

[10] Fernando Devoto, "La construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay. Las historias nacionales de Varnhagen, Mitre y Bauzá", en C. Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008, tomo I, pp. 269-289.

[11] El argumento de Real de Azúa es retomado y aplicado a un conjunto de teorías conspirativas de circulación latinoamericana en Luis Roniger y Leonardo Senkman, *América tras bambalinas. Teorías conspirativas, usos y abusos*, Pittsburgh, Latin America Research Commons, 2019.

[12] Real de Azúa, "Los males latinoamericanos", p. 31.

Es sabido que para Frank el "subdesarrollo" de América Latina no es una etapa natural que antecede al desarrollo, sino la contracara inevitable, inexorable e irreversible del desarrollo capitalista de los países que conforman el centro del sistema mundial. Su interpretación liga el surgimiento del capitalismo y la acumulación originaria con la apropiación europea del excedente americano a partir de 1492, en un esquema donde economías *metrópolis* establecen relaciones desiguales con sus economías *satélites*, que a lo largo de los siglos posteriores se actualiza periódicamente.[13] Para este autor, la dependencia de las economías satélites es un componente indisoluble del sistema capitalista, que solo puede abolirse mediante una revolución anticapitalista.[14] Por su audacia tanto política como intelectual, en la medida que esta tesis se apartaba no solo de la estrategia política de las izquierdas prosoviéticas latinoamericanas, sino que cerraba de un portazo un debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo en Europa recientemente reabierto por los economistas marxistas Maurice Dobb y Paul Sweezy, la obra de Frank tuvo un impacto extraordinario en los círculos académicos dentro y fuera de la región.[15]

A partir del elemento común de las relaciones económicas asimétricas entre regiones del mundo, lo que luego se llamó el enfoque de la dependencia se ramificó en desarrollos teóricos diferentes con diversos grados de diálogo entre sí. Por encima de estas diferencias, correspondió a esta familia de desarrollos teóricos la completa formulación de una perspectiva histórica de largo plazo sobre el desarrollo latinoamericano, que ubicaba al pasado colonial de América Latina como punto de partida de una dependencia plurisecular que sobrevivió a la emancipación política del siglo XIX y adoptó cambiantes formas neocoloniales en el siglo XX, en un extenso proceso histórico que tuvo a Gran Bretaña y a los Estados Unidos como protagonistas principales del lado de los factores externos y a diversas articulaciones de clases locales del lado de los factores internos.

Posiblemente pocos libros representan mejor esa nueva visión de la historia latinoamericana y la conciencia histórica emergente a ella asociada que *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano. El repudio a la conquista y la colonización ibéricas, presente en los discursos de los libertadores, desarrollado –como se vio antes– por los autores de la primera mitad del siglo XIX en clave de herencia maldita, reciclado luego en una versión menos dramática en la "historia patria", adoptó en el ensayo de Galeano un nuevo acento al poner en primer plano la explotación sistemática y durante siglos de las colectividades y los recursos nativos para beneficio de agentes no latinoamericanos, ya fueran europeos o estadounidenses. En su estudio sobre diversas teorías conspirativas en la historia latinoamericana, Roniger y Senkman ubican el libro de Galeano como "el libro fundamental que difundió el cariz más fuertemente conspirativo de la teoría de la dependencia durante su primera época".[16]

Los historiadores de la región, que para entonces ya alcanzaban grados de profesionalización notoriamente mayores a los vigentes en la primera mitad del siglo XX, ofrecieron reacciones diversas a la teoría de la dependencia.

[13] André G. Frank, "The development of underdevelopment", *Monthly Review*, vol. 18, nº 4, 1966.

[14] André G. Frank, *Latin America: Underdevelopment or Revolution. Essays on the Development of Underdevelopment and the Immediate Enemy*, Nueva York, Monthly Review Press, 1969.

[15] Sobre la proyección internacional de la obra de Frank y sus ramificaciones intelectuales, véase Cristóbal Kay, "André Gunder Frank: From the 'Development of Underdevelopment' to the 'World System'", *Development and Change*, vol. 36, nº 6, 2005.

[16] Roniger y Senkman, *América tras bambalinas*, p. 205.

Como señaló Halperin Donghi en 1981, los historiadores estadounidenses especialistas en América Latina la adoptaron con entusiasmo, mientras que sus pares latinoamericanos fueron más críticos, ya que los historiadores de izquierda –muchos de ellos pertenecientes al espacio marxista– habían rechazado su tesis, particularmente en lo concerniente a la caracterización capitalista de la economía desde el 1500 en adelante.[17]

Con relación a la recepción entre los historiadores marxistas, las afirmaciones de Halperin mantienen su vigencia e incluso pueden ampliarse. En una detallada reconstrucción reciente del debate sobre los "modos de producción en América Latina", Mariano Schlez documentó extensamente el origen del debate en el ámbito de la III Internacional en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Lenin, sus principales instancias durante las décadas de 1930 a 1950, así como la relevancia tanto política como intelectual de una conversación en la que intervinieron figuras políticas e intelectuales de un campo marxista crecientemente fragmentado.[18] Como señala Schlez, la discusión sobre los "modos de producción en América Latina" articuló diversos programas de investigación en la historiografía regional, en los que los historiadores trabajaron en intenso diálogo con economistas y sociólogos.[19] Después de 1959 la discusión se renovó, incorporando nuevos temas y nuevas figuras, al calor de las expectativas revolucionarias generadas por la experiencia cubana. De modo que cuando en 1964 Frank propuso la tesis de que América Latina formaba parte del sistema capitalista desde el siglo XVI los historiadores latinoamericanos de formación marxista estaban, a todas luces, mejor preparados para evaluarla que sus colegas estadounidenses.

El punto alto de la crítica de los historiadores latinoamericanos a las tesis de Frank se expresó en Buenos Aires en 1973, en el número 40 de la publicación *Cuadernos de Pasado y Presente*, una revista que había sido fundada en 1963 por un grupo de intelectuales entonces afiliados al Partido Comunista Argentino y que, tras ser expulsados poco después, se fueron acercando con los años a organizaciones de lucha armada.[20] Con excepción de Horacio Ciafardini, que se había formado en economía con Charles Bettelheim en París, el resto de los autores (los argentinos Ernesto Laclau, Carlos S. Assadourian y Juan Carlos Garavaglia, y el brasileño Ciro Flamarion Cardoso) tenían formación en historia y casi todos ellos alcanzarían fama continental por sus destacadas contribuciones en el campo de la historia colonial.

El cuaderno presentaba una pormenorizada crítica a la tesis de que la economía colonial era capitalista, en términos tanto teóricos como empíricos. Aunque posiblemente sus tecnicismos conceptuales resultaran abstrusos para sus colegas no marxistas, la erudición histórica y la solidez profesional movilizada en los estudios de caso y en el análisis de cuestiones como el comercio, la mano de obra, la agricultura y la minería coloniales resultaban evidentes ante cualquier lente metodológico. En lo esencial, sostenían que el período colonial fue, por supuesto, ámbito de

[17] Tulio Halperin Donghi, "'Dependency theory' and Latin American Historiography", *Latin American Research Review*, vol. 17, nº 1, 1982.

[18] Mariano Schlez, "Modos de producción en América Latina. Un mapa para un debate permanente", en J. Marchena, M. Chust y M. Schlez (coords.), *El debate permanente. Modos de producción y revolución en América Latina*, Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2020.

[19] Uno de ellos fue el programa de investigación sobre la cuestión agraria. Véase, por ejemplo, María Inés Moraes, "Agrarian history in Uruguay: From the 'agrarian question' to the present", *Historia Agraria. Revista de Agricultura e Historia Rural*, nº 81, 2020.

[20] Carlos S. Assadourian, Ciro F. S. Cardoso, Horacio Ciafardini, Juan C. Garavaglia y Ernesto Laclau, *Modos de producción en América Latina*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1982.

gestación de lazos de intercambio desigual y dependencia, siendo el vínculo colonial un caso palmario de dominio por parte de un agente exterior al espacio dominado. Sin embargo, concluyeron que no hubo un modo de producción hegemónico en el conjunto de las formaciones económico-sociales coloniales de América Latina y que estas fueron

> […] formaciones no consolidadas, en las cuales coexistirían diversos modos de producción […], cuya lógica principal era la surgida de la relación colonial. Es evidente que si hay algo que da *sentido a todo el sistema* en nuestros espacios coloniales, ese elemento es la *relación colonial* y no tal o cual modo de producción nativo.[21]

De manera bastante general, la historiografía latinoamericana posterior mantuvo la tesis de la condición precapitalista de las economías del período colonial, dando en ese aspecto la espalda al dependentismo *á la* Frank.[22]

El momento neoinstitucionalista

Finalmente, el artículo de Real de Azúa ya citado identificaba, además de los argumentos de la rémora y la conjura, el núcleo argumental de "la culpa". Este argumento guarda cierta filiación con el de la rémora, ya que sostiene que las jóvenes repúblicas hispanoamericanas del siglo XIX fracasaron a la hora de corregir el "pecado original" del pasado colonial, pero introyecta las responsabilidades, que pasan entonces a depositarse en cualidades idiosincráticas locales como la "pereza" indígena, la "indolencia" mestiza y la incapacidad de las élites gobernantes. El autor sostiene que este argumento, que había empezado a nacer entre los hombres de la generación del 37 con las tesis sarmientinas de "civilización" y "barbarie" y con los escritos económicos de Alberdi cuando ya había dejado atrás su etapa romántica, se desarrolló plenamente entre el tramo final del siglo XIX y el principio del siglo XX, cuando textos como *El continente enfermo*, del venezolano César Zumeta (1899), o *El hombre mediocre*, del argentino José Ingenieros (1913), "afilaron una tipología moral del hombre americano en la que todo –o casi todo– era oscuro y negativo".[23]

Sostiene el autor que la tesis de la culpa tuvo una vertiente europeizante, clasista y racista, que deploró al indio, al mestizo y en general a todo lo autóctono (incluyendo la geografía). Mientras que otra vertiente arremetió contra las clases dirigentes, a las que atribuyó una tendencia a copiar reglas (constituciones, leyes, recetas económicas y rituales políticos) de países muy diferentes, inadaptadas a las realidades locales.[24]

Es posible que si Real de Azúa hubiera alcanzado a conocer las tesis de la *nueva economía institucional* para América Latina las hubiera colocado como variaciones del viejo tema de la culpa. Desarrolladas a partir de comienzos del siglo XXI, las tesis *neoinstitucionalistas* configuran el enfoque más difundido en los círculos académicos y políticos que se ocupan del "atraso latinoamericano",

[21] *Ibid.*, p. 14, itálicas en el original. Cabe aclarar que para los defensores de la tesis precapitalista, tal diagnóstico no era, a esa altura del debate, un obstáculo para justificar la lucha armada. La compleja historia de la cambiante relación entre ciertas tesis historiográficas y ciertas estrategias políticas dentro del campo marxista latinoamericano se explica detalladamente en Schlez, "Modos de producción en América Latina".

[22] Posiblemente fue la *Historia Económica de América Latina* (publicada en 1979) de Ciro F. Cardoso y el argentino-costarricense Héctor Pérez Brignoli la obra que más eficientemente difundió fuera de las fronteras marxistas la noción de unas economías precapitalistas durante el período colonial. Véase, especialmente, *Historia Económica de América Latina*. T. 1. *Sistemas Agrarios e Historia Colonial*, Barcelona, Crítica, 1979, p. 151-160.

[23] Real de Azúa, "Los males latinoamericanos", p. 24.

[24] *Ibid.*, pp. 22-26.

siendo tributarias del marco teórico elaborado originalmente por el economista estadounidense Douglas North, quien recibió el Premio Nobel de Economía en 1993 por su explicación institucionalista del desarrollo económico.[25] A principios del siglo XXI, los economistas estadounidenses Daron Acemoglu y Simon Johnson y el politólogo James Robinson desarrollaron una teoría basada en las ideas de North, centrada en las instituciones (entendidas como reglas del juego). Su análisis incorporó la idea de que las instituciones en una sociedad resultan de la lucha de intereses internos. Destacaron que la distribución del poder político es crucial para la evolución de las instituciones económicas, argumentando que las malas instituciones prosperan cuando los grupos con poder político se benefician de ellas. En su modelo, las instituciones políticas tienden a persistir, ya que se requiere un cambio significativo en la distribución del poder político para modificarlas, pero ello no ocurre fácilmente, porque cuando un grupo en particular es lo suficientemente rico en comparación con los demás aumenta su poder político, lo que le permite promover instituciones económicas y políticas que favorecen sus intereses.[26]

Así, partiendo de fundamentos teóricos muy diferentes, estos autores llegan a conclusiones tan pesimistas como las de la teoría de la dependencia con respecto a las posibilidades del desarrollo en el marco del *statu quo*. Pero allí donde los *dependentistas* proponían la revolución socialista, los *neoinstitucionalistas* recomiendan que los países debieran mejorar la calidad de sus instituciones, donde y cuando sea posible.[27] A pesar de su resonante éxito, algunos de sus más prestigiosos colegas juzgaron esta explicación como desesperanzadora y "determinista".[28]

Acemoglu, Johnson y Robinson estudiaron el caso de América Latina en dos destacados artículos.[29] Argumentan que la conquista europea definió diferentes instituciones en el continente: mientras que las colonias inglesas en América del Norte adoptaron instituciones inclusivas para el desarrollo sostenible, en la América hispana prevalecieron instituciones extractivas, basadas en la rápida explotación de los nativos. La disparidad no se debió a la procedencia (inglesa o ibérica) de los colonizadores, sino a la correlación de fuerzas entre colonos y nativos, influenciada por población y control de recursos, que se dio en cada lugar. Según su modelo teórico, la persistencia de unas instituciones coloniales perjudiciales explica el actual atraso y la desigualdad de América Latina. A pesar de los cambios posteriores a la independencia, persisten en esta región las instituciones perjudiciales debido a una distribución política que favorece a las élites, obstaculizando el desarrollo. El pecado original sigue siendo el pasado colonial y los países latinoamericanos son "culpables" de no revertir la ecuación de poderes/intereses para superar la herencia maldita.

En ocasión de reseñar un texto en el que los autores nombrados presentan con detalle estas tesis, el historiador holandés Peer Vries calificó de inexacta y "*rosada*" la versión ofrecida

[25] Douglass C. North y Robert P. Thomas, *The Rise of the Western World: A New Economic History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973.

[26] Daron Acemoglu, Simon Johnson y James A. Robinson, "Institutions as a fundamental cause of long-run growth", en P. Aghion y S. Durlauf (eds.), *Handbook of Economic Growth*, Tomo 1, North-Holland, Elsevier, 2005.

[27] *Ibid.*, p. 6.

[28] Abhijit V. Banerjee y Esther Duflo, "Under the thumb of history? Political institutions and the scope for action", *Annual Review of Economics*, vol. 6, nº 1, 2014.

[29] Daron Acemoglu, Simon Johnson y James A. Robinson, "The colonial origins of comparative development: An empirical investigation", *The American Economic Review*, vol. 91, nº 5, 2001; Daron Acemoglu, Simon Johnson y James A. Robinson, "Reversal of fortune: Geography and institutions in the making of the modern world income distribution", *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 117, nº 4, 2002.

por ellos sobre la colonización inglesa en América del Norte, y agregó que sus argumentos sobre la colonización ibérica eran prácticamente una transcripción de la "leyenda negra" al lenguaje moderno.[30] Sin embargo, el enfoque de la economía institucional en general y en particular el modelo recién comentado tienen un enorme impacto en la historiografía económica latinoamericana de las últimas dos décadas, habiendo desplegado todo un programa de investigación relacionado con los niveles de vida en el período colonial[31] y sobre los efectos prolongados y presentes de las instituciones coloniales perniciosas.[32] Aunque han sido recurrentes las críticas a que la nueva economía institucional hace un uso desactualizado del conocimiento histórico disponible sobre la colonización ibérica en América,[33] a que no dialoga lo suficiente con las tradiciones del estructuralismo y del dependentismo latinoamericanos que pensaron antes en estos problemas[34] y a que incurre frecuentemente en una trasposición anacrónica de las fronteras nacionales del presente al pasado colonial en sus estudios de caso,[35] estas no parecen haber sido muy tenidas en cuenta. Paradójicamente, el programa de investigación de la nueva economía institucional contribuyó sin proponérselo a reavivar entre los historiadores la discusión sobre la herencia colonial y, de manera indirecta, a que recuperasen visibilidad y legitimidad académica obras y autores latinoamericanos *dependentistas* y de la vieja tradición marxista, que, a raíz de su relación directa con los temas del programa, fueron sacados del ostracismo y restituidos a una conversación donde alguna vez habían sido *primus inter pares*.

Comentario final

Ha quedado claro que la idea de una "herencia colonial" como el gran lastre que impide el desarrollo latinoamericano es muy antigua y tiene un largo recorrido. A esta altura, cabe glosar aquí la afirmación de Jeremy Adelman en su libro *Colonial Legacies*, cuando señala que "el argumento de que América Latina está entrampada en un molde heredado de su pasado colonial […] es en sí mismo una herencia colonial".[36] La conversación sobre "la herencia" colonial, que podría decirse empezó casi al día siguiente de la independencia, ha sido en esencia una conversación política y posiblemente lo sigue siendo. En su extenso viaje por el tiempo, la idea de la herencia colonial

[30] Peer Vries, "Does wealth entirely depend on inclusive institutions and pluralist politics? A review of Daron Acemoglu and James A. Robinson, *Why Nations Fail. The Origins of Power, Prosperity and Poverty*", *TSEG-The Low Countries Journal of Social and Economic History*, vol. 9, nº 3, 2012.

[31] Puede verse una síntesis en Rafael Dobado González y Héctor García Montero, "Colonial origins of Inequality in Hispanic America? Some reflections based on new empirical evidence", *Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History*, vol. 28, nº 2, 2010.

[32] A modo de ejemplo, véanse Melissa Dell, "Los efectos persistentes de la mita minera en el Perú", *Apuntes: Revista de Ciencias Sociales*, vol. 38, nº 68, 2011; Humberto Laudares y Felipe Valencia Caicedo, "Tordesillas, slavery and the origins of Brazilian inequality", ponencia presentada en el Annual Meeting of the American Economic Association, Nueva Orleans, 2023.

[33] Regina Grafe y María Alejandra Irigoin, "The Spanish empire and its legacy: Fiscal redistribution and political conflict in colonial and post-colonial Spanish America", *Journal of Global History*, vol. 1, nº 2, 2006; María Alejandra Irigoin, "Representation without taxation, taxation without consent: The legacy of Spanish colonialism in America", *Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History*, vol. 34, nº 2, 2016.

[34] Luis Bértola, "Institutions and the historical roots of Latin American divergence", en J. A. Ocampo y J. Ros (eds.), *The Oxford Handbook of Latin American Economics*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

[35] Fernando López Castellano, "Crítica del enfoque neoinstitucionalista", ponencia presentada en las 5.as Jornadas de Investigación de la Asociación Uruguaya de Historia Económica, Montevideo, 2011.

[36] Adelman, *Colonial Legacies*, p. 3.

se movió sinuosamente entre los espacios del discurso político, la literatura y la historia.

Las venas abiertas de América Latina, un libro que no fue escrito por un historiador profesional pero que seguramente ha contribuido a moldear la forma en que numerosos latinoamericanos se autoperciben tanto o más que la historiografía profesional, recoge en diverso grado las tres inflexiones identificadas aquí con la tríada de Real de Azúa (rémora, conjura y culpa). Pero es la cuerda de la conjura la que más destaca en su estrategia narrativa y en su destacado lirismo, donde radica –a mi modesto juicio– la clave de su inagotable potencia como pieza comunicacional de una propuesta revolucionaria.

En el campo de la historiografía, la tesis de la herencia colonial ha sido extraordinariamente fecunda. Admitió formulaciones en idiomas teóricos tan diferentes como el liberalismo romántico del temprano siglo XIX, los diferentes marxismos del corto siglo XX y la nueva economía institucional del siglo XXI. Dio origen a verdaderos programas de investigación durante cada uno de sus grandes momentos. Por eso mismo, ya no es admisible hacer uso de ella con la ingenuidad de los liberales románticos ni desconocer el inmenso volumen de conocimiento sobre la política, la economía, la sociedad y la cultura de las sociedades latinoamericanas "precapitalistas" acumulado por los historiadores profesionales de varias generaciones. Quizás la enseñanza más evidente que deja la extensa navegación de esta idea por el océano de la historiografía sea que en el futuro conviene distinguir mejor entre dos problemas de investigación relacionados pero diferentes: la "cuestión colonial" y la "herencia colonial".

La "cuestión colonial" problematiza la naturaleza del vínculo colonial y sus características. En la etapa actual de la historia de la historiografía latinoamericana, esto implica el desafío de integrar en una síntesis articulada diversos desarrollos recientes. En el marco de la hiperespecialización historiográfica que caracteriza el momento presente, parecería que, mucho más que una nueva oleada revisionista, estamos asistiendo a una etapa de conexiones y sinergias múltiples entre programas de investigación autónomamente seguidos, por ejemplo, por historiadores del derecho, de "los imperios", de la "era de la revoluciones", de las redes mercantiles y del conocimiento, que han modificado sustantivamente la forma en que solía entenderse la economía política de la relación colonial y echado por tierra el antiguo modelo metrópoli-colonia o, al menos, sus versiones más simplistas y estáticas.[37] La historiografía actual tiende a abordar la cuestión del vínculo colonial con mayor refinamiento que en el pasado, tanto en cuanto a los cambios que esa relación tuvo a lo largo de los siglos como con relación a la naturaleza política y socioeconómica de las mediaciones institucionales que lo soportaron.

En cambio, la noción de "herencia colonial" remite a la continuidad y la persistencia del pasado colonial en las etapas posteriores de la historia latinoamericana. Si, por un lado, es difícil pensar que la independencia marcó una cesura definitiva, de una vez y para siempre, con el pasado imperial de los territorios americanos, no es mucho más fácil aceptar la idea de que el presente "se explica" por aquel pasado colonial, como si los doscientos años de historia trascurridos desde 1824 fueran un saco vacío de verdaderas novedades. A pesar del éxito de lo que ha dado en llamarse "estudios de persistencia" en las revistas de economía más prestigiosas,[38]

[37] La bibliografía es muy extensa; puede verse un panorama (parcial) de los cambios en Josep M. Fradera, "Spanish colonial historiography: Everyone in their place", *Social History*, vol. 29, n.º 3, agosto de 2004; Annick Lempérière, "La 'cuestión colonial'", *Nuevo Mundo-Mundos Nuevos. Nouveaux Mondes-Mondes Nouveaux*, 2005.

[38] Martina Cioni, Giovanni Federico y Michelangelo Vasta, "Persistence studies: A new kind of economic history?", *Review of Regional Research*, vol. 42, nº 3, 2022.

al menos con relación al caso latinoamericano resulta más evidente la originalidad de sus técnicas de investigación que de sus contribuciones analíticas. □

Bibliografía

Acemoglu, Daron, Simon Johnson y James A. Robinson, "The colonial origins of comparative development: An empirical investigation", *The American Economic Review*, vol. 91, nº 5, 2001, pp. 1369-1401.

—, "Reversal of fortune: Geography and institutions in the making of the modern world income distribution", *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 117, nº 4, 2002, pp. 1231-1294.

—, "Institutions as a fundamental cause of long-run growth", en P. Aghion y S. Durlauf (eds.), *Handbook of Economic Growth,* North-Holland, Elsevier, 2005, tomo 1, pp. 385-472.

Adelman, Jeremy, "Introduction", en J. Adelman, *Colonial Legacies: The Problem of Persistence in Latin American History*, Nueva York, Routledge, 1999, pp. 1-13.

Alberdi, Juan Bautista, "Reacción contra el españolismo", en J. B. Alberdi, *Obras completas*, Buenos Aires, La Tribuna Nacional Bolívar, 1886, tomo 1.

Assadourian, Carlos S., Ciro F. S. Cardoso, Horacio Ciafardini, Juan Carlos Garavaglia y Ernesto Laclau, *Modos de producción en América Latina*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1982.

Banerjee, Abhijit V. y Esther Duflo, "Under the thumb of history? Political institutions and the scope for action", *Annual Review of Economics*, vol. 6, nº 1, 2014, pp. 951-971.

Bértola, Luis, "Institutions and the historical roots of Latin American divergence", en J. A. Ocampo y J. Ros (eds.), *The Oxford Handbook of Latin American Economics*, Oxford, Oxford University Press, 2011, pp. 5-25.

Bilbao, Francisco, *Sociabilidad chilena*, Santiago de Chile, El Crepúsculo, 1844.

—, *El evangelio americano*, Buenos Aires, Imprenta de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, 1864. Disponible en: https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-8493.html.

Cañizares-Esguerra, Jorge y Neil Safier, "Natural histories of remembrance and forgetting: Science and independence in the Spanish and Portuguese Americas", en M. Echeverri y C. Soriano (eds.), *The Cambridge Companion to Latin American Independence*, Cambridge, Cambridge University Press, 2023, pp. 153-185.

Chiaramonte, José Carlos, *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*, México, Grijalbo, 1984.

Cioni, Martina, Giovanni Federico y Michelangelo Vasta, "Persistence studies: A new kind of economic history?", *Review of Regional Research*, vol. 42, nº 3, 2022, pp. 227-248.

Del Castillo, Lina, *Crafting a Republic for the World: Scientific, Geographic, and Historiographic Inventions of Colombia*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2018.

Dell, Melissa, "Los efectos persistentes de la mita minera en el Perú", *Apuntes: Revista de Ciencias Sociales*, vol. 38, nº 68, 2011, pp. 211-265.

Devoto, Fernando, "La construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay: Las historias nacionales de Varnhagen, Mitre y Bauzá", en C. Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008, tomo I, pp. 269-289.

Devoto, Fernando y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

Dobado González, Rafael y Héctor García Montero, "Colonial origins of Latin American inequality? Some reflections based on new empirical evidence", *Revista de Historia Económica, Journal of Iberian and Latin American Economic History*, vol. 28, nº 2, 2010, pp. 253-277.

Echeverría, Esteban, "Dogma socialista", en J. M. Gutiérrez (ed.), *Obras completas de D. Esteban Echeverría*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1873, 4 tomos.

Fradera, Josep M., "Spanish colonial historiography: Everyone in their place", *Social History*, vol. 29, nº 3, 2004, pp. 368-372.

Frank, André G., "The development of underdevelopment", *Monthly Review*, vol. 18, nº 4, 1966, pp. 17-31.

—, *Latin America: Underdevelopment or Revolution. Essays on the Development of Underdevelopment and the Immediate Enemy*, Nueva York, Monthly Review Press, 1969.

Grafe, Regina y María Alejandra Irigoin, "The Spanish empire and its legacy: Fiscal redistribution and political conflict in colonial and post-colonial Spanish America", *Journal of Global History*, vol. 1, nº 2, 2006, pp. 241-267.

Halperin Donghi, Tulio, "'Dependency theory' and Latin American Historiography", *Latin American Research Review*, vol. 17, n.º 1, 1982, pp. 115-130.

Irigoin, María Alejandra, "Representation without taxation, taxation without consent: The legacy of Spanish colonialism in America", *Revista de Historia Económica-Journal of Iberian and Latin American Economic History*, vol. 34, n.º 2, 2016, pp. 169-208.

Kay, Cristóbal, "André Gunder Frank: From the 'Development of Underdevelopment' to the 'World System'", *Development and Change*, vol. 36, nº 6, 2005, pp. 1177-1183.

Lastarria, José Victorino, *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile*, Santiago de Chile, Imprenta del Siglo, 1844.

Laudares, Humberto y Felipe Valencia Caicedo, "Tordesillas, slavery and the origins of Brazilian inequality", ponencia presentada en Annual Meeting of the American Economic Association, Nueva Orleans, 2023.

Annick Lempérière, "La 'cuestión colonial'", *Nuevo Mundo-Mundos Nuevos. Nouveaux Mondes-Mondes Nouveaux*, 2005. Disponible en: https://journals.openedition.org/nuevomundo/437.

López Castellano, Fernando, "Crítica del enfoque neoinstitucionalista", ponencia presentada en las 5.as Jornadas de Investigación de la Asociación Uruguaya de Historia Económica, Montevideo, 2011.

Moraes, María Inés, "Agrarian history in Uruguay: From the 'agrarian question' to the present", *Historia Agraria. Revista de Agricultura e Historia Rural*, nº 81, 2020, pp. 63-92.

North, Douglass C. y Robert Paul Thomas, *The Rise of the Western World: A New Economic History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973.

Real de Azúa, Carlos, "Los males latinoamericanos y su clave. Etapas de una reflexión", en C. Real de Azúa, *Historia invisible e historia esotérica. Personajes y claves del debate latinoamericano*, Montevideo, Arca, 1975, pp. 17-50.

Roniger, Luis y Leonardo Senkman, *América tras bambalinas. Teorías conspirativas, usos y abusos*, Pittsburgh, Latin America Research Commons, 2019.

Schlez, Mariano, "Modos de producción en América Latina. Un mapa para un debate permanente", en J. Marchena, M. Chust y M. Schlez (coords.), *El debate permanente. Modos de producción y revolución en América Latina*, Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2020, pp. 27-140.

Vries, Peer, "Does wealth entirely depend on inclusive institutions and pluralist politics? A review of Daron Acemoglu and James A. Robinson, *Why Nations Fail. The Origins of Power, Prosperity and Poverty*", *TSEG-The Low Countries Journal of Social and Economic History*, vol. 9, nº 3, 2012, pp. 74-93.

Resumen/Abstract

La tesis de la "herencia colonial" y los historiadores latinoamericanos. Del liberalismo romántico a la nueva economía institucional

Este artículo propone una reflexión historiográfica sobre el modo en que la tesis de la "herencia colonial" se ha manifestado desde el temprano siglo XIX hasta el temprano siglo XXI, analizando tres momentos específicos de su extenso viaje en el tiempo: el momento *fundacional*, situado en las décadas de 1830-1840; el momento *dependentista*, situado entre 1960-1980; y el momento *neoinstitucionalista*, desde el año 2000 hasta el presente. El artículo concluye que en su viaje temporal la tesis de "la herencia" colonial forma parte de una conversación política que atravesó los espacios del discurso político, literario e histórico. *Las venas abiertas de América Latina* se inserta en una etapa de ese recorrido como un producto literario de contenido histórico que contribuyó a moldear la identidad latinoamericana tanto o más que la historiografía profesional.

Palabras clave: Historiografía colonial - Historia económica latinoamericana - Marxismo - Dependentismo

The "Colonial Legacy" Thesis and Latin American Historians, from Romantic Liberalism to the New Institutional Economics

This article proposes a historiographical discussion of how the "colonial legacy" thesis has evolved from the early nineteenth century to the early twenty-first. It analyzes three specific moments of the thesis' extended temporal journey: the founding moment (1830-1840), the dependency moment (1960-1980), and the neo-institutionalist moment (2000-present). The article concludes that the belief that Latin America carries a heavy institutional and economic burden dating back to colonial times forms part of a conversation that stitches together the political, literary, and historical fields. The book *Las venas abiertas de América Latina* was written at one stage of this extended journey as a literary product imbued with historical content that then contributed to the formation of Latin American identity as much as, or even more than, professional historiography.

Keywords: Colonial historiography - Latin American economic history - Marxism - Dependency theory

Sobre el aburrimiento: una lectura de Las venas abiertas de América Latina*

Ximena Espeche

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Introducción

El libro *Las venas abiertas de América Latina*, publicado por primera vez en 1971, y que llegó a ser *best seller* en los años ochenta, estuvo inmerso en las batallas por la información de la Guerra Fría. Intervino para informar qué y cómo era la región desde ella misma, contra lo que consideró la desinformación o la censura del imperialismo estadounidense y de las dictaduras.

En *Las venas abiertas*, Galeano se propuso redactar un manual de economía política, en particular del dependentismo. Como aseguró en una entrevista de 1971: "Una investigación sobre el saqueo, pero escrita casi como si fuera una novela de amor, ¿entendés?".[1] Con esta apuesta, buscó una "forma nueva de creación", diferente de las tradicionales, "más útil al lector actual, al lector joven". Además, consideró su libro "una forma de acción", porque tenía un poder específico en el contexto del enfrentamiento cultural y político: la lucha contra el imperialismo –en particular el estadounidense–, la defensa de la revolución –Cuba y la vía chilena al socialismo–. En el marco de la Guerra Fría, el hito de la Revolución en Cuba en 1959 había significado, para quienes la apoyaron y se comprometieron con ella, como Galeano, la posibilidad de un laboratorio socialista en América Latina por fuera de las directrices de uno de los vencedores de la Segunda Guerra: la Unión Soviética. El triunfo de Salvador Allende en 1970 parecía refrendar el carácter experimental del derrotero revolucionario, a la vez que en él se constataba la distancia con la cada vez más patente presión soviética sobre la isla.

En 1978, incluyó otro texto como posfacio a la nueva edición del libro, al que tituló "Siete años después", y repitió la importancia de que *Las venas abiertas* fuera como una "novela de amor o de piratas". Pero, en este caso, agregó otra interpretación, que antes estaba ausente. Aseguró que las obras de ciencias sociales escritas "en código" fallaban en la comunicación, como fallaba esa "literatura militante dirigida a un público de convencidos". En ambas fallas, un mismo factor: el aburrimiento. Este servía para "bendecir el orden establecido: confirma que el conocimiento es un privilegio de las élites".[2] Tam-

* Agradezco los comentarios de Matías Farías, Silvina Merenson y de los editores del dossier.

[1] Jorge Ruffinelli, "El escritor en el proceso americano. Entrevista con Eduardo Galeano", *Marcha*, nº 1555, 6 de agosto de 1971, pp. 30-31.

[2] Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina* [1971], Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, p. 292. Pu-

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1482

bién reflexionó sobre el paso del tiempo, en el que "la historia no ha dejado de ser, para nosotros, una maestra cruel".[3] Para Galeano, entre la primera y la segunda edición de *Las venas abiertas* se hizo cada vez más patente una desolada constatación de derrotas, en especial con los golpes de Estado en Uruguay (1973), Chile (1973) y la Argentina (1976). En este trabajo hago foco en la categoría *aburrimiento* porque permite comprender los intentos de un autor para explicar el estupor ante una experiencia, la de las derrotas de los proyectos revolucionarios, la de esa historia como "maestra cruel".

Si bien diversos estudios han analizado la producción, la circulación y la recepción de este libro, así como la trayectoria de su autor, incluyendo el período abierto entre 1971 y los exilios de Galeano en Buenos Aires y Barcelona, me parece provechoso añadir el problema del aburrimiento como central.[4] Es una categoría que, además, ha tenido un derrotero específico en el ámbito de los estudios de filosofía y, sin embargo, se le ha prestado menos atención desde la historia intelectual y cultural.[5] En este sentido, *Las venas abiertas* es ilegible sin comprender el rango de discusiones sobre cuáles eran los modos más adecuados de intervención cultural, a la par que los sentidos en disputa de qué era esa intervención desde la izquierda: entre el ascetismo, la disciplina y el sacrificio revolucionarios –donde la figura de Ernesto "Che" Guevara había sido de notoria importancia–, la preocupación por el cumplimiento de las normativas marxistas en torno de la producción cultural, la búsqueda de nuevas formas artísticas que permitieran intersecciones renovadas entre vanguardia artística y política (en teatro, cine, pintura y música) y la experimentación contracultural.[6]

El aburrimiento como categoría nativa permite desbrozar los sentidos asociados a la

---

blicado como adelanto en la revista *Nueva Sociedad* en dos partes y en números dedicados a la integración regional y a las transnacionales respectivamente: "*Las venas abiertas de América Latina*, siete años después (I)", *Nueva Sociedad*, nº 37, julio-agosto, 1978, y "*Las venas abiertas de América Latina*, siete años después (II)", *Nueva Sociedad*, nº 38, septiembre-octubre, 1978.

[3] Galeano, "*Las venas abiertas*…(I)", p. 116.

[4] Sobre Galeano y el exilio, véase Gabriel Montali, "*Días y noches de amor y de guerra*: los años de exilio de Eduardo Galeano y el desafío de sobrevivir a la derrota de las utopías revolucionarias", *Revista de la Red de Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea*, vol. 8, nº 14, 2021. Sobre otros aspectos de su obra y de su trayectoria como intelectual, vénase, entre otros: Alfredo Alzugarat, "Eduardo Galeano: variaciones de un estilo", *Revista de la Biblioteca Nacional*, nº 14, 2019; Carlos Aguirre, "Apuntes sobre la 'guerrillerización' de la cultura: *Las venas abiertas de América Latina*, el Premio Casa de las Américas y los debates sobre los intelectuales y la revolución", *Histórica*, vol. XLVI, nº 1, 2022; Alejandro Gortázar, "Una trinchera de ideas", *Brecha*, 18 de junio de 2021; Fabián Kovacic, *Galeano. Apuntes para una biografía*, Buenos Aires, Ediciones B, 2016, y "*Crisis*, un laboratorio para extender los límites del periodismo", *Revista de la Biblioteca Nacional*, nº 14, 2019; Roberto López Belloso, "El estilo Galeano: definir lo indefinible", *Revista de la Biblioteca Nacional*, nº 14, 2019; Roberto López Belloso y Rosalba Oxandabarat, "'La historia por el ojo de la cerradura'. Entrevista con Eduardo Galeano", *Brecha*, 16 de marzo de 2012; Aldo Marchesi, "Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta", *Revista de Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 17, nº 1, enero-junio, 2006; Pablo Messina, "Cincuenta años de qué", *Brecha*, 11 de junio de 2021; Gabriel Montali, "A cincuenta años de *Las venas abiertas de América Latina*. Un análisis del estilo y la estrategia de escritura de Eduardo Galeano", *Cuadernos del CILHA*, nº 35, 2021; Gustavo Verdesio, "La tragedia y la utopía", *Página/12*, Suplemento "Radar", 19 de abril de 2015; Pedro Wainberg, "Guatemala en Galeano, Galeano en Guatemala", en E. Galeano, *Guatemala: Ensayo general de la violencia en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2020.

[5] Entre otros, véanse: Barbara Dalle Pace y Carlo Salzani, "The delicate monster. Modernity and boredom", en B. Dalla Pace y C. Salzani, *Essays on Boredom and Modernity*, Ámsterdam, Rodopi BV, 2009; Michael E. Gardiner y Julian Jason Haladyn, "Monotonous splendor: An introduction to boredom studies", en M. E. Gardiner y J. J. Haladyn (eds.), *Boredom Studies Reader: Frameworks and Perspectives*, Nueva York, Routledge, 2017.

[6] Sobre "sensibilidad de izquierda", nueva y vieja izquierda, véaseEric Zolov, "Expanding our conceptual horizons: the shift from an old to a new left in Latin America", *A Contracorriente*, vol. 5, nº 2, 2008.

producción letrada en relación con la circulación y la recepción de saberes y prácticas de la revolución. Y como categoría analítica ayuda a revisar el vínculo tenso entre la producción de conocimiento en pos de la acción política revolucionaria y la gestión de dicho conocimiento en función de otra realidad: la de la sociedad de masas en el marco de la Guerra Fría.

Pedagogía de la "conciencia antiimperialista"

Galeano se fogueó en el mundo del periodismo y una de sus escuelas –más allá de su paso por el diario socialista *El Sol*– fue el semanario *Marcha* (1939-1974), dirigido por el abogado especialista en temas económicos Carlos Quijano. Ingresó muy joven y ofició como secretario de redacción (1961-1964). Como tal, renovó el estilo del semanario y habría ayudado en el aumento de su público lector. *Marcha* ya era para 1971 una suerte de institución y Quijano un pope; en sus páginas aparecían los nombres de las plumas más reconocidas de la izquierda antiimperialista latinoamericana y del tercermundismo global.[7]

Quijano había sido un militante antiimperialista en la París de fines de los años veinte y miembro de una fracción minoritaria de uno de los grandes partidos tradicionales del Uruguay, el Partido Nacional.[8] Luego de cortar amarras con este partido en 1958, aseguró que *Marcha* estaba inscripto en una "tarea de docencia", en otra forma de hacer política. Esta afirmación es vital a los efectos de este trabajo, porque Quijano entendía ese quehacer como el de la "formación de opinión".[9] En 1962 apoyó a la alianza de izquierda Unión Popular y dirigió por unos pocos meses otra publicación, de la que Galeano también fue miembro: *Época*. Uno y otro participaban del mundo intelectual que, en los años sesenta y setenta, se vio cruzado por la dinámica tensa del compromiso intelectual. Es decir, cuando la estela que produjo la Revolución en Cuba desplazó la legitimidad del doble compromiso del autor y de la obra con la transformación política hacia la homologación del escritor –*qua* intelectual– como revolucionario.[10]

En 1964, según Galeano, "las condiciones ideales para el trabajo del escritor serían las que permitieran una difusión más amplia de la obra, lanzada a atravesar la ciudadela de la cultura, o presunta cultura, y proyectada realmente sobre la sociedad". Para lograrlo, la "actitud del propio escritor" era fundamental.[11] Esto necesita leerse en función de la tracción que diversos intelectuales, que exce-

[7] Pablo Rocca, "35 años en *Marcha* - Escritura y ambiente literario en *Marcha* y en el Uruguay, 1939-1974", *Nuevo Texto Crítico*, vol. VI, nº 11, 1993; Claudia Gilman, "El semanario *Marcha* (1939-1974)", *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina (DEAL)*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, Monte Ávila, 1995; Ximena Espeche, *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados de siglo XX*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2016. Para un análisis que complejiza la construcción de la noticia internacional en *Marcha*, véase: Camille Gapenne, "El semanario *Marcha* y el Mayo francés: un aporte a la construcción de la noticia internacional", *Contemporánea. Historia y Problemas del Siglo XX*, año 9, vol. 9, 2018.

[8] Gerardo Caetano y José Rilla, *El joven Quijano (1900-1933). Izquierda nacional y conciencia crítica*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986.

[9] Carlos Quijano, "A rienda corta", *Marcha*, nº 925, 22 de agosto de 1958. Véaseel trabajo de Javier García Liendo relativo a los diferentes públicos a los que aspiraba *Marcha* –en función del análisis de la variación y la ampliación de las publicidades a lo largo de su trayectoria–: "La circulación de lo impreso: públicos y publicidad en el semanario *Marcha*", *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 94, nº 5, 2017. Para otra lectura sobre la circulación, el impacto y la formulación estratégica de *Las venas abiertas*, véase Montali, "*Días y noches de amor y de guerra*".

[10] Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

[11] Cit. en Alzugarat, "Eduardo Galeano: variaciones de un estilo", p. 151.

día el ámbito regional, empezaron a tener como figuras públicas. En especial aquellos autores del llamado *boom* de la literatura latinoamericana.[12] Para Galeano, como para muchos otros autores del período, la forma importaba porque era parte también de una preocupación por convencer a un público específico del valor de una historia colectiva. Otro ejemplo de esta preocupación puede verse en las modificaciones que llevó a cabo en su cargo en la Universidad de la República, como encargado del Departamento de Publicaciones y secretario de redacción de la revista institucional *Gaceta*. Allí tuvo muy en cuenta el impacto visual, que atendiera a la modernización del diseño de las tapas, que incidiera en un catálogo comprometido con los problemas del presente.[13] También en su exilio en Buenos Aires, entre 1973 y 1976, apostó por un mensuario llamado *Crisis*, en el que profundizó varios de sus intereses vinculados, justamente, al cruce de géneros, problemas y enfoques que redundaran en la seducción del público.[14]

A la vez, hizo del aspecto testimonial del periodismo una marca de su legitimidad como escritor revolucionario.[15] En 1967, por ejemplo, había publicado un libro sobre Guatemala a partir de artículos previamente divulgados en la prensa y bajo el auspicio de agencias noticiosas como la cubana Prensa Latina y la cooperativa de periodistas Inter Press Service.[16] En esos artículos, estaba preocupado por mostrar el papel de los medios de comunicación dominantes en las sociedades de América Latina, ecosistema al que se enfrentaban ambas agencias de noticias.[17] De hecho, se trató de un tópico clave del período en el que se multiplicaron análisis y teorizaciones en sedes diversas sobre los medios masivos de comunicación, y en particular su estudio como análogos a las acciones del imperialismo.[18] Guatemala, escribió, era víctima, como toda América Latina, "de una conspiración del silencio y la mentira". Así, los dueños de los medios de información "fabrican la opinión pública, ocultan y deforman los hechos con arbitrariedad y eficacia: las noticias se contraen hasta desaparecer, o se hinchan hasta el estallido según convenga".[19]

---

[12] Gilman, *Entre la pluma y el fusil*.

[13] Vania Markarian, "Eduardo Germán María Hughes Galeano", *Historias Universitarias*, Archivo General de la Universidad de la República.

[14] Fabián Kovacic, "*Crisis*, un laboratorio para extender los límites del periodismo", *Revista de la Biblioteca Nacional*, nº 14, 2019. Galeano participó, además de en la formación de *Época* y *Crisis* como empresas periodísticas alternativas, en *Izquierda* (Montevideo).

[15] *Ibid.*; Montali, "A cincuenta años de *Las venas abiertas de América Latina*".

[16] Eduardo Galeano, *Guatemala: clave de Latinoamérica*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1967. Publicado también en México como *Guatemala: país ocupado* por la editorial Nuestro Tiempo en la colección Latinoamérica Hoy. Prensa Latina fue creada en junio de 1959. Su primer director fue el periodista argentino Jorge Masetti. Participaron en la agencia figuras ya reconocidas en el ámbito cultural latinoamericano, como el argentino Rodolfo Walsh y el colombiano Gabriel García Márquez. International Press Service fue fundada en 1964 como una cooperativa internacional de periodistas que abogaba por la comunicación entre los países del Tercer Mundo. Galeano trabajó también para *La Jornada* (México) y *Che* (Buenos Aires). Véase Wainberg, "Guatemala en Galeano, Galeano en Guatemala". Sobre el impacto de Guatemala en Uruguay y en Galeano, Véase Roberto García Ferreira, "Galeano, Guatemala y la Guerra Fría Latinoamericana: pasado y presente de un texto", ponencia presentada en el Seminario "Cincuenta años después, E. Galeano y *Las venas abiertas de América Latina*", Universidad de la República, Montevideo, 2021.

[17] Wainberg, "Guatemala en Galeano, Galeano en Guatemala".

[18] Sobre imperialismo cultural, véase Adriana Petra, "El proyecto marginalidad: los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural", *Políticas de la Memoria*, nº 8-9, verano 2008-2009; sobre teorías comunicacionales y la producción uruguaya al respecto durante el período 1950-1970, véase Florencia Soria, "Desplazamientos en los discursos sobre los medios de comunicación en Roque Faraone durante los años cincuenta y sesenta en Uruguay", *Claves. Revista de Historia*, vol. 8, nº 15.

[19] Galeano, *Guatemala*, p. 20 (se cita de la versión de la editorial Nuestro Tiempo).

Para Galeano, y no era el único, América Latina necesitaba de quienes informaran contra los que "fabrican la opinión pública": tanto el imperialismo estadounidense como los gobiernos autoritarios de la región. En el caso de *Las venas abiertas*, se trató de la explicación de las razones de la dependencia y el subdesarrollo. Y de hacerlo, como aseguró en 1971 y volvería a repetir en 1978, desde una narración particular, en la que la mezcla de los géneros fuera seductora para el público lector. Para 1971, llamó a ese público el "lector medio". Era una imagen de los lectores y las lectoras de *Marcha*. Se trataba de las clases medias, del universo ampliado de sectores de la población regional que habían accedido a la educación secundaria y universitaria,[20] y que también se posicionaban como consumidores y consumidoras de un nuevo mundo cultural.[21] *Las venas abiertas* se incorpora en un suelo particular de disquisiciones sobre América Latina que excede en mucho el formato libro. Esas obras que Galeano en 1978 consideraba "aburridas" habían tenido una buena recepción en el ámbito ampliado de una comunidad lectora global e incluso muchas de ellas son citadas en su libro.

Como han estudiado varios investigadores e investigadoras, un sinnúmero de impresos de diverso tenor (folletos, fascículos, artículos, reportajes, noticias, etc.), sin contar la popularidad y masividad de la narrativa del *boom*, circulaba por la región y el mundo alrededor de acontecimientos que, como el de la Revolución cubana y su estela, pusieron a América Latina en el primer lugar de la atención pública.[22] Además, esos ensayos y otros textos de la modernización de las ciencias sociales tuvieron enorme circulación en casas editoriales como Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI, que crearon en el Río de la Plata –y fueron dependientes de– un mercado constituido por ascendentes clases medias y por la multiplicación de las matrículas universitarias.[23] Pero también los temas y problemas de ensayos e informes estaban presentes en una diversidad de impresos y otras expresiones de la cultura (diarios, radios, cine, música y la cada vez más presente televisión). En definitiva, América Latina y en especial esta región como parte del Tercer Mundo eran tanto noticia del presente como apuesta por una transformación cuya principal cualidad era la inminencia.

Galeano propuso, así, con *Las venas abiertas de América Latina* una escritura específica, pero también estaba interesado en una circulación particular, como un modo de influir en la opinión a partir de una pedagogía, con la enseñanza del dependentismo,[24] y en hacerlo en la vieja formulación del semanario

[20] Sobre "conciencia antiimperialista" en *Marcha*, véase Espeche, *La paradoja uruguaya*, pp. 120-123. Para un análisis del "desencuentro" entre cultura popular, masiva y *Marcha*, véase Gustavo A. Remedi, "Blues de un desencuentro: *Marcha* y la cultura popular", en M. Moraña y H. Machín (eds.), Marcha *y América Latina*, Pittsburgh, Universidad de Pittsburgh, 2003. Para un trabajo que complejiza el análisis de ese "desencuentro", véase García Liendo, "La circulación de lo impreso".

[21] *Las venas abiertas*, por ejemplo, era recomendado en la revista porteña *La Bella Gente* como un "*must*" de la temporada 1971-1972. Valeria Manzano, "Argentina Tercer Mundo: Nueva izquierda, emociones y política revolucionaria en las décadas de 1960 y 1970", *Desarrollo Económico*, vol. 54, nº 212, 2014, p. 94.

[22] Gilman, *Entre la pluma y el fusil*; Marchesi, "Imaginación política del antiimperialismo"; Gustavo Sorá, *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017; Mariano Zarowsky, *Allende en la Argentina. Intelectuales, prensa y edición entre lo local y lo global (1970-1976)*, Buenos Aires, Tren en Movimiento, 2023; Alfonso Salgado, "La batalla por la opinión pública. Radiodifusión y política comunicacional en la vía chilena al socialismo", *Hispanic American Historical Review*, vol. 100, nº 3, agosto, 2020.

[23] Sorá, *Editar desde la izquierda*.

[24] Por razones de espacio no puedo detenerme en ello, pero la publicación y los alcances de *Las venas abiertas* podrían compararse con los de otro libro, publicado un año antes, que también se volvería *best seller*: *Pedagogía del oprimido*, del brasileño Paulo Freire.

que fue escuela: la formación de opinión, la pedagogía de la "conciencia antiimperialista" tal como tempranamente lo había asegurado uno de los principales miembros de *Marcha*, el maestro y periodista Julio Castro.[25]

Los aburrimientos: elitismo, *expertise* y militancia

En 1978, según Galeano, para esa formación de opinión era fundamental contrarrestar el aburrimiento. En ese entonces *Marcha* ya no existía –la dictadura militar uruguaya la había clausurado en 1974– y él se encontraba en su segundo exilio. Ese mismo año había, además, publicado un libro antes de reeditar *Las venas abiertas*. En ese libro, *Días y noches de amor y de guerra*, que a su vez obtuvo un primer premio por la institución cultural de la Revolución cubana, Casa de las Américas, también encontramos una referencia al aburrimiento: el de los sociólogos que estaban "especializados en aburrir al prójimo" y el propinado por el "catecismo" marxista.[26]

El aburrimiento, que consigna en ambos textos, supone al menos dos tipos: el conservador y el conformista. El primero está asociado con el uso de una jerga, que solo aleja al gran público de aquello que le concierne: por ejemplo, el conocimiento de las razones de la dependencia. Por el contrario, aseguró que *Las venas abiertas* "había sido escrito para conversar con la gente". La dimensión conversacional apela aquí a desplazar las jerarquías sobre las que estaría construido el mundo separado entre trabajadores "manuales" e "intelectuales", al que se había referido en la entrevista de 1971. Sobre el otro tipo de aburrimiento, el ligado a lo formulaico y repetitivo de las militancias, Galeano afirmó en 1978:

> Me parece conformista, a pesar de toda su posible retórica revolucionaria, un lenguaje que mecánicamente repite, para los mismos oídos, las mismas frases hechas, los mismos adjetivos, las mismas fórmulas declamatorias. Quizá esa literatura de parroquia esté tan lejos de la revolución como la pornografía está lejos del erotismo.[27]

Estas palabras sintonizan con las proferidas por otras dos figuras del período unos años antes. Por un lado, las del conductor de radio chileno Ricardo García, con las que definió su oficio en vínculo con la vía chilena al socialismo. En 1971 aseguró, en el marco de una "batalla por la opinión pública", tal como en la época varios actores denominaron el combate a favor o en contra del gobierno de Allende: "Hay quienes quisieran una radio y una TV donde solo se escuchara música comprometida. Es una tontería. La revolución no se hace ahuyentando auditores".[28] Por el otro, las que escribiera uno de los principales intelectuales uruguayos del período, Ángel Rama. En la entrada de su diario que dedicó a una reunión convocada con motivo del armado de la Biblioteca Ayacucho en 1974 –una colección de clásicos de América Latina (ensayo, crónica, poesía, narrativa, viajes, etc.) que organizó en su exilio en Venezuela y de la que era el principal factótum–, realizó una crítica similar a esa retórica que consideraba inmovilizante. Hizo referencia a representantes del pensamiento latinoamericanista como el argentino Arturo Roig, el uruguayo Arturo Ardao, el brasileño

[25] Espeche, *La paradoja*. Castro fue detenido-desaparecido por la dictadura militar uruguaya en 1977. En 2011, el equipo de antropología forense de la Universidad de la República halló e identificó sus restos. Véase: https://sitiosdememoria.uy/castro-perez-julio-gerardo.

[26] *Las venas abiertas* recibió una mención en el concurso de Casa de las Américas en 1971. Sobre esta disparidad de premiaciones, véase: Aguirre, "Apuntes sobre la 'guerrillerización' de la cultura".

[27] Galeano, "*Las venas abiertas*… (II)".

[28] Alfonso Salgado, "La batalla por la opinión pública".

Sérgio Buarque de Holanda, el cubano –y figura central de Casa de las Américas– Roberto Fernández Retamar, el mexicano Leopoldo Zea y el brasileño Darcy Ribeiro. Excepto las "mejores intervenciones" de Ribeiro y Zea,

> es el famoso equipo latinoamericanista creado por el tesón de Zea y en el cual he participado […], de ahí que con inquietud los vea ahora como esa partida de soldados derrotados, viejos, perdidos de su propio ejército, fieles, constantes, y ya extraviados, que se van poniendo grises y blancos, mientras rotan, incansables, por los mismos sitios, repitiendo las mismas palabras.[29]

Una "sintonía" de palabras no aplana las diferencias, que están definidas por las dinámicas personales y compartidas de esos años: García, en 1971, en plena "batalla por la opinión pública" *antes* del golpe de 1973 en Chile; Rama en su apuesta personal para organizar un canon de escrituras de América Latina en su periplo de exiliado *después* del golpe en Uruguay; y Galeano, también en el exilio *después* de los golpes en Uruguay y la Argentina, en una revisión de lo que había publicado. Aun con estas diferencias, la preocupación por la "repetición" de las "mismas palabras" en Rama, la de García ante la posibilidad de ahuyentar auditores y la clasificación de Galeano sobre los tipos de aburrimiento permiten mostrar un universo de ansiedades compartidas.

En 1978, en Galeano esas aspiraciones pueden leerse bajo un análisis que advierte los límites de la revolución, pero por fuera de la misma revolución: en las condiciones estructurales que la cercaban. Una de ellas, no menor, era la de que la revolución –como utopía– perdiera sus bases de sustento, entre las que estaban esos lectores y lectoras a los que estaba dedicado el libro. El libro era el medio para salir de *ese medio*. Puesto a circular: "La respuesta más estimulante no vino de las páginas literarias de los diarios, sino de algunos episodios reales ocurridos en la calle".[30] Para que funcionara, el libro –el lenguaje, la música, el canon– debía ser también seductor. Y la seducción no solo era propiedad del mercado. *Las venas abiertas*, y en especial desde la relectura propuesta por Galeano en 1978, fue tanto una modulación del antiintelectualismo como una crítica de las palabras que movían a la acción. La búsqueda de un lenguaje no mecánico implicaba una lucha contra el aburrimiento provisto por las condiciones del lenguaje militante –en el que perfectamente podríamos incluir el de los latinoamericanismos a los que hacía referencia Rama–. Galeano y García abogaban por la construcción de un sostén de coyuntura que pudiera ser duradero. Para ponerlo en otras palabras, el lenguaje de la revolución no podía ser aburrido porque la utopía no lo es.

Aburrimiento y revolución

La preocupación por las condiciones del aburrimiento y sus alcances no es nueva ni mucho menos ha estado ausente del análisis intelectual. La pregunta por el aburrimiento tiene una historia específica dentro de la filosofía occidental y en el análisis de la subjetividad moderna. Según diversos estudios, el aburrimiento es una condición de la experiencia de la modernidad, en particular, una suerte de modo democrático de la percepción de la rutina –diferente en sus alcances al *ennui* o a la melancolía–, de la consolidación del capitalismo global en cómo hombres y mujeres pasan sus días alejados y desafectados de la vida

[29] Ángel Rama, *Diario (1974-1983)*. Prólogo, edición y notas de Rosario Peyrou, Caracas, Trilce-La Nave Va, 2001, p. 39.

[30] Galeano, *Las venas abiertas*, p. 291.

comunitaria. Es una notación diaria de la pérdida de un tiempo vivido en común. La vida moderna como tal necesita una y otra vez experiencias que le den sentido, una falta que la propia vida moderna causa. En ese marco, el aburrimiento no es más que una condición de la modernidad capitalista.[31]

Existe otra línea argumental, ligada a la producción de Walter Benjamin y a los modos en que revisó algunos de los principales problemas de indagación de la escuela de Frankfurt. Por ejemplo, los asociados a la "industria cultural" y a las críticas que Adorno y Horkheimer realizaron en torno de la producción de la cultura, sobre todo vinculada a los medios de comunicación en la sociedad de masas.[32] Para Benjamin, dado que el aburrimiento es el modo en que experimentamos la vida moderna, podría actuar como un umbral, catalizando imágenes de mundos posibles más allá de la repetición cotidiana. La misma repetición, bajo otra luz, hace explícitas las condiciones materiales que producen esa vida.[33] El aburrimiento sería así "la antesala de las grandes hazañas".[34]

La relectura de Galeano acerca del sentido de su libro está vinculada a la primera serie de evaluaciones sobre qué es el aburrimiento: una lógica de la reproducción de la vida moderna capitalista, que, en definitiva, termina por paralizar las posibilidades de transformación social. Pero a la que suma la paradojal condición de otro tipo de reproducción alienante: la propiciada por una suerte de retórica de la revolución. En síntesis: Galeano critica la repetición de lo mismo, la multiplicación de una retórica que es a la vez elitista o el cálculo errado de las militancias de izquierda. Se abren aquí dos problemas superpuestos y que enmarcan la cuestión del aburrimiento en una zona más amplia, definida en torno de las diversas preocupaciones sobre la comunicación de masas como formación de opinión: por un lado, el problema es cómo una determinada información "satura";[35] por el otro, que el deseo de multiplicar lecturas y de transformar subjetividades vía la enseñanza de una historia común, su masificación, no sea un reaseguro de la reproducción capitalista del consumo cultural. En los términos en los que lo postula Galeano en 1978, el aburrimiento es un problema político. Pero, a diferencia de lo esbozado por Benjamin, no deja espacio para ninguna gran hazaña.

Finalmente, el propio libro es, a su modo, una repetición. Una cuyas condiciones de circulación y recepción diferían año a año. Al finalizar *Las venas abiertas*, en la primera y en todas sus otras ediciones, leemos que se abrirán tiempos de "rebelión y de cambio", que es necesario destronar a los dueños, país por país, para que "América Latina pueda nacer de nuevo". Así, el destino común no descansa en "las rodillas de los dioses", sino que "trabaja, como un desafío candente, sobre la conciencia de los hombres".[36] La repetición es, en este caso, de una memoria –de la dependencia y de la resistencia a esa dependencia–, de la posibilidad de "rebelión y de cambio", y también la

[31] Por ejemplo, véanse, además de los trabajos de Barbara Dalle Pace y Carlo Salzani, "The delicate monster" y Michael E. Gardiner y Julian Jason Haladyn, "Monotonous splendor", los de Joe Moran, "Benjamin and boredom", *Critical Quarterly*, vol. 45, nº 1-2, 2003, y Susan Buck-Morss, *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes* (traducción de Nora Rabotnikof), Madrid, Visor, 1995.

[32] Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo* [1944], Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

[33] Moran, "Benjamin and boredom", p. 179.

[34] Buck-Morss, *Dialéctica de la mirada*, p. 124.

[35] Sobre la ineficacia de ciertas retóricas o narrativas a partir de una "saturación" de información y una reflexión en torno de la fijación de ciertas prescripciones morales para elaborar respuestas colectivas sobre el pasado, véanse Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 1984, p. 51; Ernst Van Alphen, *Caught by History. Holocaust Effects in Contemporary Art, Literature and Theory*, California, Stanford University Press, 1997, p. 1.

[36] Galeano, *Las venas abiertas*, p. 290.

apuesta por una utopía que quiebre otras repeticiones. He allí el desafío. Pero, entre 1971 y 1978, en esa tensión entre repetición y utopía, para Galeano *Las venas abiertas* también era el testimonio de cómo la historia había sido, y aún era, una "maestra cruel". □

Bibliografía

Adorno, Theodor y Max Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo* [1944], Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Aguirre, Carlos, "Apuntes sobre la 'guerrillerización' de la cultura: *Las venas abiertas de América Latina*, el Premio Casa de las Américas y los debates sobre los intelectuales y la revolución", *Histórica*, vol. XLVI, nº 1, 2022, pp. 133-176.

Alzugarat, Alfredo, "Eduardo Galeano: variaciones de un estilo", *Revista de la Biblioteca Nacional*, nº 14, 2019, pp. 147-160.

Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, Madrid, Akal, 2005.

Buck-Morss, Susan, *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes* (traducción de Nora Rabotnikof), Madrid, Visor, 1995.

Gerardo, Caetano y José Rilla, *El joven Quijano (1900-1933). Izquierda nacional y conciencia crítica*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986.

Dalle Pace, Barbara y Carlo Salzani, "The delicate monster. Modernity and boredom", en B. Dalla Pace y C. Salzani, *Essays on Boredom and Modernity*, Amsterdam, Rodopi BV, 2009, pp. 5-34.

Espeche, Ximena, *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados de siglo XX*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2016.

Galeano, Eduardo, *Guatemala, país ocupado*, México, Nueva Visión, 1967.

—, *Guatemala: clave de Latinoamérica*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1967.

—, *Las venas abiertas de América Latina* [1971], Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.

—, "*Las venas abiertas de América Latina*, siete años después (I)", *Nueva Sociedad*, nº 37, julio-agosto, 1978, pp. 114-122.

—, "*Las venas abiertas de América Latina*, siete años después (II)", *Nueva Sociedad*, nº 38, septiembre-octubre, 1978, pp. 121-144.

Gapenne, Camille, "El semanario *Marcha* y el Mayo francés: un aporte a la construcción de la noticia internacional", *Contemporánea. Historia y Problemas del Siglo XX*, año 9, vol. 9, 2018, pp. 111-127.

García Ferreira, Roberto, "Galeano, Guatemala y la Guerra Fría Latinoamericana: pasado y presente de un texto", ponencia presentada en el seminario "Cincuenta años después, E. Galeano y *Las venas abiertas de América Latina*", Universidad de la República, Montevideo, 2021.

García Liendo, Javier, "La circulación de lo impreso: públicos y publicidad en el semanario *Marcha*", *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 94, nº 5, 2017, pp. 2-19.

Gardiner, Michael E. y Julian Jason Haladyn, "Monotonous splendor: An introduction to boredom studies", en M. E. Gardiner y J. J. Haladyn (eds.), *Boredom Studies Reader: Frameworks and Perspectives*, Nueva York, Routledge, 2017, pp. 13-28.

Gilman, Claudia, "El semanario *Marcha* (1939-1974)", *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina (DEAL)*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, Monte Ávila, 1995, pp. 2282-2890.

—, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

Gortázar, Alejandro, "Una trinchera de ideas", *Brecha*, 18 de junio de 2021.

Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 1984.

Kovacic, Fabián, *Galeano. Apuntes para una biografía*, Buenos Aires, Ediciones B, 2016.

—, "*Crisis*, un laboratorio para extender los límites del periodismo", *Revista de la Biblioteca Nacional*, nº 14, 2019, pp. 93-106.

López Belloso, Roberto, "El estilo Galeano: definir lo indefinible", *Revista de la Biblioteca Nacional*, nº 14, 2019, pp. 119-146.

López Belloso, Roberto y Rosalba Oxandabarat, "'La historia por el ojo de la cerradura'. Entrevista con Eduardo Galeano", *Brecha*, 16 de marzo de 2012.

Marchesi, Aldo, "Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta", *Revista de Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 17, nº 1, 2006, pp. 135-159.

Markarian, Vania, "Eduardo Germán María Hughes Galeano", *Historias Universitarias*, Archivo General de la Universidad de la República.

Manzano, Valeria, "Argentina Tercer Mundo: Nueva izquierda, emociones y política revolucionaria en las décadas de 1960 y 1970", *Desarrollo Económico*, vol. 54, nº 212, 2014, pp. 79-104.

Messina, Pablo, "Cincuenta años de qué", *Brecha*, 11 de junio de 2021.

Montali, Gabriel, "A cincuenta años de *Las venas abiertas de América Latina*. Un análisis del estilo y la estrategia de escritura de Eduardo Galeano", *Cuadernos del CILHA*, nº 35, 2021, pp. 1-37.

—, "*Días y noches de amor y de guerra*: los años de exilio de Eduardo Galeano y el desafío de sobrevivir a la derrota de las utopías revolucionarias", *Revista de la Red de Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea*, vol. 8, nº 14, 2021, pp. 108-132.

Moran, Joe, "Benjamin and boredom", *Critical Quarterly*, vol. 45, nº 1-2, julio, 2003, pp. 168-181.

Petra, Adriana, "El proyecto marginalidad: los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural", *Políticas de la Memoria*, nº 8-9, verano 2008-2009, pp. 248-260.

Rama, Ángel, *Diario (1974-1983)*, prólogo, edición y notas de Rosario Peyrou, Caracas, Trilce-La Nave Va, 2001.

Remedi, Gustavo A., "Blues de un desencuentro: *Marcha* y la cultura popular", en M. Moraña y H. Machín (eds.), Marcha *y América Latina*, Pittsburgh, Universidad de Pittsburgh, 2003, pp. 451-480.

Rocca, Pablo, "35 años en *Marcha* - Escritura y ambiente literario en *Marcha* y en el Uruguay, 1939-1974", *Nuevo Texto Crítico*, vol. VI, nº 11, primer semestre, 1993, pp. 3-151.

Rodríguez de Lera, Juan Ramón, "Eduardo Galeano: la literatura como compromiso ético y estético", *Filología*, nº 21, 1999, pp. 295-312.

Ruffinelli, Jorge, "El escritor en el proceso americano. Entrevista con Eduardo Galeano", *Marcha*, nº 1555, 6 de agosto de 1971, pp. 30-31.

Quijano, Carlos, "A rienda corta", *Marcha*, nº 925, 22 de agosto de 1958, pp. 1-4.

Salgado, Alfonso, "La batalla por la opinión pública. Radiodifusión y política comunicacional en la vía chilena al socialismo", *Hispanic American Historical Review*, vol. 100, nº 3, 2020, pp. 493-525.

Salzani, Carlo, "The atrophy of experience. Walter Benjamin and boredom", en B. Dalla Pace y C. Salzani, *Essays on Boredom and Modernity*, Ámsterdam, Rodopi BV, 2009, pp. 127-154.

Silva Schultze, Marisa, "Escritura y militancia política. Una lectura de *Las venas abiertas de América Latina*", *Revista de la Biblioteca Nacional*, nº 14, 2019, pp. 79-92.

Sorá, Gustavo, *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

Soria, Florencia, "Desplazamientos en los discursos sobre los medios de comunicación en Roque Faraone durante los años cincuenta y sesenta en Uruguay", *Claves. Revista de Historia*, vol. 8, nº 15, pp. 121-140.

Terán, Oscar, "El primer antiimperialismo latinoamericano", en O. Terán, *En busca de la ideología argentina*, Buenos. Aires, Catálogos, 1986, pp. 85-99.

Van Alphen, Ernst, *Caught by history. Holocaust Effects in Contemporary Art, Literature and Theory*, California, Stanford University Press, 1997.

Verdesio, Gustavo, "La tragedia y la utopía", *Página/12*, Suplemento "Radar", 19 de abril de 2015.

Wainberg, Pedro, "Guatemala en Galeano, Galeano en Guatemala", en E. Galeano, *Guatemala: Ensayo general de la violencia en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2020, pp. 9-54.

Zarowsky, Mariano, *Allende en la Argentina. Intelectuales, prensa y edición entre lo local y lo global (1970-1976)*, Buenos Aires, Tren en Movimiento, 2023.

Zolov, Eric, "Expanding our conceptual horizons: the shift from an old to a new left in Latin America", *A Contracorriente*, vol. 5, nº 2, 2008, pp. 41-73.

Resumen/Abstract

Sobre el aburrimiento: una lectura de *Las venas abiertas de América Latina*

En la edición de *Las venas abiertas de América Latina* de 1978, Galeano incorporó un posfacio en el que sintetizó buena parte de su proyecto como una apuesta contra el conformismo provocado por las retóricas revolucionarias y el de la producción de saberes expertos (vgr. ciencias sociales). Sintetizó esa crítica con una palabra: *aburrimiento*. Seguir el rastro del aburrimiento permite, por un lado, desbrozar los sentidos asociados a la producción letrada en relación con la circulación y la recepción de saberes y prácticas de la revolución y, por el otro, revisar el vínculo tenso entre la producción de conocimiento en pos de la acción política revolucionaria y la gestión de dicho conocimiento en función de otra realidad: la de la sociedad de masas en el marco de la Guerra Fría. Y, finalmente, permite comprender los intentos de un autor para explicar el estupor ante una experiencia, la de las derrotas de los proyectos revolucionarios y el triunfo de las dictaduras en la Argentina, Chile y Uruguay.

Palabras clave: América Latina - Revolución - Cultura de masas - Aburrimiento - Intelectuales

On Boredom: A Reading of *Las venas abiertas de América Latina*

In the 1978 edition of *Las venas abiertas de América Latina*, Eduardo Galeano added an afterword that described much of his project as a struggle against two types of conformism: one produced by revolutionary rhetoric and another stemming from the world of expert knowledge (especially in the social sciences). He summed up his critique in a single word: "boredom". Following the trail of boredom helps us, on the one hand, pin down the meaning of intellectual activity during this time and its relationship to the circulation and reception of knowledge as well as revolutionary practice. On the other hand, it opens a window onto the tense link between the production of knowledge in pursuit of revolutionary political action and the management of said knowledge based on another reality—that of a mass society within the framework of the Cold War. And finally, it allows us to understand the author's attempts to explain the general public's stupor before the rise of military dictatorships in Argentina, Chile, and Uruguay.

Keywords: Latin America - Revolution - Mass culture - Boredom - Intellectuals

Un fantasma recorre Latinoamérica. El indio como objeto y sujeto en la obra de Eduardo Galeano

Sinclair Thomson

Universidad de Nueva York

Sombras nada más

La introducción a *Las venas abiertas de América Latina* empieza con la imagen vampírica de los europeos renacentistas hundiendo sus dientes en la garganta de una América Latina evidentemente indígena. Termina con una alusión metafórica a indígenas víctimas en antiguos sacrificios rituales de la zona circundante a lo que hoy es Bogotá.[1] Luego, el primer capítulo del libro repasa la historia de la conquista y la acumulación primitiva en el Caribe, Mesoamérica, los Andes y la Amazonía, con una letanía de referencias al indio como objeto victimizado, explotado, degradado, desplazado y exterminado. Indudablemente, los pueblos indígenas en las Américas sufrieron violencia, desestructuración y mortandad incalculables. Pero en el libro no nos percatamos de su vitalidad e iniciativa, su reconstitución histórica, sus luchas contra la dominación y las concesiones que ganaron de los colonizadores. *Las venas abiertas* acuerda con la narrativa indigenista establecida en América Latina en el siglo XX, y con la vieja "leyenda negra" que relata el holocausto indio para condenar la conquista y la colonización españolas. En los capítulos siguientes, los indios están casi ausentes, efectivamente exterminados.[2]

Al final, el libro de Galeano anuncia que "se abren tiempos de rebelión y de cambio".[3] El acápite escrito siete años después del texto original asevera que "en la historia de los hombres, cada acto de destrucción encuentra su respuesta, tarde o temprano, en un acto de creación".[4] *Las venas abiertas* es en sí un gran acto de creación. Pero la historia en el libro es tan negra y negativa que resulta difícil vislumbrar un sujeto histórico colectivo que pueda encarnar la rebelión y la creación. Los indios anulados ciertamente no son tal sujeto.

Trece años después de la publicación original en 1971, Galeano recalcó:

> *Las venas* difunde hechos que muestran que la realidad latinoamericana actual no proviene de ninguna indescifrable maldición. *Yo quise explorar la historia para*

[1] Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina* [1971] (70.ª edición revisada y corregida), México, Siglo XXI, 2004, pp. 15 y 23.

[2] El ensayo emplea el polivalente término *indio* no solamente porque era categoría común en el discurso de los actores del período en cuestión, sino como categoría política reivindicada hasta hoy por el indianismo latinoamericano.

[3] Galeano, *Las venas abiertas*, p. 337.

[4] *Ibid*., p. 363.

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1483

> *impulsar a hacerla, para ayudar a abrir los espacios de libertad en los que las víctimas del pasado se hacen protagonistas del presente*. Me consta que el libro ha sido bastante útil, hasta donde un libro puede serlo en tierras del analfabetismo, miseria y dictaduras: útil para quienes han sufrido el robo del oro y de la plata y del cobre y del petróleo y también el robo de la voz y de la memoria.[5]

Pero si el indio era la víctima original y ejemplar de la historia, no es evidente cómo podría convertirse en protagonista en el presente.

A la debatida lista de los legados del colonialismo en América Latina, habría que agregar los fantasmas. Y entre estos se destacan los fantasmas indios. En un primer sentido, los fantasmas indios son las víctimas de violencia cuyos espíritus siguen aleteando por los márgenes de la vida social, perturbados por su irresuelto fin y perturbando a aquellos que siguen adelante sin ellos. A lo largo de América Latina, se realizan ceremonias populares para aplacar a los espíritus de los malhadados que sufrieron un fin abrupto y violento sin poder transitar naturalmente a una esfera espiritual de paz y descanso. En este caso, se trata de los indios que padecieron la violencia de la conquista y el despojo colonial. Esta especie de fantasma es el indio como objeto. En un segundo sentido, los fantasmas indios son una amenaza al orden constituido, comparable con el movimiento comunista en el uso de Marx. Se trata de un potencial peligro político que perturba al poder. En este caso, los movimientos indígenas del presente representan un desafío a la dominación colonial y la extracción capitalista. Esta especie de fantasma es el indio como sujeto.

Nuestro ensayo plantea que fue el primero de estos espectros –el indio como objeto– el que prevaleció en la obra temprana de Galeano y en *Las venas abiertas de América Latina*, conforme con una larga tradición indigenista en el pensamiento nacionalista y de izquierda. El otro espectro –el indio como sujeto– existía como alternativa intelectual y política en la misma época y lo hallamos en el pensamiento indianista elaborado por el boliviano Fausto Reinaga. Pero vemos poca convergencia entre los proyectos de la izquierda y del indianismo en los primeros trabajos de Galeano de fines de los años sesenta y principios de los setenta. Este desencuentro inicial iría cambiando en décadas posteriores, reflejando nuevas relaciones entre los movimientos indígenas y la izquierda latinoamericana. Pero esa es otra historia.

Tierra maya

Antes de escribir *Las venas abiertas*, Galeano publicó un libro basado en su viaje por Guatemala durante dos meses en 1967, cuando tenía veintiséis años. Empieza con una ardua caminata hacia el campamento de la guerrilla en la montaña de Guatemala occidental. Su guía es "un indio siempre callado". Al final del camino, la densa selva se abre y se asoma el cielo en una imagen mítica, teñido de sangre, con un aspecto de violencia pero también de promesa: "Parece que celebrara algo, el cielo. Algo como su propio sacrificio: se le han abierto las venas, amanece".[6]

Como es el caso de *Las venas abiertas*, su libro *Guatemala, país ocupado* otorga a los indios un papel central en los inicios de la narrativa. Pero en clave de la "leyenda negra" y

[5] Eduardo Galeano, "Apuntes para un auto-retrato" [1983], en Eduardo Galeano, *Nosotros decimos no. Crónicas 1963-1988*, Madrid, Siglo XXI, 1989, p. 316; el énfasis es mío.

[6] Eduardo Galeano, *Guatemala, país ocupado*, México, Nuestro Tiempo, 1967, p. 12.

el discurso indigenista, el papel es de derrota y degradación civilizacional:

> Cuatro siglos y medio de explotación continua por parte del conquistador y sus hijos no han transcurrido en vano: aplastados por la vida miserable y humillada que han sido obligados a llevar, los descendientes actuales de los quichés y otras tribus mayas han perdido de vista casi por completo los esplendores culturales de su pasado […] Sus antepasados habían creado en épocas remotas grandes obras arquitectónicas, testimonios monumentales de su paso por la historia: los mayas actuales solo construyen sus propias chozas sórdidas […] En la torpe alfarería actual, no quedan rastros de las manos de los viejos maestros.[7]

La narrativa histórica de Galeano empieza a cobrar mayor nitidez con los sucesos de mediados del siglo XX en Guatemala, pero entonces la figura de los indios se vuelve más complicada. El libro no logra reconciliar fácilmente el supuesto declive secular de la población indígena con su accionar político contemporáneo. Según Galeano, "altos muros separan al indio de la historia que lo espera".[8] Las barreras a la comunicación entre los indios y los guerrilleros que luchan por su emancipación no son solamente lingüísticas, sino resultado del resentimiento racial de siglos y de una concepción religiosa estática, de origen maya pero reforzada por la prédica cristiana, de que la jerarquía social era de orden sagrado. Sin embargo, sigue Galeano, "este pequeño país de indios analfabetos y muertos de hambre" se puso de pie con los gobiernos de Juan José Arévalo (1945-1951) y Jacobo Arbenz (1951-1954). La reforma agraria de este último representó un resurgir de la dignidad maya aniquilada durante siglos.[9]

Cuando Galeano llega al campamento de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) y se entrevista con su jefe, César Montes, los indios salen aún más de la neblina simbólica en el libro y se convierten en un sector sociológico concreto, en factor militar estratégico y en sujetos humanos reales. Generalmente, Montes se refiere a la población rural y a los integrantes de la guerrilla como "campesinos", pero también se fija en las especificidades étnicas y lingüísticas de las zonas en que las FAR operaban. Maneja el criterio tanto nacionalista como indigenista de la necesaria incorporación de los indios al Estado-nación, pero no ignora las relaciones sensibles entre indios y ladinos (término para la población mestiza y blanca en Guatemala):

> En el curso de nuestras conversaciones, el comandante guerrillero César Montes me dice: "No es un secreto para nadie que el problema campesino en nuestro país se decidirá con la integración de los indígenas, a través de la lucha, a la vida nacional". Esta es la clave de los tiempos que vienen: el futuro de la revolución guatemalteca depende, en medida determinante, de la actitud de los indios. ¿Qué respuesta darán al desafío del combate que se está librando, ya, en su nombre y en nombre de todos los explotados del país? ¿Reconocerán su propia, perdida voz en la protesta que se expresa a balazos? Algunos indígenas se han integrado a la lucha guerrillera en Guatemala desde sus primeras horas.[10]

Montes relata que, de hecho, las FAR cuentan con dirigentes indígenas. Uno de ellos fue Emilio Román López –cuyo nombre de gue-

[7] *Ibid*., pp. 26-27.
[8] *Ibid*., p. 33.
[9] *Ibid*., pp. 33-38.
[10] *Ibid*., p. 27.

rra era Pascual–, quien ascendió al grado de segundo comandante general antes de su muerte en combate. Ejercía mucha influencia en la zona de las Verapaces y entre los "campesinos indígenas" que migraban para trabajar en la cosecha de café y algodón. Señalando a su entorno, Montes dice a Galeano: "Todos estos compañeros campesinos que ves aquí en el campamento […] son de origen indígena y son católicos, fervientemente católicos".[11]

Después de la visita personal al campamento en territorio maya, donde los indios empiezan a aparecer en carne propia, se difuminan en la narrativa que abarca la política nacional y la opresión imperial norteamericana. Pero antes de terminar este primer acápite del libro, Galeano no resiste dar al lector otra imagen que vuelve al plano simbólico, al efecto traumático de la conquista y a la figura del indio callado que lo llevó al campamento. La imagen es de mal agüero y termina con una frase ominosa:

> Anochece. Hoy ha faltado a la cita el quetzal que había estado visitando a los guerrilleros a esta misma hora en los últimos dos días. Su pecho rojo y su hermosísimo plumaje habían planeado en el centro del trozo de cielo que las montañas dejan ver, todavía iluminado por las últimas luces del día, sobre el campamento. El quetzal es el símbolo nacional de Guatemala: se dice que perdió la voz cuando los mayas fueron derrotados por los españoles. Otros dicen que no la perdió, pero que desde entonces se niega a cantar. El hecho es que cuando lo encierran, muere.[12]

Este acápite inicial, con su esbozo contradictorio de la población indígena, sirve para crear metáforas de mayor envergadura. Los indios son sinécdoque de Guatemala: "Este país dentro del país, esta Guatemala dentro de Guatemala, es un país vencido, un país roto". Al mismo tiempo, Guatemala, como país conquistado, colonizado y dependiente, es sinécdoque de América Latina: "Este país resume, con trágica claridad, la situación de Latinoamérica entera". Y, finalmente, se nota que Galeano está pensando no solo en la situación actual, sino en una larga dimensión histórica: "En cuanto está ocurriendo en Guatemala, puede descubrirse el pulso presente de la larga y sufrida historia latinoamericana, con todo el peso de sus derrotas y la fuerza de sus esperanzas".[13] Evidentemente, en el escritor se estaba gestando un nuevo proyecto, que se plasmaría en *Las venas abiertas*.

Tierra minera

Otros elementos de *Las venas abiertas* figuran de antemano en sus escritos de entre enero y marzo de 1970. Galeano redactó una serie de crónicas, esta vez sobre Bolivia, que reflejaban sus preocupaciones políticas y sus viajes por el país en ese momento. Tocando temas como la extracción minera, la dictadura, el imperialismo norteamericano y la dependencia económica, estas crónicas fueron reunidas y publicadas en 1971 en Venezuela como *Siete imágenes de Bolivia*.

El libro empieza con otro texto –"El imperialismo de nuestros días", evidentemente escrito por Galeano– como marco introductorio a *Siete imágenes*. Este ensayo sintetiza los problemas sobresalientes de economía política también encontrados en *Las venas abiertas*. No faltan citas a André Gunder Frank (el desarrollo del subdesarrollo), Fernando Henrique Cardoso, Raúl Prebisch y otros asociados con el estructuralismo latinoamericano.

[11] *Ibid*., pp. 20 y 28-29.
[12] *Ibid*., pp. 23-24.
[13] *Ibid*., p. 95.

El ensayo comienza anunciando que el imperialismo en América Latina constituye "un engranaje de conquista, dominación, extorsión y saqueo", y termina con la metáfora de su nuevo proyecto: "El sistema tiene hoy, en América Latina, las venas tan abiertas como en los lejanos tiempos en que nuestra sangría alimentó la acumulación capitalista necesaria para el desarrollo de Europa".[14]

En Bolivia, Galeano pasó tres semanas en el gran complejo minero de Llallagua-Catavi-Siglo xx, y se nota que lo cautivaron el ambiente y la profunda dimensión histórica de Potosí. La crónica final del libro –"El esplendor y la caída de Potosí"– contiene varios elementos llamativos que después aparecerán en *Las venas abiertas*. Entre ellos figuran las descripciones de la opulencia barroca de la gran ciudad y la miseria de los trabajadores que extraían mineral en los socavones del Cerro Rico en el siglo xvii. Encontramos a doña Rosario, la anciana envuelta en su "kilométrico" chal de lana de alpaca, cuya sentencia sobre Potosí se repite en *Las venas abiertas*: "la ciudad que más ha dado al mundo y la que menos tiene".[15] Encontramos también otra frase memorable que se reitera en *Las venas abiertas*: "Potosí, la ciudad boliviana condenada a la nostalgia, atormentada por la miseria y el frío, es todavía una herida abierta del sistema colonial en América: una acusación todavía viva".[16]

La población indígena está del todo ausente en estos reportajes y reflexiones, salvo en las últimas dos páginas de la crónica final. El título de este último acápite –"Las víctimas"– anuncia el papel relegado que ocupan los indígenas en la historia, según Galeano. El autor asevera que los indios vivían mejor en la época de los inkas y que su explotación por los españoles en el Cerro Rico constituyó un holocausto. Anota que además de su arduo trabajo a pulso y barreta para picar el mineral, debían sacarlo de las minas sobre sus espaldas, siendo mejores bestias de carga que los camélidos andinos. El libro termina con una referencia a la inutilidad de su resistencia, que también se reproduce en *Las venas abiertas*. En el siglo xx, sostiene Galeano, los indios mastican coca para matar el hambre y para matarse a sí mismos, y queman sus entrañas al beber alcohol puro. Estos actos autodestructivos serían "las estériles revanchas de los condenados".[17] No hay ninguna señal de conciencia ni de acción política constructiva.

Venas abiertas

Después de su viaje por el altiplano boliviano, Galeano se dedicó a escribir *Las venas abiertas de América Latina* y terminó el libro a fines de 1970. En correspondencia con Cedric Belfrage, que ya había traducido al inglés *Guatemala, país ocupado* y ahora se encargaba de traducir el nuevo libro, Galeano comentó: "*Las venas* es mucho más complicado, una mezcla de economía política y literatura narrativa".[18] La imaginación y la

[14] Eduardo Galeano, *Siete imágenes de Bolivia*, Caracas, Salvador de la Plaza, 1971, pp. 6 y 27. El libro nunca fue reeditado y es de difícil acceso. El ensayo "El imperialismo en nuestros días" (con un ligero cambio de preposición) también salió con Servicio Colombiano de Comunicación Social en julio de 1974, en formato de catorce páginas, según Roberto Jiménez (*América Latina y el mundo desarrollado, con una bibliografía comentada sobre relaciones de dependencia*, con colaboración de P. Zaballos, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1977, p. 129). Las notas al pie de página indican que el ensayo fue redactado en algún momento después de enero de 1970.

[15] Galeano, *Siete imágenes*, p. 78.

[16] *Ibid*., p. 82.

[17] *Ibid*., p. 91.

[18] Carta de Eduardo Galeano a Cedric Belfrage, Montevideo, 17 de diciembre de 1971, Tamiment Library (New York University), Cedric Belfrage Collection (Co-

prosa narrativa son de hecho impactantes en *Las venas abiertas*, si bien algunos datos son extravagantes –afirma que ocho millones perecieron en el Cerro Rico de Potosí durante tres siglos, cifra tomada de un popular autor británico del siglo XIX–.[19]

Revisemos con mayor detenimiento el punto de partida del libro, en el que la población indoamericana esta vez sí figura en primer plano. El capítulo inicial empieza con Colón, quien, poco después del "descubrimiento", dirige la represión militar de la población nativa en La Española y la exportación a Sevilla de centenares de presos indios. La conquista en el Caribe se legitima con la lectura del Requerimiento, documento que avalaba actos de guerra, conversión forzada, esclavización y expropiación de bienes de los naturales. La fase primaria en el Caribe termina con el desplome de la población indígena, producto en parte de infanticidios y suicidios en anticipación de un futuro fatal.

Según el autor, una causa estructural profunda del desenlace trágico en el resto de las Américas fue el "desarrollo desigual" entre los invasores y las civilizaciones nativas. La ciencia y la tecnología del mundo europeo en expansión beneficiaron a los conquistadores de decisivas ventajas militares, y los caballos tuvieron un papel clave en los enfrentamientos. Pero, según él, otro factor subjetivo también incidió en el proceso: la población indígena, incluidos sus gobernantes, fue víctima de su propia superstición y terror ante la invasión. Los virus constituyeron otra causa de la derrota de la población americana. Galeano presta poca atención a las divisiones dentro de la sociedad nativa y al decisivo papel de los aliados indígenas que combatieron al lado de los españoles.

Luego el capítulo gira hacia el orden colonial que permitió la extracción de recursos naturales y la producción de enorme riqueza para la metrópoli. Galeano se apoya en su anterior ensayo, "El esplendor y la caída de Potosí", pero también extiende su visión a las minas de México y desde América hasta Europa. Si bien la corona española fue el beneficiario inmediato de los grandes tesoros del Nuevo Mundo, sus caudales terminaron engrosando las cuentas de los grandes banqueros europeos que habían financiado las guerras de España en el continente. Al final, según Galeano, la acumulación primaria en América y las estructuras de dependencia contribuyeron al desarrollo capitalista en Europa. Al mismo tiempo, sostiene el autor, la porción de la riqueza que fue retenida en el Nuevo Mundo no se invirtió productivamente y no generó amplios mercados internos de consumo.

Galeano reconoce la existencia un extenso cuerpo de leyes coloniales para proteger a la población nativa, pero sostiene que las presiones implacables para explotar la mano de obra indígena ocasionaron un genocidio. Justificaciones ideológicas racistas y el simple desacato de las leyes ("obedezco pero no cumplo") fueron suficientes para mantener el despojo de tierras y el agobiante sistema laboral.

Si bien el tono general del capítulo es lúgubre, en un momento anuncia que la esperanza de recuperar la dignidad perdida precipitó muchos levantamientos indígenas. El único ejemplo citado, resumido en dos párrafos, es el de Túpac Amaru, que ajustició al corregidor español, abolió el trabajo forzado y encabezó un movimiento revolucionario que cercó la ciudad de Cusco. Sin embargo, Túpac Amaru y sus "guerrilleros" fueron derrotados,

---

llection 143), Box 4, Folder 2 (Eduardo Galeano correspondence, 1972-1988).

[19] Galeano, *Las venas abiertas*, p. 59. La fuente es Josiah Conder, *The Modern Traveller. A Description, Geographical, Historical, and Topographical, of the Various Countries of the Globe, in Thirty Volumes*, Londres, James Duncan, 1830, vol. 28, p. 27. El mismo Conder reconoció que la cifra era exagerada (véanse pp. 27 y 29). Galeano había empleado esta misma cifra en *Siete imágenes de Bolivia*, p. 89.

quizás por la debilidad de una movilización "mesiánica" y "nostálgica". La suerte del último descendiente de la dinastía inka fue desgraciada y terminó con el suplicio –en un espectáculo atroz, su cuerpo fue descabezado y descuartizado al igual que el territorio indígena continental–.[20]

El capítulo termina con una reiteración del planteamiento central de que la conquista quebró a las civilizaciones indias y que el racismo y el saqueo de sus recursos, desde el Río Grande hasta la Amazonía y la Patagonia, las han degradado hasta el presente. Aquí otra vez los pueblos originarios operan como sinécdoque: "Los indios han padecido y padecen –síntesis del drama de toda América Latina– la maldición de su propia riqueza".[21] Por lo general, no fueron expulsados del sistema capitalista, sino que lo padecen en condición victimizada: "Participan, como víctimas, de un orden económico y social donde desempeñan el duro papel de los más explotados entre los explotados".[22] A partir de este primer capítulo centrado en la violencia colonial, los indios se difuminan en el libro como seres fantasmales.

Caras y carátulas

El diseño de la tapa de la edición uruguaya original de *Las venas abiertas* refleja sutilmente el contenido del libro (figura 1).[23] Se trata de un *collage* –forma estética preferida de Galeano– de imágenes históricas yuxtapuestas en cuadros distintos, como si cada elemento ocupara un dominio separado de los otros. Su sentido no es obvio a primera vista, pero una mirada detenida ofrece más luz. Un cuadro muestra a un señor vestido de galera y levita con bastón en la mano, evocando a la élite decimonónica. Otro cuadro muestra a un soldado con casco y fusil, recordando épocas de dictadura en el siglo XX. Otro se asocia con la conquista, mostrando a un caballero vestido para un torneo medieval o del Renacimiento, con su armadura y un casco decorado ostentosamente con su penacho, y montado sobre un caballo que lleva caparazón vistoso. Otro cuadro muestra a una flotilla de vapores de ruedas, como los buques de guerra ingleses o norteamericanos del siglo XIX. Un cuadro parece ser de una locomotora primitiva, señalando la Revolución Industrial. Al centro de todos aparece un cuadro con un grabado del artista mexicano José Guadalupe Posada en el que un grupo de esqueletos se divierte en una taberna con trago, música y baile popular.

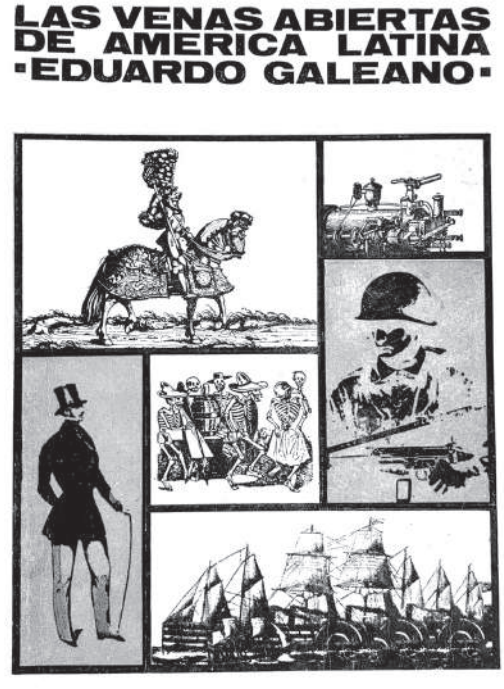


Figura 1. *Las venas abiertas de América Latina*, primera edición, 1971.

[20] Galeano, *Las venas abiertas*, pp. 65-66.
[21] *Ibid*., p. 69.
[22] *Ibid*., pp. 71-72.
[23] La edición uruguaya de diciembre de 1971 fue publicada por la Universidad de la República, en Montevideo, como el número 16 de la Colección Historia y Cultura del Departamento de Publicaciones.

Si nos fijamos en la relación entre las distintas imágenes, podemos darnos cuenta de que la lanza del conquistador, el fusil del soldado y la mirada del señor burgués apuntan en la dirección de los sujetos populares. Vislumbramos que, por estar al centro de la composición, los esqueletos entregados a sus pasatiempos inocentes están rodeados por fuerzas de clase, fuerzas militares y fuerzas tecnológicas de mucho poder. Los indios no aparecen, pero la figura del conquistador los evoca en su ausencia.

El diseño icónico fue obra del artista uruguayo Horacio Añón, a pedido expreso de Galeano. Sabemos que este, quien tenía formación gráfica, estaba muy atento al arte en sus libros, y siempre se preocupó por aprobar las tapas.[24]

Otra tapa icónica fue la de la primera edición de *Las venas abiertas* en inglés, publicada por Monthly Review Press en 1973. Pero en este caso el indio sí aparece en primer plano (figura 2). La carátula muestra a un campesino maya tendido muerto sobre una planta de henequén, cuyas hojas, cual espadas punzantes, le atraviesan el cuerpo. La figura del indio recuerda a Jesús clavado en la cruz y la roseta formada por las hojas se parece a los rayos de un sol en el horizonte. La imagen es un grabado en linóleo ejecutado por el artista yucateco Fernando Castro Pacheco en 1950, que lleva el título de *Hombre clavado*.[25] El grabado es una adaptación de su cuadro *El henequén*, de 1947.

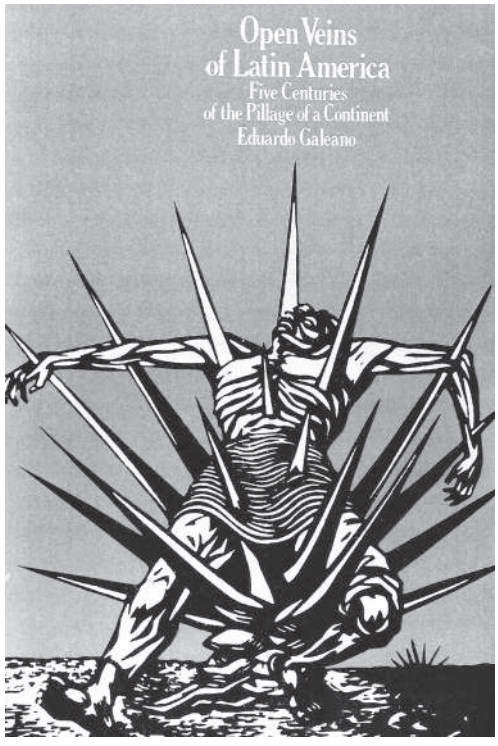


Figura 2. *Open Veins of Latin America*, traducción al inglés, Monthly Review Press, 1973.

La imagen simboliza la explotación intensa de los trabajadores mayas y yaquis en las plantaciones del henequén en Yucatán durante el *boom* de la industria a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. La demanda internacional de la fibra de la planta, útil en la textilería, convirtió esta especie de agave en el "oro verde" de la región. El periodista y socialista estadounidense John Kenneth Turner denunció el brutal régimen de trabajo y la alta inversión norteamericana en la industria en su libro *Barbarous Mexico* (1910), que circuló ampliamente y ayudó a deslegitimar al autoritario gobierno mexicano de Porfirio Díaz. En *Las venas abiertas*, Galeano se apoya en Turner para retratar esta fase de explotación.[26]

[24] Román Cortázar, quien realiza un estudio sobre el trabajo de Galeano, indicó lo mismo en su ponencia para el congreso sobre los cincuenta años de *Las venas abiertas* (véase el panel en línea en https://udelar.edu.uy/portal/2021/05/jornadas-las-venas-abiertas-de-america-latina-50-anos-despues/) y en comunicación personal (6 de junio de 2022). Mark Fried, traductor de numerosos libros de Galeano al inglés, confirmó este hecho en comunicación personal (31 de enero de 2022). Agradezco a los dos por la información.

[25] Un ejemplar del grabado se encuentra en la colección McNay (véase https://collection.mcnayart.org/objects/22325/hombre-clavado-pierced-man).

[26] Galeano, *Las venas abiertas*, pp. 70, 85 y 158-159. Esta historia yucateca vuelve a aparecer en Galeano, *Memoria del fuego* (México, Siglo XXI, 1982-1986, 3 tomos).

La imagen de Castro Pacheco presenta al indio como víctima trágica. Esta visión de victimización es acorde con la larga tradición de la "leyenda negra" y también con la escuela indigenista en América Latina en el siglo XX, y Castro Pacheco es un digno exponente del indigenismo mexicano en las artes plásticas en México. La tapa de Monthly Review Press, entonces, capta muy bien el tono indigenista en *Las venas abiertas*. Pero en el grabado, el sufrimiento y el sacrificio del indio a la vez lo asemejan a Cristo y llevan un sentido de potencial redención. Este tono también se percibe en la introducción de *Las venas abiertas*, donde Galeano habla de los "sacrificios fecundos" en la sociedad indígena antigua, muertes rituales con la capacidad de abrir un nuevo tiempo.

No sabemos quién eligió la imagen de Castro Pacheco para la edición estadounidense de *Las venas abiertas de América Latina*. No podemos constatar que fuera Galeano mismo, ni su traductor Belfrage, que vivía desde hacía tiempo en Cuernavaca. Pero, por la evidencia disponible sobre su costumbre de ocuparse de las tapas de sus libros, es probable que Galeano le haya dado el visto bueno.[27] En todo caso, el sentido transmitido por la imagen sintoniza con el contenido del libro.

Más allá del indigenismo

En 1970, mientras Galeano terminaba *Las venas abiertas*, Fausto Reinaga publicó *La revolución india*, en Bolivia. Se trata de otro libro polémico en su estilo literario, ácido en su crítica del colonialismo, histórico en su orientación y que convocaba a la rebelión y al cambio. Fue un acto de creación que planteaba un proyecto político –el indianismo– que aspiraba a transformar la explotación histórica en revolución futura, al indio objeto en sujeto político y al fantasma en poder sustantivo.

El indianismo iría cobrando fuerza a fines del siglo XX y principios del XXI, y Reinaga fue pionero en el ámbito latinoamericano. En su compilación *Utopía y revolución* (1981), el antropólogo mexicano Guillermo Bonfil Batalla afirmó de Reinaga: "Es seguramente el intelectual cuya obra ha tenido mayor repercusión en la gestación del pensamiento político [indio] contemporáneo".[28]

En Bolivia, Reinaga es la vertiente intelectual para dos corrientes importantes –el indianismo y el katarismo– que influyeron en la cultura política y las movilizaciones campesinas e indígenas desde los años setenta hasta principios del siglo XXI. En sus facetas insurgentes, contribuyeron a tumbar dictaduras militares, como la de Natusch Busch en 1979, y el gobierno neoliberal de Sánchez de Lozada en 2003. También abrieron el campo para el gobierno de Evo Morales y el Movimiento al Socialismo (MAS) en 2006.

El katarismo tuvo su base en el movimiento sindical campesino y planteaba mirar con dos ojos –criticar tanto al colonialismo interno como al capitalismo– y caminar con dos pies –tanto en la lucha étnica como en la lucha de clases–. Por tanto, los kataristas co-

[27] No he encontrado referencia a la tapa en el archivo de Belfrage, que incluye su correspondencia con Galeano y con Monthly Review Press. La casa editorial me confirmó que no guarda material de cincuenta años atrás. Román Cortázar (comunicación personal, 6 de junio de 2022) tuvo la gentileza de averiguar el tema y llegó a la conclusión de que Galeano probablemente hubiera visto y asentido el diseño, aunque también opinó que "es un poco dramático, a la luz de los gustos de Eduardo".

[28] Citado en Gustavo Cruz, *Los senderos de Fausto Reinaga. Filosofía de un pensamiento indio*, prólogo de Silvia Rivera Cusicanqui y umbral de Hilda Reinaga, La Paz, CIDES/Plural, 2013, p. 313. Véase también el elogio de Bonfil Batalla a Reinaga en su correspondencia, reproducida en Fabiola Escárzaga (comp.), *Indianismos. La correspondencia de Fausto Reinaga con Guillermo Carnero Hoke y Guillermo Bonfil Batalla*, La Paz, Centro de Estudios Andinos y Mesoamericanos/Fundación Amaútica "Fausto Reinaga", 2014, p. 325.

laboraron con las organizaciones partidarias de izquierda en aras de transformar la nación.

El indianismo, en cambio, rechazó a la izquierda como otra manifestación del colonialismo interno, y Reinaga se peleó intensamente con ella. Reinaga era de una generación anterior a la de Galeano. Se formó en el marxismo en los años treinta, participó en el ala izquierda del nacionalismo revolucionario en los cuarenta, y viajó con grandes sueños a la Unión Soviética a fines de los cincuenta. Su hijo Ramiro recibió entrenamiento militar en Cuba y su sobrino Aniceto cayó en la guerrilla del Che, a quien Reinaga respetaba, al estilo hegeliano, como encarnación del ideal de la historia. Pero sus experiencias con la revolución nacional y la izquierda boliviana dejaron a Reinaga decepcionado y amargado y, por tanto, arremetió fuertemente contra la izquierda desde los años sesenta hasta su fallecimiento en 1994. Según él, la izquierda partidaria y también la sindical siempre subordinaban a los indios, de manera colonial, en sus organizaciones y proyectos políticos.

La importancia principal de Reinaga es que su obra simboliza la transición histórica desde el indigenismo al indianismo. Se había formado en el indigenismo más radical de los peruanos, el de José Carlos Mariátegui, Luis Valcárcel y José Uriel García. Pero su meta era superar la representación criollo-mestiza del indio para asumir una voz y plasmar un poder indio propio.[29] Según Reinaga:

> El indigenismo fue una idea pura de reivindicación. El indianismo es una fuerza política de liberación. Es más. El indigenismo fue un movimiento del cholaje blanco-mestizo, en tanto que el indianismo es un movimiento indio, un movimiento indio revolucionario, que no desea asimilarse a nadie; se propone liberarse.[30]

Si bien Galeano viajó a Bolivia a principios de 1970, estuvo en los centros mineros, no en la provincia rural de Sicasica, donde emergía el sindicalismo campesino katarista, ni en los círculos urbanos de La Paz en que Reinaga tertuliaba con jóvenes intelectuales y activistas aymaras. Por lo que hemos podido averiguar, a pesar de su relativa contemporaneidad y sus puntos de convergencia en la crítica del colonialismo, Reinaga y Galeano no se conocieron y no se leyeron.[31] Semejantes brechas y tensiones entre la izquierda y los intelectuales y movimientos indígenas se pueden hallar en otros casos y en otras partes de la región.

Evolución y alternancias

En la obra posterior de Galeano, vemos un paulatino pero progresivo reconocimiento de los indios como sujetos políticos. En su producción inicial, los indios apenas figuran y cuando aparecen, como en *Las venas abiertas*, una visión indigenista y de "leyenda negra" tiende a reducirlos a objetos de explotación. Su visión se vuelve más compleja a partir de la década de 1980, con los variopintos relatos históricos de *Memoria del fuego* y su ensayo "El tigre azul y la tierra prometida", anticipando el quincentenario de la incursión europea en América. Los indios como sujeto político propio irrumpen con más fuerza en sus escritos a raíz del zapatismo en Chiapas en 1994 y las insurgencias indígenas y populares en Bolivia a partir del 2000. El gobierno

[29] Sinclair Thomson, "El vuelco de los tiempos. La ruptura indianista de Fausto Reinaga", en F. Reinaga, *La revolución india* [1970], edición 50 aniversario, La Paz, Fundación Amaútica "Fausto Reinaga"/La Mirada Salvaje, 2020.

[30] Reinaga, *La revolución india*, p. 136.

[31] Comunicación personal de Hilda Reinaga (20 de junio de 2021), sobrina de Fausto y mano derecha para sus publicaciones, a quien agradezco por compartir su conocimiento sobre este punto.

de Evo Morales y el MAS, aspecto clave de la Marea Rosa en Sudamérica, fortaleció en Galeano una postura distinta a la inicial. Las influencias de Galeano sobre los movimientos indios desde México hasta los Andes no son tan fáciles de comprobar, pero las influencias de los movimientos indios sobre Galeano se dejan ver claramente en la evolución de su imaginario político y su expresión literaria.

La crítica del colonialismo histórico y contemporáneo ha constituido un principal punto de convergencia entre pensadores como Galeano y Reinaga, y entre las luchas de la izquierda y los pueblos indígenas en América Latina. Como otros autores anticoloniales en distintas partes del planeta, Galeano y Reinaga identificaron un mal que proviene originalmente de afuera, de la enajenación, y que luego carcome por dentro, en lo propio. Pero las relaciones internas de poder han constituido un punto de recurrente tensión y desarticulación. La línea entre un bloque nacional-popular y un régimen de colonialismo interno no es siempre clara, y cuando se vuelve muy borrosa desestabiliza las efímeras pero constructivas alianzas entre izquierda y pueblos indígenas convertidos de objetos en sujetos políticos.

La violencia contra seres inocentes o desdichados deja fantasmas en la conciencia, pero esos fantasmas no son sujetos plenos. Desde el indigenismo –siguiendo el principio "El indio no puede representarse. Tiene que ser representado"–, artistas e intelectuales han asumido la tarea de hablar por los indios, manifestando su conciencia inquieta y su compasión. Pero cuando los fantasmas se encarnan en sujetos plenos, de carne y hueso, dejan de ser tan mudos e invisibles. En el caso de los movimientos originarios en nuestro tiempo, los seres imaginados pueden muy bien no obedecer a las expectativas indigenistas o a los proyectos de poder de la izquierda criollo-mestiza. De ahí que se puedan dar relaciones históricas complejas y alternancias entre encuentro y desencuentro.

Terminamos con un punto de encuentro: Marx dijo que los muertos deberían enterrar a los muertos y los revolucionarios deberían dejar de conjurar los espíritus del pasado para sus luchas. Pero ni Galeano ni Reinaga ni los pueblos originarios ni la izquierda han tomado su consejo. Al inicio de *Las venas abiertas*, Galeano citaba a los antepasados muiscas en las mesetas de la Bogotá precolonial para hablar de la fecundidad de las muertes sacrificiales que abren nuevos ciclos vitales. Durante las campañas para el juicio al expresidente boliviano Gonzalo Sánchez de Lozada por genocidio, campañas que unían a sectores aymaras, plebeyos urbanos y críticos del neoliberalismo, se pudo ver un afiche que rezaba: "Vivos, con la fuerza de nuestros muertos".[32] □

Bibliografía

Conder, Josiah, *The Modern Traveller. A Description, Geographical, Historical, and Topographical, of the Various Countries of the Globe, in Thirty Volumes*, vol. 28, Londres, James Duncan, 1830.

Cruz, Gustavo, *Los senderos de Fausto Reinaga. Filosofía de un pensamiento indio*, prólogo de Silvia Rivera Cusicanqui y umbral de Hilda Reinaga, La Paz, CIDES/Plural, 2013.

Escárzaga, Fabiola (comp.), *Indianismos. La correspondencia de Fausto Reinaga con Guillermo Carnero Hoke y Guillermo Bonfil Batalla*, La Paz, Centro de Estudios Andinos y Mesoamericanos/Fundación Amaútica "Fausto Reinaga", 2014.

Galeano, Eduardo, *Guatemala, país ocupado*, México, Nuestro Tiempo, 1967.

—, *Siete imágenes de Bolivia*, Caracas, Salvador de la Plaza, 1971.

—, *Las venas abiertas de América Latina* [1971], 70.ª edición revisada y corregida, México, Siglo XXI, 2004.

—, *Open veins of Latin America*, traducción de Cedric Belfrage, Nueva York, Monthly Review Press, 1973.

[32] Agradezco a Luis A. Gómez, autor de *El Alto de pie*, La Paz, IndyMedia Bolivia/Fundación Abril/HdP, 2004, por la referencia (comunicación personal, 24 de junio de 2021).

—, *Memoria del fuego*, México, Siglo XXI, 1982-1986, 3 tomos.

—, "Apuntes para un auto-retrato" [1983], en E. Galeano, *Nosotros decimos no. Crónicas 1963-1988*, Madrid, Siglo XXI, 1989, pp. 314-317.

—, "Los quinientos años: El tigre azul y la tierra prometida" [1987], en E. Galeano, *Nosotros decimos no. Crónicas 1963-1988*, Madrid, Siglo XXI, 1989, pp. 375-382.

Gómez, Luis A., *El Alto de pie*, La Paz, IndyMedia Bolivia/Fundación Abril/HdP, 2004.

Jiménez, Roberto, *América Latina y el mundo desarrollado, con una bibliografía comentada sobre relaciones de dependencia*, con colaboración de P. Zaballos, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1977.

Reinaga, Fausto, *La revolución india* [1970], edición 50 aniversario, La Paz, Fundación Amaútica "Fausto Reinaga"/La Mirada Salvaje, 2020.

Thomson, Sinclair, "El vuelco de los tiempos: La ruptura indianista de Fausto Reinaga", en F. Reinaga, *La revolución india* [1970], edición 50 aniversario, La Paz, Fundación Amaútica "Fausto Reinaga"/La Mirada Salvaje, 2020, pp. xxi-lxxii.

Resumen/Abstract

Un fantasma recorre Latinoamérica. El indio como objeto y sujeto en la obra de Eduardo Galeano

Este artículo analiza el tema indígena en *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, junto con otros dos textos tempranos del autor. Plantea que su caracterización principal de los pueblos originarios aparece en una clave indigenista consistente con la vieja ideología de la "leyenda negra". Desde esta perspectiva, el "indio" sería un objeto victimizado por una despiadada explotación secular. Como tal, se convierte en un fantasma que perturba la conciencia moral criolla. El texto ofrece una comparación con la propuesta indianista elaborada en el mismo momento por Fausto Reinaga en su obra *La revolución india* (1970), en la que la caracterización del "indio" es, por el contrario, la de un sujeto revolucionario. Este constituye un fantasma que amenaza el orden político existente. El artículo termina postulando una posterior evolución en el pensamiento de Galeano que coincidió con una mayor aproximación a los movimientos indígenas por parte de la izquierda latinoamericana entre la década de 1960 y la Marea Rosa de principios del siglo XXI. Concluye reconociendo las brechas entre Galeano y Reinaga y los ciclos de encuentro y desencuentro entre los movimientos indígenas y la izquierda, pero también señala el potencial vínculo entre la crítica del neocolonialismo y la del colonialismo interno.

Palabras clave: Eduardo Galeano - *Las venas abiertas de América Latina* - Indígenas - Indigenismo - Leyenda negra

A Specter Haunts Latin America. The Indian as Object and Subject in the Work of Eduardo Galeano

This text analyzes the Indigenous question in Eduardo Galeano's *Las venas abiertas de América Latina* and two other earlier pieces by the author. It asserts that the main depiction of native peoples in this work fits with an *indigenista* narrative marked by the old ideology of the Black Legend. In this account, the "Indian" is an object victimized by cruel exploitation over centuries. As such, the Indian becomes a ghost that haunts the creole moral conscience. The article offers a comparison with the Indianista proposal in Fausto Reinaga's *La revolución india* (1970). Here, by contrast, the Indian is a revolutionary subject. As such, the Indian becomes a specter that threatens the existing political order. The article finally notes the later evolution in Galeano's thinking, which coincides with the Latin American left's increasing engagement with indigenous movements from the 1960s to the Pink Tide of the early twenty-first century. It concludes by acknowledging the gap between Galeano and Reinaga and the oscillation between *encuentro* and *desencuentro* in Indigenous-left relations. Yet it also points to the common ground between the left critique of neocolonialism and the Indigenous critique of internal colonialism.

Keywords: Eduardo Galeano - *Las venas abiertas de América Latina* - Indigenous studies - *Indigenismo* - Black Legend

Breves reflexiones sobre la recepción de Las venas abiertas *en Brasil*

*De la lucha contra la dictadura al contexto bolsonarista**

Rodrigo Patto Sá Motta

Universidade Federal de Minas Gerais

El objetivo de este texto es analizar y comentar algunos aspectos de la recepción y la circulación de *Las venas abiertas de América Latina* en Brasil, así como de su autor Eduardo Galeano, cuyos contactos con el país se iniciaron antes de la publicación de su libro más popular. Cabe señalar que se trata de una aproximación preliminar, que no tiene otra pretensión que la de mapear el tema para eventuales investigaciones futuras.

Es importante consignar que la fase inicial de la relación del autor y de su obra con Brasil coincidió con la dictadura militar, un hecho que marcó profundamente su recepción. Galeano comenzó a ser conocido por el público lector brasilero apenas después del lanzamiento de la edición original de *Las venas abiertas*, en 1971, aun cuando la traducción inmediata resultó imposible debido a la situación política del país, que transitaba entonces la etapa más represiva de la dictadura. Probablemente debido a ese contexto, la editorial que lanzó la obra de Galeano en Brasil decidió traducir *Vagamundo* primero, en 1975. No obstante, la publicación de la versión brasilera de *Las venas abiertas* se dio aún en el marco de la dictadura, pero ya en su fase de transición, en 1978, cuando la lucha contra el autoritarismo estaba en ascenso. La aparición del libro en ese nuevo contexto contribuyó a ampliar su buena recepción en el público brasilero.

La propuesta de este artículo es, primeramente, abordar el impacto del autor y del libro en medios intelectuales, periodísticos y estudiantiles brasileros, así como en la militancia de izquierda y la opinión progresista en general, considerando en especial los años 1970 y 1980. En esos sectores, en los que se concentró la mayor parte de lectores de Galeano, el interés por el autor y sus obras se combinó con el rechazo a la dictadura y con la ampliación de la circulación de valores de izquierda.

Más allá de la recepción del libro en el campo progresista, se abordará también el interés que despertó en el extremo opuesto del espectro ideológico. En tal sentido, se analizará la atención que el autor y la obra concitaron en agentes represivos y fuerzas de la derecha, preocupados por los modos en que *Las venas abiertas* funcionó para las izquierdas como fuente para entender la situación brasilera dentro de un marco latinoamericano más amplio, y como un factor que inspiraba compromisos políticos de orientación progresista.

Al final del texto, se discutirá la apropiación más reciente del libro por parte de ciertas franjas de derecha, en particular neoliberales y conservadoras. La perspectiva se ampliará

* Traducción para *Prismas* de Martín Bergel.

Prismas, Revista de historia intelectual, N° 28, 2024, pp. 217-229
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1485

aquí más allá de Brasil, en la medida en que el giro hacia la derecha que ha ocurrido en los últimos años debe comprenderse como un movimiento de escala transnacional y global. En las dos primeras décadas del siglo XXI, cuando *Las venas abiertas* ya no circulaba en la izquierda con una intensidad similar a la de los años 1970 y 1980, los intelectuales de la "nueva" derecha (cuya pretendida novedad, anotemos de paso, es discutible) eligieron la obra de Galeano como uno de los objetivos de sus ataques, ubicándola como símbolo del enemigo que pretendían doblegar.

Las fuentes utilizadas para el estudio de la recepción del libro en el ámbito progresista fueron, esencialmente, registros de prensa y documentos provenientes de archivos de organismos represivos de la dictadura militar, en especial del Servicio Nacional de Informaciones (SNI), del Centro de Informaciones del Exterior (CIEX) y de la Policía Federal. El uso de estas fuentes implica subvertir los objetivos originales de la vigilancia represiva dado que, como es obvio, los servicios de información de la dictadura no tenían en mente su ulterior utilización para el estudio de la recepción de *Las venas abiertas* y de Galeano. Cabe destacar que esta situación ha sido posible gracias a los gobiernos democráticos que Brasil tuvo en las últimas décadas, que se encargaron de poner a disposición y brindar acceso público (en línea) a ese acervo documental.[1] También es importante señalar que la vigilancia de las agencias represivas continuó en los primeros años posteriores a la dictadura, puesto que el sistema de informaciones no fue desmantelado de inmediato.[2] Se trata de un aspecto asociado a los rasgos que asumió la transición brasilera, que no intervino en las instituciones militares ni se propuso modificarlas, un problema que sigue atormentando al país, como se aprecia en el fenómeno del retorno de los militares al centro del poder desde el *impeachment* a la presidenta Dilma Rousseff. Esas continuidades permiten acceder a registros de esos organismos de información de la actuación de Galeano en Brasil hasta fines de los años 1980, esto es, luego del regreso de los civiles al poder.

Los documentos de las agencias de información revelan también la recepción que tuvo la obra y la figura de Galeano en la derecha, ya que policías y militares se ocuparon de investigar al autor y sus libros, y en ocasiones intentaron obstaculizar su circulación. Pero para estudiar las reacciones de quienes se ubicaban en posiciones ideológicas opuestas a las del autor uruguayo, utilizaremos también como fuentes algunos libros de intelectuales de la derecha reciente o "nueva" derecha.

* * *

Significativamente, existen registros sobre Eduardo Galeano en los archivos de las agencias represivas de la dictadura antes de que se tornase famoso en toda América Latina con la publicación de *Las Venas Abiertas*. En 1967, el servicio de informaciones de la dictadura que actuaba a escala transfronteriza –el Centro de Informaciones del Exterior, CIEX–

[1] El proceso de apertura de las colecciones se inició en la década de 1990, y se amplió a partir de 2006. Desde 2013, gracias al Proyecto Memorias Reveladas algunos de los documentos están disponibles en línea, hecho que permitió la elaboración de este trabajo en pleno período de aislamiento social, durante la epidemia de covid-19. Los periódicos utilizados en este texto también están disponibles en línea.

[2] Las fuerzas de oposición lograron elegir a un presidente civil en las elecciones indirectas de 1985 (José Sarney), pero a partir de un acuerdo con parte de los partidarios de la dictadura, incluido un sector militar. Además de no tomar iniciativas para investigar los crímenes de la dictadura, el gobierno de Sarney mantuvo intactos a los militares y sus instituciones, especialmente al SNI, que fue disuelto recién en 1990. Véase Rodrigo Patto Sá Motta, *Passados presentes. O golpe de 1964 e a ditadura militar*, Río de Janeiro, Zahar, 2021.

ubicó a Galeano, un "conocido periodista comunista uruguayo", como integrante de una articulación internacional de intelectuales de izquierda que incluía exiliados brasileros instalados en su país.[3] El Uruguay fue foco de atención para los militares brasileros especialmente a partir de la segunda mitad de los años 1960 (cuando se hicieron más intensas la presencia y las actividades de los exiliados brasileros) y en el inicio de los años 1970 (debido a la conformación y crecimiento del Frente Amplio como coalición de las izquierdas). Por ello no causa sorpresa que las agencias de información dictatoriales hayan prestado mucha atención al país vecino, al menos hasta la instalación de la propia dictadura uruguaya en 1973. En 1971, el mismo servicio de informaciones consignó que Galeano daba discursos en eventos del Frente Amplio, en los que denunciaba las acciones represivas de la dictadura brasilera. El CIEX registró con particular interés el hecho de que el periodista uruguayo denunciara que el agregado militar de la embajada brasilera en Montevideo (el coronel Moacir Pereira) se proponía crear desde allí una red del servicio de informaciones de la dictadura brasilera.[4]

En los años siguientes, los servicios de información brasileros incluyeron otros reportes sobre la actuación periodística y política de Galeano, registrando sobre todo su presencia en eventos internacionales. Por ejemplo, en 1973 el SNI lo mencionaba por sus tareas de denuncia de las acciones de la dictadura brasilera junto al Tribunal Bertrand Russell;[5] a inicios de 1980, llamó la atención su participación en un congreso internacional realizado en Caracas en solidaridad a los exiliados latinoamericanos;[6] en 1981, el CIEX ubicó a Galeano en un evento organizado por Casa de las Américas, en Cuba, titulado "Encuentro de intelectuales por la soberanía de los pueblos de Nuestra América".[7] De forma semejante, algunas de las visitas de Galeano al Brasil como invitado, a comienzos de los años 1980, serían consignadas por los órganos de información, como luego será comentado.

Pasemos ahora a analizar las repercusiones del trabajo de Galeano en el público brasilero. Se sabe que visitó Brasil en torno al golpe de 1964, ocasión en la que escribió algunas notas sobre el contexto político del país y estableció contactos en el mundo intelectual y periodístico.[8] No obstante, el público lector brasilero

---

[3] Informe CIEX nº 482, 22 de agosto de 1967. Todos los documentos provenientes de órganos de información de la dictadura citados en este artículo están localizados en la página web del Archivo Nacional (https://sian.an.gov.br/sianex/consulta/pagina_inicial.asp).

[4] Informe CIEX nº 520, 23 de noviembre de 1971. Según el autor del documento, Galeano buscaba "envenenar el espíritu de la población [del Uruguay] contra Brasil".

[5] Documento confidencial elaborado por la sección de exterior del SNI el 28 de septiembre de 1973. Al SNI le preocupaba que las actividades del Tribunal (Bertrand) Russell sobre la represión en Brasil ensombreciesen la imagen del país en Europa. El Tribunal Russell preparaba un evento público para denunciar la situación brasilera (cuya primera audiencia tendría lugar en Roma, en 1974), y había publicado en junio de 1973 algunos documentos que incluían un texto de Galeano sobre la intervención de la dictadura brasilera en Uruguay.

[6] Informe CIEX n° 021/80, 12 de febrero de 1980. El evento fue realizado en octubre de 1979. El documento refería la presencia de líderes políticos e intelectuales europeos y americanos, destacando la presencia de los escritores Julio Cortázar, Mario Benedetti y Eduardo Galeano. Cabe recordar que a esa altura el propio Galeano estaba exiliado. Había dejado el Uruguay luego del advenimiento de la dictadura de 1973, instalándose en la Argentina. Con el golpe de Estado de 1976 que sobrevino a su vez en ese país, Galeano migró a España, donde vivió hasta 1985. Véase: https://historiasuniversitarias.edu.uy/biografia/hughes-galeano-eduardo-german-maria, consultado el 2 de noviembre de 2023.

[7] Informe CIEX nº 169/81, 18 de noviembre de 1981. El documento subrayó también la presencia de Gabriel García Márquez, Juan Bosch, Ernesto Cardenal y Mario Benedetti.

[8] Galeano visitó Brasil en 1964 como enviado de la revista *Marcha*. Thiago H. Oliveira Prates, "Uma guerrilha revisionista: intelectuais, revisionismo e políticas da história nas ediciones de Crisis (Argentina, 1973-1976)", Tesis de Doctorado en Historia, Universidad Federal de Minas Gerais, 2021, p. 62.

comenzó a conocerlo mejor a partir de la publicación de su primer libro en el país, *Vagamundo*, traducido en 1975 por la editorial Paz e Terra en coincidencia con el inicio de sus colaboraciones con revistas progresistas como *Opinião* y *Versus*. El propietario de Paz e Terra, Fernando Gasparian, empresario de orientación progresista y opositor a la dictadura, venía editando libros y periódicos de un perfil izquierdista (especialmente la revista *Opinião*), y por ello tenía frecuentes problemas con la censura, además de ser vigilado por los órganos de información.[9] Es posible conjeturar al respecto que Paz e Terra optó por lanzar la obra de Galeano en Brasil con esa compilación de sus cuentos (*Vagamundo*), en vez de hacerlo con *Las venas abiertas*, con su claro y agudo discurso de izquierda. La editorial se exponía a perjuicios financieros si la Policía Federal prohibía la venta de una obra luego de su publicación. No obstante, también *Vagamundo* acabó llamando la atención de las fuerzas represivas. En 1977, por caso, algunos presos políticos de San Pablo denunciaron que el director del presidio había prohibido la lectura de algunos libros, entre los que se contaba *Vagamundo*.[10]

De hecho, fue hacia mediados de los años 1970 que Galeano comenzó a recibir más atención de los servicios de información brasileros. Además de registrar su activismo internacional contra la dictadura, los órganos represivos tomaron nota de que a partir de 1975/76 había comenzado a colaborar con revistas brasileras de izquierda, como la recién creada *Versus*.[11] Por lo demás, esta publicación se había inspirado en *Crisis*, revista que poco tiempo antes el propio Galeano había ayudado a crear en Buenos Aires.[12] Significativamente, como se verá más adelante, parte de la repercusión del escritor uruguayo (y de la de sus libros) durante la dictadura y la transición democrática se debió al creciente interés de muchos brasileros por conocer mejor América Latina.

En cuanto a *Las venas abiertas*, ciertamente el libro debió circular en Brasil antes de ser editado en portugués. Puede saberse que al menos hubo tentativas en ese sentido, puesto que hay constancia de secuestros de ejemplares por parte de organismos de seguridad que actuaban en regiones fronterizas. Por ejemplo, el libro figura en la lista de obras requisadas en octubre de 1975 a un librero brasilero que, proveniente de Paso de los Libres (Argentina), fue detenido al ingresar a Brasil.[13] El mismo año, pero en otra frontera, la polícia uruguaya detuvo a dos universitarios brasileros de paso por el país, secuestrando en el acto literatura considerada izquierdista que incluía un libro de Galeano. Los documentos

[9] Las investigaciones de los órganos de represión sobre las actividades empresariales y políticas de Fernando Gasparian pueden hallarse en SNI, Información nº 014/10/AC/75, 10 de marzo de 1975; y SNI, Documento de Informaciones nº 711/17/AC/73, 27 de agosto de 1973. En los años 1970, la editorial Paz e Terra impulsó la publicación en Brasil de autores latinoamericanos, además de estudiosos sobre América Latina.

[10] El documento fue firmado por veintidós presos políticos del Presidio de la Justicia Militar Federal (Presidio Político de San Pablo) el 12 de diciembre de 1977. Se trataba de una denuncia sobre los abusos sufridos por los detenidos que fue enviada a la Orden de Abogados de Brasil.

[11] *Versus* luego se conectaría con uno de los grupos trotskistas en proceso de organización en la segunda mitad de los años 1970. Bernardo Kucinski, *Jornalistas e revolucionários: nos tempos da imprensa alternativa*, San Pablo, Editora da Universidade de São Paulo, 2018, pp. 256-259.

[12] SNI, Información nº 5229/115/77/ASP/SNI, 3/10/1977. El dato de que *Crisis* fue una fuente de inspiración para *Versus* surge de una afirmación del propio editor de la publicación brasilera, Marcos Faerman. SNI, Información nº 1479/119/77/ASP/SNI, 18 de marzo de 1977. Galeano colaboró con otras publicaciones progresistas brasileras como *Opinião*, que pertenecía al mismo grupo editorial (Fernando Gasparian) que publicó sus libros.

[13] El librero llevaba también en su equipaje obras de Leo Huberman y de D. Hélder Câmara. Informe nº 2220, 30 de octubre de 1975, Estado Mayor de la Armada. El órgano de la Marina envió la información al SNI, que lo dio a conocer a otras agencias de represión.

producidos o recolectados por el SNI sobre el episodio no detallan el título de la obra, pero es posible imaginar que se trataba de *Las venas abiertas*.[14]

Como ya fue mencionado, los brasileros finalmente pudieron adquirir libremente *Las venas abiertas* a partir de 1978, cuando la editorial Paz e Terra lanzó la edición del libro en portugués. Y lo hizo en gran escala. Ese año fue decisivo dentro del paulatino proceso de apertura política de la dictadura, ya que sus líderes decidieron restablecer algunos derechos civiles como el *habeas corpus*, y redujeron la censura sobre la prensa.[15] El nuevo contexto político –en el que ya se discutían las bases de la ley de amnistía que sería aprobada en agosto de 1979– explica por qué fue posible publicar el libro de Galeano sin mayores problemas. Su lanzamiento fue incluso informado por algunos diarios de la prensa tradicional, como *O Globo*, que publicó dos breves reseñas en las que el libro recibió comentarios al mismo tiempo positivos y evasivos. De acuerdo con uno de los reseñistas, *Las venas abiertas* mostraba la rapiña histórica sufrida por América Latina; pero no se hacía alusión allí a los agentes de ese proceso, los resortes del imperialismo denunciados por Galeano.[16]

En cambio, el diario *Folha de São Paulo*, que a esa altura desplegaba una línea editorial más progresista, otorgó un lugar de mayor visibilidad al libro y a su autor. Uno de sus reseñistas saludó la obra de Galeano por sus beneficios en la tarea de dar a conocer a los brasileros su propia región, una apreciable función considerando la escasez bibliográfica con la que se contaba para tal cometido. A eso se debía que el libro se estuviera vendiendo tanto, señalaba el reseñista, que respaldaba su argumento en el hecho de que las tres primeras ediciones se hubieran agotado en apenas dos meses.[17] Antes de cumplirse un año de su lanzamiento el libro llegaba a su novena edición, y en 1983, a cinco años de haberse publicado, arribaba a la decimoséptima.[18] En otra nota publicada luego de la primera edición, *Folha de São Paulo* informaba que Galeano había sido invitado a participar de la edición de 1978 de la Bienal Internacional del Libro de San Pablo. En respuesta a la invitación, el escritor uruguayo había dicho que adoraba Brasil y que le gustaría asistir, pero que eso no iba a ser posible por su condición de exiliado en España y por no tener pasaporte para viajar, ya que la dictadura se había negado a renovárselo.[19] En diciembre de 1978, *Folha de São Paulo* volvió a convocar a Galeano a sus páginas, ciertamente en atención a los lectores de *Las venas abiertas*, así como al público progresista y a la entonces creciente opinión democrática. En aquella ocasión, la sección de

[14] SNI, Información nº 418/16/AC/75, 17 de diciembre de 1975. Los dos jóvenes eran militantes del partido de oposición tolerado por la dictadura, el Movimento Democrático Brasileiro (MDB), pero estuvieron quince días presos en el Uruguay. El SNI consideró que el hecho de que los jóvenes llevaran libros subversivos indicaba la extensión de la infiltración comunista en el MDB. La lista de los autores de los libros incautados fue referida en notas de la prensa brasilera sobre el episodio, que el SNI anexó en el proceso de investigación.

[15] El punto principal en la liberalización paulatina de la dictadura fue la revocatoria del Acto Institucional 5, que fue aprobada en 1978 y entró en vigencia en enero de 1979. Motta, *Passados presentes*, 2021.

[16] *O Globo*, 10 de febrero de 1978, p. 34. La segunda reseña publicada en el mismo periódico consideró que el presupuesto básico del libro era mostrar la posición subalterna de América Latina en la división internacional del trabajo, evitando también así hacer mención de los elementos más contundentes de *Las venas abiertas. O Globo*, 19 de febrero de 1978, p. 7.

[17] *Folha de São Paulo*, 4 de junio de 1978, p. 13.

[18] El libro tuvo cincuenta ediciones por la editorial Paz e Terra hasta 2010. Alexandre de Queiroz Oliveira, "Quando se rompe o silêncio: o livro As Veias Abertas da América Latina e sua trajetória no Brasil", *Temporalidades. Revista Discente do Programa de Pós-Graduação em História da UFMG*, vol. 5, nº 1, 2013, p. 13. A partir de esa fecha los derechos fueron adquiridos por la editorial L&PM, que preparó un nuevo proyecto editorial y mantiene el libro a la venta hasta la actualidad en formato convencional, *pocket book* y *e-book*.

[19] *Folha de São Paulo*, 7 de julio de 1978, p. 41.

cultura de *Folha* publicó una entrevista titulada "Eduardo Galeano, um homem sem passaporte" presentada junto a una fotografía del escritor, que se extendía allí en consideraciones sobre periodismo, literatura y su vida como exiliado político en Europa.[20]

Vale la pena un breve comentario sobre las razones del éxito del libro en Brasil. Para ello, es necesario considerar la presencia de puntos comunes en relación con lo ocurrido en otros países, pero también prestar atención a las singularidades de la situación brasilera. Parte de la repercusión de Eduardo Galeano y sus libros se debió al interés de muchos brasileros por conocer mejor América Latina, para lo cual efectivamente había pocas lecturas disponibles, como destacó uno de los reseñistas. De modo semejante al rol representado para la generación anterior por Pablo Neruda, quien había visitado el país después de la Segunda Guerra Mundial invitado por el Partido Comunista y difundido en Brasil su obra y su visión sobre América Latina, Galeano fue uno de los intelectuales que más contribuyó a presentar la realidad del continente a los brasileros, quienes, además de saber poco sobre la materia, en muchos casos no se identificaban con la región. Otra razón para el éxito del libro tuvo que ver con su rol facilitador en la comprensión de la dictadura desde una perspectiva de izquierda, destacando el papel del gobierno estadounidense y las multinacionales, es decir, del imperialismo. Como la opinión progresista iba expandiéndose en el contexto de lucha contra la dictadura, no sorprende que el libro fuera recibido con entusiasmo, impactando incluso en la formación política de muchos jóvenes que lo leyeron entre finales de los años 1970 y la década siguiente. Dicha recepción puede verificarse en los archivos de las agencias de información, como se verá más adelante. De hecho, el libro fue adquirido también por el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, para ser estudiado con el objetivo de vigilar mejor al enemigo.[21]

Veamos algunos indicios de la acogida de la edición brasilera del libro en círculos progresistas, según se desprende de las notas de los servicios de represión. *Las venas abiertas* comenzó a ser citado en textos de sindicatos de estudiantes y a integrar sus bibliotecas, además de convertirse en una referencia para algunas entidades culturales progresistas (como la Associação Cultural José Martí)[22] y de incorporarse al menú discursivo de partidos clandestinos de izquierda. Adicionalmente, desde inicios de los años 1980, todavía dentro del período dictatorial, *Las venas abiertas* fue adoptado en programas de materias en las escuelas, así como referenciado en publicaciones didácticas.[23] El libro de Galeano fue citado también en discursos de diputados progresistas en sesiones del Congreso Nacional, tanto durante la dictadura (cuando la esfera parlamentaria funcionaba bajo vigilancia y con un poder muy reducido) como posteriormente, en el período inicial de la "Nueva República".[24]

El libro más conocido de Galeano fue también apropiado por productores culturales, como en el espectáculo teatral "O Homem do Princípio ao Fim" del célebre autor Millôr Fernandes.[25] La cultura popular se vio asimismo impactada por el libro, especialmente

[20] *Folha de São Paulo*, 10 de diciembre de 1978, p. 69.

[21] Estado-Maior das Forças Armadas. Ficha nº 002083. Recebimento de Material Permanente. 12 de abril de 1983.

[22] ACE 031813/83, 25 de enero de 1983. SNI.

[23] ACE 009542/87, 27 de octubre de 1987. SNI.

[24] En 1980, por ejemplo, el diputado João Cunha citó a Galeano para criticar a los militares (Información nº 026/15/AC/80, 15 de mayo de 1980. AC era la Agencia Central del SNI). En 1986, el diputado Oswaldo Lima Filho recomendó a sus colegas la lectura de *Las Venas* Abiertas para que pudiese comprender la explotación sufrida por América Latina (*Diário do Congresso Nacional*, 20 de junio de 1986, p. 6343).

[25] Millôr Fernandes, *O homem do princípio ao fim*, Porto Alegre, L&PM, 1978, p. 39.

la música. En los años 1980, el servicio de censura de la Policía Federal examinó al menos tres canciones que mencionaban a *Las venas abiertas*, una de ellas compuesta por el grupo de pop rock Engenheiros do Hawaii (que la grabó en uno de sus álbumes). El trecho de la canción que hacía referencia al libro de Galeano decía así: "Nas veias abertas da América, menina, um mar vermelho de sangue leva navios piratas, negociatas, concordatas, candidatos democratas".[26]

El libro sirvió también de inspiración para un documental de Sergio Rezende, entonces todavía un novel cineasta. La película en cuestión se llama *Até a última gota*, y se estrenó a principios de 1980. La trama se basa en la historia de un trabajador desempleado de los suburbios cariocas, que vendía su sangre para alimentar a su familia, lo que acaba provocándole la muerte. La película comienza con una larga cita de *Las venas abi*ertas, que funciona como una especie de preámbulo o contextualización de la película, ya que uno de sus objetivos es denunciar la exportación de sangre humana de América Latina a los países ricos. En la película de Rezende, por tanto, la metáfora utilizada por Galeano para abordar la explotación económica del continente (las venas abiertas) se convierte en una expresión de la realidad.[27]

En los años finales de la dictadura y a comienzos de la Nueva República, durante el gobierno de transición liderado por José Sarney, los órganos de información continuaron produciendo registros sobre Eduardo Galeano, especialmente durante sus visitas al país, que se hicieron frecuentes. En 1984, último año de la dictadura, se esperaba que visitara Río de Janeiro por invitación del gobernador de ese estado, Leonel Brizola, un viejo opositor al gobierno militar.[28] Se trataba de un proyecto ideado por Darcy Ribeiro, uno de los dos principales colaboradores de Brizola (ambos habían vivido como exiliados en Uruguay), con el objetivo de traer intelectuales latinoamericanos para estadías de dos semanas en Río de Janeiro.[29] Las agencias de información consignaron otras visitas de Galeano a Brasil, por ejemplo a Florianópolis, en junio de 1987, bajo invitación de la Universidade Federal de Santa Catarina; y a Porto Alegre, en agosto de 1988, por convite de la Secretaría de Cultura de la ciudad y de la Editorial de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul. En esas ocasiones, el escritor uruguayo llevó a cabo conferencias ante grandes audiencias (respectivamente quinientas y mil quinientas personas, números que dan una idea de su capacidad de atracción en el público).[30]

---

[26] Entre las tres canciones analizadas y permitidas por la censura, la de mayor repercusión fue la compuesta por Humberto Gessinger, del grupo Engenheiros do Hawaii. Ofício 099/SCDP/SR/SP, 06 de agosto de 1987. Una versión de esa canción puede verse en https://www.youtube.com/watch?v=C99YikHfSKs. Pero las otras dos canciones hacían referencias aún más directas al libro de Galeano. Una de ellas se titulaba exactamente "As veias abertas da América Latina" (composición de Alexandre Vieira). Oficio 263/80/SCDP/SR/RS, 12 de noviembre de 1980 (Serviço de Censura Federal no Rio Grande do Sul); la otra se titulaba "Nossas Veias" (autor Dilan Camargo) y tenía una dedicatoria a Eduardo Galeano. Oficio 897/86/SCDP/DPF.1/SA, 25 de noviembre de 1986.

[27] El Centro de Informaciones de la Policía Federal hizo un estudio sobre las repercusiones de la película, que fue premiada en algunos festivales y tuvo buena acogida en la prensa. La preocupación del órgano de vigilancia era que el lenguaje izquierdista del film pudiera ser utilizado como elemento de movilización política. Curiosamente, la División de Censura de la misma Policía Federal había habilitado la libre difusión de la cinta em mayores de 16 años. Informe nº 0021/05/81- CI/DPF, 02 de enero de 1981; Informe nº 0552/D5/81- CI/DPF, 1° de abril de 1981.

[28] Durante el proceso de apertura de la dictadura, desde 1982 se permitió la elección directa de gobernadores estaduales. Las fuerzas de la oposición vencieron em las elecciones de diez estados, incluido Río de Janeiro.

[29] Informe nº 07/43/ARJ/84, 17 de enero de 1984. ARJ era la agencia del SNI situada en Río de Janeiro. Fueron invitados también Carlos Fuentes, Julio Cortázar, Augusto Roa Bastos y Ernesto Cardenal.

[30] ACE 007153/87, 21 de julio de 1987. SNI. ACE 016557/88, 31 de agosto de 1988. SNI. Los agentes de

En suma, en el período final de la dictadura y en la fase de la transición democrática, *Las venas abiertas* se convirtió en uno de los textos más leídos entre militantes y simpatizantes de izquierda, así como entre el público progresista.[31] El libro ciertamente contribuyó a difundir valores muy apreciados en ese campo, como el antiimperialismo y la denuncia de los males del capitalismo en América Latina. En particular, para los lectores brasileros representó un medio que ayudó a la toma de conciencia acerca de las afinidades que aproximan al país a América Latina, y a comprender que, después de todo, eran parte de la misma región.[32]

Exactamente por eso *Las venas abiertas* fue identificado en el campo de la derecha como un libro a ser atacado, al igual que su autor. Ya se han comentado las acciones de vigilancia y en ocasiones de censura llevadas a cabo por los organismos represivos de la dictadura brasilera. Veremos ahora, para concluir, que el libro se convirtió también en blanco de denuncia para algunos intelectuales y publicistas del campo neoliberal y conservador. Estos autores se han vuelto más conocidos públicamente desde el reciente giro hacia la derecha experimentado en América Latina, proceso al que contribuyeron como fuente de inspiración ideológica y como proveedores de argumentos discursivos.

Dentro de ese espacio de críticas de la derecha intelectual a *Las venas abiertas*, cabe destacar al libro *Manual do perfeito idiota latino-americano*, publicado en 1996 por tres influyentes autores de la derecha liberal y neoliberal latinoamericana, Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa. Se trata de un texto traducido a varias lenguas con muchas reediciones, que lo situaron como um verdadero *best seller* de la derecha, uno de los primeros de una serie de libros que tendría un éxito semejante en años más recientes. Cabe señalar que los autores se apoyaron en obras anteriores, especialmente en el ensayo del venezolano Carlos Rangel

información anotaron con atención las charlas politizadas de Galeano, principalmente sus críticas a las dictaduras militares y sus elogios a la Nicaragua sandinista. Hacia el final de los años 1980, los servicios de información brasileros en el exterior todavía seguían las participaciones de Galeano en eventos internacionales. La División de Seguridad e Informaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores registró una charla de Galeano en Berlín, en 1988, en calidad de portavoz del Tribunal Permanente de los Pueblos (ligado a la Fundación Lelio Basso y una especie de continuador del llamado Tribunal Bertrand Russell, con el cual Galeano ya había colaborado), en la que responsabilizó al FMI y a las potencias capitalistas por los problemas sociales de los países subdesarrollados. Informe nº 1931/88 – DSI/MRE, 14 de octubre de 1988.

[31] Se trata de una suposición basada en el gran número de ediciones del libro publicadas en Brasil entre 1978 y el final de la década de 1980 (veintisiete en total). En los años 1990, la cantidad de reediciones caería en comparación al período inicial. Ese balance editorial se encuentra en Queiroz Oliveira, "Quando se rompe o silêncio", p. 13.

[32] Durante la dictadura militar se consolidó una tendencia ascendente con relación al interés por América Latina en círculos progresistas, a contramano de las visiones nacionalistas tradicionales que exaltaban las diferencias del país en contraste a sus vecinos. Esa tendencia ya era perceptible antes del golpe militar de 1964, por ejemplo en las manifestaciones de solidaridad y apoyo a la Revolución cubana, y en el interés de algunos líderes estudiantiles por buscar inspiración en las universidades de países vecinos modelados por el espíritu de la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918, para proyectar transformaciones democráticas en el sistema universitario brasilero. De todos modos, el interés por la cultura y la historia de América Latina se incrementó durante la dictadura, en gran medida por la percepción de que había muchas semejanzas sociales y políticas (como la opresión de las dictaduras y el papel hegemónico de los Estados Unidos en la región). Un ejemplo relevante dentro de este fenómeno se detecta en la música popular, un terreno en el que despuntaron varias canciones que aludían a América Latina como "Soy loco por ti América" (Caetano Veloso, 1968) o "San Vicente" (Milton Nascimento, 1972), además de la grabación de canciones de Violeta Parra por Elis Regina (1976). Un contexto que auspició también la recepción calurosa de figuras como la de Mercedes Sosa. La hipótesis es que ese escenario cultural y político facilitó la recepción de *Las venas abiertas* en Brasil, en definitiva –de acuerdo con el número y la rapidez de sus reediciones– uno de los mayores éxitos editoriales de la época.

Del buen salvaje al buen revolucionario, publicado veinte años antes.[33] Al igual que Rangel, a quien rinden homenaje en su propio libro, Mendoza, Montaner y A. Vargas Llosa se dedican a atacar el pensamiento de izquierda latinoamericano: sus vertientes marxistas y socialistas en especial, pero también al nacionalismo de izquierda y lo que llaman populismo. Estos autores acusan a los intelectuales de izquierda de basarse en mitos y no en la realidad histórica de América Latina, por lo que concluyen que su trabajo solo podría conducir a errores y no a la solución de los problemas sociales típicos de la región.

Como Rangel veinte años antes, Mendoza, Montaner y A. Vargas Llosa utilizaron a Karl Marx para criticar a intelectuales de la izquierda latinoamericana, acusándolos de no haberlo comprendido bien. Asimismo, y también como Rangel, embistieron contra la tesis de que Estados Unidos era responsable de la pobreza y las desigualdades sociales en América Latina, con el argumento de que tales problemas eran de origen exclusivamente autóctono. Se puede ver en estos textos una gran admiración tanto por la sociedad como por los sistemas económicos y políticos norteamericanos, que para sus autores sirven como modelo a seguir y que por ello debían ser defendidos frente a los argumentos izquierdistas. En definitiva, no fue casual que estos libros fueran impulsados por redes neoliberales financiadas por empresas con sede en el hemisferio norte.[34]

En términos generales, Montaner y compañía se hicieron eco de Rangel en la mayoría de sus ideas, pero las reelaboraron y las adaptaron a un contexto en el que el neoliberalismo triunfaba sobre los escombros del desmantelado bloque soviético. En el nuevo contexto de finales del siglo XX y principios del XXI, estos autores disfrutaron de un éxito mucho mayor que el alcanzado por el autor de *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Combatir contra las ideas de izquierda y el intervencionismo estatal en favor del libre mercado había sido una tarea más difícil en las décadas de 1970 y 1980, en especial debido al desprestigio de las dictaduras vigentes en la región, que se dividían entre el neoliberalismo y el desarrollismo autoritario. Nada sorprendentemente, en el *Manual do perfeito idiota latinoamericano* tienen su lugar las indefectibles referencias a los argumentos triunfalistas de Francis Fukuyama, así como la tesis de que los conceptos de izquierda y derecha habían perdido sentido, aun cuando los autores dedicasen todas sus energías a atacar a la izquierda. Como Rangel, estos autores ensalzan ardientemente la calidad de las instituciones estadounidenses, pero van más allá que el polemista venezolano al defender también al FMI de las críticas izquierdistas. Para ellos, el balance del papel de los Estados Unidos como líder de las Américas arrojaba más luces positivas que negativas, incluyendo entre sus méritos su contribución al derrocamiento de peligrosos gobiernos de izquierda. En esa tesitura, Mendoza, Montaner y A. Vargas Llosa ironizaban acerca de sus adversarios izquierdistas: "todo idiota latinoamericano tiene que ser antiyanqui, o –de lo contrario– será clasificado como un falso idiota o un idiota imperfecto".[35]

[33] El libro de Carlos Rangel fue publicado en portugués por la editorial de la Universidade de Brasília en 1981. En esa ocasión, esa editorial buscaba reforzar discursos liberales para disputar con los valores de izquierda en ascenso en la fase final de la dictadura militar.

[34] Sobre el fenómeno de los *best-sellers* de derecha ver Julián Castro-Rea, "Escrever com a direita: os bestsellers da direita em espanhol e sua promoção nas redes transnacionais", en Ernesto Bohoslavsky, Rodrigo Patto Sá Motta y Stéphane Boisard (orgs.), *Pensar as direitas na América Latina*, San Pablo, Alameda, 2019. Ver también, en el mismo libro, el texto de María Julia Giménez, "A criação da Fundação Internacional para a Liberdade: entre o fracasso e a contraofensiva neoliberal na América Latina".

[35] Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa, *Manual del perfecto idiota latinoamericano,* Epublibre, 2016, p. 173.

No es difícil acordar con el argumento de que algunas posiciones defendidas por la izquierda merecen reparos, especialmente en relación con la manera simplificada en la que se difunden ciertos conceptos e ideas. Sin embargo, las críticas de los intelectuales neoliberales latinoamericanos son generalmente caricaturizantes y distorsivas, y tienen como objetivo principal generar adhesión a la tesis de que la única salida a los problemas de América Latina pasa por tener fe en la propiedad privada y en el mercado. Igualmente simplista –y poco convincente– es el argumento de que el Estado sería totalmente incapaz de reducir las desigualdades sociales. En esta línea, se sostiene que el proteccionismo, la corrupción y el clientelismo serían resultados inherentes a la acción estatal, y que por tanto el protagonismo de las instituciones públicas no solo no resuelve los problemas sociales, sino que los agrava.

Otra característica singular del *Manual do perfeito idiota* –como se desprende de su propio título– radica en su estilo polémico y cáustico, que adopta la ironía y otras estrategias de ridiculización con el objetivo de popularizar sus argumentos y generar un efecto mayor de propaganda y convencimiento. Sus autores provocan e insultan a sus adversarios de izquierda, empezando por llamarlos "idiotas". En la misma línea, otra estrategia discursiva que utilizan pasa por asociar las ideas de izquierda a un imaginario de enfermedades juveniles, como si fuesen un tipo de sarampión que se neutraliza con la llegada de la madurez.[36]

Pues bien, el libro de Mendoza, Montaner y A. Vargas Llosa tiene un capítulo entero dedicado a atacar a *Las venas abiertas*, cuya meta es evidente: intentar destruir una de las principales referencias intelectuales que ha nutrido a las izquierdas latinoamericanas. El libro es denominado "Biblia de los idiotas latinoamericanos", entre otros insultos e ironías lanzados contra Galeano.[37] Hacia la misma época, en la segunda mitad de la década de 1990, comenzaron a operar en Brasil autores con ideas y estrategias similares, cultores también de un estilo polémico y sarcástico que abonaba un tipo de periodismo de carácter antiizquierdista. De esa cohorte, el más notable fue Olavo de Carvalho, que desde el cambio de milenio se hizo famoso por sus virulentos ataques, por cierto de un nivel mucho más bajo al que se observa en el *Manual do perfeito idiota*. Previsiblemente, para Carvalho y sus seguidores *Las venas abiertas* y Galeano fueron también blanco de sus diatribas. Es asimismo significativo que este autor utilizara igualmente el tema de la "idiotez" para descalificar a las izquierdas, en especial en su libro *O mínimo que você precisa saber para não ser um idiota*.[38]

En el caso del Brasil, el activismo de las redes antiizquierdistas se intensificó durante los años de gobierno del Partido de los Trabajadores (2003-2016), foco principal de los ataques de los líderes intelectuales y propagandísticos de la derecha. Además de la prensa tradicional, esa ofensiva se materializó centralmente a través del uso intensivo de las redes sociales y los nuevos medios, una estrategia que se benefició de contactos y conexiones globales. La campaña de la "nueva" derecha brasilera sobresalió también por una

[36] Participando de esas figuras del lenguaje, uno de los críticos más feroces de los gobiernos del PT en Brasil se describió como alguien que atravesó una "varicela trotskista" en la juventud. Reinaldo Azevedo, *O país dos petralhas*, Río de Janeiro, Record, 2008, p. 87.

[37] "Toda bibliografía mínima (o máxima) que se respete, dedicada a reseñar la biblioteca básica del idiota latinoamericano, tiene que concluir con *Las venas abiertas de América Latina*". Mendoza, Montaner y A. Vargas Llosa, *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, p. 273.

[38] Pero Carvalho no se limitó a ridiculizar las ideas de sus oponentes, sino que se internó en ataques sobre moralidades y comportamientos, con diversas alusiones sexuales que buscaban avergonzar a las personas aludidas (en especial líderes del campo académico y de la izquierda). Olavo de Carvalho, *O mínimo que você precisa saber para não ser um idiota*, Río de Janeiro, Record, 2013.

apuesta por la producción de textos y productos audiovisuales dedicados a la historia. Algunos militantes derechistas arremetieron contra la historiografía universitaria, en especial contra las perspectivas que otorgan a los conflictos sociales y raciales un lugar central dentro de la trama histórica del país. En contraposición, los publicistas de la derecha reciente buscaron divulgar visiones cercanas a la historia oficial tradicional, que desde el siglo XIX construyó narrativas que a un tiempo ensalzaban héroes y episodios militares, y acallaban los problemas sociales. Así, la actual disputa política y de ideas involucra también narrativas sobre la historia, que se volvió un intenso campo de batalla. El resultado de esa ofensiva cultural derechista salta a la vista, y ha tenido a Eduardo Galeano como uno de sus personajes en disputa, incluso luego de su fallecimiento.

Uno de los autores más leídos por el público de la derecha reciente en Brasil es el periodista Leandro Narloch, autor de *best sellers* que dialogan directamente con el trabajo de Mendoza, Montaner y A. Vargas Llosa no solo como inspiración ideológica sino también por sus retóricas de ridiculización de adversarios. Los libros más conocidos de Narloch son sus *Guias politicamente incorretos*,[39] cuyo título indica ya su propósito de polemizar con la opinión progresista. Allí el autor la emprende contra los intelectuales progresistas y especialmente contra la historiografía académica, contraponiendo algunos puntos de vista acordes con una visión liberal del mundo. En uno de esos libros, *Guia politicamente incorreto da América Latina*, Narloch critica *Las venas abiertas*, pero sin mencionar a Galeano. En la introducción, se plantean dudas sobre la cuestión de la identidad latinoamericana, afirmando que ha sido construida desde banderas de izquierda como el antiimperialismo y el socialismo, y a través de narrativas históricas que subrayan el sufrimiento de los pueblos de la región y su explotación. Narloch ubica a *Las venas abiertas* como un "clásico de ese pensamiento simplista", y lo considera uno de los textos fundacionales de la identidad latinoamericana que el periodista brasilero pretende deconstruir. Vale la pena citar un fragmento del libro, en el que se percibe claramente la influencia de Rangel, Mendoza, Montaner y A. Vargas Llosa, así como la de Olavo de Carvalho:

> Todo en este libro se opone a esas reglas tan utilizadas para contar la historia de América Latina. No nos sentimos representados ni por guerrilleros ni por indignados líderes andinos y sus ropas coloridas. No se pone el énfasis aquí en las venas abiertas del continente, sino en las heridas debidamente tratadas y curadas con ayuda de las grandes potencias.[40]

En el caso de Brasil especialmente, la ofensiva reciente, a un tiempo neoliberal y conservadora, tuvo un gran impacto. Es preciso recordar al respecto que Olavo de Carvalho, autor de *best sellers* y principal referencia en la formación de un gran número de jóvenes militantes derechistas, se convirtió en gurú ideológico de Jair Bolsonaro en su marcha hacia el poder. Luego de la victoria electoral de 2018, Carvalho orientó la elección de diversos miembros del nuevo gobierno (incluyendo algunos ministros), en especial en el área educacional y cultural. El grupo que rodeó a Bolsonaro llegó al poder con ansias de combate contra intelectuales e ideas de izquierda, que en su visión ocupaban posiciones hegemónicas en

[39] Los principales son *Guia politicamente incorreto da História do Brasil*, San Pablo, Leya, 2009; y (escrito junto con Duda Teixeira) *Guia politicamente incorreto da América Latina,* San Pablo, Leya, 2011.

[40] Narloch e Teixeira, *Guia politicamente incorreto da América Latina*, p. 9.

Brasil desde el final de la dictadura. Desde esa lectura, los bolsonaristas se decidieron a usar la maquinaria estatal en una ofensiva contra sus oponentes ideológicos (es decir, los intelectuales y las ideas de izquierda).

En esa misma línea, las universidades y el mundo académico entraron en la mira, en la medida en que para la derecha radical son instituciones dominadas por valores de izquierda. Así, con Bolsonaro llegó al poder un grupo político radicalmente hostil al mundo académico-universitario, que el nuevo gobierno consideró un obstáculo que debía ser removido, casi como un prerrequisito para el éxito de sus planes. En esa dirección, fueron adoptadas acciones para anular o controlar al mundo académico-universitario: desde tentativas de censura a la libre manifestación de ideas, hasta intervenciones en pos de nombramientos de rectores universitarios fieles al bolsonarismo, además de medidas para sofocar financieramente al sistema de investigación y a las propias instituciones universitarias y científicas. En suma, las medidas agresivas del gobierno de Bolsonaro contra el mundo académico fueron parte de un proyecto de hegemonía político-cultural que ha sido al mismo tiempo destructivo y torpe.

Ante esa realidad aterradora, el tema de la resistencia al autoritarismo volvió a tener plena actualidad en Brasil. Quien asiste a ese proceso por momentos tiene la sensación de un improbable retorno a los años 1970, al momento de la publicación original de *Las venas abiertas de América Latina*. Ojalá esta vez la derrota de las fuerzas autoritarias sea más rápida, y más completa.[41] □

Bibliografía

Azevedo, Reinaldo, *O país dos petralhas*, Río de Janeiro, Record, 2008.

Carvalho, Olavo de, *O mínimo que você precisa saber para não ser um idiota*, Río de

Janeiro, Record, 2013.

Castro-Rea, Julián, "Escrever com a direita: os bestsellers da direita em espanhol e sua promoção nas redes transnacionais", en E. Bohoslavsky, R. Patto Sá Motta y S. Boisard (orgs.), *Pensar as direitas na América Latina*, San Pablo, Alameda, 2019.

Fernandes, Millôr, *O homem do princípio ao fim,* Porto Alegre, L&PM, 1978.

Giménez, Maria Julia, "A criação da Fundação Internacional para a Liberdade: entre o fracasso e a contraofensiva neoliberal na América Latina", en E. Bohoslavsky, R. Patto Sá Motta y S. Boisard (orgs.), *Pensar as direitas na América Latina,* San Pablo, Alameda, 2019.

Kucinski, Bernardo, *Jornalistas e revolucionários: nos tempos da imprensa alternativa*, San Pablo, Editora da Universidade de São Paulo, 2018.

Mendoza, Plinio Apuleyo, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa, *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, Epublibre, 2016.

Motta, Rodrigo Patto Sá, *Passados presentes. O golpe de 1964 e a ditadura militar*, Río de Janeiro, Zahar, 2021.

Narloch, Leandro, *Guia politicamente incorreto da História do Brasil*, San Pablo, Leya, 2009.

Narloch, Leandro y Duda Teixeira*Guia politicamente incorreto da América Latina*, San Pablo, Leya, 2011.

Oliveira, Alexandre de Queiroz, "Quando se rompe o silêncio: o livro As Veias Abertas da América Latina e sua trajetória no Brasil", *Temporalidades*. *Revista Discente do Programa de Pós-Graduação em História da* UFMG, vol. 5, nº 1, 2013.

Prates, Thiago H. Oliveira, "Uma guerrilha revisionista: intelectuais, revisionismo e políticas da história nas ediciones de Crisis (Argentina, 1973-1976)", Tesis de Doctorado en Historia, UFMG, 2021.

Rangel, Carlos, *Do bom selvagem ao bom revolucionário*, Brasilia, Editora da UnB, 1981.

[41] El texto fue escrito en 2021, es decir aún bajo impacto del gobierno de Bolsonaro. El autor optó por mantener la forma original, expresiva del ambiente de tensión de la época, pero también de la esperanza de que la extrema derecha sería derrotada en las urnas en 2022.

Resumen/Abstract

Breves reflexiones sobre la recepción de *Las venas abiertas* en Brasil. De la lucha contra la dictadura al contexto bolsonarista

El artículo es un estudio provisional sobre la recepción y la circulación en Brasil de Eduardo Galeano y su obra principal (*Las venas abiertas de América Latina*), considerando la fase inicial que coincidió con la dictadura militar, pero también el período más reciente. Durante la "apertura" política de la dictadura (fase que se inició en 1974) se permitió la traducción del libro en Brasil, que se convirtió pronto en un gran éxito para el público, especialmente entre la opinión progresista que se expandía en medio del proceso de resistencia al autoritarismo y lucha por la democratización. *Las venas abiertas* pasó a ser, entonces, uno de los libros de mayor circulación en el campo progresista brasileño, inspirando debates políticos y académicos, pero también la producción cultural (sobre todo canción popular y cine). La parte final del artículo está dedicada a mostrar que el libro de Galeano se ha convertido en un blanco principal de críticas de la "nueva" derecha intelectual que se formó en América Latina desde la segunda mitad de la década de 1990. En este contexto, el escritor uruguayo fue atacado por ser uno de los principales símbolos de la izquierda latinoamericana, en una ofensiva derechista que tuvo ramificaciones especialmente en Brasil.

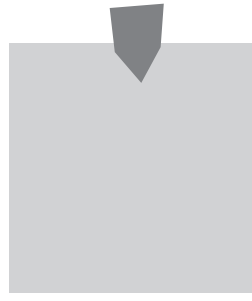
Palabras clave: Dictadura - Brasil - *Las venas abiertas de América Latina* - Eduardo Galeano - Derechas/izquierdas

A Brief Analysis of the Reception of *Las venas abiertas* in Brazil: From the Military Dictatorship to the Bolsonarista Present

The article is a study of the reception and circulation of Eduardo Galeano's main work, *Las venas abiertas de América Latina*, within Brazil, focusing mainly on the initial phase that coincided with the military dictatorship. During the dictatorship's political "opening", a translation of the book was allowed in Brazil, generating much enthusiasm, especially among a progressive bloc that was growing in response to authoritarianism and the struggle for democracy. *Las venas abiertas* then became one of the most widely circulated books in Brazil's progressive milieu, having inspired not only political and academic debates, but also cultural production. The final part of the article is dedicated to showing that Galeano's book has become a prime target for the "new" intellectual rightwing that was taking shape in Latin America during the second half of the 1990s. In the context of a rightwing counteroffensive that would have especially strong ramifications in Brazil, the Uruguayan writer was attacked for being one of the main symbols of the Latin American left.

Keywords: Dictatorship - Brazil - *Las venas abiertas de América Latina* - Eduardo Galeano - Political orientation

Lecturas



Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 28 / 2024

José Murilo de Carvalho: cuatro libros fundamentales

José Murilo de Carvalho falleció en 2023, a los 83 años. Historiador, sociólogo, politólogo…: las etiquetas disciplinarias se vuelven limitadas para definir a uno de los grandes intelectuales brasileños, que renovó las interpretaciones sobre los siglos XIX y XX del Brasil –imprescindibles para la exploración del mosaico latinoamericano– a partir de una escritura de la historia –política, sociológica y literaria– sobre la formación del Estado y de la nación, las élites y la ciudadanía, las fuerzas armadas y el pueblo; es decir, sobre los principales problemas que atravesaron el Imperio, la República y la democracia brasileñas. *Mineiro* establecido en Río de Janeiro, buscaba en sus escritos examinar "el gran bordado del Brasil, siempre esquivo". *Prismas* convocó a cinco especialistas que dialogaron continuamente con Murilo y su obra para que revisiten cuatro libros fundamentales en la historia política e intelectual del Brasil contemporáneo. Christian Edward Cyril Lynch, investigador de la Fundación Casa de Rui Barbosa y del Instituto de Estudios Sociales y Políticos (antiguo IUPERJ), instituciones a las que también perteneció Murilo, escribe sobre *A construção da ordem. A elite política imperial* (1980), parte de su tesis doctoral en la Universidad de Stanford (1975) sobre la formación estatal en el Imperio, la élite política y los partidos imperiales. Hilda Sabato, quien forjó junto a Murilo un campo de debate renovado sobre la ciudadanía decimonónica latinoamericana, analiza *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a república que não foi* (1987). *Os bestializados* marca una nueva etapa en la obra del pensador brasileño, anticipando argumentos de *La formación de las almas. El imaginario de la República del Brasil*. Publicado en 1990 y traducido en 1997 por la Universidad Nacional de Quilmes, este libro había sido inmediatamente reseñado por Sabato (*Prismas*, nº 2, 1998). Arno Wehling, miembro –al igual que Murilo– de la Academia Brasileña de Letras, reflexiona sobre *Cidadania no Brasil. O longo caminho* (2001, traducido al español por Casa de las Américas en 2004), un libro de divulgación sobre las dimensiones históricas de la ciudadanía brasileña con foco en el siglo XX del varguismo, la dictadura y la redemocratización. Lilia M. Schwarcz y Heloisa M. Starling, coordinadoras de *Três veces Brasil. Alberto da Costa e Silva, Evaldo Cabral de Mello e José Murilo de Carvalho* (2019), indagan sobre *Forças armadas e política no Brasil* (2005), un estudio pionero en la historiografía brasileña sobre los militares, que Murilo concibió a partir de la sorpresa que significó el golpe de 1964, y donde observa a las fuerzas armadas como un actor político con una función ambigua y riesgosa para la democracia: la tutela de la república. Estas lecturas permiten adentrarse en una escritura de la historia caracterizada por lo que el mismo Murilo defendía: la "*ligereza* de un estilo despojado y de una imaginación creativa", la "*rapidez y agilidad"* para "escapar de las trampas metodológicas e ideológicas", la "*precisión* del lenguaje y los conceptos", evitando "vender como profundidad lo que no es más que incapacidad para formular ideas claras"; en fin, la "*multiplicidad* tanto en la búsqueda de fuentes, enfoques y temas, como en la aceptación democrática de la diversidad".[1]

La traducción del portugués de los textos de Cyril Lynch, Wehling, y Schwarcz y Starling ha sido realizada por Ada Solari.

[1] José Murilo de Carvalho, "O historiador às vésperas do terceiro milenio", en *Pontos e bordados. Escritos de histórica e política*, Belo Horizonte, Editora UFMH, 1999, p. 457. Cursivas del original.

A construção da ordem: *la construcción, exitosa, del Estado brasileño*

Christian Edward Cyril Lynch

Instituto de Estudos Políticos e Sociais de la Universidade do Estado do Rio de Janeiro (IESP-UERJ) y Fundação Casa de Rui Barbosa (FCRB)

Sobre *A construção da ordem. A elite política imperial,* Río de Janeiro/Brasilia, Campus/ Ed. da Universidade de Brasília, 1980.

A construção da ordem es una versión revisada de la primera parte de la tesis doctoral de José Murilo, publicada en 1980. Catorce años antes había sido becado por la Fundación Ford para estudiar ciencia política en Stanford, bajo la supervisión de Robert Packenham. Como miembro de la primera generación de la "nueva" ciencia política brasileña, José Murilo tenía planeado hacer una tesis doctoral sobre el municipalismo en Minas Gerais.[1] Sin embargo, cambió de idea gracias a Wanderley Guilherme dos Santos, oriundo de Río de Janeiro, que también estaba en Stanford bajo la supervisión de Packenham. Wanderley, un antiguo "isebiano", que después del cierre del Instituto Superior de Estudos Brasileiros (ISEB) por la dictadura militar se convirtió en el líder del recién fundado Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro (IUPERJ), convenció a José Murilo de estudiar el papel de las élites políticas en la época de la construcción del Estado brasileño.[2] Como Guerreiro Ramos antes que él, Wanderley estudiaba el pensamiento político brasileño y tenía una visión positiva del proceso de *State Building* imperial: había logrado preservar la unidad territorial de la antigua América portuguesa y establecer un régimen político estable, a diferencia del destino de la mayoría de las antiguas colonias españolas.[3] Existía una tradición de artífices del Estado brasileño cuya praxis liberal se caracterizaba por un *autoritarismo instrumental*; pensadores que, conscientes de la condición atrasada y periférica de la sociedad brasileña, recurrían a la autoridad del Estado para modernizarla y acelerar la llegada de la modernidad capitalista.[4] José Murilo hizo suya la interpretación de Wanderley: las élites de Coímbra, *coimbrãs*, lideradas por José Bonifácio, fundadoras del Estado brasileño, aparecían como precursoras de los *saquaremas* (conservadores) del reinado de Don Pedro II –como el vizconde de Uruguay– y de los nacionalistas de la era de Vargas –como Oliveira Vianna–, culminando en los desarrollistas del ISEB en los años cincuenta y sesenta –como Guerreiro Ramos–.

La ciencia política behaviorista que José Murilo encontró en Estados Unidos se centraba en la disciplina de *política comparada*. En ella destacaba Gabriel Almond, cuyas obras reflejaban las preocupaciones políticas de la posguerra, cuando los antiguos imperios coloniales se desmoronaban y surgían nuevas naciones africanas y asiáticas, disputadas por estadounidenses y rusos en el contexto de la Guerra Fría. El nacionalismo también era característico de los países latinoamericanos. Admirador de la teoría elitista de la democracia basada en Pareto, Mosca y Michels, Almond fundamentaba sus investigaciones empíricas en una macroteoría del desarrollo político, influenciada por la sociología funcionalista de Talcott Parsons.[5] Desde el punto de vista de la estática, el sistema político se consideraba como un conjunto de estructuras estables cuyas funciones eran agregar intereses y procesar demandas sociales, devolviéndolas en forma de decisiones y políticas públicas. Debía ser estudiado en dos etapas, una estática y otra dinámica. Desde una perspectiva estática, el sistema era inicialmente examinado por sus

[1] La "vieja" ciencia política era la producida principalmente por ensayistas del campo del derecho, antes de la profesionalización del campo universitario de estudios de ciencia política durante la generación a la que José Murilo pertenecía, a partir de su posgrado en los Estados Unidos. Christian Edward Cyril Lynch, "Entre a "velha" e a "nova" ciência política: Continuidade e renovação acadêmica na primeira década da *Revista DADOS* (1966-1976)", *Dados - Revista de Ciências Sociais*, vol. 60, n° 3, julio-septiembre de 2017, p. 664.

[2] José Murilo de Carvalho, "Duas ou três coisas que sei sobre Wanderley", *Insight Inteligência*, n° 71, Río de Janeiro, 2015.

[3] Alberto Guerreiro Ramos, *Administração pública estratégia do desenvolvimento*, Río de Janeiro, Editora da FGV, 1966.

[4] Wanderley Guilherme dos Santos, *A imaginação política brasileira*, organización e introducción de Christian Lynch, Río de Janeiro, Revan, 2017.

[5] Richard Hyggott, "From modernization theoy to public policy: continuity and change in the political science of political development", *Studies in Comparative International Development*, invierno de 1980, pp. 26-58.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1486

mecanismos de alimentación (*inputs*): la socialización y el reclutamiento de élites, incluida la cultura política; la articulación y agregación de intereses en partidos políticos, así como en las burocracias civiles y militares; y las formas de comunicación, como la prensa escrita, la radio y la televisión. En una segunda etapa, era necesario investigar cómo las funciones gubernamentales procesaban esas demandas, devolviéndolas a la sociedad a través de la producción, ejecución y aplicación de leyes (*outputs*).[6] Desde el punto de vista de la dinámica, por otro lado, el sistema enfrentaba tres tipos de crisis: la de penetración e integración, durante la construcción del Estado (*State Building*) y de la nación, enfrentando a élites y poderes periféricos o internacionales; la de participación en el sistema político, causada por la incorporación de un porcentaje creciente de electores; y la de redistribución de la riqueza, provocada por las demandas socioeconómicas de las masas menos privilegiadas que ingresaban al sistema.[7]

Desde un punto de vista formal, José Murilo siguió el esquema behaviorista propuesto por Almond para analizar el sistema político del Imperio, al dividirlo en dos partes y organizar temáticamente sus capítulos. Su primera parte, "La construcción del orden", se dedicó al estudio de sus *inputs* o alimentadores: el modo de socialización de las élites, su cultura política predominantemente estatista, su modo burocrático de reclutamiento, la articulación y agregación de intereses en los partidos Liberal y Conservador, con una conclusión que explicaba la dinámica política resultante. La segunda parte, "Teatro de sombras", se centraría en los *outputs*: el centro de toma de decisiones (el Consejo de Estado), los mecanismos de extracción tributaria (el presupuesto) y las políticas legislativas referentes al esclavismo, la propiedad rural y las elecciones. Desde un punto de vista sustantivo, sin embargo, Murilo se benefició de la literatura posbehaviorista que se desarrollaba en un diálogo crítico con los supuestos etnocéntricos y teleológicos de la teoría de Almond y sus insuficiencias para explicar los fenómenos de cambio político.[8] De allí las referencias a Reinhart Bendix, Stein Rokkan, Shmuel Eisenstadt, Barrington Moore, Wright Mills, Aleksander Gershenkron, Charles Tilly e Immanuel Wallerstein. Se hablaba de *modernización conservadora*, *modernización desde arriba*, *revolución burguesa*, y de sus variaciones en el centro y en la periferia. También adoptó la orientación seguida por todos sus colegas de la primera generación de la "nueva" ciencia política de poner a prueba las hipótesis desarrolladas anteriormente por los ensayistas de la "vieja".[9] Casi todos los capítulos revisitaron la bibliografía anterior con el fin de confirmarlas en su totalidad o en parte, o refutarlas, mediante el empleo de un riguroso método empírico. Así fue como se produjo la tesis doctoral de José Murilo, denominada *Elite and State Building in Imperial Brazil* (1975). Después de ser revisadas y actualizadas, sus dos partes fueron publicadas bajo los títulos *A construção da ordem: a elite política imperial* (1980) y *Teatro de sombras: a política imperial* (1988). Desde el punto de vista de la escritura, el doctorando eligió un estilo claro y directo, pero elegante, evitando el exceso de citas o teorizaciones más generales.

José Murilo abrió su tesis doctoral con consideraciones teóricas generales sobre el proceso de construcción del Estado a partir de la categoría de *revolución burguesa*.[10] Esta categoría servía para comprender cómo el desarrollo de la economía capitalista y de la sociedad burguesa habría moldeado (o no) a la élite dirigente de cada Estado moderno. En los países pioneros, como Inglaterra y Estados Unidos, de la revolución burguesa surgieron Estados dominados por el Parlamento, en los cuales se asentaban élites políticas representativas de la sociedad: la nobleza rural mezclada con la burguesía, en el caso británico, y abogados, en el caso estadounidense. Por otro lado, en los países de revolución burguesa tardía, como Prusia, en

[6] Gabriel Almond y James Coleman (eds.), *The Politics in the Development Areas*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1960, pp. 26-52.
[7] Gabriel Almond y G. Bingham Powell, *Comparative Politics: A Developmental Approach*, Boston, Little, Brown and Company, 1966, pp. 35-37.
[8] Gerardo Munck, "Past and present of comparative politics", en G. L. Munck y R. Snyder (eds.), *Passion, Craft, and Method in Comparative Politics*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2007, pp. 48-49.
[9] Véase Lynch, "Entre a "velha" e a "nova" ciência política…", p. 672.
[10] Barrington Moore, *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World* [1966], Londres, The Penguin Books, 1974, p. XII.

los cuales la revolución habría sido impuesta desde arriba, el Estado terminó dominado por una combinación de Parlamento y burocracia. Por último, existían casos de revolución burguesa abortada, como el de Portugal, cuyo Estado habría surgido de manos de la burocracia en un contexto de pobreza de la nobleza y dependencia de la burguesía. En Brasil, la herencia burocrática del período colonial habría proporcionado la base para la unidad y estabilidad del país después de la independencia, contribuyendo de manera decisiva al éxito del proceso de construcción estatal. La cohesión de clase y de socialización de sus élites políticas habría sido reforzada por la homogeneidad ideológica propia del entrenamiento burocrático en el ámbito del derecho en la Universidad de Coímbra. No era un caso excepcional, sino más bien una norma en los países periféricos. En el Japón Meiji, en la Turquía de Ataturk, en la Rusia de Lenin y en la China de los mandarines, las élites burocráticamente entrenadas para el ejercicio del gobierno también habrían sido esenciales en el curso de sus procesos de *State Building*.

La hipótesis central desarrollada por José Murilo en su tesis doctoral era que, en contraste con la América hispánica, Brasil conservó su unidad política menos por la conservación de la monarquía, la esclavitud o los ciclos económicos, que por el alto grado de homogeneidad de sus élites dirigentes en la época de la independencia. Estas élites poseían tres características comunes: *socialización y formación* en una única universidad en la metrópoli (Coímbra), formación predominantemente en derecho y *reclutamiento* mayoritario para cargos burocráticos. Mientras tanto, en la América hispánica, numerosas universidades habrían formado élites con poca conexión entre sí o con España, lo que resultó en una visión más limitada y regionalista. Había casi una superposición entre la ubicación universitaria y la república que más tarde se formó en torno a ella. Otro factor explicativo propuesto por José Murilo fue la *cultura política* estatista y centralizadora de la educación *coimbrã*, en contraste con la más diversificada de las colonias españolas, también fuertemente influenciada por las órdenes religiosas. Una tercera característica de estas élites era la composición ocupacional, ya que la mayoría de la élite brasileña estaba formada por funcionarios públicos, especialmente magistrados, que tenían una gran influencia y eran considerados estadistas experimentados. En la América hispánica, los nativos eran excluidos de los altos cargos, lo que contribuyó a la ausencia de una élite unificada. Así, mientras la presencia de una élite unida, homogénea ideológicamente y orientada por el Estado en la antigua América portuguesa contribuyó al mantenimiento de la unidad del país y la adopción de un sistema monárquico centralizado, la fragmentación de las élites en la América hispánica resultó en su división en varios Estados independientes. La oposición más clara a la élite de magistrados en Brasil habría venido precisamente del clero que, al igual que en las antiguas colonias de España, tendía a ser más localista e influenciado por ideas subversivas de soberanía popular y republicanismo. La élite militar brasileña compartía la misma visión política que los magistrados, y reforzaba así la unidad ideológica y la orientación estatista.[11]

Esta élite política que erigió el Imperio, a la que José Murilo llamaría *coimbrã*, también contribuyó a modelar la naturaleza del Estado brasileño. Como en Portugal, la continuidad que caracterizó el proceso de independencia y el sistema monárquico centralizado establecido otorgó al aparato estatal un papel destacado en la vida del país. La fusión parcial entre la burocracia y la élite política daba la impresión de que no eran los grupos y clases sociales los representados en el Parlamento, sino el propio gobierno. Sin embargo, a diferencia de Portugal, Brasil tenía una clase de propietarios de tierras fuertemente dependiente del trabajo esclavo. La élite y el propio Estado dependían de la economía esclavista y apoyaban a la sociedad esclavista, ya sea de manera explícita o implícita, por gusto o a regañadientes. Sus principales intereses comunes eran el mantenimiento del orden y el control de la movilización política. La estabilidad del gobierno exigía una alianza entre la burocracia y los propietarios de tierras. Pero se trataba de una alianza inestable. Muchos miembros de la burocracia no tenían un compromiso fuerte con el sistema esclavista y creían que este retrasaba a Brasil. Por lo tanto, aunque el país dependía de la economía esclavista, la élite a menudo se desvinculaba de esos intereses y actuaba a favor de la reforma. En cuestiones específicas que

[11] José Murilo de Carvalho, *A construção da ordem & Teatro de sombras*, segunda edición, Río de Janeiro, Relume Dumará, 1996, p. 18.

afectaban de manera diferente los intereses económicos de los diversos sectores de las clases dominantes, la élite, especialmente su componente burocrática, era capaz de enfrentar un sector contra otro e implementar reformas importantes, incluso a expensas de la legitimidad política del régimen monárquico. Así, en lugar de una división dicotómica entre Estado y sociedad, o una representación mecanicista de los intereses de los propietarios de tierras por parte del Estado, la realidad política brasileña parecía más un campo de tensiones dialécticas que no llevaban a rupturas radicales, pero eran lo suficientemente dinámicas como para generar cambios políticos y sociales.[12]

Por último, José Murilo ofreció una contribución a la teoría de las élites. Ni Mosca ni Pareto habrían considerado la posibilidad de que las élites creadas y capacitadas para las tareas de gobierno pudieran reproducirse y afectar la naturaleza de los sistemas políticos. Era necesario investigar la naturaleza de estos grupos y las condiciones de su surgimiento. Una de sus características básicas era la homogeneidad. Cuanto más homogénea, mayores eran sus posibilidades de éxito.[13] Sin embargo, existían diferentes tipos de homogeneidad. La más obvia era la social, obtenida mediante el reclutamiento de la élite dentro de una clase o grupo social específico. Pero esta no era suficiente para generar una élite unificada. Necesitaba ser complementada por la homogeneidad ideológica, a través de una formación común que reforzara su unidad y les proporcionara habilidades especiales para el ejercicio de las tareas de gobierno. Estas élites tuvieron una importancia especial durante la fase de construcción del Estado, caracterizada por la delimitación de un territorio, el establecimiento de un sistema tributario, la organización de la justicia, el control de los medios de coerción física, etc. Serían especialmente eficaces en consolidar el poder político en el contexto de clases dominantes socialmente divididas, o de clases dominadas mal organizadas después de la revolución. Sin embargo, una característica tendería a permanecer constante. Operando dentro de la estructura del poder estatal, estas élites rara vez favorecían el surgimiento de una participación política autónoma. Si bien eran eficientes en la acumulación de poder, fallaban en su posterior distribución. En otras palabras: si estas élites favorecían la construcción del Estado, podían convertirse en un obstáculo para la posterior formación de la nación, especialmente cuando se trataba de aumentar la participación política.[14]

Cuando José Murilo defendió su tesis en 1975 la dictadura militar estaba en su apogeo y el mundo académico estaba dominado por el marxismo. Aunque progresistas, los politólogos que regresaban de su formación en Estados Unidos eran considerados conservadores por los marxistas. Este era un estigma especialmente entre el cuerpo docente del IUPERJ (ahora IESP-UERJ), donde José Murilo había ido a trabajar invitado por Wanderley. El tema específico de su investigación lo hacía aún más sospechoso. En un contexto de radicalización, solo había dos posibilidades para un estudio como este: o celebrar el Imperio en la derecha como una especie de abuelo de la dictadura, o repudiarlo en la izquierda por el mismo motivo. Su hipótesis de la autonomía relativa del Estado imperial, basada en un arreglo más complejo que la mera dominación de clase, disgustó a aquellos para quienes la monarquía brasileña no era más que un brazo del imperialismo británico y del latifundio esclavista. Lo mismo puede decirse de un estudio de las élites no comprometido con una visión crítica *a priori*. Tal vez por eso, al revisar la primera parte de la tesis para publicarla, José Murilo suprimió los agradecimientos a historiadores conservadores como Hélio Vianna y Oliveira Torres, así como las referencias a Gabriel Almond y Edward Shils.[15] Por otro lado, añadió a autores que conoció más tarde en Princeton, como Hayden White y Cliffort Geertz. Aun así, la recepción inicial de *A construção da ordem* fue fría, un hecho que lo dejó resentido, pero no arrepentido.[16] Cuando publicó la segunda parte de su tesis –*Teatro de sombras*–, ocho años

[12] *Ibid.*, pp. 212 y 213.
[13] *Ibid.*, p. 31.

[14] José Murilo de Carvalho, "Political Elites and State Building: The Case of Nineteenth-Century Brazil?", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 24, n° 3, julio de 1982, pp. 378-399.
[15] José Murilo de Carvalho, *Elite and State Building in Imperial Brazil*, Tesis de doctorado, Stanford, Stanford University, 1975, pp. 6, 39 y 41. Sin embargo, mantuvo las referencias a otros behavioristas, menos importantes para su tesis, como Laswell y Lipset (Carvalho, *A construção da ordem*, p. 41).
[16] Carvalho, *Duas ou três coisas que sei sobre Wanderley*.

más tarde, José Murilo se encontraba ya en medio de un giro más fuerte hacia la historia política y cultural, y en busca de un público más amplio, lo que contribuyó a suprimir aún más sus antiguas referencias teóricas y metodológicas.

A construção da ordem fue la génesis de la posterior agenda de investigación de José Murilo, que acabaría haciéndolo famoso. Una de sus convicciones más firmes era que el éxito de la construcción del Estado brasileño no se repitió en la construcción de la nación: hubo un momento propicio en las últimas décadas del Imperio, marcado por el movimiento de liberalización del país, del que la campaña abolicionista fue el mejor ejemplo. Pero el advenimiento de la República mediante un golpe de Estado habría sido una especie de huevo de la serpiente, responsable de muchas dificultades posteriores en el accidentado camino hacia la democracia, marcado por la inestabilidad, el militarismo y un liberalismo excluyente. Temas que desarrollaría en *Os bestializados* (1987*), La formación de las almas* (1990) y su obra de síntesis: *Cidadania no Brasil: o longo caminho* (1991). Su interés por el estudio empírico de las élites imperiales, especialmente del Poder Judicial, se reproduciría para el período republicano en *Forças Armadas e política no Brasil* (2004), donde se dedicó a una investigación detallada de la burocracia militar. En el campo de los estudios de cultura política, José Murilo estudió el pensamiento político de muchos otros grupos sociales: positivistas, militares, liberales radicales y abolicionistas. Escribió perfiles de intelectuales tan variados como Bernardo de Vasconcelos, João Francisco Lisboa, el vizconde de Uruguay, José de Alencar, Rui Barbosa, Miguel Lemos, Teixeira Mendes, Euclides da Cunha, Oliveira Vianna y Juarez Távora. También estudió la dimensión de la comunicación política, cuando él y sus colegas analizaron la prensa en *Guerra literária: panfletos da independência* (2014). Su estudio del pensamiento político brasileño fue relevante no solo por su cantidad, sino también por su método: además de ser vistos como intérpretes de Brasil, los intelectuales pasaron a ser considerados en el contexto histórico de su obra, dentro del cual habían actuado y sobre el cual habían reflexionado.

Todo ello se amalgamó ya en *A construção da ordem* y *Teatro de sombras*. Estas obras se caracterizan formalmente por el examen del proceso político empírico desde una perspectiva interdisciplinar, por la articulación entre ciencia política, historia y pensamiento brasileño. Desde un punto de vista sustantivo, se ocuparon de la formación de la cultura cívica y del funcionamiento de las instituciones. Al abordar viejas cuestiones mediante este enfoque, las dos obras anticiparon las tendencias de la nueva historiografía política de la década siguiente, principalmente de matriz francesa, con la que, sin embargo, aún no dialogaban. De ahí las afinidades con otra tesis doctoral, por ejemplo, defendida poco después: *México: del Antiguo Régimen a la Revolución* (1985), de François-Xavier Guerra. *A construção da ordem* y *Teatro de sombras* se han convertido en referencias imprescindibles para quien quiera una alternativa a los enfoques marxistas de análisis del período imperial. Entre las muchas obras que les han sido tributarias en el campo de la historia se encuentran *Corcundas e constitucionais: a cultura política da independência* (2003), de Lúcia Maria Bastos Neves, y *A politização das ruas: projetos de Brasil e ação política no tempo das Regências*, de Marcello Basile (2022). En el campo de la ciencia política, por el lado del institucionalismo desde una perspectiva histórica, solo recientemente han aparecido estudios empíricos en la misma línea, como *O Império revisitado: instabilidade ministerial, Câmara dos Deputados e poder moderador* (2012), de Sérgio Ferraz. Por el lado del pensamiento político, que dialoga fuertemente con la historia, el impacto fue mayor y puede medirse por la producción de sus doctorandos, donde destacan Heloisa Starling con *Lembranças do Brasil* (1997) e Isabel Lustosa con *Insultos Impressos: a Guerra dos jornalistas na independência* (1997). Pero esta influencia también puede medirse más allá de sus doctorandos, incluida la producción del autor de este artículo. En resumen, está claro que José Murilo estaba siendo demasiado modesto cuando dijo en una entrevista de 2010 que *A construção da ordem* "hoy ha superado en gran medida la prevención y ya cuenta con algunos lectores".[17] O falsamente modesto, lo que es más probable para un libro que ya está en su 15ª edición. □

[17] Angela Randolpho Paiva; Ricardo Ismael y Anelise Gondar, "Entrevista com José Murilo de Carvalho", *Desigualdade & Diversidade – Revista de Ciências Sociais* de la PUC-Rio, n° 7, julio-diciembre de 2010, pp. 236-238.

La seducción de un clásico: Os bestializados

Hilda Sabato
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Sobre *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a república que não foi.* San Pablo, Companhia das Letras, 1987.

"Sou do mundo, sou Minas Gerais": Con esta letra de Milton Nascimento, José Murilo de Carvalho inicia el prólogo de su exquisito volumen *Pontos e bordados. Escritos de história e política.*[1] Cinco palabras que retoma con refinada ironía para dar cuenta de las coordenadas vitales e intelectuales de su trayectoria. En esa contenida fórmula, llama la atención una ausencia, el Brasil, que sin embargo ocupa toda su obra, quizás como eslabón inevitable entre Minas y el mundo. Así, libros, artículos, notas y reflexiones ensayan una y otra vez interrogar el pasado, dar sentido a la historia de su país, prolongada en el presente que le tocó vivir. Pasión y distanciamiento, enojos y conciliaciones impulsan sus exploraciones de una realidad que, en cada vuelta, le ofrece nuevos interrogantes y desafíos.

Os bestializados. O Rio de Janeiro e a república que não foi,[2] publicado en 1987, representa un momento particular en ese recorrido, pues marca un giro en cuanto a sus preguntas y abordajes previos en una dirección que habría de profundizar en la década siguiente. Ese viraje suele señalarse cuando se revisa la obra de Murilo (así lo llamábamos), confirmado en diversas entrevistas por sus propias palabras, como estas pronunciadas en 2016, cuando señala su pasaje "del estudio de la formación del Estado, de las élites y de las políticas de gobierno, al estudio del pueblo y de la nación… ".[3] No se trata, sin embargo, de un punto de llegada definitivo sino apenas de una estación en su sostenida búsqueda por entender el Brasil. En este caso, el nuevo foco implica no solo la atención ahora puesta sobre "el pueblo", sino también un cambio en el tiempo, del Imperio a los inicios de la República; una variación en el espacio, con centro en la ciudad de Río de Janeiro, y, en función de todo ello, la incorporación de distintas perspectivas de análisis en el cruce de historias: política, intelectual, social, cultural. Mientras la primera parte de su trayectoria lleva la impronta de su formación sistemática en la ciencia política que se cultivaba por entonces en la academia norteamericana y en especial en la Universidad de Stanford, donde había cursado su doctorado, en la década de 1980 se abrió a las novedades que por entonces agitaban los debates en las ciencias sociales y las humanidades, para incorporar a sus estudios del pasado las perspectivas que ofrecían la antropología, la lingüística, la historia intelectual, y la sociología urbana y de la cultura, entre otros campos del saber. Estamos, pues, ante un libro que ensaya caminos nuevos tanto dentro de su propia trayectoria como en el contexto más amplio de la historiografía entonces predominante. En un momento en que estaban madurando cambios importantes en el abordaje de la vida política, sobre todo del largo siglo XIX, *Os bestializados* entró en sintonía con esas novedades y contribuyó creativamente a la renovación del campo, especialmente en América Latina.

El pueblo en la República

Ya el título de la obra es impactante. La fórmula de un pueblo "bestializado" fue acuñada por Aristides Lobo, en una carta publicada en la prensa no bien producida la proclamación formal de la República brasileña, el 15 de noviembre de 1889. Con ella, daba cuenta de su percepción respecto de un evento "de color puramente militar", sin colaboración civil y al cual "el pueblo asistió… bestializado, atónito, sorprendido, sin saber lo que significaba".[4] Y Murilo la recupera para enunciar el interrogante

[1] José Murilo de Carvalho, *Pontos e bordados. Escritos de história e política*, Belo Horizonte, Editora UFMG, 1987.
[2] José Murilo de Carvalho, *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a república que não foi*, San Pablo, Companhia das Letras, 1987.
[3] "El largo camino de la ciudadanía en Brasil: entrevista a José Murilo de Carvalho", a cargo de Natalia López Rico, *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, n° 6, abril de 2016, p. 168.
[4] https://imagensehistoria.wordpress.com/tema-1-republica-velha/carta-de-aristides-lobo/ (He traducido al castellano esta y las demás citas de su original en portugués).

clave de su pesquisa, referido a "la concepción y la práctica de la ciudadanía política entre nosotros…". Se trata –nos dice– "del problema de la relación entre el ciudadano y el Estado, el ciudadano y el sistema político, el ciudadano y su propia actividad política" (p. 10). Encuentra en la observación de Lobo y en las de otros contemporáneos que iban en una dirección semejante el punto de partida para abordar esa cuestión, que será el eje de este libro y seguirá luego en el centro de sus reflexiones. La transición entre Imperio y República resulta un momento clave en ese sentido, y Río de Janeiro, capital nacional en rápida transformación, se presenta como un observatorio privilegiado de la vida política y, en particular, del lugar de pueblo en ese tránsito. Así, a lo largo de doscientas apretadas páginas, el libro avanza en forma envolvente, hasta alcanzar el núcleo de su argumento: el pueblo de Río desarrolló formas de participación social y política propias, vigorosas estructuras de acción colectiva que no respondían a los modelos esperados de ciudadanía republicana, pero a su vez muy alejadas de aquellas imágenes de un pueblo inerme, impotente, "bestializado", acuñadas en los años del cambio de régimen.

De esta manera, Murilo se introduce en el largo debate que atraviesa la ensayística brasileña sobre la adhesión o la indiferencia del pueblo frente a la República y, en relación con ello, sobre su vínculo con la monarquía en retirada. Pero al mismo tiempo, no se propone intervenir en esa disputa para dirimir sus términos sino que ofrece un abordaje mucho más productivo: la indagación sobre las características del pueblo en el contexto de la transición, los marcos institucionales y conceptuales que operaban como parámetros de su relación con el nuevo régimen y, sobre todo, las formas con que ese pueblo participaba de la vida política en la ciudad, según códigos, prácticas y tradiciones que le eran propios.

Río, ciudad rebelde

En el comienzo de su recorrido está Río de Janeiro, la ciudad que "pasó durante la primera década republicana, por la fase más turbulenta de su existencia" (p. 15). El cambio de régimen político aceleró transformaciones que, en las postrimerías del Imperio, ya estaban en marcha en todos los planos de la vida urbana, desde los aspectos materiales relacionados con el crecimiento de la población, los problemas de infraestructura, las estrecheces de una economía inflacionaria potenciada por la especulación financiera, hasta la puesta en crisis de valores y reglas morales que habían modelado las relaciones sociales por décadas. Estas nuevas realidades, que se sumaban a la abolición de la esclavitud sancionada poco antes, alimentaron un clima creciente de insatisfacción social y protesta política, que puso a la ciudad en ebullición. Todo ello potenciado por el lugar que Río ocupaba en la arquitectura política del país, como capital y principal centro comercial y administrativo, y como fachada de la flamante república. En ese marco, explica Murilo, los sucesivos gobiernos apuntaron a "neutralizar" a la ciudad y sus actores más rebeldes, para lo cual no solo buscaron tejer alianzas hacia el interior del Brasil sino también desactivar el poder municipal en Río y los canales existentes de vinculación de la ciudadanía local con su gobierno. Lejos de cumplir con sus promesas de una mayor intervención popular en los asuntos públicos, la República cerraba puertas y concentraba poder en la cúpula. El pueblo, por su parte, heterogéneo y fragmentado, desplegaba otras formas de participación, conformaba comunidades locales, "repúblicas" que se organizaban por fuera de los marcos oficiales.

Esas prácticas son la materia de los capítulos centrales, previo paso por el mundo de las ideas y las representaciones, esto es, de las formas en que se concebía la ciudadanía en los lenguajes políticos a fines del siglo XIX. Así, el segundo capítulo lleva por título "República y ciudadanías", con un elocuente plural que anuncia la diversidad de propuestas en circulación en torno a esa categoría clave del universo republicano. Representaciones, ideas sistemáticas y mentalidades colectivas se entrecruzan en estas páginas para ofrecer un panorama vigoroso de contraposición y disputa por los sentidos de la ciudadanía. La voluntad disciplinadora del nuevo régimen, que se nutrió de una versión restrictiva de principios e instituciones liberales vigentes ya en el Imperio tardío, limitó las posibilidades de ampliación de derechos civiles y políticos. Frente a ella, surgieron con fuerza otras formas de entender la ciudadanía que confrontaron entre sí y con la versión oficial desde posturas que abrevaban con

diversos grados de fidelidad en el republicanismo radical, el positivismo, el anarquismo y el socialismo, entre otras constelaciones ideológicas. Fragmentadas y dispersas, estas manifestaciones no lograron demasiados éxitos concretos en sus planteos de mayor inclusión, pero alimentaron el clima de malestar, indiferencia o rechazo hacia el régimen que primó durante la primera década de la República. Aquí Murilo suma evidencias del distanciamiento entre gobierno y pueblo, a la vez que da cuenta de la diversidad y la riqueza social y cultural de los actores en juego.

Pueblo y ciudadanías

Se llega así al "pueblo" abstracto de la soberanía popular y a los ciudadanos concretos de la Río de Janeiro devenida centro de la República. Visitantes extranjeros y publicistas locales oscilaban entre el diagnóstico de la falta de espíritu público, de la indiferencia del pueblo fluminense, que juzgaban prácticamente inexistente, y la expresión de alarma ante lo que algunos consideraban un exceso de pueblo, cuando hacían su irrupción la protesta y la rebeldía de la multitud, la plebe, fuera de los cánones esperables y expectables. Estas visiones contrapuestas son elocuentes, pues transmiten el desconcierto de los observadores frente a una población que no respondía a sus expectativas y aspiraciones. A su vez, sostiene Murilo, no dicen mucho sobre esa población misma, y a ello dedicará el grueso de los capítulos III y IV.

En este punto, el libro procede por pasos para identificar algunos rasgos demográficos básicos que refieren a cuestiones nodales a la hora de definir una ciudadanía política: estructura ocupacional, condición nacional, perfil etario, tasa de alfabetización. A partir de esta información, y de la que refiere a la legislación sobre derechos políticos, se recorta un universo de ciudadanía potencial limitada por restricciones de edad, sexo y dependencia personal habituales en los sistemas representativos del siglo XIX. En ese contexto, el Brasil imperial había mostrado una extensión del sufragio relativamente amplia para la época, que encontraría un freno, paradójicamente, con la instauración de la República. Así, si bien el nuevo régimen introdujo reformas modernizadoras, como el voto directo para elegir representantes y la baja en la edad para su emisión, al excluir a los analfabetos redujo sustantivamente el umbral de inclusión previo. Como resultado, en comparación con las últimas décadas imperiales, las elecciones de la temprana era republicana mostraron una abrupta disminución de la participación ciudadana. En Río, el 80% de la población quedaba formalmente excluida del derecho de sufragio, mientras entre el 20% restante no eran pocos los que se abstenían de ejercerlo. He aquí la cuestión clave para la interpretación de Murilo, pues esa autoexclusión los convertía formalmente en "ciudadanos inactivos", ajenos a esa instancia presuntamente decisiva de la vida política en la República. Para la mayoría votar era –así interpreta el historiador– un acto inútil a la vez que peligroso, manejado desde arriba, previsible en sus resultados y que convocaba solamente a una muy pequeña parte del pueblo. No ve allí, sin embargo, indiferencia política o falta de espíritu cívico, sino el resultado de un sistema que tornaba la ciudadanía política en "caricatura" (p. 89).

La contracara: esos mismos ciudadanos devenían "activos" al reaccionar frente a aquellas acciones del Estado y de quienes ejercían el poder que afectaban su vida cotidiana y vulneraban lo que consideraban sus derechos. Aquí Murilo deja de lado el enfoque analítico que preside el resto del libro para narrar un acontecimiento: la revuelta contra la vacuna, en noviembre de 1904. A lo largo de cincuenta páginas convoca diferentes voces, testimonios, documentos policiales, y sobre todo crónicas periodísticas, para construir un relato coral de la protesta. Amplios y diversos sectores de la población se rebelaron contra la disposición oficial que obligaba a vacunarse contra la viruela y establecía penalidades severas a quienes se negaran a hacerlo. La medida fue resistida de inmediato, y mientras el debate público se tornaba cada vez más acalorado, se desataron reacciones violentas que fueron escalando a medida que pasaba el tiempo y el gobierno no daba señales de retroceder. Murilo sigue los acontecimientos día por día, el crescendo a la disputa, las versiones que se iban superponiendo, los actores que se sumaban a la acción por diferentes motivos, las medidas de represión que, a pesar de su intensidad, no lograban frenar el descontento popular. Así el relato mismo provee las claves para una interpretación que da cuenta de la dinámica del hecho, de sus causas y

motivaciones múltiples, de sus variados actores y de la intensidad de la participación popular en toda su diversidad. Se trataba de "una revuelta fragmentada en una sociedad fragmentada" (p. 138). Si comenzó como una defensa de derechos civiles vulnerados, pronto se convirtió en un hecho político que buscó, y logró, poner límites a la acción arbitraria del gobierno. No era, por cierto, una acción prevista por las reglas establecidas de la ciudadanía formal, pero mostró el vigor y el dinamismo de una ciudadanía de hecho que desafió a la autoridad.

Esta descripción densa opera como evidencia para desarmar la visión de un Río "sin pueblo". A la riqueza de fuentes se suma la maestría literaria de Murilo para crear un relato potente de un acontecimiento singular que, sin embargo, aspira a dar cuenta de una realidad que lo contiene y lo excede: la existencia de un pueblo activo compuesto por ciudadanos listos para hacer oír su voz, defender sus derechos, organizarse y actuar colectiva, aunque no unificadamente, cuando se veían amenazados desde el poder. Si la revuelta de la vacuna puede entenderse como un caso límite por la virulencia que alcanzó la reacción popular, al mismo tiempo revela la existencia de un complejo universo de representaciones y prácticas populares originales, propias, no reductibles a los esquemas previstos por los modelos ideales.

El último capítulo está dedicado, precisamente, a explorar indicios de ese universo en el mundo cotidiano de la ciudad. Mientras fracasaban los intentos de movilizar desde arriba, la población intervenía una y otra vez en el espacio público, en asociaciones de distinto tipo, en manifestaciones colectivas y en las fiestas populares, entre otras expresiones de su accionar desde abajo. Pero ¿por qué ese contraste entre una indiferencia persistente a los mecanismos formales de participación política y "el comportamiento participativo en otras esferas de acción" (p. 146)? Para atender a ese interrogante, Murilo cambia de registro discursivo. En clave analítica y a partir de referencias teóricas y comparativas, explora respuestas que no siempre se ensamblan bien con las imágenes polifacéticas desplegadas en las páginas precedentes, pues exceden la capacidad explicativa de las conceptualizaciones propuestas.

De todas maneras, esa incursión por territorios más abstractos permite a Murilo avanzar en una interpretación general que aspira a desarmar la figura del pueblo "bestializado", y da paso a una conclusión final, vértice del poderoso edificio argumental desplegado hasta allí. En pocas páginas retoma de manera comprimida las líneas maestras de su argumento: la república "que no fue", consolidada sobre la exclusión popular, y la ciudad "que no tenía ciudadanos". En contraposición, nos dice, "Impedida de ser república, la ciudad mantenía sus repúblicas, sus nudos de participación social… Estructuras comunitarias que no encajaban en el modelo contractual del liberalismo dominante en la política…". Sobre esa base se fue construyendo "la identidad colectiva de la ciudad", una ciudad cuya "capacidad de participación comunitaria" no devino, sin embargo, "en capacidad de participación cívica". Y dado que la "República no republicanizó la ciudad", se pregunta si no habrá llegado la hora de que la ciudad busque redefinir a la República, según su propio "modelo participativo" (pp. 163-164).

Un clásico

Esta última invocación al presente nos brinda, quizá, una nueva clave para volver a leer este libro atrapante, que es a la vez un agudo ejercicio de deconstrucción discursiva, un elaborado trabajo de reconstrucción histórica, y una finísima creación literaria con Río de Janeiro y su pueblo como protagonistas. Asimismo, ha sido y sigue siendo una fuente de inspiración e ideas para estudiar la política y su historia. Por una parte, el propio Murilo continuó desde allí para dar forma a otras dos obras fundamentales: *A formação das almas. O imaginario da República no Brasil*, de 1990,[5] y *Desenvolvimiento de la ciudadanía en Brasil*, de 1995.[6] Por la otra, *Os bestializados* tuvo un gran impacto entre historiadores y científicos sociales, en un momento de intensa revisión de las formas

[5] Editado en San Pablo por Companhia das Letras, el libro fue más tarde traducido al castellano y publicado en la Argentina por la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes en 1997.

[6] La primera edición salió en castellano por el Fondo de Cultura Económica y el Fideicomiso de Historia de las América de El Colegio de México. Se publicó luego en portugués en el Brasil, donde tuvo numerosas reediciones y una actualización en 2014, con un capítulo agregado para cubrir los últimos diez años de esa historia.

de analizar la política del siglo XIX, en particular en América Latina. En tiempos de transiciones a la democracia en varios países de la región, la cuestión de la ciudadanía pasó a ocupar un lugar central en la discusión pública. En ese clima, comenzó una tarea de interrogación sistemática de las versiones más tradicionales sobre el pasado del sistema representativo, el sufragio y las elecciones, a la vez que se ampliaba la noción de participación para incorporar dimensiones que hasta entonces no aparecían asociadas a la ciudadanía política. Este concepto extendió así sus fronteras, para atender a múltiples formas de intervención en la esfera pública y política por parte de una población diversa que excedía la figura del ciudadano elector, figura esta que fue, a su vez, objeto de innovadores estudios.

En ese marco, las originales propuestas de José Murilo de Carvalho ejercieron un fuerte atractivo para la renovación historiográfica en la región. Impactó la heterodoxia metodológica de *Os bestializados*, su rigor analítico combinado con maestría literaria, y la economía de un texto a la vez preciso y desbordante. Así, supo recurrir críticamente a influencias teóricas diversas para dar sentido a un riquísimo material documental, literario, de imágenes, ideas y representaciones sin subsumirlo en un gran relato pero intentando a la vez proponer una interpretación contundente de la historia que quería contar. De esta manera, hizo apuestas fuertes y polémicas, que han sido y siguen siendo insumos decisivos para el debate intelectual y político de nuestro tiempo. Por sobre todo, compuso esta obra estupenda, que se ha convertido en un clásico. □

El largo camino de la ciudadanía

Arno Wehling
Academia Brasileña de Letras

Sobre *Cidadania no Brasil. O longo caminho*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2001.

Los trabajos de José Murilo de Carvalho se basaron en la preocupación por identificar las estructuras de poder en Brasil y particularmente en el Estado brasileño en su relación con la sociedad. Por esta razón, la búsqueda de la "construcción del orden" lo llevó a estudiar las élites y las corporaciones, incluidos los militares, que dirigieron el proceso, sin olvidar la otra cara: los "bestializados" de Aristides Lobo. Por su naturaleza, estos trabajos estaban dirigidos a un público especializado.

Cidadania no Brasil: O longo caminho, a pesar de cumplir con los requisitos científicos habituales, tenía como objetivo llegar a un público más amplio, con el que José Murilo había estado buscando dialogar desde la década de 1990 a través de artículos en la prensa, realizando, como él mismo decía, un nuevo aprendizaje para la elaboración de los textos.

José Murilo utilizó las varias dimensiones de la ciudadanía caracterizadas por T. A. Marshall en su libro de 1950, *Citizenship and social class*, que a su vez desarrollaba las sugerencias de otro sociólogo, L. T. Hobhouse, cuyo libro *Morals in Evolution*, publicado en 1916, discutía el problema de la sumisión impersonal a la ley y sus transformaciones en función de los cambios sociales.

Marshall analizó el tema de la evolución de la ciudadanía en el contexto específico de la Inglaterra del siglo XIX, identificando en una sucesión relativamente lineal la afirmación sucesiva de derechos civiles, políticos y sociales. Este fue también el enfoque que José Murilo adoptó para el caso brasileño, observando desde el principio que en Brasil no se aplicaban tales pasos, sino que más bien se confundían y atropellaban.

Es un libro pequeño, denso y simultáneamente accesible, todas razones que seguramente contribuyeron a su éxito. En el capítulo introductorio, "Mapa del viaje", enuncia las reglas del juego que pretende adoptar, definiendo el concepto de ciudadanía, la inserción en el Estado-nación del siglo XIX, la crisis contemporánea de este y los nuevos problemas generados para la vida de los ciudadanos, sin dejar de recordar su naturaleza de "fenómeno histórico".

El interés permanente por el desarrollo de la historicidad de la ciudadanía en Brasil, sin caer en actitudes esencialistas ni en ataduras evolucionistas, queda en evidencia a lo largo de los cuatro capítulos del libro. La síntesis se basa en una periodización de trazos amplios, que comprende los "primeros pasos", desde la colonia hasta 1930, la "marcha acelerada" de 1930 a 1964, "paso atrás, paso adelante (1964-1985)", que abarca el período militar, y "la ciudadanía después de la redemocratización". El cierre discute la "ciudadanía en la encrucijada", reflexionando sobre los efectos de la inversión brasileña de la sucesión analizada por Marshall.

La inversión, explicada por los factores estructurales de la formación del país –latifundio, esclavitud, patrimonialismo, patriarcalismo–, provocó la precedencia de los derechos políticos respecto de los civiles. Más aún: hizo que los derechos sociales fueran implantados o ampliados por dictaduras, consolidando el patrimonialismo, estimulando el corporativismo y evidentemente generando la preeminencia del Poder Ejecutivo en la política brasileña, lo que impregnó a su vez toda la cultura política de Brasil. Desde ahí, estimular el surgimiento de liderazgos carismáticos y la consecuente desvalorización del Legislativo era un paso bastante lógico.

Toda esta trayectoria fue acompañada por José Murilo con una observación atenta de la historiografía y, simultáneamente, con una mirada creativa sobre las fuentes documentales. La reflexión que elabora la hipótesis de la inversión de los derechos adapta a Brasil el esquema de Marshall y busca convencer al lector con evidencias y argumentos sólidos, incluso cuando discrepa de interpretaciones habituales o consagradas por la repetición o por supuestos ideológicos.

José Murilo reconoce que la inversión atendía a los intereses y necesidades de la élite política desde la independencia hasta 1930, al otorgar derechos civiles y políticos anteponiéndolos a los sociales. Después de 1930, el mismo proceso se repitió, pero esta vez con los derechos sociales, también otorgados por el poder.

En el primer caso, el de la precedencia de los derechos políticos antes de la efectiva

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1488

consecución de los civiles, el argumento se entrelaza con la interpretación de que la independencia y el proceso político posterior habrían sufrido una "ausencia de pueblo". La tesis, como recuerda José Murilo, fue formulada inicialmente por Eduardo Prado a partir de la figura del carretero en el cuadro *Proclamação da Independência*, de Pedro Américo, y encontró amplia resonancia en la historiografía y más allá de ella para destacar el carácter supuestamente artificial y superestructural del proceso.[1]

José Murilo concuerda con una fuente –Louis Couty, en la década de 1880– y un observador participante e inteligente de la realidad brasileña, hoy poco recordado, Gilberto Amado, para quienes el principal problema político de Brasil hasta 1930 consistía en la ausencia de una población políticamente organizada. Sin embargo, plantea dos reservas.[2]

La primera sostiene que hubo dos movimientos significativamente relevantes para el compromiso político de la población: la campaña abolicionista, marcada por su transversalidad social, que iba desde la aristocracia (naturalmente pensaba en Joaquim Nabuco) hasta diferentes segmentos de la sociedad, incluidos activistas negros; y el "tenentismo", que tuvo una intensa actividad política a partir de principios de la década de 1920.

En la segunda reserva, observa que la concepción de Couty, al igual que la de Gilberto Amado, se centraba en el formalismo, como él mismo hacía hasta cierto punto. Pero era insuficiente para dar cuenta de la pluralidad de movimientos sociales, en los cuales habían surgido manifestaciones tales como el sentimiento de identidad nacional y las preocupaciones por la limpieza electoral, desde los conflictos de la época de la independencia, seguidos por las rebeliones de carácter popular surgidas durante el período regencial, los movimientos sucesivos contra la ley de reclutamiento de las décadas de 1870 y 1880, la revuelta de los "quebra-quilos" y los episodios de Canudos, la revuelta de la vacuna y la guerra del Contestado.

Se oponía, así, a corrientes historiográficas más o menos fundamentadas en la concepción de la "ausencia de pueblo", que restringían la acción política a los procesos electorales y a la rotación de las élites en el poder, ya fueran los liberales y los conservadores en el Imperio o el "rotativismo mineiro-paulista" de la República Vieja (1889-1930).

En cuanto a la atribución de los derechos sociales, especialmente en la coyuntura de 1930-1945 (aunque reconoce alguna que otra acción aislada anterior), destaca la aparente paradoja de que coincidiera con los "serios retrocesos" de los derechos políticos en la misma época. Por eso mismo utiliza el subtítulo "derechos sociales en la delantera" para explicar el proceso en el cual se reconocieron amplios derechos laborales, que culminaron con la promulgación de la CLT (Consolidación de las Leyes del Trabajo), en un contexto de baja o nula participación política y precarios derechos civiles, es decir, durante la dictadura del Estado Novo (1937-1945). El fenómeno, como señaló, se produjo también con la legislación sindical, debido a la imposición del dilema libertad sin protección versus protección sin libertad, proceso que, tras la constitucionalización posterior a 1945, retornaría en el período posterior a 1964, hasta 1985.

Acompañando en este sentido la mayoría de los análisis de historiadores y otros científicos sociales sobre el varguismo, concluyó que la inversión del orden de los derechos, yuxtaponiendo los derechos sociales a los políticos y muchas veces sacrificando estos últimos, no perjudicó a Getúlio Vargas, cuyo liderazgo pasó de ser tradicional a ser populista. Sobre la particular relación entre derechos sociales y ciudadanía, señaló el trabajo pionero de su colega del Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro (IUPERJ) Wanderley Guilherme dos Santos, con su libro *Cidadania e justiça. A política social na ordem brasileira*, de 1979.

Otra tradición historiográfica reconocida en la obra es aquella que considera la distinción entre el país formal de las leyes y el país real en el plano sociopolítico y económico. Se refiere al voto como una realidad muy diferente de la proclamada por los legisladores: en lugar de una participación consciente en una sociedad política, la dependencia de un jefe local. Y añadía: "el voto

[1] Pedro Américo de Figueiredo e Melo, *Independência ou morte /ou/ O Grito do Ipiranga* (1888), Museu Paulista de la USP. Entre las muchas interpretaciones del cuadro, Consuelo A. B. D. Schlichta, *A pintura histórica e a elaboração de uma certidão visual para a Nação no século XIX*, Curitiba, UFPR, 2008 (tesis de doctorado).

[2] Louis Couty, *L'Esclavage au Brèsil*, París, Guillaumin, 1881, pp. 20 y 190; Gilberto Amado, *Discursos parlamentare*s, selección e introducción de Homero Senna, Brasilia, Câmara dos Deputados, 1979, p. 154.

era un acto de obediencia forzada o, en la mejor de las hipótesis, un acto de lealtad y gratitud".

No es difícil encontrar allí el eco de algunos liberales del Imperio, como Joaquim Manuel de Macedo en la novela *A carteira do meu tio*, o posteriormente las críticas de Euclides da Cunha, Alberto Torres y Oliveira Viana a lo que genéricamente se llamaba "idealismo constitucional".[3] Para José Murilo, el fenómeno, que comenzaba por el impedimento a la consolidación de los derechos civiles, se arraigaba en cuestiones estructurales, como la esclavitud, con su negación objetiva de la condición humana, la gran propiedad, "protegida de la acción de la ley", y el patrimonialismo, es decir, el compromiso del Estado con el orden privado.

El diagnóstico, a pesar de la complejidad de los problemas discutidos, en particular los obstáculos para la consolidación de una ciudadanía más ampliamente ejercida en el país, sin embargo, no es completamente sombrío, y sería injusto considerarlo como otra lamentación sobre los "factores adversos" de la formación brasileña.[4] Por el contrario, la conciencia de las dificultades puede ir acompañada de vías de solución, como una reforma política, que podría llevar al perfeccionamiento de una democracia política que, "aunque imperfecta, permita gradualmente ampliar el disfrute de los derechos civiles, lo que a su vez podría fortalecer los derechos políticos, creando un círculo virtuoso en el que también se beneficiaría la cultura política".

Wishful thinking? Tal vez, pero apoyado fácticamente en momentos históricos de otras sociedades donde se dio tal perfeccionamiento.

Otras dos vías que José Murilo consideraba, moderadamente, en su estilo reticente de Minas Gerais, eran la reciente valorización de la democracia tanto por parte de la izquierda como de la derecha, el desarrollo de ONG sin los vicios del "estadismo" y del corporativismo, y la acción de los gobiernos municipales definiendo políticas públicas y presupuestos participativos con mayor intervención de la población.

El tema del ejercicio y la ampliación de la ciudadanía, y la propia amplitud del concepto, se reveló, en el pasaje del siglo XX al siglo XXI, como uno de los más candentes problemas de Brasil, si no el mayor, tanto en sí mismo como por la percepción de una parte significativa de la población. No es de extrañar que *Cidadania no Brasil. O longo caminho* haya sido y siga siendo recurrente en los medios de comunicación, en el ámbito académico –incluyendo programas de posgrado en diversas áreas– y en la retórica política. Este factor seguramente ayuda a entender, además del mérito intrínseco del libro, su éxito editorial.[5]

Tengo la convicción de que José Murilo de Carvalho lo escribió –además de que fue una preocupación transversal en su obra– estimulado por un leitmotiv, al cual ya me he referido en ocasiones durante eventos en la Academia Brasileña de Letras con motivo de sus 70 y 80 años, y que menciono aquí porque fue avalado por él mismo: la inquietud y el malestar ante la persistente supervivencia de lo arcaico en Brasil, o dicho de otra manera, el peso de la historia.

Esta supervivencia se manifestaba, como le gustaba reiterar pedagógicamente, en la tetralogía latifundio-esclavitud-patrimonialismo-patriarcalismo, lo que hacía que estudiar la historia del país fuera, como decía Goethe, un esfuerzo permanente por liberarse del pasado. □

[3] Joaquim Manuel de Macedo, *A carteira do meu tio*, Porto Alegre, L&PM, 2010, p. 130; Euclides da Cunha, *À margem da história. Obras Completas*, Río de Janeiro, Nova Aguilar, 2009, vol. I, p. 264; Alberto Torres, *A organização nacional*, San Pablo, CEN, 1978, p. 151; Francisco José de Oliveira Viana, *O idealismo na evolução política do Império e da República*, San Pablo, Estado de São Paulo, 1922, p. 80.

[4] Eodoro Lincoln Berlinck, *Fatores adversos na formação brasileira*, San Pablo, Ipsis, 1948, p. IX.

[5] Más de veinte reediciones desde su publicación en 2001.

La República tutelada

Lilia M. Schwarcz
y Heloisa M. Starling

Sobre *Forças armadas e política no Brasil*, San Pablo, Todavia, 2005.

El golpe de Estado que ocurrió en Brasil en 1964 tomó a casi todos por sorpresa, incluido José Murilo de Carvalho, quien en ese entonces era estudiante de sociología y política en la Universidad Federal de Minas Gerais. "¿Cómo fue posible que nadie hubiera previsto ese tipo de golpe, aunque todos hablaran, y muchos pensaran, en el golpe?",[1] se preguntó innumerables veces mientras intentaba reflexionar sobre lo que había sucedido: "¿Cómo fue posible ignorar los cambios por los que habían pasado las Fuerzas Armadas, responsables de su nueva postura?".[2]

La sorpresa fue esa. El golpe de Estado en 1964 fue algo sin precedentes en la historia de Brasil y no siguió la lógica de los intentos anteriores protagonizados por las Fuerzas Armadas entre 1945 y 1961, recordaría José Murilo en una entrevista en 2002.[3] Hasta entonces, los militares irrumpían en la escena política nacional y luego devolvían el poder a los civiles y regresaban a los cuarteles. La asunción del general Castelo Branco el 15 de abril de 1964 marcó el comienzo de un cambio completo en el sistema político, sustentado por medio de la colaboración activa entre militares y sectores civiles interesados en implementar un proyecto de modernización asociado al capital multinacional y respaldado en un formato abiertamente dictatorial, es decir, por un gobierno que no estaba constitucionalmente limitado.

Los golpistas victoriosos en 1964 sabían que gobernar es tener el control de la maquinaria estatal, y la interferencia fue profunda. Requirió la configuración de un nuevo marco jurídico, la implementación de un modelo de desarrollo económico, el establecimiento de un aparato de información y represión política con ramificaciones en todo Brasil, y el uso de la censura como pieza fundamental para desmovilizar y suprimir el disenso. El área sensible del nuevo sistema político estaba en el control de las Fuerzas Armadas sobre la presidencia de la República.

En 1964, los militares asumieron el gobierno de manera inconstitucional, se otorgaron a sí mismos poderes de excepción, revocaron estos poderes cuando les pareció conveniente, y cinco generales del Ejército se alternaron en el mando del Ejecutivo: Castelo Branco (1964-1967); Costa e Silva (1967-1969); Garrastazu Médici (1969-1974); Ernesto Geisel (1974-1979); João Figueiredo (1979-1985), además del corto período de una Junta Militar, compuesta por los ministros del Ejército, la Marina y la Aeronáutica, entre agosto y octubre de 1969. La experiencia democrática de la Segunda República (1946-1964) se hizo pedazos; el gobierno militar duraría veintiún años y en Brasil comenzaba una larga dictadura.[4]

En el Brasil republicano, el experimento democrático se desmoronó únicamente por la fuerza de los golpes de Estado. Y es importante recordar: ya hayan sido exitosos o fracasados, fueron frecuentes en la vida política brasileña del siglo XX. En un golpe de Estado no hay una corrosión gradual y silenciosa de la democracia: el cuerpo político es asaltado por una secuencia de acciones cuyo objetivo es la conquista del poder a corto plazo. Para tener éxito se debe actuar rápido. Los golpes son intervenciones radicalmente ilegales para derrocarlo todo: transgredir el orden jurídico y político, anular la Constitución, invalidar toda la legislación vigente. Preferentemente, deben resolverse en cuestión de días. Tampoco pueden dejar la menor duda en la población de que ha ocurrido un evento inequívoco, y que se ha cruzado la línea que separa la legalidad del arbitrio. Un golpe de Estado no tiene como objetivo librar una batalla

[1] José Murilo de Carvalho, "Prefácio à primeira edição", en J. M. de Carvalho, *Forças armadas e política no Brasil*, San Pablo, Todavia, 2005, p. 10.
[2] José Murilo de Carvalho, "1964, meio século depois", *Nova Economia*, Belo Horizonte: FACE y UFMG, enero-abril de 2014, p. 2.
[3] Entrevista con José Murilo de Carvalho, en J. G. V. de Moraes y J. M. Rego, *Conversas com historiadores brasileiros*, San Pablo, Editora 34, 2002, p. 167.
[4] Para el golpe de 1964, véanse: Lilia M. Schwarcz y Heloisa M. Starling, *Brasil: uma biografia*, San Pablo, Companhia das Letras, 2015; René Armand Dreifuss, *1964: A conquista do Estado*, Petrópolis, Vozes, 1981; Carvalho, *Forças Armadas e política no Brasil*.

sorda y permanente con las instituciones democráticas. Por el contrario, su éxito depende de la eficiencia técnica, la rapidez de ejecución, el cálculo adecuado de costos y beneficios, además de la capacidad estratégica y táctica del liderazgo golpista.

En la práctica, los golpes son actos tácticos potencialmente violentos que utilizan medios excepcionales, y atentan contra las leyes y la Constitución. Tienen un ritmo y una dinámica propios e incluyen distintas fases de realización. Su inicio depende de una conspiración bien urdida que avanza hacia la conquista y conservación del poder. La mayoría de las veces, el núcleo golpista proviene de alguna área del funcionariado público permanente, incluidas las fuerzas militares, policiales y de seguridad, todos empleados del Estado. Estallan en una dinámica de crisis de la que se benefician sus protagonistas, quienes son capaces de comprender que están frente a una circunstancia institucional con potencial disruptivo de la cual es posible aprovecharse para apropiarse ilegalmente del control político en beneficio de sus intereses particulares o de los grupos involucrados en la acción.[5]

José Murilo escribió *Forças Armadas e política no Brasil* para reflexionar sobre lo sucedido en 1964. Prácticamente no existía en Brasil una bibliografía académica que analizara las características de las Fuerzas Armadas, y entre 1974 y 1977 publicó parte de los resultados de lo que sería una extensa investigación sobre el papel político de los militares en nuestra historia republicana. Inicialmente, presentó sus primeras conclusiones en forma de un capítulo escrito para el penúltimo volumen de la colección História geral da civilização brasileira, dirigida por Boris Fausto. Pero el resultado final de su estudio sobre los militares aún tardaría: *Forças Armadas e política no Brasil* recién se publicó en 2005.

El libro se elaboró en el entrelazamiento entre historia, análisis político y sociología, y llegó a las librerías con la fuerza suficiente para provocar un cambio en los estudios sobre el tema. *Forças armadas e política no Brasil* impuso una nueva línea de interpretación y un enfoque capaz de orientar los estudios posteriores sobre el comportamiento político de los militares. Su punto de partida busca comprender el origen y las evoluciones sufridas a lo largo del tiempo por el proyecto intervencionista de las Fuerzas Armadas. Y la forma en que este proyecto se sostuvo en el argumento injustificable de que a los militares les correspondía ejercer un "poder tutelar" con una actuación inmediata cuando entraran en conflicto con los demás poderes de la República.

La definición de las Fuerzas Armadas como un actor político cuyo propósito es ejercer la tutela sobre la República naturalmente no se origina ni en los acontecimientos inmediatamente anteriores al golpe de 1964 ni en la conspiración que reunió a la élite empresarial brasileña con los generales de la Escuela Superior de Guerra en la preparación y ejecución de un esfuerzo bien orquestado de desestabilización del gobierno de João Goulart. El camino fue otro, y José Murilo encontró las bases de sustentación para la conducta política intervencionista de las Fuerzas Armadas en el estudio de la institución militar y sus formas de organización interna, desde la Primera República. Comprender el entorno y el modo en que se comporta la institución militar fue decisivo para escrutar las propuestas de intervención y las opciones de acción política, asumidas tanto por la oficialidad como por las tropas a lo largo de nuestra historia republicana.

El Ejército politizado surgió en el Imperio, en el contexto de la guerra del Paraguay; sin embargo, las Fuerzas Armadas solo se convirtieron en un poder desestabilizador durante la Primera República brasileña. Si bien la institución militar fue la aliada más sólida y confiable de la dictadura del Estado Novo, implantada en el país entre 1937 y 1945, en 1945 el Ejército emergió con un proyecto propio: quería ser visto como la encarnación de las aspiraciones nacionales y consideraba estar por encima de los intereses regionales o partidarios. Fue entonces cuando la institución militar se transformó en algo cualitativamente diferente y, políticamente hablando, mucho más peligroso. Se convirtió en una fuerza de sesgo intervencionista, convencida de su capacidad para formar una élite con visión nacional y preparada para entrar en la escena pública reclamando legitimidad propia; y los

[5] Para una definición de los golpes de Estado y sus capas de significado, véanse: Newton Bignotto, *Golpe de Estado: história de uma idéia*, Río de Janeiro, Bazar do Tempo, 2021; Marcos Napolitano, "Golpe de Estado: entre o nome e a coisa", *Estudos Avançados*, San Pablo, vol. 33, n° 96, mayo-agosto de 2019; Marcos Roitman Rosenmann, *Por la razón o la fuerza: historia y memoria de los golpes de Estado, dictaduras y resistencias en América Latina*, Madrid, Siglo XXI, 2019.

generales actuarían movidos por esta convicción a lo largo de nuestra historia republicana. El entonces ministro de Guerra de Getúlio Vargas, el general Góis Monteiro, formuló la estrategia que José Murilo llamó "intervencionismo tutelar": "Siendo el Ejército un instrumento esencialmente político", afirmaba el general, su comando había "acabado con la política *en el* Ejército para que los militares pudieran llevar a cabo libremente la política *del* Ejército".[6]

A partir de 1945, los generales asumieron ese nuevo rol. Perdieron en 1945, 1954, 1955, 1956, 1959, 1961. Vencieron en 1964. Algo de esta convicción intervencionista permanece hasta hoy. Es parte de la fragilidad de nuestra república, analiza José Murilo, en un capítulo escrito especialmente para la reedición del libro, en 2019, y que examina los signos de resurgimiento de la interferencia de los militares en la vida pública nacional. En los últimos treinta años, las Fuerzas Armadas han sufrido numerosas modificaciones: la composición social ha cambiado, la formación y los valores no son los mismos. Pero la atribución de papel político a la institución militar está sancionada en cinco de las siete constituciones hechas después de la independencia, y se mantiene, aunque de manera ambigua, en el artículo 142 de la Constitución de 1988. Es sintomático que no haya habido ni siquiera un intento de cambio en los treinta años de gobierno civil que siguieron al final de la dictadura militar; esto sirve como una trampa y estamos atrapados en ella, subraya.

El problema no tiene una respuesta fácil. Si las Fuerzas Armadas están constitucionalmente autorizadas a intervenir en la escena pública en nombre de garantizar la estabilidad del sistema político, el riesgo es real. Esta autorización funciona como un obstáculo para la consolidación de las prácticas democráticas. Es como si nuestra República necesitara un bastón, y les entregara a los militares el papel político de tutela, observó José Murilo.[7]

Quizás el deseo de comprender lo que sucedió con el país, y de alguna manera, con su propia vida, haya funcionado como un desencadenante. Y en el sentido de urgencia despertado por la coyuntura de 1964 se encuentra el origen del sentimiento que llevó a José Murilo a buscar conceptos y palabras para entender las señales de que algo está mal en Brasil. Algo salió mal en nuestro deseo de futuro, y reflexionar sobre esto con claridad organizó su pensamiento e interpretación sobre el país: "Somos un pueblo que vive de sueños deshechos", afirmó en 1999.[8] También es posible identificar el tema del intervencionismo militar en la base de la estructura que organiza este recorrido. Los militares claramente son parte del problema, insiste José Murilo, pero el nudo estaba en otro lugar: sería necesario aproximarse al pasado para conocer de cerca Brasil y comprender por qué motivos algo no se cumplió en nuestro proyecto de nación. Posiblemente comenzó ahí su esfuerzo por entender el país –y no solo una parte de nuestra historia–, lo que lo llevaría a alinear preguntas que se hizo de modo insistente en artículos y libros. Por ejemplo: ¿cómo entender el saldo negativo de un país donde las oportunidades de modernización política – instituciones sólidas, libertad, igualdad y bienestar social– son reales, pero los resultados siempre están por debajo de lo planeado y la ciudadanía sigue siendo esquiva?

José Murilo nunca dejó de cuestionarse sobre Brasil, y son esas preguntas las que proporcionan los andamios que sostienen su obra.[9] En la práctica, son ellas las que ofrecen los temas y organizan el conjunto de ideas que pretende investigar, y constantemente aparecen entrelazadas unas con otras en sus libros: ¿Por qué el país avanzó en sentido contrario, desde la formación del Estado hacia la fundación de la nación? ¿Cuál es el grado de participación del pueblo en la vida pública nacional? ¿Y por qué todo sale mal incluso cuando nuestras posibilidades de superar la miseria, modernizar una sociedad profundamente desigual y garantizar modos de fortalecer la ciudadanía son concretas?

Evidentemente, no se trata de construir un Brasil en negativo, con héroes sin heroísmo y una

[6] José Murilo de Carvalho, "Forças Armadas e política, 1930-45", en *Forças armadas e política no Brasil*.
[7] José Murilo de Carvalho, "Uma República tutelada", en *Forças armadas e política no Brasil*.

[8] Entrevista com José Murilo de Carvalho, "Um país frustrado", *O Tempo*, 19 de diciembre de 1999. pp. 4 y 5.
[9] Para José Murilo de Carvalho y la construcción de su obra, véase: Lilia M. Schwarcz y Heloisa M. Starling, "José Murilo de Carvalho", en L. M. Schwarcz y H. M. Starling (eds.), *Três vezes Brasil. Alberto da Costa e Silva, Evaldo Cabral de Mello, José Murilo de Carvalho*, Río de Janeiro, Bazar do Tempo, 2019.

historia sin acontecimientos. José Murilo de Carvalho no es un autor atrapado entre el pesimismo, la fuerza del destino o el énfasis en la construcción de una especie de "historiografía de la falta", de naturaleza algo bovarista, como dirían Lima Barreto y Sergio Buarque de Holanda, un sentimiento que provoca una evasión en el imaginario y lleva al historiador a idealizar un Brasil diferente de lo que es.[10]

Forças Armadas e política no Brasil es un libro emblemático en la obra de José Murilo de Carvalho, ya que lleva algunas de sus marcas inconfundibles. Una de ellas es la composición de una forma de escritura difícil de definir. Combina y equilibra diversos ingredientes: descripción factual; trama construida a partir de un concepto –en este caso, el intervencionismo militar materializado por el ejercicio del "poder tutelar" de la República–; reconocimiento del detalle, lo disonante, lo discontinuo como esencial para la comprensión del argumento; análisis interesado en explorar la dimensión política del acontecimiento. La otra es el uso intensivo y la multiplicidad de fuentes. No exactamente un ensayo ni una narrativa, el método de escritura es una tercera forma propia: ofrece flexibilidad al campo de la historia, rebasa los límites estrechos de la especialización y entabla diálogos improbables y no previstos con otras áreas del conocimiento, especialmente la teoría política y la sociología. Por último, si bien el análisis suele ser contundente, en la interpretación, no pocas veces, deja escapar un comentario irónico, sutil y típico. Prueba de cómo su propia subjetividad irrumpía en la escritura, siempre clara y certera.

Al explorar el país para decirnos qué era, sus libros buscan principalmente entender a los brasileños y brasileñas que fuimos y que deberíamos o podríamos ser. Este entendimiento es esencial para reflexionar sobre el presente y, por supuesto, para intervenir de manera positiva en un país que sin duda necesita ser mejor que el Brasil que tenemos hoy. Más democrático y, por ende, más plural e inclusivo.

Además, las respuestas encontradas por José Murilo están lejos de proporcionar un balance final; la función es otra. Facultan al lector una comprensión más amplia y consistente de lo que posiblemente la contemporaneidad brasileña aún oculta. Lo cierto es que, en su conjunto, su obra orienta una manera republicana de pensar y sentir Brasil. En el presente y en la construcción de una imaginación política de futuro. □

[10] Lima Barreto, "O destino da literatura" [1921], en L. Barreto, *Impressões de leitura*, San Pablo, Brasiliense, 1956, p. 57; y Sérgio Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, San Pablo, Companhia das Letras, 2006, pp. 183-184.

La ciudad letrada: *nuevas miradas sobre un clásico*

A propósito de Ángel Rama, *La ciudad letrada. Un ensayo*, Barcelona, Trampa ediciones, 2024 (edición al cuidado de Nora Catelli y Edgardo Dobry, con prólogo de Adrián Gorelik).

Esta nueva edición de *La ciudad letrada* se publica en el 40° aniversario de la primera. Como dicen los editores en una nota inicial, "pocas veces en la historia moderna de la edición latinoamericana y española un libro de crítica ha circulado tanto y de tantas maneras" como este: fue publicado siempre por pequeñas editoriales de alcance bastante restringido, lo que no impidió que se convirtiera en un clásico. Esta nueva edición presenta algunas novedades. La principal es que se realizó con el auxilio del archivo que Amparo Rama, hija del autor, ha formado en Montevideo. Así, en primer lugar, el libro ha recobrado el subtítulo que Rama había indicado en la versión final mecanografiada: el título completo es ahora *La ciudad letrada. Un ensayo*. En segundo lugar, a través de la correspondencia y de la propia evidencia de esa versión mecanografiada se pudieron explicar las condiciones de producción del libro y, sobre todo, quedó aclarado el hecho de que Rama lo había dejado terminado antes de su trágica muerte en un accidente aéreo en noviembre de 1983, zanjando finalmente la cuestión de su presunto carácter inconcluso.

Prismas tiene el gusto de publicar las intervenciones en la presentación de esta nueva edición, que se realizó en Buenos Aires en mayo de 2024, en las que Facundo Gómez y Gonzalo Aguilar ensayan nuevas hipótesis de lectura sobre este clásico. En el número anterior de la revista, en esta misma sección, se había dado cuenta de la publicación en 2022 de un epistolario muy completo de Rama (*Una vida en cartas. Correspondencia 1944-1983*), lo que confirma el renovado interés que el crítico uruguayo tiene para la historia intelectual latinoamericana.

Un ensayo después de las catástrofes

Facundo Gómez
CONICET / Centro de Historia Intelectual, Universidad Nacional de Quilmes

Un hallazgo de archivo

Mi primer encuentro con la obra de Ángel Rama fue en las clases de literatura latinoamericana. Calculo que varios hemos tenido la misma experiencia: leer sus trabajos clásicos sobre el modernismo, la gauchesca o la transculturación supuso el encuentro con un proyecto intelectual que traspasaba los límites de la crítica y apostaba por una jugada reflexión sobre nuestras letras, plenamente imbricada en la historia, la sociedad y la cultura. Lo que podemos llamar "la operación Rama", es decir, la conjunción entre la lectura minuciosa de los textos, la riqueza de sus hipótesis, la pasión por lo latinoamericano y la entonación utópica funcionó por entonces como inspiración para pensar la literatura por fuera de las inflexiones más usuales en la academia. También fue una recurrente invitación al debate y a la polémica. Entiendo que algo de eso se cruza ante cada lector que se asoma a su obra: la sensación de estar frente a una crítica distinta, que incomoda, incita, interpela.

Gran parte de estos atributos se condensan en sus libros más clásicos. Y se comprueban, aunque con rasgos específicos excepcionales, en *La ciudad letrada*, un texto que siempre me resultó difícil, excesivo, resbaladizo. En parte por el tema, en parte por el enfoque: la propuesta de interpretar el sentido en que lo urbano y lo letrado, el saber y el poder se entrelazan en América Latina a lo largo de los siglos, desde la colonia hasta principios del siglo XX, ha sido para mí un desafío de lectura notable. Además, padecí el extrañamiento que ha sido resaltado numerosas veces por la bibliografía especializada, disparado por la lectura de un ensayo de Rama que prácticamente no analiza textos literarios ni indaga fenómenos claves de la literatura latinoamericana. A eso se le suma la entonación pesimista, que se aleja de algunos de sus textos más ilustres y de su confianza en el rol de los intelectuales en pos de la integración y la emancipación del subcontinente. Casi ninguno de estos elementos aparece con la misma potencia en *La ciudad letrada*, lo que refuerza su notable particularidad, que demanda una lectura detenida y amplia, atenta a sus complejas operaciones y apuestas críticas. Por eso, el prólogo que Adrián Gorelik escribió para la presente edición resulta tan esclarecedor: no solo reconstruye el proceso de producción del concepto y aporta hipótesis sugerentes sobre el texto, sino que recompone una serie de elaboraciones sobre el estudio de la ciudad latinoamericana que iluminan la lectura y nos orientan en los sinuosos caminos de la obra.

Además de los nombrados, *La ciudad letrada* presenta otro desafío: los kilos (hoy podríamos hablar de "gigas") de bibliografía que han sido escritos sobre la noción y sus fundamentos teóricos e historiográficos. De hecho, en muchos ámbitos académicos, especialmente el norteamericano, Ángel Rama es identificado justamente por ser el autor de este volumen, el que, junto a *Transculturación narrativa*, se lee como su obra paradigmática. A veces, con un sentido conclusivo de sus trabajos; en ocasiones, en solitario, como si todo el proyecto del uruguayo estuviera condensado en sus páginas. Mientras elaboraba mi tesis de doctorado sobre su crítica literaria y su praxis intelectual, tuve que lidiar con estas situaciones.[1] Y decidí trazar tres movimientos. El primero fue desplazar el lugar de *La ciudad letrada*: en vez de leer el libro como una síntesis totalizadora, lo pensé en su preciso contexto de producción, como una intervención puntual, sensible a las inquietudes y circunstancias de Rama en ese momento. El segundo fue poner a dialogar la obra con textos previos que pautan inflexiones y descubren aspectos claves de su argumentación. El tercero tuvo mayores consecuencias: intenté llegar a la versión manuscrita del texto para suspender, al menos por un instante, el peso del aparato paratextual y bibliográfico que se cernía sobre él. La aventura de archivo como sacudimiento de las ideas recibidas: acceder a los originales fue una oportunidad para repensar los sentidos de la obra desde su materialidad más palpable.

[1] Véase Facundo Gómez, *Por una crítica latinoamericanista: la praxis intelectual de Ángel Rama*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2019.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1490

El encuentro se dio hacia 2015, en mi segunda visita al archivo que, con tanta responsabilidad, amor y generosidad, resguarda Amparo Rama. En la pared de una habitación atiborrada de libros, papeles y fotos se hallan las carpetas azules que alojan los papeles privados de Rama, que su hija logró salvar de los exilios y las mudanzas. Al menos veinte de ellas contienen el inmenso epistolario, con cartas firmadas por Rodolfo Walsh, Pablo Neruda, Héctor Libertella, José María Arguedas, Italo Calvino, José Bianco, entre otros cientos de intelectuales con los que Rama había confraternizado, discutido, conspirado. Una pequeña muestra de estos intercambios se puede leer en el monumental *Una vida en cartas. Correspondencia 1944-1983*, editado por Rosario Peyrou y Amparo (Montevideo, Estuario, 2022). Las demás carpetas reúnen materiales de encuentros académicos, recortes de diarios, copias de sus artículos en la prensa, prólogos, capítulos de libros colectivos, traducciones, borradores e inéditos. Incluso hay algunas que guardan facturas, balances contables y demás documentación vinculada con sus proyectos editoriales.

Así fue como, en julio de ese año, subido a una inestable escalera plegable, hice un poco de equilibrio y fuerza y llegué a la caja 66. Entre las carpetas interiores 4 y 7 se hallaban los originales de *La ciudad letrada*. Yo abrí los documentos con la idea de encontrarme con hojas borroneadas, corregidas una y mil veces, inconexas, reunidas y anotadas por extraños. Y no. Lo que había frente a mis ojos era una copia mecanografiada, abrochada, con apenas algunas correcciones y con un índice sólido y acabado. Con dedicatoria, punto final y plena coincidencia con el libro que yo había leído fotocopiado hacía años y que tenía en mis manos para cotejar los cambios. Lo único disímil era el subtítulo, que la edición de Nora Catelli y Edgardo Dobry –con justicia y lucidez, pero también con un poco de audacia– se ha encargado de restituir. "Un ensayo" rezaba la portada. *La ciudad letrada. Un ensayo* era el título que había rubricado Ángel Rama hacia 1983.

El agregado resplandecía. A pesar de que varios autores, como Beatriz Colombi o Liliana Weinberg, habían ya resaltado el carácter ensayístico de la obra, entendí que el subtítulo hablaba de una exploración de sentidos, de una jugada especulación, dada al interior de búsquedas y coyunturas entrecruzadas. De alguna manera, mi posición frente a su carácter situado y tentativo adquirió más sustento. Avancé entonces con la idea de indagarlo como parte de una serie de inflexiones y cambios en su discurso crítico que empezaron a desarrollarse en los últimos años de su trayectoria intelectual.

Cuando releí el libro en la nueva edición de Trampa (Barcelona, 2024), me di cuenta de que la noción de ensayo no solo aparecía en el subtítulo, sino que también se repetía dos veces en el "Agradecimiento" que abre el volumen. En la primera línea, la palabra aparece para esclarecer la genealogía del término y recuperar las instancias previas de enunciación. Dos páginas después, se la menciona para definir las dos operaciones centrales de una obra que, según Rama, "*explora* la letrada servidumbre del poder y *aboga* por la amplia democratización de las funciones intelectuales" (p. 57, cursivas mías; todas las citas son sobre esta nueva edición). La frase señala la hipótesis e indica sus objetivos. Pero más importante aún es la significación de los dos verbos: explorar y abogar. Lectura crítica y toma de posición. Análisis y programa. Erudición y utopía: los aspectos distintivos de una praxis intelectual apasionada que encuentra en la ciudad letrada un objeto de pesquisa y enjuiciamiento, pero también de balances, autocrítica y proposición.

La ciudad letrada, un ensayo desde el último exilio

Para captar mejor tales modulaciones es preciso ubicar las reflexiones de Rama sobre la ciudad letrada en el seno de las múltiples prácticas intelectuales que despliega desde su llegada a los Estados Unidos en 1979. Al entramar la escritura del libro con otras intervenciones, es posible releer el texto y detectar en las hipótesis que presenta una instancia clave de balance y reformulación de su pensamiento crítico, atravesada plenamente por los vaivenes de su biografía y también por un horizonte histórico acechado por las derrotas.

Hacia principios de la década del ochenta, Rama se encuentra involucrado en varios proyectos simultáneos. Hay tres que guardan estrecha relación con las apuestas principales de la obra. El primero es la continuación de sus labores como parte de la Biblioteca Ayacucho, la

editorial estatal venezolana que el uruguayo creó en Caracas junto a José Ramón Medina en 1974. Hasta 1979 Rama se desempeña como director literario de la empresa, que busca publicar los clásicos de la literatura y el pensamiento latinoamericano. Luego de su alejamiento de Venezuela, el crítico sigue ligado a la editorial y aprovecha su estancia en Estados Unidos para buscar allí manuscritos originales en diversos archivos y bibliotecas. Es en esta instancia de su trayectoria cuando se sumerge en las letras y la cultura colonial, un período de la historia latinoamericana al cual apenas se había dedicado antes. Como es evidente, en ese encuentro con lo colonial se cifra gran parte de las hipótesis de *La ciudad letrada*.

El segundo proyecto de relieve es aquel que lo empuja a investigar el desarrollo de la cultura latinoamericana desde el siglo XVIII hasta principios del XX. Esta aventura intelectual se inicia en el Wilson Center, donde Rama trabaja sobre el período 1750-1830; luego, gracias a una beca Guggenheim, prosigue en París, esta vez con el foco puesto en la etapa que va desde 1830 al 1900. Algunos de los frutos de estas dos indagaciones serán los artículos "Autonomía literaria latinoamericana" y "Modernización literaria latinoamericana", respectivamente, que presentan interpretaciones e hipótesis que luego serán recuperadas en *Las máscaras democráticas del modernismo*, el otro libro póstumo de Rama que presenta varios puntos de contacto con *La ciudad letrada*.

El tercer proyecto con el que está fuertemente comprometido es la iniciativa historiográfica de Ana Pizarro, quien logra el apoyo de la Asociación Internacional de Literatura Comparada para producir una nueva historia de las letras latinoamericanas desde la perspectiva comparatista. A pesar de sus reparos iniciales, Rama luego se involucra plenamente con la idea. En la reunión de Campinas de 1983, el crítico adquiere un rol protagónico y logra un primer diseño historiográfico basado en muchas de sus ideas. Esta inflexión del trabajo de Rama es relevante, porque en *La ciudad letrada* se pueden comprobar ecos de las jornadas de Campinas, vinculados a la lectura de las letras coloniales durante la conquista y el virreinato, su lugar en una historia de la literatura latinoamericana y los conflictos civilizatorios que expresa esta producción para el devenir de la cultura en la región.

La multiplicidad de tareas y el tesón demostrado en cada una de ellas no ocultan un desgarramiento notable en su subjetividad por esas fechas, que aparece expresado de forma elocuente en su *Diario 1974-1983* (Buenos Aires-Montevideo: El Andariego-Trilce, 2008). Es que hacia 1982 ocurre un episodio fatal en su biografía: luego de años de residencia en Estados Unidos, el Servicio de Inmigración le niega la renovación de su visa bajo la insólita acusación de "subversión comunista". Aunque organiza una campaña continental de denuncia ante el atropello y recibe un amplio apoyo de colegas, instituciones y figuras políticas, Rama no logra torcer la embestida burocrática y es obligado a abandonar el país. Parte entonces rumbo a Francia, en cuya capital se instala junto a Marta Traba y donde vive hasta su muerte, en el trágico accidente de aviación de 1983 en el aeropuerto de Barajas, Madrid.

Este último exilio acontece de manera desprevenida y despiadada, en una instancia de la vida de Rama que demanda estabilidad laboral, residencia permanente y una mayor dedicación a las tareas académicas. Sobre la expulsión se acumulan otros dolores y frustraciones: la constatación de que, ya sea en Uruguay, Puerto Rico, Venezuela o los Estados Unidos, el poder político juega de manera arbitraria con los sujetos de acuerdo con sus opacos intereses; la ingenuidad, impotencia, complicidad o conveniencia de los intelectuales ante estos mismos poderes, que los usan y los desechan; la fatal caída en una espiral de ataques, difamaciones y venganzas ideológicas entre colegas; la dificultad de quitarse de encima el aura de militante procubano que parecía portar dentro y fuera de América Latina, a pesar de su distanciamiento de la isla tras el caso Padilla.

El "Agradecimiento" de *La ciudad letrada* presenta referencias explícitas y veladas a esta situación tan dramática, que pareciera sobredeterminar la diatriba antiintelectual y la condena ahistórica contra los letrados latinoamericanos. Sin embargo, leído con atención, el ensayo presenta aristas que difieren de la entonación pesimista central. Algunas de ellas han sido subrayadas por Gorelik en el prólogo, sobre todo en relación con los últimos capítulos. Otras han sido anotadas por autores como Javier García Liendo, quien ha destacado el impacto del surgimiento de un público lector

en la función de los intelectuales, cuyas prácticas –de cara a los nuevos mercados, técnicas, espacios y circuitos– se transforman y diversifican de forma sustancial.[2] La opción del ensayo como forma, en su carácter de género de creación, fundamenta estas lecturas que van más allá de los sentidos establecidos y evidentes de *La ciudad letrada* y permiten entrever la inestabilidad y tensión que la situación del intelectual en la sociedad contemporánea presenta en el pensamiento de Ángel Rama hacia 1983. Un camino complementario para tal tentativa implica ir hacia atrás y recuperar una de sus reflexiones más sustantivas sobre las enseñanzas y desafíos implicados en la cruel experiencia del exilio.

Letrados e intelectuales tras la derrota

En 1978, Ángel Rama publica en la revista *Nueva Sociedad* su famoso texto "La riesgosa navegación del escritor exiliado", un clásico en la reflexión sobre la diáspora latinoamericana de la década del setenta. Además de intentar narrar y problematizar la experiencia de su generación, el crítico se explaya sobre lo que él denomina como "literatura de derrotados": un tipo de producción intelectual que prosigue tras una derrota histórica colosal. Se trasluce aquí una idea de catástrofe, que arrasa con los usuales diagnósticos y programas y que impulsa a los escritores a pensar y problematizar a través de sus obras los motivos, posibilidades, balances de las etapas históricas cerradas. Por reflejo, solemos asociar la noción de derrota con la de pesimismo. No obstante, el crítico enfatiza que lo particular de estas creaciones es que buscan entender lo sucedido bajo una perspectiva menos urgente y más equilibrada con respecto a los juicios, las tareas y los objetivos. Es, por lo tanto, una elaboración superadora, que permite imaginar un futuro posible a partir de un análisis sin complacencias ni idealizaciones sobre los pasos previos y las posibilidades reales de cambio. Explica Rama: "Porque una literatura de derrotados no es forzosamente una renuncia al proyecto transformador, sino un paréntesis interrogativo que permite avizorar los conflictos en su mayor latitud".[3]

La idea del paréntesis interrogativo es fértil para revisitar los últimos años de trabajo del crítico. Podríamos pensar que en este proceso de suspensión de certidumbres y necesidad de cabales balances se dan varias vueltas sobre algunos de sus objetos de estudio favoritos. El surgimiento y la significación de la "nueva novela latinoamericana", los procesos culturales en los que se inserta el modernismo, el sentido del proyecto intelectual de Arguedas, los caminos de la crítica latinoamericana son algunos de los tópicos que Rama retoma, corrige, reformula a partir de textos e intuiciones previas. Lo hace a la luz de una derrota que es generacional, pero también individual: a la crisis de los proyectos emancipadores y la imposición de las dictaduras en el Cono Sur, se le suman las esquirlas del último exilio.

En *La ciudad letrada*, uno de los signos de la debacle histórica aparece cifrado en torno a 1973. Al periodizar lo que él denomina "la modernización latinoamericana", la fecha aparece como una delimitación temporal que indica "una nueva ruptura mundial" (p. 202). De forma más nítida, Rama refiere a un "catastrófico período que se abre hacia 1973 y que solo diez años después ha desvelado su insostenible gravedad" (p. 168). El umbral histórico entonces se fija sobre ese fatídico año, en el que una catástrofe parece arrasar las esperanzas de liberación y desarrollo de América Latina. Quizás deberíamos hallar en estas alusiones y en otras dispersas por la obra la conocida propuesta de Rama de que *La ciudad letrada* pase de la historia cultural a la "cuasi biografía" (p. 168): además de la crisis mundial y el inicio de una nueva etapa de contrarrevolución en América Latina, 1973 también alude al inicio de la dictadura uruguaya y la decisiva transformación de su migración voluntaria en un exilio político que ya no le permitirá volver a su patria. Por lo tanto, si bien el viraje queda postergado y finalmente no podemos leer qué fue de la ciudad letrada hacia mediados de siglo, sí podemos afirmar que el texto fija su punto de vista, de manera consciente y programática, tras el abismo de los

[2] Véase Javier García Liendo, *El intelectual y la cultura de masas. Argumentos latinoamericanos en torno a Ángel Rama y José María Arguedas*, West Lafayette/Indiana, Purdue University, 2017.

[3] Ángel Rama, "La riesgosa navegación del escritor exiliado", *Nueva Sociedad*, n° 35, marzo-abril de 1978, p. 13.

setenta. A él Rama se asoma años después para terminar por afiliarse a la literatura de derrotados, producida desde el exilio, pero obsesionada por entender qué pasó y cómo proseguir.

Entonces, la autoinculpación letrada de la obra se encuadra en esta exploración acerca de las causas de un fracaso que es colectivo, pero también autobiográfico. Pero si el paréntesis interrogativo entraña también actitud comprometida y visos de esperanza, entonces deberíamos también poder registrar tales inflexiones en la obra. Las hay, en efecto, principalmente hacia los últimos capítulos, cuando el letrado tradicional se transforma en un intelectual que opera en un mercado de bienes y capitales, en una sociedad politizada que se masifica y que abre un nuevo horizonte hacia intervenciones más despegadas de la sombra colonial del Estado. Ahora bien, es justo reconocer que esta parte de la argumentación está apenas desarrollada, lo que justifica que el libro haya sido leído sobre todo como un ejercicio de autocrítica, que destila escepticismo y desencanto. En ese sentido, la reivindicación de la función histórica y social de los intelectuales se descubre mejor en otros trabajos contemporáneos de Ángel Rama, como "Un pueblo en marcha", el prólogo que escribe para un volumen de ensayos latinoamericanos, publicado en Alemania hacia 1982, o en "Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración", la ponencia que presenta en el encuentro de Campinas.[4]

Si *La ciudad letrada* forma parte entonces de un amplio balance histórico, elaborado hacia 1983, es posible entrever en los resquicios, torsiones e incertidumbres de sus capítulos finales no solo una interrupción arbitraria, sino una apuesta abierta e inacabada. El ensayo, entonces, implica una especulación que cuestiona, pero no condena; que fustiga, pero no cancela. Ángel Rama, desde su último exilio, analiza la tradición letrada latinoamericana, sus miserias y complicidades, y reflexiona, luego de las catástrofes, sobre el nuevo rol de los intelectuales en una sociedad radicalmente transformada. □

[4] La versión original de "Un pueblo en marcha" ha sido recuperada a partir del hallazgo del manuscrito en el archivo personal del crítico y fue incluida en el volumen de ensayos latinoamericanistas de Ángel Rama titulado *América Latina, un pueblo en marcha* (Biblioteca Básica Latinoamericana/ Fundación Darcy Ribeiro, 2022). Por otro lado, "Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración" forma parte de *La literatura latinoamericana como proceso* (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985), el libro editado por Ana Pizarro que recupera los debates del encuentro de Campinas.

Ángel Rama y las seducciones del antiintelectualismo

Gonzalo Aguilar
Universidad Nacional de San Martín /
Universidad de Buenos Aires

La ciudad letrada puede leerse como el resultado de una paradoja fecunda: después de un extenso recorrido como escritor y crítico literario y siendo él mismo producto de un país marcado por una intensa actividad intelectual, Ángel Rama escribe un libro que está recorrido por cierto impulso antiintelectual o, al menos, por una postura acusadora del papel de los letrados en el vínculo que establecieron con la sociedad y el poder. Anclado en la idea de que la ciudad latinoamericana fue un "parto de la inteligencia" y el resultado de una alianza entre el poder y el saber letrado, el crítico uruguayo la desarrolla en más de doscientas páginas y en un período que abarca desde el siglo XVI hasta bien entrado el siglo XX. Para usar la conocida metáfora de Isaiah Berlin, en este libro Rama no se mueve como un zorro –tal era su costumbre– sino que se comporta como un erizo: concibe *una* idea y la pone a prueba a lo largo de toda la historia americana.[1]

La paradoja resulta más curiosa aún si se la confronta con el hecho de que la segunda edición en castellano del libro, en diciembre de 1984, casi simultánea a la publicación original de Ediciones del Norte, funcionó de algún modo como la presentación pública de la Fundación Internacional Ángel Rama. Se trata de un hecho inédito que, hasta donde yo sé, no se produjo con casi ningún otro intelectual latinoamericano: el acta inaugural de la Fundación, que seguiría sacando otros libros póstumos de Rama, está firmada por el entonces presidente de Uruguay, Julio María Sanguinetti, y los presidentes de la Argentina, Raúl Alfonsín, y de Colombia, Belisario Betancourt; los expresidentes de Venezuela, Luis Herrera Campins y Carlos Andrés Pérez, y, como si esto fuera poco, y consagrándolo como intelectual trasatlántico, el presidente de España, Felipe González. No conozco un caso igual de tantos presidentes apoyando a un intelectual, a un crítico literario podríamos decir, para alegría del gremio. Es una legitimación muy importante en el retorno de la democracia y habla de la importancia de Rama y también del concepto genial de "ciudad letrada" en ese proceso de democratización de los 80, que lamentablemente no pudo ver.

La paradoja se hace aún más enigmática si nos preguntamos sobre la finalización del argumento de *La ciudad letrada* en la década de 1920, no solo porque evita a las vanguardias de esa década, sino también la década del sesenta, que es sobre la que Rama más escribió. Por alguna razón, prefirió suspender los esplendores y miserias de la ciudad letrada *antes*, mucho antes de esa década, casi a principios del siglo XX, con el capítulo final "La ciudad revolucionada".

Adrián Gorelik, en el prólogo de esta edición y en diálogo con las investigaciones de Facundo Gómez, propone una hipótesis elegante y fundamentada que permitiría salir de la aporía y es la siguiente: leer los "agradecimientos" de *Las máscaras democráticas* y de *La ciudad letrada* como un homenaje a la "independencia crítica de profesores, escritores y estudiantes" en una "amplia democratización de las funciones intelectuales".

Sin embargo, la hipótesis no suprime el hiato y el "resto del siglo XX", como lo llama en un pasaje de *La ciudad letrada*, ese *resto*, el *resto*, se erige, cuando se cierra el libro, como una presencia fantasmal, dilacerante y agazapada que, a la vez, nunca llega a tomar forma, pese a no dejar de ser convocada mediante señales, indicios y suposiciones.

El armado del libro no solo sugiere que el siglo XX *continúa* a los que lo preceden (es decir, que ningún gran corte debe ser practicado), sino que nada de lo que sucedió en él debe llevar a cuestionar lo que es válido al menos desde 1521 (algo que ya se advierte en el primer párrafo cuando, en un salto audaz, compara la destrucción de Tenochtitlán con la creación de Brasilia en pleno siglo XX). El método, que es foucaltiano por su interés en vincular las formaciones de saber a las de poder, es –en este aspecto, el de la periodización histórica– opuesto al de Foucault, en cuanto Rama no avanza hacia el pasado en busca de las discontinuidades (tal es el método que utiliza Foucault, por ejemplo, con el suplicio que describe al comienzo de *Vigilar y castigar*) sino

[1] El libro *El erizo y la zorra* (Barcelona, Muchnik, 1998) de Isaiah Berlin se basa en un verso del poeta griego Arquíloco: "La zorra sabe muchas cosas, sin embargo, el erizo solo una e importante".

que, a partir de una matriz, avanza desde el pasado hasta el presente con innumerables giros que evidencian similitudes y persistencias. El verbo "modela", las expresiones "se reencuentra" y "mismo esquema", o las frecuentes alusiones a las similitudes y a la "acumulación histórica" dan cuenta del *ritornello* que comanda el relato. El procedimiento es bastante curioso, en primer lugar porque ya a principios del siglo XX la mutación de los medios de reproducción fue tan profunda que la insistencia de Rama en *la letra* resulta, a su vez, obstinadamente letrada. La aparición de la fotografía, la publicidad, la radio (sobre todo la radio, que fue tan importante para la política de masas), el cine, la amplificación del sonido que posibilitó los discursos en las plazas a las grandes multitudes, no reciben ninguna atención en el último capítulo ni en la obra de Rama en general. Esta omisión (parcial) de los medios masivos constituye otra de las paradojas del libro, pero a la vez creo que permitiría pensar el lugar de los letrados en la ciudad mediática. Las transformaciones de los medios, sobre todo los medios de reproducción, nos llevan a pensar el concepto de ciudad letrada para pensar las discontinuidades. Por ejemplo, en la ciudad de las redes en las que actualmente vivimos y en el uso que hacen de una red como Twitter los dirigentes políticos más poderosos en una transversalidad no intelectual y descarga emocional, la ciudad letrada encuentra que sus procedimientos tradicionales (argumentación, discurso lineal, posición de autoridad) ya no tienen la efectividad de antaño.

En segundo lugar, Rama redacta su texto a principios de los ochenta, cuando el exilio latinoamericano, del cual él formaba parte, estaba conformado en buena medida por intelectuales y letrados que se habían enfrentado con los poderes establecidos. No solo eso: las dictaduras del continente (en la Argentina, en Chile, en Uruguay, en Brasil, en Paraguay, en Perú) habían sido tan terminantes en su rechazo a toda manifestación de intelectualidad, que pocas cosas parecían menos adecuadas que un estudio en el que se trazaban las complicidades del trabajo intelectual con el poder. Ángel Rama, uno de los exponentes de la tradición progresista ilustrada del continente, comienza a articular en ese contexto una posición antiintelectualista.

A esta segunda paradoja se le suma una tercera: *La ciudad letrada* termina con una reivindicación de la figura de Mariano Azuela, un letrado no intelectual y con quien Rama, que se consideraba a sí mismo un *parvenu*, le gustaba identificarse (le encanta por ejemplo cuando en Campinas, alguien le dice: "Você é differente! Você não é profesor!").[2] En el último párrafo, tomado de *Los de abajo*, Rama se propone marcar la ambigüedad de los intelectuales, pero en realidad esta ambigüedad, que a duras penas se ajusta a la Revolución mexicana, resulta problemática aplicada a los tres últimos procesos revolucionarios que se habían producido en el continente (me refiero a las revoluciones de Cuba, Chile y Nicaragua). ¿O no? ¿O hay que considerar que el Caso Padilla está inscripto en el libro con tinta invisible? Habría que explicar o disipar, entonces, estas paradojas.

Prefiero entonces pensar que Rama quedó enredado en su propia idea de erizo, o mejor, que tuvo que pagar tributo a los resultados de su experiencia de los 60, que va del entusiasmo con los narradores modernizadores del *boom* a la búsqueda de salidas alternativas a las que habían ofrecido la intelectualidad y la crítica literaria. Su inclinación por el testimonio, Rodolfo Walsh, Mariano Azuela, Ariano Suassuna o por la transculturación de Arguedas daría cuenta de este interés por esas prácticas en las que la élite letrada se abre a lo popular: las clases sobre García Márquez en Colombia, que se titularon *La narrativa de Gabriel García Márquez: edificación de un arte nacional y popular*, son un ejemplo de esto. Hasta puede leerse *La transculturación narrativa* como un desplazamiento *geocultural* en el que Rama se interesa más por la región andina que por otras de tradición más urbana.

Otro giro se produce también en esos años cuando Rama se reconcilia con los escritores del *boom* en lo que llama "un regreso a casa". La fórmula aparece en una reseña sobre *Agua quemada* de Carlos Fuentes, pero se aplica también a *La guerra del fin del mundo* de Vargas Llosa ("la novela popular-culta") y *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez. Se producen otros cambios en el pensamiento de Rama, como la presencia intempestiva de Nietzsche en *Las máscaras democráticas del modernismo*, y solo podemos especular sobre sus

[2] Juan Poblete: "El *Diario* de Ángel Rama: el exilio intelectual y el intelectual en el exilio", en *Estudios (Revista de Investigaciones Literarias y Culturales)*, Caracas, julio-junio de 2004.

desarrollos posteriores. Sin embargo, está claro que la década del setenta configura un esfuerzo del crítico uruguayo por salirse de la *doxa* de la crítica cultural y literaria con su giro etnográfico y el cuestionamiento de la autonomía del intelectual, que ejemplifica al final de *La ciudad letrada* con su lectura de *Los de abajo*.

En 1964, Ángel Rama publica en la revista *Casa de las Américas* el ensayo "Diez problemas para el novelista", impulsando la renovación de la escritura narrativa y la modernización de la literatura. En consonancia con su trayectoria previa, Rama sintetizaba magistralmente los postulados de lo que podría denominarse una izquierda intelectual ilustrada que ponía el acento en la función modernizadora y pedagógica de la escritura y en los letrados (narradores, pensadores, cientistas sociales) como sus agentes privilegiados.

En las transformaciones que se observan al confrontar los ensayos de 1964 y los de los ochenta, uno de los momentos clave se produce en 1969 cuando Rama propone el género *testimonio* como categoría para el concurso de Casa de las Américas, iniciando la búsqueda de una formación literaria alternativa a la narrativa del *boom*: "el *boom* –declara entonces– establece expresamente un recorte empobrecedor de nuestras letras que deforma y traiciona".

Me parece que acá hay un punto central, porque no hay que olvidar que el género testimonio (y pienso en títulos de la época, como *Biografía de un cimarrón*, y otros posteriores, como *Si me permiten hablar. Me llamo Domitila*, de la socióloga Moema Viezzer, o el fundamental *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, de Elizabeth Burgos Debray) se apoyan en una serie de binarismos (articulados alrededor de la oposición oralidad/escritura) que Rama intentará desmontar con la figura de los mediadores, el mestizo en *La transculturación* y el "letrado solidario" en el testimonio. Es decir, una salida de la ciudad letrada de la mano de los letrados dispuestos a cuestionar la tradición a la que pertenecen y su lugar de enunciación.

El interés por el género del testimonio, por la novela policial de Rodolfo Walsh ("novelas policiales del pobre"), por el teatro de Ariano Suassuna (todo en ensayos que incluye en *Literatura y clase social*, publicado en 1983), por la investigación de las raíces etnográficas en García Márquez (antes que su relación con Faulkner) es parte de una misma inquietud: cómo definir el corpus de una literatura que pueda pensarse, para decirlo con palabras de Antonio Cândido, por fuera de las "racionalizaciones ideológicas reinantes".[3] Es tan fuerte esta necesidad de construir series no hegemónicas que en el ensayo "Rodolfo Walsh: La narrativa en el conflicto de culturas", de 1974, se lee:

> Como ningún otro país de América Latina, la Argentina ha llevado tan a fondo el proceso educativo nacional y ha controlado con sin igual mano férrea y enguantada los instrumentos de la comunicación masiva, concediendo primacía al adiestramiento cultural para internalizar un sistema de valores, pudo creerse, desde los sectores medios conformados por ese proceso desde la infancia, que el universo de las aulas, la palabra escrita o las imágenes impuestas, constituía la totalidad social, reemplazaba las singularidades de la realidad, sus variaciones, sus anacronismos, sus irregularidades, sus sabores peculiares, sus remanencias. Pudo creérselo además porque una de las sabidurías del proyecto oficial de la cultura dominante consistió en no negar ni ignorar (como hicieron las culturas andinas de dominación) a los productos de las subculturas, sino que los integró al plan de encuadre ideológico, claro está que neutralizándolos y despojándolos de sus violencias reivindicativas, tarea para la cual prestó ayuda, tal como ocurriera en la cultura europea, la sobrevaloración de la apreciación estética en desmedro de la capacidad referencial de la literatura. De José Hernández a Gabino Ezeiza, del pericón al tango, del gaucho al compadrito, de Florencio Sánchez a los saineteros, todo producto de las subculturas fue molido en la rueda del plan de la dominación. Para esa realización, tanto más aguda y clarividente que la ineficaz tendencia a imponer miméticas apropiaciones de los modelos europeos, se contó con un equipo intelectual de excepción: piénsese en lo que Sarmiento hizo con la figura de los caudillos rurales, Mitre con la historia de la emancipación, Lugones con la literatura gauchesca, Borges con el compadrito y el universo suburbano.[4]

[3] Antonio Cândido, *O discurso e a cidade*, San Pablo, Duas Cidades, 1993, p. 51.
[4] *Clase y literatura social*, Buenos Aires, Folios, 1983, p. 202. Esta dominación tan férrea y exitosa hace, según Rama, que

Las tres líneas básicas de la postura teórica de Rama se perfilan aquí: en primer lugar, la construcción de dos formaciones culturales a las que llama "dominada" y "oficial" y la inclusión en esta última de los letrados, más allá de su posible heterodoxia. La segunda pieza de este esfuerzo por salirse de la modernización de la "cultura dominante" está en la inversión que Rama lleva a cabo del modelo derrideano con el fin de demostrar que, en la historia cultural latinoamericana, es la escritura, y no la oralidad, la que está aliada al poder (no habría *logocentrismo* sino *grafocentrismo*). Desplaza entonces ese binarismo de la letra escrita a la oralidad, aunque sean necesarios los letrados como Arguedas que den el salto, que hagan la *mediación*. Finalmente, la inclusión de la mayoría de los letrados en la formación dominante lo lleva a atribuirle a esa formación unos rasgos homogéneos que persistirán hasta la redacción de *La ciudad letrada*. Así, en este pasaje se habla de un "equipo" en el que estarían Sarmiento y Lugones, Mitre y Borges. Como corolario de esta perspectiva, entonces, la cultura dominante es un "proyecto oficial", hubo un "plan de encuadre ideológico" y Sarmiento, Lugones, Mitre y Borges forman un "equipo intelectual".

La figura de los mediadores en el *giro etnográfico* tendría su mayor exponente en *Transculturación narrativa* y en la crítica más fuerte a los sectores letrados que aparece en *La ciudad letrada* con los conceptos de "ceguera antropológica" y "tabula rasa". Sin embargo, uno podría disentir con Rama y postular que la "tabula rasa" puede tener efectos benéficos como sucede con las vanguardias cosmopolitas (que Rama somete a dura crítica en *Transculturación…*) o en lo que fueron las luchas de la Independencia. ¿San Martín hubiese cruzado la cordillera, con su biblioteca ilustrada a cuestas, sin la tabula rasa, lo que Rama llama "ceguera antropológica"? Cuando llegó a Lima (ciudad a la que entraba por primera vez en su vida), el Libertador dijo: "La biblioteca, destinada a la ilustración universal, es más poderosa que nuestros ejércitos para sostener la independencia".

El antiintelectualismo es hoy algo tan difundido que es necesario ser muy cuidadoso en no confundir las innumerables hebras que lo forman y que no siempre llegan a constituir un conjunto coherente (antes bien, y a favor de su propia naturaleza, el antiintelectualismo suele exhibirse deshilachado y espontáneo). En realidad, aun en el seno del antiintelectualismo hay formaciones diferentes que llegan a ser antagónicas entre sí: porque si por un lado está el antiintelectualismo *autoritario* (generalmente articulado por las dictaduras militares), por otro está el *mediático* que se basa en el rechazo de todo aquello que no es pasible de ser espectacularizado. Estas dos formaciones, que pueden encontrarse o distanciarse según los contextos, poco tienen que ver con otros dos tipos de antiintelectualismo: el de los *letrados* (aquellos que buscan una característica para separarse o distinguirse de sus pares pese a que ejercen un oficio intelectual) y el *popular* (el más complejo por la cantidad de variables que contiene y por la extensión de su historia). Son cuatro variantes del antiintelectualismo (autoritario, mediático, letrado y popular) que difícilmente se encuentren conviviendo en un mismo discurso y que pueden tener diferentes niveles de articulación, desde reacciones espontáneas de la vida cotidiana a ensayos críticos y políticas de Estado. Pese a ser de diferente orden, cualquiera de estas formaciones se organiza alrededor de una serie de binarismos básicos (inteligencia / sentimiento, élite / pueblo, frialdad / pasión, argumentación / resolución), de los cuales los intelectuales poseerían los primeros términos (excesivamente) y carecerían de los segundos. La oposición última que sostiene todos los binarismos es la que se da entre pensamiento y acción, ya que, como escribió Hannah Arendt, "la característica principal del pensar es que interrumpe toda acción".[5] Este binarismo no tendría por qué ser objetado si no creyéramos que pensar es también una forma de acción, desviada, necesaria y fecunda.

A Rama podría considerárselo dentro de un antiintelectualismo de los letrados, aunque bastante atenuado. Tal vez sería mejor denominarlo una *crítica del papel del intelectual*

---

la irrupción de la cultura popular en la Argentina adquiera, a menudo, formas "grotescas, casi en el límite de la irrisión" (p. 203).

[5] Véase "El pensar y las reflexiones morales" (1971), ensayo incluido en Hannah Arendt, *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós, p. 115.

para ampliar su radio de acción, y de ahí que sea tan importante para él cuestionar la noción "occidental" o capitalista de campo intelectual. En su ensayo sobre Norberto Fuentes advierte:

> Este punto conflictivo hace a la originalidad del "caso Norberto Fuentes" y lo distingue del de Padilla: este se habría arrogado, por su especificidad de escritor, el derecho a la crítica, sin acompañarlo de otras *prestaciones* a la sociedad. Situación, por lo demás, idéntica a la de los intelectuales críticos de izquierda en los países latinoamericanos.[6]

La *contraprestación*, que es de carácter moral, tiene una larga tradición en el pensamiento de izquierda latinoamericano. En su argumento, Rama la utiliza como un modo de escapar a la "perniciosa" autonomía del campo intelectual.

Este hiato del que venimos hablando hace que el capítulo final de *La ciudad letrada* sea problemático. Rama sigue acentuando las continuidades y dice que las dos revoluciones que toma como referencia (la mexicana y la que se produce en Uruguay) "*modelan* el siglo que entonces se iniciaba". El tema es más que nada el surgimiento de los partidos de masas, de la relación con los intelectuales que se convierten en "correligionarios" (término que utiliza dos veces), la cultura popular y la tensión entre democracia y autoritarismo que llega a la sorprendente fórmula "autoritarismo democrático" que sirve hasta para pensar procesos actuales (la mención de *Cesarismo democrático* de Laureano Vallenilla Lans, de 1919, libro recuperado después por intelectuales partidarios de Chávez, podría abrir toda una reflexión sobre el "autoritarismo democrático" que pareciera ser, a los ojos de Rama, la salida más realista para la modernización del continente). El foco puesto entonces en la década del diez como modeladora del siglo por venir explica ausencias sorprendentes como las de Mariátegui o de las vanguardias de los años veinte, lo que no quiero decir que sea una falta, sino que se trata de calibrar cómo Rama se ve llevado por su idea matriz y cómo la amplía en la frase final del libro donde se refiere a la teoría de las dos espadas, y habla del "mismo esquema en distintas épocas y situaciones". La propuesta ya excede el marco de lo latinoamericano y se proyecta a una oposición entre poder espiritual y poder temporal que en la vieja Europa se manifestó en los conflictos entre el papa y el emperador. La cultura latinoamericana sería una variante de este enfrentamiento y estaría en la órbita de un colonialismo del que Rama intenta escapar.

Antes de este pasaje, Rama hace una lectura de *Los de abajo* a la que ya había diseccionado en su ensayo "Mariano Azuela: ambición y fracaso de las clases medias". Resalta dos frases que aparecen en la novela: "¡qué bien habla el curro!" y "por los curros se ha perdido el fruto de las revoluciones". Rama concluye su libro con el análisis de estas dos frases: ¿se está refiriendo con estas palabras a todas las revoluciones del siglo XX? Así parece, si nos guiamos por el carácter de ejemplaridad que le otorga a la Revolución mexicana: "mucho más parecida a lo que se acostumbraría en el resto del siglo".

En *Los de abajo*, los soldados villistas se deshacían de una máquina de escribir que habían cosechado en uno de sus "avances".

> Era una máquina de escribir nueva, que a todos atrajo con los deslumbrantes reflejos del niquelado.
> La "Oliver", en una sola mañana, comenzando por valer diez pesos, depreciándose uno o dos a cada cambio de dueño. La verdad era que pesaba demasiado y nadie podía soportarla más de media hora.
> […]
> La Codorniz, por veinticinco centavos, tuvo el gusto de tomarla en sus manos y arrojarla luego contra las piedras, donde se rompió ruidosamente.[7]

Pese a reconocer la existencia de los otros dos letrados que aparecen en la novela (Solís y Valderrama), al privilegiar el personaje de Cervantes Rama imprime en esta matriz el rasgo de la traición como si fuera inescindible de la figura del intelectual. Parece difícil no recordar *¡Viva Zapata!* (1952) de Elia Kazan (otro *traidor*), donde se observa lo difundido que estaba el relato de la traición de los intelectuales

[6] *Clase y literatura social*, p. 244.

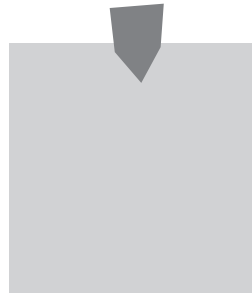
[7] Mariano Azuela, *Los de abajo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 65. Todas las demás citas de la novela pertenecen a esta edición.

en el imaginario internacional-popular que difundía el cine (no hay que olvidar que John Womack Jr., el autor del clásico *Zapata y la Revolución Mexicana*, fue asesor del guion). En la historia del film, el intelectual Pablo (Lou Gilbert) entrega y traiciona a Zapata (Marlon Brando), de quien se había convertido en consejero. Curiosamente, una escena del film repite una escena de la novela de Mariano Azuela: una máquina de escribir, símbolo del intelectual y de la cultura escrita, es arrojada por una pendiente y entregada a la destrucción.

Azuela –quien asume una perspectiva de indignación apenas disimulada por su realismo– marca, mediante sus "deslumbrantes reflejos", la ambigüedad que provoca la máquina de escribir entre la soldadesca. Esos "deslumbrantes reflejos" evocan, sin duda, el efecto que los letrados tenían sobre los revolucionarios y lo perniciosa y superficial que solía ser esta relación.

También es verdad que, pese a lo antipático del personaje, la función que cumple Cervantes en la narración admite otra lectura, ya que es él quien transforma, por medio de su palabra, la lucha de Demetrio de local en nacional. Cuando los soldados dicen "hacemos la lucha como podemos" y el líder Demetrio sostiene que "no quiero yo otra cosa, sino que me dejen en paz para volver a mi casa", Cervantes responde: "usted se ha levantado contra el caciquismo que asola a toda la nación" (pp. 42-43). Es el letrado, más allá de sus intenciones espurias, el que dota a los soldados de Demetrio de un contenido revolucionario y nacional: sus palabras convierten al soldado resentido con el cacique en un miembro del "gran movimiento social" (p. 44). Esa es tal vez una opción que, complementaria a la de Rama, también deberíamos explorar: cuando la palabra de los letrados abreva en su propia tradición para la construcción de una emancipación posible. □

Reseñas



Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 28 / 2024

Joan W. Scott,
La fantasía de la historia feminista, traducción del inglés por Juan Ignacio Veleda,
Buenos Aires, Omnívora, 2023, 316 páginas.

Expresión de vitalidad del debate académico, insumo de movimientos por derechos y blanco de descalificaciones por parte de líderes impolíticos, el pensamiento feminista encuentra en la historiadora Joan W. Scott una de sus exponentes más reconocidas. Gracias a la editorial Omnívora contamos con una cuidada versión en español de su libro *The Fantasy of the Feminist History*, publicado en el 2011 por Duke University Press. Con un formato similar al de *Género e historia,* reúne seis capítulos y un epílogo, ensamblados en función de su propósito crítico más que de su comunidad temática, en los que avanza sobre la teorización del género y su potencial para reflexionar sobre los fundamentos epistemológicos y los métodos de la historia. Los más de veinte años transcurridos entre la publicación de ambas obras explican sus diferencias. En *La fantasía de la historia feminista*, Scott abraza sin sus reparos de antaño la teoría psicoanalítica, pondera los desafíos del feminismo y su historia en un contexto globalizado, y confronta la puesta en orden de su legado. Asentada en la profesión, Scott se permite "arriesgarse a lo desconocido", según titula su primer capítulo, parafraseando al historiador William L. Langer, quien exhortara, en 1957, a aproximarse al psicoanálisis. Juzga imprescindible este acercamiento para revitalizar el concepto de género y reconsiderar al sujeto de la historia. Insiste, siguiendo a Michel Foucault, en que este requiere pensarse como una dimensión siempre abierta, jamás delimitada, que no puede conceptualizarse como el producto determinado de la ley, sino como lo que escapa a su determinación. El sujeto de la historia deja de asociarse con el individuo racional autónomo, propio de las teorías liberales, o aquel construido colectivamente en su experiencia social, familiar a los historiadores de fines del siglo XX. Asimismo –concluye Scott– la radicalidad crítica del psicoanálisis consiste en minar la confianza en filiaciones genealógicas y el uso de categorías analíticas supuestamente incontaminadas por nuestro presente, e inclusive nuestros deseos.

Para ahondar en esos cruces disciplinares, *La fantasía de la historia feminista* incluye un artículo que Scott publicara en *History and Theory,* en el 2012. En "La inconmensurabilidad de la historia y el psicoanálisis" –título del séptimo capítulo– revisa los aportes de estudios pioneros de psicohistoria, en Europa y Estados Unidos. Insatisfecha con usos del psicoanálisis que juzga instrumentales, reivindica, siguiendo a Michel de Certeau, un acercamiento que ponga en jaque a Clío. Reclama potenciar la reflexividad respecto de las concepciones del tiempo de la historia (sus periodizaciones), su práctica narrativa, su definición de hechos y acontecimientos. Más que tomar prestadas etiquetas de diagnóstico, del psicoanálisis puede aprenderse a reponer las indeterminaciones del comportamiento humano y la fantasía "como una característica perpetua de la psique humana" (p. 302), que merece pensarse en su historicidad. Fantasía es –como lo anuncia el título de esta obra– un concepto omnipresente, complejo en sus acepciones, conforme apuntan diversas especialistas.[1] Scott desglosa algunos de sus significados al ponderar el estado de los estudios de género y la práctica política del movimiento feminista. En su segundo capítulo, "Historia del feminismo", incita a abandonar la concepción de esa empresa de producción de conocimiento

[1] Kathleen Biddick, "How New Things Come into the World of Feminist History Reviewed Work(s): The Fantasy of Feminist History by Joan Wallach Scott", *Journal of Social History*, vol. 46, n° 4, verano de 2013; Dean J. Carolyn, "The Fantasy of Feminist History by Scott", *The Journal of Modern History*, vol. 85, n° 1, marzo de 2013; Claudia Bacci, "Comentario bibliográfico", *Rey Desnudo. Revista de Libros*, vol. II, n° 4, 2014; S. Alexander, "Sally. The Fantasy of Feminist History, by Joan Wallach Scott", *Psychoanalysis and History*, vol. 17, n° 1, 2015.

cual saga solidaria y rebelde, añorada desde un presente desencantado con la salvaguarda de carreras individuales, la fragmentación historiográfica y las disputas de poder institucional. Aunque reconozca cierta verdad en este diagnóstico, su consideración no es la prioridad. Subraya, en cambio, que esa retrospectiva nostálgica oculta las tensiones y discontinuidades que marcaron la construcción de una historia feminista. Esta melancolía, alecciona, no hace sino obturar la pasión crítica de Clío. En la misma dirección, el tercer capítulo, "El eco de la fantasía", cuestiona aquellas narrativas del feminismo que asumen una identidad preexistente a las "invocaciones políticas estratégicas" y construyen una progresión teleológica de las luchas de las mujeres por su emancipación. Valoriza, en contrapartida, el análisis de la invención de las tradiciones –en los términos de Eric Hobsbawm– y sus usos en la legitimación de la acción política presente. Abona esta línea de indagación con el análisis de dos mecanismos de identificación retrospectiva o "fantasías", característicos de los movimientos feministas occidentales: la figura icónica de la oradora y su antítesis la mujer madre. Estos recursos, explica, establecen fundamentos comunes basados en "asociaciones inconscientes", desdibujan diferencias, y resultan, por tanto, de una formidable eficacia política.

Los tres capítulos finales se abocan a su clásica preocupación sobre el modo en que el género construye la política y esta al género. La novedad que ofrece *La fantasía de la historia feminista* radica en el juego de escalas en el que enmarca este ejercicio analítico –el cruce entre lo local y lo global– y la coyuntura en que lo posiciona: un presente signado por un conflicto internacional concebido como el enfrentamiento entre un mundo occidental –en teoría racional y secular– y el fundamentalismo religioso islámico. Scott llama a cuestionar la oposición reduccionista "razón de Estado" versus "fuerzas del terrorismo" (p. 163) mediante la agudeza de la "metodología feminista" que interroga sobre el "trabajo productivo" de las categorías y el sentido que persiguen. Desmonta esas "unidades ficticias" sobre las que se agita un feminismo que, al crear la ilusión de homogeneidad, remoza causas imperiales y se reclama emancipador de esas "otras" mujeres en el Medio Oriente o el Tercer Mundo. Pluralizar el feminismo –una postura largamente sostenida por las estudiosas sobre América Latina–[2] conduce a Scott a inquirir sobre sus condiciones históricas y espaciales de producción, las circulaciones y reapropiaciones de ideas y prácticas. Condensa su propuesta en el concepto de "reverberación", referido a la circulación global de estrategias feministas plurales, documentadas con la proliferación del movimiento de mujeres de negro (*Women in Black*, *WIB*), nacido en 1988 contra la ocupación israelí de Cisjordania y Gaza.

En pos de descifrar los sentidos cambiantes del feminismo occidental, Scott problematiza la sinonimia entre lo secular y lo sexualmente liberado. Su quinto capítulo, "Sexularismo, sobre el secularismo y la igualdad de género", vuelve sobre la "larga marcha" del progreso, la emancipación y la libertad iniciada con la Revolución francesa (procesos constitutivos del secularismo) para dilucidar cómo operan las demarcaciones de las diferencias y, en base a ellas, las jerarquías entre lo político y lo religioso, lo público y lo privado, la razón y el sexo. Su examen de la genealogía del secularismo reconfigura, desde la perspectiva de género, los clásicos interrogantes sobre la relación de los nacientes Estados nacionales con la religión, el republicanismo y la ciudadanía en el mundo atlántico contemporáneo. En Scott, historia y política se fortalecen mutuamente. Su indagación sobre el secularismo se nutre de las controversias sobre el uso del velo por las mujeres musulmanas en el espacio público en Francia. A fin de terciar en este debate, revisa la asociación entre secularización occidental e imperialismo y procura conceptualizar la agencia de los sujetos por fuera del imaginario progresista liberal. Al reponer el sentido de las acciones de esas mujeres que defienden su derecho a la expresión religiosa desentraña cómo se reescriben hoy los derechos individuales

[2] Véase Adriana Valobra, "Reverberos desde el Sur del Sur", en "Tres comentarios sobre La fantasía de la historia feminista de Joan W. Scott (traducido por Juan Ignacio Veleda)", *Revista Descentrada*, en prensa.

en las democracias pluralistas. La tarea es doble, advierte: alcanzar una mayor comprensión de lo secular y lo religioso a la par que cuestionar "la división en sí misma, revelando su interdependencia conceptual y el trabajo político que realiza" (p. 230).

En su revisión sobre el feminismo occidental, Scott incluye la indagación de los cuestionamientos que aún hoy suscita. Su sexto capítulo, "La teoría francesa de la seducción", aborda la interpretación que, en el marco del bicentenario de la Revolución francesa, ciertos intelectuales e historiadores articularon sobre la cultura estética y erótica de la nobleza y sus derivas en la definición de la identidad nacional. Según argumentan, la atracción entre hombres y mujeres (entendida como natural) ofrecía "una forma de vivir felizmente con la diferencia cuando no había posibilidad de paridad en la relación entre las partes" (p. 232). Para Scott, esta teoría presupone una armonía y complementariedad entre los sexos que posibilitarían un vínculo basado en el consentimiento amoroso. Cualquier puesta en discusión de esa anuencia o sus asimetrías se atribuye a un feminismo extranjero –en rigor, estadounidense– persuadido de que los individuos pueden decidir sobre sus propias identidades. Esta teoría es, a sus ojos, un "mito", pues postula "un tiempo anterior a que la diferencia sexual se convirtiera en un problema" y asevera que "todavía hay algo en la identidad nacional francesa que escapa a sus dificultades" (p. 249). Su eficacia resta en ofrecer "un modelo afectivo para la política, con profundas raíces históricas" (p. 258). Desde esta concepción –que etiqueta como "nacionalista conservadora"– cualquier grupo que objeta ese orden amenaza la identidad nacional. Hoy, las mujeres con velo incumplen las reglas del juego de la seducción, que prescriben la visibilidad femenina como precondición de la galantería. Siguiendo este razonamiento, Francia no estaría denegando derechos a sus habitantes musulmanes, sino que estos se estarían autosegregando y descalificándose como ciudadanos franceses. Este capítulo exhibe tanto su lúcida lógica argumental como sus preferencias analíticas. Para impugnar los mitos "no alcanza con intentar corregir el registro fáctico, una historia más rigurosa no compite fácilmente con el encanto de la fantasía […]". Prioriza, en cambio, "interpretar analíticamente –en este caso psicoanalíticamente– con el fin de explorar las implicaciones y compromisos políticos de esta teoría francesa de la seducción" (p. 234).

La fantasía de la historia feminista no se apega estrictamente al libro original. Inteligentemente, a modo de introducción, incorpora un capítulo de Scott publicado en la compilación *Becoming historians* en el 2009. Bajo el título "En búsqueda de la historia crítica", Scott rememora sus primeros pasos en la historia social y su "giro feminista", su encuentro con el postestructuralismo y su "giro lingüístico", su transformación en una "historiadora intelectual, para quien la teoría –la teoría feminista– era y es la cuestión principal" (p. 50). Este preludio potencia las reflexiones del epílogo, nacidas de su compromiso con la organización de la colección *Feminist Theory Papers*, de la Biblioteca John Hay en la Universidad de Brown. Apelando a sólidas referencias, entre ellas a Carolyn Steedman, define al archivo como "el reino ilimitado de la imaginación, donde nuestros propios pasado, presente y futuro y los de otros se entrecruzan de manera impredecible" (p. 315). Y agrega: "no estoy diciendo que todo vale. Por supuesto hay disciplina; la investigación no puede proceder sin ella" (p. 315). Acotaciones de esta índole se multiplican en este libro a la hora de explicitar su posición sobre la historia. Por ejemplo, tras cuestionar los desvelos identitarios de la historia del feminismo, aclara: "la ansiedad vista en las repetidas escenas de los discursos públicos femeninos, desde luego, discute las relaciones de poder en el mundo "real" (comillas en el original, p. 154). Si bien confiesa: "nunca estuve enamorada de Clío. Los hechos, los acontecimientos, la causalidad, no era algo que me cautivara" (p. 15), evoca el goce experimentado en la creativa labor del archivo y sintetiza, magistralmente, la alquimia del oficio: "lxs historiadores hacen de la muerte un episodio menor, algo transitorio y no definitivo" (p. 310).

En su reseña sobre esta obra, la historiadora Luisa Passerini subraya la potencia reflexiva de Scott, incluso a pesar de sus

propias ambigüedades teóricas.[3] Alude, en tal sentido, a su uso del colectivo *ego-histoire,* es decir su tendencia a integrarse en el conjunto "mujeres" a la par que insistir en reconocerla como una categoría socialmente construida, imposible de universalizar. El posicionamiento de Scott ante la historia sugiere una oscilación similar. En ocasiones, la disciplina le es ajena y queda relegada a la reconstrucción de un registro fáctico que, aunque riguroso, parece carecer de eficacia política. En otras, se la reconoce como propia, al estimarla una práctica valiosa para la crítica del presente. Tanto por sus certezas como por sus perplejidades, *La fantasía de la historia feminista* deviene un libro indispensable. Y esta versión en español llega en el momento oportuno, justo cuando más necesitamos fortalecer a Clío en su pasión crítica, ante los embates de voces cuya necia excentricidad no las vuelve por ello menos peligrosas, menos reales.

Silvana A. Palermo
Universidad Nacional
de General Sarmiento /
CONICET

[3] Luisa Passerini, "Joan Wallach Scott, The Fantasy of Feminist History (Durham and London: Duke University Press, 2011), pp. 187", *Gender & History*, Vol.25 No.2 August 2013, pp. 376–391.

Mark Thurner y Jorge Cañizares-Esguerra (editores),
The Invention of Humboldt: On the Geopolitics of Knowledge,
Nueva York, Routledge, 2023, 323 páginas.

The Invention of Humboldt, editado por Mark Thurner y Jorge Cañizares-Esguerra, reúne una serie de ensayos de historiadores de la ciencia y el conocimiento con aportes al inagotable campo de estudios sobre el científico y viajero prusiano Alexander von Humboldt (1769-1859). Quizás sea una de las figuras de las ciencias más tratadas por la historiografía, y da lugar a una extensa bibliografía académica que parece no tener fin y, paralelamente, a biografías con gran éxito comercial, recepción pública y una propaganda envidiada por los historiadores. Algunas de estas biografías han consolidado una figura acartonada, "precursora" de ideas y de varias disciplinas, que más que con la historia se relacionan con las preocupaciones y sensibilidades del presente. Este tipo de producto resurge cada tanto, mostrando que el género es un buen negocio, con temas que emergen y luego caen en el olvido para dar lugar a otros, una dinámica de producción y consumo que, poco a poco, se ha ido instalando en la vida académica. Como analizó el historiador holandés de la ciencia Nicolaas Rupke en 2005, a lo largo de casi 200 años de biografías de Humboldt se han producido diferentes narrativas e "inventado" muchos Humboldt, lo que demuestra que el personaje ha dado lugar a múltiples interpretaciones y ha servido a la construcción de linajes patrióticos y disciplinares, así como a sucesivas ideologías socio-políticas.[1] En el contexto de las inquietudes actuales por el cambio climático y la degradación ambiental, señala este autor, los biógrafos del barón toman rasgos de su vida de explorador, geógrafo de las plantas y escritor científico para hacer surgir un "Humboldt verde", para muchos un pensador clave sobre el medio ambiente, para otros el padre fundador de la idea de naturaleza y del ecologismo moderno y la globalización. La "industria humboldtiana", como la darwiniana y tantas otras, ha dado (y sigue dando) trabajo y fama a muchos.

En el 2019 se conmemoraron los doscientos cincuenta años del nacimiento de Humboldt con publicaciones, jornadas y celebraciones en Alemania, España, el mundo angloamericano y varios países de América Central y del Sur. *The Invention of Humboldt* surgió de un simposio realizado en Ecuador en el marco de ese aniversario, organizado por la FLACSO Ecuador y la Red Internacional de investigación LAGLOBAL, y del que participaron historiadores de diferentes países. En ese encuentro se trataron varios aspectos de las investigaciones de Humboldt sobre América, destacando las condiciones y las fuentes del saber que las hicieron posibles. Entre ellas, se remarcó el papel de la Ilustración española como la plataforma epistémica sobre la cual Humboldt edificó su obra sobre la naturaleza americana, temática retomada en el libro y que ya había sido analizada, entre otros, por los investigadores alemanes Wolfgang Schäffner y Ottmar Ette. Sus editores afirman que el naturalista prusiano fue "un beneficiario directo de las ciencias naturales y la globalización ibérica" y que "la ciencia ilustrada, elaborada por peninsulares y americanos estaba en pleno esplendor en todos los lugares que visitó". Este legado, según los editores, es invisibilizado por la imagen de Humboldt proyectada en las biografías y tradiciones historiográficas anglosajonas dominadas por la leyenda negra.

La leyenda negra, sin dudas, parece estar viva entre los autores que desconocen las investigaciones que desde hace décadas promueven, por ejemplo, los historiadores españoles José M. López Piñero, José Pardo Tomás y Juan Pimentel. Como menciona Irina Podgorny en su capítulo, López Piñero y Pardo Tomás en 1996 cuestionaban el libro sobre Humboldt publicado por el británico Douglas Botting,

[1] *Nicolaas* A. *Rupke*, *Alexander von Humboldt: a Metabiography*, Frankfurt, Lang, 2005.

señalando sus incontables falencias. Así, aunque Humboldt en su obra resaltaba los progresos en la botánica fomentados por la corona española y había estudiado las obras renacentistas sobre América, Botting, en el libro por entonces más difundido sobre la vida del prusiano, "desde la más completa ignorancia", se suma al manido tópico del "primer científico europeo que estudió la naturaleza americana".[2]

El mismo tópico reaparece en el reciente *best seller The Invention of Nature: Alexander von Humboldt's New World* (2015) de Andrea Wulf, un éxito editorial traducido a varios idiomas. Contra ello protestan los editores de *The Invention of Humboldt,* para deconstruir el mito acuñado sobre Humboldt como el "genio solitario en la salvaje naturaleza americana" y el "padre fundador" de la ecología, del concepto moderno de naturaleza, la biogeografía y la globalización, entre otras cosas. Cuestionar el carácter hagiográfico de los escritos sobre Humboldt y resaltar las tradiciones epistémicas y las comunidades intelectuales con las que el viajero prusiano interactuó en el Nuevo Mundo son dos aspectos de este libro. Sus editores proponen hacer "una arqueología de lo que yace enterrado bajo la huella epistemológica del barón", para discutir una geografía política de la ciencia, donde los aportes del "sur" y las tradiciones de conocimiento hispánicas habrían sido borrados, ignorados o reinterpretados sin el debido reconocimiento, primero por Humboldt, luego por los republicanos antihispanistas y más tarde por los estudios humboldtianos y poshumboldtianos que "han inventado un culto poderoso que ha servido para borrar las fuentes de sus conocimientos y prácticas".

Como han estudiado varios autores y se menciona en este libro, Humboldt modeló una imagen de sí mismo que sigue cautivando a sus admiradores y biógrafos. Su autoconstrucción como "descubridor de la naturaleza americana" se analiza en el capítulo de Juan Pimentel, en relación con el papel simbólico y visual del volcán Chimborazo, por entonces considerado la cima más alta del mundo, mientras que Jorge Cañizares-Esguerra examina la presentación de Humboldt como un segundo Colón, una frase de Simón Bolívar, también asumida por el prusiano al estudiar los viajes del genovés, usando selectivamente los trabajos de historiadores españoles para proyectar su propia imagen de Colón. Las contribuciones de Neil Safier y de José Enrique Covarrubias revisan la construcción de otros escritos del barón y Mark Thurner contrasta sus interpretaciones "orientalistas" sobre el origen de la civilización incaica con la ofrecida por el peruano José Hipólito Unanue (1755-1833). Por su parte, Leoncio López-Ocón trata la apoteosis de Humboldt en el siglo XIX, producto de las redes científicas transatlánticas, que sirvieron para cultivar legados locales. También nos recuerda la gran capacidad comunicativa de Humboldt, que publicó en 60 años más de 600 libros y artículos y escribió miles de cartas, ampliándose, además, la difusión de su obra con múltiples ediciones y traducciones. Hace tiempo y en esta misma revista, Irina Podgorny y Wolfgang Schäffner advertían sobe la complejidad del análisis de la narración humboldtiana, compuesta por varios estratos y que "exige un estudio profundo de las ciencias y medios técnicos para determinar el modo de representación del saber en los textos y para precisar el estado científico" en sus narraciones.[3]

Mucho se ha escrito sobre el viaje de Humboldt con su compañero francés Aimé Bonpland (1773-1858) por América entre 1799 y 1804, sus aportaciones al conocimiento sobre la naturaleza americana y al desarrollo de una nueva manera de procesar los datos allí recopilados. Recordemos que esa expedición fue un emprendimiento privado, sustentado gracias a la rica fortuna que heredó el barón y que contó con un permiso real para explorar las posesiones americanas de España, gestionado en Madrid, donde se aprovechó la estadía para ampliar sus contactos y reunir información. Viajaron durante casi cinco años por los territorios que más tarde serían

[2] José María López Piñero y José Pardo Tomás, *La influencia de Francisco Hernández (1515-1587) en la constitución de la botánica y la materia médica modernas*, Valencia, Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia, Universitat de Valéncia-CSIC, 1996, p. 229.

[3] Irina Podgorny y Wolfgang Schäffner, "La intención de observar abre los ojos. Narraciones, datos y medios técnicos en las empresas humboldtianas del siglo XIX", *Prismas*, vol. 4, n° 2, 2000, p. 223.

los países de Venezuela, Colombia, Cuba, Ecuador, Perú y México, y haciendo una corta escala inicial en las islas Canarias (tratada en el capítulo de Peter Manson). El recorrido americano terminó con una visita a Estados Unidos, donde se embarcaron para Francia. Instalado en París, Humboldt se dedicó a procesar los datos reunidos y elaborar su obra de viajes por América, modelando cuidadosamente su propia imagen de explorador y erudito, convirtiéndose así en una de las estrellas del mundo científico. Su compañero se emplearía como jardinero de la emperatriz Josefina de Beauharnais, esposa de Napoleón, y como muestra el capítulo de Irina Podgorny, aprovecharía la fama del viaje americano para la venta de plantas exóticas. Analizando la trayectoria de un cactus comercializado por Bonpland, muestra que no importa si un objeto está bien estudiado científicamente o si se reconocen los trabajos previos sobre el mismo para convertirse en un suceso comercial, como también ocurre con los *best sellers* sobre Humboldt. El cactus de Bonpland, como los tópicos de esas biografías, adquiere una vida propia independizándose del problema de la verdad, pero también de su autor gracias a su éxito comercial.

Varios capítulos siguen los pasos de los viajeros por Quito, Lima, Bogotá, México, y examinan las interacciones de Humboldt con los eruditos de la América española, abordan el estudio de sus colecciones y bibliotecas y de los papeles de la administración española. También muestran que los intelectuales de la región tuvieron ocasión de cuestionar, criticar y ofrecer alternativas a las observaciones y afirmaciones de Humboldt, como analiza Thurner para el caso del Perú, mientras que Alberto Gómez Rodríguez menciona el caso del neogranadino Francisco José de Caldas (1768-1816), que ideó un esquema biogeográfico de las laderas del volcán ecuatoriano Imbabura, de forma simultánea al del Chimborazo de Humboldt. Esto puede deberse a los encuentros en Quito y a la circulación de manuscritos, pero también a una larga tradición de historia natural y trabajo de campo en las montañas, como analiza el capítulo de Florike Egmond. Por su parte, José Antonio Amaya examina la visita en Bogotá de Humboldt y Bonpland al botánico español José Celestino Mutis (1762-1808), quien no solo los hospedó en su residencia, donde yacían los materiales de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, sino que les ofreció mucha información sobre plantas y les cedió colecciones para el Museo de Historia Natural de París, que terminarían perdidas en esa institución. Esto nos recuerda las contingencias de la ciencia y los objetos, pero también plantea la pregunta sobre qué esperaban los naturalistas de estas tierras que entregaban sus muestras o colecciones a los viajeros extranjeros para que llegaran a las instituciones europeas. Un tema también presente en el capítulo de Miruna Achim y Gabriela Goldin Marcovich, donde se analiza la trayectoria de tres objetos que Humboldt llevó de México: el "eritronio" (un metal), la producción de cochinilla y la descripción de un yacimiento arqueológico. Estos objetos viajaron en forma de muestras de minerales, descripciones y dibujos, mostrando los problemas y el tipo de trabajo que demanda el traslado de cosas físicas y conceptuales de un lugar a otro, en este caso, de Hispanoamérica a Europa, del campo al gabinete, de gabinete a gabinete o de un archivo mexicano a un texto diseñado para un lector europeo de los inicios del siglo XIX. Los olvidos, la fragmentación, la pérdida y la mala traducción, señalan estas autoras, fueron inherentes a las prácticas coleccionistas de Humboldt, como a la de cualquier colección.

El libro está conformado por 12 capítulos y una introducción. Esta contiene varias afirmaciones cuestionables, como analizó minuciosamente el historiador español Miguel Angel Puig-Samper.[4] Como sugiere Rupke, la literatura sobre Humboldt revela "la sorprendente plasticidad del registro histórico en forma de una pluralidad de representaciones diferentes y, en algunos casos, opuestas de él".[5] El libro presenta una imagen un tanto negativa de Humboldt, al enfatizar en el escaso, o ausente, crédito hacia sus informantes hispánicos, sus fuentes y sus colaboradores, o

[4] Miguel Angel Puig-Samper, "The Invention of Humboldt: On the Geopolitics of Knowledge", *Hispanic American Historical Review*, vol. 104, n° 1, 2024, pp. 147-149.
[5] Nicolaas Rupke, "Humboldt and Metabiography", *German Life and Letters*, vol. 74, 2021, pp. 416-438.

por no cumplir sus promesas. Algunos capítulos exponen las deudas intelectuales de Humboldt con los actores e instituciones de América del Sur, mostrando autores y tensiones que se silenciaron en las publicaciones. Esto remite a los mecanismos selectivos de citación, agradecimientos y dedicatorias que subyacen, no solo en los textos de Humboldt, sino en todo tipo de publicaciones. En ese sentido el libro discute un problema actual: el no reconocimiento de los investigadores locales por parte de los visitantes, quienes, sobre todo hoy, se escudan en la ignorancia de la lengua y de las tradiciones académicas locales de sus lectores y revisores y se arrogan créditos por algo que lo único que tiene de original es estar publicado en otro idioma que el español o el portugués. No es precisamente el caso de Humboldt, que pasó más de 30 años compilando datos, estudiando, leyendo y escribiendo sobre los territorios americanos.

Desde hace tiempo, distintos autores han señalado lo que se insiste en este libro: los resultados del viaje americano de Humboldt y Bonpland se conectan con la historia de la administración de los datos de la Corona española y con las colecciones y los conocimientos de los eruditos del mundo hispanoamericano. Hace tiempo que los estudiosos de Humboldt, como Marie-Noëlle Bourguet, Ottmar Ette, Wolfgang Schäffner o Puig-Samper, han propuesto que los viajes y la obra del barón no deben pensarse como la travesía de un individuo solitario sino como el resultado de los intercambios con los naturalistas, coleccionistas e ingenieros de minas americanos, y de la consulta a los archivos y bibliotecas hispanoamericanos. Los distintos capítulos de *The Invention of Humboldt* vuelven a recordarnos la importancia de ese legado para apreciar la obra humboldtiana, pero también abren otras preguntas acerca de la construcción del saber, las prácticas de escritura y el reconocimiento al trabajo ajeno.

Susana V. García
CONICET / Museo
de La Plata, Universidad
Nacional de La Plata

Nathalie Goldwaser Yankelevich,
La moda, revolución efímera,
Buenos Aires, Editorial Las cuarenta, 2022, 122 páginas.

En una época en la que el consumo se ha convertido en el reloj del tiempo y en la que, paradojalmente, se torna desechable y finito, el fenómeno de la moda nos ofrece un instante de revolución, fugaz, que retorna siempre a formas anteriores. ¿Pero por qué la moda es aquí presentada como una revolución efímera? ¿Acaso las revoluciones no significan un antes y un después de su tiempo?

El recorrido de Nathalie Goldwaser Yankelevich, autora del libro que aquí se reseña, ha sido interdisciplinario, con una marcada metodología que combina los textos e ideas en contexto con la historia comparada.[1] Su primer libro trabajó las figuras de la mujer en los discursos decimonónicos de la Generación del 37 rioplatense y lo que dio en llamar "Generación santanderista" colombiana.[2] Por su formación como doctora en Ciencias Sociales (UBA) y doctora en Ciencias del Arte (París 1 – Panthéon Sorbonne), magíster en Comunicación y Cultura y licenciada en Ciencia Política, podemos comprender aún más por qué se dedicó al fenómeno de la moda. Surge, en algún sentido, del encuentro de la mención a la moda por parte de aquellos pensadores del siglo XIX sobre los que había escrito. Eso conllevó poner la idea en contexto y de allí indagar en la producción de autores europeos que han circulado profusamente en América Latina. Su trayectoria académica da cuenta de que *La moda, revolución efímera* no es un libro sobre diseño de indumentaria o la industria textil, no discute sobre ornamentos, o tendencias mercantilizadas; por el contrario, libra la batalla de presentar la moda como concepto político.

Ya en el preludio se adelanta lo que revela en los apartados siguientes: el fenómeno de la moda hilvana una tríada entre la novedad, la tradición y lo antiguo, mientras que su forma inactual nos envuelve bajo la vaguedad y confusión de no saber si se avala y se consiente o, por el contrario, se está indefectiblemente atado y sometido a él (p. 32). La moda envuelve objetos, prácticas y disciplinas, y si bien no se la puede escindir del universo textil tampoco es exclusiva de este. Se manifiesta no solo ante la elección del ropaje: socava nuestras rutinas cotidianas al punto de incidir en la alimentación, el lenguaje, la salud, la música o los espacios habitados.

A lo largo de los tres capítulos y su coda, sortea nombrar marcas o personajes del mundo del diseño, pero no esquiva la crítica sobre las prácticas de la industria. Discute con Giacomo Leopardi, Honoré de Balzac, Charles Baudelaire, Georg Simmel, Siegfried Kracauer, Gabriel Tarde, Walter Benjamin y Bertolt Brecht, con la clara intención de presentar al fenómeno de la moda como una supuesta revolución, un cambio aparente que, si bien recala falsamente en la memoria, recurre a la complicidad del olvido para no alterar los cimientos de las estructuras políticas, sociales y culturales. Advertir una moda es asumir su propia caducidad (p. 28), ya que la velocidad y voracidad de sus cambios aparenta desafiar el *statu quo*, pero por el contrario refuerza sus pilares con una acción continua: horadar el pasado y desmembrar la memoria.

La moda libra una cruzada contra el tiempo en tanto que también es su aliado; pasado, presente y porvenir no son aquí leídos en términos cronológicos, sino bajo una lectura temporal helicoidal, desafiando la linealidad. Esta lectura de un tiempo helicoidal se traduce en un gran hallazgo metodológico para abordar el fenómeno de la moda, y así

[1] Sobre lo primero, véase Oscar Terán, *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2008; sobre lo segundo, Marcel Detienne, *Comparer l'incomparable*, París, Éditions du Seuil, 2000.

[2] Nathalie Goldwaser Yankelevich, *Escribir mujer, fundar nación. Literatura y política en el Río de la Plata y Nueva Granada, 1835-1853*, Milena Caserola, Buenos Aires, 2000.

permite comprender procesos de transformación-construcción en su densidad histórica. Recupera el desconcierto ante el poder absoluto e inmanejable de la moda. Una trampa paradojal ya enunciada por Frampton: ¿cómo modernizarse y volver a los orígenes?[3] La moda evoca e implora un pasado inmediato, habita el presente, y con la misma provocación con que invocó al pasado, proyecta en el futuro una novedad mientras deja de ser moda para ser nuevamente tradición. Sin embargo, la tradición es recordada ya sin nombres ni acciones heroicas. Su espíritu memorioso se construye en un cuerpo aparentemente colectivo, ausente de autorías. Se funde junto a otras tradiciones y se reinventa, banalmente, en sus fragmentos y olvidos.

En este sentido, la problemática abordada se anuncia en cada uno de los capítulos con nombres tales como, por ejemplo: "El presente del Ángel de la moda". Allí la autora propone una figura novedosa para entender el tiempo presente. Fiel al fenómeno de la moda, recupera la imagen del *Angelus Novus* de Paul Klee, aquel que nos introdujo Benjamin bajo la alegoría del "Ángel de la historia" que con sus alas tamizaba el horror del mundo moderno bajo un intento de redención. Goldwaser Yankelevich nos propone una nueva figura ahistórica: el "Ángel de la moda". Este viene a interpelar a la tradición, la transgrede, altera su movimiento lineal desdibujando su principio y su fin para que todo se repita una y otra vez. Bajo sus alas, el presente no es un tiempo que aspire a la redención; por el contrario, es un tiempo de opresión y tiranía. Así es que el presente se revela aquí como un estadio receptor y disparador de tiempos que por un lado acuna al pasado mientras se proyecta al futuro. En la puja entre tiempos, emerge una novedad con la latente señal de la obsolescencia.

En el segundo capítulo, fiel a la metodología helicoidal, presenta "El fenómeno de la muerte de futuro", en el que se avizoran extraordinarias anticipaciones que la moda habilitaría, en detrimento de los olvidos de un pasado cercenado por ella. "El futuro se inscribe en el presente bajo la forma de una tendencia a la que se puede imaginar: una suerte de premonición" (p. 72). El fenómeno de la moda se torna aquí tan intempestivo como mesiánico en tanto que altera los argumentos temporales entre el pasado, el presente y el porvenir.

En "La moda: ¿oclusión hermética de la tradición?", la moda "nos enfrenta a circunstancias ligeramente novedosas, [pero] no por ello se deslinda del requerimiento de que se aplique la tradición en vigencia" (p. 93), aunque esta última no siempre funcione como modelo para afrontar el presente. En este sentido, la moda distorsiona ese pasado para reversionarlo "con el objetivo de que algo de aquel fenómeno se instale como costumbre, hábito o 'sentido común'" (p. 96). Ahora bien, la moda se funda entre la muerte y la tradición, pero sin depender de ellas, es autónoma y justamente es la propia condición de autonomía la que le confiere la potestad de moverse entre el pasado, el presente y el futuro.

Finalmente, la Coda sintetiza los tres tempos abordados en los capítulos anteriores a través del cuento de Borges "Las ruinas circulares". Allí el paisaje se ve fosilizado y sus ruinas remiten a un pasado habitado en el presente de un sueño futuro. La figura del leñador, aquel que construye desde el paisaje que destruye, concretiza y visibiliza las prácticas de explotación y sometimiento de la industria del textil al servicio del poder económico (también extensible a la industria de la construcción). Si los cuerpos de las personas son el último eslabón material en el que el ondular de la moda sedimenta y erosiona, el ornamento es aquello tangible y consumible, pero el fenómeno de la moda no atiende solo a ese objeto final consumible. Este se manifiesta en las fábricas y buques factorías, en los talleres clandestinos de los barrios populares donde trabajan bajo regímenes de feroz explotación mujeres e infancias. Su andamiaje es el sistema capitalista, porque la moda tiene la necesidad constante de generar nuevos consumos y declarar rápidamente la muerte de cualquier tendencia bajo el fenecer de sus propias proclamas.

Al igual que en Leopardi, la moda y la muerte aquí dialogan, pero nos interpelan. ¿Dónde está el poder de la moda? Allí. Es incesante e inherente a ella porque

[3] Kenneth Frampton, *Teoría*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 2002.

desarregla y desarraiga el pasado más lejano o más reciente, cumpliendo con los mandatos ciegos de una innovación desenfrenada que envejece en un tiempo imposible de historizar, de calcular (p. 51). Esta constatación confirma que, junto a la modernidad, ante la introducción de una novedad, se han librado sutiles revoluciones, imperceptibles, aunque efímeras, que transcurrieron entre guerras, genocidios, agotamiento de recursos naturales, negacionismo, cambio climático, endeudamiento y criptomonedas. Un mundo habitado por víctimas y victimarios que acarrean victorias y reivindicaciones de otros tiempos pero que siempre favorecen inevitablemente al dominador (p. 87), porque aquello que la moda presenta como transgresión no es más que un guiño de otro tiempo descontextualizado.

Para Benjamin, quienes habitan la revolución quiebran el continuo lineal del tiempo y nos redimen de las opresiones del pasado. La revolución de la moda es aquella en la que todo sigue igual a pesar de generar transformaciones aparentes. Esto es, se introducen pequeños cambios, innovaciones fugaces que ancladas siempre en la tradición discuten con las huellas del pasado. Lo tergiversan. Mientras agita la bandera de una novedad dislocada, sumerge a la tradición con la clara intención de desmembrarla ante el mismo movimiento que la rescata. Ambas, la moda y la tradición, se presentan como siniestras porque, al mismo tiempo que conservan, limitan la acción y fosilizan, devoran, destruyen y escarmientan. (p. 93)

Si las revoluciones son impredecibles, ahora sabemos que el fenómeno de la moda no lo es. Goldwaser Yankelevich nos advierte que lo impredecible de sus movimientos remite a su carácter azaroso. Ya conocemos su estrategia, su capacidad para eludir cronologías y la certeza de una tendencia fugaz; lo que no sabemos es qué elementos del pasado reivindicará o aniquilará como estandarte de una nueva revolución al servicio del poder.

María Luz Mango
Universidad Nacional de Avellaneda / Universidad de Buenos Aires / CONICET

Eugen Weber,
De campesinos a franceses. La modernización del mundo rural (1870-1914),
traducción del inglés por Jordi Ainaud i Escudero,
Barcelona, Taurus, 2023, 800 páginas.

Hace cerca de medio siglo, la Stanford University Press publicaba *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, un formidable volumen de más de seiscientas páginas que, conforme al encomio con que fue recibido por el mundo académico y la prensa cultural, no tardaría en convertirse en una de las obras más importantes que daría la historiografía del siglo xx. Por aquel entonces, su autor, Eugen Weber (1925-2007), un historiador de origen rumano formado en Cambridge y en París, ejercía como profesor de Historia Europea desde hacía veinte años en la Universidad de California en Los Angeles, donde era un reconocido especialista en la Francia contemporánea. Tras *The Nationalist Revival in France, 1905-1914* (1959), pero, en particular, con *Action Française. Royalism and Reaction in Twentieth-Century France* (1962), un estudio decisivo sobre el movimiento nacionalista de ultraderecha nacido al calor del *affaire* Dreyfus, Weber se convirtió en una figura internacional ampliamente celebrada. Sin embargo, la gloria definitiva solo llegaría en 1976 con *De campesinos a franceses*, una obra que, si bien nadie dudaría en considerar un clásico, siempre dispuso de una canonicidad ambivalente, sobre todo, si la comparamos, por ejemplo, con el *Mediterráneo* de Fernand Braudel o con *La formación de la clase obrera* de E. P. Thompson. Para decirlo rápidamente, mientras que estas últimas fueron precursoras en la demarcación de un objeto y fraguaron una nueva metodología, la obra de Weber condensaba una serie de variables análogas, pero cuyo impacto se había producido varios años atrás. Si bien resultó innovadora en numerosos aspectos, es como si hubiese llegado voluntariamente tarde a una carrera consagratoria en aras de rescatar o sintetizar una forma de hacer historia que estaba a punto de extinguirse. Este contraste resulta aún más elocuente si recordamos que, en ese mismo año, Carlo Ginzburg suscitó un notable giro microhistórico con *El queso y los gusanos,* tras cuya puesta en marcha arrasó con el típico taller del historiador. Nada de eso ocurrió con *De campesinos a franceses.*

Sus primeros lectores se mostraron un tanto desconcertados. Habituados a una lógica de clasificación más indudable, la obra de Weber despertaba un interrogante: ¿estamos ante un trabajo de teoría social o de historia de Francia? En realidad, muy próxima a una prosapia braudeliana de historia social y total de la cultura material –donde, por ejemplo, la etnografía funcionaba como contrato instrumental y no como cazadora de símbolos a lo Clifford Geertz–, *De campesinos a franceses* comparecía ante, al menos, cuatro cuestiones de su tiempo que se estaban apagando o modificando velozmente como dispositivos al uso de los historiadores. En primer lugar, ante una teoría de la modernización que buscó comprender, entre los años 1950 y 1960, el cambio social a través del pasaje de las sociedades tradicionales a las modernas a partir de un método histórico-comparativo en directa confrontación con la vieja hegemonía parsoniana. Con todo, cuando Weber publicó su obra, la crisis de aquella teoría ya era manifiesta. Junto con ella se sumaba el punto de vista que Weber defendía sobre el nacionalismo. Si bien su análisis se convirtió, como ha reconocido David A. Bell, en una referencia duradera para el caso francés (y análoga a la de Linda Colley para el mundo británico), tampoco dejó de ser rebatida pocos años después por perspectivas que se revelaron clásicas, como las de Ernest Gellner o Benedict Anderson. Por otra parte, y en lo que concierne al ámbito historiográfico propiamente dicho, Weber apelaba a una historia de las mentalidades muy francesa que, pese a

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1495

observar un pequeño renacimiento en los años 1980 con la *Nouvelle histoire*, tenía su hora final muy próxima. Inclusive, desde 1974, el mismo Jacques Le Goff venía expresando sus dudas al respecto. Asimismo, Weber acudía a un concepto de cultura popular nisardiano cuya invectiva ya estaba en camino desde hacía, al menos, un lustro. Este concepto, que mucho tenía de folklórico, no podrá resistir el embate de una historia cultural que, de todas maneras, aún estaba en ciernes. Ahora bien, tampoco podría decirse que Weber hubiese asumido estas filiaciones sin críticas o matices, ni que su obra se haya visto sometida a las órdenes de algún mandato teórico (nada más lejos, por cierto, de su historiografía, indiscutiblemente empírica). De todos modos, todas esas herramientas merodeaban, bajo una u otra forma, en la textura argumental de *De campesinos a franceses*.

Dicho esto, anclar el esquema interpretativo de Weber únicamente al contexto historiográfico de su emergencia lo condenaría a una fosilización injusta. Su obra es mucho más que su entorno y continúa rebasando cualquier expectativa. De hecho, ninguna de esas inspiraciones tardías ha impedido que siga siendo una inconfundible obra maestra, un estudio magistral que, en cierto sentido, compensó esos rezagos con otros talentos. A diferencia de lo que ocurre con los historiadores pioneros que mencionamos más arriba (mucho más circunspectos en lo formal), Weber suele generar aún una inmersión arrolladora y lo hace de una forma tan imprevisible y cautivante que, tras leer las primeras páginas de su obra, difícilmente podamos abandonarla. Son muy pocos los historiadores que suelen alcanzar tal grado de cadencia y, menos aún, aquellos que, con simpatía y empatía hacia los sujetos interpelados, marcan un contrapunto irónico nunca exento, además, de un humor exquisito. Aunque tampoco sería justo reducir su obra a un cuadro anecdótico o tacharlo de hacer literatura. Nada más lejos. Por el contrario, a cada paso, Weber sostiene la autoridad de sus minuciosas explicaciones a través de una suma verdaderamente descomunal de fuentes históricas procedentes de casi todos los rincones de Francia: periódicos locales, informes estadísticos, cuadernos escolares, informes médicos y parroquiales, obras literarias menores (y mayores) o monografías regionales absolutamente desconocidas, entre muchas otras. Todas ellas seleccionadas y expuestas a toda luz para que el lector las husmee y hasta escuche aquellas voces de sabiduría popular que, como dijo el historiador Matt Matsuda, Weber descifra mientras "subraya deliberadamente la imposibilidad de una idiosincrasia única en individuos concretos". De allí que también convendría aligerar la sobrecarga determinista que, en reiteradas ocasiones, le han endosado. Lo cierto es que su interpretación de las fuentes sigue un ritmo acompasado y nunca intenta extraer más de lo que le ofrecen. Y así lo advierte a cada momento. Por ejemplo, al indagar la disminución de la natalidad con respecto a la proporción de personas que contraen matrimonio en la zona de los Alpes y los Pirineos hacia 1831, señala "las generalizaciones solo pueden aspirar, por definición, a ser correctas en líneas generales, y las correlaciones entre una tendencia o característica local y otra pueden llevarse hasta cierto punto, pero no más allá" (p. 243). Toda la obra está sembrada con este tipo de cautela. En definitiva, ni el ingente relevamiento que Weber ha realizado, ni la perspicacia de sus observaciones sobre las conductas sociales podrían haber permitido, aunque lo quisiese, la compresión de sus resultados a un sentido único y lineal.

Así pues, la obra explora la inevitable transición que sufrieron los campesinos franceses entre 1870 y 1914 frente a la embestida de la industrialización y de un Estado dispuesto a expandir una conciencia nacional por todo el territorio. Empero, llamar "francesa" a esa masa campesina resultaría del todo inexacto. Mientras que el título de la obra, *De campesinos a franceses*, anuncia la narrativa que seguirá esa brusca conversión (que, a pesar de todo, solo comenzó a ser visible en los años 1880), el subtítulo, *La modernización del mundo rural*, insinúa aquel clima teórico que la envuelve sin que por ello la rija: un dualismo centro-periferia tras el cual la comunidad campesina debía abandonar su aislamiento geográfico y cultural para integrarse a las huestes de una modernidad engañosamente emancipatoria que, por caso, solamente podía procurar la civilización parisina. O pasar,

como ilustra el autor, de una economía "herbívora" a otra "carnívora" propia de las ciudades. Sin embargo, someterse a la coacción de ese Estado modernizador suponía para el campesino la pérdida de un modo de vida que acumulaba siglos de existencia. Por ende, no se equivocaba al sospechar cuál sería el precio a pagar: su propia desaparición. De allí, en fin, que llevase tanto tiempo doblegar su resistencia al cambio. Tal es lo que Weber intentaba demostrar junto con otra hipótesis que resultó quizá más polémica todavía: la nación francesa fue una construcción largo tiempo demorada que fabricó la III República y cuya consistencia como Estado realmente unificado y nacional solo tomó forma en pleno siglo XX hacia el inicio de la Gran Guerra. Y tal es el tríptico que *De campesinos a franceses* nos propone. En la primera parte de la obra, "Cómo era todo", Weber levanta el telón de un universo rural previo a 1870 casi inmovilizado por su cárcel mental, compuesto por un "país de salvajes" que ni los viajeros reconocían como parte de su propio país al observarlos desde sus carruajes. Esos campesinos, corroídos por el miedo al crimen, a los lobos, a los incendios y, desde luego, al hambre, vivían en condiciones míseras, no hablaban francés sino una infinidad de dialectos y *patois*, por lo general, ininteligibles no solo para el hombre de la ciudad (y para muchas autoridades locales), sino también para los lugareños de los pueblos vecinos quienes, a su vez, tampoco habían salido de su aldea. Pesaban, medían y utilizaban, en caso de tenerla, una moneda cuyo empleo se reducía al ámbito local y se resistían a cualquier estandarización regida por el franco o el sistema métrico. Weber diseña, y tal ha sido el principal reproche que recibió su obra, una mentalidad campesina acaso demasiado homogénea que apenas daba lugar a una posible anomalía. Sin embargo, este tipo de crítica, pese a su virtual pertinencia, tampoco cumplía con el precepto historicista y contextual que ella misma decía defender en su rebate contra el anacronismo: sin duda, no era nada difícil medirla con la vara de lo nuevo e imputarle presuntos excesos hermenéuticos a una investigación que, como todo el mundo sabía, había comenzado mucho tiempo antes y que recién se publicó en el umbral de un momento historiográfico a punto de desplomarse. En todo caso, Weber seguía sosteniendo que la triunfante unidad territorial tan ponderada por la Revolución décadas atrás había sido tan solo una idea. Recordemos que este desplazamiento de la periodización hacia adelante, vinculada con el estancamiento del mundo rural y la volatilidad de un espíritu nacional (particularmente inquietante para la sensibilidad nacional francesa), fue uno de los puntos más discutidos, tanto por Maurice Agulhon (1986) como, más tarde, por Peter McPhee (1992) y James R. Lehning (1995), quienes llevaron aquella nacionalización, una vez más, hacia las primeras décadas del siglo XIX.

En la segunda parte de la obra, "Los agentes del cambio", Weber indaga los factores que forzaron ese proceso de aculturación a través de la integración territorial y la construcción de prácticas comunes por parte del Estado: la extensión de las carreteras y redes ferroviarias, la escuela como elemento nivelador mediante una alfabetización universal que permitía hacer propios la lengua oficial, el mapa de Francia o su historia nacional, y el servicio militar cuyo reclutamiento promovía la partida de la aldea y, por primera vez, tomar conocimiento del otro cual virtual desconocido y "extranjero". Así fue como el "paisano" de pronto se convirtió en "compatriota".

La última parte, "Cambio y asimilación", presenta los alcances de todo ese proceso estatal, equiparable a una ocupación colonial en el interior de la cultura popular: fiestas nacionales, expansión de las ferias y mercados, la fuerza de los proverbios y la cultura oral, la paulatina permeabilidad de la literatura y del *papier qui parle* (es decir, la circulación de *canards* que actualizaban con sensacionalismo las principales habladurías) cuya transmisión, más allá del espacio local, aseguraba y contribuía a la emoción de sentirse parte de una comunidad nacional. Particularmente en esta tercera parte, si Weber practica algún tipo de historia cultural al estilo de Maurice Crubellier o de Manuel Tuñón de Lara como muchos han sostenido, debemos reconocer que esta se conduce aún bajo el mandato de una historia social, para más referencias, tal como se discutió y fue definida por el célebre coloquio de Saint-Cloud en 1965.

En suma, nos encontramos ante un experimento

historiográfico, sacudido en todo momento por un efecto impresionista de familiaridad y alteridad que mucho debe también a Marc Bloch, según ha confesado el propio Weber. Por lo demás, cabe destacar que el hechizo de su relato y esa estética de lo sorprendente reaparecen sin menoscabo alguno en esta soberbia traducción al castellano del filólogo Jordi Ainaud i Escudero que Taurus, pese al tiempo transcurrido desde su primera edición, tuvo el coraje de publicar. A pesar de los aprietos que insume cualquier pasaje de lenguas (y este, en particular, dotado con un sinnúmero de obsolescencias rurales cuyo sentido hubo que reponer), el estilo de Weber presta, a tal efecto, un servicio inestimable. Ya lo había advertido un entusiasta Robert Mandrou en 1977 al reseñar la versión inglesa: "el refinamiento de su escritura agiliza tanto la lectura que ningún traductor tendrá dificultades para establecer un texto en francés límpido, claro y, a la vez, brillante". Los lectores franceses, por cierto, fueron más afortunados que sus pares hispanohablantes, dado que tuvieron *De campesinos a franceses* al alcance de su idioma cuarenta años antes (1983), aunque bajo otro título, *La fin des terroirs*, algo así como "el fin de los terruños". Y he ahí, precisamente, el meollo de todo el asunto. Finalmente, recordemos que, en castellano, solo se contaba con dos obras de Eugen Weber, la fantástica *Francia, fin de siglo* (1986), una suerte de versión urbana a menor escala de *De campesinos a franceses* (publicada por Debate tres años después), pero también con un viejo trabajo de 1965 que dirigió junto a Hans Rogger, *La derecha europea* (que apareció en 1971 bajo el sello de la editorial Luis de Caralt de Barcelona). Sería estupendo que Taurus, tras este valioso rescate y así como, entre 2006 y 2015, emprendió la traducción sucesiva e ininterrumpida de las últimas ocho obras de Tony Judt, reanudara esa práctica tan saludable con otros trabajos de Weber. Allí aguardan, junto con las que mencionamos al principio, *My France. Politics, Culture, Myth* (1991), *The Hollow Years. France in the 1930s* (1994) o *Apocalypses. Prophecies, Cults, and Millennial Beliefs through the Ages* (1999), obras que tampoco se detienen en su búsqueda por sorprender al lector.[4]

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional
de General Sarmiento /
CONICET

[4] El lector interesado en la obra de Eugen Weber puede consultar el dossier que le dedicó la revista *Historia Social* (nº 62, 2008), dirigido por Fernando Molina Aparicio, así como el publicado un año después por *French Politics, Culture & Society*, titulado "Revisiting Eugen Weber's *Peasants into Frenchmen*" (vol. XXVII, nº 2, verano de 2009).

George Steinmetz,
The Colonial Origins of Modern Social Thought. French Sociology and the Overseas Empire,
Princeton, Princeton University Press, 2023, 576 páginas.

"Los científicos sociales deben evitar cualquier adopción ciega de aquellos instrumentos, teorías y conceptos que tengan a mano, pero también deben reflexionar sobre lo que están forjando mientras hacen ciencia, qué supuestos promulgan y cuáles son las interpretaciones implícitas que, sin darse cuenta, puedan estar reproduciendo. En términos más positivos, deberían plantearse de qué modo un enfoque reflexivo de la práctica científica podría contribuir al florecimiento de las ciencias sociales y a la creación de un marco racional para sus intervenciones sociales y cívicas". He aquí la vigilancia epistemológica en términos de reflexividad con un toque habermasiano (cual ideario teórico y político) que modula esta gran obra. Así lo señala George Steinmetz –profesor Charles Tilly de Sociología en la Universidad de Michigan– en *The Colonial Origins of Modern Social Thought*, donde se ha propuesto develar cómo se gestó la sociología francesa en el marco del imperialismo o bien, más concretamente, cómo su armazón institucional entre los años 1930 y 1960 anidó en el nervio mismo del colonialismo francés. El período se extiende, efectivamente, entre aquel espectáculo triunfante que fue la Exposición colonial internacional de París celebrada en los bosques de Vincennes en 1931 y el hundimiento del imperio colonial francés tras el fin de la guerra de Argelia en 1962. El lector dará aquí con una historia revisionista del "subcampo" de la sociología francesa (y, en menor medida, de otras ciencias sociales adyacentes) cuyos orígenes coloniales se han mantenido oportunamente solapados por la tradición y que reclaman un tipo de sondeo que confronte esa "amnesia disciplinar". Esta memoria suele omitir, por ejemplo, que los estudios urbanos de Maurice Halbwachs, la sociología de la religión de Roger Bastide o la sociología de la guerra de Robert Montagne mantuvieron una clara orientación imperial. La relación de Francia con sus colonias siempre ha sido una cuestión harto sensible que fue obliterada por la historia de las ciencias sociales y humanas y, desde ya, por la disciplina histórica, tal como Steinmetz lo demuestra en la obra. Actualmente, forzada por los vientos de una historia global, transnacional o atlántica, y como contrapartida frente a una sociedad francesa que en buena parte aún se resiste a naturalizar la inevitable inmigración de sus viejas colonias, el mundo académico, al menos, se vio obligado a reconceptualizar un ideal republicano de *assimilation* imperial que, como ha señalado el antropólogo Gary Wilder, nunca dejó de ser asimétrico.

Tal es así que, en los últimos años, obras como la de Laurent Dubois sobre el Caribe francés en la época de la Revolución (2004), la de Todd Shepard sobre la invención de la descolonización y la cuestión argelina (2008) o, más específicamente, la obra de Emmanuelle Sibeud sobre la construcción de saberes imperiales (2002) o la de Pierre Singaravélou sobre las "ciencias coloniales" bajo la III República (2011), han operado un giro analítico de aquella narrativa. Asimismo, la obra de divulgación que dirigió Patrick Boucheron en 2017, *Histoire mondiale de la France* (en cuya coordinación también participó Singaravélou), con artículos ordenados a partir de una serie de años que escapan del típico relato nacional y acuden a la presencia del mundo no francés dentro de Francia, intentó captar esos aires renovados. Su aspecto escolar e ilustrado buscaba, precisamente, asumir e instalar esa nueva crónica en el gran público. Se trata de una corriente que, en líneas generales, se ve trabajando en un terreno que, si bien ya fue abonado por el poscolonialismo y los estudios subalternos, se sitúa en un plano de investigación diferente, por caso, empírica y no teórica. Pese a que comparte cierto subtexto emancipatorio con Edward Said, Dipesh

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1496

Chakrabarty o, incluso, con Vivek Chibber, no hay aquí ninguna duda sobre el valor de la ciencia (y, sobre todo, de la ciencia social) como legítimo acceso al conocimiento. Del mismo modo, ninguno de ellos profesa una estética deliberadamente literaria y, por ende, tampoco ponen en duda o discuten la existencia de una verdad histórica. En fin, no se avienen a una lectura posmoderna del colonialismo. En caso de tropezar con alguna metanarrativa, su trabajo más bien consistirá en objetivarla, tal como harían con cualquier otro producto que derive del pensamiento poscolonial, del marxismo o del psicoanálisis. En suma, para desenmascarar el discurso tradicional o dominante de una disciplina la clave siempre estará en su historización, tal es la única garantía para cernirla, conocerla y, en todo caso, criticarla. Esta obra de Steinmetz se inscribe en ese amplio paradigma de revisión historiográfica, pero también en una historia de las ciencias sociales tal como fue cultivada por Immanuel Wallerstein, así como en una historia de los saberes y disciplinas al estilo de Lorraine Daston o Andrew Abbott. Y aquí confluyen todas sus investigaciones previas, ya sea *Regulating the Social. The Welfare State and Local Politics in Imperial Germany* (1993) o *The Devil's Handwriting. Precoloniality and the German Colonial State in Qingdao, Samoa and Southwest Africa* (2007), como muchas otras de las que fue editor científico, una de ellas en colaboración con Didier Fassin, *The Social Sciences in the Looking Glass. Studies in the Production of Knowledge*, también publicada en 2023.[1]

Como buen sociólogo, George Steinmetz expone, desde un principio y a cielo abierto, todas sus cartas metodológicas, definidas como "socioanálisis histórico" de las ciencias sociales. Se trata de una sinfonía virtuosa de metasociología e historicismo donde intervienen la historia intelectual de la disciplina (por su atención a los contextos), una historia política de la descolonización (a partir de la sinergia entre instituciones coloniales y metropolitanas), una sociología histórica del conocimiento (por su acento en el método comparativo y en una historia interna disciplinar) y una sucesión reveladora de prosopografías donde conviven figuras totalmente olvidadas como el durkheminiano Robert Lapie o el islamólogo Alfred Le Chatelier con otras más clásicas y conocidas como Marcel Mauss o Lucien Lévy-Bruhl. Todas estas líneas son asistidas, a su vez, por una serie de herramientas epistemológicas y conceptuales que el autor resignifica y justifica en cada pasaje de la obra. No obstante, como el lector habrá podido advertir ya, la teoría de los campos de Pierre Bourdieu junto con su concepto "anamnesis disciplinar" (ambas bajo su proyecto inacabado de historia social de las ciencias sociales) son las que coagulan y sistematizan cada una de aquellas vías. Cabe señalar que estas teorías solo comenzaron a tener un mayor impacto en la investigación social norteamericana tras su muerte en 2002, y aquí Steinmetz las reivindica a partir de una perspectiva que denomina "neobourdesiana", dispuesta por un horizonte combinado de campo, contexto, autor y texto. Cabe señalar que el autor es, en la actualidad, uno de los principales emisarios del legado de Bourdieu en Estados Unidos (su discusión en 2018 junto a otro gran bourdesiano, el neerlandés Johan Heilbron, de la teoría de las clases en Bourdieu criticada por Dylan Riley, o su entrada "sociologie historique" en el *Dictionnaire international Bourdieu* que dirigió Gisèle Sapiro en 2020, son solo dos ejemplos). Con todo, si bien Steinmetz se sirve de casi toda su producción, el lector encontrará lo sustancial de su acogida para esta obra en *Microcosmes* y *Retour sur la réflexivité* (ambas de 2022) e *Impérialismes. Circulation internationale des idées et luttes pour l'universel* (2023), los últimos tres rescates de las obras dispersas o inéditas de Bourdieu.

El núcleo principal de *The Colonial Origins* está compuesto por cuatro partes que funcionan como contextos concéntricos. Steinmetz comienza así con las grandes estructuras institucionales, continúa con la trasiega histórica de las ideas donde, luego, inserta la historia disciplinar de la sociología, para culminar con cuatro ensayos biográficos. Así, paso a paso, nos va introduciendo en

[1] Puede consultarse el marco historiográfico de *The Colonial Origins of Modern Social Thought* en el artículo "The History of the History of Social Science" que el propio George Steinmetz escribió para *The Routledge History of American Science*, editada por Timothy W. Kneeland (Nueva York, Routledge, 2022).

una Francia de posguerra envuelta por la penumbra de un colonialismo que lo invade todo y donde coexisten los procesos de descolonización con los de reconquista colonial. Según ha nominado Georges Balandier, se trata de su "fase técnica" en términos de población, maquinaria, conocimiento y dinero movilizados a las posesiones, designadas a partir de los años 1950 con el eufemismo "de ultramar" en el marco de la flamante *Union française* y su nueva organización administrativa: Dom (*départements d'outre-mer*, es decir, las colonias del Caribe, Saint-Pierre y Miquelon y Argelia) y Tom (*territoires d'outre-mer*, África occidental y ecuatorial, Madagascar y las Islas del Pacífico). Con la intención de retener su imperio, los funcionarios de la metrópoli comenzaron a instalar en el espacio público la cuestión colonial y a recrear su legitimidad recurriendo a expertos en leyes, economía y sociología. De allí la difusión creciente mediante políticas de "desarrollismo" colonial –cuya historia conceptual Steinmetz traza breve pero magistralmente– y en cuya planificación algunos sociólogos estuvieron muy implicados desde la inmediata posguerra, ya sea con la promoción de la agricultura colectiva, el reasentamiento de pueblos africanos en aldeas modernizadas o la construcción de grandes proyectos urbanos: mucho antes, en suma, del Plan Constantine (1958). Este cambio en la periodización también afecta las instituciones de educación superior parisinas (como Sciences Po o la École coloniale), sus organismos de investigación (el CNRS, la Office de la recherche scientifique et technique outre-mer o el Institut d'ethnologie, creado en honor de Durkheim) y sus vínculos con organizaciones internacionales, en particular, con la Unesco, puesto que todas, de un modo u otro, se vieron comprometidas con el colonialismo desde un principio y hasta los años 1960.

Sobre la base de esta cartografía política, Steinmetz parte luego en busca del universo de las ideas. Es aquí donde ingresamos a su verdadero campo de exploración. Para ello, se dispone a trazar la historia interna de varios campos del saber implicados en la supervivencia del imperio y a partir de su grado de avenencia respecto de la sociología, disciplina que seguirá funcionando como el prisma tras el cual observará todo el escenario. Cualquier ánimo interdisciplinar del autor quedará, en este sentido, supeditado a las necesidades epistemológicas de este saber. El orden de la exposición rastrea esos límites desde el más alejado de la partitura sociológica hasta el más poroso y contiguo a ella. Allí examina los estudios legales, la geografía, la economía y, luego, las ciencias de la psique, estableciendo una clara diferencia entre psicología, psiquiatría y psicoanálisis. En segundo término, reagrupa los estudios historiográficos, estadísticos y demográficos para cerrar con un apartado más amplio donde explora la antropología y la etnología. A medida que avanzamos hacia el final, la narrativa biográfica se va apoderando de la obra de forma cada vez más acusada, en un intento por rescatar la singularidad de algunas figuras que han marcado el devenir de las ciencias sociales. La presencia de este recurso ya se presiente con el acápite dedicado a Franz Fanon o Henri Collomb para la psiquiatría colonial, recurso que se acelera cuando aborda la sociología propiamente dicha y que prevalece en la última parte de la obra (donde se focalizará en los derroteros de Raymond Aron, Jacques Berque, Georges Balandier y, desde luego, Pierre Bourdieu). Con todo, antes de llegar allí, Steinmetz se dedicará a delinear la historia morfológica de su propio *métier* en tres estupendos y extensos capítulos. Se sucederán un segmento sobre el desarrollo teórico de la sociología de entreguerras (la herencia de Frédéric Le Play, René Maunier, Alfred Métraux o Maurice Leenhardt, entre otros), otro sobre la sociología de la sociología y el subcampo colonial en Francia y Bélgica entre 1918 y 1965 (el universo estudiantil y docente, las asociaciones científicas, los trabajos sobre el terreno y la lógica de publicaciones) y, por último, otro consagrado a las asimetrías y desigualdades que operan en el interior del subcampo colonial. En este capítulo observa las estrategias utilizadas por los investigadores originarios que se resistían a la dominación científica, algunos de los cuales fueron llamados con indudable desprecio "investigadores de matorral" (*chercheurs de brousse*). Con el nombre de este capítulo, "Outline of a Theory of Colonial Sociological Practice", Steinmetz renueva sus votos bourdesianos: el título remite al clásico de Bourdieu *Outline of a*

Theory of Practice, la versión inglesa de Richard Nice publicada en 1977 a partir del original *Esquisse d'une théorie de la pratique, précédé de trois études d'ethnologie kabyle* (1972).

Estamos, en suma, ante una obra mayor que no solo es una notable proeza erudita, sino un minucioso modelo de investigación para cualquier estudioso que busque trazar (y descolonizar), sin ánimos autocelebratorios o reflujos relativistas, la historia de una disciplina social europea del siglo XX. Sería un acierto que este trabajo de Steinmetz (cuyas obras aún permanecen completamente inéditas en nuestra lengua) se tradujera al castellano.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional
de General Sarmiento /
CONICET

Martin Jay,
Immanent Critiques. The Frankfurt School under Pressure,
Londres/Nueva York, Verso Books, 2023, 231 páginas.

¿Cómo es posible pensar la actualidad de un legado político-intelectual? ¿Qué sentidos tiene esa operación? ¿Desde qué lugares nos es permitido ponderar una tradición? ¿Qué podemos hacer con esa herencia? Las respuestas disponibles para estar preguntas pueden ser muy diversas, pero algunas de las que ofrece Martin Jay en este libro resultan especialmente instigadoras sobre el modo de practicar la historia intelectual.

Profesor emérito del Departamento de Historia de la Universidad de California en Berkeley y especialista en la historia de la escuela de Frankfurt, Jay sugirió un desafiante ejercicio en ocasión del centenario de la creación de Institüt für Sozialforschnug y de los 50 años de la publicación de su tesis, *The Dialectical Imagination*: aplicar una *crítica inmanente* desde dentro a lo largo de un conjunto de ensayos que "ejercen presión" en algunas dimensiones de la teoría crítica dispuesta como potente herramienta analítica.

También propone un sofisticado prisma de interpretación política que, en el marco del avance global de las extremas derechas, ayude "…a mantener a raya la creciente oscuridad" [to keeping the gathering darkness at bay]. Como sostiene Jay, la historia intelectual usualmente se enfrenta al problema de la proximidad/distanciamiento respecto de los legados de las personas que busca reconstruir. Por ello, la imperiosa formulación de un objeto de estudio forjado en una distancia crítica debiera prescindir de la deriva "apologética" en la que no pocos trabajos incurren. Tal como en su libro de 2020 *Splinters in your Eyes: Frankfurt School Provocations*, Jay invoca al legado frankfurtiano para desplegar historizaciones menos lineales en su narrativa, pero también menos ingenuas a las contradicciones conceptuales y a la consideración de ciertos contextos menos obvios.

A lo largo de ocho ensayos, Jay transita sobre algunos pliegues donde el legado de Frankfurt parece tensionarse de manera singular. Sin embargo, en todos los textos se identifica fácilmente la persistencia de los recaudos que Jay indica sobre la "hipostatización" a la que usualmente conduce la propia noción unificadora de "Escuela" para referirse a esa constelación de personas, ideas y situaciones. Como antídoto ante un relato excesivamente sinóptico del legado de Frankfurt, Jay organiza sus aproximaciones mediante enfoques que generen una mirada renovada sobre sobre conexiones poco frecuentadas. Por caso, en el capítulo 1, "1968 in an Expanded Field: The Frankfurt School and the Uneven Course of History", Jay se nutre de la noción de "campo extendido" acuñada por la crítica de arte Rosalind Krauss en 1979 para explorar las actitudes de algunas figuras como Adorno y Horkheimer ante las movilizaciones de estudiantes y militantes de las luchas "tercermundistas" en el "1968 global". Jay sostiene que resulta decisivo "expandir los contextos" de las rebeliones universitarias, y las posiciones de la Nueva Izquierda en Estados Unidos y Alemania, a los vaivenes de la Guerra de los Seis Días en 1967, a partir de la cual figuras expectables de la teoría crítica revisaron su relativa indolencia respecto de las luchas anticoloniales en América Latina, África y Asia: descentra "1968" de la narrativa de hito fundacional y lo conecta con "1945" como horizonte temporal para explicar el ascenso de la radicalización política de una generación estudiantil ante la violencia no resuelta completamente tras la guerra.

En el capítulo 2, "Adorno and the Role of Sublimation in Artistic Creativity and Cultural Redemption", Jay retorna sobre la tensa relación entre Marx y Freud que hicieron los intelectuales de la Escuela de Frankfurt, en particular, la revisión del rol del psicoanálisis en la comprensión de la producción artística. Entre las posiciones de Adorno en *Minima Moralia* y en *Teoría Estética*, Jay entiende que Adorno incurrió en una *crítica*

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1497

inmanente del concepto de "sublimación", desanclando esta noción del horizonte freudiano hacia una "[…] transfiguración estética del sufrimiento, tanto humano como natural". Ese desplazamiento resulta medular para Jay debido a que, bajo esta nueva perspectiva, la noción de sublimación, en un sentido más amplio, conecta el legado de la creatividad cultural del pasado con el presente para posibilitar un futuro diferente. Es decir, menos una interpretación reaccionaria que una apertura a la libertad.

En los capítulos siguientes aborda momentos singularmente centrales de la tradición de la teoría crítica: el posicionamiento de los intelectuales sobre los sentidos del Holocausto, las investigaciones sobre la "personalidad autoritaria" y la indagación sobre los orígenes del nazismo. En el ensayo "Blaming the Victim? Arendt, Adorno and Erikson on the Jewish Responsibility for Anti-Semitism", el autor reconsidera las intervenciones esgrimidas por las tres figuras ante el dilema de comprender el desarrollo histórico del antisemitismo hasta la "fase de exterminio". Como sostiene Jay, cada una de estas personas exploró el lugar de los judíos en el imaginario occidental como estrategia analítica a partir de tropos retóricos generalizantes también utilizados por los antisemitas. ¿Qué es el "pueblo judío"? ¿Quiénes lo integran y quienes lo integraron? Las categorías identitarias problemáticas son parte de una crítica inmanente que, como en el caso de Adorno, reconoce en ellas los modos de supervivencia e identificación pero que advierte ante su exagerada reificación y la deriva particularista que ha fundado estigmatizaciones de todo tipo.

Si aquella experiencia de la tradición frankfurtiana resulta, para nosotros, de una actualidad incontestable, el capítulo 4, "The Authoritarian Personality and the Problematic Pathologization of Politics", no lo es menos ("In these increasingly troubled times, the ghosts of the 1930s and 1940s seem to haunt our political landscape"). El notable interés contemporáneo por la serie de estudios que el Instituto promovió ya en sede norteamericana en colaboración con el Berkeley Public Opinion Study Group, y conocidos como "Studies in Prejudice", llevó a Jay a reconsiderar la génesis de la investigación colectiva publicada en 1950. Al combinar el uso de encuestas con técnicas cualitativas, el proyecto resultó especialmente atractivo para el panorama de las ciencias sociales de postguerra pese a que las críticas se centraron en "su perfil psicologicista" antes que sociológico.

En vez de retornar sobre los debates previos, Jay prefiere detenerse, por un lado, en la consideración de la aplicabilidad transcultural del modelo caracterológico generado por el equipo de investigación con presupuestos teóricos europeos y dispuesto en la población estadounidense. Y, por el otro, en los límites de la patologización de la política con sus consecuencias negativas en tanto que los tipos caracterológicos fueron presentados como "indicadores permanentes de la atracción por el autoritarismo". En este marco de intereses, Jay retorna sobre la teoría de los *rackets* de Horkheimer sintetizada en sus textos "Theorie des Verbrechers" y "Die Rackets und der Geist" para amplificar los ecos de aquellas indagaciones escritas al calor de la guerra recién iniciada. En el capítulo 5, "The Age of Rackets? Trump, Scorsese and the Frankfurt School", vuelve sobre los pasos de la crítica frankfurtiana a la "industria cultural" para posar su análisis "sintomático" en el filme *The Irishman* de Martin Scorsese como producto de la era de Donald Trump. Jay explora la crítica inmanente a la teoría de Horkheimer, evidenciando los límites del tránsito hacia una organización social propia de los *rackets* a partir de aquellas basadas en las abstracciones universalizadoras del principio moral, de las relaciones impersonales del mercado y en el Estado de derecho. En efecto, Jay sostiene que la potencia del análisis inacabado de Horkheimer sobre los efectos disolventes del capitalismo respecto de las instituciones estatales propios de los años cuarenta (el ascenso de un tipo de "cleptocracia"), subsiste en la actualidad pese a la diferencia en los contextos. En la "coyuntura fatídica" actual, Jay insiste en que el legado de Frankfurt permite fundar análisis sofisticados a partir de la adaptación de aquel modelo analítico ante la posibilidad de un nuevo gobierno de Trump ("We may not live in a full-blown racket society, or at least not yet… Today, when a second term for an impeached but exonerated

racketeerin-chief seems a distinct possibility, we cannot, alas, be so sure").

En "Go Figure: Fredric Jameson on Walter Benjamin", Jay regresa sobre la figura de Benjamin en tanto excéntrica respecto de los demás miembros del Institüt para adentrarse en el "interpretive tsunami" al que dio lugar su obra. En este caso, se trata de un ensayo-respuesta al crítico cultural estadounidense Fredric Jameson quien, en 2020, publicó su libro *The Benjamin Files*. Si bien el texto de Jay se presenta como una reflexión tanto sobre el legado de Benjamin como sobre la lectura que Jameson hace de él, resulta una pieza argumentativa sofisticada. En ella se dirimen las tensiones que cada uno de los analistas proyecta sobre Benjamin. Así, la empresa de Jameson por reinscribir la ecléctica obra de Benjamin en el lugar del materialismo histórico resulta, a la vista de Jay, un esfuerzo fallido en la medida en que las contradicciones propias de Benjamin difícilmente permiten un encuadramiento político progresista e intelectual semejante.

Asimismo, si ese vínculo resultaba inconsistente, Jay encuentra otro de sentido inverso en el capítulo "Leib, Körper and the Body Politic", en donde las reflexiones de Benjamin sobre el cuerpo permiten una relectura del lazo entre teoría crítica y las posiciones fenomenológicas de la antropología filosófica de Max Scheler, Edmund Husserl y Helmuth Plessner. Explorando la distinción de Leib y Körper iniciada durante la era de Weimar, Jay regresa sobre el prístino rechazo que Horkheimer y Adorno colocaron sobre la fenomenología para mostrar bajo nueva luz esa conexión ya advertida por Axel Honneth y Hans Joas.

Si los supuestos ahistóricos de la fenomenología parecían refractarios a la teoría crítica, Jay indaga en el lugar de Helmuth Plessner en el momento frankfurtiano de postguerra. Cuestiona así la noción vitalista de plenitud orgánica como modelo normativo de "salud" social y política, a partir del par de nociones Leib/Körper que sugiere la cualidad activa de la experiencia humana de la corporeidad distinta de los objetos inertes de la naturaleza inorgánica. Para Jay, la productividad de esa distinción permite no perder de vista el cuerpo vulnerable que sufre, a la vez que actúa en nuestra imaginación política. En los contextos actuales resulta central para comprender los movimientos contra la tanatopolítica que vuelve a los cuerpos descartables.

Esa actualidad del legado de la escuela de Frankfurt lleva a Jay, en el último ensayo del libro "Marx and Mendacity: Can There Be a Politics without Hypocrisy?", a retomar los escritos sobre el diagnóstico de Verblendungszusammenhang en tanto sistema total de engaño donde la frontera de verdad y mentira se desvanece. "Nadie cree a nadie", sostenía Adorno en *Minima Moralia*. Jay retoma esas elaboraciones para pensar el momento de "fake news" y demás teorías conspirativas contemporáneas que "desgastan la verdad". El antídoto puede parecer obvio: una política de honestidad implacable y transparencia absoluta, pero Jay, retomando a Foucault y a Adorno, advierte sobre los modos en que las verdades absolutas también posibilitan control y ejercicios de anti-política. Jay se basa en los textos de Arendt sobre los vínculos entre política y verdad para discutir con Alain Badiou a partir de las funciones de la mendacidad política. Señala que aun en los discursos como el científico, construido en base en métodos desinteresados de investigación, "…no existen protocolos comparables que puedan ordenar el tumulto de valores, cosmovisiones y narrativas que compiten en la arena política, donde la búsqueda de la verdad singular es más tiránica que liberadora".

Ezequiel Grisendi
Universidad Nacional
de Córdoba

José Carlos Mariátegui,
Aventura y revolución mundial. Escritos alrededor del viaje, selección y prólogo de Martín Bergel,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2022, 371 páginas.

Esta antología de José Carlos Mariátegui, con selección y prólogo de Martín Bergel, recopila escritos fechados entre 1911 y 1930, y ofrece una visión de la vida intelectual del autor desde sus inicios hasta el mes previo a su fallecimiento. Como lo indica su subtítulo, la selección está estructurada en torno al viaje y cumple sobradamente con ese propósito. Sin embargo, va más allá al presentar los múltiples intereses de Mariátegui en relación con la literatura, el arte, las revistas, los intelectuales, la política y los líderes mundiales. En este sentido, constituye una auténtica cartografía de los asuntos que ocuparon a los letrados de su época, desde los tardo-modernistas (como Isadora Duncan, frecuentemente retratada por los modernos) hasta cuestiones contemporáneas, como los posicionamientos respecto de Rusia o las vanguardias.

No obstante, y desde luego, el viaje es su hilo conductor. De acuerdo con la hipótesis central de Martín Bergel en la imprescindible presentación del libro, la movilidad, en sus diversas manifestaciones, es crucial en la trayectoria de Mariátegui, casi como la contraparte de su condición física, que se deteriora hasta llegar a la discapacidad. Esta tensión da sentido a todo el conjunto: entre la fijeza física, atado a un cuerpo que, en sus últimos años, sufre una amputación, y el estancamiento cultural en un entorno nacional de ahogo y postergación. El desplazamiento a otros espacios, ya sea a Europa, viaje que concretó, o a Buenos Aires, ciudad a la que planificó trasladarse sin conseguirlo, opera como una salida redentora.

Esta antología también excede el típico relato de viaje, si es que tal cosa existe en un género caracterizado por su gran hibridez, donde un sujeto escritor da cuenta de una experiencia espacial determinada. En este contexto, el viaje adquiere una connotación mucho más amplia y envolvente; en palabras de Bergel, son "textos concebidos en movimiento, o en estado de conocimiento y exploración". El viaje magnifica la curiosidad intelectual y deja marcas perdurables al configurar una estructura subyacente de conocimiento. La sensación de libertad que Mariátegui experimenta en Europa, expresada en estos textos, estimula su productividad y su capacidad para emprender nuevas aventuras a su regreso. Bergel sugiere otra hipótesis: el viaje es la experiencia determinante para el intelectual americano a la hora de definir su proyecto y reconocer, a la distancia, su propia identidad. Mariátegui lo dice respecto de Waldo Frank, de Tristán Marof y también respecto de sí mismo. Al igual que Domingo Faustino Sarmiento, Rubén Darío o Julio Cortázar, los escritores viajeros están atentos a su autorretrato, pero también al trazado de un espacio nacional y, en muchas ocasiones, continental.

La antología está dividida en cinco partes, organizadas con un criterio cronológico y temático. Las diversas figuras del desplazamiento aparecen en cada sección, contribuyendo al desarrollo de la trama central: andarines, *globe-trotters*, nómadas, vagabundos, viajeros profesionales como Loti o Istrati, caballeros andantes, aventureros, exiliados, desterrados, emigrados. La primera parte, "Deseos de fuga" (1912-1919) reúne artículos previos al viaje a Europa donde se contrapone la quietud del Perú (entre bruma, monotonía y bostezo) al viaje salvador. Convoca al mítico Pierre Loti, que cautivó a la generación de fin de siglo, y al igualmente mítico Ícaro, figura con la que se identifica en la narración de un vuelo en aeroplano que recorre el cielo de Callao. La segunda, "Pasaje al mundo", abarca la etapa europea, de 1919 a 1923, y refleja la excitación causada por la exterioridad y el enamoramiento stendhaliano por la geografía transitoria del emigrado, a la que se aferra

como náufrago, y que le provee experiencias definitorias para su madurez intelectual y política. Aborda temas como el Tratado de Versalles y los juicios posteriores a la Primera Guerra, la santificación de Juana de Arco, pero, fundamentalmente, el magnetismo que le produce la escena italiana. Escribe sobre el socialismo y el fascismo, el misterio de Florencia desde Piazzale Michelangelo, el amor y el matrimonio afectados por la reciente guerra, la ley de divorcio y la búsqueda de pareja mediante avisos en periódicos. También sobre los intelectuales y la vida pública, con notas sobre Benedetto Croce y el aniversario del Dante, D'Annunzio y su "aventura caballeresca" sobre el Fiume, Marinetti y el futurismo. Se alternan notas en periódicos con cartas a Berta Molina, a Emilio Pettoruti, a Luis Varela y Orbegoso, que afirman redes afectivas, intelectuales y laborales en Perú y el viejo continente.

Las tres últimas secciones abarcan el período de 1923 a 1930, desde el regreso de Europa hasta su muerte, y se agrupan en torno a distintos asuntos. La tercera sección, "Proyecciones cosmopolitas", comienza con "Instantánea", entrevista al propio Mariátegui, donde se autodefine como "un hombre orgánicamente nómada". A continuación, se incluyen crónicas que dan cuenta de ecos de Italia (el paisaje en Italia, Roma como cosmópolis), el arte y la literatura europeos (las vanguardias europeas, arte y revolución, las revistas, el surrealismo, el futurismo, el expresionismo, la literatura rusa) y, particularmente, aquellas relativas a sus acciones y propuestas para el Perú. Entre estas, se destaca el programa de conferencias en la Universidad Popular, la presentación de *Amauta* y la necesidad de atender a la "realidad profunda del Perú", que se plasmará en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.* La cuarta y penúltima parte, "Apología del aventurero", título en el que Bergel retoma la categoría trazada por George Simmel, reúne siluetas de distintas personalidades contemporáneas, entre ideólogos, artistas e intelectuales. Lenin, Trotski, Máximo Gorki, Romain Rolland, Tristán Marof, Panait Istrati, Chaplin, Waldo Frank. En estos artículos aparecen plenamente las preocupaciones de Mariátegui en torno al marxismo, al lugar del intelectual, el arte y su función social, el cosmopolitismo, la revolución, el nacionalismo y el internacionalismo. No falta la mención al colonialismo, aunque visualiza a Colón, aún envuelto en las evocaciones enaltecedoras del cuarto centenario, como el "héroe histórico" de su predilección. De la misma manera elogia a Stalin, el hombre indicado, por sobre Trotski, una "figura excesiva", siguiendo una de las posiciones sobre el tema entre sus contemporáneos, desde Borges hasta Neruda.

Finalmente, la sección "Un último deseo: Buenos Aires", recopila crónicas sobre la Primera Exposición Nacional del Libro organizada por su amigo Samuel Glusberg, y otra dedicada a la polémica por el Meridiano Intelectual en *Martín Fierro*. Incluye, además, cartas a Glusberg, Alfredo Palacios, Emilio Pettoruti, entre otros argentinos, en las que transmite su entusiasmo por su próxima residencia en Buenos Aires. Planificaba este cambio para escapar, nuevamente, del clima opresivo de Lima y encontrar una solución a su invalidez con una pierna ortopédica. Estos materiales revelan el cultivo de relaciones personales y el armado de empresas editoriales y de intercambio con otros centros culturales, delineados por Mariátegui, con el objetivo de establecer lazos americanos compartidos con el mundo, como menciona en la presentación de *Amauta*. Sin embargo, esta segunda huida del Perú no se llevó a cabo: fue interceptada por la muerte.

La antología constituye un excelente acceso al pensamiento de uno de los intelectuales más trascendentes de América Latina. A través de ella obtenemos una comprensión de la dimensión que ocupa el viaje en la vida de Mariátegui, pero también nos sumergimos en otra subtrama: la biografía intelectual. Los géneros públicos (artículos, ensayos, programas) y privados, como la carta, este último, como sabemos, vehículo tanto real como metafórico del viaje, tal como lo fue en el caso de Sarmiento, se entrelazan en el conjunto. A partir de los textos epistolares emerge el autorretrato más íntimo del mismo sujeto enunciador de los escritos de circulación masiva en diarios y revistas. Esto proporciona acceso a textos fundamentales, gracias a un archivo hábilmente administrado por Martín

Bergel. Los espacios más íntimos nos revelan al hombre enamorado, al escritor apasionado durante su gira europea, al militante comprometido y apesadumbrado, y al intelectual que teje sus redes con interlocutores a quienes confía sus proyectos. Asimismo, se nos presenta al paciente que expone su condición de cuerpo "mutilado y enfermo", como un veterano de esa otra guerra que supo librar por las ideas de su tiempo.

Beatriz Colombi
Universidad de Buenos Aires

Adrián Gorelik,
La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo XX,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2022, 423 páginas.

Uno de los problemas centrales de la teoría social latinoamericana ha sido y es su "déficit de acumulación" debido no solo a represiones y dictaduras, sino también a olvidos y desvalorizaciones.[1] Contra esta tendencia, tras casi dos décadas de investigación paciente, itinerante y sistemática, Adrián Gorelik compone una red de instituciones, ideas y debates que delinean un ciclo del pensamiento latinoamericano sobre la ciudad que se inicia en 1940 y se cierra a mediados de 1970. Está claro que no hay que esperar a esos años para encontrar una profusa reflexión sobre la ciudad en América Latina; sin embargo, mientras que, antes de 1940 esta se centraba en ciudades particulares, desde 1980 esa reflexión se encuentra tensada por una ambivalencia paralizante entre la imagen de grandes metrópolis con problemas urgentes y argumentos que esgrimen la esterilidad de la comparación y la generalización.

Durante el ciclo analizado *La ciudad latinoamericana* refiere, antes que a una ontología que describiría los supuestos rasgos característicos de la ciudad en la región, a la construcción de un artefacto cultural con centralidad pública, académica y política para intervenir en la realidad del continente: de un lado, *objeto de conocimiento* en el marco de procesos que, como las migraciones y la industrialización, estaban transformando vertiginosamente la estructura social, económica y territorial de los países latinoamericanos; del otro, *prisma analítico* del pasado, el presente y, sobre todo, el proyecto futuro de Latinoamérica como región en un momento en que todo parecía volverse urbano.

Podría decirse que Gorelik revisita desde un punto de vista novedoso una preocupación recurrente en su obra: mientras que en *La grilla y el parque* exploró desde la historia cultural urbana el ciclo reformista de Buenos Aires entre 1887 y 1936, en *La ciudad latinoamericana* analiza desde la historia intelectual un ciclo de pensamiento regional que va desde las ilusiones modernizadoras del desarrollismo hasta las críticas radicales del dependentismo.[2] En este recorrido intelectual han cambiado la escala geográfica, el período histórico y el instrumental conceptual; persiste, en cambio, la pregunta por las posibilidades de reforma urbana y sus límites en el marco de la urbanización capitalista.

El libro está organizado en cuatro partes, cada una de las cuales recorre el ciclo completo de la ciudad latinoamericana. Su arquitectura narrativa descansa en la metáfora del viaje. El libro sigue y reconstruye itinerarios intelectuales, siendo cada capítulo un episodio, un nodo que conecta y articula ciudades, ideas y experiencias. El horizonte y el proyecto sobre "lo latinoamericano" se produce precisamente en estos tránsitos, desplazamientos y contactos en y sobre ciudades latinoamericanas concretas. Para esto despliega un modo de leer y de establecer conexiones extremadamente sutil y preciso. Mientras las perspectivas poscoloniales y decoloniales contemporáneas imaginan la reproducción acrítica de la teoría urbana septentrional en el abordaje de las ciudades del Tercer Mundo durante la segunda mitad del siglo XX, el libro muestra una relación compleja de la investigación latinoamericana con los modelos teóricos heredados. Incluso señala que no hay que esperar a la radicalización del pensamiento social latinoamericano de finales de los años 60 para encontrar posiciones críticas a las teorías de la modernización y el

[1] Maristella Svampa, *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2016, p. 13.

[2] Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1499

desarrollo; por el contrario, el proceso de revisión teórico-conceptual de esos presupuestos comenzó al inicio del ciclo, ante la evidencia de que condenaban a la ciudad latinoamericana a la anomalía (demasiado grande, demasiado pobre) respecto de los parámetros occidentales habitualmente asumidos como norma.

La apertura titulada "El ciclo de la ciudad latinoamericana" brinda una mirada general del período que coincide con el momento en que Estados Unidos expande y consolida su hegemonía mundial. Las "rutas panamericanas" exploran la compleja relación norte-sur, en la que Estados Unidos aportó instrumentos analíticos, soportes institucionales y recursos económicos para el despliegue de la red regional. Contra los estereotipos habituales, se muestra que el "reformismo expansionista" norteamericano desplegado en el continente contó entre sus filas con figuras progresistas, "newdealers" con vocación de transformación social para los cuales la reforma planificada de Puerto Rico durante las décadas de 1940 y 1950 constituía una referencia central. Su presencia invita tanto a repensar la matriz ideológica norteamericana, que no se agota en el anticomunismo de posguerra, como las cronologías que colocan un punto de inicio a la asistencia técnica norteamericana en la Alianza para el Progreso.

La primera parte, "Por el camino de la etnografía", se centra en el itinerario de la reflexión sobre las migraciones internas desde el campo a la ciudad. Consiste en una iluminadora reconstrucción histórica de las tempranas investigaciones antropológicas y sociológicas en las ciudades latinoamericanas que se remontan al debate entre Robert Redfield y Oscar Lewis en la Escuela de Chicago sobre la transición a la modernidad: de la idea de *continuum* folk-urbano propuesta por el primero, que suponía un desplazamiento lineal de lo tradicional a lo moderno, al "ajuste" propuesto por Lewis, que señalaba la relevancia de redes comunitarias y tradiciones culturales en la adaptación al medio urbano.

Retomando esta discusión, las ciencias sociales latinoamericanas de los años 50 construyen un objeto enteramente nuevo que, más allá de sus denominaciones situadas, se pensó como un rasgo estructural de la ciudad dividida de los países subdesarrollados. Los episodios que jalonan este itinerario van desde el seminario de 1959 en Santiago de Chile, donde presentaron sus trabajos José Matos Mar sobre las *barriadas* de Lima, Gino Germani sobre la *villa* en Buenos Aires y Andrew Pearse sobre la *favela* en Río de Janeiro, pasando por el debate sobre vivienda y comunidad entre el modelo panamericano de asistencia para la autoconstrucción de San Juan de Puerto Rico y el modelo latinoamericano de grandes conjuntos habitacionales producidos por el Estado, un desvío por la experiencia rural en el CINVA en torno al "desarrollo de la comunidad" en Colombia y la metodología de la investigación-acción de Orlando Fals Borda, para finalmente regresar a la ciudad de finales de los 60 e inicios de los 70, con las investigaciones sobre autoconstrucción de John Turner en Lima, los estudios de los Leeds en Río de Janeiro y la experiencia de los pobladores de Chile analizada por Manuel Castells.

A lo largo de este recorrido Gorelik identifica tres posiciones en debate: 1) La reformista y desarrollista predominante en los años 50, que postulaba un *dualismo atenuado* entre tradición y modernidad y mantenía la confianza en el cambio social modernizador; 2) el *monismo radical* o integracionismo, que recusaba el dualismo entre tradición y modernidad y proponía pensar los barrios populares como una parte integrante de una sociedad urbana compleja y desigual; y 3) el marginalismo, que sostenía un *dualismo exasperado* presente en los trabajos de Quijano sobre la urbanización dependiente y de Manuel Castells sobre los nuevos movimientos sociales, que se transformaron en las posiciones dominantes de los estudios urbanos a finales de los años 60 en un escenario de cuestionamiento de la ciudad moderna. Se trató de un proceso de radicalización cuyo optimismo se clausura en 1973 con la represión pinochetista al movimiento de pobladores de Chile, que constituía la base empírica y el horizonte político de las investigaciones de Castells. A la vez, Gorelik señala que no deja de resultar paradójico que estas ideas de izquierda fueran reinterpretadas posteriormente tanto en clave neoliberal como neopopulista: mientras que la posición

integracionista es rastreable en las recetas neoliberales del economista peruano Hernando de Soto, quien presentó a los pobladores de las barriadas como agentes activos de la iniciativa privada obstaculizados por un Estado paternalista e ineficiente, la clave neopopulista invirtió la interpretación sobre el fracaso de los proyectos desarrollistas y revolucionarios, celebrando las crecientes barriadas autoconstruidas que caracterizan a las ciudades latinoamericanas como –parafraseando a Richard Morse– el triunfo de la nación sobre la ciudad.

La segunda parte, "Bajo el signo de la planificación", reconstruye los recorridos latinoamericanos del *planning* tensados entre la pretensión de objetividad técnico-científica y su inocultable dimensión política. Dentro de este escenario se deslindan dos tradiciones que suelen confundirse. De un lado, el urbanismo de los arquitectos centrados en la forma: el urbanismo científico de finales de siglo XIX, el vanguardismo de los años 20 y 30 y el modernismo de los planes reguladores de los 50. Del otro, la planificación anglosajona interdisciplinaria y procesual, que persigue la organización racional de la ciudad y la región en busca de una distribución ideal de personas, bienes y servicios en el territorio, y que se expresó en dos configuraciones distintas: la "planificación regionalista", que se remonta a la experiencia de la Tennesse Valley Authority de los años del New Deal y a los postulados regionalistas de Lewis Mumford, que pensaban la región como una entidad concreta definida por atributos geográficos o culturales, y la "planificación desarrollista" donde el territorio constituía una oportunidad para el despliegue de las potencialidades económicas de una región, la cual tendía a ser vista como una entidad abstracta.

Los senderos bifurcados de la planificación cuentan con cuatro episodios: las distintas formas del regionalismo en torno a cuencas hidrográficas; la planificación en Puerto Rico como puente entre los Estados Unidos y América Latina y la fascinante (y ciertamente dilemática) creación de ciudad Guayana como "polo de crecimiento" en Venezuela; el desvío por la arquitectura a partir de la construcción de Brasilia, la otra gran ciudad nueva del período que, a diferencia de Guayana y contra lo que suele suponerse, es expresión de la cultura arquitectónica condensada en los bosquejos a mano alzada realizados por Lúcio Costa; por último, la radicalización y la crítica al pensamiento planificador, a partir de una reveladora estructura narrativa que invierte el proceso histórico de los "catorce años prodigiosos" que van de 1959 a 1973, iniciando el recorrido con *Santiago de Chile como laboratorio* a lo largo de los años 60, "capital de la izquierda" donde convergía una densa trama de instituciones, proyectos de planificación y un poderoso movimiento de pobladores que el golpe de Estado de Pinochet truncó de manera abrupta, y cerrándolo con la Revolución cubana, el descubrimiento tardío por parte de la planificación latinoamericana de su "reforma urbana" y la consolidación de *Cuba como argumento* contra la idea de la planificación latinoamericana al final del ciclo.

De manera análoga a lo que sucedió con las promesas de modernización y desarrollo, la fe inicial en la posibilidad de modelar científicamente el futuro se tornó progresivamente foco de críticas, incluso desde el interior del pensamiento planificador. Sin embargo, posiblemente la mayor apuesta interpretativa de esta sección radique en la iluminación de un malentendido: la creencia en que el fracaso de la planificación se debió exclusivamente a la política reformista –esto es, a su incapacidad para transformar las estructuras sociales y políticas– y no a la técnica, dejó a los presupuestos de la planificación intocados. Los golpes miliares en Chile y Argentina, que desarticularon velozmente la red regional en torno a la ciudad latinoamericana, reforzaron esta interpretación, mientas que procesos de fondo a nivel mundial –el fin del "ciclo expansivo" y la consolidación del neoliberalismo– estaban transformando de modo estructural el lugar de la ciudad y el territorio en todo el mundo. La conclusión al respecto es tajante: la ciudad latinoamericana no volverá a tener en las décadas siguientes la centralidad pública de la que gozó entre 1940 y 1970, ni en lo académico ni en lo político.

El cierre, "Compañeros de ruta", se detiene en la crítica y la historia cultural como el indicador de la dispersión de

enfoques que seguiría a las investigaciones sobre el proceso de urbanización durante el ciclo de la ciudad latinoamericana. El fin del optimismo –desarrollista o revolucionario– que les había otorgado centralidad a los temas urbanos durante el período 1940-1970 dio paso a otros modos de abordaje de la ciudad como espacio privilegiado para comprender la modernidad latinoamericana fuera del paradigma modernizador/dependentista. Precisamente en el hiato entre ambas configuraciones, entre finales de los 70 y comienzos de los 80, se despliegan las obras de Richard Morse, José Luis Romero y Ángel Rama. Resulta indudable la afinidad intelectual de Gorelik con la perspectiva de la "cultura urbana latinoamericana" de estos autores, idea crítica a la empresa modernizadora y planificadora que no hubiera podido surgir sin ella y que paradojalmente emerge en el momento mismo de su imposibilidad. Se trata de obras tardías en relación con la empresa de la ciudad latinoamericana, que persisten en la exploración a escala regional, pero que para hacerlo se alejan de las perspectivas estructurales y funcionalistas dominantes en aquel período y abren el campo de la historia cultural urbana en el mismo momento en que la ciudad está perdiendo la capacidad de articular el proyecto regional.

Probablemente *destiempo* –la noción elegida por Gorelik– describa con precisión el lugar de estas obras en relación con el ciclo de la ciudad latinoamericana, así como también –agrego– da cuenta de la relación de la constelación de la ciudad latinoamericana en su conjunto con el presente. A la vez, no dejo de pensar que los conceptos, debates y paradojas del ciclo también pueden ser *puentes* para conectar con la agenda futura. Incluso reconociendo que difícilmente la ciudad latinoamericana adquiera el estatus político y académico que tuvo durante el ciclo magistralmente analizado en el libro, sus hallazgos empíricos, dilemas políticos y elaboraciones conceptuales constituyen poderosas herramientas –habitualmente olvidadas– para salir de diagnósticos paralizantes que santifican lo existente y obturan la imaginación social y política de transformación social vía la reforma urbana.

Ramiro Segura
Universidad Nacional de La Plata / IDAES-Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Vanni Pettinà (editor),
La Guerra Fría latinoamericana y sus historiografías,
Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2023, 257 páginas.

El autor de la introducción y compilador, Vanni Pettinà de la universidad Ca' Foscari de Venecia –que trabajó varios años en México– ya intervino con diferentes libros que constituyen una referencia en el campo de los estudios sobre la Guerra Fría.[1] La introducción de este volumen es contundente, y marca como tema algo que constituye buena parte de los problemas actuales en la producción académica global: el impacto del inglés y de la serie de publicaciones en lengua sajona –en particular en sede estadounidense– como *lingua franca* académica.[2] Frente a un diagnóstico en el que reconoce tanto la poca producción sistemática de síntesis relativas a la historiografía sobre el conflicto bipolar en lengua no inglesa, como la poca o nula integración en la producción estadounidense de la bibliografía latinoamericana correspondiente, este libro plantea una respuesta posible.

Así, la compilación sintetiza en ensayos bibliográficos escritos por diversos autores/as provenientes de distintos espacios (en orden de aparición según cada capítulo: Marcelo Casals, Rafael Loris y Felipe Pereira Loureiro, Valeria Manzano, Massimo de Giuseppe, Julieta Rostica y Rafael Rojas), con bibliotecas que exceden el inglés (italiano, portugués, además de español), la producción concerniente a la Guerra Fría y las reflexiones teórico-metodológicas producidas dentro y fuera de la región. Es tanto un diagnóstico como una propuesta relativa a los alcances y límites del término "Guerra Fría", sobre su periodización, y la importancia del componente trasnacional en la construcción de los problemas de investigación, incluyendo la cuestión concreta del acceso a archivos de muy diverso tenor y alojados en muy distintas partes del globo.

El capítulo del chileno Marcelo Casals de la Universidad de Finis Terrae –quien, además de sus trabajos específicos sobre Chile, intervino con lucidez en la discusión sobre la "geopolítica del conocimiento"– propone un recorrido por la producción latinoamericana en particular, y global en general, en torno del vínculo entre las historiografías de la llamada "historia reciente" y las de la "Guerra Fría" en el ámbito de la historia política.[3] Según Casals, el uso de "Guerra Fría" permite dotar de sentido y coherencia a un período (fines de los años 40 y de los 80), y además permite entenderlo en Latinoamérica, tal como lo hace Booth, a partir de "una articulación de conflictos de distintas temporalidades, y que tuvieron durante el periodo 'clásico' manifestaciones radicales y particulares". Bajo esta afirmación en realidad podrían incluirse problemas y procesos que exceden en mucho a la Guerra Fría en particular.

Valeria Manzano, esta vez desde Argentina y miembro de la Universidad Nacional de San Martín, en el segundo capítulo plantea un recorrido por "El género y sexualidades en la historiografía de la Guerra Fría en América Latina". La autora, que ha trabajado en estudios de género, juventudes, política y cultura, realiza un estado del área enfocando los diversos modos en que la perspectiva de género ha intersectado la investigación historiográfica,

[1] Por ejemplo: *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México, El Colegio de México, 2018.
[2] Y, en este sentido, la propuesta de este volumen dialoga con la sección "Otras voces, otros ámbitos" de esta revista. Sobre esta preocupación, véase: Federico Navarro *et al*., "Manifiesto: Reconsideración del inglés como lengua franca en contextos científico-académicos", *Revista Argentina de Investigación Educativa*, vol. III, n° 5, 5 de junio de 2023.

[3] Véase: Marcelo Casals, "Which borders have not yet been crossed? A supplement to Gilbert Joseph's historiographical balance of the Latin American Cold War", *Cold War History*, vol. 20, n° 3, 2020. Su último libro es *Contrarrevolución, colaboracionismo y protesta. La clase media chilena y la dictadura militar*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2023.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1500

sobre todo en el ámbito de la historia reciente. Asegura que estos trabajos hacen uso de la Guerra Fría como contexto y en general no parten de ella en tanto que una dimensión analítica. Define tres áreas en las que analizar los modos en que la referencia a la Guerra Fría sería clave: los estudios sobre el control poblacional, en el que se intersectan la geopolítica, el género y las sexualidades; la historia de los movimientos feministas y de liberación sexual; los estudios sobre militancias desde estudios de género –que incorporan los trabajos dedicados a la militancia por los derechos humanos, los exilios, tanto como los vinculados a las izquierdas revolucionarias–, y de trabajos sobre las modalidades sexo-genéricas de las tramas represivas. Propone a su vez indagar en la imaginación sexo-genérica más allá de casos nacionales o latinoamericanos, como puede ser el impacto en el mundo soviético del "hombre nuevo" guevarista, así como también ampliar aún más la periodización que exceda la de la época de los 60/70.[4]

Rafael Ioris y Felipe Pereira Loureiro, ambos brasileños –de las universidades de Denver y de San Pablo, respectivamente–, se detienen en el eje de los estudios dedicados al desarrollismo y, más precisamente, ubican en un primer plano la relación, clave en el período, entre desarrollo y dependencia.[5] Insisten en que una de las más importantes falencias en los trabajos dedicados a los estudios de la Guerra Fría es que apenas tienen en cuenta ese enfrentamiento en función de dinámicas económicas, o no se detienen lo suficiente en la importancia que adquirió en el período la búsqueda de un "desarrollo acelerado". Esto permitiría una mejor comprensión de los vínculos entre actores públicos y privados establecidos a escala hemisférica. Por ello, consideran venturoso el trabajo que, por ejemplo, recupera por una parte la dimensión conflictiva en torno de la cooperación económica –y así las muy diferentes acciones de la Alianza para el Progreso–, así como, por la otra, los estudios que se detienen en analizar la acción de actores privados en procesos dictatoriales. Quizá aquí valdría la pena incorporar un abordaje que atendió muy bien a la historización entre desarrollo y dependencia en el marco de la Guerra Fría, como es el del trabajo de Nahón, Rodríguez Enríquez y Schorr.[6]

Como vemos, uno de los ejes clave del libro es el de la transnacionalización, al que la argentina Julieta Rostica, de la Universidad de Buenos Aires, dedica su ensayo. Rostica trabaja hace ya tiempo desde el Cono Sur sobre Guatemala en particular y Centroamérica en general.[7] Avanza su lectura y revisión bibliográfica en torno de cómo se ha conformado el campo de la historia trasnacional en la región. Sobre ese campo, el de la Guerra Fría podría proponer actualizaciones que lo renovaran. Recupera los estudios académicos que caracterizaron a América Latina como unidad de análisis –donde no menciona, pero hubiera valido la pena incorporar, un estudio seminal de Hilda Sabato al respecto-, e inscribe el derrotero de los intentos comparatistas y de sociología histórica en Argentina en función de esta nueva apuesta en una unidad de análisis que trasciende a la nación.[8]

Si hay un elemento trasnacional por antonomasia es el de la religión y sus diversas instituciones, las modulaciones de las creencias, y en particular en América Latina, el peso del catolicismo. Es allí donde el italiano Massimo de Giussepe, de la Universidad de Iulum, que ha trabajado en sus investigaciones tanto sobre la institución religiosa y la

[4] Valeria Manzano, *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.

[5] Véanse, entre otros trabajos de estos autores: Rafael Ioris, *Qual Desenvolvimento? Os Debates, Sentidos e Lições da Era Desenvolvimentista*, San Pablo, Paco Editorial, 2017; Felipe Pereira Loureiro, *A aliança para o progresso e o governo João Goulart (1961-1964): Ajuda econômica norte-americana a estados brasileiros e a desestabilização da democracia no Brasil pós-guerra*, Brasil, Unesp, 2021.

[6] Cecilia Nahón, Corina Rodríguez Enríquez y Martín Schorr, "El pensamiento latinoamericano en el campo del desarrollo del subdesarrollo: trayectoria, rupturas y continuidades", en AA. VV., *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*, Buenos Aires, Clacso, 2006.

[7] Su último libro es: *Racismo y genocidio en Guatemala. Una mirada de larga duración*, Buenos Aires, Clacso, 2023.

[8] Hilda Sabato, "Historia latinoamericana, historia de América Latina, Latinoamérica en la historia", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, vol. 19, n° 2.

religiosidad en México como sobre el Tercer Mundo en Italia, caracteriza a lo trasnacional como parte de una dialéctica con lo nacional.[9] En ese sentido, la Guerra Fría no puede comprenderse sin atender a un entrelazamiento de larga data con los procesos de secularización, los modos diversos en que actuó el mensaje socio-evangélico pastoral, los usos políticos de la religión, y cómo todo ello contribuyó a "modificar el panorama religioso en los contextos nacionales involucrados", como bien lo muestran los trabajos dedicados a la teología de la liberación.

El libro cierra con un capítulo del cubano-mexicano Rafael Rojas, dedicado especialmente al desarrollo de los estudios que, desde la historia intelectual, han renovado las investigaciones sobre el conflicto bipolar. Rojas, referente en el ámbito de la historia intelectual y miembro del Colmex, propone un recorrido por la "pre-historia" del concepto, las "querellas ideológicas" que han sido abordadas desde los estudios de la Guerra Fría cultural, así como también busca entender cómo el enfrentamiento puede leerse en la misma producción académica hasta después del período que se cerraría con el impacto de la caída del Muro de Berlín.[10] De lo que se trataría, en la apuesta de Rojas, es de "desestabilizar los lugares comunes" (227); para ello, sobre todo, rastrea las "mutaciones" del latinoamericanismo y propone una hoja de ruta posible: además de prestar atención a la historiografía soviética sobre América Latina, la importancia de relevar también en el marco de la Guerra Fría las distintas asunciones relacionadas con las llamadas transiciones democráticas.[11]

Más allá de la solidez del volumen, varios capítulos refieren sin ningún tipo de distancia crítica al término "Sur Global", que valdría la pena no dar por sentado tan fácilmente, más aún teniendo en cuenta la apuesta general de la compilación.[12] En cualquier caso, el libro es un volumen necesario: logra un buen panorama relativo a estudios sobre la Guerra Fría en general, y para América Latina en particular, pero también propone líneas posibles de investigación.

Ximena Espeche
Centro de Historia Intelectual - Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

[9] Entre sus trabajos, véase: Massimo De Giuseppe (comp.), *Romero. Giustizia e pace come pedagogia pastorale*, La Scuola, Brescia, 2010.

[10] Véase, entre muchas de las producciones de Rojas: *Traductores de la utopía. La revolución cubana y la nueva izquierda en Nueva York*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016; *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*, Madrid, Turner, 2021.

[11] Quizá algunas simplificaciones categoriales merecen revisarse, en un capítulo que, como en todo el libro, insiste en historizar los procesos: la asunción de una suerte de izquierda transhistórica –en la que por ejemplo un Domingo Faustino Sarmiento podría ser adscrito– es, al menos, discutible.

[12] Véase Pablo Palomino, "On the Disadvantages of "Global South" for Latin American Studies", *Journal of World Philosophies*, vol. 4, n° 2, 2019.

Lila Caimari y Diego Galeano (editores),
Policía y sociedad en la Argentina (siglos XIX y XX),
Rosario, Prohistoria Ediciones, 2023, 320 páginas.

La compilación de Lila Caimari y Diego Galeano reconstruye la historia de la policía en base a una pluralidad de abordajes, tal como merece este actor "poliédrico" y complejo de la sociedad argentina. El libro, resultado de un trabajo de largo aliento que orbitó en gran medida en torno al Grupo Crimen y Sociedad de la Universidad de San Andrés, invita a desentrañar aristas de la formación, consolidación y devenir de la institución policial. Las contribuciones transitan por diversos temas, problemas y actores. Leídas en conjunto, despuntan el esfuerzo heurístico y documental de tal empresa y la búsqueda por discutir hipótesis, claves interpretativas y diálogos historiográficos. Esto es evidente desde la misma introducción, donde se traza la genealogía de este campo de estudios, las diferentes fuentes teóricas y metodológicas en las que abreva y se subrayan las cuestiones sobre la que resta continuar explorando.

La primera parte, "Panoramas", cuenta con seis trabajos que delinean el derrotero de diversas policías a lo largo de los siglos XIX y XX. El análisis de los marcos legales se combina con las prácticas *al ras del suelo*, las relaciones con actores diversos y la gestión de territorios no siempre homogéneos. Los capítulos destacan la relación con la política: ya sea por el control de la disidencia, el rol en las elecciones o los vínculos con autoridades, la historia de la policía no puede escindirse de los contextos políticos. En "La policía de la Ciudad de Buenos Aires (largo siglo XIX)" Diego Galeano y Agustina Vaccaroni rastrean la formación de la policía de la ciudad y plantean la forma en que construyó su autoridad, definió sus atribuciones y reorganizó su estructura. En el *racconto* histórico los autores analizan las reformas, las relaciones con las autoridades, cómo se delimitó el servicio de calle, los múltiples escollos para conformar un plantel estable y para el aprendizaje del oficio. Alejandra Rico y Pedro Berardi abordan el mismo arco temporal, pero en un marco espacial distinto. En "La policía bonaerense en el siglo XIX" el foco está puesto en los cambios que, en conjunto con un territorio que mutó con el tiempo, atravesaron diversas dificultades para asegurar las funciones policiales. Las tensiones que suponía esta expansión solaparon actividades de diferente calibre acorde se producían cambios jurisdiccionales. Cubrir funciones en ese espacio con densidad poblacional desigual implicó tareas y funciones disímiles. El capítulo de Eugenia Molina, "La construcción de policía de Mendoza", se adentra en la institucionalización de la fuerza, marcada por tareas heterogéneas que incluían, por caso, el control de la movilidad, la recolección de contribuciones y el acarreo de animales en ámbitos rurales. La construcción institucional quedó vinculada al control de las ciudades y municipalidades que, en ocasiones, no diferenció tareas que solo con el tiempo pudieron especializarse. En "Policías en los territorios nacionales de La Pampa y Patagonia" Melisa Fernández Marrón apunta al devenir de la fuerza en la zona sur del país. Los desafíos que imponía el vasto territorio, con una población, climas y coordenadas culturales dispares, dotaron a la institución policial de un rol cardinal. La policía se convirtió en una expresión de estatidad, precaria y desigual, con problemas para garantizar un panel estable y múltiples funciones de seguridad y vigilancia política. En "La Policía de la provincia de Buenos Aires en el siglo XX" Osvaldo Barreneche caracteriza las reformas policiales de los años 30, del peronismo, del frondizismo y la llevada a cabo por León Arslanian en 1998. El largo ciclo de transformación institucional detalla las peculiaridades de cada proceso en el que se buscó redefinir la agencia policial. Destacando las rupturas y continuidades, también se detiene en la violencia institucional y la corrupción policial para

comprender en el largo plazo su vinculación con la institución policial. El trabajo de Viviana Barry "El surgimiento de la Policía Federal Argentina" rastrea los antecedentes, debates e iniciativas en la federalización de esta fuerza en 1944. La contextualización de este proceso de reforma institucional lejos estuvo de significar una ruptura total con su organización previa, aunque redefinió sus atribuciones y le permitió al peronismo engarzarla como parte de su tarea refundadora.

La segunda parte, titulada "La policía por dentro" contiene cinco capítulos que analizan un conjunto de prácticas y el despliegue de tareas sobre diferentes áreas y funciones. Lila Caimari, Diego Galeano y Mariana Nazar en "Policía, archivo y escritura" se detienen en el universo textual de la institución. El vínculo de los policías con la palabra escrita se destacó por su fecundidad: desde el registro de sus labores hasta la publicación de revistas sobre temáticas propias. Esta práctica posibilitó la conformación de archivos y memorias institucionales, producir información y definir una identidad de cuerpo. La relación con la escritura constituyó una arena clave para expresar demandas, escribir autobiografías y dejar testimonio de sus experiencias. María Florencia Hegglin, en "Jueces y policías en la investigación del delito", posa la lente en la relación de la institución con la Justicia. La sanción en 1889 del Código de Procedimiento en Materia Penal selló ese vínculo, al definir dos instancias en la investigación del delito: la instrucción y el plenario. A cargo de jueces distintos, la primera etapa comenzaba en la comisaría una vez cometido el ilícito con un "sumario de prevención" escrito y secreto. Recién en la segunda etapa, el fiscal y la defensa accedían a las pruebas, para culminar con la sentencia del juez. Las tensiones y conflictos cimentaron este sinuoso vínculo, cargado de desconfianza a lo largo del siglo XX. El desarrollo de capacidades técnicas es analizado por Mercedes García Ferrari en "Identificación y policía científica". Frente a los desafíos que implicaba reconocer a los delincuentes, la puesta en práctica de saberes comenzó con la fotografía de identificación y siguió con la innovación de la dactiloscopía. De la mano de Juan Vucetich la Argentina se convirtió en referente global. Este original sistema clasificatorio permitió conformar un gabinete y archivo de identificación en oficinas especiales, parte sustancial de la historia técnica policial. Martín Albornoz y Diego Galeano abordan en "Una historia de la policía de investigaciones" la faceta asociada a la persecución delictiva y la represión política. El tránsito de la Comisaría de pesquisas a la Comisaría de investigaciones en el último cuarto del siglo XIX formó parte de la necesidad de contar con herramientas para aprehender delincuentes en una ciudad en crecimiento y sofisticación del delito, que excedía las fronteras nacionales. Dicha persecución conectó a las policías sudamericanas, al mismo tiempo que se volvió central frente a la multiplicidad de delitos en el país que requerían detectives para garantizar la seguridad. El último trabajo de esta parte, "Mujeres en la fuerza de seguridad y estado policial femenino", a cargo de Sabrina Calandrón y Charo Márquez, rastrea la historia del ingreso de las mujeres a la fuerza. El lento proceso de incorporación femenina comenzó en los años 1930. Sin ser reconocidas como parte del "estado policial" hasta el peronismo, su trayectoria institucional estuvo plagada de prejuicios, subordinaciones y dificultades sobre la base de los parámetros tradicionales de género.

La tercera y última parte reúne siete trabajos que componen un núcleo de problemas: las "vigilancias". Aspecto prístino de la función policial, los capítulos que lo integran logran ofrecer hallazgos novedosos para comprender esta dimensión institucional. En "Agentes policiales en los mundos del trabajo" Martín Albornoz repiensa dicha relación. Parte sustantiva en el cumplimiento de las regulaciones obreras, mediador en los conflictos y garante del orden en las huelgas, la policía lejos estuvo de cumplir solo una función represiva frente a la cuestión obrera. El protagonismo policial en la relación con los mundos del trabajo no ocluyó demandas que lo acercaban a las de los obreros: los reclamos laborales formaron parte de esas tensiones que lo caracterizaron. De la misma forma, Cecilia Allemandi y Julieta Di Corleto revelan en "Policías y mujeres trabajadoras en la Ciudad de Buenos Aires" las múltiples intervenciones que supuso atender a modalidades delictivas que incluyeron a las

familias trabajadoras. La prevención, vigilancia, represión y asistencia en cuestiones que involucraban a mujeres, niños y niñas indica otra cara de la presencia y relación policial con los mundos del trabajo. Cristiana Schettini, Julia Bacchiega y Rocía Caldentey delinean en "Policía, prostitutas y el trabajo en las calles" la vigilancia y actitudes policiales frente a la cuestión sexual. Estas interacciones, que abarcaban en ocasiones circuitos atlánticos, incluyeron negociaciones, conflictos y discusiones sobre los ámbitos de injerencia policial, la faceta legal y prácticas como el proxenetismo y la trata de blancas, que las autoras historizan para proponer nuevas lecturas y periodizaciones. Por su parte, Claudia Freidenraij en "La Policía de la Capital y las infancias porteñas" reconstruye la conceptualización y acciones dirigidas a la niñez desviada a fines del siglo XIX y las modulaciones y transformaciones que, sobre todo en los años 30, reformularon el vínculo policial con las infancias frente a un nuevo orden urbano. Pilar Pérez se detiene en la relación de la policía con los indios. Su capítulo, "Indígenas y policías en los Territorios Nacionales", matiza interpretaciones tradicionales para esbozar la relación de las fuerzas policiales con las poblaciones originarias, marcadas por la violencia, control y persecución, y que llegó a incluir la incorporación de policías indígenas. Así expone cómo se concibieron el poder estatal, el orden social y las jerarquías raciales en aquellos territorios. El registro, vigilancia y control político de la policía es reconstruido por Emmanuel Kahan en "Vigilancia política en la Dirección de Inteligencia de la policía bonaerense". Su estudio sobre la Dirección de Inteligencia rastrea la dinámica y funcionamiento de la vigilancia policial, ofreciendo casos de estudio que iluminan las particularidades y complejidades que implicaron dichas tareas en los años 60 y 70. Por último, Lila Caimari y Alejandra Aragón indican cómo las tareas de vigilancia abarcaron escenarios disímiles en "Policía, tango y distinción porteña". La proliferación del mercado de entretenimiento supuso para la fuerza incursionar en tareas de control en aquellos lugares concebidos como bajos fondos. El trabajo demuestra la forma en que la preocupación moral por la mala vida, en la que destacaba el tango, también era un espacio por el que transitaban los oficiales de la fuerza. El recorrido de las autoras expone las concepciones y relecturas que se hicieron de ese mundo que caracterizó a la sociedad porteña del siglo XX.

Llamado a convertirse en lectura imprescindible para los especialistas en la historia de la cuestión criminal, los aportes exceden este campo de estudios. La propuesta cumple cabalmente su propósito: cartografiar los avances recientes en esta área. Relevante para comprender dimensiones de la historia política y socio-cultural, la compilación ilumina la multiplicidad de problemas de los que es imposible separar a la policía: las historias que hilvanan el libro son una cantera para la comprensión de múltiples procesos. Las ausencias (sobre todo en las historias de las policías provinciales) y cierto énfasis cronológico, como advierten los compiladores, demuestra lo que se ha avanzado, lo que resta por hacer y la potencialidad del campo.

Jeremías Silva
Universidad Nacional de General Sarmiento / CONICET

Magdalena Broquetas, Gerardo Caetano (coordinadores),
Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay, tres tomos.
Tomo I. *De la contrarrevolución a la Segunda Guerra Mundial*,
Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2022, 318 páginas.
Tomo II. *Guerra Fría, reacción y dictadura*,
Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2022, 423 páginas.
Tomo III. *Pasado reciente: legados y nuevas realidades*, Montevideo,
Ediciones de la Banda Oriental, 2023, 318 páginas.

Con el nuevo siglo comenzó a desplegarse una constante, aunque aún irregular, edición de trabajos dedicados a la historia de las derechas latinoamericanas. Por un lado, aumentó el número de textos que se dedicaron a estudiar aspectos peculiares de las derechas de los países de América Latina, continuando una estela iniciada en la segunda mitad del siglo pasado y de especial relevancia en sus décadas finales. Este movimiento fue en gran parte motorizado por una serie de inquietudes en torno del autoritarismo, el nacionalismo y el neoliberalismo (donde el peso de cierta lectura tipificadora, de hecho, pareció definir espacios irregulares por fuera de las preguntas vinculadas a la temática de las derechas, muchas veces con énfasis ensayístico). Por el otro, aparecieron textos de tono comparativo o historias que conectan diversas derechas, que en algunos casos ligaban los casos latinoamericanos entre sí o con los europeos o estadounidenses y exploraban vínculos, relaciones, procesos de recepción, circulaciones. Esa dinámica fue redefiniendo un campo de estudios complejo, donde la investigación académica debió desbrozar ciertas líneas posicionales que abordaban la cuestión de las derechas con una perspectiva de denuncia, problema que ha expresado ciertos retornos cíclicos e incluso ordenado líneas de trabajo que se presentan como académicos.

Estos avances hicieron posible que en años recientes aparecieran una serie de textos que presentaban una historización de las derechas en diversos casos nacionales o promovían una lectura general sobre el espacio latinoamericano, ya ante un marco de trabajos académicos consolidados: en orden cronológico, en el primero de los ejes Sofía Correa Sutil presentó en 2005 *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*; Érica Pani tuvo a su cargo la coordinación de los dos tomos de *Conservadurismo y derechas en la historia de México* (2009 y 2010); Ernesto Bohoslavsky, Olga Echeverría y quien firma esta reseña hicimos lo propio con los dos tomos de *Las derechas argentinas en el siglo XX. De la era de las masas a la Guerra Fría* (2021) y *El retorno democrático y el largo plazo* (2023).

La salida de esos trabajos se alternó con publicaciones de perspectiva regional como *Conservative Parties, the Right, and Democracy in Latin America*, de Kevin Middlebrook (2000); *Right-Wing Politics in the New Latin America: Reaction and Revolt* (2011), de Francisco Domínguez, Geraldine Lievesley y Steve Ludlam; *The Right in Latin America. Elite Power, Hegemony and the Struggle for the State* (2014), de Barry Canon; *Pensar as direitas na América Latina*, organizado por Bohoslavsky, Rodrigo Patto Sá Motta y Stéphane Boisard (2019). Finalmente, el propio Bohoslavsky publicó *Historia mínima de las derechas en América Latina* (2023). A ellos deben sumarse libros cuya perspectiva opera en estudios comparativos o vinculares, como *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile 1890-1939*, de Sandra McGee Deutsch (editado en inglés en 1999 y traducido al castellano en 2005) y *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*, coordinado por João Fábio Bertonha y Bohoslavsky en 2016, recientemente traducido al portugués en edición brasilera.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1502

Los tomos al cuidado de los historiadores Magdalena Broquetas y Gerardo Caetano, destacados especialistas pertenecientes a dos generaciones distintas de historiadores, son una bienvenida inclusión del caso uruguayo en este ciclo de trabajos, que debe destacarse como una empresa de gran alcance, como lo muestran los tres tomos en que se divide la obra y la amplitud de las agendas que cubre cada uno. Los libros que componen la obra operan como tres recortes sobre etapas que unen la historia del Uruguay con los mapas internacionales: del siglo XIX a mediados del XX, la etapa de la Guerra Fría y la dictadura, las décadas recientes y el contexto actual, si bien el énfasis aparece colocado sobre la segunda mitad del siglo XX. Ello no debería sorprender dado que se trata de la etapa en la que han coincidido las indagaciones de los dos coordinadores y donde es más amplia la producción del país, que tras el impulso inicial de fines de la década de 1980 con textos del propio Caetano o José Pedro Barrán cobró especial brío en los últimos años con el fin del llamado "ciclo progresista" de los gobiernos del Frente Amplio.

La obra colectiva se articula con un estilo de textos que, producidos por académicos (no siempre dedicados a la historia de las derechas, sino que, como ocurre en este libro, en muchos casos reposicionaron sus temáticas de investigación para el proyecto que derivó en la publicación), apuntan a un público general, sin colocar los debates teóricos en primer plano y privilegiando el tono narrativo.

Dada la extensión de los tomos, una presentación detallada de todos los textos que componen los libros (tres introducciones y 59 artículos) es imposible en este formato de reseña, por lo que a continuación presentaremos las secciones en las que se dividen las tres publicaciones y luego nos enfocaremos sobre una serie de puntos para una lectura general del proyecto.

El primer tomo, *De la contrarrevolución a la Segunda Guerra Mundial*, se divide en tres partes. La primera de ellas, "Los orígenes", explora el siglo XIX con inicio en las posiciones contrarrevolucionarias, pasando por las miradas ordenancistas y las diversas instancias del conservadurismo, el carlismo local y las claves de institucionalidad y modernización en el militarismo. Luego, "La reacción al reformismo batllista" presenta investigaciones sobre las diversas formas organizacionales en ese contexto, además de dos trabajos sobre el antifeminismo y la representación de la "República conservadora" en el carnaval (uno de los modos de tematizar a las derechas desde otro ángulo). Finalmente, "La era de los fascismos" se compone de análisis sobre los vínculos de Uruguay con la Italia de Mussolini, el rol de la comunidad italiana, la presencia del falangismo, los roles del antisemitismo y del nazismo y una perspectiva sobre las derechas en la etapa de la Segunda Guerra Mundial. La presencia del siglo XIX es un enfoque bienvenido entre los trabajos que se han dedicado a América Latina, cuyos textos comienzan en general sobre fines de esa centuria o en torno a los centenarios, por lo que la idea de conservadurismo (por encima de la de derechas) tiene desde allí un rol central.

El tomo dos, *Guerra Fría, reacción y dictadura*, por su parte, se inicia con "Las derechas y las masas", que incorpora trabajos sobre el impacto de la Guerra Fría, el batllismo de derecha, las transformaciones del herrerismo y el ruralismo, el anticomunismo nacionalista y las relaciones entre antitotalitarismo y antiperonismo. En un segundo tramo, "Radicalización y anticomunismo", aparecen la convergencia del batllismo con el liberalismo económico y del conservadurismo con el anticomunismo, así como abordajes a la Universidad de la República, la Juventud Uruguaya de Pie y el catolicismo de derecha. El tercer eje, el más prolongado de los tres tomos, es "Civiles y militares en dictadura", que por las propias características del caso uruguayo coloca mayor énfasis en el universo civil y alterna entre sociedad y Estado para abordar actores variopintos y anticipar un inminente libro sobre la experiencia de la dictadura de 1973-1985.

Finalmente, el último de los libros, *Pasado reciente: legados y nuevas realidades*, se divide en dos secciones, la primera "Restauración, liberalismos, emergencias alternativas", que repone varios de los temas, actores, formaciones o problemas previos en una escala temporal iniciada con la reconstrucción democrática de mediados de los años ochenta (con excepción del texto sobre la cultura artística y las derechas), donde se recorren

desde problemas del sistema de partidos a la reacción antiprogresista. La segunda, "Enfoques comparados y miradas globales", donde aparecen varias firmas de autores extranjeros al Uruguay, aparece conformada por textos que colocan el caso uruguayo bajo miradas comparativas o relacionales, así como por otros que presentan lecturas generales sobre las llamadas "nuevas derechas".

Ya revisado el trazo general de la obra, vale proponer una serie de consideraciones. Los tomos son presentados por sus coordinadores como parte del ciclo de trabajos que analizamos previamente e impulsados por la consolidación de una agenda académica que se da al momento de un giro a la derecha en diversos países de la región, lo que permite una mirada de escala transnacional para abordar casos locales y, al mismo tiempo, el interés por captar la heterogeneidad de expresiones de las derechas. La posición teórica que atraviesa los volúmenes los coloca en diálogo con las lecturas renovadoras en los estudios sobre la temática, que enfatizan la necesidad de atender a las derechas en su diversidad, fuera de esencialismos y en planos relacionales. De allí que los puntos de partida subrayados por Broquetas y Caetano se centran en entender al concepto "derechas" como "plural, relacional e inclusivo": "En esta obra se parte del supuesto de que el foco de análisis está conformado por actores heterogéneos, estilos de pensamiento y rasgos identitarios variados, difícilmente encasillables en una única categoría. Por ello, se parte del supuesto de que no es posible consensuar una definición contingente e inmutable acerca de *qué son* las derechas" (tomo I, p. 14). Al mismo tiempo, enfocan el punto central de una lectura de largo plazo: "La síntesis de larga duración procura, de igual forma, contribuir a esclarecer los vaivenes en la hegemonía del espacio social y cultural de las derechas, en el que a lo largo de la historia se han entrelazado imaginarios y programas diversos" (p. 16). Ambas perspectivas, entonces, ofrecen un marco móvil para abordar actores, acciones, discursos y momentos diversos, que permiten ingresar en una historia amplia de las derechas uruguayas en una perspectiva abierta: sus relaciones al interior del propio espacio plural derechista, sus movimientos dentro de la historia del país, los modos en que se vincularon con fenómenos internacionales.

En segundo término, el tránsito histórico que se presenta a lo largo de los tres volúmenes es amplio y despliega, por su propio recorrido, una concepción de interés: la obra inicia la presentación de sus trabajos a comienzos del siglo XIX, con la contrarrevolución, y finaliza con el caso de la fuerza Cabildo Abierto en la actualidad, sumando al final del tercer tomo una sección de perspectiva internacional, con presencia de investigadores de otros países. Ese despliegue, por un lado, posibilita un abordaje amplio que incluye el siglo XIX en un debate que muchas veces prefiere ocluirlo o tomarlo como una antesala del siglo XX, y que en el primer volumen aparece representado por una sección específica, como suele ocurrir con los trabajos centrados en el caso europeo. Por el otro lado, la extensión de la perspectiva historiográfica hacia la actualidad permite leer el presente con la entidad del tránsito previo, aunque la sección internacional que cierra el tercer volumen por momentos expresa cierto desfasaje, en tanto algunos de los trabajos dejan de lado el caso uruguayo para mostrar problemáticas internacionales que sería productivo explorar en su faceta local.

Como conclusiones, vale insertar a esta amplia *Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay* en un triple carril: por un lado, la producción internacional sobre las llamadas "nuevas derechas", que han operado autores como Pipa Norris, Cass Mudde, Enzo Traverso, Steven Forti o Pablo Stefanoni (estos tres últimos también parte de esta obra en su sección final), donde la perspectiva histórica aparece en el eje de las posiciones clasificatorias. Por otro, la serie de estudios sobre la historia de las derechas en la región que presentamos previamente, con la que este proyecto encuentra un diálogo inmediato. En tercer lugar, a la luz de la producción sobre la propia historia de las derechas en el Uruguay, que aparece aquí reestructurada por el recorrido ofrecido en estos tres volúmenes. A la luz de lo presentado, estamos ante una obra que implica un mojón para la historiografía local y un aporte para la dinámica de la temática en términos regionales.

Martín Vicente
Universidad Nacional de Mar del Plata / CONICET

Camila Gatica Mizala,
Modernity at the Movies. Cinema-going in Buenos Aires and Santiago, 1915-1945,
Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2023, 272 páginas.

Uno de los últimos giros muy productivos de los últimos años en el campo de los estudios sobre cine ha puesto el foco en todos los aspectos que rodean a los filmes, pero sin centrarse en ellos. Hemos visto cómo algunos intereses en los recientes trabajos académicos van pasando de la *new film history* a la *new cinema history.* El documentado trabajo de Camila Gatica Mizala se presenta como una de las investigaciones más interesantes de esta tendencia contemporánea. En su libro, detalla la experiencia de ir al cine, analiza el comportamiento de las audiencias, la recepción crítica del nuevo medio, las legislaciones sobre los espectáculos públicos, y los problemas tecnológicos vinculados a la exhibición, tomando en cuenta un período preciso y un recorte geográfico que permite una mirada comparativa. El lapso que va entre la consolidación de un estilo clásico cinematográfico y una estandarización en la práctica de producción y circulación de películas –1915– y el inicio de la segunda posguerra, con los cambios socioeconómicos que conlleva, plantea un arco importante que permite pensar las modulaciones del proceso en clave diacrónica, pero se centra sobre un problema central sobre el que va a girar toda la investigación: la modernidad sudamericana a la que caracteriza como periférica. La elección de las dos ciudades en la que se concentra la investigación también da cuenta de lo pertinente del recorte. Santiago y Buenos Aires tienen similitudes indispensables para comparar –el idioma, el contexto histórico cultural, la condición periférica, una circulación común de bienes– pero diferencias notorias que logran pensar las complejidades del proceso, que atienden, más que a la escala, a las posibilidades de generar una producción local.

El libro inicia con la transcripción de una fuente que funciona como clave de lectura: un testimonio que muestra su fascinación con el nuevo artilugio moderno que le permite evadirse de los trajines de la propia vida moderna. Desde allí el eje está puesto en el problema de cómo ese nuevo público logra vivenciar la experiencia de la modernidad en la frecuentación de las salas de cine. En pleno apogeo de lo que luego se llamará "estilo clásico", Gatica Mizala sigue la línea que marcó el pionero trabajo de Miriam Hansen y desarrolla el rol del cine en esta etapa como una práctica que encarna el encuentro entre una nueva cultura de masas y una experiencia a la que caracteriza como una "modernidad vernacular", para tomar en cuenta los aspectos multidimensionales del fenómeno.[1] Este contexto la lleva a pensar el problema en términos de la esfera pública habermasiana, espacio que se puebla de revistas de cine, nombres de distribuidores, salas de cine, políticos que tienen a su cargo organizar el espectáculo, compañías que brindan servicios tecnológicos, trabajadores del ramo, y algún título de filme aislado.

Para abordar este problema tan complejo, la autora elige algunos temas puntuales que desarrolla a partir de un trabajo histórico exploratorio que logra construir un relato del período a partir del análisis de fuentes documentales. Es notorio el trabajo con el material de archivo, que se centra en las revistas y publicaciones sobre cine, orientadas tanto a los públicos como a la industria. Además de abundante, es pertinente por cómo vincula las distintas voces. En ese análisis también considera estas fuentes en sus aspectos gráficos, y toma en cuenta toda la

[1] Dando cuenta del impacto de las formulaciones de la autora, la revista chilena *La Fuga* publicó una versión en castellano: Miriam Hansen, "La producción masiva de los sentidos", *La Fuga*, n° 27, primavera de 2023.

información que brinda, tanto en los textos como en las imágenes, volviendo elocuentes a las caricaturas que expresan el clima de época. La elección de los puntos en los que concentra la investigación también se destaca por la especificidad (son recortes precisos), pero sobre todo por la cantidad de los aspectos que permite tratar.

El primer problema se centra en los espacios que se generan para visionar cine. La construcción de las salas de cine requiere pensar los vínculos con la arquitectura modernista, con los avances tecnológicos, con la experiencia del confort y la invitación a una vivencia inmersiva, pero también remite a las apropiaciones locales y a las relaciones complejas con los modelos referentes del norte global. El capítulo 2 analiza los datos cuantitativos: cuántas personas van al cine, quiénes son, a qué sectores pertenecen. Este detalle sobre los números precisos convierte a estas audiencias monolíticas en algo más concreto y plural. La información sobre los costos variables de las entradas a lo largo de todo el período plantea la inestabilidad de esta práctica. Luego de ese foco cuantitativo, se aborda el problema de la censura y los distintos criterios que se establecen en las dos ciudades, en los que adquieren protagonismos diversos la Iglesia católica, las miradas higienistas y las búsquedas de regular a un medio que desde temprano se asume como un gran propagador de ideas y costumbres. De allí, el libro cambia de foco y se concentra en los comportamientos de los públicos precisos en las salas de cine, ese espacio donde existe una línea difusa entre lo público y lo privado, en el que amplios sectores urbanos compartían sus horas de ocio. ¿Cómo eran esas funciones de cine? ¿Cuánto duraban? ¿Qué actividades conlleva la práctica de ir al cine? ¿Cómo cambia la experiencia a lo largo del período? El último capítulo aborda el problema del lenguaje, analizando este tema tanto para el período silente como para la emergencia del cine sonoro. Aquí se desarrollan de forma integrada varios aspectos que ya habían sido investigados, pero que Gatica Mizala logra articular para pensar las relaciones con la lengua castellana escrita y hablada, las particularidades de las voces y pronunciaciones regionales, así como los debates sobre el doblaje y los aspectos más tecnológicos que implicó la consolidación del cine sonoro, los problemas de la distribución internacional de cine y las reticencias y apogeos de las producciones regionales.

Esta investigación tan documentada en archivos locales chilenos y argentinos fue el resultado del trabajo posdoctoral de la autora en la University College London, y si bien remite a una bibliografía principalmente anglosajona, participa de las corrientes que, desde América Latina, también están pensando estos problemas. La ausencia de algunas menciones en este caso no es una omisión, porque son todos trabajos contemporáneos que en los últimos años han generado una nueva bibliografía que es necesario poner en diálogo. Un listado que no busca ser exhaustivo puede integrar las investigaciones de Rafael Luna en Brasil, los de Georgina Torello en Uruguay, los de Claudia Bossay y María Paz Peirano en Chile, y los estudios de Sonia Sasiain, Cecilia Gil Marino y Alejandro Kelly Hopfenblatt desde el Proyecto de Investigación "Historia de los públicos de Cine en Buenos Aires (1933-1955)", dirigido por Clara Kriger. De esta producción se destacan dos iniciativas que muestran la sincronía de esta nueva tendencia: los libros colectivos *En la cartelera: Cine y culturas cinematográficas en América Latina, 1896-2020,* de 2022, editado por Nicolás Poppe y Alejandro Kelly, y *Salas, negocios y públicos de cine en Latinoamérica (1986-1960)*, de 2023, editado por Clara Kriger y Nicolás Poppe, que recoge el trabajo del Seminario Internacional "Los Públicos de Cine Clásico: casos, métodos y reflexiones teóricas". [2]

El libro de Gatica Mizala también puede encuadrarse como un ejercicio logrado de historia cultural, donde esta perspectiva logra expresar su carácter multidisciplinario y nos brinda algunos elementos de especial interés que ayudan a revisar ciertas miradas sobre estos problemas, como el factor estacional en la experiencia del ir al cine, condicionada por motivos climáticos. También es notorio

[2] Seminario que se realizó entre 2020 y 2021 organizado por el IAES (FILO-UBA).

el énfasis de cierto giro material en la investigación, en el que cobran protagonismo las características edilicias, los dispositivos vinculados de la exhibición, las propias latas de películas que circulan de un lugar a otro. Por último, resalto otra presencia bienvenida en estos estudios: los trabajadores diversos –acomodadores y proyectoristas, los músicos, las personas que llevan y traen las cintas, las que diseñan y construyen, las que escriben y las que participan de la burocracia– actividades centrales para esta experiencia moderna del cine y cuyas labores no suelen ser recogidos por las investigaciones sobre cine.

Mariana Amieva
Grupo de Estudios Audiovisuales, Universidad de la República del Uruguay

Andrés Bisso,
Política y frivolidad en la Argentina de la primera mitad del siglo XX,
Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2023, 237 páginas.

En este trabajo, Andrés Bisso, un intérprete sutil de la Argentina del siglo XX, toma el desafío de indagar el deslinde difuso (y confuso) entre política y frivolidad. Con una óptica renovada, se trata de una investigación que revisita la relación que entre sociabilidad y política ya había abordado en su tercer libro, publicado en 2009.[1] Si bien es cierto que esta obra es más ambiciosa que aquella (no solo en su recorte temporal y espacial sino, sobre todo, en la amplitud de la evidencia y en la densidad de las interpretaciones), una vez más el historiador platense se acerca al problema partiendo de una premisa según la cual sus dos objetos de estudio (que, a la vez, constituyen dos campos de sentido), lejos de mantenerse en "una separación higiénica" coexistieron en una suerte de *middle-ground* donde tenía lugar una variedad de intercambios, préstamos e interacciones. A priori, podría suponerse que el entrelazamiento entre lo banal y lo político del que somos testigos en la actualidad tiene sus antecedentes más lejanos en las transformaciones globales del ocaso de la Guerra Fría, cuando, por doquier, se citaba, se comentaba y se criticaba la frase de Francis Fukuyama: "el fin de la historia".[2] Sin embargo, en este libro, Bisso descorre el telón del tiempo para rastrear las huellas de la frivolidad de la política y de la política de la frivolidad más allá de aquel clima de época, y demuestra que los intercambios entre estas dos dimensiones de la vida pública no fueron, en absoluto, una novedad que trajo la década de 1990.

La díscola categoría de frivolidad que, como alerta el autor en la introducción, no se allana a las delimitaciones cronológicas de la historia política tradicional, es analizada en el primer capítulo del libro en el marco del largo proceso de ampliación política que se inaugura con la ley Sáenz Peña y alcanza su cenit con el peronismo. Estos dos extremos se conectan en la consumación de la idea de la condición plebeya del poder que se inicia con la llegada de Yrigoyen a la presidencia de la nación. Entonces, lo banal y lo circense se confunden con la forma de la política, al menos desde la mirada de una élite que identificaba a la movilización de las masas con el espíritu festivo y estridente de las prácticas tradicionales de diversión popular. Esta misma lógica sería reeditada (aunque con nuevos sentidos) en la década de 1940 cuando Perón y Eva ingresaron triunfantes al escenario político nacional. Un general y una actriz de radioteatro que prometían hacer cada día un poco más feliz al pueblo habilitaron críticas que hicieron, sobre todo de Eva, el terreno donde lo frívolo y lo grave interactuaban en una dinámica no exenta de tensiones. En su vida, la banalidad y la seriedad se desplegaban en un *continuum* que iba desde su indumentaria y sus maneras poco refinadas hasta el martirio de su enfermedad. Con este capítulo panorámico, el autor expone la escena donde se desarrollarán las amalgamas y los antagonismos entre liviandad y gravedad.

En los siguientes tres capítulos, que recorren la amplitud del medio siglo en una geografía dilatada que contiene a la capital del país y a las pequeñas ciudades del interior provincial, el autor propone un abordaje en diferentes facetas que revela a la política como propiciadora, gestora e intermediaria de la frivolidad: a la frivolidad como un desafío a los sentidos más profundos de la política y a ambas interactuando en una sinergia que las solapa y, por momentos, las funde y las confunde. De esa suerte, el segundo capítulo, que repasa escenas de teatro, se detiene en

[1] Andrés Bisso, *Sociabilidad, política y movilización. Cuatro recorridos bonaerenses (1932-1943)*, Buenos Aires, CeDInCI/Editorial Buenos Libros, 2009.

[2] Francis Fukuyama, *The end of History and the Last Man*, Nueva York, The Free Press, 1992 [trad. esp.: *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992].

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1504

la ubicua difusión del tango, expone un debate operístico en el Colón de los años 1930 e indaga en el impacto cultural del cine sonoro, examina cómo la política (en sus diferentes expresiones partidarias) recurría a dispositivos de control intelectual, moral y administrativo, ejerciendo un tutelaje de la vida cultural orientado a evitar que la trivialidad lesionase el espíritu ciudadano. En cambio, en el tercer capítulo, la lectura cambia el ángulo de observación para indagar en los márgenes por los que cultores del divertimento y la sátira transitaban para reírse de la política. Los ejemplos a partir de los que Bisso construye sus argumentos, por un lado revelan que la liviandad de esas expresiones jocosas oscilaba entre la prescindencia de cualquier embanderamiento partidario y la actitud panfletaria y, por otro, exponen la ductilidad con la que los profesionales de la cultura de masas amalgamaban frivolidad y gravedad.

En el cuarto capítulo, el autor presenta un análisis "a dos bandas" de las esferas de lo político y lo frívolo. A través de un collage de elocuentes ejemplos, el libro ilustra muy bien cómo las personas pasaban de la política a la frivolidad y de la frivolidad a la política sin solución de continuidad. El amplio y heterogéneo terreno de lo frívolo (la moda, las revistas de humor, los semanarios pasatistas, la caricatura, los cancioneros, las notas sociales) que asimilaba a los dirigentes con las estrellas del espectáculo y el deporte diluyendo así la pretendida seriedad de la política profesional, no era –nos advierte el autor– un camino de ida. Al contrario, las instancias frívolas alternaban sin interrupción con las solemnes, de modo tal que mientras el divertimento y la superficialidad dulcificaban el rostro adusto de la política, esta reciprocaba la atención investiendo de sentidos a la frivolidad. Para desvelar las lógicas que regulaban este intercambio, el capítulo explora la retórica patriótica con la que el Estado argentino de principios del siglo XX enfrentó al cosmopolitismo creciente, uno de los efectos no deseados de la inmigración masiva. En su análisis, Bisso muestra que, para hacerlo, la dirigencia no recurrió solo al menú de estrategias que ofrecía la tradición política, sino también al soporte de los profesionales del entretenimiento y el ocio, que disponían de estrategias livianas (y, tal vez por eso, más efectivas) para estimular el sentimiento patriótico.

El carnaval, motivo central del quinto capítulo, fue uno de los puntos en los que convergieron el patriotismo popular y el institucionalizado. A través de una búsqueda minuciosa en fuentes gráficas se reconstruyen los disfraces –infantiles y adultos– más usados en los años 1920 y 1930, con el objeto de comprender cómo a través de esas fugaces "identidades prestadas" (en las que se mezclaban gauchos con marqueses, Pierrots con gitanos, aldeanos holandeses con cautivas indias, o Manuelita Rosas con Elpidio González), el carnaval recuperaba el pasado o jugaba jocosamente con el presente.

En un salto temático algo inopinado, el penúltimo capítulo aborda la interacción entre frivolidad y política en la juventud de los años de entreguerras. La superficialidad y la apatía de los jóvenes rondaba de manera recurrente las apreciaciones de los dirigentes adultos, entre quienes aún estaban frescos los recuerdos de las turbulencias de la revolución de 1890 y de la Reforma Universitaria. Desde la memoria de su propio compromiso, estos actores exhortaban discursivamente a la nueva generación a transformar el desgano en compromiso y la sociabilidad liviana en interés cívico. Sin embargo, la noción de politización de la dirigencia adulta no solo no coincidía con la de ese conjunto heterogéneo al que llamaban "juventud", sino que el grado de compromiso deseado mostraba variaciones incluso en el interior de esa vieja guardia. Entre ellos, Bisso señala como ejemplo la visión de Manuel Fresco, cuando afirmaba que la participación electoral era responsable de haber desviado a los jóvenes de los años 1930 de una tradición viril, idealista y comprometida. Según el gobernador, el régimen de ley electoral había terminado creando una generación débil e incapaz de mantener "el temple de los varones que fundaron la República e hicieron grande la nación".[3] Sin embargo, Bisso advierte que, más allá de estas miradas desconsoladas, los jóvenes demostraron una particular sensibilidad (atada a sus propios ritmos) a ciertos

[3] El autor hace referencia a este fragmento en la página 182.

sucesos políticos de repercusión nacional o internacional, que terminaban sustrayéndolos de lo banal, como demandaban los adultos. La destitución de facto de Yrigoyen, la guerra civil española, el golpe de 1943 y el surgimiento del peronismo fueron acontecimientos cuya potencia sacudió a las nuevas generaciones y demostró que, ante el imperio de la necesidad y la urgencia, la juventud era capaz de cambiar el ropaje del apoliticismo y la apatía por el de la militancia y la movilización.

El libro cierra con un capítulo que indaga las formas en que las mujeres eran investidas de sentidos que, al mismo tiempo que las ubicaban en el plano de lo banal, se servían de la supuesta volubilidad de sus ideas políticas para obstruir la expansión del feminismo y la profundización de la lucha por el derecho al voto femenino. Si es cierto que, a contrapelo de la presencia cada vez más conspicua de las mujeres en la vida pública, durante la primera mitad del siglo pasado persistió la imagen de la mujer trivial, como en el resto de las dimensiones analizadas en el libro aquí también la frontera entre levedad y profundidad demostró ser difusa y estar sujeta a múltiples interacciones en las que las atribuciones de sentido estaban tensionadas por el género, por lo ideológico y por los grados de compromiso político de las mujeres. Mientras las militantes izquierdistas y las feministas buscaban cerrar la brecha entre frívolas e inteligentes, concientizando a sus congéneres de su potencial cívico, los dirigentes varones y la prensa política minimizaban el compromiso femenino tildando de "simpáticas" las diversas formas adoptadas por la participación de las mujeres en la vida pública o condenando de "marimachos" a las militantes. Pero el adjetivo edulcorado y el epíteto agresivo que usaban los hombres también encontraba un correlato de sentido en el interior del mundo femenino. No solo los varones señalaban que el mandato de la coquetería y la belleza estaba reñido con los tonos graves de la política, sino que las propias féminas propiciaban la búsqueda del equilibrio entre participación y femineidad para que la huida de su destino manifiesto de ángeles del hogar no comprometiera su naturaleza, pero tampoco obstruyera la lucha por los derechos civiles y políticos.

Política y frivolidad en la Argentina establece un diálogo fecundo entre los dos campos de sentido que constituyen su objeto de estudio. Ese diálogo se expresa en una escritura sofisticada y en una densidad analítica que se despliega sobre una multiplicidad de contextos y temporalidades, nutriéndose de una miscelánea de fuentes que el autor, con la laboriosidad del artesano y la pericia del historiador profesional, encastra en un rompecabezas del que emerge una imagen que no es definida ni definitiva. Y es justamente aquí donde radica el valor de la obra: en la provisoriedad de una aproximación experimental al entramado de interacciones que ocurrieron a lo largo de cincuenta años entre dos esferas que, lejos de funcionar como realidades paralelas, intercambiaban sentidos, se solapaban y se fundían.

María Bjerg
Universidad Nacional
de Quilmes / CONICET

Guido Herzovich,
Kant en el kiosco. La masificación del libro en la Argentina con un posfacio sobre su fin,
Buenos Aires, Ampersand, Colección Scripta Manent, 2023, 316 páginas.

La rica actualidad de los estudios sobre el libro y la edición en la Argentina muestra, al mismo tiempo, la recuperación sostenida del archivo patrimonial del impreso público y la generación de hipótesis estimulantes para la historia cultural. *Kant en el kiosco. La masificación del libro en la Argentina con un posfacio sobre su fin*, de Guido Herzovich, es prueba de esa vitalidad. El ensayo articula una idea potente al asociar el proceso de masificación del libro que tuvo lugar en la Argentina entre los años veinte y cincuenta del siglo pasado, con la irrupción de la crítica literaria: Prieto, David e Ismael Viñas, Masotta, Martínez Estrada, la obra crítica del propio Borges, *Contorno* (nombres y textos que hoy siguen vigentes: acaba de aparecer, a cargo de Juan Pablo Canala, una edición genética de las sucesivas versiones de *Literatura argentina y (realidad) política* de David Viñas).[1] La relación entre masificación del libro e irrupción de la crítica a su vez toca otro problema, resumido por Oscar Masotta en uno de los epígrafes del libro: la pregunta es por "la relación del crítico, en tanto escritor, con el público de masas". ¿Cómo pensar la relación entre los intelectuales y el público de masas que consume los libros?

La pregunta también puede leerse como un desprendimiento de otro problema histórico argentino más general, que es la relación de las élites letradas con las grandes mayorías. El libro se abre inteligentemente con un ejemplo de ese problema, pequeño pero significativo: vemos a Miguel Cané negando los folletos criollistas, a Miguel Cané muy sorprendido ante la existencia de una chusma lectora e inmigrante que consume folletos criollistas, para colmo mal encuadernados. La respuesta inmediata del autor de *Juvenilia* fue negar a esos lectores, así como los folletos que su contemporáneo Ernesto Quesada estaba coleccionando. Herzovich inventa un concepto, "la Librería Total", que vendría a ser algo así como la traducción espacial de esa negación. Así, por ejemplo, en la librería de los hermanos Moen sobre la calle Florida hacían tertulia los escritores: no cualquiera podía entrar, y ciertamente no los lectores de *Juan Moreira*. Era un espacio excluyente de sociabilidad en la Buenos Aires literaria de fines del XIX y principios del XX, que a su vez camuflaba o compensaba simbólicamente la falta de infraestructura material para la producción de libros.

Con agilidad, el ensayo luego pasa a otra escena que interroga la misma relación entre el crítico y las masas. Estamos en 1956, Adolfo Prieto publica la *Sociología del público argentino*; siente el mismo desconcierto de Cané, con la salvedad de que ya no puede, ni quiere, arrojar a una esquina oscura a la nueva masa de lectores que se presenta ante sus ojos.[2] No puede ignorarlos en 1956 porque, de Cané a esta parte, han sucedido la edad de oro del libro argentino, el surgimiento de un mercado y también el peronismo. Herzovich muestra cómo Prieto y sus compañeros de generación no pueden ignorar esa masificación de los libros porque muchos de ellos son letrados que trabajan con ella, para ella: dirigen colecciones, reseñan libros, editan y traducen textos; trabajan en Losada, en Emecé, en Sudamericana. O sea: están en medio del proceso, en el ojo de la tormenta, intentando lidiar con las ideas que se hacen de lo que tiene que ser un lector, y el contraste con una realidad que comprueban diariamente en la práctica.

¿Qué es un lector para un intelectual argentino, en el año 1956? El ensayo reconstruye finamente la genealogía de ese concepto, que atraviesa todo el

[1] David Viñas, *Literatura argentina y política*, edición crítico-genética de Juan Pablo Canala, Córdoba, Eduvim, 2023.

[2] Adolfo Prieto, *Sociología del público argentino*, Buenos Aires, Leviatán, 1956.

campo ideológico de la época, desde Francisco Romero hasta Héctor Agosti. Esa idea de lector responde a la tradición liberal, humanista, que cree en el destino civilizador del libro, con sus funciones heterónomas: generar ciudadanos, educar el gusto, desarrollar el sentido crítico, etc. El problema con la masificación es que ese lector o esa lectora no parecen estar en ningún lado, y es la creencia en esa ausencia –acá de nuevo la tesis central– la que obliga a la crítica a entrar en juego. A "irrumpir", para reorientar, compartimentar, asignar valor, y comprometerse. Son los años cincuenta. En este sentido el ensayo, que con gran inteligencia se llama *Kant en el kiosco* –el título nace de una apreciación de Prieto sobre la masificación del libro– también lleva en sus páginas un *Contorno en el kiosco*, o *Los críticos en el kiosco*, como signos de esos modos de intervención directa sobre el mundo real. Es esta, quizás (en nuestra lectura), una de las partes más estimulantes del libro: el desconcierto de esos intelectuales ante un lector que no pueden moldear, sobre el que no pueden sobreimprimir una noción preformateada, voluntarista, en algún punto desencarnada. ¿Qué es ese enigma llamado lector?, pregunta Prieto en 1956.

Y resulta que el problema surge en el exacto momento en que los intelectuales interrogan el peronismo como un acontecimiento que acaba de suceder. Se sabe: tras el golpe de Estado de 1955, políticos e intelectuales antiperonistas de procedencias disímiles –Mario Amadeo, Gino Germani, Ernesto Sábato, Martínez Estrada– plantean una pregunta que podríamos resumir con el título de la antología que Altamirano y Sarlo prepararon para la Biblioteca del pensamiento argentino, de Halperín Donghi: *¿Qué hacer con las masas?* Es decir: la pregunta por los lectores masivos que arremeten y desarman la Librería Total corre paralela a la pregunta por la aparición de las masas en la esfera pública, en el post-55. No es un mérito menor del libro haber logrado asociar un fenómeno material (la "edad de oro" del libro argentino) con el surgimiento de un campo intelectual (la crítica literaria), en un proceso que a su vez, en sus tensiones, funciona como microescena o alegoría de la compleja relación entre intelectuales y masas populares en la Argentina.

Otro punto de particular interés metodológico es identificar, en los procesos que describe el ensayo, el modo en que la dinámica histórica produce hechos al margen de las intenciones de los agentes: comprobar el peso de la contingencia en los hechos de cultura. Los críticos se preguntaban por el lector de masas porque querían intervenir, comprometerse, pero la intervención fue finalmente modesta: los lectores de *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, de Dale Carnegie, *best seller* de Sudamericana que Herzovich estudia, no compraban las revistas *Centro* o *Contorno* –que quedan circunscriptas a discusiones de nicho, de circulación acotada. En realidad, si la preocupación de los críticos por la masificación de los libros no redundó, en rigor, en la modificación de los lectores, o en todo caso del mercado, lo que sí logró, mientras tanto, fue la consolidación de los soportes materiales que permitieron la emergencia de la crítica literaria moderna en la Argentina del siglo XX, con sus tonos y su matiz polémico, sus prácticas y sus modos de existencia.

Y esto también es un aporte del libro: la arqueología que ofrece de la reseña, de los suplementos culturales y las revistas literarias; la lenta formación del poder de eso que Cortázar en *Rayuela* llama "el rotograbado dominical". Porque el ensayo habla –con estilo y humor, a veces también con punzante ironía– de cosas que ya no existen o se han modificado sustancialmente: el librero que consagra, el empresario nacional "con inquietudes" que invierte en libros, el escritor solapista, los nombres de las secciones en los diarios: "Libros recientes", "Han aparecido", "Libros y folletos recibidos", "Movimiento bibliográfico nacional y extranjero". En esa historia de la reseña y de las revistas literarias de poca difusión, pero con los puños llenos de verdades, aparecen formas de disputar que le dan otro sentido, otra densidad histórica, contextual a, por ejemplo, el "Arte de injuriar" de un Borges o a la hybris polémica de un Viñas. Hablamos de un mundo donde es posible retar a duelo a un crítico por una mala reseña, como hizo Scalabrini Ortiz con Ramón Doll. Todo eso se entiende mejor cuando se lo lee desde las coordenadas de *Kant en el kiosco*, multiplicadas por las maravillosas fotos de Sameer Makarius que Florencia

Ubertalli, en 2022, había exhumado para la muestra de la Biblioteca Nacional Argentina llamada "¡Lea Ud. estos libros! Cultura impresa 1900-1930", y que Guido Herzovich reproduce ahora felizmente en el libro.

Poco y nada queda de ese mundo; la pregunta es si a esa lista de cosas desaparecidas hay que sumarle, hoy, la figura del crítico literario. De eso se ocupa en parte el posfacio (que se anuncia desde el título), que analiza los nuevos modos de compartimentación de los públicos y de asignación del valor en la era de los algoritmos. Ya no son los críticos sino los usuarios los que parecen definir los nichos que, en realidad, les propone el *big data*. La discusión permanece abierta, ante un fenómeno que aún sigue desarrollándose.

Cerramos por nuestra parte con una idea, o más bien una posición, que tiene que ver con la construcción del conocimiento desde la Argentina. El punto es metodológico. El subtítulo del ensayo es: *La masificación del libro en la Argentina, con un posfacio sobre su fin*. Decimos que el punto es metodológico porque la hipótesis del posfacio se proyecta de modo general a la literatura de todo el mundo, en sus nuevas interacciones digitales. Se habla de algoritmos, de literatura mundial, de mercado internacional: de Amazon, Google y Goodreads. Ahora bien, esa hipótesis de orden general nace de la comparación con el fenómeno local que se analizó antes, y que fue la masificación del libro en la Argentina. Así, los procesos que se dan de forma específica y local en el Cono Sur, o el Sur global, o cualquiera sea el nombre de los recortes que nos asignan desde otras partes en la distribución de la geopolítica del conocimiento, esos procesos situados permiten pensar y problematizar cuestiones globales como los algoritmos.

En este aspecto, el proceder de Guido Herzovich a la hora de construir conocimiento es el exacto revés del proceder de Ernesto Quesada, que en 1934 donó su colección de textos criollistas a Alemania con la esperanza de que allí, lejos de estas pampas polvorientas, estarían a salvo. Pero ese fondo fue destrozado en parte por la barbarie de la Segunda Guerra Mundial. (Qué fábula). Por eso debe celebrarse que el trabajo intelectual sostenido por instituciones como el CONICET y la universidad nos permita hoy, y mientras sea posible, apostar por la construcción de un conocimiento eficaz y situado, desde la periferia y sin desertar del universo.

Magdalena Cámpora
Universidad Católica Argentina / CONICET

Sandra Gayol,
Una pérdida eterna. La muerte de Eva Perón y la creación de una comunidad emocional peronista,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2023, 334 páginas.

Fruto de la convergencia entre dos líneas de trabajo cultivadas desde hace tiempo por la autora –la relación entre muerte y política y la historia de las emociones–, el nuevo libro de Sandra Gayol presenta el resultado de una formidable investigación acerca de un evento que, increíblemente tratándose de la muerte de Eva Perón, no había recibido suficiente atención en sí mismo por parte de una historiografía habituada a relevar su impacto en el corto o en el largo plazo. *Una pérdida eterna…* propone que esta muerte, y todo lo que la rodeó antes y después, sellaron como comunidad emocional distintiva a quienes se identificaban como peronistas. La prolongada enfermedad de "Evita" y su magnificente funeral, junto con las disposiciones, movilizaciones oficiales y prácticas sociales autónomas que suscitó, constituyen, para Gayol, una "lente en aumento" propicia para analizar el entrelazamiento entre identidades políticas y emociones, en un período en el que tal lazo se profundizó en la Argentina. Si bien este foco muestra especialmente a los hombres y mujeres peronistas, a las emociones que estos definieron como propias, articulando un lenguaje y unos modos de acción (estatal y popular) que delimitaban el adentro y el afuera de su comunidad, la investigación apunta también a comprender la dinámica emocional de la oposición antiperonista, a la que le dedica un jugoso último capítulo.

El "canon afectivo básico del peronismo", afirma Gayol en la introducción, estuvo articulado por la semántica del amor, la felicidad, el dolor y el sacrificio, lo que significa que esas palabras estructuraron en sus puntos nodales el discurso político, informaron a su vez las políticas sociales del gobierno y la retórica de sus cuadros políticos, y se asociaron al significado atribuido a experiencias y trayectorias individuales por peronistas de a pie. Los seis capítulos del libro ofrecen puntos de mira alternativos para captar esta articulación política de las emociones, en la cual, propone la autora, Eva Perón resultó una "figura clave". Su enfermedad y la construcción de esta como un asunto público, junto con las movilizaciones, peregrinaciones y oficios religiosos que la acompañaron en todo el país, se analizan en el primer capítulo. En el segundo, se enfoca la construcción social y personal del martirio de Eva, en su interrelación con el "dolor" popular legitimado por el peronismo, y su contracara, la "felicidad" como meta de Estado; también, la importancia de la voz, la gestualidad y la palabra en ese proceso, su entrelazamiento con las experiencias y las narrativas identitarias de quienes le tributaron homenajes.

El rito fúnebre en su inusitada extensión y polisemia es descripto densamente en el capítulo tres del libro. La autora atiende allí a lo que viene previsto y lo que desborda en el ritual, ilumina decisiones administrativas, símbolos, objetos, gestos y prácticas rituales diversas, en su dimensión visual, sonora y olfativa; subraya la división por género de las expresiones afectivas, recorriendo desde la profusión de flores hasta las movilizaciones fúnebres en ciudades y pueblos del interior, pasando por las procesiones y escenarios centrales del evento. Continuando el anterior, el cuarto capítulo analiza la cobertura del funeral en la prensa oficialista, especialmente en el diario *Democracia*, y en dos films encargados por el Estado para registrar visualmente el evento. Muestra allí cómo se escriben y representan el dolor, el llanto; por otro lado, la representación visual, escenográfica, del traspaso simbólico del cuerpo político de Eva a Juan Perón.

En el quinto capítulo se interpretan las cartas y notas de pésame enviadas por gente común al presidente. En estos "escritos de la aflicción", Gayol lee por detrás de las

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1506

convenciones del género la intersección entre la expresión de dolor por la muerte de Eva y la narración de trayectorias vitales en las que la experiencia peronista hizo mella. De la emocionalidad del antiperonismo se ocupa el último capítulo, a través del análisis de las descripciones del funeral realizadas en la prensa por opositores exiliados, así como por una literatura ensayística variopinta editada en el extranjero. De la interpretación del desdén por el "luto peroniano" y la figura de la llorona, este notable cierre de la historia narrada en *Una pérdida eterna…* pasa a la emoción social y política del resentimiento, da cuenta del sufrimiento emocional de quienes no compartían los sentimientos y valores peronistas, y cómo ello irriga la dinámica política y la polarización social de la época. El epílogo recapitula lo principal de lo dicho a lo largo del libro y sobrevuela el derrotero seguido por esta dinámica emocional más allá de 1955, cuando una vez modificadas las circunstancias, "poliédrico y polisémico, el dolor seguía siendo peronista" (p. 299).

El bagaje conceptual de las emociones que enhebra temas y enfoques de cada capítulo, a la vez que hace de *Una pérdida eterna…* una contribución muy original a la historia política del peronismo, ancla sólidamente el libro en una historia social y cultural de la Argentina de mediados del siglo XX. En sus primeras páginas, Gayol explica, con Sara Ahmed, que las emociones no son un asunto subjetivo, sino "prácticas resultantes de la interacción del sujeto con el mundo". Dada esta intencionalidad hacia un objeto u objetos, las emociones implican percepciones cognitivas y valorativas que están en la base de la capacidad subjetiva de razonar y actuar. La noción de "comunidad emocional" de Barbara Rosenwein, el concepto de "régimen emocional" de William Reddy, y la expresión "política de las emociones", tomada de Ute Frevert, serán las categorías del campo de estudios de las emociones con las que principalmente elige trabajar la autora para conceptualizar sus preguntas: ¿qué actores, mecanismos y situaciones intervinieron en la construcción y distribución de determinada emocionalidad política entre grupos específicos de peronistas? ¿Qué normas del sentir se intentó imponer y se esperaron desde el gobierno? ¿Qué margen de libertad emocional existió? ¿Qué emociones se representaron de forma prevalente en el espacio público y a través de qué recursos lingüísticos y extralingüísticos? ¿Qué papel jugó la voz femenina de Eva Perón y su amplificación tecnológica en este proceso? ¿Qué significó para las mujeres y los hombres pertenecer a la "comunidad emocional" peronista? ¿Podían desvincularse de ella? ¿Qué y cómo (se) sintieron, por su parte, los opositores políticos?[1]

Así, temas clásicos de la sociología política y la historiografía acerca del peronismo como la cuestión del carisma de sus líderes, las movilizaciones y rituales partidarios, y las campañas por las elecciones o en pos del consumo responsable aparecen bajo nueva luz. Pero si el marco conceptual de las emociones presta al libro su sello singular en un campo de estudios siempre al borde de la saturación, la variedad de registros documentales, textuales, visuales y sonoros incorporados para integrar esa dimensión emocional al análisis de las disputas ideológicas y políticas de la época es otra marca de *Una pérdida eterna…* Por mencionar solo dos de tales materiales diversos, están las entrevistas realizadas por la autora, reponiendo recuerdos de imágenes, olores y vivencias individuales del funeral de Eva Perón que otras fuentes no permiten capturar; mientras que registros fílmicos como el cortometraje de la Fox, encargado entonces por la Subsecretaría de Informaciones, permiten escudriñar aspectos salientes de la procesión que culminó con las exequias en la Confederación General del Trabajo: la ubicación protagónica de las mujeres en el cortejo y la centralidad absoluta de Perón en el vértice de esa escenografía jerárquica.

Acá asoma un elemento que vale la pena mencionar de la

[1] Sara Ahmed, *La promesa de la felicidad*, Buenos Aires, Caja Negra, 2019; Barbara H. Rosenwein, "Worrying about emotions in History", *The American Historical Review*, vol. 107, n° 3, 2002; William Reddy, *The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; y Ute Frevert, "La politique des sentiments aux XIXe siècle", *Revue d'histoire du XIXe siècle*, n° 46, 2013, sobresalen como referencias en la amplia bibliografía sobre el tema que trae a colación el libro.

arquitectura del libro: el lugar que ocupa como su corazón el capítulo tercero, destinado a reconstruir el extenso ciclo ritual que tuvo lugar entre el día de la muerte de Eva Perón, el 26 de julio, y el día de la inhumación, el 10 de agosto de 1952. Probable núcleo o propósito original de la investigación de Gayol, lo que antecede a este capítulo funciona como tentativa de explicar la excepcionalidad del acontecimiento en la historia de los funerales de Estado del país, de aproximación a la atmósfera política y emocional previa que permita comprender su magnitud, tanto como la detenida descripción de lo ocurrido en esos largos días resulta un intento de hacer revivir en las y los lectores el efecto de suspensión de la normalidad provocado por el rito fúnebre en sus distintas aristas, en sus múltiples localizaciones, en aquello que venía previsto en el protocolo y lo que se salió del marco, incluso mostrando los golpes de timón del gobierno ante un evento que aunque anticipado, no resultó tan sencillo de encauzar. Sin reproducir imágenes de prensa ni de fotogramas, reservadas para el siguiente, el texto del capítulo titulado "Y Eva se murió" transcribe fragmentos de las múltiples convocatorias y crónicas publicadas en la prensa de la Capital y de otras ciudades argentinas, decretos y resoluciones oficiales, cables de agencias y textos de periódicos extranjeros, elogios fúnebres y entrevistas realizadas a asistentes al funeral, con una profusión de detalle que logra recrear climas con verosimilitud, y dar la sensación a quien lee de estar allí.

Hacia el final del libro, la atención a la oposición antiperonista gana más espacio: primero, en la revelación de su presencia implícita en las cartas de pésame al presidente (los aludidos por los remitentes al afirmar el "dolor nuestro"); y luego, de manera explícita, en el análisis de la discursividad opositora en la prensa y en ensayos divulgados desde el extranjero, en el último capítulo. Con él, la narración de *Una pérdida eterna…* acelera su ritmo. Entre otras perlas que atesora el libro, destaco el apartado "Resentimiento y multitud", donde la autora muestra en los argumentos antiperonistas la transferencia de los rasgos patológicos e histéricos que se le imputaban a Eva Perón, a los partidarios del gobierno. Allí queda por lo demás demostrado que la dimensión emocional, la carga afectiva en la que arraigaron las identidades de aquellas décadas centrales del siglo XX en Argentina, fueron preponderantes a uno y otro lado de la divisoria política, y fundamentales también, como concluye Gayol, en el pasaje a la acción.

Laura Ehrlich
Universidad Nacional
de Quilmes

David Viñas,
Trastornos en la sobremesa literaria. Textos críticos dispersos, selección y prólogo de Marcos Zagrandi,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2023, 320 páginas.

David Viñas,
Literatura argentina y política (2 vols.), edición crítico-genética, estudio preliminar y notas de Juan Pablo Canala,
Villa María, EDUVIM, 2023, 1140 páginas.

¿Qué hacer con Viñas? ¿Cómo volver a leerlo, a trece años de su muerte, es decir, de sus tonos vibrantes, de sus indagaciones insistentes? Y sobre todo: ¿cómo y por qué volver a sus trabajos, cuando es evidente que, sin perder su intensidad ni amenguar la incomodidad que nos suscitan, las grandes líneas de sus hipótesis culturales y políticas, ciertas operaciones retóricas precisas del fraseo de su pensamiento y muchos de sus hallazgos de lectura son, ya, inescindibles de los objetos que interrogaban?

Creo que la única respuesta posible es que no se puede volver a Viñas sin reeditarlo. Dos títulos, que comenzaron a circular casi al mismo tiempo, pero articulados bajo perspectivas muy diferentes, divergentes en sus intereses, metodologías y en las prácticas lectoras a las que invitan, ratifican la oportunidad de ese regreso. No son, en rigor, libros *de* Viñas. El primero, *Trastornos en la sobremesa literaria*, reúne notas y artículos "dispersos" (el adjetivo está en el subtítulo del volumen y se reitera como clave interpretativa), que "no fueron concebidos para componer un libro" (p. 11), explica en su introducción Marcos Zagrandi, responsable de la organización del tomo y de la selección de los textos que lo componen. El segundo, al cuidado de Juan Pablo Canala, es una "edición crítico-genética" integral de la obra clave que Viñas reescribió y reversionó muchas veces a lo largo de su trayectoria intelectual: *Literatura argentina y política*. Decir esto, que es decir muy poco, alcanza para advertir que ambos materializan, bajo la forma del objeto libro, intervenciones crítico-teóricas desde el pensamiento y la imaginación en torno a los archivos y a propósito del archivo como problema. Como si ahora que Viñas mismo se ha vuelto archivo –es decir, ahora que comienza a ser leído no solo como un autor, como una obra o en su perfil intelectual, sino a partir de la recuperación de un conjunto de documentación dispersa y fragmentaria–, su lectura solicitara más que nunca una mirada a la vez atenta a la materialidad, a la circulación y a los detalles de un discurso crítico contundente, de una prosodia inseparable del recuerdo de su voz tonante y, al mismo tiempo, capaz de advertir los hiatos, los bordes rasgados y los solapamientos que exigen una serie de montajes y recontextualizaciones de las piezas "originales" para reabrir sus sentidos a preguntas formuladas en tiempo presente.[1]

Trastornos de sobremesa presenta cincuenta y una piezas firmadas por Viñas, con su nombre o con seudónimo, para diferentes medios de prensa, precedidas por una cuidada introducción del compilador. Zagrandi caracteriza el conjunto como un "enjambre […] que rodea al aparato crítico, a la vez que un espacio de ensayo y ampliación" (p. 12) de las hipótesis clásicas de su autor. La metáfora atrapa con acierto lo abigarrado y confuso

[1] El Fondo David Viñas, custodiado en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno, comenzó a constituirse con la compra de sus papeles en 2009 y, si bien se abrió a consulta en septiembre de 2011, recibió más tarde donaciones parciales de otros acervos. Sus "papeles personales" fueron recibidos por CeDInCI / UNSAM en 2022. A esta documentación debe añadirse la que se conserva en archivos privados, algunos de los cuales han comenzado a ser indagados ya. Véase: Juan Pablo Canala, "David Viñas profesor: entre el ensayo, la teoría y el archivo", *Artifara*, vol. 24, n° 1, 2024.

de cada uno de esos textos cuyo estilo, temas y marcas léxicas distintivas tienen una lógica propia pero en sintonía con la "integralidad" (p. 11) de una obra que, al mismo tiempo, los desplazaría más allá de sus bordes.

Al pie de cada pieza se indica la fecha de su publicación y su fuente. Esto permite verificar que, aunque las fechas extremas de las notas reunidas trazan un arco efectivamente amplio (el primer texto es de 1974 y el último de 2008), más de la mitad se publicó entre 1985 y 1990. Esto es: en los años en que Viñas, que había sido y sería después docente en diferentes ámbitos, preparó junto a un equipo docente los cursos que dictó al frente de Literatura Argentina I en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (entre 1986 y 1992). Como puede verificarse confrontando ese conjunto con los programas de la materia dictados (algunos de ellos incluidos en el volumen curado por Canala), las marcas de esos diálogos propios del trabajo de cátedra de una universidad pública permean las recurrencias temáticas de esa "zona de calor" que, al mismo tiempo, da un panorama bastante preciso de la presencia de la palabra de Viñas en suplementos culturales de medios masivos (*Nuevo Sur, Página/12, Clarín*) durante ese período. En esos artículos, personajes, cuestiones o textos que Viñas ya había abordado en sus libros se presentan reclamados, por diversos motivos, por el presente más coyuntural (una efeméride, un detalle de la política local, la necesidad de la "colaboración" como trabajo). De ahí, quizá, que la tensión entre la escritura rápida y la voluntad de llegar a un público amplio den paso, más de una vez, a una escritura que parece tomada por una pulsión animal, que la hace impredecible y desbocada, opaca y tercamente reiterativa en su opacidad hasta lo ilegible, en ciertas zonas. La impresión se acentúa notablemente en los textos más tardíos de la compilación, que exceden lo que Zagrandi apunta como rasgos de una "crítica barroca" (p. 14). Esta noción, que el crítico despliega en un inteligente catálogo de recursos microtextuales, es la hipótesis que da unidad al tomo, en el que cada texto testimonia los modos en que Viñas buscaba "maniobrar en el interior de [la] densidad" (p. 16) de la lengua y produce una escritura cuyo oscurecimiento tiene una "dimensión política" (*ibid*.).

Trastornos está estructurado en tres secciones. "Transversales" agrupa textos en los que Zagrandi se propone mostrar cómo Viñas despliega su método de lectura: el hallazgo de "cruces reveladores" que "dan cuenta menos de la detección de reiteraciones en diferentes escenarios que de la necesidad de leer la cultura en distintos niveles de articulación" (p. 18) bajo una lógica que descubre la unidad en lo fenomenológico disperso, las correspondencias entre niveles de análisis heterogéneos y entre lo que los textos dicen y lo que sugieren o eluden. "Enfoques" se divide en dos series. La primera se ocupa de seis escritores argentinos sobre los que Viñas ha escrito reiteradamente: Sarmiento, Mansilla, Lugones, Arlt, Borges y Walsh. La segunda reúne cinco textos sobre problemas latinoamericanos. La última sección, "Anatomías", ofrece un sesgo metarreflexivo, ya que Zagrandi agrupa allí "textos en los que Viñas reflexiona sobre la figura del intelectual y sobre algunos modelos en torno a los cuales piensa en su propia trayectoria como escritor y como crítico" (p. 19). Frente al "enjambre", Zagrandi ofrece la "confección" (p. 21) del libro como metáfora que da forma a su lectura crítica: su apuesta central, nada menor, se vuelve concreta en el desafío del armado de ese índice, que busca dar legibilidad al conjunto sin resignar la poética propia de la "crítica barroca".

La edición crítico-genética de *Literatura argentina y política* también hace del armado del índice una apuesta crítica insoslayable, que Canala frasea como el asedio de "la existencia de un libro bajo el influjo mutable de su forma" (v. I, p. 12). El cotejo de las versiones que organiza la obra, fruto de la pesquisa de archivo y de su análisis, convoca tanto los protocolos de la crítica genética como de la sociología de la literatura, la historia cultural y política, la teoría y la crítica literarias, que traman un objeto del que Canala parte como "hipótesis de trabajo" (v. I, p. 111). El texto que va a leerse será, en todo caso, la detención, bajo caracteres impresos, de una serie de capas textuales superpuestas. Cada una de ellas, cada estado del texto, corresponde a una de las diferentes versiones de las hipótesis culturales y políticas que Viñas exploró y puso a circular en distintos soportes y formatos, a lo largo de más

medio siglo de trabajo intelectual, de *Contorno* a los proyectos en que venía trabajando al momento de su muerte. La ambiciosa puesta en conjunto de *Literatura argentina y política* bajo una mirada crítico-genética, por eso, ofrece a la vez un valioso conjunto documental, despliega una serie de hipótesis sobre su puesta en diálogo y encuentra un estilo para uno de los textos cuyo impacto en la forma de la literatura argentina del siglo XX tal como la entendemos es difícil exagerar.

Además de las distintas versiones éditas y –en mucha menor medida– manuscritas, los dos tomos al cuidado de Canala incluyen algunos capítulos de otras obras, artículos publicados en medios periodísticos, prólogos, algunos de los programas dictados por Viñas en los cursos que impartió en las universidades nacionales de Rosario y Buenos Aires y, por último, tres utilísimos y vertiginosos índices (onomástico, de obras citadas y el maravilloso índice de conceptos de la obra), que hacen vibrar el cuerpo de texto bajo la dirección del sustancioso estudio preliminar. En ese estudio, Canala comienza por describir pormenorizadamente los materiales con los que trabajará y dispone los rudimentos de la disciplina que organiza su libro. Quien lee, así, se ve desafiado por una lectura que solicita seguir la lógica de la argumentación de Viñas en la dirección convencional de un escrito occidental (de izquierda a derecha) y, a la vez, en el diálogo vertical que supone la confrontación del cuerpo de texto con las distintas versiones anotadas. El resultado es una experiencia de lectura ardua y placentera, que superpone el espesor informativo del registro genético con hallazgos del orden de lo poético, que vuelve motivado en cada detalle: el hallazgo en la variante de un adjetivo, la omisión de una referencia bibliográfica, la irrupción de una referencia al presente de su publicación.

A continuación, el editor demuestra la productividad de ese trabajo analítico al menos en tres dimensiones. La primera le permite trazar la historia de un libro, de sus transformaciones y de las resistencias de su andamiaje ideológico y retórico. La segunda diseña un completo perfil de la trayectoria biográfico-intelectual de Viñas, que integra notable y productivamente los diferentes andariveles y ocasiones de su escritura con los diversos mundos de la sociabilidad intelectual: las revistas, las aulas universitarias, las editoriales, los bares, el mundo del trabajo y el de la militancia. En un relato que se lee con interés novelesco por su atractivo y también por el rigor de su trama, Canala sigue a Viñas y vuelve a su obra a través de las ráfagas de la historia argentina y latinoamericana: los exilios, las persecuciones, las redes de sociabilidad institucionales e informales, los itinerarios cuyo rastro por momentos se pierde, tal como se desarman y rearman las bibliotecas al ritmo de los libros que se encuentran e intercambian, se compran, se pierden, se venden. Se ocupa también de los libros que Viñas promete a sus editores pero no escribe, proyectos en suspensión o efectivamente truncos, cuyo impulso de indagación, sin embargo, la edición genética permite rastrear en los efectivamente publicados. La tercera de esas dimensiones, por último, se detiene en la forma en que las distintas versiones de la obra de Viñas ensayan respuestas a los presentes en que fueron enunciadas, a partir de una noción de lo literario como una partitura continua que cifra el funcionamiento de la cultura y la sociedad argentinas, en la que es posible leer, de manera privilegiada, los imaginarios que las atraviesan y que actúan efectivamente en sus sucesivos estados históricos.

Literatura argentina y política muestra, así, no un cúmulo de textos, autores o movimientos estéticos, sino una cultura en la que los escritores, incluso algunos de los que la historia literaria había relegado como personajes secundarios o de tercera o cuarta línea, son exponentes sensibles de una retórica o de una "dramática" –como la nombra, a veces, Viñas– que solo la acumulación de estratos de las distintas versiones de su texto permite descubrir y precisar. Puede tratarse de tipos únicos, como Payró, entendido como "el modelo de escritor-social demócrata argentino" (v. I, p. 474) o de protagonistas efímeros de una escena que solo Viñas logra develar: el padre Castellani brilla por un instante, por ejemplo, postulado como creador de un "barroco popular" que permite reconectar la escritura de Borges con la de Marechal (v. II, p. 466). En ese laberinto de escritores, Canala pone finalmente el foco sobre el propio Viñas, exponiendo cómo

sus ficciones dialogan con su trabajo crítico aunque subordinadas a él, alimentándolo. En efecto: los instrumentos descriptivos y los conceptos que sostienen las hipótesis de Viñas surgen siempre de una experimentación y de un forzamiento del léxico y de la sintaxis cotidianas, y se expanden y complejizan, como puede advertirse, ensayando tonos y perspectivas enunciativas, configurando escenas, estableciendo tipologías y motivos recurrentes.

Algunas de las evidencias más atractivas de esos solapamientos discursivos se advierten al recorrer la totalidad de *Literatura argentina y política*: en la sorpresa que suscita la retórica extrema que sostiene *De Sarmiento a Cortázar* (1971, 1974), evidente en su lectura en correlación con otros títulos; en los avances y repliegues sobre la figura de Rodolfo Walsh –que Viñas va construyendo, sin temor a la paradoja, como un verdadero personaje ficcional e interlocutor en ausencia–; y en la creciente complejidad con que lee a Mansilla –cuyo personaje público, marcado por la exhibición de su clase social, Viñas va logrando desplazar hacia una lectura atenta a descubrir la potencia de la que es, probablemente, la literatura argentina más deslumbrante del siglo XIX–.

Viñas nos enseñó que cortar la palabra a otro, resituar su contexto, es un método crítico agudo para evidenciar la ideología que suavizan las formas. Así lo hace al estampar sus epígrafes, así cambia los tonos y los énfasis de una frase intercalando paréntesis, así transforma los remates de sus párrafos en réplicas abiertas a los lectores, de un texto a otro. En su trabajo minucioso y sutil, Canala logra cortarle la palabra a Viñas con palabras de Viñas. Esa es la gran apuesta crítica de su edición genética, el mejor modo de volver a hacerlo hablar.

Claudia Roman
CONICET / Universidad de Buenos Aires

Mariano Zarowsky,
Allende en la Argentina. Intelectuales, prensa y edición entre lo local y lo global (1970-1976),
Buenos Aires, Tren en Movimiento, 2023, 238 páginas.

Allende en la Argentina, de Mariano Zarowsky, parte de una pregunta tan significativa como poco abordada: ¿Cuál fue el impacto de la Unidad Popular chilena, una experiencia política de resonancias globales, en la vecina Argentina? Para explorar ese interrogante, este libro estudia las distintas intervenciones elaboradas desde el campo intelectual argentino sobre la experiencia revolucionaria chilena, sus vínculos e interpretaciones, y también sus usos para analizar e intervenir en la propia realidad argentina del momento. En ese sentido, desde el campo de la historia intelectual más que de la propiamente diplomática, Zarowsky sigue aquí la senda abierta por Tanya Harmer en su estudio señero sobre la dimensión internacional de la Unidad Popular, en el que destaca aquello que denomina "guerra fría interamericana".[1] Desde esa perspectiva, una comprensión acabada del proceso chileno no puede centrarse solo en las iniciativas de Washington por desestabilizar al gobierno de Allende, sino que debe incorporar la acción de agentes regionales de primera importancia, como Cuba o Brasil, en una época de rápidos cambios de régimen y de estrategias de política exterior a nivel regional. Mariano Zarowsky aquí añade algo importante y que había sido dejado de lado: el caso argentino, el vecino con el que Chile comparte una de las fronteras más largas del mundo, y con el cual tiene una larga historia de intercambios, influencias recíprocas y diálogo político-intelectual. Solo por la elección temática, entonces, este libro es bienvenido, ya que viene a llenar un vacío ahora difícil de comprender.

Con todo, esta obra no solo agrega nueva información, sino que lo hace desde un enfoque y marco interpretativo original y fructífero que aporta a distintos campos de conocimiento: a saber, el estudio de los medios de comunicación, las iniciativas editoriales y la práctica intelectual en lo que Zarowsky denomina la "modulación" de la causa global chilena en tierras argentinas. El tema es importante al menos por dos razones. Primero, porque ubica como protagonistas a quienes no siempre lo han sido en estos asuntos. En los estudios existentes sobre la proyección global de la experiencia política chilena, el énfasis ha estado más en figuras emblemáticas: exiliados de renombre, víctimas conocidas en todo el mundo, líderes políticos y activistas de organizaciones de alcance mundial, actuando desde redes de distintas matrices: eclesiásticas, sindicales, socialdemócratas occidentales, filosoviéticas, estudiantiles, académicas, de derechos humanos, entre tantas otras. Todo eso puede entenderse, ya que en esos espacios se vocalizó y polemizó sobre la causa chilena. Sin embargo, ahora queda claro que la prensa escrita, las iniciativas editoriales y los intelectuales interesados en Chile tienen –o deben tener– un lugar en la mesa. Fue allí donde se discutieron con vehemencia las "lecciones" de Chile, con conclusiones tan diversas como las lecturas de sus propias realidades y necesidades locales.

En segundo lugar, el enfoque del autor permite estudiar en detalle una cuestión que por lo general se pasa por alto: el proceso de "construcción" de la causa chilena, su elaboración transnacional como una experiencia emblemática de los años 1970, y la creación y disputa de los significados que asumió en otras latitudes. En efecto, ni la experiencia chilena ni ninguna otra que asume ese curioso estatuto de causa global lo hace naturalmente. Obedece a lecturas cruzadas y a ratos antagónicas que son construidas en colaboración o conflicto. Zarowsky estudia en detalle ese proceso desde distintas

[1] Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011.

dimensiones del campo cultural argentino: magazines, periódicos, revistas y libros. Por allí circularon periodistas, políticos, editores e intelectuales (o todos a la vez), que construyeron el caso chileno y lo presentaron a la luz de las disyuntivas de la Argentina de la época: el agotamiento de su propia experiencia autoritaria, la vuelta del peronismo y del propio Perón mientras en Chile la Unidad Popular vivía sus últimos momentos; la muerte de Perón y la degradación del conflicto político argentino hasta el golpe de 1976, y el inicio de la última dictadura militar.

En ese contexto, en el campo cultural argentino Chile podía decir muchas cosas: podía mediar en el conflicto entre Perón y el ala izquierdista del peronismo, o podía ayudar a horadar la desconfianza en la democracia "burguesa". Podía reavivar el viejo debate sobre las vías para llegar al socialismo y podía también poner en cuestión los significados de ese horizonte utópico. Para ello, el ojo experto de Zarowsky releva las formas específicas de esa "modulación" de la causa chilena: la materialidad de las publicaciones, las redes y conflictos de sus equipos editoriales, los cambios, innovaciones y paratextos que acompañan la creación cultural e intelectual argentina, las imágenes e intervenciones gráficas que acercaban al lector tanto al caso chileno como a su eventual aplicación práctica a los dilemas de la Argentina de entonces. Allí también se desplegaron distintas estrategias, y el autor las analiza con atención: el "enviado especial" a Santiago escribiendo en primera persona, el editor informado con un ojo a cada lado de la cordillera, los intelectuales que movilizan redes transnacionales, entre tantos otros.

El estudio del campo político-cultural argentino y de las estrategias de construcción e internalización de la experiencia chilena revelan además dinámicas interesantes de recepciones, adaptaciones y préstamos de imágenes e ideas a través de fronteras nacionales. El autor, en ese sentido, destaca al menos tres fenómenos simultáneos al respecto: la internalización del problema chileno y su traducción a los debates argentinos del momento; el rol de mediación cultural de actores argentinos en la proyección global de la experiencia chilena, y el impacto que esas operaciones tenían de vuelta en Chile en las candentes discusiones que la izquierda estaba llevando a cabo sobre la marcha para iluminar un camino incierto y cada vez más estrecho. Así, si para Jacobo Timerman y *La Opinión* el desenlace de la tragedia chilena reforzaba las tesis de unidad en torno a Perón y de crítica a los extremos reaccionario y revolucionario, las políticas editoriales de Siglo XXI y otras editoriales moldearon la recepción global de la literatura sobre Chile, como lo demuestra el caso de la edición y difusión del célebre *Conversación con Allende*, del entonces revolucionario francés Régis Debray. A su vez, los recortes, paratextos y otras innovaciones editoriales realizadas en Argentina de textos chilenos tuvieron también impacto "de vuelta" en Chile, interviniendo en las duras disputas políticas, ideológicas y culturales del momento, como fue el caso del prólogo de Héctor Schmucler al también célebre *Cómo leer al Pato Donald*, de Armand Mattelart y Ariel Dorfman.

El texto tiene varias virtudes. Por un lado, la edición es atractiva y bien cuidada. Al final se incluyen un conjunto de imágenes de portadas de publicaciones argentinas sobre Chile, con lo que el autor puede apreciar las intervenciones estéticas y las formas gráficas de internalización local (y proyección global) de la causa chilena. La arquitectura del texto es también efectiva. Zarowsky evita un relato meramente cronológico, privilegiando una división temática según formas de intervención intelectual y cultural. El primer capítulo está dedicado a semanarios de actualidad y su cobertura de la Unidad Popular, mientras que en el segundo y el tercero ajusta el lente a un caso particular: *La Opinión*, de Jacobo Timerman, antes y después del golpe chileno de 1973, respectivamente. El capítulo 4 se dedica al análisis de revistas culturales, y el 5 al de intelectuales de ciencias sociales y su producción escrita. El capítulo 6 se centra en la publicación de libros y el 7, el último, nuevamente reduce la escala de análisis para centrarse en la experiencia concreta (y significativa) de la editorial Siglo XXI. Las virtudes de la edición del texto y el juego de lentes y escalas que presenta el análisis logran su propósito: probar la importancia de la experiencia chilena en el campo cultural

argentino en sus múltiples dimensiones y expresiones.

Por otro lado, *Allende en la Argentina* interviene y aporta en al menos dos campos historiográficos. El primero, el más evidente para el lector argentino, es el de la historia intelectual y, en particular, el de las conexiones, préstamos, reinterpretaciones y "modulaciones" realizadas a escala nacional de experiencias foráneas en la industria editorial. Aquí Zarowsky hace un aporte importante que remarca en las conclusiones: hasta este libro existía un ruidoso silencio en la historiografía sobre el campo cultural argentino de la recepción de la experiencia chilena, a pesar de la inmensidad de casos, publicaciones e intelectuales que intervinieron en esos debates y que este libro rescata. La razón de este silencio, según Zarowsky, radicaría en el carácter incómodo de la Unidad Popular en el momento de las renovaciones ideológicas y giros liberales de los intelectuales izquierdistas argentinos de los años 1980.

Pero el libro de Zarowsky también aporta a un campo aún en construcción: el de la historia global de la revolución (y la contrarrevolución) chilena.[2] En esos estudios se ha solido omitir la dimensión propiamente latinoamericana del asunto dado el aparente protagonismo anglo-europeo en las iniciativas de solidaridad primero con la Unidad Popular y después con los perseguidos por la dictadura militar. Sin embargo, el asunto, como demuestra este libro, es más complejo. El caso argentino no es solamente importante en sí mismo, como un caso de estudio más, sino que también en tanto nodo de producción editorial e intelectual que se proyectó hacia otras fronteras. Las triangulaciones editoriales entre México, Italia y otros países a partir de ediciones argentinas sobre Chile tratadas en el capítulo 7 así lo demuestran. Todo ello prueba a su vez que la causa chilena no fue importante solamente para aquellos países y sistemas políticos que podían "leer" con más facilidad la política chilena al compartir las mismas coordenadas y clivajes –izquierda marxista, centro socialdemócrata y socialcristiano, y derecha conservadora y nacionalista–, cuestión evidente en Europa occidental y otros lugares. Las diferencias entre las culturas políticas chilena y argentina, parece decir este libro, fueron subsanadas por la cercanía geográfica y, sobre todo, por iniciativas concretas de corte editorial e intelectual –la "modulación", nuevamente– llevadas a cabo en Argentina a propósito del caso chileno.

En suma, estamos en presencia de un muy buen trabajo de investigación historiográfica que interviene de forma original en campos historiográficos no siempre bien conectados. Mis reconocimientos a esta obra no solo por la pertinencia y profundidad analítica, sino que también por una escritura fluida y con sello propio. Un aporte significativo para la historia de los países a ambos lados de los Andes y sus no siempre fáciles vínculos e interrelaciones.

Marcelo Casals
Universidad Finis Terrae

[2] En cuanto a la Unidad Popular, el campo ya cuenta con algunos balances bibliográficos significativos, evidencia de su carácter dinámico y en expansión: Tanya Harmer, "Towards a Global History of the Unidad Popular", *Radical Americas*, vol. 6, nº 1, 2021; y Marco Morra, Eugenia Palieraki, y Rafael Pedemonte, "La Unidad Popular chilena (1970-1973): balance historiográfico y nuevas perspectivas trasnacionales", *Historia Crítica*, nº 90, 2023.

Daniela Slipak,
Discutir Montoneros desde adentro. Cómo se procesaron las críticas en una organización que exigía pasión y obediencia,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, 240 páginas.

Los años setenta y ochenta constituyen un período histórico en constante revisión y disputa en el Cono Sur, y en particular en la Argentina. Fruto de los nuevos contextos políticos contemporáneos, la historia se ha presentado como un campo de batalla en el que se ha intentado discutir, criticar y adjudicar responsabilidades por la agudización de la violencia política y los crímenes de las dictaduras militares. En el caso argentino, las reflexiones y críticas respecto de la violencia política desarrollada fundamentalmente en los setenta han ocupado un rol protagónico en la discusión pública, intensificándose o retrayéndose en ciertas coyunturas específicas. Al respecto, en la vasta literatura académica y no académica sobre el período, así como también en las reflexiones o polémicas situadas en distintos medios de comunicación, la imagen sobre los grupos armados revolucionarios de los setenta, más allá de sus especificidades, es presentada de forma bastante monolítica. Mayoritariamente se las concibe como organizaciones firmes, centralizadas y jerárquicas en el marco de una estricta disciplina militar, en las que no habría existido lugar en su interna para plantear discusiones y desacuerdos sobre el desarrollo de la estrategia y los diferentes caminos a seguir. Esto recién habría cambiado entrados los años ochenta con la revisión autocrítica de sus protagonistas, en su gran mayoría en el exilio, y enmarcado en un contexto de desestructuración de la matriz insurgente y la progresiva hegemonía de los ideales liberales-democráticos. Partiendo de esta constatación crítica respecto de estos sentidos dominantes sobre el pasado reciente, se inicia el libro de Daniela Slipak: *Discutir Montoneros desde adentro*.

Con la intención de desmontar las mencionadas ideas y concepciones hegemónicas, Slipak se propone restituir las discusiones que tuvieron lugar en el transcurso de la propia experiencia, permitiendo de esta manera "abrir la densidad intrínseca de la subjetividad revolucionaria armada" y así constatar que muchas de las influyentes revisiones retrospectivas que se pronunciaron desde la transición estuvieron enmarcadas en planteos formulados anteriormente, al calor del proceso. En este sentido, para analizar las discusiones suscitadas en el transcurso de la experiencia la autora aborda como objeto de estudio las cuatro disidencias colectivas que sufrió Montoneros a lo largo de su historia, ordenadas de manera cronológica: Montoneros Columna José Sabino Navarro (1972-1975), la Juventud Peronista Lealtad (1973-1974), el Peronismo Montonero Auténtico (1979-1980) y Montoneros 17 de Octubre (1980-1982).

Aunque presentando significativas diferencias en sus orígenes, estructura, alcance e inclusive en los contextos históricos específicos de la organización en los que surgieron, el análisis de estas disidencias colectivas permite trazar continuidades en sus planteos y discusiones que, además, suponen parte constitutiva de la subjetividad montonera: la legitimidad de la violencia y su ejercicio, la representatividad de la dirección nacional o qué se concebía efectivamente como el *peronismo*. De esta manera, Slipak propone analizar el modo en que los disidentes respondieron y disputaron dichas cuestiones de importancia central en la experiencia de los militantes montoneros. Además, la autora inscribe estas disputas en un lente mayor, de orden conceptual, que forma parte de los problemas propios del pensamiento político contemporáneo, como la articulación entre violencia y política, las distintas maneras de definir el conflicto, la disputa por la categoría de pueblo, o las nociones de tradición, identidad y

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1509

subjetividad en tanto instancias en permanente construcción.

Para entender de mejor manera cómo se originaron las disidencias analizadas y de qué forma se procesaron estas discusiones, Slipak indaga previamente en la matriz normativa de la subjetividad revolucionaria armada montonera. Para ello profundiza en la reglamentación de la vida interna de la organización, en tanto concibe que las normas delinearon las expectativas, obligaciones y prohibiciones de sus militantes, así como también reclamaron determinadas conductas que se enmarcaban en la imagen del militante heroico y sacrificial, propio de la nueva izquierda latinoamericana de los sesenta y setenta. En este sentido, además de los elementos puestos en discusión por las disidencias que, aunque matizados o de forma ambigua, presentaron una continuidad entre los diferentes grupos, el protagonismo de la norma y su influencia en la obturación de los espacios para plantear los desacuerdos forman parte de un hilo conductor que atraviesa los capítulos específicos dedicados a los grupos disidentes.

En los capítulos destinados al análisis de cada grupo, Slipak comprueba la existencia de una larga historia de críticas disidentes en la militancia montonera, que incluso se remontan al propio inicio de la experiencia, como es el caso de los *sabinos*, escindidos apenas dos años después de la primera aparición pública de Montoneros. La historización realizada por la autora muestra la continuidad existente a partir de puntos de discusión comunes que se suscitaron en contextos diferentes de la organización y de la política nacional. Mientras que los *sabinos* se escindieron en un momento de desarrollo incipiente de la organización y con Perón en el exilio, la Juventud Peronista Lealtad lo hizo en un contexto de crecimiento exponencial de militantes y en disputa con otros actores y espacios del movimiento peronista –e incluso con el propio Perón–, y por último, las escisiones del Peronismo Montonero Auténtico y Montoneros 17 de Octubre se realizaron con la dirección nacional y la mayoría de los militantes en el exilio, en los momentos de preparación y lanzamiento de la Contraofensiva. A pesar de las diferencias contextuales, en los cuatro grupos disidentes existieron ejes compartidos fundamentales de discusión y discordancia con la conducción de Montoneros, por ejemplo en torno a la legitimidad y la forma de ejercicio de la violencia, la concepción del peronismo y la vinculación con otros actores o espacios dentro del movimiento, o la interpretación de la norma y la reglamentación de la vida interna de la organización. En este sentido, la autora hila una trama que, sin tener un carácter lineal, se extiende a lo largo de toda la experiencia montonera.

Considero que la historización de las críticas disidentes realizada por Slipak permite, aunque no únicamente, destacar tres aspectos principales del libro. En primer lugar, aporta una mirada que trasciende la historia oficial de Montoneros, construyendo un objeto de estudio particular que conforma y excede a su vez la historia de la organización. Pero a partir de la reconstrucción de las ambigüedades y contradicciones existentes en la disidencia, también cuestiona y complejiza la interpretación disidente, la cual ha simplificado y dicotomizado asuntos constitutivos de la subjetividad revolucionaria y de la experiencia armada setentista. Aquí radica el segundo aspecto a destacar, en tanto que la complejización de la interpretación disidente permite desentrañar parte de la subjetividad revolucionaria, mostrando que muchos de sus interrogantes y puntos de discusión reaccionaban a premisas revolucionarias frágiles, generando problemas de difícil o imposible resolución. Ejemplos de ello son las discusiones sobre la legitimidad o justeza de la violencia, su carácter popular o su desvío foquista, los sacrificios que debían realizarse para desplegarla, la apelación al *pueblo* para obtener su legitimidad, o quién podía decidir sobre todas estas cuestiones, entre otras.

Por último, el libro hace posible reformular el lugar y la importancia del exilio y la posterior recuperación democrática en las lecturas retrospectivas sobre las experiencias revolucionarias de los setenta. La trama reconstruida por Slipak permite ver que desde el exilio se discutió con "coordenadas" específicas que ya se encontraban presentes desde los inicios de la experiencia. Por ejemplo, la acusación de "militarismo", "foquismo", "vanguardismo", aislamiento de la cúpula y desconexión con el pueblo, todas ellas

formulaciones de importancia central en la crítica retrospectiva de exmilitantes o simpatizantes plasmadas en libros y revistas político-culturales, ya habían sido formuladas de manera literal en el transcurso de la experiencia revolucionaria por parte de los grupos disidentes. Ello cuestiona, de manera directa, el carácter *original* de la discusión que tradicionalmente se les otorga a las revisiones producidas desde el exilio y la transición democrática, en el contexto de la desestructuración del horizonte insurgente, es decir, con el "faro de la revolución ya apagado".

El libro de Slipak, si bien aborda un período frecuentemente revisitado, propone un análisis sobre un objeto de estudio original, habilitando la reflexión sobre otras organizaciones revolucionarias que se enmarcaron dentro de la nueva izquierda latinoamericana, y además polemiza con nociones y sentidos profundamente arraigados sobre nuestro pasado reciente.

Franco Morosoli Sevi
Universidad de la República

Otras voces, otros ámbitos

La sección "Otras voces, otros ámbitos" está dedicada a reseñas de libros en lenguas no habladas en las Américas y en Europa Occidental, es decir, en cualquier lengua de uso corriente en África y Asia, fuera del español, el inglés, el francés, el italiano o el alemán. Tiene un doble objetivo: por un lado, familiarizar a lectores/as de América Latina con debates de historia intelectual en árabe, ruso (para Asia central), chino, japonés u otras lenguas de los mundos académicos africanos y asiáticos; por el otro, sugerir libros para la traducción al español. Con este propósito, nuestra idea es contactar a especialistas de área o investigadores/as locales y solicitarles reseñas de libros que hayan tenido un cierto peso en los medios académicos e intelectuales de cada región. Dado que esos debates tienen sus propias temporalidades, y que los libros más nuevos no son necesariamente los más representativos, se reseñarán libros aparecidos en las últimas dos décadas.

Aunque los desarrollos más recientes en historia intelectual han subrayado la importancia de extender la escala de observación para analizar acontecimientos centrales de la historia moderna y contemporánea, gran parte de esta producción científica no ha logrado estar a la altura de su promesa de desprovincialización. Es cierto que esta producción logró desligar sus objetos de estudio de antiguos reflejos eurocéntricos, y que supo deshacerse de una retórica deductiva en la reconstrucción de los contextos, pero en muchos casos ha quedado prisionera de debates marcados por barreras lingüísticas. Esta sección busca contribuir entonces a reducir esta brecha entre diferentes espacios del debate académico y a acercar la historiografía latinoamericana a los desarrollos del campo en otras regiones del planeta. No se trata de reivindicar el "sur global", dado que el "norte" forma parte de la ecuación. Se trata simplemente de diseñar un mapa más preciso de la producción científica en el siglo XXI.

La sección es organizada por Pablo A. Blitstein (École des Hautes Études en Sciences Sociales).

Xu Jilin 许纪霖,
Jia guo tianxia: xiandai Zhongguo de geren, guojia yu shijie rentong 家国天下 : 现代中国的个人、 国家与世界认同 [Familia, Estado y tianxia: identidades individuales, nacionales y mundiales de la China moderna],
Shanghai, Shanghai renmin chubanshe, 2017.

En las últimas décadas, los acontecimientos políticos de China, y más aún desde que Xi Jinping llegó al poder, están atrayendo el interés de una amplia audiencia. El nacionalismo, exaltado por el Partido Comunista Chino, es un tema recurrente en la ciencia política y los estudios sobre las relaciones internacionales. Sin embargo, la construcción política de China como nación y las transformaciones de los regímenes morales y las estructuras intelectuales rara vez han sido objeto de enfoques sistemáticos durante estos últimos años. Aún más raras son las obras que optan por situar el lugar del individuo en el corazón de tal historia, pensando término por término en la evolución de sus representaciones y en las mutaciones de las instituciones políticas chinas a lo largo de la historia del Imperio y luego de la República.

Esta es precisamente la ambición de Xu Jilin (1957–) en su *Jia guo tianxia* (*Familia, Estado* y *tianxia*). Este libro puede considerarse como la obra maestra de este muy prolífico especialista en la historia intelectual de la China moderna y contemporánea, en particular para el período de transición entre la dinastía Qing y la República de China. Xu Jilin es también, como señaló Timothy Cheek, un intelectual público cuya fama e influencia van más allá de los círculos estrictamente académicos. Profesor de la Universidad Normal del Este de China (ECNU), Xu Jilin ha formado un grupo de destacados investigadores de la historia intelectual del período moderno, que ha contribuido notablemente al estudio de la historia de la esfera pública china. La obra de Xu se distribuye en varios medios, particularmente en plataformas digitales como *Aisixiang*.[1] Su objetivo es construir un "lenguaje común" que le permita dirigirse a todas las comunidades intelectuales y discursivas presentes en el debate público chino –una de las funciones que Xu asigna al intelectual público–.[2]

Jia guo tianxia es, precisamente, el fruto de esta concepción del historiador como intelectual público. Compuesta por tres partes principales ("De la antigua 'China' a la identidad nacional moderna"; "La construcción del Estado en la China moderna"; "La identidad individual, la local y la universal"), la obra se subdivide en quince capítulos, la mayoría de los cuales se componen de publicaciones anteriores. Ciertas cuestiones de esta síntesis se hacen eco de debates contemporáneos en los que la ideología juega a menudo un lugar importante, como la historia nacional y el valor axiológico del concepto de *tianxia* ("todo lo que existe bajo el Cielo"). El filósofo Zhao Tingyang o el historiador Ge Zhaoguang también han sido parte de estos debates.

El hilo conductor del libro se establece en el primer capítulo. El autor recurre al concepto de "gran desimbricación" desarrollado por el filósofo canadiense Charles Taylor para plantear la idea de una autonomización del individuo con respecto al *tianxia* o "todo lo que existe bajo el Cielo", un continuo moralmente fundamentado e históricamente estable entre el individuo, el clan (o familia) y el poder político. Xu considera el *tianxia* como la estructura política y moral dominante en la China imperial desde la dinastía Han. Las diversas formas adoptadas por el nacionalismo chino, desde su conceptualización a finales del siglo XIX hasta el gran momento político e intelectual del 4 de mayo de 1919, son abordadas a través del

[1] Véanse los artículos de Xu Jilin en *Aisixiang*. Disponibles en: http://www.aisixiang.com/thinktank/xujilin.html.
[2] Véase Timothy Cheek, "Xu Jilin and the Thought Work of China's Public Intellectuals", *The China Quarterly*, N°186, junio de 2006, pp. 401-420.

prisma de la liberación y la afirmación del individuo. Según el autor, los pensadores de esos años se han esforzado en establecer esta desimbricación en las nuevas instituciones políticas adoptadas desde la fundación de la República de China (1912). Esta desimbricación empieza al final de la dinastía Qing (1644-1911), un período particularmente turbulento en la historia china que vio, en el contexto más amplio de la penetración violenta de las potencias occidentales, el Imperio moribundo, la introducción y difusión de traducciones de muchas teorías políticas, científicas y filosóficas occidentales, sobre todo a través del Japón de la era Meiji. La efervescencia intelectual suscitada en los círculos letrados por la apropiación de herramientas teóricas modernas para pensar la política y el lugar del individuo conduce a la ruptura con el orden imperial del *tianxia*.

La disociación conceptual introducida a finales del siglo XIX entre el Estado y la dinastía gobernante rompe el "continuum familia-Estado-*tianxia*" e introduce una nueva categoría política –y ya no moral– situada por encima de la dinastía y por debajo de la totalidad simbolizada por el *tianxia*: la nación. Dado que ya no está moralmente obligado a situar su vida y su acción en la verticalidad político-moral de un universo contiguo con lo divino, el individuo adquiere una autonomía que le permite existir y actuar sin las categorías intermedias de familia y Estado. En otras palabras, ahora el individuo mantiene una relación directa con la nación, separada de la totalidad moral universal de la cual la dinastía imperial gobernante era la encarnación política. La modernidad de la nación, que ha sido objeto de teorizaciones diferentes y a veces antagónicas desde los primeros años del siglo XX, se manifiesta precisamente en la participación directa de los millones de conciencias singulares que la componen.

Sin embargo, Xu Jilin sostiene que este último imperativo precipita la teorización de una nueva forma de "incrustación" del individuo en categorías políticas modernas. El descubrimiento por parte de los intelectuales chinos de un mundo moderno formado por Estados-nación en competición –en el cual los ganadores ya no son los más virtuosos sino los más poderosos y tecnológicamente más avanzados– los lleva a teorizar los fundamentos de la adhesión de los individuos-ciudadanos al funcionamiento de la nación. Se establece entonces un nuevo vínculo, de carácter exclusivamente jurídico, que reemplaza las tradicionales relaciones morales del orden imperial. Este orden, según la fórmula del autor, se caracterizaba por "la ausencia, estrictamente hablando, de relaciones públicas" y por una "individualización y relativización generalizada". Liberado desde fines del Imperio de la opresión de las cadenas familiares, el individuo moderno, si pretende ver a su país sobrevivir en un mundo dominado por la búsqueda de "riqueza y poder", debe asumir este nuevo papel. Para ello, debe constituir, con sus "compatriotas" –término moderno– una nueva totalidad "orgánica", como formuló por primera vez Liang Qichao, tomando prestada la teoría del politólogo suizo Johann Kaspar Bluntschli. El papel de Liang, uno de los principales intelectuales modernos de China, es crucial en este desarrollo. Importante teórico del nacionalismo en los primeros años del siglo XX, Liang es uno de los pocos pensadores de la época que se esfuerzan por entender en toda su complejidad el nuevo lugar del individuo en la nación en formación.

Por lo tanto, en los últimos años del Imperio, el "Estado" pesa tanto como el individuo-ciudadano en los escritos de los intelectuales reformistas y revolucionarios. Este nuevo objeto político ocupa un capítulo entero de la obra. El autor plantea que, en las primeras décadas del siglo XX, los fundamentos de la legitimidad política son la riqueza y el poder de la nación, la libertad individual y la democracia. Sin embargo, subraya Xu Jilin, las tensiones entre estas orientaciones intelectuales, muchas de ellas devenidas irreconciliables, explica la ausencia de una "autoridad [política] sistemática estable". Esta incapacidad del campo intelectual y político chino para forjar una "cultura política común" (p. 285) explica los "permanentes levantamientos políticos" que convulsionaron al país entre 1911 y 1949.

A partir de los años 1915-1916 y del Movimiento de la Nueva Cultura, la publicación de la revista *Nueva Juventud* de Chen Duxiu, miembro fundador del Partido Comunista en 1921, supone un hito: se trata de un

nuevo esfuerzo conceptual para proponer una alternativa a la relación entre el individuo y política. Siempre preocupado por la evolución teórica y discursiva de lo individual y lo colectivo, Xu ve en este momento el surgimiento de un nuevo idealismo universalista.

Sustituyendo la antigua "todo lo que existe bajo el Cielo" por un humanismo universalista de dimensiones globales, los intelectuales del 4 de mayo (llamados así por la fecha, en 1919, de las protestas estudiantiles en la plaza Tiananmen que desencadenaron una gran movilización nacionalista) desarrollaron un nuevo método para incrustar al individuo en lo colectivo, el "pequeño yo" (*xiaowo*) en el "gran yo" (*dawo*), este último formado por los individuos que comparten los mismos valores y aspiraciones humanistas. La exploración de este nuevo idealismo del 4 de mayo, especialmente teorizado por Hu Shi, lleva al autor a cuestionar la naturaleza del ardiente nacionalismo de los intelectuales de la época. Superando los estrechos límites de la búsqueda del poder, este nacionalismo adquiere su valor en el puente que puede y debe tender hacia el ideal humanista compartido por todos los pueblos del mundo. Los años posteriores al 4 de mayo, marcados notablemente por la victoria de la revolución nacionalista del Partido Nacionalista (Kuomintang) en 1927, cerraron este paréntesis en el que el utopismo, el anarquismo y otras teorías políticas integradas por intelectuales progresistas intentaron sacar al individuo de la estrecha camisa de fuerza del Estado-nación tal como fue establecido por la revolución de 1911.

Uno de los mejores análisis es el que Xu Jilin les dedica a los primeros años de la República (1912-1915), sobre todo, en lo referido a las implicaciones filosóficas y políticas que logra encontrar en los debates constitucionales del nuevo régimen. Es, según él, el momento "weimariano" de China (1912-1925), que estudia a través de los debates sobre la imposible representación del "interés general" en el sistema republicano. Por su oscilación permanente –y, según señala, fatal– entre representatividad democrática y autoritarismo ejecutivo, estos debates contribuyeron a fomentar la creciente aversión hacia los partidos políticos envueltos en luchas incesantes y prepararon, de este modo, un terreno fértil para la confiscación del poder por parte de un partido autoritario como el Partido Nacionalista. Esta es, sin dudas, una de sus claves de lectura de la modernidad china, en la cual las aventuras y proyectos liberales se encuentran, durante el largo siglo xx, sistemáticamente confiscados por los poderes políticos sucesivos.

Esta poderosa y ambiciosa genealogía intelectual del sujeto político chino moderno ofrece al lector, especialista o no, una síntesis que le proporciona valiosas herramientas para comprender la historia política de la China moderna y contemporánea. *Jia guo tianxia* logra un equilibrio entre la intervención del intelectual público, dirigido a una audiencia amplia, y la del investigador, cuyos análisis están reservados a una audiencia académica restringida. Es verdad que el lenguaje siempre sencillo y directo de Xu, cuyas demostraciones alcanzan a menudo altos grados de abstracción, suele caer en simplificaciones: ocurre, por ejemplo, con la negación implícita de las divergencias conceptuales dentro de un mismo movimiento, como el del 4 de mayo, o incluso en la escasa atención que presta a movimientos refractarios como el anarquismo o el socialismo. Pero se trata de operaciones comprensibles dada su ambición de sistema y la voluntad de coherencia que toma la intervención pública del autor.

Joachim Boittout
Universidad Nacional Normal de Taiwán

Traducido del francés por Pablo Blitstein.

Matsuda Koichiro 松田宏一郎,
Gisei no ronri jiyū no fuan – kindai Nihon seiji shisō-ron –『擬制の論理 自由の不安 – 近代日本政治思想論 –』[La lógica de la ficción Inquietud de la libertad – Teoría del pensamiento político japonés moderno],
Tokyo, Keiō Gijuku daigaku shuppankai, 2016.

En este siglo XXI de la Inteligencia Artificial generativa, de los vehículos autónomos y de las intervenciones técnicas y científicas en la mente y el cuerpo humanos, algunos conceptos clave de los sistemas políticos y jurídicos, tales como subjetividad, la responsabilidad, los derechos y libertades, suelen ser cuestionados como "ficciones". Sin embargo, esto no es exclusivo del actual siglo. Desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el siglo XX, a medida que las potencias occidentales se expandieron, varios conceptos políticos creados en el mundo occidental fluyeron hacia esferas no occidentales y contribuyeron a la creación de nuevas instituciones. Hoy, los países no occidentales están reconsiderando esos conceptos a partir de sus propias tradiciones intelectuales, y se ven obligados a revisar las diversas nociones tradicionales que han constituido su sociedad política.

Japón no es una excepción. En 1853, con la llegada de la flota estadounidense encabezada por el comandante en jefe de la Flota de las Indias Orientales de los Estados Unidos, Matthew Calbraith Perry, Japón consumó tratados comerciales con países occidentales y se incorporó al sistema internacional occidental. Como resultado de este acontecimiento, el sistema político Tokugawa, que había gobernado Japón durante más de 250 años desde principios del siglo XVII, colapsó en poco más de 14 años. Después de la Restauración Meiji, el nuevo gobierno, que se proponía construir una nueva nación, adoptó activamente la ciencia y los sistemas legales occidentales, y con la promulgación de una constitución introdujo un sistema parlamentario y se embarcó en el camino de la modernización bajo la forma de una monarquía constitucional.

El libro de Matsuda consiste en una historia intelectual de las ficciones que rodean a la nación y la sociedad en Japón desde el siglo XIX al XX, y se enfoca en conceptos como "Asia", "autonomía", "persona jurídica", "asociaciones", "contrato social" y "espíritu nacional". ¿Cómo utilizaron los portadores del pensamiento político japonés moderno y contemporáneo la "ficción" como técnica de pensamiento y cómo intentaron construir teóricamente sujetos que reivindicaban la libertad, la igualdad y la autonomía como derechos? ¿Qué discurso crítico enfrentaron?

Este libro es un resultado del más alto nivel de la investigación actual sobre la historia del pensamiento político japonés. El autor, Koichiro Matsuda, profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Rikkyo, es también autor de numerosos trabajos y domina idiomas occidentales como el inglés, el alemán y el francés. Su primer trabajo, *Del saber de Edo a la política de Meiji*, ganó el Premio Suntory de Artes y Ciencias. Ha publicado numerosos artículos en inglés, y actualmente es uno de los investigadores de la historia del pensamiento político japonés más destacados del mundo.

El libro consta de nueve capítulos y dos ensayos suplementarios. Me gustaría considerar aquí los principales argumentos. A finales del siglo XIX, cuando comenzó el contacto a gran escala con los países occidentales, la formación de un Estado-nación se convirtió en una cuestión urgente para Japón. Sin embargo, los conceptos clave de "Estado" y "nación" tienen un carácter ficticio y un "Estado-nación" solo se establece cuando la gente acepta estas ficciones. Fukuzawa Yukichi (1835-1901) fue el primer pensador destacado del Japón de aquella época que comprendió la lógica de la ficción y la explicó de manera que el público general pudiera entenderla. Haciendo pleno uso tanto de ficciones racionales como "equilibro", "controversia", "contrato" y

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas28.1511

"autogobierno", como de ficciones emocionalmente evocadoras como "energía [social]", "fe", y "espíritu del pueblo", Fukuzawa planeaba civilizar el Japón en su proceso de transformación en un Estado-nación (capítulos 1, 2 y 7).

Cuando se estableció un nuevo gobierno mediante la Restauración Meiji en 1868, Fukuzawa Yukichi inicialmente buscó el fundamento de la legitimidad del gobierno y de los deberes políticos del pueblo en la ficción del consentimiento mutuo y de los contratos. El trasfondo de esto era, entre otros, la influencia de las obras del filósofo moral estadounidense Francis Wayland. Sin embargo, cuando estalló la Rebelión de Satsuma en 1877, el discurso de Fukuzawa cambió. En ese momento, Fukuzawa vio en el sistema de gabinete y de partidos políticos al estilo británico un sistema político capaz de aliviar los conflictos en la opinión pública. Además, basándose en las teorías políticas de Walter Bagehot y Montesquieu, Fukuzawa valoraba la familia imperial como un "dispositivo" ficticio para la unidad nacional, capaz de sintetizar y calmar el espíritu del pueblo. En ese marco, pensó que el gobierno constitucional podría basarse en las "costumbres de autogobierno" cultivadas bajo el sistema "feudal" del período Tokugawa.

En el trasfondo de este discurso había una lucha intelectual con el orientalismo occidental. Fukuzawa, que estaba familiarizado con las teorías liberales de la civilización como las de John Stuart Mill, Alexis de Tocqueville y François Guizot, aceptó la imagen de una "Asia atrasada" basada en el orientalismo occidental y, para romper con ella, buscó una vía de civilización propia para el Japón. Fukuzawa estableció entonces una comparación entre China y Japón en términos de una historia de la civilización. Según Fukuzawa, a diferencia de China, cuyo gobierno estaba unificado en la figura del emperador, Japón había vivido hasta mediados del siglo XIX bajo un gobierno dual entre la corte imperial y el gobierno shogunal y, además, había adoptado un sistema feudal en el que cada señor poseía su territorio. Este es para Fukuzawa el suelo en el que radica ese espíritu exclusivamente japonés de "libertad y autogobierno" respetuoso del pluralismo. Fukuzawa, que exploró el estudio político de la ficción, creía que un Estado-nación solo podría realizarse cuando la gente se pusiera de acuerdo en una historia ficticia común sobre las "costumbres únicas de autogobierno del Japón".

Por supuesto, Fukuzawa Yukichi no fue el único que se interesó en la ficcionalidad de conceptos políticos y jurídicos. En el Japón de finales del siglo XIX, cuando el antiguo sistema colapsó y se estableció el sistema estatal de Meiji, muchos estudiosos debatieron qué tipo de "símbolo de convivencia" debería llevar la nueva comunidad política. Junto con Fukuzawa Yukichi, uno de ellos fue Nakae Chōmin (1847-1901) (capítulo 9). Nakae Chōmin trabajó arduamente en la traducción del libro de Jean-Jacques Rousseau, *Du contrat social*, la ficción más importante en la historia del pensamiento político, y en 1882 lo publicó en chino. Según el análisis de Matsuda, entre Rousseau y Nakae había una diferencia importante respecto del tipo de cuestiones que les interesaban. En su teoría del contrato social, a Rousseau le preocupaba cómo los individuos dispersos en su naturaleza primordial, sin sociedad, podían llegar a un "acuerdo primordial". En la traducción de Nakae, en cambio, la discusión en torno de esta ficción radical falta por completo. A diferencia de Rousseau, Nakae decía que "los seres humanos se inclinan originalmente a desarrollar libremente su naturaleza moral en las interacciones sociales" y se arraigaba fuertemente en la visión confuciana de la humanidad. Nakae pensaba que las personas transformadas por la moralidad celebrarían "naturalmente" un contrato social. De esta manera, Nakae intentaba presentar un "Rousseau confucianizado" y evitaba el debate esencial sobre la ficción inherente al contrato social.

En oposición al discurso de Fukuzawa y Nakae, que buscaban establecer las bases de la sociedad política a través de la "libertad y autogobierno" y de los "contratos", un profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Imperial de Tokio, Hozumi Yatsuka (1860-1912), basándose en la ficción de que el Estado solo reposaba en las "órdenes del soberano", defendía el sistema imperial dilucidando los principios jurídicos de la Constitución del Imperio de Japón, fundamento de las prerrogativas imperiales (capítulo 3). Influenciado por el

positivismo jurídico de John Austin y el derecho público alemán de Paul Laband, Hozumi se basó en la teoría "Estado = órdenes del soberano" para sostener que "el emperador es el Estado". Según Hozumi, la Constitución son los "decretos del emperador" y las prerrogativas del emperador no están limitadas por la Constitución. Los "derechos de los súbditos" se establecieron con autoridad legal solo mediante un decreto del emperador. De esta manera, Hozumi analizaba el Estado desde una perspectiva puramente jurídico-teórica, posicionando al emperador como un dispositivo que aseguraba la unidad formal del derecho.

Sin embargo, este argumento no era necesariamente favorable al sistema imperial que Hozumi quería defender. Hozumi fue acusado por sus críticos de tratar a la nación como una ficción. Por esta razón, Hozumi argumentó que la "personalidad" del emperador era natural y que el Estado japonés era un "grupo de parentesco", frente a lo cual no tuvo más remedio que retirarse de la lógica de la ficción. A través de estas discusiones, se formó el mito del Imperio del Japón según el cual la vida comunitaria nacional existía "realmente" debido a la benevolencia del emperador.

El libro se extiende hasta el establecimiento del Japón moderno en la postguerra. En 1945, el Imperio de Japón, que había dado un gran poder al emperador, colapsó debido a la derrota en la Segunda Guerra Mundial. A través de la ocupación y el gobierno de las fuerzas aliadas, encabezadas por los Estados Unidos, se promulgó una nueva constitución que defendía el respeto a la soberanía popular y los derechos humanos fundamentales, y Japón comenzó a avanzar por el camino de la democratización. En este nuevo punto de partida, Maruyama Masao (1914-1996), un destacado politólogo del Japón de la segunda mitad del siglo XX, reevaluó la teoría de la ficción de Fukuzawa Yukichi e intentó combinarla con la teoría de la democracia (capítulo 6).

Maruyama Masao intentó reinterpretar las ideas de Fukuzawa Yukichi basándose en las tesis de Max Weber, Georg Simmel, Hans Kelsen y otros. Según Maruyama, la excelencia de Fukuzawa radica en sus esfuerzos por cambiar constantemente las perspectivas de manera fluida, de modo pluralista, y en evitar una fijación unidimensional del espíritu nacional. Lo que le llama una vez más la atención es la filosofía de la ficción, el "como si" (*als ob*) de la estrategia política de Fukuzawa. Maruyama argumentó, siguiendo la pista de Fukuzawa, que la "lógica del humanismo" se establece en el respeto a la dignidad de los seres humanos, "como si todos los seres humanos fueran iguales", sin basarse en la creencia en Dios o en la naturaleza. A partir de esta lógica humanista, se construye una ficción del individuo como sujeto libre de derechos que existe con anterioridad al derecho positivo del Estado. Un Estado democrático es una sociedad política que utiliza como punto de partida la ficción del individuo en tanto sujeto libre de derechos, y que concibe un sistema legal que no depende de Dios ni de la naturaleza. En otras palabras, la democracia no puede existir sin la lógica de la ficción. Como resultado, en lugar de la "realidad" del antiguo Imperio japonés, Maruyama Masao propuso apostar por una "ficción de la democracia" basada en el humanismo y los derechos individuales. De esta manera, se abrió el camino hacia la democracia en el Japón posterior a la Segunda Guerra Mundial.

En su descripción del desarrollo de la política nacional japonesa moderna desde mediados del siglo XIX hasta la segunda mitad del siglo XX, el libro del profesor Matsuda muestra cómo pensadores japoneses modernos como Fukuzawa y Maruyama creían que, para hacer frente a los desafíos que enfrentan los países no occidentales y hacer realidad la libertad y la democracia, era necesario familiarizarse con la lógica de la ficción. En este sentido, la relevancia del libro va más allá de la japonología: es una obra monumental de la historia del pensamiento político.

Ōkubo Takeharu
Universidad de Keiō

Traducido del japonés
por Pablo Blitstein.

Fichas

Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 28 / 2024

La sección Fichas
se propone relevar del modo
más exhaustivo posible la
producción bibliográfica en el
campo de la historia intelectual.
Guía de novedades editoriales
del último año, se intentará abrir
crecientemente a la producción
editorial de los diversos países
latinoamericanos, por lo general
de tan difícil acceso. Así,
esta sección se suma como
complemento y, al mismo
tiempo, como base de
alimentación de la sección
Reseñas, ya que de las fichas
sale una parte de los libros a ser
reseñados en los próximos
números.

Lucien Febvre,
Histoire et sciences. Recueil inédit, edición establecida y presentada por Éric Brian, París, Éditions de l'EHESS, 2023, 200 páginas.

Desde los años 1990, bajo la regencia de la historia cultural, las obras de o sobre Lucien Febvre han tenido gran presencia en el mercado editorial. Su bibliografía completa realizada por Bertand Müller (1990), quien además ha publicado los mejores estudios sobre su obra y su correspondencia con Bloch en tres grandes volúmenes (1994-2004). Luego, sus cartas con Henri Pirenne (1991), Henri Berr (1997) y Fernand Braudel (2019), ediciones críticas de sus seminarios sobre Michelet (1992 y 2014), una edición establecida de *Combats pour l'histoire* y *Pour une histoire à part entière* titulada *Vivre l'histoire* (2011), los manuscritos de una obra de 1950, el manual de historia de la civilización francesa *Nous sommes des sang-mêlés* escrito con François Crouzet (2012) y, finalmente, en 2019, Presses universitaires de Rennes publicó una obra colectiva, *Lucien Febvre face à l'Histoire*, que recupera su derrotero intelectual a partir de archivos inéditos. Precisamente, bajo este *continuum* editorial aparece ahora *Histoire et sciences*, una recopilación inédita de piezas ya publicadas (salvo una de ellas) entre 1934 y 1955 que reconquista el interés que Febvre siempre había demostrado por las ciencias físicas y sus relaciones con la historia. Éric Brian, editor de la obra, nos presenta catorce textos, varios estudios preliminares y un postfacio que contextualiza el conjunto. Los tres primeros corresponden a su rol como director de la célebre *Encyclopédie française*: un alegato del proyecto que luego se incluyó en el primer volumen de la obra, un texto de difusión pública aparecido en el periódico anticlerical *L'Œuvre* y el *Advertissement au lecteur* cual clave para orientarse en la obra. El cuarto texto es inédito y uno de los más interesantes: en dieciséis páginas mecanografiadas, Febvre instruye a los colaboradores sobre la estructura precisa que deben alcanzar sus textos. Los dos siguientes son intervenciones de Febvre en la obra a propósito del "legado del pasado" respecto del Renacimiento y la historia del Estado. Le siguen sus prólogos a las diferentes ediciones de la *Encyclopédie*, un ensayo contra los usos de la demografía y la raciología en el discurso político, otros dos con un análisis epistemológico sobre el lenguaje y "la vida mental", uno sobre los peligros que corría la "civilización escrita" en vísperas de la Segunda Guerra Mundial y, finalmente, dos artículos publicados en *Annales*, uno de ellos sobre el impacto de la física de Einstein en la idea de temporalidad que utilizan los historiadores. Una obra, en suma, que circunscribe la importancia que Febvre le daba a la historicidad del conocimiento y que coincide con el renovado interés que, desde hace varios años, ha despertado en Francia la historia de la ciencia y los saberes.

Andrés G. Freijomil
UNGS / CONICET

Henri Pirenne,
Histoires de l'Europe. Œuvres choisies, edición de Geneviève Warland con la colaboración de Alain Marchandisse. Prefacio de Philippe Sénac, París, Gallimard, Quarto, 2023, 1504 páginas.

Creada en 1995 por la editora Françoise Cibiel, la célebre Quarto se ha convertido en una colección de referencia que, haciendo uso del admirable fondo editorial de Gallimard, busca reunir en uno o, a lo sumo, dos volúmenes, compuestos habitualmente por más de mil páginas, una antología de obras representativas (pero también raras o dispersas) del campo de la literatura o las ciencias humanas. Su objetivo es ofrecer un camino iniciático para el lector en autores clásicos y en otros que, con su ingreso aquí, aguardan pacientes esa coronación. Si bien no cuenta con el boato y el nivel de consagración de la Bibliothèque de La Pléiade sí comparte el rigor de su establecimiento textual. Además, todos los volúmenes suelen incluir un estudio preliminar general (y otros tantos para cada parte) que actualizan el estado del arte, un aparato crítico riguroso, pero sucinto, ambos preparados para la ocasión, y una sección fija titulada "Vida y obra" acompañada por documentos iconográficos que evoca un cierto aire lansoniano. Así pues, por allí han pasado desde Hannah Arendt y Montaigne hasta Philip Dick y René Char. Las sumas de historiadores también han encontrado su lugar: Marc Bloch, Paul Bénichou, Ernst Kantorowicz y

Jacques Le Goff, entre otros. Y quien ahora ingresa es el gran historiador belga Henri Pirenne (1862-1935), con una selección muy cuidada de su obra.

La primera mitad corresponde a tres de sus grandes trabajos: *Histoire de l'Europe* (1917-1918), *Les Villes du Moyen Âge* (1927) y, desde luego, aquel hito historiográfico publicado póstumamente por su hijo: *Mahomet et Charlemagne* (1937), todos ellos, por otra parte, disponibles en castellano desde hace varias décadas. Sin embargo, es el repertorio de las últimas quinientas páginas el que resulta mucho más infrecuente. Allí hay escritos sobre metodología de la historia ("De la méthode comparative en histoire" de 1923 ha sellado un mojón significativo), artículos sobre la historia social y económica de la Edad Media (dos de ellos publicados en la revista *Annales*), textos vinculados con la "nación belga" (que permiten dar una idea acabada de su monumental *Histoire de Belgique* en siete volúmenes) y, finalmente, fragmentos de diarios y comunicaciones relativos a la Gran Guerra, un período de intensa escritura cuyo conjunto conserva un enorme valor egodocumental: los extractos del *Journal de guerre* (1914-1915) y, en particular, de las *Réflexions d'un solitaire* (1917-1918) escritas en cuadernos escolares durante los dos años de cautividad tras ser acusado de complotar con el Imperio alemán, son fundamentales para comprender su lugar social y político como historiador.

Andrés G. Freijomil
UNGS / CONICET

Omar Acha,
Marxismo e historia. Deconstrucción y reconstrucción del materialismo histórico,
Buenos Aires, Prometeo, 2023,
241 páginas.

Omar Acha se propone deconstruir y reconstruir el materialismo histórico a partir de un prisma a primera vista paradójico: la crítica marxiana de la economía política. ¿No fue ésta un intento de aplicación de la "concepción materialista de la historia" al análisis de la sociedad capitalista? Es éste el mito que el autor intenta desmontar. Estableciendo un diálogo entre la teoría de la historia, la historia intelectual y la "teoría crítica del valor" –*Wertkritik*–, y mediante algunas herramientas de la obra del historiador y teórico canadiense Moishe Postone, Acha elabora su centro argumental: las evidencias de que Marx, desde los *Grundrisse*, "reinicia" su proyecto crítico, superando toda filosofía teleológica y estableciendo las bases para una crítica inmanente del concepto de *historia* como forma apologética del capital. En primer lugar, los manuscritos de 1857-1858 (especialmente las *Formen*) demostrarían que no existe un avance temporal unilineal motorizado por el desarrollo de las fuerzas productivas, por el contrario, la multitemporalidad sería la característica obstruida por el capital en su proceso de subsunción global de las distintas formaciones sociales. A su vez, el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) puede reinterpretarse como la forma en que Marx refiere su propio derrotero teórico previo, anterior a la ruptura de la década de 1850. Desde esta óptica, la tradicional interpretación de la clásica metáfora como fundamento del materialismo histórico no implica ni un "error" de lectura ni una tergiversación consciente, sino que constituye más bien un "equívoco racional", esto es, un equívoco inevitable que deriva de la relación social capitalista misma, la cual no sólo se expande en el espacio, sino que se proyecta ideológicamente sobre el pasado y el futuro. El mismo Marx, tras el reinicio de su crítica como análisis inmanente del capital, no pudo evitar recaer en tal proyección. El autor no propone un estudio marxológico, sino un ensayo crítico de la obra de Marx sobre sus propias bases "reiniciadas". Sobre estos pilares, Acha intenta evidenciar las falencias de intentos previos de "deconstrucción *con* reconstrucción" del materialismo histórico, como evasivas de la necesidad de una crítica inmanente de la lógica del capital. Para Acha la crítica de la economía política se manifiesta con una potencia deconstructiva ineludible: es la misma *abstracción social-material* que impone el capital la que explica la necesidad ideológica del discurso histórico teleológico, que abstrae las temporalidades históricas y sociales. De allí que la teoría crítica contemporánea no pueda deshacerse del materialismo histórico y que deba reconstruirlo para sus propios objetivos transformadores.

Nicolás Cosic
UNGS / CONICET

Andrew Pearmain,
Antonio Gramsci. Una biografía,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2022.

Varias son las biografías sobre Gramsci. La de Pearmain resulta una lectura ágil que va desde la infancia en Cerdeña hasta la cárcel y la muerte en 1937. El repaso por la infancia, con rudimentos educativos, problemas económicos y prejuicios de los compañeros por su joroba, según el autor, llevaron a Gramsci a sobreponerse y fortalecer su carácter. Los estudios realizados en Cagliari y el paso por la Universidad en Torino los debió realizar con sacrificio y junto con el apoyo familiar forjaron al joven curioso, alentando sus primeros pasos por la política y el periodismo durante la Gran Guerra. El estallido de la Revolución rusa lo llevó a editar el periódico *L'Ordine Nuovo* y a adherir al Partido Comunista antes del triunfo fascista. Traducir la experiencia soviética en Italia implicó una tarea que no dio frutos inmediatos por la pequeñez del partido y por el sectarismo de la línea Bordiga. En su viaje a la URSS entre 1922 y 1923, conoce a Julia, su esposa, con la que tendrá dos hijos. El retorno a Italia le depara tareas de dirección del Partido que lo convierten en diputado comunista en 1924. Con la conformación de la dictadura en 1925, se prohíben los partidos políticos y se persigue a la oposición. A fines de 1926 es encarcelado acallando su participación pública y obviando su inmunidad. Pero consigue escribir y si bien Pearmain se detiene más en la correspondencia familiar, también menciona su producción teórica e histórica. Algunas categorías surgieron de dicho intercambio y de sí mismo como presidiario. Los 33 cuadernos fueron escritos entre 1929 y 1933, continuando con dificultad hasta 1935. Esta práctica, que se propuso hacer de manera *für ewig* (como investigación y escritura sin aplicación práctica inmediata), le permitió sentirse útil y vivo. El agravamiento de su salud conspiró contra su proyecto, sin embargo, su pensamiento pasó a la posteridad a través de los *Quaderni*.

Los jóvenes comunistas encarcelados que no daban crédito de sus reflexiones y consejos y un Partido internacional que se fue derechizando y burocratizado con la consolidación de Stalin, implicaron un aislamiento absoluto. Parecía haber sido abandonado, inclusive, por el propio partido italiano. A pesar del padecimiento de estas causas, con sagacidad, percepción y limitaciones bibliográficas, produjo miles de páginas para comprender la derrota de la revolución en Europa. Estos escritos siguen generando admiración y preguntas. Pearmain indica cómo fue la recepción británica, marca las tres etapas (concejil, revolucionaria y democrática) y su uso por la izquierda. Cuando el autor habla del thatcherismo lo asocia con el concepto de revolución pasiva, pero la reconfiguración que el neoliberalismo hizo del capitalismo remite más a una *contrarreforma*, como afirma Nelson Coutinho.

Jorge Sgrazzutti
Universidad Nacional
de Rosario

Diego Bentivegna y Lucía Faienza (eds.),
Pier Paolo Pasolini y el tercer mundo,
Sáenz Peña, EDUNTREF y Università degli Studi dell'Aquila, 2022.

El libro reúne artículos escritos a partir del III Coloquio "Literatura y margen" que convocó a investigadores de universidades argentinas e italianas en torno de la figura de Pier Paolo Pasolini. A su vez, este título integra la colección "Literatura y Margen". "Margen" funciona como un espacio dinámico más orientado a la idea de los desbordes que a la del límite. Es pensar "lo latinoamericano" como un conjunto de fuerzas heterogéneas que puedan descentrar los discursos establecidos de lo literario y sus instituciones. Es leer la literatura de América Latina como territorio de experiencias diversas que, llegado el caso, puede alterar las polaridades continentales, no para imponer un orden nuevo, sino para permitir que el cambio en la percepción, la movilidad, la experiencia o la libertad, sucedan, más allá del intercambio de influencias y préstamos, para poner a andar una serie de contagios, desarreglos y cruces. El pensamiento por el margen desplaza, hace ingresar lo diverso, reformula y establece relaciones que revitalizan la "tradición" hasta dislocar lugares en su potencia de alteridad.

Las jornadas se realizaron el 2 de noviembre de 2015, cuando se cumplían 40 años de la muerte de Pasolini. El encuentro lo asumió como figura múltiple:

poeta, crítico cultural, filólogo, cineasta, novelista, ensayista, escritor, un haz de prácticas que la misma noción de margen convoca, provocando esos cruces (de prácticas, de géneros, de estilos y voces) que van más allá del mundo italiano, según los editores, por lo pensado y encarnado en él: "el lugar de lo arcaico, la mutación antropológica, la abjuración del estilo, la alteridad", para, con los proyectos pasolinianos como vectores de interrogaciones críticas, "pensar la actualidad (y, algo más inquietante, la inactualidad) del corpus del autor italiano y problematizar, para ello, uno de los aspectos más notorios: la relación entre Pasolini y aquello que, no sin cierta nostalgia y no sin cierta imprecisión, se llama 'tercer mundo'". Será la idea del tercer mundo entonces, la que articulará, como proyecto crítico abierto, contaminado (América Latina, la India y África, los suburbios, el sur, etc.), descentrado e inestable, tanto lingüística como políticamente, en el contexto de los procesos de descolonización en marcha durante los años del último Pasolini, los recorridos de los textos del libro.

Pasolini y el tercer mundo es el prisma que posibilita estas lecturas de un pensamiento por los márgenes, asumido "en sus contradicciones, en sus tensiones no resueltas". El libro despliega un estimulante recorrido con perspectivas críticas que se reenvían entre sí, producto de la escucha, los intercambios y las discusiones generadas en aquellas jornadas de 2015.

Diego Carballar
Universidad de Tres de Febrero

Martín Baña,
Quien no extraña al comunismo no tiene corazón. De la disolución de la Unión Soviética a la Rusia de Putin, Buenos Aires, Crítica, 2021, 282 páginas.

La historia de la Unión Soviética ha sido contada muchas veces y desde diferentes perspectivas. Hay investigaciones con miradas reduccionistas pos y antisoviéticas desarrolladas, en general, durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. Otras, contemporáneas, analizan los hechos desde múltiples puntos de vista. El libro de Martín Baña se sitúa dentro de este último grupo de estudios. Ofrece una original interpretación de la capitalista Federación Rusa hasta 2020, fundada en acontecimientos históricos, sociales, políticos y culturales que sucedieron en su no tan lejano tiempo soviético.

La obra puede dividirse en tres grandes temas. El primero, tratado en los capítulos uno y dos, aborda los aciertos y principales problemas del sistema heredado del estalinismo: sus rigideces, dificultades de sucesión y el monopolio de la gerontocracia gobernante. El segundo, abordado en los siguientes tres capítulos, refiere al paquete de medidas que se tomaron para superar estas falencias. Se relata el último período de la Unión Soviética, desde el inicio de la *perestroika* (reconstrucción) instaurada por Mijaíl Gorbachov en mayo de 1985, hasta su renuncia como presidente, en diciembre de 1991. Según el autor, este proceso de reformas estuvo sostenido por tres pilares: el económico, el ideológico y el político. Y relata las causas y consecuencias de las diferentes recetas de apertura económica, cultural e ideológica (*glasnost*) y política que se llevaron adelante con el fin de solucionar los problemas derivados de la centralización del sistema soviético. Por último, en los capítulos seis, siete y ocho, el libro se detiene en el ingreso del capitalismo a Rusia y la conformación de su actual gobierno. Baña relata las crisis sociales, económicas y geopolíticas que se desencadenaron luego de la disolución de la Unión Soviética y la recuperación económica que llevó adelante Vladímir Putin en los 2000, pero también el antioccidentalismo y conservadurismo de su tercer mandato.

El libro representa un enorme avance en las investigaciones sobre la Unión Soviética y la Rusia contemporánea en lengua castellana. Propone una lectura oxigenada sobre su pasado soviético y presenta, con fundamentos historiográficos, un estudio novedoso sobre su reciente constitución gubernamental, económica y geopolítica. *Quien no extraña al comunismo no tiene corazón…* es imprescindible para reconstruir uno de los fenómenos más importantes del siglo XX, analizar sus repercusiones al interior de la propia Rusia y del entramado político internacional.

Renata Carla Finelli
INEO-CONICET / UNC / UNSAM

Fernando J. Devoto,
Historiadores en el tiempo. Bosquejos y retratos. Textos reunidos 1989-2022,
Buenos Aires, CLACSO / FLACSO Argentina, 2023, 875 páginas.

Figura mayor de la historia de la historiografía en la Argentina, la antología de artículos que presenta CLACSO de Fernando Devoto en su colección Legados, recapitula un patrimonio de escritos dispersos que también diseña, de forma implícita, un derrotero intelectual. Precedida por un prólogo del autor y un estudio preliminar de Omar Acha y Diego García, la obra se divide en dos secciones. La primera reúne trece ensayos sobre historiadores europeos y la segunda, dieciocho trabajos sobre historiadores argentinos y uruguayos. En ambos casos, casi todos ellos del siglo XX. Al modo de un juego de espejos respecto de la propia colección, tal es el universo plutarquiano con el cual Devoto ha forjado durante los últimos treinta años una auténtica profesionalización del campo historiográfico en la Argentina: harto escrupuloso con los límites de ese territorio institucional, estamos ante un historiador que escribe sobre historiadores para historiadores. Pero también nos encontramos ante una obra que conserva esa impronta tradicional que definió el género desde principios del siglo XX y según el cual el precepto de vida y obra sigue funcionando como norma. Sin embargo, Devoto logra, por detrás de un estilo clásico, resistente a las modas y muy atento a la forma del contenido (y jamás a la inversa), dar un paso más allá mediante una erudición operativa que nunca es mera ilustración, su vigor hermenéutico, y un suplemento crítico que siempre dialoga con las ciencias sociales.

La recuperación de estos ensayos, no obstante, es sólo una pequeña zona de su producción la cual, pese a su vastedad y como él mismo sugiere en el prólogo, nunca se ha visto oprimida por el cuantitativismo un modelo no burocrático y reflexivo de investigación y escritura dotado de sosiego que los historiadores actuales deberían salvaguardar. Debido a la naturaleza de la selección han quedado fuera cuestiones sobre las cuales Devoto también ha dejado huella como la historia de la inmigración y del nacionalismo junto con algunos de sus otros trabajos sobre la historia de la historiografía.

Por otra parte, es de lamentar que la colección Legados, valiosa como recuperación parcial de un corpus y tan cuidada como proyecto editorial (de la que también forman parte Héctor Schmucler, Ángel G. Quintero Rivera, Horacio González, Nelly Richard, Ticio Escobar y Fortunato Mallimaci), no suela incorporar un índice onomástico ni un establecimiento bibliográfico completo de los autores, lo que permitiría contextualizar los textos reunidos en el devenir histórico de toda su producción. Legados cuenta con una versión digital y, por fortuna, también con una en papel cuya lectura, sin duda, refuerza aún más su efecto de rescate para todas estas obras imprescindibles.

Andrés G. Freijomil
UNGS / CONICET

Martín Cortés y Diego García (editores),
Redescubriendo a Mariátegui. El coloquio de México (1980). Textos, discusiones y documentos,
Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2023, 335 páginas.

En abril de 1980 se realizó en Culiacán (Sinaloa) el coloquio "Mariátegui y la revolución latinoamericana", organizado a 50 años de la muerte del director de *Amauta*. El evento reunió, entre otros, a intelectuales de la talla de Aricó, Flores Galindo, Franco, Sazbón, Paris, Terán, Chiaramonte y Melis. A partir de un enorme trabajo de búsqueda documental de sus editores, Martín Cortés y Diego García, *Redescubriendo a Mariátegui* publica casi todas las ponencias, e incluye además otros materiales, como los manuscritos de Aricó, las discusiones de cierre del evento, las reseñas publicadas en la prensa y hasta un registro fotográfico. El valor documental del libro aumenta si se considera que este Coloquio permanecía inédito, a diferencia de otros eventos de esta índole que ya habían alcanzado el formato de libro, como el Seminario de Morelia (1980).

La idea del "redescubrimiento" condensa los distintos tiempos históricos implicados en este libro. Por un lado, el Coloquio se revela como un punto de llegada del "descubrimiento" de Mariátegui iniciado a fines de los sesenta por intelectuales, especialmente latinoamericanos, que encuentran conectados en su obra con originalidad problemas como la búsqueda de un sujeto nacional para el socialismo, el vínculo

complejo entre socialismo y populismo y la importancia de la dimensión superestructural en la construcción de hegemonía. Todo ello ubicaba a Mariátegui como un heterodoxo "traductor" de elementos escindidos o formalmente reunidos: América y Europa, socialismo e indigenismo, lucha de clases y política, vanguardias y pueblo, cuestión nacional e internacionalismo proletario. Por otro lado, la cita con Mariátegui a inicios de los ochenta oficiaba como un anhelado punto de partida para realizar desde América Latina una revisión de la historia del marxismo occidental en la hora de su crisis. Así, el Mariátegui de Sinaloa se volvía un pensador contemporáneo, a distancia del reformismo de la II Internacional, díscolo respecto de la III Internacional y tan singular como el Gramsci que el Partido Comunista Italiano también estaba "redescubriendo". Su interés por las mediaciones histórico-políticas lo alejaba de la experiencia soviética, pero también del uso que intentaba entonces Sendero Luminoso.

Al volver a estos "descubrimientos", los editores realizan una operación crítica de lo más interesante: recuperan un momento en la historia del socialismo latinoamericano en el que fue posible pensar, a través de Mariátegui, una democracia socialista con formatos muy distintos de los que conocimos en los ochenta en América. En este "redescubrimiento" es definida la contemporaneidad de Mariátegui en nuestros días.

Matías Farías
UNPAZ / UBA

Ángel Rama,
América Latina: un pueblo en marcha, organización y presentación de Facundo Gómez,
Fundação Darcy Ribeiro, Tucán Ediciones, 2022, 234 páginas.

Se trata de una nueva compilación de artículos del crítico literario uruguayo Ángel Rama, que nos recuerda la obra diaspórica del autor. Diaspórica no solo por su avatar biográfico sostenido en la itinerancia, sino también por el tipo de producción intelectual que realizó Rama, muy atada a su compromiso epocal: artículos en revistas, conferencias, ensayos dispersos.

Puntualmente, esta compilación contiene cuatro textos introducidos por una rigurosa presentación de Facundo Gómez, que intenta poner orden a la dispersión textual e historizarla de acuerdo con el desarrollo conceptual de Rama. Los textos son: "Sentido y estructura de una aportación original por una comarca del tercer mundo: Latinoamérica", "Diez tesis sobre integración cultural en América Latina a nivel universitario", "La biblioteca Ayacucho como instrumento de integración cultural latinoamericana", y –el que le da título al volumen– "Un pueblo en marcha", juego de palabras o recordatorio de la publicación emblema de la generación intelectual de Rama, y de la que fue director: el semanario *Marcha*. Todos los textos estaban inéditos en libro hasta ahora.

En general, el tono de los ensayos es más de latinoamericanismo que de crítica literaria. Es decir, se plantean cuestiones de gestión, de –en términos gramscianos– organización de la cultura, de relaciones intelectuales, antes que lo específico disciplinar. Así y todo, para el indagador de la obra de Rama, la antología permite historizar o dar continuidad a ciertos conceptos e ideas recurrentes de su elaboración crítica, como el de área cultural, la cuestión del proceso de modernización o los polos cosmopolita y tradicional, como focos imantadores de la literatura latinoamericana. En una lectura detallista (y esto lo aclara el presentador), tal vez resalten contradicciones del autor, entendibles si tenemos en cuenta el contexto de escritura errante. Como también si consideramos su voracidad por abarcar temas heterogéneos, una ambición que, si bien puede ser una carga, ha sido para Rama, antes que nada, una bandera.

Finalmente, el "rescate" de la obra de Rama, al que esta compilación contribuye, no se presenta aquí con el afán arqueológico de reponer eslabones perdidos por puro enciclopedismo, sino que es justificado en toda su funcionalidad. El compilador es vehemente en el prólogo cuando caracteriza lo disruptivo de la obra de Rama en una "escena contemporánea" "más proclive a deconstrucciones e impugnaciones totales que a la riesgosa aventura de edificar alternativas o forjar nuevos espacios".

Carla Daniela Benisz
UBA / CONICET

Laura Fernández Cordero (editora),
Hacer cosas con revistas. Publicaciones políticas y culturales del anarquismo a la nueva izquierda,
Buenos Aires, Tren en Movimiento, 2022, 279 páginas.

Horacio Tarcus abre el trabajo colectivo afirmando que "No todas las revistas son de izquierda, pero no hay izquierdas sin revistas", e invita a adentrarse en este particular objeto. Recupera la vasta reflexión sobre las formaciones culturales para presentar esta compilación de estudios que abordan experiencias revisteriles latinoamericanas y que responden a un grupo en particular que se viene construyendo hace varios años en torno al CeDInCI y su Archivo.

Tal como sostiene su editora, en el recorrido se despliegan varios y a veces superpuestos registros de análisis que combinan los nombres propios con colectivos editoriales, experiencias nacionales y transnacionales, relaciones heterodoxas entre política y cultura, compromiso y autonomía, cultura y mercado. Más allá de la heterogeneidad reunida en torno al libro se combinan las trayectorias y labores archivísticas de quienes escriben con la selección de las revistas: son todas revistas que a su manera se proponen desafiar un orden dado, cuestionarlo.

El reclamo de situar en un lugar específico y relevante a las revistas no es nuevo; sin embargo, el llamado a colocar a las revistas en un registro que exceda el de "meras fuentes" se torna un imperativo. Y los trabajos van desplegando modos de leerlas en los que las preguntas por el cambio y la disputa política se hacen presentes y nos llevan a leer revistas en contexto y contextos en revistas, y conectar así Argentina, Colombia, México y Uruguay. Natalia Bustelo se dedica a explorar el conjunto de publicaciones que acompañó a la Reforma Universitaria; Margarita Merbilhaá a la publicación *Los Pensadores*; *Argentina* es abordada por Virginia Castro, y Lucas Domínguez Rubio ofrece una reflexión sobre la relación de las revistas y la filosofía. Por su parte, Karina Janello se centra en la figura de Benito Milla y su circuito en el Uruguay. Las revistas de la "nueva izquierda" aparecen abordadas por Ana Trucco Dalmas con su trabajo sobre *Hombre Nuevo*. Vera Carnovale estudia *Militancia*, mientras que Adrián Celentano ofrece una lectura de *Posta, Nudos* y *Punto de Vista*. Sandra Jaramillo Restrepo se detiene en *Cuadernos Colombianos* y Mariana Bayle lo hace en las mexicanas *Punto Crítico* y *Cuadernos Políticos*.

Si Austin se preguntó cómo hacer cosas con palabras, el *hacer cosas con revistas* es ahondar en esta senda que se presenta como rica metodológicamente pero que permite también pensar esas revistas en sus contextos particulares de enunciación y acción. Es así que desafiando los límites entre los textos y los contextos, el libro refuerza un prolífico campo ya existente, pero abre también a nuevas investigaciones.

Martina Garategaray
CHI-UNQ / CONICET

Pablo Marín Castro,
Imaginémonos el caos. Cine, cultura y revolución en Chile, 1967-1973,
Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2023, 210 páginas.

El asunto abordado en esta investigación es el cine y la producción audiovisual durante el período de ascenso del gobierno de la Unidad Popular en Chile, en tanto parte del intenso campo de confrontación político-ideológica existente en la época. A modo introductorio, se sitúa en el contexto de la publicación en 1970 del "Manifiesto Político de los Cineastas Chilenos", documento que señaló su compromiso con un arte revolucionario y al servicio del pueblo. Dicha convicción se materializó en una producción que modificó tanto los patrones de producción como el contenido de los filmes realizados por directores como Littin, Ruiz, Sarmiento, Ríos, entre otros. Lo anterior, lejos de constituirse en un modelo de cinematografía oficial o directamente militante, plantea la consolidación de una óptica crítica capaz de exponer los límites y las contradicciones de "la vía chilena al socialismo" impulsada por Allende.

Asimismo, la idea de revolución constituye uno de los asuntos medulares expuestos en esta obra, trazándose una genealogía histórico-conceptual de este proceso a partir de la experiencia chilena. El análisis de diversas fuentes fílmicas

permite al autor identificar la estética de un tiempo revolucionario representada por la juventud y su carácter rupturista, testimoniado mediante personajes que logran una perfecta simbiosis entre iconografía y discurso.

A pesar de la democratización experimentada por esos años respecto del acceso a los productos audiovisuales por parte de la población, el autor sostiene que la disputa por su conciencia trascendió los márgenes de la cinematografía. Es por ello que en la obra se presenta un análisis que, en clave de historia cultural, refiere al consumo cultural masivo a fin de determinar el impacto e intensidad de la confrontación abierta como parte de la construcción de un nuevo imaginario contrahegemónico. En definitiva, la investigación de Pablo Marín sugiere la necesidad de nuevas indagaciones historiográficas que permitan dilucidar el modo en que las transformaciones político-culturales experimentadas por la sociedad chilena fueron catalizadas por el significativo aporte de sus creadores e intelectuales.

Mario Vega Henríquez
Universidad de Chile

Facundo Roca,
Morir en Buenos Aires. Sensibilidades y actitudes ante la muerte en el Río de la Plata (1770-1822),
Buenos Aires, Sb, 2023, 268 páginas.

Entre la historia de la muerte y la de la Iglesia, la obra de Facundo Roca busca recuperar la pluralidad de sentidos, las variaciones en la religiosidad y en las sensibilidades colectivas frente a la muerte en la ciudad de Buenos Aires entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Desde la élite rioplatense, la muerte es considerada un constructo social, principalmente en su dimensión simbólica y con especial atención a la teología católica. Su aproximación a la muerte a través de las sensibilidades y las actitudes es tributaria de los trabajos de Jose Pedro Barrán, Philippe Ariès y Michel Vovelle. Dialogando a lo largo del libro con ellos, en especial con Vovelle, pondrá de relieve los esperados matices del Río de la Plata. Las fuentes eclesiásticas, judiciales, administrativas, obras artísticas, periódicos, diarios de viajeros, bandos y reales cédulas se leen desde el extrañamiento antropológico para recuperar la mirada nativa. Ofrecen una descripción densa, atenta a los tiempos y espacios del modelo de la muerte barroca y a la tensión continua entre el mundo discursivo-práctico, así como a los procesos colectivos e individuales de su religiosidad. Sostiene que este modelo, caracterizado por una pedagogía sobre la buena muerte, una teatralidad en su entierro, una religiosidad desbordante, una vivencia comunitaria, lúdica, festiva y pública, entra en crisis desde fines del período colonial en una sociedad heterogénea, jerárquica y dinámica. De esta manera, Roca atenúa aquella idea de Tulio Halperin Donghi sobre una sociedad tardocolonial estática.

Los primeros cinco capítulos se centran en caracterizar la muerte barroca atendiendo, dentro de este sistema de ideas y prácticas, a las pequeñas y constantes yuxtaposiciones con ciertas ideas de la Ilustración que se infiltran en la sociedad provocando su crisis. En los últimos dos capítulos se desarrolla el nuevo modelo de buena muerte que ofrece la piedad ilustrada, más privada y asociada a la caridad cristiana, que responde a una sensibilidad romántica exaltando la moderación, la sencillez y la utilidad. El capítulo VII constituye una valiosa contribución respecto de la historia del cementerio del norte que, a nuestro entender, podría resaltar con mayor profundidad a la muerte como un proceso y hecho político.

Dámaris Mombelli
UNGS / CONICET

Paula Laguarda y Anabela Abbona (editoras), *Diálogos sobre cultura y región: políticas, identidades y mediación cultural en La Pampa y Patagonia Central (siglos XX y XXI)*, Santa Rosa, IEHSOLP Ediciones (Instituto de Estudios Históricos y Sociales de La Pampa. CONICET-Universidad Nacional de La Pampa), 2023, 290 páginas.

El libro editado por Paula Laguarda y Anabela Abbona se enmarca en un objetivo vasto: ampliar la reflexión sobre los modos de producir culturas regionales en la Argentina. Se propone elaborar mapas más equilibrados de la historia cultural del país, es decir, como asegura Lucía Lionetti en el prólogo, una "exhaustiva indagación por fuera de la centralidad de Buenos Aires". El enfoque abona un campo de estudios centrado en el abordaje de la vida cultural e intelectual en espacios del país alejados de Buenos Aires y la zona metropolitana, en el que se inscribe la Red de Estudios Interdisciplinarios en Culturas y Regiones (REICRE) que las editoras y algunas autoras integran.

Los ocho capítulos que componen el libro, firmados por Flavia Fiorucci, Melina Caraballo, Leda García, Micaela Oviedo, Florencia Prina, Ana Romaniuk, Verónica Domínguez e Ignacio Roca, vinculan, para el caso de La Pampa y Patagonia central en los siglos XX y XXI, políticas educativas y culturales con el accionar de las instituciones y de ciertos intelectuales y mediadores culturales, considerando el papel de los imaginarios artísticos y de la producción cultural en la construcción de identidades regionales (entre ellas, la "pampeanidad"). ¿Cómo se construye la trayectoria de un intelectual del interior? ¿Cómo pensar un mundo artístico donde las instituciones del arte más formales son inexistentes? ¿Qué rol tuvieron los docentes como mediadores lingüístico-culturales en ámbitos urbanos y rurales? ¿Cuál fue su papel en la conformación de un corpus folklórico en la Argentina? Estos son algunos de los interesantísimos interrogantes que recorren los trabajos.

El volumen saca a la luz objetos escasamente examinados: figuras de "otros" intelectuales como los maestros; determinadas trayectorias, como las de Enrique Stieben, Juan Ricardo Nervi, Berta Vidal de Battini; instituciones como ciertas bibliotecas populares significativas en la conformación cultural; campos artísticos en su fase de emergencia; experiencias recientes de gestión participativa entre comunidades indígenas, estado provincial e instituciones científicas. Construye un valioso corpus constituido por conferencias, grabaciones de canciones, encuestas de folklore y del habla regional, recopilaciones de leyendas, acervos bibliográficos. Y lo hace desde un sólido enfoque conceptual y de lecturas compartidas que sugieren un intenso trabajo colectivo. Esto colabora con la consolidación del campo de estudios mencionado al comienzo de esta breve reseña.

Soledad Martínez Zuccardi
UNT / CONICET

Obituarios

Prismas
Revista de historia intelectual
Nº 28 / 2024

Natalie Zemon Davis (1928-2023)

"Cada cierto tiempo, algún profesor de Princeton con impecables credenciales académicas y considerables logros científicos causa sensación en el mundo de la cultura popular. Hace algunos años, Walter Murphy, McCormick Professor de Jurisprudencia, escribió una novela sobre el papa que se convirtió en un *best seller*. El extinto Daniel Seltzer, profesor de Literatura Inglesa, actuó con frecuencia en películas y obras de Broadway. Clarence Brown, profesor de Literatura Comparada, es un historietista ampliamente conocido y ha trabajado como tal en el *Saturday Review* durante varios años. A menudo el *pop work* enriquece la erudición". Así comenzaba "Putting History on Film", un artículo publicado por el boletín universitario *Princeton Alumni Weekly* en octubre de 1983, en el que la periodista Ann Waldron presentaba los buenos oficios de asesoría histórica que durante tres años había ofrecido una de las profesoras más destacadas de la universidad a dos cineastas franceses para el rodaje de *El regreso de Martin Guerre*, la famosa película sobre un caso de impostura en una aldea de Artigat (Gascuña) en el siglo XVI, protagonizada por Gérard Depardieu y una joven Nathalie Baye. Tras su estreno en Nueva York y otras ciudades en el mes de junio, contaba ya con un inesperado éxito de taquilla y hasta la revista *Variety* presagiaba que sería la película extranjera o de "cine arte" más vista del año. Tal es así como, a los efectos de aquel artículo, la historiadora Natalie Zemon Davis estaba a punto de ser incluida por Waldron en un exclusivo catálogo de profesores para quienes el cóctel de saber y espectáculo no suponía ninguna extravagancia. Esta conversión en celebridad más allá de las aulas y la comunidad científica sugiere un salto de popularidad muy solicitado en la tradición intelectual norteamericana, que tampoco es ajeno a la inglesa: figuras como Robert Darnton o Eugen Weber, Edward H. Carr o A. J. P. Taylor, si bien no han necesitado pasar por Broadway para liberar sus investigaciones de los claustros, sí las han llevado con notable éxito a revistas o periódicos no académicos como *The New York Review of Books* o *The Times* o a series televisivas de divulgación como *The Western Tradition* o *How Wars Begin*.

En aquella época, muchos de los colegas franceses de Natalie Zemon Davis también participaban en programas de radio y televisión o escribían para diarios y revistas de gran tirada. Arlette Farge en el programa radial *Les Lundis de l'Histoire* o Georges Duby con su voz en off en la serie documental *Le Temps des cathédrales* son dos claros ejemplos, pero no los únicos. De hecho, su enlace con los productores franceses, Emmanuel Le Roy Ladurie, no solo escribía reseñas para *Le Monde* o *L'Express*, sino que ya había participado en 1979 con el director de la película, Daniel Vigne, en dos documentales sobre el mundo rural, *Les chemins et les champs* y *Le geste et l'outil*. Con todo y a diferencia de los historiadores angloparlantes, sus pares franceses siempre habían practicado este tipo de divulgación hasta donde la razón escolástica se los permitía, es decir, bajo un recato distante que, sin embargo, nunca eludía una oportuna entrevista televisiva de Bernard Pivot en el emblemático *Apostrophes* ni tampoco, desde luego, la difusión que ofrecía *Le Nouvel Observateur*, la gran "caja de resonancia" que convirtió la historia en un fenómeno mediático. Pese a todo, los franceses no solían negociar con lo espectacular: extraño hubiera sido imaginarlos con muchas tablas en la *Co-*

médie-Française o nominados para un Tony como Seltzer. Y, desde luego, las marcas retóricas de ambas historiografías han sido otra clave para rebasar o subyugar los registros de escritura y, en este sentido, la prosa de Natalie Zemon Davis siempre ha funcionado como un instrumento de gran viso creativo. Sin llegar a los extremos disonantes entre "analíticos" y "continentales" como ocurre en filosofía, podríamos decir que los historiadores de habla inglesa –cuya transparencia argumental suele ser innegociable y a menudo nutrida por el sentido común–, han buscado para sus obras (siempre muy pródigas en casos y ejemplos junto con cierta debilidad historicista por el compás narrativo que ofrecen las *stories*) un lector culto y diligente que no necesariamente fuese especialista y con quien pudiesen establecer una suerte de "conversación" tal como la entendían Michael Oakeshott o Richard Rorty. Por su parte, la historiografía francesa –dentro de los límites que le impone una lengua rica en abstracciones y casi artificial como el francés, más proclive a una prosa intangible y no menos barroca– a menudo ha preferido lectores más eruditos o, a lo sumo, audiencias de alta divulgación para obras de factura interdisciplinar envueltas por un concurso más oracular, etnográfico o presentista que no transigía con ningún intuicionismo.

En todo caso, en los años 1980, todas estas manifestaciones de hibridez y visibilidad mediática aún estaban en pleno desarrollo, aunque bien dispuestas a consolidarse. Actualmente, se han convertido en un tipo de transferencia de saberes que cuenta en los Estados Unidos con un área de investigación particular: las *Public Humanities*. En tal sentido, el derrotero intelectual de Zemon Davis (sobre todo, su primer tramo hasta mediados de los años 1990), sin dejar de incluir algunas de aquellas variables de superficie propias del mundo anglosajón, se reconoce mucho más en la tradición francesa. Con *El regreso de Martin Guerre* y el libro que le siguió (que publicó en inglés con un título análogo en el verano de aquel año de 1983) esperaba que parte de su trabajo "pudiera resultar significativo para un grupo que no solo fuese universitario" y hasta se atrevió a un cameo fugaz en la película, ataviada con la típica indumentaria del siglo XVI (que Waldron se encargó de inmortalizar con una fotografía para su artículo), pero que nunca pasó de ser una simple humorada. El caso es que, más allá de este proyecto, en ningún momento se propuso hacer de su oficio una práctica de *pop work* al estilo, por ejemplo, de Barbara Tuchman. Si bien publicó en revistas de amplia circulación, siguió profundizando las relaciones entre cine e historia (su obra *Esclavos en pantalla. Cine y visión histórica* de 2002 sintetizará ese interés) y concedió multitud de entrevistas a diferentes medios, siempre construyó su perfil como historiadora en territorio académico. De hecho, tanto la conferencia Charles Homer Haskins que dictó en 1998 (traducida al castellano por la revista mexicana *Historias* como "Una vida de estudio") como la entrevista que mantuvo con Denis Crouzet (publicada en 2004 bajo el título *L'Histoire tout feu tout flamme*, traducida al inglés por ella misma y Michael Wolfe en 2010, y cuya versión castellana corrió a cargo de los historiadores Anaclet Pons y Justo Serna) podrían considerarse como un díptico de su versión oficial de egohistoria. A ello cabe agregar investigaciones de una formidable erudición, densamente pobladas por fuentes históricas de lo más recónditas, cuya historiografía nunca capituló ante la opacidad. Tal es así que se convirtió en una de las grandes especialistas de la temprana modernidad francesa y una referencia pionera en historia de las mujeres, situada en territorios bien delimitados por las diferentes universidades donde estudió y trabajó, territorios sin los cuales, por supuesto, nunca habría despertado el interés de Daniel Vigne quien, antes de conocerla, ya había leído *Les Cultures du peuple. Savoirs, rituels*

et résistances au XVI^e siècle (1979), la versión francesa de su primer libro, publicado cuatro años antes y traducido al castellano (con algunas diferencias respecto del original inglés) como *Sociedad y cultura en la Francia moderna*. Por otro lado, también labró su perfil mediante un fuerte compromiso político con los derechos civiles, el feminismo y, a través de una historia cultural que rompió con los reduccionismos económicos, restituyó las representaciones, las prácticas (el conjuro conceptual de toda su generación), la cultura popular y las identidades colectivas e individuales "desde abajo", variables que contribuían a exaltar las continuidades sobre las rupturas, pero sin escindirlas de lo social (aunque no exactamente del modo en que, por ejemplo, lo hizo E. P. Thompson, con quien mantuvo una sugestiva correspondencia entre 1970 y 1972, publicada en 2017 por la revista *Past & Present* y vertida al castellano como *La formación histórica de la cacerolada*). En este sentido, su tercera gran obra fue *Ficción en los archivos* (1987), donde investiga una serie de "relatos de perdón" del siglo XVI francés a través de los cuales los culpables de cometer un delito pedían a la Corona que les aplacasen o condonasen la pena de muerte. Si el giro lingüístico fue alguna vez objeto de un empleo virtuoso en una investigación de historia social ha sido, sin dudas, en esta obra: Zemon Davis indaga cómo estas cartas de súplica adoptaron modelos narrativos de la ficción literaria, no para "mentir" sobre lo sucedido, sino para recrear con verosimilud un relato que explicara cómo ocurrieron hechos inesperados o aterradores que culminaron en actos de violencia. En suma, un "recurso del contexto" que permitía llenar las lagunas de sentido que las fuentes no cubrían con dispositivos que le diesen coherencia argumentativa, recurso que ella misma utilizó en sus investigaciones, pero que, no obstante, fue duramente criticado por algunos de sus pares, entre ellos Richard Cobb. En todo caso, su concepto de "ficción" es, por cierto, muy similar al que utiliza Arlette Farge en *La atracción del archivo*, es decir, donde lo importante no era tanto detectar el efecto positivo de validación empírica de una verdad contenida en los documentos, sino descubrir de qué modo se construyó y se optó por ese tipo de verdad. Una estrategia retórica que los historiadores de oficio y los condenados del siglo XVI compartían y comparten por igual.

Natalie Ann Zemon nació el 8 de noviembre de 1928 en el seno de una familia judía de clase media en Detroit, Michigan. Seleccionada para su ingreso a la Cranbrook Kingswood School, una institución privada de élite para mujeres cristianas (solo se aceptaban dos niñas judías por clase) situada en el campus de un suburbio de aquella ciudad, Bloomfield Hills, fue allí donde cursó sus estudios secundarios y descubrió, según ha confesado, su interés por el pasado. En el otoño de 1945, ingresó al Smith College, donde se licenció en Historia al cabo de cuatro años. Allí descubrió el marxismo y como *sophomore* (tal el nombre que reciben los estudiantes de segundo año) se decantó por la historia de la modernidad temprana e investigó al filósofo "más radical posible", Pietro Pomponazzi, el aristotélico del siglo XVI que había negado la inmortalidad del alma. En 1950, obtuvo su Master of Arts en el Radcliffe College y, finalmente, se doctoró en la Universidad de Michigan en 1959. Sin embargo, el sosiego que parecen despedir estos años de formación no fue tal, esencialmente por dos motivos. En primer lugar, porque tras la segunda posguerra las oportunidades de formación universitaria para las mujeres en el campo de las humanidades fueron mucho más limitadas de lo que el impulso de inicios del siglo XX había previsto; un repliegue que, como ha señalado Rosalind Rosenberg, bien pudo deberse, entre otras razones, a un temor generalizado hacia la feminización de un mundo científico que se tornaba cada vez más masculino. A esto debe

sumarse que, en 1948, mientras cursaba un seminario de verano en la Universidad de Harvard y tras casarse en secreto por fuera del rito judío con un matemático ateo, Chandler Davis –matrimonio que provocó una irreparable distancia con sus padres durante muchos años–, nadie, salvo su esposo, confiaba en que su carrera avanzaría, opinión que compartían muchas de sus profesoras que asumían que la vida de una mujer casada no era compatible con el mundo académico. Por otro lado, recordemos que las estudiantes que lograban profesionalizarse se veían, por lo general, compelidas a adoptar mentores masculinos o bien eran invitadas a trabajar figuras femeninas: tal es lo que le había sucedido en 1951 cuando Palmer Throop, uno de sus profesores, le propuso investigar a Christine de Pizan por el mero hecho de ser mujer; ella escribió un ensayo sobre esa figura, que jamás publicó, y que no quiso convertir en objeto de tesis. Años más tarde, diría "no quería que me colocaran en esa categoría de mujer que hace cosas de mujeres". Y a estas inopias, cabe agregar un segundo motivo de desasosiego: la persecución ideológica que sufrió en pleno marcartismo. Cuando en 1950 Chandler fue nombrado profesor titular en la Universidad de Michigan, Natalie partió junto con él y abandonó su proyecto doctoral en Harvard para continuarlo en aquella universidad. Allí, llevaron una vida militante cuyo punto de inflexión fue la publicación en febrero de 1952 de un panfleto titulado *Operation Mind* en el que Natalie y un amigo, estudiante de Psicología, denunciaban de forma anónima que el Comité de Actividades Antiamericanas (HUAC por sus siglas en inglés) era, en realidad, una forma de encubrir la censura. Como había sido Chandler quien había pagado la factura de la impresión del panfleto, la HUAC salió en su búsqueda y, en el otoño de 1952, meses después de que ambos regresaran de una estancia de investigación en los archivos municipales de Lyon, el FBI irrumpió en su casa; los acusaron de comunistas y les quitaron los pasaportes: si bien no se resistieron, tampoco juraron lealtad. A partir de allí, se sucedería una década intensa y agobiante: mientras Natalie, embarazada de su primer hijo, vio afectada su salud, dos años más tarde, Chandler perdería su trabajo y sería acusado por desacato. Entre tanto, Natalie continuó con su investigación doctoral sobre los orígenes sociales y religiosos del protestantismo francés en las bibliotecas norteamericanas, y contra todo pronóstico tuvo otros dos hijos y se dispuso a buscar trabajo: en una escuela nocturna, en publicidad y como editora en algunas revistas. En 1959 culminó su doctorado y, al año siguiente, tras el final del juicio, Chandler fue encarcelado seis meses, pero, tras su liberación, ninguna universidad norteamericana aceptó contratarlo. Solo en 1962 recibió una propuesta de la Universidad de Toronto y toda la familia emigró allí.

Años más tarde, de regreso a su país, llegará el desagravio de una a otra costa: en 1971, Natalie será contratada por la Universidad de California-Berkeley y, en 1978, partirá a Princeton donde permanecerá por los próximos dieciocho años. Las instituciones norteamericanas, rendidas ante su obra, asumirán la expiación: recibirá multitud de premios, dictará conferencias en varias universidades, presidirá la American Historical Association (1987) y, en el año 2003, Barack Obama le entregará en la Casa Blanca la National Humanities Medal. Fue un largo período durante el cual comenzó a recuperar el pasado de las mujeres tal como ella aspiraba, es decir, como historiadora profesional *tout court* que naturaliza e imbrica las cuestiones de género en la textura de una sociedad, sin reificarlas. Y todo ocurrió en un momento de cambio historiográfico muy propicio para una historia sociocultural atenta a las descripciones densas en diálogo con la antropología y la literatura, dos campos con los cuales ya venía trabajando y nunca dejaría de dialogar. De hecho, en una entrevista de 2021,

la revista *History Today* le preguntó cuál había sido el historiador que más impactó en su trabajo, ante lo cual prefirió nombrar a dos antropólogos, Clifford Geertz y Victor Turner, y a una figura como Mijaíl Bajtín. No olvidemos que el Institute for Advanced Studies de Princeton donde recaló Geertz fue una pieza institucional fundamental en ese diálogo que impactó no solo en Zemon Davis sino también en Robert Darnton, Joan W. Scott o William H. Sewell Jr. Así pues, tras explorar la historia de las mujeres con un célebre ensayo en *Feminist Studies* de 1976 y otros tantos sobre su situación en la Francia del siglo XVI, su nombre quedó definitivamente asociado con esta historiografía tras dos obras emblemáticas de los años 1990: ante todo, con la coordinación, junto con Arlette Farge, del volumen III de la *Historia de las mujeres*, subtitulado *Del Renacimiento a la Edad moderna* (1990), pero, principalmente, con la estupenda *Mujeres de los márgenes* (1995). Allí reconstruye el contexto de las relaciones familiares, comerciales y religiosas de una judía, una protestante y una católica, todas ellas figuras atípicas del siglo XVII, a partir de sus cartas y memorias. Es aquí donde Zemon Davis vuelve a demostrar sus dotes narrativas mediante tres relatos en los que la idea de "margen" no debería entenderse como la situación marginal de estas tres mujeres, sino como aquel espacio situado en la hendidura entre lo público y lo privado que todas convirtieron en "centro" con el expreso objetivo de desafiar la autoridad y reinventarse a sí mismas, casi del modo en que ella misma lo había hecho tiempo atrás. Se trata de una obra que, como *El regreso de Martin Guerre*, reduce la escala al ras de lo excepcional y es un tanto colindante con la microhistoria, pero sin confundirse con ella. En su ensayo "Las formas de la historia social" (1990) toma una clara posición ante esas coordenadas epistemológicas.

Natalie Zemon Davis se retiró en 1996, año en que regresó definitivamente a Toronto y también a su universidad: allí fue contratada como profesora visitante y, finalmente, fue nombrada emérita. Con todo, sus investigaciones, muy lejos de detenerse, darían un considerable giro. Poco antes de dar inicio a este último tramo de su carrera, la publicación de *The Gift in Sixteenth Century France* (2000) marca su despedida del Renacimiento francés –una periodización que exploró durante treinta años, pero de cuyo uso siempre desconfió– tras recuperar una investigación que había comenzado en los años 1980. Allí refina el concepto de "don" de Marcel Mauss (1923) para demostrar que la política de intercambio de regalos no siempre fue un acto libre sin reciprocidad ni tampoco desapareció con la economía de mercado sino que, por el contrario, convivió con ella y se convirtió en un medio de armonización social, coerción y violencia o, bajo una dimensión religiosa, reguló las prácticas de la economía de la salvación. Así, tras indagar las transformaciones que comportaban las nuevas formas religiosas y sociales con relación a las que imperaban en las sociedades tradicionales, pasó a los contactos entre europeos y no europeos. Con *León el Africano. Un viajero entre dos mundos* (2006) recorre los viajes, identidades y escritos del musulmán granadino al-Hasan Muhammad al-Wazzan, autor de la primera geografía del norte de África, quien, tras su captura por el papa León X en 1518 y su posterior liberación, vivió en Italia bajo el nombre de Giovanni Leone y terminó sus días en Túnez nuevamente como musulmán. Zemon Davis agrega, no obstante, otro aspecto en *Leo Africanus Discovers Comedy. Theatre and Poetry across the Mediterranean* (2021): ¿cómo observaba y comprendía León el Africano el teatro popular y callejero del Mediterráneo medieval bajo el prisma de sus múltiples identidades? Con *Listening to the Languages of the People. Lazare Sainéan on Romanian, Yiddish, and French* (2022) incursiona en dos aspectos inéditos en su carrera: el diálogo con la lingüística y los avatares de una figura contemporá-

nea, Lazare Sainéan (1859-1934), un filólogo rumano, gran especialista en Rabelais, cuya vida también estuvo atravesada por una identidad múltiple en términos de creencias (judías, cristianas y ateas), residencias (Rumanía y Francia) y lenguas. Tal fue la obra final de Natalie Zemon Davis, quien falleció en Toronto el 21 de octubre de 2023 a los noventa y cuatro años tras una dura enfermedad contra la que luchó hasta el último minuto. Según reveló en una de sus entrevistas, la historia le había enseñado solo una cosa: "nunca se debe perder la esperanza. Por muy violenta que sea una época, siempre hubo alguien que intentó remediarla y contar historias para los que vinieron después".

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional de General Sarmiento / CONICET

Emmanuel Le Roy Ladurie (1929-2023)

En 1983, apareció en las librerías de París una desconcertante obra de historiografía publicada por una editorial independiente, cuyo autor era un flamante doctor en Ciencia Política de veintiséis años. Antiguo alumno de l'École nationale d'administration, graduado en *études approfondies* en Historia Moderna y Contemporánea, y portador de un oficio que podría definirse como *stratégiste* (es decir, aquel especialista que estudia los movimientos de los ejércitos, las operaciones de guerra y la relación entre la política y administración de la estrategia militar), Hervé Coutau-Bégarie presentaba lo que era, en efecto, la reescritura de su tesis de 3er ciclo defendida en la Universidad de Bordeaux en diciembre de 1980. Los signos de confusión que despertó aquella obra no solo se propagaron por el origen disciplinar de su autor, sino porque había indagado un costado inédito para un objeto que hoy podríamos denominar con cierta temeridad "historiografía reciente". Titulado *Le phénomème "Nouvelle Histoire"*, el trabajo indagaba en los historiadores franceses que, tras la hegemonía braudeliana y desde los años 1970, habían tomado el control de una disciplina muy comprometida con las ciencias sociales, el mando de la revista *Annales* y de sus redes institucionales, pero que también habían despuntado en los medios de comunicación como nuevos divulgadores. Rápidamente, al desconcierto le sobrevino la irritación, principalmente entre los elencos implicados: era evidente que Coutau-Bégarie no se había propuesto escribir una sosegada tesis de historia de la historiografía al estilo de, por ejemplo, Charles-Olivier Carbonell (uno de los recientes y pocos modelos con que contaba el género en Francia en aquel momento), sino indagar en los entresijos que se urdieron tras una corriente que, junto con la popularidad que había logrado en la opinión pública como "jerarquía paralela", parecía ocultar más ansias de expansión que felices novedades. El subtítulo que Coutau-Bégarie había elegido para su obra, *Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, si bien subrayaba la naturaleza de su propio *métier*, tampoco ahorraba en sutilezas, algo que reforzó aún más al modificarlo con un tono balzaciano para su segunda edición revisada en 1989: *Grandeur et décadence de l'école des "Annales"*. Así pues, la obra ponía especial hincapié en el escaparate mediático que, desde hacía más de una década, historiadores como Jacques Le Goff, Georges Duby, Marc Ferro, François Furet y, desde luego, Emmanuel Le Roy Ladurie venían labrando en medios de difusión masiva, y lo cierto es que su éxito parecía arrollador. Un mes después de la aparición de la obra, en agosto de 1983, la revista *L'Express* publicó un largo artículo titulado "Les Français jugent leur Histoire" cuyos sondeos indicaban que el 67% de la población se declaraba "apasionada" por la historia.

Ahora bien, Coutau-Bégarie no había sido el primero en escrutar aquella historiografía. Por fuera de algunos antecedentes de corte epistemológico como los de Paul Veyne (1970) o Michel de Certeau (1975) y otro un tanto más político como el de Jean Chesneaux (1976), *Le phénomème "Nouvelle Histoire"* navegaba entre la crítica historiográfica y una historia "intelectual" de nuevo cuño: un estilo "periacadémico" (el término es de Fernando Devoto) bastante resistido en la comunidad francesa de historiadores, que no tardaría en ser recuperado por François Dosse (1987) o, a partir de una suerte de sociología de las profesiones a la francesa, por Gérard Noiriel (1996).

Poco antes de la publicación de su obra, no obstante, ya se habían sucedido otros tres trabajos que arrojaban flechas querellantes a todo el campo intelectual, con semantemas similares u otros neologismos de alto impacto: Régis Debray había desprendido de su tratado de mediología *Le pouvoir intellectuel en France* (1979), el sociólogo François Bourricaud hizo lo propio con *Le bricolage idéologique. Essai sur les intellectuels et les passions démocratiques* (1980) y, al año siguiente, Hervé Hamon y Patrick Rotman lanzaban el más explosivo: *Les intellocrates. Expédition en haute intelligentsia*. Quedaba claro, pues, que los intelectuales ya no solo eran venerables figuras públicas, sino que su acción se había mediatizado, con el presunto riesgo de obliterar su costado crítico, un presagio que en 2016 Shlomo Sand tal vez haya corroborado en *¿El fin del intelectual francés?* En el caso particular de los historiadores, estos eran por entonces objeto de una crítica que, inevitablemente, excedía lo académico y les imponía nuevas reglas y réplicas. Este reproche, al menos en lo referido a este modo de divulgación, hoy sería impensable; sin embargo, en los años 1980 sus consecuencias se veían un tanto difusas: ¿se trataba de una crisis del paradigma *annaliste*, solo afectaba a la *nouvelle histoire*, a la disciplina como tal o a todas las ciencias humanas? Así las cosas, pese a que buena parte de los "nuevos historiadores" eran pasibles de observación, el principal blanco de Coutau-Bégarie (y de Hamon y Rotman) había sido Le Roy Ladurie, quien respondería y seguiría respondiendo a este tipo de crítica con dos dípticos compuestos por antologías de reseñas bibliográficas dispersas, ya publicadas en medios gráficos masivos, pero ahora reunidas con ánimo triunfal por Gallimard. Ya se tratase de *Le territoire de l'historien* (1973 y 1978) o de *Parmi les historiens* (1983 y 1994), con los títulos de estas compilaciones el autor buscaba diluir cualquier ambivalencia sobre el lugar social a partir del cual hablaban los historiadores, debido a que, precisamente, tal era el desafío: demostrar que podían transferir conocimiento más y mejor que los divulgadores sin perder un ápice de rigor. Con todo, ese lugar tampoco serenaba a sus pares puesto que, al jugar la baza del experto que concede o quita autoridad con una válvula mediática de acreditación, el canon historiográfico no dejaba de definirse también en un territorio particularmente extraño al mundo académico.

Suspicacias aparte, en 1984 y en el marco de una entrevista radial emitida por *France Culture*, Le Roy Ladurie tuvo otra ocasión de respuesta. Luego de asumir que el único antídoto frente al peligro del anacronismo consistía en no ser "marxista o freudiano", señaló: "No tengo ningún inconveniente con la vocación caníbal o antropófaga de la historia", en particular, según refería, cuando acudía a otras ciencias sociales. Sin embargo, tras ser interrogado sobre la corriente historiográfica de la que se suponía era el principal abanderado, con un tono cortante alegó: "Aquello de la existencia de una Nueva Historia ¡no fue más que una broma! Solo contamos con una historia de los *Annales*, que existe desde los años 1920 y que se convirtió en algo relativamente popular en los años 1970". Así, por detrás de estas tres declaraciones explícitamente superfluas, Le Roy Ladurie recalibraba una opción ideológica, un modelo epistemológico y elevaba un dictamen institucional. Con la primera, confirmaba su ya célebre resistencia a la teoría (que, en realidad, podríamos traducir como un intento más por alejarse del marxismo) y se desmarcaba de los reduccionismos "peligrosos" aunque para darle más aire a un determinismo estructural al que, por cierto, nunca renunció. El libre uso de la nomenclatura psicoanalítica que había utilizado en sus obras operaba en el mismo sentido. En la segunda, junto con la remisión interdisciplinar, subyacía su reinvención del concepto "larga duración" –acuñado treinta años an,tes

por su mentor Fernand Braudel frente al embate de la antropología levistraussiana– con un endoso fuertemente cuantitativo y sincrónico que lo volvía apenas reconocible: "Una historia que no es cuantificable no puede ser científica", había sostenido años antes. Sin embargo, era con la suficiencia de la última declaración con la que aseguraba su plaza en la tercera generación de *Annales* mientras relativizaba, por la vía presentista, la proverbial genealogía inaugurada por Marc Bloch, Lucien Febvre y prolongada por su maestro. De allí que hacer una historia "sin los hombres" (o sea, sin agencia, diríamos hoy) fuera otro de sus emblemas (que, no obstante, fue ajustando con el tiempo, pero sin abandonarlo del todo) y, en definitiva, otra forma de aligerar (sin doblegar) el precepto blochtiano de la historia como ciencia de los hombres a lo largo del tiempo. Sea como fuere, con estas tres astutas respuestas –una típica duplicidad de los intelectuales consagrados que recrean o reniegan de sus viejas filiaciones para que su actual perfil público linde con el misterio de la originalidad, fije un nuevo predominio, pero, asimismo, asegure, tras la divergencia, la renovación necesaria de una tradición– también intentaba blindar la "nueva historia" frente a sus críticos. Para ello, apelaba a la expiación de su pasado comunista (de hecho, dos años antes de esta entrevista, lo purificó en un temprano experimento de egohistoria, *Paris-Montpellier, PC-PSU, 1945-1963*), atenuaba su presencia en una corriente transida por su "grandeza y decadencia" (frase muy en boga por entonces, no solo en el último subtítulo de Coutau-Bégarie, sino también, por ejemplo, en un agudo ensayo de 1986 sobre *Annales* escrito por Lynn Hunt para el *Journal of Contemporary History*) y, en definitiva, objetivaba dos supremacías heredadas como quien, de forma imprevista, se abstiene de un reparto de bienes que ya no arroja beneficios. Sin embargo, si algo nunca tuvo su derrotero intelectual fue imprevisión.

Son, en verdad, muy pocos los historiadores franceses que, en pleno ejercicio, han gozado de tan alto grado de reconocimiento nacional e internacional, público y académico, no solo entre sus pares, sino también entre los periodistas culturales, quienes, por lo general, siempre han sido muy fértiles en apelativos para su figura: "historiador total", "mago de la historia", "nuevo Michelet", "*rock star* de la historia". Toda su carrera parece escrupulosamente diseñada en un laboratorio secreto sin permitir que ningún agente patógeno altere el tropismo de su coronación final. Oriundo de la Baja Normandía y proveniente de una familia católica de estricta observancia, Emmanuel Le Roy Ladurie se formó y enseñó en las instituciones de educación superior más prestigiosas de Francia: el Collège Saint-Joseph de Caen, los liceos Henri-IV (Paris) y Lakanal (Sceaux) y, en 1949, la École normale supérieure, donde recibe su *agrégation* en 1953. Dictó clases como profesor en el liceo de Montpellier (1955-1957), luego fue investigador asociado en el CNRS (1958-1960), profesor asistente en la Facultad de Letras de Montpellier (1960-1963) y, ya instalado en París desde 1965, *directeur d'études* en la VI[a] sección de la École pratique des hautes études a instancias de Braudel. Su tesis doctoral, titulada *Les Paysans de Languedoc*, dirigida por Ernest Labrousse, publicada y defendida en 1966, es su primer gran libro consagratorio. Así pues, lo que aquí tenemos, por lo pronto, es un joven historiador de origen normando sensible a la historia del sudeste francés que triunfa en París: un símbolo inmejorable para la indómita unidad nacional. Mientras tanto, la construcción de poder institucional seguía su curso. En menos de una década ingresa al Collège de France (1973) donde sucede a Braudel en la cátedra Historia de la Civilización Moderna creada por Lucien Febvre en 1949: su lección inaugural, "L'histoire immobile", marcaría otro punto de inflexión manifiesto. Pero también seguirá publicando un ingente número de obras y otras

tantas en colaboración ("escribir es mi razón de ser", confesó en una ocasión), todas ellas recibidas con un encomio casi unánime. Fue traducido a más de treinta lenguas y, en 1975, logró instalar en el mercado el único *best seller* escrito por un historiador profesional, *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*. Por consiguiente, se volvió una auténtica celebridad reconocida por el gran público y contribuyó a que la historia ocupase aquel primer plano en los medios masivos. No conforme con ello, el conjunto de esa obra marcó un punto de quiebre en la forma de hacer historia económica y social del mundo rural, restauró la historia de las mentalidades y fue pionero en, al menos, dos cuestiones que hoy son de ineludible actualidad: la informatización en historia, con un artículo muy provocador, "La fin des érudits" (1966), en el que se encuentra la celebérrima frase "el historiador del mañana será programador o no será nada", y la historia del clima, mediante una obra que publicó en 1967 y que, entre 2004 y 2006, reescribió y convirtió en tres volúmenes. Como hemos visto, osó desafiar, por un lado, a las figuras tutelares de la corriente historiográfica más importante del siglo XX y, por otro, tanto a los historiadores regionalistas como a los medievalistas más tradicionales de la École des chartes, de quienes recibió, como era de esperar, severos reproches (flanco que utilizó Coutau-Bégarie para una de sus críticas). Entre 1987 y 1994, fue convocado para ocupar la Administración General de la Biblioteca Nacional, no solo para unificarla institucionalmente con el nuevo edificio que promovió la gestión de François Mitterrand, sino también para dirigir los comienzos de la digitalización de su enorme catálogo. Agreguemos que ha sido uno de los historiadores menos parcos en términos egohistóricos, pero también uno de los más sarcásticos a la hora de recordar a sus compañeros de ruta: a *Paris-Montpellier* corresponde agregar su indiscreto diálogo con Francine-Dominique Liechtenhan, titulado *Une vie avec l'histoire. Mémoires*, publicado en 2014. Recibió honores y reconocimientos que solo caben en la fantasía de la mayor parte de sus colegas: dieciséis doctorados *honoris causa* de universidades francesas y extranjeras, junto con varias condecoraciones oficiales y membresías en academias científicas de todo el mundo. Los secretos de su archivo personal, legado a la biblioteca del Institut de France, solo serán consultables, por su expresa voluntad, dentro de treinta años. Mientras tanto, los lectores pueden acceder a la biografía (como cabe esperar, autorizada) del historiador franco-rumano Stefan Lemny (2018) para cuya investigación ha utilizado parte de su correspondencia y documentación privadas lo cual, cabe advertir, no es poco. Tan solo recordemos los lamentos de Christophe Prochasson al biografiar el viejo camarada de Le Roy Ladurie, François Furet, a partir de un archivo casi inexistente. Y no es el único caso.

Ahora bien, ¿qué tipo de cifra encerraba aquella obra para que se convirtiese en un parteaguas historiográfico? En principio, reparemos en su coyuntura histórica. Ningún objeto de investigación nace por sí solo en el laboratorio de un historiador, sino a partir de un principio de incomodidad que se origina en la matriz misma de su sociedad, por entre las turbulencias políticas que padece, tras el infortunio económico que lo corroe y, en definitiva, tras el desahucio y la nostalgia que ocasiona su pérdida. Cuando en los años 1960 Le Roy Ladurie relevaba archivos y daba forma a su tesis doctoral sobre el mundo rural de Languedoc, la sociedad francesa, cada vez más urbana e industrializada, despedía para siempre al campesino, esa figura social que supo darle a la nación una identidad imaginada, pero identidad al fin. El éxodo rural, por entonces, era implacable: más de 100.000 trabajadores por año abandonaban sus tierras. Precisamente, *Les Paysans de Languedoc* rastreaba, entre los siglos XVI y XVII, los orígenes de aquel ocaso, de aquella fibra sensible tan francesa. Pero una transformación socioeconómica a escala secu-

lar y sin precedentes como aquella, combinada con un fuerte aumento de la población, también exigía un nuevo método histórico: bajo el marco de la larga duración y una "historia total", Le Roy Ladurie se propuso demostrar que solo un análisis demográfico fundamentado en el modelo maltusiano permitiría descubrir los cambios que se produjeron en los niveles de subsistencia de los campesinos de aquella región. Un arco temporal de dimensiones aún mayores utilizará para la *Historia del clima desde el año mil* (1967), en la que apelaría a fuentes como la palinología y la dendrocronología para hacer una historia prácticamente inédita de los hechos físicos y su impacto en lo humano. Pero, a principios de los años 1970, su obra marca un viraje. Un trabajo en colaboración con Jean-Paul Aron y Paul Dumont sobre la antropología de los conscriptos que desertaban a principios del siglo XIX (1972) marca una transición a otro tipo de historia: las estadísticas de los archivos militares se incorporan a una exploración etnográfica que, tres años más tarde, encontrará su máxima expresión en *Montaillou*, obra que suele considerarse un trabajo pionero de "microhistoria" respecto del modelo italiano. Si bien se adelanta un año a *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg y comparte, desde luego, una misma coyuntura historiográfica (donde, entre otras cosas, los registros inquisitoriales se convierten en la principal fuente y el "yo historiador" escenifica su método mientras expone la investigación), hay una diferencia esencial: mientras Le Roy Ladurie interroga las fuentes para detectar formas, estructuras y cosmovisiones sociales y culturales (todo lo colectivo a que remite la idea de "mentalidad"), Ginzburg, sin desatender por completo esos aspectos, recupera la agencia individual y restituye prácticas y sentidos más inadvertidos. Diríamos, además, que su microhistoria no cuenta con un trasfondo narrativo como en Ginzburg (ni con su pulso literario), es decir, no cuenta una historia, aunque sí se describan "escenas" o "cuadros" microscópicos dispuestos en orden temático. En suma, estamos ante un historiador que ha explorado, sucesivamente, todas las escalas de análisis: tras operar con marcos seculares enormes, pasó luego a un estudio regional limitado a un período de treinta años y cerró este ciclo con una investigación sobre lo sucedido del atardecer al anochecer de un solo día en una pequeña ciudad con *El carnaval de Romans* (1979). Del mismo modo, luego de apelar a, y militar en un fetichismo cuantitativo con densos anexos estadísticos, inmóvil y "sin hombres", se invistió en virtual etnógrafo para explorar la vida cotidiana de una aldea occitana y, al finalizar el siglo XX, remató el circuito con la historia de una familia suiza en tres volúmenes titulados *Le siècle des Platter* (1995-2006). Una obra ciclópea que, efectivamente, reanudó caminos, trazó nuevos cruces, tomó varios atajos y condensó como pocas un capítulo fundamental de la historiografía francesa de la segunda mitad del siglo XX. Emmanuel Le Roy Ladurie falleció en París el 22 de noviembre de 2023 a los noventa y cuatro años. Como ha señalado una de sus discípulas, Anouchka Vasak, debemos aceptar lo inevitable: con su muerte, hay todo un mundo que se aleja.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional de General Sarmiento / CONICET

J. G. A. Pocock (1924-2023)

El 12 de diciembre de 2023 falleció el historiador John Greville Agard Pocock, especializado en historia de los lenguajes políticos británicos de la temprana modernidad. Su obra supo constituir un hito en el estudio no solo del pensamiento político del período clausurado por la Revolución francesa a finales del siglo XVIII, sino también para la reconstrucción histórica de los lenguajes políticos de los siglos XIX y XX

Nacido en Londres el 7 de marzo de 1924 de padres neozelandeses, pasó su infancia e hizo sus primeros estudios en ese país del Pacífico británico, en la ciudad de Christchurch. Obtuvo su *Bachelor of Arts* y su *Master of Arts* en la Universidad de Nueva Zelanda en 1945 y 1946, para trasladarse luego al Reino Unido, donde obtuvo su doctorado en Historia en la Universidad de Cambridge en 1952. Su carrera docente comenzó antes de doctorarse: entre 1946 y 1948 fue *assistant lecturer in History* en University College en Canterbury, NZ. Ya doctorado, fue *lecturer in History* en la University of Otago (NZ, 1953-56). Preparó su primer libro siendo *Research Fellow* en St. Johns' College en la Universidad de Cambridge (1956-58), antes de pasar década y media como docente de Ciencia Política (*Reader to Professor of Political Science*, University of Canterbury, NZ, 1959-1965; *Professor of History and Political Science*, Washington University in St. Louis, Missouri, USA, 1966-1974). Su último destino docente le permitió volver a la enseñanza de tiempo completo de la Historia, en Johns Hopkins University, donde fue docente desde 1974 hasta su jubilación en 1994 (y donde continuó impartiendo clases algunos años más como Harry C. Black Emeritus Professor). Siguió activó como historiador casi hasta el final de su vida, publicando una importante reflexión sobre Edward Gibbon y la obra de Ibn Jaldún en 2019. Su periplo intelectual –en calidad de estudiante, docente, investigador, autor– entrelazó, pues, tres países del orbe imperial británico, habiendo estado vinculado por sus antepasados a un cuarto: Nueva Zelanda, Reino Unido, Estados Unidos y Sudáfrica, respectivamente.

En su calidad de historiador activo supo elaborar durante seis décadas y media una obra tan amplia como altamente especializada, volcada en tres libros propios –*The Ancient Constitution and the Feudal Law* (1957), *The Machiavellian Moment* (1973), *Barbarism and Religion* (6 tomos,1999-2015)–, una serie sustancial de colecciones de sus propios artículos académicos –*Language, Politics and Time* (1971), *Virtue Commerce and History* (1985), *The Discovery of Islands. Essays in British History* (2005), y *Political Thought and History. Essays on Theory and Method* (2009) (a los cuales se podría añadir el libro co-compilado con Gordon J. Schochet y Lois G. Schwoerer, ya que el proyecto general y tres de las contribuciones más sustanciales fueron de su autoría, *The Varieties of British Political Thought 1500-1800* (CUP, 1993)–, ediciones anotadas de clásicos del pensamiento político –*The Political Works of James Harrington* (CUP, 1977), las *Reflections on the Revolution in France*, de Edmund Burke (Hackett, 1987), y *The Commonwealth of Oceana and A System of Politics* de James Harrington (1992, con una introducción distinta de la de 1977)– más un número verdaderamente impresionante de artículos académicos publicados hasta 2019 en *journals* académicos y libros colectivos de otros.[1]

[1] También se podrían enumerar otros libros que fueron esencialmente compilaciones de trabajos de otros, como

A través de esa empresa académica tan vasta, Pocock delimitó como dominio de su propio saber especializado la historia de los lenguajes de la política tal como estos se desarrollaron –siempre dentro de un marco de referencia británico– desde el Renacimiento hasta fines del siglo XVIII, y de modo preeminente aquellos que fueron empleados para articular proyectos e idiomas republicanos de distinto tipo. A pesar de la evidencia de una curiosidad histórica notablemente global que arrojan ensayos como los que dedicó a Mo Zi y el pensamiento político chino, o sus numerosos escritos sobre la relación entre el pensamiento maorí y el discurso político neozelandés, el hilo conductor que atraviesa toda esa ingente obra supo estar constituido por la problemática específica que monopolizó su atención durante todos esos años: la reconstrucción y exploración de los lenguajes de la política presentes en el Atlántico británico (para cuya exploración incursionó en la reconstrucción –parcial– de aquellos del Renacimiento italiano y de la Ilustración francesa), realizada con la intención de interrogar las condiciones de posibilidad para la emergencia de un concepto moderno de *revolución* y de las respuestas que ese hecho pudo evocar. Un aspecto central de esa reconstrucción fue su insistencia sobre la dimensión religiosa del pensamiento y del discurso políticos durante toda la temprana modernidad, elemento que caracterizaba como crucial para cualquier comprensión plena de esa discursividad. No sería exagerado decir que si mediante este segundo aporte a la historiografía de la Ilustración ha sido posible añadir una "Ilustración protestante" a la "Ilustración radical" estudiada por Jonathan Israel y a la "Ilustración católica" –objeto de análisis desde los años 1960 en obras de Mario Góngora, Tulio Halperín Donghi, José Carlos Chiaramonte, F.-X. Guerra y últimamente por un conjunto de historiadores alemanes enrolados en el proyecto de la *Begriffsgeschichte*–, una plena comprensión de su contribución a la particularidad británica del concepto "revolución" todavía aguarda un estudio sistemático que dé cuenta de su relieve.

Estrechamente vinculado con el grupo de historiadores conocido bajo el nombre de Escuela de Cambridge de historia de las ideas en contexto, no por ello dejó de estar marcada su obra por una perspectiva teórico-metodológica propia, que en más de un sentido lo apartaba del resto de ese grupo. Ello se puede apreciar con claridad a partir de su cuidadosa elaboración de la noción de "lenguajes de la política", convertida en el elemento crucial dentro de su propia reconstrucción histórica del pensamiento político. En su primera formulación –en su artículo "Languages and their implications", elaborado sobre el cierre de los años sesenta– se apoyó fundamentalmente en la argumentación de Thomas Kuhn contenida en su libro *La estructura de las revoluciones científicas* (y demás obras de su autoría), al realizar su propio esfuerzo por establecer "la autonomía metodológica del lenguaje político": el funcionamiento de los lenguajes de la política podía ser visualizado como algo semejante a la operatividad de los "paradigmas" que regían –según Kuhn– a la "ciencia normal" en las "comunidades científicas" entre una "revolución" y la siguiente.[2] La estructura subyacente a los lenguajes de la política determinaba su funcionamiento, sus alcances y sus limitaciones: esta caracterización tuvo varias implicaciones para la práctica de la historia del pensamiento político.

The Maori and New Zealand Politics (1964), *Three British Revolutions*: *1641, 1688, 1776* (Princeton, 1980), y Terence Ball y J. G. A. Pocock, *Conceptual Change and the Constitution* (1988).

[2] J. G. A. Pocock, *Politics, Language, and Time. Essays on Political Thought and History*, Chicago, The Chicago University Press, 1988, p. 13.

Primero, disminuía la relativa importancia de las "obras claves" dentro del canon clásico del pensamiento político –en relación con cualquier período o corriente intelectual–, y reducía también el rol "autoral": si bien "los autores –individuos que piensan y articulan– siguen siendo los actores en cualquier historia que debamos narrar", el hecho de que "las unidades de los procesos que rastreamos son paradigmas de la discursividad política" significaba que aquellas obras, antes consideradas "clásicos del pensamiento político" –Maquiavelo, Hobbes o Rousseau– con capacidad de efectuar cambios revolucionarios en la comprensión de lo político, estaban ellas mismas construidas a través de los paradigmas disponibles para el discurso político, lo cual producía –por ese solo hecho– un efecto nivelador. Por consiguiente, la exploración meticulosa de la gama entera de enunciados políticos asequibles por parte de esos "autores clave" –presente en periódicos, panfletos, discursos parlamentarios, sermones religiosos, oraciones patrióticas, legislación– se tornaba una tarea casi más importante que la exégesis de sus propias obras "clásicas": si el estudio de una amplísima gama de obras olvidadas y/o "menores" no desplazaba por completo a las obras clave del foco de análisis del historiador, se volvía, no obstante, el preludio necesario a la búsqueda de cualquier comprensión fehaciente de la gama entera de significados que esas obras supieron vehicular al momento de ser escritas o publicadas. Esta consecuencia de la conceptualización kuhniana de los lenguajes políticos realizada por Pocock siguió siendo compatible –a pesar del matiz diferencial que introducía en cuanto a la valoración de los "clásicos"– en términos generales con las sugerencias metodológicas que entonces proponía Quentin Skinner acerca de la necesidad que le incumbía al historiador de evitar cualquier interpretación "proléptica" de los enunciados políticos articulados en el pasado. Pocock, tanto como Skinner, estaba agudamente consciente de la historicidad radical de todo enunciado político. Otra consecuencia, en cambio, implicó una divergencia más profunda entre ambos en relación con el modo más aconsejable para la reconstrucción del pensamiento político pretérito: "Una vez que la historia es visualizada en una profundidad lingüística tal, los paradigmas con los cuales el autor opera toman precedencia sobre la cuestión de su "intención" o de la "fuerza ilocutoria" de su enunciado, pues solo después de haber entendido qué medios tenía disponibles para decir cualquier cosa podremos comprender qué quiso decir, qué logró decir, qué se entendió que estaba diciendo, o qué efectos tuvo su enunciado en relación con la modificación o transformación de las estructuras paradigmáticas existentes".[3] El historiador, en vez de simplemente examinar los textos canónicamente significativos del pasado mediante una puesta en relación con un contexto cuya reconstrucción podía ofrecer indicios más o menos precisos acerca de la "intención" del autor al momento de ejercer su acto de habla, debía procurar identificar los "lenguajes" de la política –cuyos paradigmas rectores determinaban, al menos en parte, los vocabularios disponibles para sus usuarios–, reconstruirlos tan perfectamente como lo permitiera el registro histórico, y luego colocar a todas las obras –incluyendo las canónicamente más significativas– en el contexto definido por la gama total de posibilidades disponibles a partir de ese paradigma rector: una propuesta que se asemeja, de modo oblicuo, más al proyecto de la *Begriffsgeschichte* que al de la Cambridge School.

Ese temprano intento de Pocock por caracterizar la naturaleza y función de los *lenguajes de la política* estuvo atravesado por conceptos tomados del ideario estructuralista que

[3] *Ibid.*, p. 25.

entonces permeaba el ambiente intelectual, si bien buscó eludir la conclusión última que de él se desprendía: es decir, la abolición completa de toda agencia autoral, algo que para un historiador compenetrado con la noción historiográfica de "humanismo cívico" debió ser percibido como una inaceptable limitación al rol efectivamente ejercido por los pensadores políticos del pasado, olvidados o clásicos. Es por ello que en el ensayo citado, así como en los demás que integraron ese volumen, el "autor" aparece representado siempre como la sede de cierta capacidad de decisión –en tanto podía elegir entre los distintos lenguajes de la política disponibles en su época (o combinar varios como parte de una estrategia retórica específica), aun cuando la gama total de lenguajes disponibles no dejara de depender "estructuralmente" del momento histórico específico–; y a su vez los procesos que en curso del tiempo ostentaban la capacidad para modificar o hasta reemplazar paradigmas aparecían situados en la interacción entre instancias específicas de hechos del habla desplegadas por los/las autores en un contexto de explicación y/o de polémica, por un lado, y los paradigmas subyacentes que determinaban la totalidad de los vocablos y sentidos disponibles para ellos/ellas, por otro lado.

Una década más tarde, Pocock ofreció una caracterización más detallada de lo que entendía por "lenguajes de la política" en el ensayo introductorio de su libro *Virtue, Commerce and History*: "El estado del arte". Explicitando ahora la contribución de la lingüística saussureana (y del "giro estructuralista") a su concepción, el "lenguaje" aparecía referido ahora a los dos niveles de *langue* y *parole*, mientras que términos como "discurso" y "tradiciones discursivas" eran presentados como intercambiables con "lenguajes" y "dialectos", términos que había venido prefiriendo en sus trabajos anteriores: un indicio difuminado del modo en que Foucault se solapaba ahora con Kuhn, Austin y Searle, desplazándolos parcialmente en el momento de definir qué eran los "lenguajes de la política" y cómo funcionaban, si bien estos últimos –junto con la teoría de juegos– siguieron estando también presentes en sus descripciones densas de los "lenguajes" recuperables por medio de la historia. El objeto central investigado por los historiadores del pensamiento político (y aun de la "política" en un sentido más general), insistía enfáticamente Pocock, era el *discurso,* el *lenguaje* político: "Aprender a leer y a reconocer los diversos dialectos del discurso político tal cual estos estaban disponibles en la cultura y en la época que estudia constituye una porción mayor de la práctica del historiador: [consiste] en identificarlos tal como aparecen en la textura lingüística de cualquier texto específico, y en saber qué sería lo que normalmente le habría permitido al autor de ese texto proponer o 'decir'. El grado en que su uso por el autor excedía lo normal es algo que se evalúa después".[4] Un punto fundamental para Pocock era que, de los dos dominios en que podía ser dividido ese objeto de estudio –la historia de "estados de conciencia" o del pensamiento individual y privado, por un lado, y aquella del discurso público producido en la interacción entre dos agentes o más, por otro lado–, era el segundo el que revestía mayor importancia para el historiador, mientras que el primero concitaba apenas una investigación ancilar pensada para mejorar la comprensión del segundo: "[…] el discurso es por lo general público, y los autores publican por lo general sus obras, si bien la acción de escribir un texto y la acción de publicarlo pueden resultar ser muy distintas por haber sido realizadas en situaciones distintas […] La historia del discurso se ocupa de actos del habla que se conocen y que evo-

[4] J. G. A. Pocock, *Virtue, Commerce, and History. Essays on Political Thought and History*, Cambridge, Cambridge University Press, p. 9.

can una respuesta, de enunciados ilocutorios que son modificados al convertirse en perlocutorios mediante el modo en que sus destinatarios reaccionan ante ellos, y de las respuestas que asumen la forma de acciones del habla adicionales y/o de 'contratextos'".[5] Para que la historia del discurso político tenga un sentido, "se requiere del historiador un modo complejo de *Rezeptionsgeschichte*".[6]

En el mismo proceso de delinear las fronteras del objeto que debería, según él, concitar el foco de atención del historiador –al distinguir la historia del discurso de la historia del pensamiento y también de *l'histoire des mentalités*–, reforzó el aspecto crucial en su entendimiento de toda la problemática de la historia de los lenguajes políticos: que los discursos y las acciones que por su medio se podían cumplir eran esencialmente de naturaleza colectiva. Los lenguajes de la política envolvían y contenían a los pensadores individuales y sus textos, y ello al margen del modo en que esos individuos pudieran emplear sus palabras y dialectos con el fin de modificar los propios lenguajes. La tarea, pues, para el/la historiador/a empeñado/a en recuperar los "lenguajes" que habían estado disponibles en épocas pretéritas pero que ya no lo estaban –o al menos no lo estaban con las mismas características que antes– consistiría en reunir evidencia suficiente acerca del uso sistemático y compartido –por parte de los agentes discursivos del pasado– de los vocabularios y de las posibilidades sintácticas que esos lenguajes supieron ofrecer: "Cuanto más pueda demostrar (a) que autores diversos emplearon el mismo dialecto y desplegaron performativamente enunciados diversos y hasta contradictorios en su seno, (b) que ese dialecto recurre en textos y contextos que varían en relación a aquellos en los que fue inicialmente detectado, y (c) que los autores expresaron en palabra su conciencia de estar empleando un dialecto tal y hasta desenvolvieron lenguajes críticos y de segundo orden para comentar acerca de, y regular, su empleo del mismo, tanto más se incrementará la confianza que siente [el historiador] en su método" –y tanto más se incrementará la confianza que el lector y colega historiador depositan en él.[7]

Si le era posible al historiador identificar y cartografiar lenguajes específicos, ese hecho por sí solo no resolvía la pregunta acerca de la relación entre el lenguaje y la experiencia. Pocock, en relación con esta cuestión, presentó una caracterización de esa relación que –una vez más– se aproximaba de forma sorprendente a la de Reinhardt Koselleck y sus colegas. La distancia que no dejaba de separarlos –por más que se hubiera acortado– derivaba casi seguramente de las limitaciones impuestas a Pocock por su perspectiva en última instancia firmemente empirista:

> Existe una demanda constante y justificada […] para que la lengua empleada por los actores en una sociedad sea forzada a producir información acerca de aquello que esa sociedad estaba experimentando, y […] que esa lengua sea presentada en la medida de lo posible como un efecto de esa experiencia. Aquí se lo ve al historiador conceder un grado de autonomía al lenguaje, y esto perturba a aquellos que no saben distinguir entre la autonomía y la abstracción. […] [El historiador] no presupone que la lengua del momento simplemente denota, refleja o es un efecto de la experiencia del momento. Más bien interactúa con la experiencia, ofrece las categorías, la gramática y la mentalidad mediante la cual la experiencia debe necesariamente ser reco-

[5] *Ibid.,* pp. 17-18.
[6] *Ibid.*
[7] *Ibid.,* p. 10.

> nocida y articulada. Al estudiarla el historiador aprende cómo los habitantes de una sociedad procesaban cognoscitivamente la experiencia, qué experiencias eran capaces de reconocer, y qué respuestas a la experiencia eran capaces de articular y por ende realizar. En tanto historiador del discurso, es su negocio estudiar qué ocurrió en el discurso (incluyendo lo teórico) en el proceso de la experiencia, y de este modo aprende bastante acerca de la experiencia de aquellos que estudia.[8]

"El historiador espera pues que la relación entre el lenguaje y la experiencia sea diacrónica, ambivalente y problemática".[9] Si la experiencia no es absolutamente isométrica con el lenguaje que podría darle expresión, si una porción de la "experiencia" –de la "realidad"– permanece fuera del dominio de la expresión lingüística –conceptual–, entonces la transformación *begriffsgeschichtliche* de la historia social en historia conceptual permanecerá justo fuera del alcance de la mano. Para los propósitos de Pocock y de su teoría, esta puede no haber sido una situación enteramente negativa.

En los hechos, los "lenguajes de la política" y los "dialectos" que identificó y exploró fueron aquellos para cuya existencia se pudo reunir una evidencia empírica abundante acerca de su uso por pensadores y escritores del período histórico estudiado. Esa recuperación y reconstrucción de tales lenguajes, sugirió, podía lograrse mediante un análisis minucioso de "los vocabularios profesionales de juristas, teólogos, filósofos, mercaderes, y así sucesivamente, que por alguna razón hayan sido reconocidos como parte de la práctica de la política y hayan ingresado al discurso político".[10] Otra forma de lograrlo sería practicando el mismo método para la recuperación de dialectos y lenguajes cuyo origen fuera "retórico" en vez de institucional o profesional: "se descubrirá que ellos se originaron como modos de argumentación en el interior del proceso sostenido del discurso político, como modalidades nuevas inventadas o modalidades viejas transformadas por la acción constante del habla sobre el lenguaje, de la *parole* sobre la *langue*".[11]

Como puede preverse por lo dicho, Pocock fue modificando la conceptualización de "lenguajes de la política" a través de los años, al incorporar nuevas referencias teóricas, al compás de la evolución general de la propia teoría de la historia, que produjeron transformaciones sutiles o profundas en ella (en los años 1990, la *Sattelzeit* ya formaba parte del vocabulario de Pocock, siendo este apenas un ejemplo de una secuencia constante de incorporaciones a lo largo de su carrera).[12] En su propio trabajo, la noción de "lenguajes de la política" serviría para identificar y cartografiar el lenguaje de la "antigua constitución" en el discurso político británico de la tem-

[8] *Ibid.*, p. 29.
[9] *Idem*.

[10] *Ibid.,* p. 8.
[11] *Idem*.
[12] Sobre los cambios, véanse los ensayos más tardíos contenidos en: *Political Thought and History. Essays on Theory and Method*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009; el concepto de *Sattelzeit* aparece brevemente desarrollado –junto con una reflexión acerca de su pertinencia a la empresa historiográfica de Pocock– en: J. G. A. Pocock (ed.), con la colaboración de Gordon Schochet y Lois G. Schwoerer, *The Varieties of British Political Thought 1500-1800*, Cambridge, Cambridge University Press. Finalmente, cabe aclarar que, si bien Pocock admitió no leer alemán (cfr. H. Lehmann y M. Richter [eds.], *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, German Historical Institute, 1996, Washington, D. C., p. 47), pudo leer a Koselleck en inglés: su *Vergangene Zukunft* había sido traducido en 1985 y *Kritik und Krise*, en 1988. Véase al respecto Stefan-Ludwig Hoffman y Sean Franzel, "Introduction: Translating Koselleck", en R. Koselleck, *Sediments of Time*, Stanford UP, 2018, Stanford, CA, pp. xviii-xix.

prana modernidad, aquel del "momento maquiavélico" en ambas márgenes del Atlántico, la "Ilustración protestante" británica –distinta de la francesa o italiana–; el o los lenguajes de la revolución tal como aparecieron acentuados y resignificados dentro de la tradición británica en la temprana modernidad, y muchos más. Como parte de ese proceso cartográfico, reinterpretó y enfatizó, de forma más contundente que antes, la obra de James Harrington –al que parangonó con Robert Filmer entre los contrincantes/dialogantes de Hobbes–; demostró que la obsesión (hasta los años 1970) de los historiadores norteamericanos con el rol central del "liberalismo" de John Locke en la revolución de independencia de ese país ocluía la presencia de otros insumos discursivos igual o más potentes; y rescató del olvido total a la poderosa inteligencia evidente en los escritos del pastor anglicano Josiah Tucker. A ello se suma, sobre el final de su trayectoria como historiador, su iluminación de las muchas Ilustraciones de Edward Gibbon –británica, cosmopolita, y empinada sobre el filo cortante de la política de su época–: un autor cuyo libro, *Decadencia y caída del Imperio Romano*, nunca volverá a ser leído del mismo modo luego del pocockiano desentrañamiento exhaustivo de sus múltiples capas de significación.

Pocock nunca ocultó que su foco exclusivo *qua* historiador era el pensamiento político británico en la temprana modernidad (1500-1800): cuando abordó otros lenguajes de la política pertenecientes a otras tradiciones nacionales fue siempre con la intención de iluminar textos y lenguajes del espacio británico, y/o para refinar su propia interpretación de estos. Exploró siempre el pensamiento político francés, italiano, alemán a través del prisma de los lectores británicos, para los cuales ese pensamiento pudo parecer relevante en algún momento histórico. Incluso sus incursiones hacia el terreno del pensamiento político maorí estuvieron colocadas en última instancia dentro de un marco de referencia exclusivamente británico.

Podrá parecer a primera vista sorprendente, pues, que su obra haya tenido impacto entre los historiadores de América Latina antes, incluso, de que hubieran sido traducidas sus principales obras al castellano. Ello se debió en parte, sin duda, al hecho de que las problemáticas centrales en la obra de Pocock eran las mismas con las cuales debieron lidiar historiadores empeñados en reinterpretar la historia política e intelectual de América Latina en un momento –los años 1980– cuando lo político volvía a ocupar el centro de la escena intelectual regional. Por las mismas razones que en aquellos años incitaron a una relectura de la obra de Foucault, a una utilización intensiva de los aportes de los demás autores de la Escuela de Cambridge, y a la lectura interactiva de historiadores franceses de lo político, como Claude Lefort, Pierre Rosanvallon o François Furet –y desde comienzos de los noventa de los teóricos de la *Begriffsgeschichte* alemana–, textos fundamentales de Pocock, como *The Machiavellian Moment* o *Virtue, Commerce and History* fueron leídos en busca de herramientas teóricas aplicables a la historia del pensamiento político latinoamericano –como la noción de "lenguajes de la política"–; y también por los análisis renovados que ofrecían de autores y tradiciones discursivas que, si bien se originaron en el espacio cultural británico, habían sido incorporados como insumo por los pensadores políticos latinoamericanos en el proceso de construir las propias tradiciones y lenguajes de la política en este continente.

Por otro lado, existieron ciertos paralelismos entre la tradición política española y la británica cuando se las considera desde la perspectiva de la *longue durée*, que llevaron a una confluencia entre los temas y preocupaciones de ese historiador británico tan insular y aquellos de sus pares iberoamericanos: el discurso de la "antigua constitución" –bajo

formas diversas– estaba presente en ambas tradiciones, por lo cual no debería sorprender que menos de un lustro luego de publicado *The Ancient Constitution and the Feudal Law*, Tulio Halperín Donghi haya analizado ese discurso en su variante ibérica como elemento crucial para entender la historia de la Revolución de Mayo.[13] De modo análogo, el peso de la formación místico-religiosa en ambas culturas –la británica y la ibérica–, con su prolongación hacia una problemática teológico-política de dificilísima resolución, llevó a los historiadores de este continente a postular la existencia de una "Ilustración católica" treinta años antes de que Pocock llegara formular una interpretación semejante en relación con la Ilustración británica, cuyo carácter "protestante" se le presentó como elemento ineludible.

Por la confluencia entre problemáticas semejantes o por las herramientas teóricas que ofrecía como insumo para la práctica local de los historiadores latinoamericanos, la tan historiográficamente sofisticada obra de Pocock ha tenido una presencia tangible y creciente en la historia intelectual y del pensamiento político realizada en América Latina desde la segunda mitad de los años 1980 en adelante. Cualquier examen somero de las obras de historia política, historia del pensamiento político y de historia intelectual escritas por latinoamericanos durante las últimas tres décadas y media arrojará numerosos indicios de la presencia –a veces crucial– de Pocock en esa producción.

Traducido sistemáticamente al castellano desde comienzos del siglo XXI, su presencia cada vez más visible ha evocado críticas crecientes a su obra, así como a la constelación intelectual con la cual ha sido casi siempre asociada: la Escuela de Cambridge. Mientras que algunos, como Elías Palti, han enfatizado el carácter parcial de sus aportes –que la capacidad de eclecticismo que ostenta la teoría practicada en Latinoamérica estaría en condición de superar–, otros han centrado su mirada en la insularidad profesa de Pocock y sus pares.[14] La ausencia casi completa de una referencia a autores iberoamericanos –peninsulares y criollos– en la obra no solo de Pocock sino de casi todos los autores de la Escuela de Cambridge ha llevado a cuestionar cuán universalmente aplicables puedan ser unas interpretaciones y propuestas teórico-metodológicas marcadas por semejante punto ciego. Un texto reciente de Clément Thibaud –y todo el dossier que lo acompaña– ha resumido varias instancias de este señalamiento crítico, yendo más allá de la simple omisión de cualquier referencia al orbe hispano-indiano y sus tradiciones intelectuales, para problematizar, en cambio, la comprensión que en esa obra presentan términos como "republicanismo" y "liberalismo": entendidos de forma dicotómica en la obra de Pocock y sus colegas anglófonos, la historia conceptual y de los lenguajes políticos iberoamericanos permitiría complejizar la comprensión de ambos términos conceptuales, atenuando la oposición tajante entre ellos. Del mismo modo, la mirada desde el otro Atlántico, latino, ibérico, africano, vinculado al mundo mediterráneo, permitiría superar la cesura intransitable entre el período de la temprana modernidad y aquel de la modernidad *tout court* (es decir, la frontera entre el siglo XVIII y el XIX erigida en barrera infranqueable o casi por Pocock), y producir, al mismo tiempo, un modelo de discursividad republicana aplicable a un Atlántico policéntrico y multicultural –algo que el anglocentrismo tan férreo de Pocock ha tendido a obtu-

[13] Tulio Halperin Donghi, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, Eudeba, 1961.

[14] Elías Palti, "The 'Theoretical Revolution' in Intellectual History: From the History of Political Ideas to the History of Political Languages", *History and Theory*, vol. 53, n° 3, octubre de 2014.

rar.[15] Sin subestimar la importancia de la contribución específica realizada por Pocock a la renovación de la historia del pensamiento político en el mundo atlántico, la argumentación presentada por Thibaut acerca de las limitaciones de la historia británica y angloamericana del republicanismo ha buscado abrir un camino hacia una comprensión más precisa y sutil de ese otro discurso republicano, de ese otro republicanismo, latinoamericano y del mediterráneo latino: es cierto, claro, que si el aporte de Thibaud y sus colegas supera en su aplicabilidad al contexto no anglófono, el mismo no hubiera sido posible sin la obra señera de Pocock.

Si la barrera lingüística no hubiera existido, es posible que Pocock hubiera interactuado con estas críticas de forma constructiva –y quizás no demasiado conciliatoria. Era también, al final de cuentas, un sujeto "colonial": si bien no del costado Atlántico del Imperio británico, sino de su costado Pacífico, cuya propia "declinación y caída" tuvo lugar en el espacio de su propia vida. Buscó, cabe reconocer también, colocar a lo largo de toda su extensa obra la diferencia decisiva entre distintos tipos de ciudadanos y súbditos "británicos" en un lugar visible de su narración, fueran estos ingleses, norteamericanos, escoceses o maorís.[16] Un estudio pluricéntrico del republicanismo –cuya urgente necesidad Thibaud defiende tan convincentemente– estaba ya presente en el horizonte del propio Pocock, aun cuando ese horizonte no se extendiera más allá de las fronteras sobre las cuales alguna vez supo flamear la *Union Jack*. En defensa de esa autolimitación que en su caso le resultó gratamente fecunda, pudo haber repetido las palabras pronunciadas en su conferencia de despedida al jubilarse luego de muchas décadas de docencia en la Johns Hopkins University: "Depende de qué es lo que uno quiere, una historia propia o una historia en cuyo interior uno se pueda mover con libertad; la isla o el océano, la llegada a tierra o el viaje. Más allá, sin embargo, se encuentra la comprensión de que al final de cuentas uno no puede elegir, y que es de eso de lo que se trata la historia".[17]

Jorge E. Myers
Universidad Nacional
de Quilmes / CONICET

[15] Clément Thibaud, "Para una historia de los republicanismos atlánticos (1770-1880)", *Prismas. Revista de Historia* Intelectual, n° 23, 2019.

[16] Analizó este aspecto pluralista de su propia obra en relación con los debates teóricos de la década de 2000 sobre los subalternos y sus discursos, en J. G. A. Pocock, "The Politics of History: the Subaltern and the Subversive", *Political Thought and History*.

[17] J. G. A. Pocock, *The Owl Reviews his Feathers*, Valedictory Lecture, Johns Hopkins University, 1994 (editada por Zachary Larsen: www.intellectualhistory.net/thousand-manuscripts-blog/the-owl-reviews-his-feathers).

José Carlos Chiaramonte (1931-2024)

Quien ha seguido de cerca el itinerario de José Carlos Chiaramonte, fallecido en Buenos Aires el 1° de marzo de 2024, podrá reconocer que dedicó gran parte de su obra a deconstruir "el postulado de la existencia de una nacionalidad en cada uno de los futuros países hispanoamericanos en el momento de la Independencia".[1] La cita procede de un texto que publicó en 1991, cuando el tema de los orígenes de las naciones y los Estados estaba en la cresta de la ola en la historiografía europea. Su apuesta, sin embargo, tiene el enorme valor de haber sometido a crítica las narrativas fundacionales de las historias latinoamericanas para avanzar desde muy diversos ángulos en la demostración de sus hipótesis. En esa apuesta, que asumió con actitud académica militante no exenta de debates y polémicas, reside tal vez uno de los aportes más contundentes de su legado a la disciplina. Un legado que se complementó con su férreo compromiso institucional con el desarrollo del campo científico y universitario, plasmado en la reconstrucción del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" de la Universidad de Buenos Aires, que dirigió entre 1986 y 2012.

Integrante de una generación luminosa que alentó el debate intelectual, académico y político, la trayectoria vital de Chiaramonte estuvo marcada –como la de muchos compañeros de ruta– por las contingencias y avatares que experimentó la Argentina en la posguerra. En esa trayectoria es posible distinguir tres grandes momentos. El primero, el "momento litoral" que se extiende desde su niñez y juventud hasta comienzos de los años 70, fue una etapa de descubrimiento del rumbo que habría de tomar más tarde. El segundo, el "momento del exilio" en ciudad de México, que se prolongó por una década, representó la consolidación de su lugar en el mundo académico y el comienzo de la internacionalización de su carrera a través de los fluidos intercambios en las redes de exiliados argentinos con colegas mexicanos y extranjeros. El tercero, el "momento porteño", que se inicia con su regreso al país en 1985 en plena recuperación democrática, es el de su consagración como referente central del campo historiográfico argentino.

En 2015, el Instituto Ravignani dedicó un merecido homenaje a quien había sido su director hasta poco tiempo antes. El evento estuvo destinado a reflexionar sobre su prolífica obra, y los resultados del debate fueron publicados al año siguiente en un número especial del *Boletín* de dicho instituto.[2] Poco podría agregar a lo ya expuesto en aquellas sesudas ponencias y comentarios, a cargo de destacados colegas locales y extranjeros que recorren los diversos campos de análisis y los principales presupuestos de su producción historiográfica. De manera que en estas líneas procuro recuperar algunos fragmentos de los tres momentos de su carrera, en los que se entrelazan su propia voz y las experiencias colectivas que acompañaron su camino. Un camino que compartí intensamente en el tramo porteño, pero que no fue ajeno a mi pertenencia

[1] José Carlos Chiaramonte, "El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana", *Cuadernos del Instituto Ravignani*, n° 2, 1991, p. 7.

[2] *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, n° 45, 2016. Disponible en: http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/boletin/issue/view/545.

territorial, la ciudad de Rosario, donde lo conocí personalmente a fines de los 80, cuando ya era un historiador consagrado y yo comenzaba a dar mis primeros pasos de aprendiz de historiadora. Por esos años tuve la fortuna de que me invitara a participar de un proyecto internacional sobre procesos electorales en América Latina del siglo XIX, que derivó en mi tesis doctoral, bajo su dirección, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Rosario, sin embargo, continuaba siendo un punto de encuentro, por cuanto siempre regresó por lazos familiares, académicos y de sociabilidad. En ese tránsito, Chiaramonte pasó a ser José Carlos, y confieso con cierto pudor cuánto me costó no apegarme al apodo que lo referenciaba entre los colegas y amigos rosarinos de su generación: "el Negro Chiaramonte".

Si apelo a este recuerdo autobiográfico no es solo para rendir homenaje a un maestro sino para introducir el primer tramo litoral de su trayectoria. Chiaramonte ilustró muy bien "los comienzos de su experiencia intelectual" cuando fue entrevistado por Roberto Di Stefano y Raúl Fradkin en ocasión del homenaje realizado en el Instituto Ravignani:

> A veces las decisiones tomadas en la adolescencia nos marcan para siempre. Mi padre murió cuando yo tenía diez años; era comerciante, pero también el intelectual del pueblo donde nací, Arroyo Seco, cerca de Rosario. Tenía una biblioteca que en su mayor parte, según tradición familiar, donó al Partido Demócrata Progresista. De manera que en la familia había una tradición, que provenía por lo menos de mi abuelo paterno que era siciliano, emigrado a fines del siglo XIX, y parece haber sido anarquista, que me fue inclinando a la lectura. Entre las primeras estuvo la trilogía –entonces, para mí, sensacional– de Verne, Dumas y Salgari... La que más me gustó de las novelas de aventuras fue *La isla misteriosa* de Verne. También las novelas de Dumas padre, las de piratas de Salgari... Poco después de mudarnos a Rosario encontré cerca de casa una librería que vendía libros usados por un peso. Yo los leía en el día y los revendía al día siguiente por cincuenta centavos, lo que me permitía comprar otro. Por esa pasión descuidaba las lecciones para la escuela, hasta el punto de que en tercer año de la secundaria llevé a examen siete materias (no sé si es un dato que convenga divulgar...).
>
> Un buen día decidí hacer lecturas "serias". Estaba a fines del tercer año de la secundaria y compré el primer tomo de Plutarco. A partir de allí comencé una experiencia de lectura de literatura clásica. Leí todos los clásicos griegos y latinos que encontraba, en idioma español, en la Biblioteca Argentina de Rosario, además de los clásicos del Siglo de Oro español, y poco de literatura moderna. En esos años escribí un cuento, creo que imitando el estilo de Rubén Darío, y me pareció tan malo que lo destruí. Esa experiencia se extendió hasta el momento en que entré a la Facultad de Filosofía y Letras.

El testimonio de aquellos lejanos inicios refleja rasgos que lo acompañaron por el resto de su vida: la afición por la lectura de géneros variados, el interés por los clásicos, la compulsión por las librerías de usados, sin olvidar la genealogía siciliana como marca de origen a la que varios amigos atribuían jocosamente algunas facetas de su personalidad (desde sus manías culinarias hasta sus obsesiones académicas e intelectuales). Con el ingreso a la vida universitaria continuó la búsqueda de un rumbo más sistemático para sus inclinaciones humanísticas y decidió realizar sus estudios en la carrera de Filosofía en Rosario –por entonces dependiente de la Universidad Nacional del Litoral–, aunque su inclinación por la historia ya estaba instalada. De hecho se ha-

bía anotado en ambas carreras, pero las condiciones materiales lo obligaron a trabajar, impidiéndole cursar las materias, que rindió en condición de alumno libre. Siempre le gustaba recordar uno de esos trabajos ocasionales como auxiliar de escritorio en la Asociación Rosarina de Fútbol, donde "servía el café en las reuniones y ordenaba papeles", y donde seguramente cultivaba su fanática adhesión al club local Newell's Old Boys.

En 1956 obtuvo el título de grado y a partir de allí combinó la docencia universitaria con la enseñanza y gestión en la escuela media. Ambas actividades lo proyectaron en dos mundos que, aunque diferentes, supo capitalizar a través de las íntimas conexiones trazadas en esos años. En la Escuela Normal N.° 3 de Rosario, de la que había sido alumno, se inició como profesor hasta ascender al cargo de director de la institución. Aquella experiencia "normalista" que le gustaba reivindicar no fue ajena a un aspecto menos recordado: su participación en la naciente formación del Nivel Terciario en Santa Fe. Como destaca José Hugo Goicoechea en una reciente semblanza, la contribución de Chiaramonte se tradujo no solo en el breve período en el que dictó clases en el Instituto Superior de Profesorado N.° 3 de Villa Constitución, sino que se extendió en el tiempo a través de sus variadas intervenciones en los institutos del sur de la provincia junto a su esposa y compañera de vida, Susana Lamboglia, especialista en Ciencias de la Educación. Dicha contribución –cabe destacar– se inscribió en sus inicios en la política que propició el entonces ministro de Educación de la provincia de Santa Fe, Ramón Alcalde, en los albores del gobierno frondizista de Carlos Silvestre Begnis.

Martín Prieto ha reconstruido las redes intelectuales y universitarias que conectaron el Litoral con Buenos Aires durante aquel efímero "momento Alcalde" en *Aventuras de la cultura argentina en el siglo XX,* coordinado por Carlos Altamirano (Siglo XXI, 2024). Su artículo ilumina el entramado en el que participó Chiaramonte al transitar el eje Rosario-Santa Fe-Paraná luego de concursar en 1957 la cátedra de Historia del Pensamiento y la Cultura Argentina en la Carrera de Ciencias de la Educación, que funcionaba en la ciudad de Paraná, y en la que se desempeñó hasta 1971 viajando semanalmente desde Rosario. En esos viajes litoraleños trabó relaciones con poetas, escritores y artistas, entre los cuales figuran Juan L. Ortiz, Hugo Gola y Juan José Saer. En su obra póstuma *La grande,* Saer deja testimonio de ese vínculo al integrar fugazmente a su amigo del sur santafesino como un enigmático y pintoresco personaje que ilustra las vivencias de todo un grupo que en sus años de juventud experimentó a escala regional el intenso y estimulante clima cultural imperante en el país en los años 60.

En ese clima, que articulaba vida académica, debate intelectual y compromiso político, Chiaramonte comenzaría a alejarse del Partido Comunista en el que militó activamente durante los años 50. Su paso por el PC –según afirma Pablo Buchbinder en el obituario que publicó en la página de la Asociación Argentina de Investigadores en Historia (ASAIH)– "signó posiblemente su obra más de lo que él mismo estaba dispuesto a reconocer".[3] En efecto, la militancia lo introdujo en las diversas bibliotecas del marxismo y –como solía admitir– lo disciplinó en el método y agenda de lecturas que, hasta allí, habían seguido un camino disperso en su solitaria carrera de alumno libre. La militancia colaboró también a conjugar sus dos inclinaciones iniciales por la filosofía y la historia. Él mismo recordaba que "el marxismo contribuyó a acercarme a la historia", a la que decidió dedicarse como una suerte de autodidacta: "No me formé como historiador con un maestro

[3] Véase http://asaih.org.ar/condolencias-por-el-fallecimiento-de-jose-carlos-chiaramonte/

que me dirigiera, ni con una beca en el exterior... Mi primera salida del país fue para asistir al Congreso de Americanistas de 1974 en México, casi veinte años después de haberme recibido. Me formé leyendo libros y escuchando a gente que podía aportarme algo, como ocurrió en 1961 con la que giraba en torno a José Luis Romero".[4] A la mítica cátedra de Romero pudo acceder por una beca que ganó en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario para realizar estudios de posgrado no formalizados. Durante esa estancia porteña conoció a Tulio Halperin Donghi, Nicolás Sánchez Albornoz, Ezequiel Gallo, Roberto Cortés Conde, Reyna Pastor, Alberto Pla, entre otros, quienes formaron parte de la corte de viajeros que desplegó su actividad universitaria entre Buenos Aires y Rosario.

El golpe militar de 1966 vino a interrumpir ese flujo de intercambios con sede en las universidades y trajo consigo la dispersión. En el nuevo contexto del país, el refugio de muchos fue la integración de grupos de estudio, como el organizado por Chiaramonte en Rosario. En el seno de ese grupo, y gracias al descubrimiento de un archivo, comenzó a indagar el caso de Corrientes en la polémica proteccionismo-liberalismo. La investigación lo llevó a esbozar sus primeras intuiciones sobre la cuestión nacional a partir de la cuestión regional y a encontrar pistas para avanzar en un trabajo empírico, más atado a las evidencias de los documentos que a las grandes teorías totalizadoras. De ese trabajo en los archivos nació *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina, 1860-1880* (Solar/Hachette, 1970), un libro pionero y fundamental donde se articula el campo de las ideas económicas, de la historia estatal y de las clases sociales. Un libro que lo ubicó como miembro de pleno derecho en la polis historiográfica y que –sobre todo– operó como disparador de un horizonte personal de descubrimiento durante el proceso de escritura. Su autor lo colocaba retrospectivamente como el mojón a partir del cual "me hice historiador". Al año siguiente de su publicación se trasladó a Bahía Blanca para incorporarse al Departamento de Economía de la Universidad Nacional del Sur. Allí compartió su labor con un potente grupo de economistas regionalistas, hasta ser cesanteado en 1975 bajo los efectos de la represión infligida durante el tercer gobierno peronista. Con este episodio se cerraba el primer tramo de búsqueda y autodefinición en el amplio abanico de temas que cultivó en los primeros años, para embarcarse en el segundo momento del exilio sin abandonar la impronta del "momento litoral" que modeló su vida personal y la producción que le siguió.

En Ciudad de México ejerció como investigador y profesor en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y después en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Allí continuó desarrollando sus preocupaciones en el campo económico-social, que volcó en *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica* (Grijalbo, 1983), mientras reanudaba sus estudios sobre el caso de Corrientes gracias a un subsidio que le otorgó el Social Science Research Council (SSRC). Los primeros resultados de esos estudios los expuso en "La cuestión regional en el proceso de gestación del Estado Nacional Argentino", presentado por primera vez como ponencia en un seminario organizado por El Colegio de México en 1981. En su estancia mexicana también retomó su interés por la historia de las ideas. Un interés que, además, lo instalaba en el período histórico en el que más tarde desplegaría sus principales líneas de trabajo: el tránsito de la etapa tardocolonial a los procesos independentistas. En 1979 salió a la luz *Pensamiento de la Ilustración*, publicado por Biblioteca Ayacucho, donde recuperaba parte de sus seminales *Ensayos sobre la Ilustración*

[4] Véase http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/boletin/article/view/6734/5947.

argentina, editados en Paraná por la Facultad de Ciencias de la Educación en 1962. En 1982 aparecía *La crítica ilustrada de la realidad* (CEAL) y, una vez regresado al país completaba la "serie ilustrada" con *La Ilustración en el Río de la Plata. Cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato* (Puntosur, 1989).

Chiaramonte nunca abandonó el horizonte de su formación filosófica ni la convicción sobre la necesidad de anclar los procesos históricos en las bases materiales y sociales. Así lo reflejan las marcas registradas de su magna obra, jalonada por recurrencias temáticas, por explorar nuevas perspectivas de análisis –evitando adherir a las "modas académicas" por las que confesaba un agudo escepticismo– y por forjar un recorrido diverso y a la vez singular dentro de la disciplina. Tampoco abandonó su impulso por relacionarse con el mundo cultural más amplio, en particular con el mundo literario. En la mencionada entrevista que le hicieron Di Stefano y Fradkin, ante la pregunta acerca de lo que "significó como experiencia intelectual" el exilio mexicano, luego de pasar rápidamente revista por su trabajo profesional se detuvo en las amistades intelectuales que cultivó en esos años. Entre ellas, la que estableció con el poeta José Emilio Pacheco, de quien conservaba dos libros "con dedicatorias muy lindas" y a quien quiso conectar con sus viejas amistades del Litoral, según describe en la siguiente anécdota: "En un breve viaje que había hecho a Argentina cuando cayó López Rega para conseguir trabajo que, por suerte, no conseguí, le pedí a Juan L. Ortiz un libro para dárselo a José Emilio, pero él me regaló los tres tomos de *El aura del sauce*. Se los presté a José Emilio pero después descubrí, dentro de uno de los tomos, tres hojas de papel seda con cuatro poemas de Mao Tse Tung traducidos de la traducción francesa por J. L. Ortiz a raíz de su viaje a China. Todavía estoy tratando de ver cómo se pueden publicar".

En 1985, una vez reinstalado en Argentina, la paleta de temas, enfoques y metodologías que hasta allí revelaba su producción confluiría en líneas de investigación convergentes, mientras asumía el cargo de director del Instituto Ravignani. En los siguientes años emprendió la tarea de explorar a fondo la cuestión regional en pos de deconstruir el mito de los orígenes de la nación, capitalizando y madurando sus primeras indagaciones e intuiciones. El caso de Corrientes lo condujo a profundizar el estudio de las finanzas públicas de las provincias del Litoral, y a penetrar en el terreno de las identidades, de las instituciones políticas, del constitucionalismo, del caudillismo y de las formas que adoptó el federalismo. En artículos de alto impacto fue adelantando su plan de trabajo de largo plazo que se plasmó en dos obras clásicas: *Mercaderes del Litoral. Economía y sociedad en la provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX* (Fondo de Cultura Económica, 1991) y *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la nación argentina, 1800-1846* (Ariel, 1997). A esa altura, Chiaramonte ya era reconocido como un destacado referente de la historiografía americanista a nivel internacional, y marcaba la agenda de las investigaciones sobre el siglo XIX.

Poco después, al despuntar el nuevo siglo, comenzó a mostrar una particular y persistente inclinación por el estudio del derecho natural que, de algún modo, lo reinstalaba en la inicial conexión entre filosofía e historia. Esta inclinación lo condujo a ampliar sus escalas de análisis con el propósito de demostrar la incidencia del Derecho Natural y de Gentes en las culturas políticas del universo hispano y angloamericano durante el período de sus independencias. Desde ese ángulo buscaba contribuir a su tesis que cuestionaba el paradigma nacional estatalista, y del que surgió *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias* (Sudamericana, 2004), traducido al inglés y

editado en 2012 en Estados Unidos por Transaction Publishers. Chiaramonte consideraba a este libro como un aporte clave y solía lamentarse de que fuera "el menos usado", atribuyendo su limitado reconocimiento a la fuerte crítica allí formulada al "nacionalismo historiográfico". En 2010 volvió a visitar el enfoque y la temática en *Fundamentos intelectuales y políticos de las independencias. Notas para una nueva historia intelectual de Iberoamérica* (Teseo, 2010), que configuró los tópicos centrales que ordenaron su producción durante dos décadas.

En los últimos años, sus reflexiones se orientaron hacia las formas y prácticas de hacer historia, cristalizadas en *Usos políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico* (Sudamericana, 2013) y en *Problemas de la historia y de la Historia. Reflexiones sobre el pasado y la disciplina histórica* (Ediciones UNL / Eudeba, 2023). Con este último libro cerraba su prolongada trayectoria y condensaba algunas de sus inquietudes y críticas historiográficas hacia ciertos paradigmas que consideraba obsoletos. A su vez, retomaba otros debates de carácter más vernáculo, como los que mantuvo con Tulio Halperin Donghi, su viejo amigo y colega fallecido en 2014, con quien supo conversar, discutir y polemizar cada vez que este regresaba a la Argentina luego de abandonar el país en 1966 y desplegar su fulgurante carrera en Estados Unidos. Eran diálogos plagados de anécdotas imperdibles que todos recordamos como parte del juego de nuestra comunidad académica. Un juego en el que los jóvenes que éramos entonces aprendíamos a decodificar las lógicas y argumentos vertidos en un clima que tramitaba las controversias con mutuo respeto y reconocimiento.

Por cierto que en este fragmentario recorrido faltan referencias fundamentales que han sido destacadas en otros homenajes ya publicados: el legado refundacional que dejó en el Instituto Ravignani hasta convertirlo en un faro de la investigación en historia argentina y latinoamericana, que alojó a los más prestigiosos grupos de especialistas; su participación en los organismos científicos como Investigador Superior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), donde contribuyó a consolidar el proceso de profesionalización de la disciplina; los numerosos premios y reconocimientos que recibió a nivel nacional e internacional; su vocación por alentar la divulgación del saber histórico y por intervenir en el espacio público trazando puentes entre el pasado y el presente. La lista, sin duda, podría continuar. No obstante, prefiero cerrar estas líneas con la última imagen, cuando lo despedimos en el funeral, arropado con su camiseta de Newell's Old Boys. Una imagen que reactualizaba la impronta del "momento litoral" y su "identidad regional" a la que nunca renunció.

Marcela Ternavasio
Instituto de Estudios Críticos
en Humanidades-Universidad
Nacional de Rosario / CONICET

David A. Brading (1936-2024)

La pérdida reciente de un gran historiador, profesor directo o indirecto de varias generaciones, es un buen motivo para honrar su memoria con unas líneas sobre su trayectoria. Para fortuna nuestra, él mismo, como historiador preocupado por el contexto circunstancial de la producción historiográfica, dejó algunas notas sobre su vida y la creación de sus trabajos en prólogos, artículos y entrevistas. Gracias a ello, sabemos que su interés por México comenzó en un viaje por el país en 1961. El historiador inglés tenía entonces 25 años recién cumplidos, era egresado de Cambridge y había tenido poca experiencia en el extranjero. Hizo su servicio militar en Hong Kong y tuvo oportunidad de viajar a Estados Unidos y a Cuba, pero, como él mismo confiesa, no conocía Europa más allá del canal de la Mancha, de modo que fue en México donde tuvo su primer encuentro directo con la arquitectura barroca, que representaba para él el gran legado cultural de la Contrarreforma. Durante su viaje de un par de meses conoció bien la capital y las ruinas prehispánicas del altiplano, de Yucatán y Oaxaca; pero fue su recorrido por Querétaro, San Miguel y Guanajuato el que lo convenció de dedicarse a estudiar la historia de México: un pasado que lo desconcertaba y, al mismo tiempo, le resultaba extrañamente familiar debido a su formación católica.[1]

Armado de becas, exploró los archivos de Sevilla y México con la conciencia de que se aventuraba en un tema poco explorado y sin embargo imprescindible para comprender la gestación del México independiente: el de las llamadas "Reformas borbónicas". El resultado fue su tesis doctoral, en el University College de Londres, que se publicaría con el título de *Miners and Merchants in Bourbon Mexico (1763-1810)* en 1971, cuando ya era profesor en la Universidad de Berkeley.[2] Se trataba de una investigación bien documentada que ofrecía una explicación integral sobre la transformación socioeconómica del Virreinato de Nueva España a raíz de las reformas impulsadas por José de Gálvez. Entre otras novedades, el libro hacía énfasis en la peculiar dinámica social y económica del Bajío para explicar por qué había surgido la insurrección allí y no en el centro del virreinato. Su tesis, luego libro, se inspiraba en la corriente de los *Annales* y su sumaba a los estudios económicos entonces en boga y que historiadores como Enrique Florescano impulsaban en México. Sin embargo, su búsqueda no se limitaba a analizar las condiciones sociales o las variaciones de la producción económica; en realidad, una parte sustancial de la investigación procedía de los archivos notariales de Guanajuato porque buscaba reconstruir las trayectorias personales de los nuevos oligarcas del Bajío para entender su participación en las

[1] Recupero aquí algunas notas de la entrevista que tuve oportunidad de realizarle en 2009: "David A. Brading y la inagotable historia del patriotismo criollo", *Revista 20/10. Memoria de las revoluciones en México*, n° 7, 2010, pp. 157-166. He precisado algunos datos con una entrevista más antigua, realizada por Carlos Aguirre y Antonio Saborit, "El pasado siempre pesa sobre la actualidad", *Historias*, n° 18, julio-septiembre de 1987, pp. 35-43. Agradezco a Olivia Moreno sus observaciones puntuales y su mirada de editora al borrador de este trabajo.

[2] *Miners and Merchants in Bourbon Mexico (1763-1810),* Cambridge, Cambridge University Press, 1971 [trad. esp.: David A. Brading, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810),* México, Fondo de Cultura Económica, 1975].

redes de comercio y su relación con los núcleos de poder en España y en la ciudad de México. De manera simultánea, Brading se interesó en las explicaciones contemporáneas sobre la economía y las tensiones sociales, así como en las quejas del alto y bajo clero como reacción a las reformas y exigencias de la Corona. Así, en la conclusión del libro, que llegaba al fin de una época con la quema de la Alhóndiga de Guanajuato y la inundación de sus minas, Brading dejaba ver los argumentos regionales y eclesiásticos del pensamiento insurgente que desarrollaría poco después.

Su interés por lo regional y su búsqueda en archivos no se agotaron con esa primera investigación. En los años siguientes, Brading realizaría dos estudios documentales centrados en la misma región, pero con diferente enfoque. El primero fue sobre las haciendas y ranchos de León, en la provincia de Guanajuato, que comenzaba en el último tercio del XVIII y se extendía hasta llegar a la Reforma.[3] El segundo se concretaría varios años después en un libro sobre los primeros empeños de desamortización sobre la Iglesia michoacana en la segunda década del siglo XVIII y la previa a la guerra de independencia.[4] Esa "trilogía", como la llamó el propio Brading, sería su gran aporte documental e interpretativo a una historia que buscaba entender las raíces de la insurgencia desde la perspectiva del Gran Michoacán: un experimento que permitía, además, obtener una radiografía muy detallada de una porción de la sociedad novohispana. En fechas recientes, Brading publicaría con Oscar Mazín una serie de informes eclesiásticos de 1791 que le habían servido para su obra.[5]

Con todo, desde los años 70 Brading era mejor conocido por sus estudios generales sobre la historia del pensamiento político. Su libro *Los orígenes del nacionalismo mexicano,* fruto de los cursos generales de Historia de México que había impartido en Berkeley, fue publicado en 1971 y tuvo una gran resonancia en México. Apareció en la colección *SepSetentas*, de amplia difusión, y, de hecho, fue su primera obra en español, pues aún no se había publicado la traducción de *Mineros y comerciantes*.[6] Se trataba de una propuesta inteligente y clara sobre las tradiciones que habían llevado a la construcción del discurso nacional. Su novedad radicaba en el énfasis que daba a la lenta creación del "patriotismo criollo" a lo largo del periodo colonial, y cuyos rasgos subyacían en los debates de las primeras décadas de vida independiente. La impronta de los estudios guadalupanos de Francisco de la Maza era evidente, así como la predilección que el historiador inglés compartía con Edmundo O'Gorman sobre Servando de Mier. Brading dedicó a este singular dominico secularizado la tercera parte de su libro, pues veía en su interpretación el esfuerzo más genuino por mantener viva la tradición del patriotismo criollo en contraposición al liberalismo más puro que terminaría por imponerse en la segunda mitad del XIX. Curiosamente, el pensamiento de Carlos Ma-

[3] David A. Brading, *Haciendas and Ranchos in the Mexican Bajío. León 1700-1860*, Cambridge, Cambridge Latin American Studies, 1978 [trad. esp.: David A. Brading, *Haciendas y ranchos del Bajío*, México, Grijalbo, 1988].

[4] David A. Brading, *Una iglesia asediada: el obispado de Michoacán, 1749-1810*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994. La redacción de este último, basado en las fuentes eclesiásticas de Michoacán conservadas en la Casa Morelos, fue pospuesta por varios años, de modo que Brading tuvo que actualizar sus planteamientos, según él mismo reconoce, a la luz de los aportes recientes de Nancy Farris y Oscar sobre las tensiones entre la Corona y la Iglesia.

[5] David A. Brading y Oscar Mazín (eds.), *El gran Michoacán en 1791. Sociedad e ingreso eclesiástico en una diócesis novohispana*, México, El Colegio de Michoacán/El Colegio de San Luis, 2009. Véase la reseña de Rodolfo Aguirre en *Estudios de Historia Novohispana*, n° 44, enero-junio de 2011, pp. 191-196.

[6] David A. Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Secretaría de Educación Pública, colección SepSetentas n° 82, 1973.

ría de Bustamante y sus esfuerzos por construir un panteón nacional representaban para Brading un corolario del pensamiento de Mier: la última voz, contradictoria y en crisis, del viejo patriotismo americano.

El éxito de este libro convenció a Brading de desarrollar con más detalle los elementos retóricos que habían caracterizado a la Patria criolla como parte singular de la monarquía española y que, al mismo tiempo, albergaban el descontento que más tarde justificaría la separación. Su siguiente libro se tornó más ambicioso en la medida en que incorporaba otros autores y ampliaba su mirada, al grado que, cronológicamente, se extendió desde el siglo XVI hasta la Reforma y, espacialmente, incluyó a algunos autores de América del Sur, principalmente del Perú, por cuyos cronistas sentía enorme atracción. Fue un trabajo con cierto tono enciclopédico, que tituló *Orbe indiano* para los lectores de habla hispana, y *The First America* para recordar al público de habla inglesa la existencia previa a Estados Unidos de una América española. Este no era un esfuerzo de comparación entre las dos Américas (como haría después John Eliott) sino un homenaje a la tradición literaria del mundo hispanoamericano que concedía un lugar estelar a la vituperada escritura barroca. Tampoco pretendía incluir, desde luego, a la totalidad de autores: era una selección de aquellos que tenían pretensiones de hacer historia e incidir en la política, es decir, de los escritos que habían contribuido a forjar una singularidad propia y que a Brading le permitían demostrar "que por mucho que la América española dependiera de Europa en materia de formas de arte, literatura y cultura general, sus cronistas y patriotas lograron crear una tradición intelectual [...] original, idiosincrásica, compleja y totalmente distinta de todo modelo europeo".[7] El repertorio fue amplísimo: Bartolomé de las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo, Toribio Motolinia, Guamán Poma, Solórzano Pereira, León Pinelo, Torquemada, Alva Ixtlixóchitl, Garcilaso de la Vega, el obispo Palafox, Carlos de Sigüenza y Góngora, Miguel Sánchez, Joaquín Rivadeneira, Francisco Xavier Clavijero, Juan Pablo Viscardo, Servando de Mier, Carlos María Bustamante, entre otros... De ninguna manera buscaba en ellos la uniformidad; por el contrario, el gran mérito de *Orbe indiano* fue mostrar que la tradición no era monolítica, sino que cabían en ella intensas polémicas y posturas radicalmente opuestas. A lo largo de una narrativa continua que, en sí misma, constituía una historia política, Brading expuso en cada caso las razones del autor para escribir su obra junto con sus argumentos centrales y contradicciones más notables; con ello, al tiempo que se esforzaba por entenderlo en su circunstancia, daba cuenta también de sus propias lecturas y de su participación en un espacio de debate que se nutría de, y alimentaba, una tradición literaria común.[8] Sin reducir la relación de unos autores con otros a un hilo causal, Brading mostró la convivencia, a veces forzada, a veces espontánea, de ideas que pertenecían a tiempos o tradiciones distintas (el patriotismo criollo y la Ilustración, por ejemplo) y que no obstante fueron utilizadas de manera conjunta para reforzar nuevas historias, alegatos políticos, utopías o proyectos concretos. Desde luego, el autor era muy consciente de la relación permanente entre el canon literario o historiográfico que recuperaba y la tradición inconmensurable e impredecible de la humanidad.

---

[7] David A. Brading, *Orbe indiano: de la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, trad. de Juan José Utrilla. p. 15. El original en inglés: *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State 1492-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

[8] Brading mismo reconoció que había compuesto una especie de fusión de dos libros: el de la tradición literaria-historiográfica y el de la trayectoria política de la América española.

Al introducirse en el mundo del criollismo y la historiografía mexicana, Brading tuvo el acierto de no suponerse pionero. Exploraba un campo menos yermo que el de la política borbónica y sabía que debía reconocer y discutir con una escuela de historiografía cuyo principal representante era Edmundo O'Gorman. Si *Orbe indiano* encontró inspiración internacional en los estudios respectivos de J. G. A. Pocock y Harold Bloom sobre la tradición occidental, se nutrió más de las investigaciones de Francisco de la Maza, Josefina Z. Vázquez, Luis Villoro y el propio O'Gorman. En libros y artículos, Brading tuvo el acierto de valorar la historiografía mexicana e introducirse discretamente en un diálogo permanente con sus autores. En particular, manifestó su admiración y cercanía con la obra de O'Gorman a quien, de hecho, había conocido en su primer viaje a México en 1961. Según su testimonio, lo conoció en una comida con el director del Consejo Británico en México. Ahí lo escuchó hablar de su traducción reciente de David Hume, a quien el joven historiador admiraba. No sabía entonces que el viejo historiador mexicano, de padre también inglés, sería una presencia constante en su trayectoria. Años más tarde, reconocería su "deuda intelectual a sus ensayos e interpretaciones y sobre todo a las magistrales ediciones de tantos de los cronistas que yo había utilizado en mi propia obra".[9]

El interés común de O'Gorman y Brading por la historiografía y el patriotismo criollo los hizo coincidir en su gusto por la obra contradictoria de De las Casas, de Mier y de Bustamante y, finalmente, en los rasgos políticos y culturales del culto guadalupano. Mientras que O'Gorman dedicó su última investigación a descifrar el origen del culto, que situó a mediados del XVI, Brading se interesó por la tradición literaria que, un siglo después, inauguraron Miguel Sánchez, Luis Lasso de la Vega y Luis Becerra Tanco, los tres "evangelistas" estudiados por Francisco de la Maza. Con un método semejante al de *Orbe indiano*, pero con más soltura y una bibliografía secundaria mucho más extensa, Brading narró con detalle la construcción y el desarrollo de la tradición literaria sobre la Virgen de Guadalupe a partir de libros, opúsculos y sermones.[10] Al igual que en su libro anterior, en este no buscaba la homogeneidad en la tradición, sino la creatividad y la polémica. Brading descubrió una vitalidad peculiar en esos sermones que, detrás del discurso de veneración, dejaban ver los conflictos de una sociedad injusta y heterogénea. En una crítica sutil a las exigencias de España, algunos de estos sermones preconizaron el advenimiento de una nueva era de la humanidad en América, después del fin de los tiempos. En ese mismo libro, tras seguir el hilo de la tradición, Brading pasó a estudiar la reacción de la tradición a los cuestionamientos de la Ilustración y la historiografía científica, particularmente la célebre confrontación entre García Icazbalceta y el arzobispo Pelagio Labastida. A diferencia de *Orbe indiano*, que termina en la Reforma, el estudio sobre la Virgen de Guadalupe se extendió hasta abarcar la totalidad del siglo XX, llegando a un último debate sobre la autoría del *Nican Mopohua* (el texto en náhuatl sobre la aparición) que parecía enfrentar nuevamente a historiadores profesionales de la época colonial, quienes negaban su autoría indígena, con eclesiásticos defensores del guadalupanismo que la apoyaban con miras a la entonces futura canonización de Juan Diego. Al reseñar el libro en 2002, Leticia Gamboa había advertido con razón que este último debate era una buena demostración de

[9] David A. Brading, "Edmundo O'Gorman y David Hume", *Historia Mexicana*, vol. 46, n° 4, 1996, p. 695.

[10] David A. Brading, *La Virgen de Guadalupe, imagen y tradición*, México, Taurus, 2002.

que los discursos ya no afectaban a los fenómenos religiosos y carecían de trascendencia tanto para los devotos guadalupanos como para un público menos interesado en explicar su presente con fundamentos históricos.[11] A pesar de ello, Brading lo incluyó como parte de su esfuerzo por recuperar largas tradiciones de pensamiento y de escritura, con sus propios tiempos e inevitables anacronismos.

En los últimos años Brading ofreció varios estudios y mantuvo una activa colaboración con su eterna compañera de vida, Celia Wu, importante historiadora del siglo XIX peruano. Entre sus obras finales figuran un libro sobre Octavio Paz, un pequeño estudio sobre Juan Diego, una miscelánea de autores del "ocaso novohispano", la edición de la carta a los americanos de Juan Pablo Viscardo Guzmán (un autor notable, rescatado por Batllori y Simmons, al que Brading también dedicó muchas páginas) y una colección de artículos sobre la Nueva España que, a decir de Solange Alberro, develó "nuevas facetas de la formación de la identidad americana a partir de matrices religiosas". Algunos temas de este último libro resultan familiares al resto de su obra, pero otros pueden desconcertar. Por mi parte, destaco su pequeño estudio sobre la transgresión religiosa y la actividad coercitiva de la Iglesia en el período borbónico: un camino apenas desbrozado que quedará como aliciente de nuevas investigaciones.[12]

Para los historiadores que nos formamos cuando Brading ya era un sabio venerable, su compañía ha sido constante. Sus aportes a la historiografía mexicana lo han convertido en un clásico: un autor indispensable para introducirse en la historiografía colonial y en distintos aspectos de la vida eclesiástica; un autor necesario para reflexionar sobre las continuidades y rupturas del tránsito de la Nueva España al México independiente. Con elegante discreción, Brading formó parte de la tradición historiográfica que él mismo rescató. Si se quisiera continuar *Orbe indiano* hasta nuestros días, ahí aparecería Brading, al lado de O'Gorman y Francisco de la Maza. Los estudios de Brading se complementan y se confrontan hoy con estudios más amplios sobre la cultura política, la religión, la censura, las tradiciones subalternas y las identidades plurales, sin que pierdan por ello su vitalidad. Al igual que los autores que él mismo estudió, su obra debe ser comprendida en su circunstancia histórica, pero también en su actualidad, en tanto se mantiene activa y dispuesta a debatir con nuevas generaciones.

Gabriel Torres Puga
Centro de Estudios Históricos
El Colegio de México

[11] Véase la reseña de Leticia Gamboa Ojeda a Brading, "La Virgen de Guadalupe", *Historia Mexicana*, vol. 52, n° 2, 2002, pp. 546-551.

[12] David A. Brading, *La Nueva España, patria y religión*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015. Véase la reseña de Solange Alberro en *Historia Mexicana*, vol. 67, n° 2, 2017, pp. 965-973.

Sobre la revista

Prismas. Revista de Historia Intelectual es un anuario que se publica ininterrumpidamente desde 1997, actualmente en formato papel y digital, incorporando la publicación continua de artículos aprobados.

La revista busca contribuir a la conformación de un foco de elaboración disciplinar en historia intelectual. En función de ello, difunde la producción de investigadores cuyo objeto de estudio lo constituyen ideas y lenguajes ideológicos, obras de pensamiento y producciones simbólicas, o bien que utilizan metodologías que atienden a los procedimientos analíticos de la historia intelectual, entendida en sentido amplio. Asimismo, da cuenta en sus diferentes secciones de debates teóricos sobre la disciplina o textos clásicos de esta, y de la producción más reciente.

La edición en papel de *Prismas* es de frecuencia anual; la edición *on-line* es de frecuencia semestral (cada volumen impreso se desdobla en dos números *on-line*).

Convocatoria para la publicación de artículos

Prismas convoca a investigadores para que envíen trabajos de investigación originales en idioma español dentro del campo de la historia intelectual y cultural, para su publicación en la sección "Artículos" de los próximos números.

Presentación de trabajos para la sección "Artículos"

La sección "Artículos" se compone con trabajos inéditos enviados a la revista para su publicación. La evaluación consta de los siguientes pasos: en primera instancia deben ser aprobados por el Consejo de Dirección de *Prismas* en términos de su pertinencia; en segunda instancia, son considerados de modo anónimo por pares expertos designados *ad hoc* por el Consejo de Dirección. Cada artículo es evaluado por dos pares; puede ser aprobado, aprobado con recomendaciones de cambios, o rechazado. En caso de que haya un desacuerdo radical entre las dos evaluaciones de pares, se procederá a la selección de una tercera evaluación. Cuando el proceso de evaluación ha concluido, se procede a informar a los autores el resultado.

Los artículos deben observar las siguientes instrucciones:
– No exceder los 70.000 caracteres con espacios (incluyendo resúmenes, notas al pie y bibliografía).
– Deben ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés de no más de 200 palabras; de entre tres y cinco palabras clave; y de las referencias institucionales del autor, con la dirección postal, teléfono y dirección de correo electrónico.
– Para ver las normas de estilo y enviar manuscritos de artículos dirigirse a:
https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/about/submissions

Presentación de trabajos para la sección "Lecturas"

La sección "Lecturas" se compone de trabajos que abordan el análisis de un conjunto de dos o más textos capaces de iluminar una problemática pertinente a la historia intelectual. No deben exceder los 35.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en el punto anterior. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por el Consejo de Dirección.

Presentación de trabajos para la sección "Reseñas"

La sección "Reseñas" se compone de análisis bibliográficos de libros recientemente aparecidos, vinculados con temas de historia intelectual en una acepción amplia del término (historia cultural, de las ideas, de las mentalidades, historiografía, historia de la ciencia, sociología de la cultura, etc.). Los trabajos deben estar encabezados con los datos completos del libro analizado, en el siguiente orden: Autor, Título, Ciudad de edición, Editorial, año, cantidad de páginas. No deben exceder los 12.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en los puntos anteriores. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por los editores.

Envío de manuscritos

La revista Prismas recibe propuestas en: https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas
Contacto: prismas@unq.edu.ar

Prismas se publica en versión electrónica en el portal de revistas de la UNQ:
https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/index

La revista está incluida en el Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas y Scielo,
e indexada en Latindex catálogo 2.0, Redalyc, el Hispanic American Periodical Index (HAPI)
y el Directorio de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ)